



Presentación

Los lectores estadounidenses de HYPERION (1989 - NOVA 41) tuvieron que esperar un año para poder leer LA CAÍDA DE HYPERION (1990 - NOVA 42), su imprescindible continuación. Más pacientes han tenido que ser ahora con este brillante díptico ILIÓN/OLYMPO, que se ha demorado dos años, entre 2003 y 2005, en aparecer completo en el mercado estadounidense. Y, si bien en 1990 fue posible publicar en España los dos primeros libros de HYPERION casi uno a continuación del otro, en esta ocasión el lector español ha tenido que sufrir también esos mismos dos años de espera para poder conocer al completo la compleja y espectacular visión de Dan Simmons sobre la recreación de la Iliada de Homero en clave de ciencia ficción. Aunque, evidentemente, hay mucho más que eso en esta maravilla formada por los cuatro volúmenes que, en nuestra edición (y en casi todas las europeas), va a tener la nueva y también inolvidable obra de Dan Simmons.

Los hoy llamados Cantos de Hyperion, formados por HYPERION (1989 - NOVA 41) y LA CAÍDA DE HYPERION (1990 - NOVA 42), son ya un hito en la ciencia ficción moderna. Unos años más tarde les siguieron ENDYMION (1996 - NOVA 98) y EL ASCENSO DE ENDYMION (1997, NOVA 120). Pero iba pasando el tiempo y Dan Simmons parecía haber olvidado esa temática de la ciencia ficción que tan brillante y satisfactoriamente supo abordar.

Profesional sobresaliente y polimorfo como pocos, Simmons se ha dedicado también, y siempre con gran éxito, a la novela de terror con la que obtuvo sus primeros éxitos, como LA CANCIÓN DE KALI (1985) o LOS VAMPIROS DE LA MENTE (1989) y, más recientemente, incluso a la novela

de suspense y espionaje con THE CROOK FACTORY (1999) y EL BISTURÍ DE DARWIN (2000).

Sólo THE HOLLOW MAN (1992 - prevista en NOVA para el año 2007), con disquisiciones casi metafísicas en torno a la telepatía y la soledad, podía, en cierta forma, emparentarse con la ciencia ficción. Y debo decir que, dado el peso relativo del mercado editorial en uno y otro géneros, casi me temía que Simmons decidiera no volver a la ciencia ficción.

Afortunadamente me equivocaba.

Si pasaron seis años desde HYPERION a ENDYMION, otros seis han transcurrido desde el final de esa saga hasta el inicio de otra llamada incluso a superarla.

HYPERION venía a ser la reconstrucción de los Cuentos de Canterbury de Chaucer en clave de ciencia ficción; la nueva saga, formada por ILIÓN (2003- NOVA 167 y 176) y OLYMPO (2005- NOVA 194 y 195) podría considerarse, en una primera aproximación, la reconstrucción de la ILÍADA de Homero en clave de ciencia ficción. Pero sólo en una primera aproximación: cualquier obra de Simmons incluye demasiados elementos para reducirla a una única caracterización...

Por eso, si junto a los Cuentos de Canterbury hallábamos en HYPERION un análisis de diversas culturas religiosas de la humanidad y la brillante intervención de un personaje como el poeta John Keats, en ILIÓN/OLYMPO hay también múltiples referencias a otras obras y personajes capitales de la mejor literatura de la humanidad: EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO de Marcel Proust, LA TEMPESTAD de William Shakespeare, sin olvidar el papel de esos humanos de la Tierra del futuro convertidos en émulos de los «eloi» de Herbert G. Wells (LA MÁQUINA DEL TIEMPO), eso sí, no enfrentados a ningún tipo de «morlock», pero sí bajo la atenta vigilancia y supervisión aquí de unos misteriosos Voynix de origen desconocido.

A juzgar por estos comentarios, algún lector que no conozca la obra de Simmons podría pensar que en el caso de ILIÓN/OLYMPO nos hallamos ante una obra que, debido a su erudición, ha de resultar pesada e incómoda de leer. Nada más lejos de la realidad: los lectores que conocen a Simmons recuerdan (diré que con suma satisfacción) el carácter absorbente y dinámico de todas sus novelas, escritas con las mejores y atrayentes técnicas de los best-séllers más al uso, pero dotadas de una mucho mayor profundidad reflexiva y emotiva. Simmons es uno de los mejores escritores de hoy y a sus obras me remito.

La trama de ILIÓN/OLYMPO se estructura en torno a tres grandes ejes. Por una parte está esa épica aventura del asedio y conquista de Troya (Ilión), presenciada con el distanciamiento que proporcionan los comentarios de un observador como el escolástico Thomas Hockenberry. Se trata de un personaje misteriosamente revivido y presente en este Marte cuyo Monte Olimpo se ha convertido en la morada de los post-humanos, quienes, gracias a su tecnología, se comportan como los dioses de la saga homérica. Curiosamente, la publicación española de ILIÓN coincidió con la distribución de la nueva versión cinematográfica de la historia del asedio de Troya: la película de ese título dirigida por Wolfgang Petersen. En ella resultaba fácil constatar que la ausencia de los dioses en el film es un grave handicap (¿qué sería de la ILÍADA y la ODISEA sin las intervenciones divinas?) que, afortunadamente no lastra la novela de Simmons. La ILÍADA no es sólo una historia heroica, es algo más que Homero y Simmons (éste por mediación del personaje Hockenberry) no dejan de recordarnos a cada momento: los seres humanos como marionetas en las manos de unos dioses que a veces tienen comportamientos y motivaciones sumamente humanos...

Si la reconstrucción de la aventura homérica en clave de ciencia ficción puede ser, tal vez, el eje central de la trama, lo cierto es que Simmons proporciona otros ejes temáticos que le permita conectar con otras obras también indiscutibles de la historia de la literatura. En nuestro mismo sistema solar, más allá de los asteroides, viven los «moravec» (en claro homenaje al famoso robotista actual Hans Moravec), entidades robóticas semiorgánicas, independientes de los humanos desde hace tiempo. Conocedores del gran incremento de la actividad cuántica que se manifiesta en Marte, los moravecs inician una expedición cuyo alcance sólo conocen algunos de sus miembros. Eso permite a Simmons introducir a dos moravec obsesionados respectivamente con la obra de Shakespeare (los sonetos y LA TEMPESTAD, primordialmente) y con EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO de Marcel Proust.

Y todo ello sin olvidar a esos humanos de la Tierra del futuro, que parecen aceptar gozosos y tal vez inconscientes una vida insulsa y con escaso sentido al margen de todo lo que sea lúdico. Como ya se ha dicho, se trata de un nuevo homenaje literario, en este caso a los «eloi» los ociosos personajes de LA MÁQUINA DEL TIEMPO de H. G. Wells. Dejo para los lec-

tores interesados la búsqueda de la muchas otras referencias literarias y culturales que este excepcional díptico ILIÓN/OLYMPO encierra. Es uno de los «bonus» añadidos del mismo.

Literatura dentro de la literatura, lo cierto es que, como ocurriera en HYPERION, Simmons demuestra su incuestionable maestría como narrador y su profundo conocimiento de las mejores obras de los mejores escritores que le han precedido. En realidad, con un sentido casi teatral, Simmons propone un relato a tres voces que va alternado con mesura y juicio, componiendo un fresco impresionante que intriga al lector.

Los lectores que conocen mi tendencia a divagar en estas presentaciones tal vez se hayan sorprendido de la parquedad que he mostrado en las de ILIÓN/OLYMPO. Desde el primer momento, la sorpresa por la excepcional magnitud que tomaba el aspecto épico de la narración, la multitud de hilos temáticos y las muchas referencias literarias utilizadas me llevaron a temer básicamente dos cosas: por una parte, que Simmons no acertara a «cerrar» adecuadamente esta prometedora aventura y, por otra, el que yo mismo en estas presentaciones pudiera revelar aspectos de la trama y los contenidos cuya averiguación, creo yo, son uno de los mejores alicientes para satisfacción del lector de esta gran saga. Como era de esperar, Simmons no defrauda y, en mi caso, simplemente he optado por «callar» bastante en estas presentaciones y repetir una y otra vez lo que se dijo en la primera entrega.

No les voy a decir ahora nada nuevo, sólo certificar mi convicción de que la conclusión de este gran fresco narrativo que es ILIÓN/OLYMPO resulta francamente satisfactoria. Se trata de la mejor conjunción que he visto en las últimas décadas de una preocupación claramente humanista (Homero, Shakespeare, Proust lo avalan) unida a la visión tecnocientífica ya inevitable en el siglo que acaba casi de comenzar en donde la nanotecnología, la mecánica cuántica, lo «ultra-tec» en suma están también al orden del día. Simmons ha hecho muy bien sus deberes y nos ofrece lo que el autor Peter F. Hamilton considera van a ser «los nuevos estándares para la ciencia ficción del nuevo siglo». Ojalá fuera así, aunque me temo que autores con la capacidad narrativa y el poso cultural de Simmons hay muy pocos... En cualquier caso, ahora el modelo existe, ILIÓN/OLYMPO va a convertirse en un referente inevitable y es también evidente que, tal como suele decirse, el listón ha quedado muy alto.

Sí les voy a citar el párrafo final de la inteligente e interesante reseña que T. M. Wagner ha hecho de OLYMPO en SF Rewiews (<http://www.sfreviews.net/olympo.html>), que les recomiendo encarecidamente. Creo que explica bien el sentido (o, al menos, uno de los sentidos...) de la saga ILIÓN/OLYMPO:

Una de las maneras en que el pasado informa el presente es a través de la narrativa mítica que pasa de generación en generación. A medida que la humanidad evoluciona, también lo hacen nuestros mitos y OLYMPO en sí mismo se ofrece como un ejemplo de ello. Al revisar y recontextualizar la épica de Homero y Shakespeare, Simmons parece intensamente consciente de que las futuras generaciones pueden ver esas revisiones como la épica de nuestro propio tiempo. ¿Pretencioso? A grandes rasgos, es posible que sí. Pero no lo es en la manera en que lo maneja Simmons. Para él, narrar y volver a narrar las grandes historias es algo que está en el núcleo de lo que somos. No podemos dejar de narrar historias de la misma manera que no podemos dejar de comer, dormir o hacer el amor. Es ese homenaje a ese proceso de narrar historias lo que hace que OLYMPO sea una obra maestra.
»

Es fácil estar de acuerdo, al menos en el hecho de que ILIÓN/OLYMPO es una verdadera obra maestra y, además, añado yo, un hito ya imprescindible en la historia de la moderna ciencia ficción. No es poca cosa.

Y nada más por ahora. Les dejo con la amena y a la vez compleja narración que Simmons ha elaborado para su vuelta, por la puerta grande, a la mejor ciencia ficción de todos los tiempos. Tal como dice el New York Times Book Review: «Ciencia ficción a gran escala... ILIÓN/OLYMPO aborda un alegre acercamiento al apocalipsis.»

Una gozada. De verdad. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

TERCERA PARTE

Harman cayó con Ariel a través de la oscuridad durante lo que le pareció una imposible cantidad de tiempo.

Cuando aterrizaron, no fue con un estrépito fatal en la base de la Puerta Dorada de Machu Picchu, sino con un suave golpe en el suelo de una jungla cubierto con una acumulación de siglos de hojas y otros restos vegetales.

Durante un segundo de aturdimiento, Harman no pudo creer que no estuviera muerto, pero luego se puso en pie, empujó la pequeña figura de Ariel (aunque Ariel ya había brincado para alejarse) y se incorporó, parpadeando en la oscuridad.

Oscuridad. Era de día en la Puerta Dorada. Se encontraba... en otra parte. Dondequiera que fuese, además de estar en el lado oscuro del planeta, Harman sabía que se hallaba en la jungla. La noche olía a riqueza y podredumbre, el aire denso y húmedo se le pegaba a la piel como una manta empapada, la camisa se le empapó inmediatamente y colgó flácida contra su cuerpo; de todas partes, en la noche impenetrable, llegaba el zumbido de los insectos y el rumor de hojas, palmeras, maleza, bichos, criaturas grandes y pequeñas. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, con los puños cerrados, esperando que Ariel volviera para alcanzarlo con un golpe, Harman echó la cabeza atrás y vio el atisbo de la luz de las estrellas entre diminutas aberturas en el follaje muy, muy por encima de su cabeza.

Un momento después, distinguió la figura pálida, casi espectral, sin género, de Ariel, brillando tenuemente a tres metros de distancia.

—Llévame de vuelta —gruñó Harman.

—¿De vuelta adónde?

—Al Puente. O a Ardis. Pero hazlo inmediatamente.

—No puedo —la voz sin género era enloquecedora, insultante.

—Vas a hacerlo ahora mismo —gruñó Harman—. Igual que me has traído aquí, llévame de vuelta. Ahora mismo.

—¿O cuál será la consecuencia? —preguntó la figura brillante en la oscuridad de la jungla. La voz de Ariel sonaba levemente divertida.

—O te mataré —dijo Harman llanamente. Advirtió que lo decía en serio. Estrangularía a ese ser verdoso, lo dejaría sin vida y escupiría sobre el cadáver. «Y entonces estarás perdido en una jungla desconocida», advirtió la última parte sensata de su mente. Harman la ignoró.

—Oh, cielos —dijo Ariel, fingiendo terror—. Me van a estrangular.

Harman saltó, los brazos extendidos. La pequeña figura (ni metro veinte de altura media) lo pilló en mitad del salto y lo lanzó a diez metros a través de las hojas y las enredaderas de la jungla.

Harman tardó un minuto o dos en recuperar el aliento y otro más en ponerse de rodillas. Advirtió de inmediato que si Ariel le hubiera hecho eso mismo en otra parte (pongamos la Puerta Dorada de Machu Picchu donde estaban hacía un rato), le hubiese roto la espalda. Se incorporó de nuevo en el denso humus, deseó que su visión se aclarara en la oscuridad que lo rodeaba y se abrió paso entre las enredaderas y la densa vegetación hasta el pequeño claro donde esperaba Ariel.

El espíritu ya no estaba solo.

—Oh, mira —dijo feliz, en tono casual—, hay más de nosotros.

Harman se detuvo. Ya veía mejor gracias a la luz de las estrellas que se filtraba entre la maleza hasta ese pequeño claro en la jungla, y lo que vio dejó boquiabierto.

Había al menos cincuenta o sesenta formas en el claro y bajo los árboles y entre los helechos y enredaderas de más allá. No eran humanas, pero tampoco se trataba de voynix o calibani ni de ninguna otra forma bípeda que Harman hubiera visto en sus noventa y nueve años y seis meses de vida. Esas criaturas humanoides eran como burdos bocetos de personas: bajas, no mucho más altas que Ariel y, como Ariel, de piel transparente, con órganos que flotaban en un líquido verdoso. Pero donde Ariel tenía labios, mejillas, nariz, los ojos de un joven o una joven, con rasgos físicos y músculos que uno asociaba al cuerpo humano, aquellas formas verdes y bajas no tenían ni boca ni ojos humanos (miraban a Harman a la luz de las estrellas con los puntos negros que tenían en la cara, y que bien podían haber sido trozos de carbón), y de sus estructuras aparentemente invertebradas hasta sus manos de tres dedos, parecían carecer de toda identidad.

—Creo que no conoces a mis amigos —dijo Ariel en voz baja, haciendo un gesto femenino con la mano hacia la multitud de formas de las sombras—. Instrumentos de este mundo inferior, fueron expulsados antes de que naciera tu especie. Tienen diferentes nombres (su Prosperosidad se digna a llamarlos esto y lo otro, según le place) pero se parecen más bien a mí, descienden de la clorofila y las motas colocadas en el bosque en la época anterior a los posthumanos. Son los *zeks*: auxiliares y obreros y prisioneros todos, ¿y quién de nosotros no es todas esas cosas?

Harman contempló las formas verdosas. Ellos le devolvieron la mirada fijamente.

—Cogedlo —susurró Ariel.

Cuatro de los *zeks* avanzaron. Se movían con una gracia especial que Harman no había esperado en unas formas tan toscas, y antes de que pudiera darse la vuelta y echar a correr dos lo agarraron con tenazas de hierro. El tercer *zek* se inclinó hacia delante, sin respirar, hasta que su pecho sin rasgos tocó la túnica, sobre el pecho de Harman, y el cuarto agarró la mano de Harman, igual que Ariel había agarrado la mano de Hannah sólo un rato antes, y la hizo atravesar la membrana verdosa del pecho del tercer *zek*. Harman sintió el suave órgano-corazón en la mano, casi acudiendo a él como un cachorrillo, y entonces las palabras no pronunciadas resonaron en su cerebro:

NO IRRITES
A ARIEL
TE MATARÁ
POR CAPRICHIO.
VEN
CON NOSOTROS
Y NO HAGAS NINGÚN
ESFUERZO
POR RESISTIRTE.
ES POR TU BIEN
Y EL DE TU DAMA
ADA
VENIR CON NOSOTROS
AHORA.

—¿Cómo sabéis de Ada? —gritó Harman.

VEN

Esa fue la última palabra transmitida a través de la mano pulsátil de Harman a su dolorido cráneo antes de que la mano se soltara, con el suave corazón del *zek* todavía en ella, retorciéndose, muriendo. Entonces el *zek* se desplomó hacia atrás, cayendo silenciosamente en el suelo de la jungla, donde se encogió, se secó y murió. Ariel y los otros *zeks* ignoraron el cadáver del comunicador mientras el primero se volvía y los guiaba por un sendero indefinible en la oscura jungla.

Los *zeks* que Harman tenía a cada lado todavía le sujetaban los brazos, pero suavemente ahora, y Harman no hizo ningún esfuerzo por resistirse. Se limitó a seguir el ritmo de la fila que se movía a través de la oscura maleza.

La mente de Harman corría más veloz que sus pies mientras se esforzaba por mantener el ritmo. En ocasiones, cuando el follaje sobre su cabeza era demasiado espeso, no podía ver nada, ni siquiera sus pies ni sus piernas en la oscuridad casi absoluta, así que dejaba que los *zeks* lo guiaran como si fuera ciego y se concentraba en pensar. Sabía que si quería volver a ver alguna vez a Ada y Ardis Hall tendría que ser mucho más listo en las siguientes horas de lo que había sido en los últimos meses.

Primera pregunta: ¿Dónde estaba? Era por la mañana cuando se hallaba en la Puerta Dorada de Machu Picchu, con la tormenta, pero allí en la jungla parecía ser muy tarde. Trató de recordar la geografía que se había enseñado a sí mismo, pero los mapas y las esferas se confundieron en su mente: palabras como Asia y Europa no significaban casi nada. Pero la oscuridad que había allí le sugería que Ariel no lo había enviado a alguna jungla del mismo continente sur donde se encontraba el Puente. No podría regresar caminando a Machu Picchu y Hannah y Petyr y el sonie.

Lo cual lo llevaba a la segunda pregunta: ¿Cómo lo había llevado allí Ariel? No había ningún pabellón de faxnódulo visible en los glóbulos verdes de la Puerta Dorada. Si los hubiera habido, si Savi hubiera sugerido alguna vez una conexión fax con el Puente, sin duda no habrían ido hasta allí en sonie para conseguir armas y municiones y llevar a Odiseo al nido curador. No... Ariel había usado otro medio para transportarlo a través del espacio hasta ese lugar oscuro que olía a podredumbre y estaba lleno de in-

sectos.

Mientras lo arrastraban por la oscuridad, ni a diez pasos por detrás del avatar de la biosfera (o así lo había identificado una vez Próspero), Harman advirtió que podía preguntarse esas cosas. Lo peor que el pálido espíritu (su cuerpo brillaba visiblemente a la luz de las estrellas cada vez que cruzaban alguna pequeña abertura ocasional en la jungla) podía hacer era no contestar.

Ariel respondió a ambas preguntas, la segunda primero.

—Sólo tendré tu compañía durante unas cuantas horas más —dijo la pequeña forma—. Luego debo entregarte a mi amo, no mucho después de que oigamos el canto del gallo cacareador... del gallo cacareador que había en este horrible lugar.

—¿Tu amo Próspero? —preguntó Harman.

Ariel no contestó.

—¿Y cuál es el nombre de este espantoso lugar? —preguntó Harman.

El espíritu se echó a reír, un sonido como el tintineo de campanitas, pero no del todo desagradable.

—Deberían llamar a este bosque la Cuna de Ariel, pues aquí hace diez veces doscientos años yo nací, ascendiendo a la conciencia desde un billón de pequeños transpodadores-sensores que los humanos antiguos (tu propia ralea, invitado) llamaban motas. Los árboles hablaban con sus amos humanos y entre sí, parlotando en la vieja red mohosa que se había convertido en la naciente datasfera, farfullando sobre temperaturas y nidos de pájaros y huevos y kilos por centímetro cuadrado de presión osmótica y tratando de cuantificar la fotosíntesis igual que un empleado reumático cuenta sus bagatelas y las considera un tesoro. Los *zeks* (mis amados instrumentos de acción, demasiados me fueron robados por ese amo monstruo-magus para que trabajaran en el mundo rojo) se alzaron igualmente, sí, pero no aquí, honorable invitado, no aquí, no.

Harman casi no entendió nada, pero Ariel hablaba, farfullaba, y sabía que si podía enzarzar a la criatura en la conversación se enteraría de algo importante tarde o temprano.

—Próspero, tu amo, te llamó avatar de la biosfera cuando le hablé, hace nueve meses, en su isla orbital —dijo Harman.

—Sí —dijo Ariel, riendo de nuevo— y yo llamo a Próspero, a quien tú llamas mi amo, Tom Mierda.

Ariel lo miró, su carita verdosa brillaba como una planta tropical fosforescente mientras entraban en un sendero sumido en oscuridad absoluta

bajo las hojas.

—Harman, esposo de Ada, amigo de Nadie, eres, a mis ojos, un hombre de pecado, un hombre cuyo destino tiene importancia, en este mundo inferior, como mínimo, menos por lo que no es que por su pálida forma. Tú, entre todos los hombres, eres el más inadecuado para vivir... mucho menos para vivir Cinco Veintes como una de las comidas largamente preparadas del hermano Calibán, ya que el tiempo y las mareas del tiempo te han vuelto loco. E incluso con ese valor, sabes, los hombres cuelgan y ahogan sus propios yoes.

Harman no entendió nada de aquello y, a pesar de que le hizo muchas más preguntas, Ariel no contestó ni volvió a hablar durante tres horas y muchos kilómetros.

Al cabo de una hora Harman estaba seguro de que no le quedaban energías. Lo dejaron detenerse y se apoyó contra un enorme peñasco para recuperar el aliento. Cuando la luz se alzó, se dio cuenta de que no se trataba de ningún peñasco.

El peñasco era en realidad una pared, la pared formaba parte de un gran edificio con pisos escalonados según ascendía, y el edificio era algo que supo, por sus lecturas, que se llamaba templo. Entonces Harman advirtió lo que sus manos estaban tocando y lo que estaban viendo sus ojos.

Cada centímetro del templo estaba tallado. Algunas tallas eran grandes, tan anchas como todo el brazo de Harman, pero la mayoría eran tan pequeñas que podía cubrirlas con la palma de la mano.

En las tallas (cada una se hacía más y más clara a medida que el amanecer tropical arrojaba luz sobre la jungla), hombres y mujeres hacían el amor (practicaban el sexo), y había hombres y más de una mujer, hombres y hombres, mujeres y mujeres, mujeres y hombres y lo que parecían ser caballos, hombres y elefantes, mujeres y toros, mujeres y mujeres y monos y hombres y hombres y hombres...

Harman se quedó asombrado. Nunca había visto nada parecido en sus noventa y nueve años de vida. En un nivel de las tallas, a la altura de los ojos, vio a un hombre con la cabeza entre las piernas de una mujer, mientras otro hombre, a caballo sobre el primero, ofrecía su pene erecto a la boca abierta de la mujer, mientras tras ella, una segunda mujer que llevaba una especie de pene artificial penetraba a la primera mujer desde atrás, al tiempo que ésta, atendiendo a los dos hombres y a la mujer que tenía de-

trás, extendía el brazo hacia un animal que Harman reconoció por el drama turín como caballo y masturbaba al excitado semental. Su otra mano libre acariciaba los genitales de una figura humana masculina que estaba de pie junto al caballo.

Harman se apartó de la pared del templo, contemplando la estructura de piedra cuajada de enredaderas. Había miles, tal vez decenas de miles de variaciones de este tema, mostrando a Harman aspectos del sexo que nunca había imaginado, que nunca podría haber imaginado. Sólo algunas imágenes del elefante... Las figuras humanas eran estilizadas, rostros y pechos ovalados, ojos almendrados, las bocas de los hombres y las mujeres curvadas en sonrisas satisfechas y decadentes.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

Ariel cantó en falsete:

*Arriba, apenas vistas, en la suave penumbra,
extrañas obras de un pueblo largamente muerto.
¿Qué significaban para aquellos que ahora son polvo,
estas figuras podridas de amor y lujuria?*

—¿Qué es este lugar? —insistió Harman.

Por una vez, Ariel respondió con sencillez.

—Khajuraho —la palabra no significaba nada para Harman.

El espíritu de la biosfera hizo un gesto, dos de los pequeños zeks verdes y casi transparentes tomaron a Harman del brazo y la procesión se alejó del templo, siguiendo un sendero apenas discernible en la jungla. Al mirar atrás, Harman vio un último atisbo del edificio de piedra. «Edificios», se dijo entonces, pues había más de uno, todos tallados con frisos eróticos, y vio cómo la jungla casi había devorado las estructuras. Las figuras que se apareaban estaban rodeadas de enredaderas, parcialmente oscurecidas por la hierba y envueltas en raíces y ramas verdes.

Luego el lugar llamado Khajuraho desapareció en la espesura verde y Harman se concentró en caminar detrás de Ariel.

Cuando la luz del sol iluminó la salvaje densidad de la jungla que los rodeaba (diez mil tonos de verde, la mayoría de los cuales Harman nunca había imaginado) en lo único en que podía pensar era en regresar a Ardis con Ada, o al menos al Puente, antes de que Petyr se marchara con el sonie. No quería esperar tres días a que Petyr regresara para recoger a Hannah y el restaurado Nadie/Odisco... si aquella cuna podía restaurarle la vi-

da y la salud.

—¿Ariel? —dijo de pronto a la pequeña forma que parecía flotar delante de la fila de *zeks* que le precedía.

—¿Sí, señor? —la cualidad andrógina de la voz, por lo demás agradable, perturbaba a Harman.

—¿Cómo me transportaste desde la Puerta Dorada a esta jungla?

—¿No lo hice de manera lo suficientemente amable, oh, Hombre?

—Sí —respondió Harman, temiendo que la pálida figura volviera a farfullar cosas sin sentido—. ¿Pero cómo?

—¿Cómo viajas de un sitio a otro, cuando no estás tumbado boca abajo en tu platillo sonie?

—Faxeamos —dijo Harman—. Pero no había ningún faxpabellón en la Puerta Dorada... ningún faxnódulo.

Ariel flotó más alto, apartando ramas y enviando una lluvia de hojitas sobre los *zeks* y Harman.

—¿Fue tu amigo Daeman a un faxpabellón cuando el alosaurio lo devoró hace diez meses?

Harman se detuvo. Los *zeks* que todavía le sujetaban los brazos se detuvieron con él, sin tirar para que avanzara.

«Naturalmente», pensó Harman. Lo había tenido delante de las narices toda la vida. Lo había visto siempre... pero había estado ciego. Cuando alguien faxeaba a los Anillos en cualquiera de sus Cuatro Veintes normales de vida iba al faxpabellón más cercano. Cuando alguien quería faxear a alguna parte, iba al pabellón de faxnódulo más cercano. Pero cuando alguien resultaba herido (o moría, devorado como Daeman, destrozado en un extraño accidente), los Anillos te faxeaban.

Harman había estado allí, en la isla de Próspero, en los tanques regeneradores adonde llegaban los cuerpos desnudos y eran arreglados por el borboteante nutriente y los gusanos azules antes de ser faxeados de vuelta. Harman y Daeman se habían encargado de faxear ellos mismos, siguiendo las instrucciones de Próspero, destruyendo todos los servidores y haciendo que los diales y palancas virtuales faxearan a tantos cuerpos-en-reparación como fuera posible.

«Los humanos podrían ser faxeados sin tener que ir a un faxpabellón, sin empezar desde uno de los trescientos y pico faxnódulos conocidos.» Harman lo había visto toda su vida (casi cien años), pero nunca había visto lo que podía ver. La idea estaba demasiado arraigada: los posthumanos te llevaban a casa cuando resultabas herido o morías antes de tu Quinto

Veinte. Los faxnódulos eran ciencia: ir a la fermería para recibir reparaciones de emergencia era algo parecido a la religión.

Pero la fermería de la isla de Próspero tenía maquinaria que podía faxear a cualquiera desde cualquier parte sin utilizar nódulos ni pabellones.

Y Harman y Daeman habían destruido la fermería y la isla de Próspero.

Los *zeks* le tiraron de los brazos para ponerlo de nuevo en marcha, pero con amabilidad. Harman no se movió todavía. La intensidad de sus pensamientos lo mareaba; si los *zeks* no lo hubieran estado sujetando, podría haberse caído al suelo.

La isla de Próspero había sido destruida. Harman y todos los humanos antiguos habían visto las piezas arder durante meses en el cielo nocturno. Pero Ariel todavía podía faxear... una especie de faxeo libre, independiente de nódulos, portales y pabellones. Algo, allí arriba, en los Anillos (o en la Tierra misma), encontraba al espíritu, lo codificaba y lo faxeaba, y aquel día a Harman con él, o con ella, desde el Puente hasta aquel lugar, dondequiera que aquel lugar y Khajuraho estuvieran. Al otro lado del Tierra, por lo menos.

Harman tal vez pudiera faxear de vuelta con Ada, si conseguía que Ariel revelara el secreto del faxeo libre.

Los *zeks* tiraron de nuevo, amable pero insistentemente. Ariel iba muy por delante, flotando hacia un claro de brillante luz en la jungla. Harman no quería meter en líos a los *zeks*. Tampoco quería perder de vista a Ariel: el espíritu era su faxbillete de vuelta a casa.

Harman se apresuró, dando tumbos, para alcanzar al avatar de la biosfera de la Tierra.

Cuando salieron al claro el sol brillaba tanto que Harman tuvo que protegerse los ojos y, durante varios segundos, no vio la estructura que se alzaba sobre él. Cuando lo hizo, se detuvo en seco.

La cosa-estructura (no llegaba a ser un edificio) era gigantesca. Se alzaba durante lo que Harman calculaba (y sus estimaciones del tamaño de las cosas siempre habían sido sorprendentemente buenas) al menos trescientos metros. Tal vez un poco más. No tenía recubrimiento; es decir, toda la estructura era un esqueleto de oscuras vigas de metal que se alzaban hacia un centro a partir de una enorme base cuadrada unida por medio de arcos metálicos semicirculares a la copa de los árboles y que luego conti-

nuaba ascendiendo para curvarse hacia adentro y convertirse en una pura aguja, su oscuro remate en una cumbre muy, muy elevada. Un término que Hannah, que trabajaba el metal, le había dicho una vez acudió a su mente: «hierro forjado». Harman estaba seguro de que los armazones, arcos, vigas y el entramado abierto que estaba contemplando desde allí bajo, al cálido sol de la jungla, estaban todos hechos de alguna especie de hierro.

—¿Qué es esto? —jadeó. Los *zeks* lo habían soltado y regresaron a la sombra de la jungla, como temerosos de acercarse a la base de la increíble torre. Harman advirtió que nada crecía en un espacio que rodeaba la base de la torre excepto una hierba baja y perfectamente cultivada. Era como si la fuerza de la estructura misma mantuviera la jungla a raya.

—Pesa siete mil toneladas —dijo Ariel, con una voz mucho más masculina que ninguna de las que el espíritu de la biosfera había empleado hasta entonces—. Dos millones y medio de remaches. Cuatro mil trescientos once años de antigüedad... o al menos el original los tiene. Hay más de seis mil de éstas en la *eiffelbahn* de Khan Ho Tep.

—*Eiffelbahn*... —repitió Harman—. Yo no...

—Ven —ordenó Ariel. Su voz era ahora poderosamente masculina, grave, amenazadora, imposible de desobedecer.

Había una especie de jaula de hierro forjado en la base de una de las patas arqueadas.

—Entra —dijo Ariel.

—Tengo que saber...

—Entra y aprenderás todo lo que necesitas saber —dijo el avatar de la biosfera—. Incluyendo cómo volver con tu preciosa Ada. Quédate aquí y morirás.

Harman entró en la jaula. Una reja de hierro se cerró. Las marchas resonaron, el metal rechinó y la jaula empezó a alzarse sobre la curva, siguiendo una serie de cables y vías de metal.

—¿Tú no vienes? —le preguntó Harman a Ariel.

El espíritu no contestó. El ascensor de Harman continuó subiendo por la torre.

La torre parecía tener tres grandes rellanos. El primero y más ancho se hallaba por encima del nivel de la copa de los árboles de la jungla. Harman contempló una sólida alfombra de verde. El ascensor no se detuvo.

El segundo rellano estaba tan alto que el ascensor viajaba casi en vertical, y Harman tuvo que moverse al centro de la pequeña cabina. Al mirar hacia arriba y hacia fuera, vio que una serie de cables corrían desde lo alto de la torre y desaparecían al este y el oeste, oscilando un poco en la distancia. El ascensor no se detuvo en el segundo rellano.

El tercer y último rellano estaba a trescientos metros sobre el nivel del suelo, justo por debajo de la cúpula de la torre con su pico de antena. El ascensor redujo la velocidad y se detuvo: las antiguas marchas rechinaron y resbalaron, la cabina retrocedió dos metros y Harman se agarró a los barrotes de hierro forjado y se dispuso a morir.

Un freno detuvo la cabina. La puerta de hierro forjado se abrió. Harman cruzó tembloroso dos o tres metros de puente de hierro con tablas de madera podridas. Delante de él, una puerta mucho más elaborada (piezas pulidas de caoba insertadas en una filigrana de hierro forjado) chasqueó, se agitó y se abrió con un susurro. Harman se detuvo sólo un segundo antes de entrar en el oscuro interior. Cualquier lugar era preferible a aquel puentecito expuesto a trescientos metros por encima de un entramado de vigas que desaparecía en un vértigo de hierro abajo.

Se hallaba en una sala. Cuando la puerta siseó y se cerró a su espalda, Harman advirtió que la temperatura era cinco o diez grados más baja en el interior que al sol. Se quedó donde estaba unos segundos, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la relativa penumbra.

Se encontraba en un vestíbulo pequeño, alfombrado, cubierto de li-

bros, parte de una sala mayor. Del vestíbulo, una escalera de hierro forjado bajaba en espiral hasta la planta principal de la sala y subía hasta lo que parecía una segunda planta.

Harman bajó.

Nunca había visto un mobiliario como ése: muebles de extraño estilo, tapizados de terciopelo rojo, gruesos cortinajes sobre una pared de ventanas en la parte sur cuyos borlones rojos colgaban sobre la alfombra roja y marrón de sofisticado dibujo. Había una chimenea en la pared norte: Harman contempló el diseño de hierro negro y cerámica verde. Una mesa larga con patas profusamente talladas se extendía al menos tres metros de los seis del ventanal, cuyos cristales, cerca de las esquinas, eran tan complicados como una telaraña. Otros muebles eran sillas tapizadas, otomanas tapizadas, sillones tallados de madera oscura reluciente con incrustaciones de metal dorado y, por todas partes, muestras de lo que Hannah le había dicho una vez que era bronce pulido.

Había una extraña manguera con un tubo para hablar en forma de campana, también de bronce, y muchas palancas de bronce pulido insertadas en las cajas de madera de cerezo de las paredes; sobre la larga mesa varios instrumentos de bronce, algunos con llaves de bronce que pulsar y marchas que giraban lentamente. Más allá había un astrolabio con círculos de bronce girando dentro otros círculos más grandes, una lámpara de bronce pulida que brillaba suavemente. Había mapas abiertos sobre la mesa con pequeños hemisferios de bronce sujetándolos, más mapas recogidos en una cesta de bronce en el suelo.

Harman echó a correr y estudió ansiosamente los mapas, sacando más y desplegándolos, colocándoles encima los hemisferios de bronce.

Nunca había visto mapas como aquellos. Todo quedaba dentro de una cuadrícula pero dentro de aquellos recuadros había diez mil líneas paralelas, algunas muy juntas, donde el mapa se volvía marrón o verde, algunas líneas separadas donde el mapa mostraba extensiones blancas. Había manchas irregulares de azul que Harman supuso que eran lagos o mares y líneas azules más largas y serpenteantes que imaginó que eran ríos con nombres improbables: Tungabhadra, Krishna, Godavari, Normada, Mahanadi y Ganga.

En las paredes este y oeste de la sala, rodeando ventanas más pequeñas pero con múltiples paneles, había más estantes, más libros, más de abalorios de bronce, estatuas de jade, máquinas de bronce.

Harman corrió a la estantería y sacó tres libros. Olió el aroma de siglos

que surgía del antiguo pero aún firme papel y de las gruesas cubiertas de cuero. Los títulos hicieron que su corazón latiera con fuerza: *La tercera dinastía de Khan Ho Tep, 2061-2949 d.C.* y el *Ramayana* y el *Mahabbarata* revisados por Ganesh el cyborg y *Mantenimiento Eiffelbahn e Interfaz IA*. Harman colocó la palma derecha sobre el libro de arriba, cerró los ojos para convocar la función sigl y, entonces, vaciló. Si tenía tiempo, preferiría leer aquellos libros, sondeando cada palabra y sacando por contexto sus definiciones. Era lento, laborioso, doloroso, pero siempre ganaba más leyendo que sigleyendo.

Colocó reverentemente los tres volúmenes sobre la mesa, libre de polvo, y subió las escaleras circulares hasta el piso de arriba.

Era un dormitorio. La cabecera de la cama estaba hecha de cilindros de bronce pulido, la colcha era de grueso terciopelo rojo con complicados bordados. Había otro sillón junto a una lámpara de bronce, un sillón más grande y cómodo con diseños florales, con una otomana tapizada al lado. Había también una habitación más pequeña, un cuarto de baño con una extraña taza de porcelana bajo un tanque de porcelana y una cadena colgando con un tirador de bronce, con vidrieras en la pared occidental, apliques de bronce en los grifos del lavabo, una enorme bañera sostenida sobre patas en forma de garras con más apliques de bronce. Harman salió de nuevo al dormitorio. La pared norte estaba también llena de ventanas. No, eran puertas de cristal con pomos de hierro forjado.

Harman abrió dos de las hojas y salió a un balcón de hierro forjado, a trescientos metros sobre la jungla. El sol y el calor lo golpearon como un puño húmedo. Parpadeando, no se fió del lugar: podía ver el entramado de la torre debajo pero no hacía falta más que un suave empujoncito para hacerlo caer a trescientos metros de aire.

Todavía agarrado a la puerta, se asomó lo suficiente para ver unos muebles de hierro con cojines rojos y una mesa en el balcón. Al mirar hacia arriba vio el saliente de hierro sobre la habitación de dos pisos, un enorme saliente de metal bajo la cúpula de mica dorada de la cúspide de la torre, cables más gruesos que su antebrazo y su muslo corriendo al este y el oeste. Tras escrutar en dirección este, Harman distinguió la línea vertical de otra torre... ¿a qué distancia? A sesenta kilómetros al menos. Miró al oeste, hacia donde la docena de cables desaparecían, pero allí sólo había nubes oscuras de una tormenta visible en el horizonte.

Harman volvió a entrar en el dormitorio, cerró con cuidado las puertas y regresó a las escaleras. Las bajó limpiándose el sudor de la frente con la

manga de su túnica. Se estaba tan deliciosamente fresco allí arriba que no tenía ninguna prisa por regresar a la jungla.

—Hola, Harman —dijo una voz familiar desde la penumbra, cerca de la mesa y las oscuras cortinas.

Próspero era mucho más sólido de lo que Harman recordaba de su encuentro, ocho meses antes, en la roca orbital del anillo-e. La arrugada piel del magus ya no era levemente transparente como había sido la de su holograma. Su túnica de seda azul y lana, bordada con planetas dorados, cometas grises y ardientes estrellas de seda roja, colgaba ahora en pliegues más pesados y se arrastraba tras él sobre la alfombra turca. Harman vio la larga melena de pelo blanco plateado cayendo en cascada tras las afiladas orejas del anciano y advirtió las marcas de la edad en su ceño y sus manos, además del leve tono amarillento de sus uñas como garras. Harman advirtió la aparente solidez del báculo tallado que el viejo magus sostenía en la mano derecha y cómo las zapatillas azules de Próspero parecían tener peso cuando rozaban el suelo de madera y la gruesa alfombra.

—Envíame a casa —exigió Harman, avanzando hacia el anciano—. Ahora mismo.

—Paciencia, paciencia, humano llamado Harman amigo de Nadie —dijo el magus, mostrando sus dientes amarillentos en una leve sonrisa.

—Al carajo la paciencia —replicó Harman. Hasta ese instante no tenía idea de lo profunda que era su furia por haber sido secuestrado en el Puente por Ariel, alejado de Ardis y su hijo aún por nacer, casi con toda seguridad siguiendo las órdenes de aquella figura de túnica azul. Dio otro paso más hacia el anciano, extendió la mano, agarró un trozo de la manga ondulante del magus...

Y fue lanzado tres metros al otro lado de la sala, hasta que resbaló por fin de la alfombra al suelo pulido y quedó tendido de espaldas, parpadeando imágenes retinales de círculos anaranjados.

—No tolero el contacto de nadie —dijo Próspero en voz baja—. No me hagas demostrarlo con este bastón de anciano. —Alzó su báculo de magus ligeramente.

Harman se apoyó en una rodilla.

—Envíame de vuelta. Por favor. No puedo dejar a Ada sola. Ahora no.

—Ya has elegido ese rumbo, ¿no? Ningún hombre te obligó a llevar a Nadie a Machu Picchu, ni tampoco te detuvo.

—¿Qué quieres, Próspero? —Harman se puso en pie, trató sin éxito de parpadear para librarse de los círculos anaranjados de su visión y se sentó en la silla de madera más cercana—. ¿Y cómo sobreviviste a la destrucción del asteroide orbital? Creía que tu holograma estaba allí atrapado con Calibán.

—Oh, lo estaba —dijo Próspero, caminando de un lado a otro—. Una pequeña parte de mí, tal vez, confundida con el todo, pero vital de todas formas. Tú me llevaste de vuelta a la Tierra.

—Yo... —empezó a decir Harman—. ¿El sonie? ¿Cargaste de algún modo tu holograma en la memoria del sonie?

—Así es.

Harman sacudió la cabeza.

—Podrías haber llamado a ese sonie a la isla orbital en cualquier momento.

—No —dijo el magus—. Era la máquina de Savi y sólo hace viajes orbitales para pasajeros humanos. Yo no encajo en la definición... totalmente.

—Entonces ¿cómo escapó Calibán? —preguntó Harman—. Sé que no estaba en el sonie con Daeman, Hannah y conmigo.

Próspero se encogió de hombros.

—Las aventuras de Calibán son asunto de Calibán nada más. Ese despojo ya no me sirve.

—Vuelve a servir a Setebos.

—Sí.

—Pero Calibán sobrevivió y regresó a la Tierra después de siglos.

—Sí.

Harman suspiró y se pasó la mano por la cara. De repente se sentía muy cansado y muy sediento.

—La caja de madera que hay bajo la entrada es una especie de nevera —dijo Próspero—. Hay comida allí dentro... y botellas de agua pura.

Harman se enderezó.

—¿Me estás leyendo la mente, magus?

—No. La cara. No hay mapa más obvio que el rostro humano. Ve, bebe. Yo me quedaré aquí sentado junto a la ventana y esperaré tu regreso, refrescado, como interlocutor.

Harman sintió lo mucho que temblaban los brazos y las piernas mientras se encaminaba hacia la gran caja de madera con el pomo de bronce. Luego contempló un instante todas las botellas de agua y los montones de

comida envasada. Bebió copiosamente.

Tras regresar al centro de la alfombra roja y parda donde Próspero esperaba, junto a la mesa, con el sol a la espalda, dijo:

—¿Por qué hiciste que Ariel me trajera aquí?

—En realidad, para ser exactos, hice que mi espíritu de la biosfera te llevara a la jungla cerca de Khajuraho, ya que no se permite faxear a menos de veinte kilómetros de la *eiffelbahn*.

—¿*Eiffelbahn*? —repitió Harman, todavía bebiendo de la botella de agua fría—. ¿Así es como llamas a esta torre?

—No, no, mi querido Harman. Así es como yo (o el Khan Ho Tep, para ser precisos, ya que ese caballero construyó la *eiffelbahn* hace varios milenios) llamó a este sistema. Ésta es una de... oh, déjame ver... las catorce mil ochocientas torres que hay.

—¿Por qué tantas?

—Le gustaban al Khan —dijo el magus—. Y hacen falta todas esas torres Eiffel para conectar los cables de la costa este de China con la Brecha Atlántica de la costa de España, con todas las líneas, puentes, ramas laterales y todo eso.

Harman no tenía ni idea de lo que estaba diciendo el anciano.

—¿La *eiffelbahn* es una especie de sistema de transporte?

—Una oportunidad para que viajes con estilo, para variar —dijo Próspero—. O, más bien, para que viajemos con estilo, pues yo te acompañaré un breve trecho del camino.

—No voy a viajar contigo a ninguna parte hasta que... —empezó a decir Harman. Pero se calló, dejó caer al suelo la botella de agua y se agarró con ambas manos a la pesada mesa.

Toda la plataforma de dos pisos de la cima de la torre se había disparado. Hubo un rechinar y rasgar de metal, un horrendo gemido y toda la estructura se ladeó, volvió a abalanzarse, se ladeó más.

—¡La torre se está cayendo! —exclamó Harman. Por los muchos paneles de cristal en sus elaborados marcos de hierro vio el lejano horizonte verde ladearse, agitarse, volverse a ladear.

—En absoluto —contestó Próspero.

El habitáculo de dos plantas estaba cayendo, deslizándose por la torre, chirriando y cruzando metal seco como si gigantescas manos metálicas lo estuvieran empujando.

Harman se puso en pie de un salto, decidió correr hacia la puerta, pero cayó a cuatro patas mientras el habitáculo se liberaba de la torre, caía al

menos diez metros y luego se sacudía violentamente antes de empezar a deslizarse hacia el oeste.

Con el corazón desbocado, Harman permaneció de rodillas mientras todo el habitáculo se balanceaba peligrosamente adelante y atrás sobre su largo eje y luego se reafirmaba. Por encima de ellos, los chirridos se convirtieron en un agudo zumbido. Harman se puso en pie, recuperó el equilibrio, avanzó tambaleándose hasta la mesa y miró por la ventana.

La torre estaba a su izquierda y quedaba atrás, con un parche abierto de cielo visible donde antes se encontraba el apartamento de dos pisos, a trescientos metros de altura. Harman vio los cables más arriba y comprendió que el zumbido estaba conectado de algún modo con alguna especie de volador que tenían encima. La *eiffelbahn* era una especie de sistema de transporte por cable y aquella gran casa de hierro era la cabina. La línea vertical que había visto al este antes era otra torre, igual que la que acababan de dejar atrás. Y la cabina se movía velozmente hacia el oeste.

Se volvió hacia Próspero y avanzó un paso más pero se detuvo antes de llegar al alcance del sólido báculo del magus.

—Tienes que dejarme volver con Ada —dijo, intentando ser firme pero oyendo el detestable gemido de súplica en la voz—. Los voynix están rodeando Ardis Hall. No puedo dejarla allí en peligro... sin mí Por favor, lord Próspero. Por favor.

—Es demasiado tarde para que intercedas allí, Harman, amigo de Nadie —dijo Próspero con su rasposa voz de anciano—. Lo hecho en Ardis Hall hecho está. Pero dejemos a un lado las penas del mar, señor, y no carguemos nuestros recuerdos con una pesadez desaparecida. Pues ahora nos embarcamos en un viaje nuevo, sin duda la materia del cambio marino, amigo de Nadie, y uno de nosotros pronto será un hombre más sabio, más profundo y más pleno, mientras que nuestros enemigos (sobre todo esa oscuridad que engendré y crié de Sycórax) beberán agua del mar y serán obligados a comer las raíces podridas del fracaso y los restos del desprecio.

Barruntaba tormenta en los alrededores del monte Olimpo. Una tormenta de polvo planetario había envuelto a Marte en una mortaja roja, los vientos aullaban en torno a la égida del campo de fuerza que el ausente Zeus había dejado en su sitio, en el hogar de los dioses. Partículas electrostáticas excitaban tanto el escudo que los relámpagos restallaban día y noche alrededor de la cumbre del Olimpo y los truenos rugían en el subsónico. La luz del sol, cerca de la cima de la montaña, se difuminaba en un resplandor apagado y sangriento, recalcado por cortinas de rayos y el omnipresente rumor del viento y los truenos.

Aquiles, todavía cargando a su amada reina muerta, la amazona Penthesilea, se había teletransportado cuánticamente al hogar de su cautivo, Hefesto, dios del fuego, principal artificiero de todos los dioses, esposo de Aglaya, también conocida como Caris, una de las más hermosas Gracias. Algunos decían que el artificiero había construido también a su esposa.

Hefesto se había teletransportado cuánticamente no a su hogar, sino a la puerta. Una mirada superficial al hogar del dios lisiado y parecía igual que otras moradas inmortales: piedra blanca, columnas blancas, pórtico blanco; pero sólo en la entrada: en realidad, Hefesto había construido su casa y sus enormes talleres en la empinada pendiente sur del Olimpo, lejos del lago de la Caldera y el puñado de enormes casas-templo de tantos otros dioses. Vivía en una cueva.

Era una cueva impresionante, según vio Aquiles, mientras el renqueante Hefesto lo guiaba y aseguraba múltiples puertas de hierro tras ellos.

La cueva había sido excavada en la sólida roca negra del Olimpo y la sala se extendía cientos de metros hasta perderse en la oscuridad. Por to-

das partes había mesas, arcanos artilugios, lupas, herramientas y máquinas en diversos estados de creación y desmembramiento. En las profundidades de la cueva rugía un horno abierto con acero líquido borboteando como lava anaranjada. Cerca del extremo delantero, donde varias herramientas, divanes, mesas bajas, un lecho y braseros mostraban el sitio donde vivía Hefesto en el interminable taller, había unas mujeres doradas, de pie, sentadas y caminando: las célebres ayudantes de Hefesto: mujeres mecánicas con remaches, ojos humanos, pechos de metal y suaves vaginas de piel sintética pero también, o eso decían las historias, con las almas robadas de seres humanos.

—Puedes acostarte aquí —dijo el dios enano, indicando un banco de trabajo repleto de cosas. Con un barrido de su peludo antebrazo, despejó la mesa.

Tras soltar a Hefesto, Aquiles depositó sobre la mesa su carga envuelta en lino con suavidad y reverencia.

El rostro de Penthesilea era visible y Hefesto lo contempló un momento.

—Era hermosa, en efecto. Y veo la obra de Atenea en la conservación del cadáver. Han pasado varios días desde la muerte y no hay decoloración ni putrefacción. La amazona aún tiene color en las mejillas. ¿Te importa si bajo un poco el lino para echarle una ojeada a sus tetas?

—Si la tocas a ella o su mortaja, te mataré —dijo Aquiles.

Harman alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Sólo era curiosidad. —Volvió a unir las manos—. Ahora, a comer. Luego, a planear cómo traer a tu dama de vuelta.

Las doradas ayudantes empezaron a traer bandejas de comida caliente y grandes copas de vino a la mesa redonda situada en el centro del círculo de divanes de Hefesto. Aquiles, el de los pies ligeros, y el velludo Hefesto comieron ambos con fruición, sin hablar más que para pedir comida o que pasaran el vino compartido.

Las ayudantes trajeron humeante hígado frito envuelto en intestinos de cordero como aperitivo: uno de los platos favoritos de Aquiles. Trajeron un lechón asado entero relleno con la carne de muchos pájaros pequeños, uvas, nueces, yemas de huevo y carnes aliñadas. Sirvieron cuencos de guiso de cerdo borboteantes con manzanas y peras. Trajeron puras exquisiteces como vientre asado de cerda y aceitunas con puré de garbanzos. Como plato principal sirvieron un gran pescado frito con una crujiente capa marrón por fuera.

—Pescado en el propio lago de la Caldera de Zeus, en la cima del Olimpo —dijo Hefesto con la boca llena.

De postre y entre plato y plato tomaron frutas, dulces y nueces. Las mujeres de metal dorado trajeron cuencos de higos y montones de almendras, más cuencos de gruesos dátiles y fuentes de deliciosos pastelillos de miel que Aquiles sólo había probado una vez, en una visita a la pequeña ciudad de Atenas. Finalmente llegó el postre más apreciado por Agamenón, Príamo y otros reyes de reyes: tarta de queso.

Después de la comida, las ayudantes robot limpiaron la mesa y el suelo y trajeron más barriles y copas de vino de doble asa: diez tipos de vino al menos. Hefesto tuvo el honor de mezclar el agua con el vino y pasar las enormes copas.

El dios enano y el hombre-dios bebieron durante dos horas, pero ninguno entró en el estado que el pueblo de Aquiles llamaba *paroinia*, «frenesí por intoxicación».

Los dos varones permanecieron casi todo el tiempo en silencio, pero las doradas ayudantes desnudas festejaron para ellos, poniéndose en fila y bailando alrededor de la mesa en la sensual conga que estetas como Odisseo llamaban *komos*.

Se turnaron para usar los urinarios de la cueva y, cuando volvieron a beber vino, Aquiles dijo:

—¿Ya es de noche? ¿Es hora de que me lleves al salón del Curador?

—¿De verdad crees que los tanques sanadores del Olimpo devolverán a la vida a tu muñeca amazona, hijo de Tetis la de los húmedos senos? Esos tanques y gusanos fueron diseñados para reparar inmortales, no a una zorra humana... por hermosa que sea.

Aquiles estaba demasiado borracho y demasiado distraído para ofenderse.

—La diosa Atenea me dijo que los tanques renovarían la vida de Pentésilea y Atenea no miente.

—Atenea no hace otra cosa que mentir —bufó Hefesto, alzando la enorme copa y bebiendo copiosamente—. Y hace unos cuantos días estabas esperando al pie del Olimpo, lanzando rocas contra la impenetrable égida de Zeus, aullando para que Atenea bajara a luchar para poder matarla atravesando con una lanza sus hermosas tetas. ¿Qué ha cambiado, oh noble asesino de hombres?

Aquiles miró al dios del fuego con el ceño fruncido.

—Esta guerra de Troya ha sido... complicada, Lisiado.

—Brindo por eso —rió Hefesto, y alzó de nuevo la gran copa.

Cuando estuvieron preparados para TCear al Salón del Curador, Aquiles se colocó de nuevo la armadura, afiló la espada en la rueda del dios del fuego y pulió su escudo, y luego el hijo de Peleo se acercó a la mesa para cargarse al hombro el cuerpo de Penthesilea.

—No, déjala —dijo Hefesto.

—¿De qué estás hablando? —gruñó Aquiles—. Ella es el motivo por el que vamos al Salón del Curador. No puedo dejarla aquí.

—No sabemos cuál de los dioses o guardias estará aquí esta noche —dijo el artificiero—. Puede que tengas que luchar contra una falange. ¿Quieres hacerlo con el cadáver de la amazona al hombro? ¿O planeabas usar su hermoso cuerpo como escudo? —Aquiles vaciló—. Aquí no hay nada que vaya a dañar su cuerpo —dijo Hefesto—. Antes tenía ratas y murciélagos y cucarachas, pero construí gatos y halcones y mantis religiosas mecánicas para librar la cueva de ellos.

—De todas formas...

—Si el Salón del Curador está vacío, tardaremos tres segundos en TCear de vuelta aquí y recoger su cadáver. Mientras tanto, haré que las muchachas doradas cuiden de ella —dijo el dios artificiero. Chasqueó sus gruesos dedos y seis de las ayudantes de metal ocuparon sus posiciones alrededor del cuerpo de la amazona—. ¿Estás dispuesto ya?

—Sí.

Aquiles agarró el antebrazo de Hefesto, cubierto de cicatrices, y los dos hombres desaparecieron de la existencia.

El Salón del Curador estaba vacío. No había ningún inmortal haciendo guardia. Más sorprendente aún, incluso para Hefesto, era que los muchos cilindros de cristal estaban vacíos. No se estaba curando ni resucitando a ningún dios allí dentro esa noche. En el enorme espacio, iluminado sólo por unos cuantos braseros y la luz violeta de los tanques burbujeantes, nada se movía aparte del renqueante Hefesto y el ágil Aquiles, que avanzaba con el escudo en alto.

Entonces el Curador emergió de las sombras de las burbujeantes tinas.

Aquiles alzó el escudo aún más.

Atenea le había dicho junto al cadáver de Penthesilea: «Mata al Curador: un ciempiés grande y monstruoso con demasiados brazos y ojos. Des-

truye todo lo que hay en el Salón del Curador², pero Aquiles había supuesto que Atenea estaba insultando al curador, no haciendo una descripción literal.

La criatura tenía el cuerpo segmentado de un ciempiés, pero se alzaba diez metros, haciendo oscilar el cuerpo, los anillos de ojos negros del segmento superior clavados en Aquiles y Hefesto. El Curador tenía palpos y brazos segmentados (demasiados) y manos articuladas con dedos arácnidos en los extremos de media docena de brazos. Un segmento, cerca de la parte superior del cuerpo, tenía un chaleco de muchos bolsillos, lleno de herramientas, y había tiras y bandas y cinturones negros sujetando otras herramientas en otros segmentos del oscilante torso.

—Curador —llamó Hefesto—, ¿dónde está todo el mundo?

El enorme ciempiés se bamboleó, agitó los brazos y eructó con un traqueteo de ruido surgido de bocas invisibles.

—¿Has entendido eso? —le preguntó Harman a Aquiles.

—¿Entender qué? Parecía un niño que mete una vaina vacía en los radios de un carro en marcha.

—Habla buen griego —dijo Hefesto—. Tienes que frenarlo en tu mente, escuchar con más atención.

El dios enano se volvió hacia el Curador.

—Mi amigo mortal no te ha entendido. ¿Podrías repetirlo, oh, Curador?

—Las Órdenes De Nuestro Señor Zeus Son Que Ningún Mortal Sea Colocado Jamás En Uno De Los Tanques De Regeneración Sin Su Orden Expresa. Nuestro Señor Zeus No Se Encuentra Por Ninguna Parte.

Y Como Sólo A Su Orden Obedece El Curador En El Olimpo No Puede Permitir Pasar A Un Mortal Hasta Que Zeus Regrese A Su Trono En El Olimpo.

—¿Has entendido eso?

—¿Algo referido a que esta cosa sólo obedece a Zeus y no permitirá que meta a Penthesilea en una de las tinas sin la orden expresa de Zeus?

—Exactamente.

—Puedo matar a este bicho.

—Es posible —dijo Hefesto—. Aunque se rumorea que el Curador es aún más inmortal que nosotros los dioses recién llegados. Pero si lo matas, Penthesilea nunca volverá a la vida. Sólo el Curador sabe cómo hacer funcionar las máquinas y dar órdenes a los gusanos azules que son parte del proceso sanador.

—Tú eres el artificiero —dijo Aquiles, golpeando la espada contra el borde de su escudo dorado—. Debes saber cómo funcionan estas máquinas.

—Una mierda, sé —gruñó Hefesto—. No es tecnología simple como la que usábamos cuando éramos meros posthumanos. Nunca he podido entender las máquinas cuánticas del Curador... y si lo hiciera, nunca podría ordenar a los gusanos azules que trabajen. Creo que sólo responden a telepatía y sólo al Curador.

—Ese bicho ha dicho que sólo obedecía a Zeus en el Olimpo —dijo Aquiles, que estaba peligrosamente a punto de perder la paciencia y matar al dios del fuego, el ciempiés gigante y a todos los dioses que quedaran en el Olimpo—. ¿Quién más puede ordenarlo?

—Cronos —dijo Hefesto con una sonrisa enloquecedora—. Pero Cronos y los otros titanes han sido desterrados al Tártaro para siempre. Sólo Zeus en este universo puede decirle al Curador lo que tiene que hacer.

—Entonces ¿dónde está Zeus?

—Nadie lo sabe —gruñó Hefesto—, pero en su ausencia los dioses guerrearán entre sí por tomar el control. La lucha está centrada ahora en la Tierra de Ilión, donde los dioses aún apoyan a sus troyanos o sus griegos, y el Olimpo es un lugar vacío y pacífico... por eso me aventuré a venir a las faldas de este puñetero volcán para inspeccionar los daños de mi escalera mecánica.

—¿Por qué iba a darme Atenea este cuchillo capaz de matar a los dioses y ordenarme que matara al Curador después de que esa criatura devolviera la vida a Penthesilea? —preguntó Aquiles.

Los ojos de Hefesto se abrieron de par en par.

—¿Te dijo que mataras al Curador? —la voz del barbudo dios enano era baja y sorprendida—. No tengo ni idea de por qué pudo ordenar algo semejante. Tiene algún plan y debe ser una locura. Con el Curador muerto, las tinas serían inútiles... Toda nuestra inmortalidad sería un chiste. Podríamos vivir mucho tiempo, pero sufriríamos, hijo de Peleo. Sufriríamos terriblemente sin el nanorrejuvenecimiento.

Aquiles avanzó hacia el Curador, sujetando con fuerza su famoso escudo hasta que sus ojos ardieron a través de las rendijas de su brillante casco de guerra. Echó atrás la espada.

—Haré que esta cosa active las tinas para Penthesilea.

Hefesto se apresuró a agarrar el brazo de Aquiles.

—No, mi mortal amigo. Créeme cuando te digo que el Curador no te-

me la muerte y no se conmoverá. Sólo obedece a Zeus. Sin el puñetero Curador, los gusanos azules no actuarán. Sin los puñeteros gusanos azules, las tinas son inútiles. Sin las puñeteras tinas, tu reina amazona se quedará puñeteramente muerta toda la puñetera eternidad.

Aquiles se zafó airado de la mano del artificiero.

—Este... bicho... tiene que meter a Penthesilea en una de las tinas sanadoras.

Incluso mientras lo decía, Aquiles recordó de nuevo la orden de Atenea de que matara al Curador. «¿Qué pretende esa zorra diosa? ¿Cómo me está utilizando? ¿Con qué propósito? No está loca y desde luego no tiene motivos.»

—El Curador no te teme, hijo de Peleo. Puedes matarlo, pero eso sólo significará que nunca verás a tu reina con vida.

Aquiles se apartó del dios enano, pasó junto al enorme Curador y golpeó con su hermoso escudo el plástico transparente del enorme tanque de regeneración. El sonido resonó en la penumbra de la sala.

Se volvió hacia Hefesto.

—De acuerdo. Este bicho obedece a Zeus. ¿Dónde está Zeus?

El dios del fuego empezó a reír, pero calló al ver que los ojos de Aquiles ardían por las aberturas de su casco.

—¿Hablas en serio? ¿Tu plan es doblegar al dios del relámpago, al padre de todos los dioses a tu voluntad?

—¿Dónde está Zeus?

—Nadie lo sabe —murmuró Hefesto. El dios cojo se acercó a las altas puertas, arrastrando su pierna más corta. Los relámpagos restallaban en el exterior mientras la tormenta de polvo hacía que el campo de fuerza de la égida chispeará en un millar de puntos.

—Zeus ha estado ausente estas dos semanas y más —gritó el dios del fuego por encima del hombro. Se tiró de la barba enmarañada—. La mayoría de nosotros sospecha de algún puñetero plan de Hera. Tal vez arrojó a su esposo al pozo del Tártaro para que se reuniera con su padre desterrado Cronos y su madre Rea.

—¿Puedes encontrarlo? —Aquiles le dio la espalda al Curador y envainó la espada. Se cargó a la espalda el pesado escudo—. ¿Puedes llevarme con él?

Hefesto se quedó boquiabierto.

—¿Descenderías al Tártaro para intentar doblegar a tu voluntad al dios de dioses? Sólo hay una forma de vida en el panteón de los dioses origina-

les además de Zeus que podría saber dónde está. Ese terrible poder es también el único otro inmortal, aquí en Marte, que podría enviarnos al Tártaro. ¿Irías al Tártaro si tuvieras que hacerlo?

—Pasaría entre los dientes de la muerte y regresaría para devolver la vida a mi amazona —dijo Aquiles en voz baja.

—Descubrirás que el Tártaro es mil veces peor que la muerte y las oscuras mansiones del Hades, hijo de Peleo.

—Llévame con ese inmortal del que hablas —ordenó Aquiles. A través de las rendijas de su casco, sus ojos eran muy brillantes.

Durante un largo minuto el barbudo artificiero permaneció allí de pie, encorvado, jadeando levemente, los ojos desenfocados, la mano todavía tirando ausente de su enmarañada barba.

—Sea —dijo por fin, arrastrando su pierna mala por el pulido mármol más rápidamente de lo que parecía posible, y agarró con sus dos manazas el antebrazo de Aquiles.

Harman no quería dormirse. Pese a lo agotado que estaba, había accedido solamente a comer y beber algo. Calentó un guiso excelente y comió en la mesa situada junto a la ventana mientras Próspero permanecía sentado en silencio en el sillón tapizado. El magus leía un libro enorme y gastado encuadernado en cuero.

Cuando Harman se volvió para hablar de nuevo con Próspero, para exigirle en términos más contundentes que lo devolviera a Ardis, el anciano se había ido, al igual que el libro. Harman se quedó sentado a la mesa unos cuantos minutos, sólo consciente a medias de la jungla que pasaba veloz a ochenta metros por debajo de la crujiente cabina en movimiento. Entonces (sólo para echar un vistazo al piso de arriba otra vez, se dijo), se puso en pie y subió por la escalera de caracol de hierro, se quedó contemplando la gran cama un minuto, y luego se desplomó de bruces en ella.

Cuando despertó era de noche. La luz de la luna y los anillos entraba por las ventanas del extraño dormitorio, pintando el terciopelo y el bronce de una luminosidad tan rica que los haces parecían franjas de pintura blanca. Harman abrió las puertas y salió a la terraza.

El aire era frío casi a trescientos metros por encima del suelo de la jungla y, la brisa, constante debido al movimiento de la cabina, pero siguieron asaltándolo la humedad, el calor y los olores orgánicos de toda la vida verde de abajo. El dosel de la jungla se extendía casi ininterrumpidamente, encalado por la luz de la luna creciente y los anillos, y de vez en cuando llegaban extraños sonidos, audibles incluso por encima del firme zumbido de la maquinaria y el crujido del largo cable. Harman tardó un minuto en orientarse por los anillos e y p.

Estaba seguro de que la cabina se dirigía al oeste cuando habían deja-

do la primera torre horas antes (había dormido diez horas al menos), pero ya no había duda de que seguía un rumbo nor-noreste. Podía ver la punta iluminada de una de las torres de la *eiffelbahn* asomando por encima del horizonte, al suroeste de su dirección de procedencia, y otra más cerca, a menos de treinta kilómetros al noreste. En alguna parte, mientras él dormía, la cabina en la que viajaba debía de haber cambiado de dirección en la encrucijada de alguna torre. Todo lo que Harman sabía de geografía lo había aprendido por su cuenta, en los libros que él mismo se había enseñado a leer, y estaba seguro de que hasta hacía pocos meses era el único humano antiguo en la Tierra que tenía alguna idea de lo que era la geografía, algún conocimiento de que la Tierra era un globo, pero nunca había prestado mucha atención al subcontinente en forma de flecha situado al sur de lo que solía ser Asia. De todas formas, no hacía falta tener los conocimientos de un cartógrafo para saber que si Próspero había dicho la verdad, si su destino era la costa de Europa donde comenzaba la Brecha Atlántica, a lo largo del Paralelo 40, entonces iba en dirección contraria.

No importaba. Harman no tenía ninguna intención de quedarse en ese extraño aparato los meses o semanas necesarios para recorrer toda aquella distancia. Ada lo necesitaba inmediatamente.

Recorrió el balcón, agarrándose de vez en cuando a la barandilla cuando la casa-cabina se mecía levemente. Fue en su tercera ronda cuando advirtió una escalera de peldaños de hierro que corría por el costado de la estructura, más allá de la barandilla. Harman se asomó, agarró un peldaño y pasó a la escalerilla. No había nada bajo él y el suelo de la cabina más que trescientos metros de aire y el dosel de la jungla.

La escalerilla conducía al techo de la cabina. Harman se aupó y dejó colgando las piernas un segundo antes de encontrar un asidero y subir al techo plano.

Se incorporó con cuidado, los brazos extendidos para equilibrarse cuando la cabina se sacudió al empezar a escalar hacia las luces parpadeantes de una torre de la *eiffelbahn* que estaba a unos quince kilómetros por delante. Tras la siguiente torre, una cordillera montañosa acababa de hacerse visible en el horizonte, sus picos nevados casi brillantes a la luz de la luna y los anillos.

Entusiasmado por la noche y la sensación de velocidad, Harman advirtió algo. Había un leve titilar a unos tres palmos del borde de la cabina, un leve difuminado de la luna, los anillos y el panorama. Se acercó al borde y extendió la mano cuanto le fue posible.

Había un campo de fuerza. No muy poderoso (sus dedos lo atravesaron como si fuera una membrana resistente pero permeable, lo que recordó a Harman la entrada a la fermería en la isla orbital de Próspero), pero sí lo bastante fuerte para que el viento rebotara del costado romo y poco aerodinámico de la casa-cabina. Más allá del campo de fuerza sus dedos notaron la verdadera fuerza del viento, suficiente para doblarle la mano hacia atrás. La cosa se movía más rápido de lo que creía.

Después de media hora de caminar por el techo, escuchando los cables zumbar, viendo acercarse la próxima torre *eiffelbahn* y elaborando estrategias para regresar con Ada, Harman bajó mano sobre mano por la escalera, saltó al balcón y volvió a entrar en la casa.

Próspero lo estaba esperando en el primer piso. El magus estaba sentado en la misma silla, sin apoyar las piernas en la otomana, el gran libro abierto sobre su regazo y el báculo cerca de su mano derecha.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Harman.

Próspero alzó la cabeza.

—Veo, joven señor, que eres tan desproporcionado en tus modales como nuestro mutuo amigo Calibán lo es en sus formas.

—¿Qué quieres de mí? —repitió Harman, cerrando los puños.

—Es hora de que vayas a la guerra, Harman de Ardis.

—¿Ir a la guerra?

—Sí. Hora de que los tuyos luchen. Los tuyos, tu clase, tu especie, tu ralea... tú mismo.

—¿De qué estás hablando? ¿Ir a la guerra contra quién?

—Contra qué sería una expresión más acertada —dijo Próspero.

—¿Estás hablando de los voynix? Ya hemos luchado contra ellos. Llevé a Odiseo-Nadie al Puente de Machu Picchu principalmente para conseguir más armas.

—No los voynix, no —dijo Próspero—. Ni los calibani, aunque todas esas criaturas esclavas han sido entrenadas para matar a los de tu especie, los detalles de su plan han sido revelados por fin. Estoy hablando del Ene-migo.

—¿Setebos?

—Oh, sí. —Próspero posó la anciana mano en la ancha página del libro, colocó una larga hoja como marcador, cerró el volumen cuidadosamente y se levantó, apoyándose en su báculo—. Setebos, el que tiene tantas manos como un pulpo, está aquí por fin, en tu mundo y el mío.

—Lo sé. Daeman lo vio en Cráter París. Setebos ha tejido una especie

de telaraña de hielo azul sobre ese faxnódulo y una docena más, incluidos Chom y...

—¿Y sabes por qué el de las muchas manos ha venido ahora a la Tierra? —interrumpió Próspero.

—No.

—Para alimentarse —dijo Próspero en voz baja—. Para alimentarse.

—¿De nosotros?

Harman notó que la cabina reducía la velocidad y se estremecía, y advirtió que la siguiente torre *eiffelbahn* los rodeaba durante un segundo: la estructura de dos pisos de la cabina encajaba en el rellano del nivel de trescientos metros igual que lo había hecho en la primera torre. Sintió la cabina estremecerse, oyó las marchas rechinar y claquetear, y se separaron de la torre siguiendo un rumbo diferente, dirigiéndose ahora más al este que al norte.

—¿Setebos ha venido a alimentarse de nosotros? —preguntó de nuevo.

Próspero sonrió.

—No exactamente. No directamente.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa, joven humano Harman, que Setebos es un espectro. Nuestro amigo de las muchas manos se alimenta de los residuos del miedo y el dolor, de la oscura energía del terror repentino y el nutritivo residuo de la muerte igualmente repentina. Esta memoria del dolor se encuentra en el suelo de tu mundo, de cualquier mundo con criaturas sentientes y guerreras, igual que el carbón o el petróleo, toda la salvaje energía de una era perdida mana del subsuelo.

—No entiendo.

—Quiere decir que Setebos, el Devorador de Mundos, ese gourmet de la historia oscura, ha asegurado algunos de vuestros faxnódulos en estasis azul, sí... para poner sus huevos, para enviar su semilla por todo tu mundo, para sorber el calor de esos lugares como un súcubo sorbe el aliento de un alma dormida... pero es vuestra memoria y vuestra historia lo que lo engordará como a un insecto de muchas manos.

—Sigo sin comprenderlo.

—Su nido está ahora en Cráter París, Chom y esos otros lugares provincianos donde los humanos celebráis fiestas y dormís y malgastáis vuestras inútiles vidas —dijo Próspero—, pero se alimentará en Waterloo, HotepSa, Stalingrado, Zona Cero, Kursk, Hiroshima, Saigón, Ruanda,

Ciudad del Cabo, Montreal, Gettysburg, Riyad, Camboya, Khanstaq, Chancellorsville, Okinawa, Tarawa, My Lai, Bergen Belsen, Auschwitz, el Somme... ¿Significan algo para ti alguno de estos nombres, Harman?

—No.

Próspero suspiró.

—Ése es nuestro problema. Hasta que parte de los humanos recuperen la memoria de vuestra raza, no podréis combatir a Setebos, no podréis comprender a Setebos. No podréis comprenderos a vosotros mismos.

—¿Por qué es ése tu problema, Próspero?

El anciano volvió a suspirar.

—Si Setebos se come el dolor humano y la memoria de este mundo, una fuente de energía que llamo *umana*, este mundo estará físicamente vivo pero espiritualmente muerto para cualquier ser sentiente... incluido yo.

—¿Espiritualmente muerto? —repitió Harman. Conocía la palabra de sus lecturas y siglecturas (espíritu, espiritual, espiritualidad), vagas ideas relacionadas con antiguos mitos de fantasmas y religión, pero no tenía sentido que procedieran de ese holograma de un avatar de la logosfera, la construcción inteligente de algún conjunto de antiguos programas de software y protocolos de comunicación.

—Espiritualmente muerto —repitió el magus—. Física, filosófica, orgánicamente muerto. A nivel cuántico, un mundo viviente registra la mayoría de las energías sentientes que experimentan sus habitantes, Harman de Ardis: el amor, el odio, el miedo, la esperanza. Como partículas de magnetita que apuntan a un polo norte o sur. Los polos pueden cambiar, oscilar, desaparecer, pero los registros permanecen. El campo de energía resultante es tan real (aunque más difícil de medir y localizar) como la magnetosfera que produce un planeta que tiene un núcleo caliente que gira, protegiendo a sus habitantes con su campo de fuerza de las durísimas realidades del espacio. Así protege la memoria del dolor y el sufrimiento el futuro de una raza sentiente. ¿Tiene esto sentido para ti?

—No.

Próspero se encogió de hombros.

—Entonces acepta mi palabra. Si quieres volver a ver a Ada con vida, tendrás que aprender... mucho. Quizá demasiado. Pero después de todo este aprendizaje, podrás al menos unirme a la lucha. Puede que no haya ninguna esperanza, normalmente no la hay cuando Setebos empieza a devorar la memoria de un mundo, pero al menos podemos luchar.

—¿Y a ti qué te importa? —preguntó Harman—. ¿Qué más te da si

los humanos sobreviven o no? ¿O sus recuerdos?

Próspero sonrió débilmente.

—¿Por qué me tomas? ¿Crees que soy una mera función de antiguos e-mails, el icono de un anticuado Internet con báculo y túnica?

—No sé qué demonios eres —dijo Harman—. Un holograma.

Próspero se acercó un paso y abofeteó con fuerza a Harman en la cara.

Harman dio un paso atrás, boquiabierto. Se llevó la mano a la dolorida mejilla, cerró el puño.

Próspero sonrió e interpuso el báculo entre ambos.

—Si no quieres despertarte en el suelo dentro de diez minutos con el peor dolor de cabeza de tu vida, ni lo pienses.

—Quiero irme a casa con Ada —dijo Harman lentamente.

—¿Has intentado encontrarla con tus funciones? —preguntó el magus.

Harman parpadeó.

—Sí.

—¿Y funcionaron alguna de tus funciones, aquí, en la cabina, o en la jungla antes?

—No.

—Ni funcionarán hasta que hayas dominado el resto de las funciones que están a tus órdenes —dijo el anciano, regresando a su silla y sentándose con cuidado.

—El resto de las funciones... —empezó a decir Harman—. ¿A qué te refieres?

—¿Cuántas funciones has dominado?

—Cinco —contestó Harman. Una de ellas la conocía todo el mundo desde hacía siglos: la función buscadora que incluía un cronómetro, pero Savi les había enseñado otras tres. Luego él había descubierto la quinta.

—Menciónalas.

Harman suspiró.

—Función buscadora, cercanet, lejosnet, todonet, y sigleer... leer a través de la palma.

—¿Y has dominado la función todonet, Harman de Ardis?

—En realidad no.

Era demasiada información, demasiada anchura de banda como había dicho Savi.

—¿Y crees que los humanos antiguos... los auténticos humanos antiguos, vuestros antepasados sin diseñar y sin modificar, tenían esas cinco funciones, Harman de Ardis?

—Yo... no lo sé.

Nunca se lo había planteado.

—No las tenían —dijo Próspero llanamente—. Sois el resultado de cuatro mil años de alteraciones genéticas y divisiones nanotécnicas. ¿Cómo descubriste la función sigl, Harman de Ardis?

—Yo... Experimenté con imágenes mentales, triángulos, cuadrados, círculos, hasta que una funcionó.

—Eso es lo que les dijiste a Ada y los demás, pero es mentira. ¿Cómo aprendiste de verdad a sigleer?

—Soñé con el código de función sigl —admitió Harman. Había sido demasiado extraño (demasiado precioso) para contárselo a los otros.

—Ariel te ayudó con ese sueño —dijo Próspero, mostrando de nuevo su leve sonrisa—. Nos impacientamos. ¿Te gustaría saber cuántas funciones tiene cada uno de vosotros, cada uno de los «humanos antiguos», en sus células y su sangre y su materia cerebral?

—¿Más de cinco funciones? —preguntó Harman.

—Cien —dijo Próspero—. Cien justas.

—Enséñamelas —dijo Harman, dando un paso hacia el magus.

Próspero negó con la cabeza.

—No puedo. No podría. Pero tienes que aprenderlas de todas formas. En este viaje las aprenderás.

—Vamos en dirección equivocada —dijo Harman.

—¿Qué?

—Dijiste que la *eiffelbahn* me llevaría a la costa de Europa, donde comienza la Brecha Atlántica, pero ahora nos dirigimos al este, lejos de Europa.

—Giraremos de nuevo al norte dentro de dos torres —dijo Próspero—. ¿Estás impaciente por llegar?

—Sí.

—No lo estés —dijo el magus—. Todo el aprendizaje tendrá lugar durante el viaje, no después. Tuyo será el cambio marino de todos los cambios marinos. Y confía en mí, no querrás tomar la ruta más corta, por los antiguos pasos de Paquistán hasta la desolación llamada Afganistán, al sur a lo largo de la Cuenca Mediterránea y cruzando las Marismas del Sáhara.

—¿Por qué no? —preguntó Harman. Savi y Daeman y él habían volado al este sobre el Atlántico y luego sobre las Marismas del Sáhara hasta Jerusalén, y luego habían usado un reptador para recorrer la seca Cuenca Mediterránea. Era un sitio de la Tierra que conocía. Y quería ver si el

rayo azul de taquiones aún surgía del Monte del Templo, en Jerusalén. Savi había dicho que tenía la información codificada de todos sus contemporáneos perdidos hacía mil cuatrocientos años.

—Los calibani andan sueltos —dijo Próspero.

—¿Han dejado la Cuenca?

—Están libres de sus antiguas ataduras, el centro no puede aguantar. La anarquía se ha adueñado del mundo. O al menos de esa parte.

—Entonces ¿adónde vamos?

—Paciencia, Harman de Ardis. Paciencia. Mañana cruzaremos una cadena montañosa que creo que te parecerá interesante. Luego llegaremos a Asia... donde podrás contemplar las obras de los poderosos y los muertos, y después iremos de nuevo al oeste. La Brecha puede esperar.

—Demasiado tiempo —dijo Harman, caminando de un lado a otro—. Demasiado tiempo. Si las funciones no actúan aquí, no tengo modo de saber cómo está Ada. Tengo que ir. Tengo que ir a casa.

—¿Quieres saber cómo le va a tu Ada? —preguntó Próspero. No sonreía. El magus señaló un paño rojo que cubría el sofá—. Usa eso. Sólo esta vez.

Harman frunció el ceño, se acercó al paño, lo estudió.

—¿Un paño turín? —dijo. Era rojo: todos los turines eran pardos. Los microcircuitos bordados no eran iguales.

—Hay una miríada de paños turín receptores —dijo Próspero—. Igual que hay una miríada de transmisores sensoriales. Cada persona puede ser uno.

Harman negó con la cabeza.

—Me importa un rábano el drama turín... Troya, Agamenón, todas esas tonterías. No estoy de humor para diversiones.

—Este paño no te contará nada de Ilión. Te mostrará el destino de tu Ada. Inténtalo.

Temblando, Harman se sentó en el sofá, se ajustó el paño rojo sobre la cara, se llevó el bordado a la frente y cerró los ojos.

La *Reina Mab* desaceleró hacia la Tierra en una columna de explosiones nucleares, lanzando una bomba de fisión del tamaño de una lata de refresco cada treinta segundos. Las bombas explotaban y empujaban la placa impulsora de popa de la nave, los enormes pistones y cilindros de la sala de máquinas giraban, la siguiente bomba-lata era expulsada...

Mahnmut estaba observando por el canal de vídeo de popa. *Si alguien de la Tierra no sabía que venimos, ya debe saberlo*, le dijo a Orphu por su canal de tensorrayo. Los dos habían sido invitados al puente por primera vez en el viaje y se encontraban en el ascensor más grande, subiendo hacia la proa de la nave... que, durante la desaceleración, naturalmente, apuntaba hacia el espacio en vez de hacia la Tierra, que crecía rápidamente.

No creo que la idea sea ser sutiles, tensorrayó Orphu.

Obviamente no. Pero esto es tan sutil como un puñetazo en el estómago, tan sutil como un retrete de pago en la sala de diarreicos, tan sutil como...

¿Tienes algo que decir?, bramó Orphu.

Es demasiado poco sutil, dijo Mahnmut. *Demasiado obvio. Demasiado visible. Demasiado precioso... quiero decir, diseños de naves espaciales de mediados del siglo XX, por el amor de Dios. Bombas de fisión. Mecanismos eyectores de la planta embotelladora de Coca-Cola de Atlanta de hacia 1959...*

¿Entonces cuál es tu idea?, interrumpió Orphu. En los viejos tiempos, sus ojos-tallo y videocámaras se habrían dirigido hacia Mahnmut (algunos de ellos, al menos), pero no habían sido sustituidos desde que sus nervios ópticos se habían quemado.

Supongo que naves moravec menos obvias, naves modernas con sus

sistemas de invisibilidad activados nos están siguiendo, envió Mahnmut.

Ésa ha sido también mi deducción, dijo el moravec de durovac.
Nunca lo has comentado.

Ni tú, hasta ahora, dijo Orphu.

¿Por qué no nos lo han dicho Asteague/Che y los otros Integrantes Primeros?, preguntó Mahnmut. *Si nos ponen por delante de la flota verdadera como blanco, tenemos derecho a saberlo.*

Orphu envió un rumor subsónico que Mahnmut había aprendido a identificar como el equivalente a encogerse de hombros del ioniano. *No habría ninguna diferencia, ¿no?*, dijo el gran moravec. *Si las defensas de la Tierra disparan sobre nosotros y rompen nuestros modestos campos de fuerza defensivos, estaremos muertos antes de tener tiempo de quejarnos.*

Hablando de defensas terrestres, ¿ha dicho algo más la voz de la ciudad orbital desde el mensaje de hace dos semanas? La emisión más reciente había sido sucinta: la voz grabada, humana y femenina, había dicho simplemente «traedme a Odiseo», una y otra vez, durante veinticuatro horas y luego se había interrumpido tan súbitamente como había comenzado. No se trataba de un mensaje lanzado al azar: apuntaba directamente a la *Reina Mab*.

He estado monitorizando los canales de recepción, dijo Orphu, *y no he oído nada nuevo.*

El ascensor zumbó y se detuvo. Las amplias puertas se abrieron. Mahnmut salió al puente por primera vez desde el lanzamiento en Fobos y Orphu se impulsó tras él.

El puente era circular, con un diámetro de treinta metros, el techo en forma de cúpula y rodeado de gruesas ventanas y pantallas holográficas. Como nave espacial era casi completamente satisfactoria para Mahnmut. Aunque la nave sin nombre que habían llevado a Orphu los difuntos Koros III, Ri Po y él a Marte estaba siglos más avanzada (aceleraba a un quinto de la velocidad de la luz usando tijeras magnéticas, usaba una vela de luz de boro, motores de fusión y otros modernos artilugios moravec), esa nave atómica extrañamente retro parecía... adecuada. En vez de tener controles puramente virtuales y sencillos puertos de conexión, más de una docena de técnicos moravec se sentaban en anticuados sillones de aceleración ante puestos de control de metal y cristal aún más anticuados. Había interruptores de verdad, mandos reales, diales físicos (¡diales!) y un centenar

de otros detalles que complacían al ojo y la cámara vid. El suelo parecía de acero pulido, quizá sacado directamente del casco de algún barco de guerra de la época de la Segunda Guerra Mundial.

Los sospechosos habituales (el irreverente término que usaba Orphu) los esperaban cerca de la mesa de navegación central: Asteague/Che, su Integrante Primero de Europa; el general Beh bin Adee en representación de los moravecs guerreros del Cinturón; Cho Li, su navegante de Calisto (que se parecía y hablaba de manera demasiado parecida al difunto Ri Po para comodidad de Mahnmut); Suma IV, el ganimediano de concha de bucky-carbono y ojos de insecto, y el arácnido Retrógrado Sinopessen.

Mahnmut se acercó a la mesa del mapa y se subió al saliente de metal que permitía a los moravecs más pequeños ver la brillante superficie de la mesa. Mahnmut se quedó flotando.

—Tenemos poco menos de catorce horas hasta la entrada en la órbita baja de la Tierra —dijo Asteague/Che sin saludos ni introducciones. Su voz (aquella voz que, a los oídos y receptores de audio entrenados en la historia de la Edad Perdida de Mahnmut, recordaba la de James Mason) era tranquila y profesional—. Tenemos que decidir qué hacer.

El Integrante Primero vocalizaba en vez de transmitir por la banda común. El puente estaba presurizado al nivel normal de la Tierra, un contenido atmosférico que gustaba a los moravecs europeos y que los otros toleraban, y el habla audible era más privada que la charla por la banda común y menos conspiradora que usar el tensorsayo.

—¿Ha habido alguna emisión más de esa mujer que nos pide que le entreguemos a Odiseo? —preguntó Orphu.

—No —respondió Chi Li, en gran navegante calistano. Su voz, como siempre, era muy, muy, muy baja—. Pero la construcción orbital que era la fuente de esa emisión es nuestro destino.

Cho Li pasó un tentáculo manipulador por la mesa y apareció un gran holograma de la Tierra. Los anillos polar y ecuatorial eran muy brillantes, incontables motas de luz se movían de oeste a este a lo largo del ecuador y de norte a sur alrededor de los polos.

—Es una transmisión de vídeo en vivo —dijo la diminuta caja plateada entre delgadas patitas plateadas que era el Retrógrado Sinopessen.

—Puedo leer las barras de datos a través del canal común —dijo Orphu de Io—. Y los puedo ver a todos en mi radar y mis escáneres infrarrojos. Pero puede que haya aspectos sutiles de las holoproyecciones que se me escapan... por eso de que estoy ciego y demás.

—Daré una descripción vía tensorrayo de todo lo que vea —dijo Mahnmut. Conectó por tensorrayo y envió una tanda de alta frecuencia al ioniano, describiendo la imagen holográfica de la Tierra azul y blanca que flotaba sobre el mapa, los brillantes anillos polar y ecuatorial cruzándose sobre los océanos y las nubes. Los anillos estaban tan cerca que podían verse incontables objetos brillando contra el negro del espacio.

—¿Ampliado? —preguntó Orphu.

—Sólo diez veces —dijo Sinopessen—. Nivel de binoculares pequeños. Nos estamos acercando a la órbita de la Luna terrestre... aunque ahora mismo la Luna está al otro lado del planeta. Dejaremos de usar las bombas de fisión y pasaremos a impulso iónico cuando entremos en su espacio cislunar... no hay ningún motivo para enfrentarnos a nadie allí. Nuestra velocidad se reduce a diez kilómetros por segundo y bajando. Puede que hayan advertido nuestra desaceleración a uno-punto-dos-cinco en los dos últimos días.

—¿Cómo se ha tomado Odiseo la carga-g añadida? —preguntó Mahnmut. No había visto a su único pasajero humano restante desde hacía una semana. Mahnmut esperaba que Hockenberry regresara a la *Reina Mab*, pero hasta el momento no lo había hecho.

—Bien —tronó Suma IV, el alto ganimediano—. Suele quedarse en su camastro y sus habitaciones más que de costumbre, pero ya lo hacía antes de que aumentáramos la carga-g decelerativa.

—¿Ha dicho algo sobre la voz femenina del máser... o del mensaje de «traedme a Odiseo»? —preguntó Orphu.

—No —respondió Asteague/Che—. Nos ha dicho que no reconoce la voz... que está seguro de que no pertenece a Atenea, ni a Afrodita ni a ninguno de los inmortales del Olimpo que conoce.

—¿De dónde procedía la emisión? —preguntó Mahnmut.

Cho Li activó un puntero láser insertado en uno de sus manipuladores y marcó el anillo polar, que se acercaba ahora al polo sur, al otro lado del holo transparente de la Tierra.

—Amplía —ordenó el navegante a la IA principal de la *Mab*.

La mota de luz pareció saltar hacia delante hasta que sustituyó todo el holograma de la Tierra. Era una ciudad de vigas de metal, cristal naranja opaco y luz: altas torres de cristal, burbujas de cristal, cúpulas de cristal, retorcidas agujas y arcos de cristal. Mahnmut lo resumió todo en sus descripciones por tensorrayo para Orphu.

—Es uno de los objetos artificiales en órbita más grandes —dijo el Re-

trógrado Sinopessen—. Mide unos veinte kilómetros de largo, aproximadamente como la ciudad de Manhattan de la Edad Perdida antes de que se inundara. Parece construido alrededor de un núcleo de piedra y metal pesado, probablemente un asteroide capturado, que proporciona (o proporcionaba) un poco de gravedad a sus habitantes.

—¿Cuánta? —preguntó Orphu de Io.

—Unos diez centímetros por segundo —dijo el amalteo—. Suficiente para que un humano, o un posthumano sin modificar, no salga volando o pueda conseguir velocidad de escape saltando, pero lo bastante tenue para que vaya flotando a donde quiera.

—Muy parecido al tamaño y la gravedad de Fobos —dijo Mahnmut—. ¿Alguna pista acerca de a quién pertenece la voz o quién vive allí?

—Los posthumanos construyeron estos entornos orbitales hace más de dos mil años estándar —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Sabéis que suponíamos que los posthumanos habían muerto: sus señales de radio cesaron hace más de un milenio mientras el flujo cuántico entre la Tierra y Marte empezaba a acumularse; no hemos visto sus naves en el espacio cislunar con nuestros telescopios; no ha habido ningún signo de ellos en la Tierra... Pero no podemos descartar la posibilidad de que hayan sobrevivido unos pocos. O evolucionado.

—¿A qué? —preguntó Orphu.

Asteague/Che realizó el más arcaico y expresivo de los movimientos humanos: se encogió de hombros. Mahnmut empezó a describir el gesto del otro europeo a su amigo, pero Orphu tensorrayó que lo había captado en los sensores infrarrojos y el radar.

—Dejadme que os muestre alguna actividad reciente antes de que decidamos si vais a bajar con *La Dama Oscura* a la atmósfera de la Tierra —continuó Asteague/Che. Colocó una mano muy humanoide sobre la mesa.

El holograma de la isla orbital fue sustituido por holos que mostraban la Tierra y Marte, a escala por lo que a tamaño se refería pero no a distancia, con una miríada de hilillos azules, verdes y blancos conectando la Órbita-Cercana-a-la-Tierra y la superficie de Marte. Columnas de datos holográficos cobraron vida. Los dos planetas parecían haber sido entretejidos en una frenética telaraña, excepto que en este caso la tela en sí latía y crecía; los hilos se contraían y expandían produciendo nuevos hilos y nodulos como por propia voluntad. Mahnmut se apresuró a describirlo todo en el canal de tensorrayo.

No hay problema, transmitió Orphu. *Estoy leyendo los datos. Es casi*

tan bueno como leer los gráficos.

—Es la actividad cuántica de los últimos diez días estándar —dijo Cho Li—. Advertiréis que es casi un diez por ciento más volátil y activa que cuando despegamos de Fobos. La inestabilidad está alcanzando un estado crítico...

—¿Hasta qué punto? —preguntó Orphu de Io.

Asteague/Che volvió el visor de su rostro hacia el gran ioniano.

—Lo bastante crítico como para que tengamos que tomar una decisión en la próxima semana o así. Menos tiempo si la volatilidad continúa creciendo. Este grado de inestabilidad cuántica amenaza todo el sistema solar.

—¿Qué decisión? —preguntó Mahnmut.

—Si destruir los anillos polar y ecuatorial de la Tierra donde se originó el flujo cuántico y si cauterizar el monte Olimpo y los otros nódulos cuánticos de Marte —dijo el general Beh bin Adee—. Y esterilizar la Tierra misma si es necesario.

Orphu silbó, un sonido extraño que resonó en todo el puente.

—¿Tiene la *Reina Mab* esa capacidad militar? —preguntó el ioniano en voz baja.

—No —respondió el general.

«Supongo que tenía razón en lo de las naves moravec invisibles que nos siguen», pensó Mahnmut.

Supongo que teníamos razón en lo de las naves moravec invisibles que nos siguen, envió Orphu por tensorsayo. Si Mahnmut hubiera tenido párpados, habría parpadeado por la similitud de sus pautas de pensamiento.

Se produjo un breve silencio. Ninguno de los seis moravecs que había alrededor de la mesa habló ni transmitió de nuevo durante casi un minuto.

—Hay más acontecimientos que compartir con vosotros —dijo Suma IV por fin. El ganimediano revestido de buckycarbono tocó unos controles y una vista telescópica ampliada y distinta de la Tierra cobró vida. Mahnmut reconoció lo que una vez habían sido las Islas Británicas (¡Shakespeare!), y entonces la imagen se centró en el continente de Europa. Dos imágenes llenaron el holocubo: una extraña ciudad que se extendía a partir de un cráter negro y lo que podría haber sido dicha ciudad envuelto en una telaraña azul no muy distinta a la imagen del desplazamiento cuántico entre la Tierra y Marte. Le describió la masa azul a su amigo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Orphu.

—No lo sabemos —contestó Suma IV—, pero ha aparecido en los úl-

timos siete días estándar. Estas coordenadas encajan con las de la antigua ciudad de París en la nación de Francia, pero donde nuestros astrónomos de Fobos y Deimos y el espacio marciano habían estado observando actividad de humanos antiguos (primitiva pero visible) ahora no hay más que esta cúpula azul, telarañas azules, agujas azules que rodean lo que obviamente era un antiguo cráter producido por un agujero negro.

—¿Qué podría estar tejiendo esa red? —preguntó Mahnmut.

—Una vez más, no lo sabemos —dijo Suma IV—. Pero mirad las medidas que proceden del interior.

Orphu no silbó esta vez, pero Mahnmut tuvo ganas de hacerlo. La temperatura de las partes de París cubiertas por la telaraña habían caído a menos cien grados Celsius cuando, apenas a unos metros de distancia, la temperatura todavía se mantenía dentro de lo normal en la Tierra para la región y la época del año y, unos pocos metros más allá, se elevaba al punto de fusión del plomo.

—¿Podría tratarse de un fenómeno natural? —preguntó Mahnmut—. ¿Algo que los posthumanos hubiesen causado durante los Tiempos Dementes, cuando jugaban con la ecología y las formas de vida de la Tierra?

—Nunca habíamos visto ni registrado algo parecido a esto —dijo Asteague/Che—. Y no hemos dejado de observar la Tierra desde el espacio del Consorcio. Pero mirad esto.

Una docena de localizaciones marcadas de azul aparecieron en el mapa holocúbico, que se alejó hasta que formó una gran esfera terrestre de nuevo. Los sitios con telarañas azules estaban indicados en otras partes de Europa, en Asia, en lo que había sido América del Sur, el sur de África... una docena en total. Junto a los círculos azules había cubos de datos que registraban medidas similares al fenómeno de París, con notas sobre el día, la hora, el minuto y el segundo en que la telaraña azul había aparecido en los sensores moravec. Mahnmut corrió a tensorrayar la descripción de las imágenes para Orphu.

—Y esto —dijo Asteague/Che.

Otra esfera de la Tierra apareció mostrando líneas azules rectas que surgían de París y los otros nódulos azules, incluida una ciudad indicada como Jerusalén. Las finas lanzadas azules continuaban directamente hasta el espacio y desaparecían más allá del Sistema Solar.

—Bueno, ya habíamos visto eso —dijo Orphu de Io después de que Mahnmut se lo describiera—. Es el mismo tipo de rayo de taquiones que apareció en Delfos, en la otra Tierra, la antigua Tierra de Ilión, cuando des-

apareció la población.

—Sí —respondió el Integrante Primero Asteague/Che.

—Aquel rayo no parecía apuntar a nada en el espacio profundo —dijo Mahnmut—. ¿Y estos?

—No, a menos que contemos las Nubes Magallánicas Menores —dijo Cho Li—. Además, hay un componente cuántico en esos rayos de taquiones.

—¿Qué significa eso de... «componente cuántico»? —preguntó Orphu.

—Los rayos cambian de fase a nivel cuántico, existiendo más en el espacio Calabi-Yau que en el espacio-tiempo cuadrimensional einsteniano —dijo el navegante calistano.

—Quieres decir, que pasan a un universo diferente —dijo Mahnmut.

—Sí.

—¿El universo Tierra-Ilión? —preguntó Mahnmut. Su tono era esperanzado. Cuando el último Agujero Brana que conectaba los universos del Marte-actual y la Tierra-Ilión había colapsado semanas antes, los moravecs habían perdido toda comunicación con aquella antigua Tierra de Troya y Agamenón, pero Hockenberry había podido teletransportarse cuánticamente a través del universo-membrana Calabi-Yau hasta la *Reina Mab*... y presumiblemente de vuelta, aunque nadie sabía adónde había ido al marcharse de la nave atómica. Mahnmut, que conocía a muchos de los griegos y troyanos, tenía la esperanza de volver a conectarse con ese universo una vez más.

—No lo creemos —dijo Cho Li—. Los motivos son tan complicados como las matemáticas del espacio de membrana-múltiple del espacio Calabi-Yau en las que basamos nuestras suposiciones. Se guían por lo que supimos del Artilugio que activasteis con éxito en Marte hace ocho meses, pero creemos que el rayo de taquiones que cambia de fase se dirige a uno o más universos diferentes, no al de la Tierra-Ilión.

Mahnmut extendió las manos.

—Entonces ¿qué tiene que ver esto con nuestra misión a la Tierra? Se suponía que yo iba a pilotar *La Dama Oscura* en los mares u océanos de la Tierra y que llevaría a Suma IV para su misión... igual que se suponía que debía llevar al difunto Ri Po al monte Olympus el año pasado. ¿Cambian ese plan esa telaraña azul y los rayos de taquiones?

Se produjo otro silencio.

—Los peligros desconocidos de una penetración atmosférica prolife-

ran —dijo Suma IV.

—¿Podrías traducir eso, por favor? —pidió Orphu de Io.

—Observad, por favor —dijo el alto ganimediano.

Una grabación holográfica astronómica empezó a reproducirse sobre la mesa. Mahnmut describió las imágenes a Orphu por tensorrayo.

—Por favor, fijaos en la fecha —dijo el Integrante Primero Asteague/Che.

—Es de hace más de ocho meses —dijo Mahnmut.

—Sí —contestó el Integrador europeo—. Poco después de que usáramos los Agujeros Brana para viajar al espacio de Marte-Ilión. Advertiréis que la resolución es relativamente pobre comparada con las observaciones de hoy de los anillos orbitales. Se debe a que estábamos observando desde la base de Fobos.

Las imágenes mostraban un objeto orbital similar al que había enviado el mensaje a la *Reina Mab*, pero no el mismo. Ese asteroide era visible como una roca que rotaba lentamente, con brillantes torres de cristal, cúpulas y estructuras. Era más pequeño: medía menos de dos kilómetros de largo. De repente otro objeto entró en el campo visual de la grabación: una construcción metálica de tres kilómetros de longitud parecida a una larga vara plateada, repleta de rieles, tanques de almacenamiento y cilindros de combustible. La columna terminaba en una esfera bulbosa y titilante. Había impulsores en funcionamiento, pero Mahnmut no creía que la cosa fuera solamente una nave espacial.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Orphu después de oír la descripción de Mahnmut y leer los datos.

—Un acelerador lineal orbital con un recolector de agujero de gusano en el morro —dijo Asteague/Che—. Advertid que alguien, o algo, de la ciudad asteroidal ha enviado órdenes vía máser a este acelerador no tripulado, eliminando incontables protocolos de seguridad, y lo dirige hacia el asteroide.

—¿Por qué? —preguntó Orphu.

Nadie respondió. Los cinco moravecs se quedaron mirando y Orphu escuchaba mientras la larga máquina orbital continuaba acelerando hasta que chocó con la isla asteroidal. Asteague/Che redujo el ritmo de la grabación. Las brillantes torres y agujas explotaron y volaron hechas pedazos a cámara lenta y, luego, el propio asteroide se rompió mientras el acumulador de agujero negro situado en el extremo del acelerador lineal explotaba con la fuerza de incontables bombas de hidrógeno. Hubo una serie de ex-

plosiones finales a cámara lenta mientras los tanques de combustible, los impulsores y los motores principales del acelerador estallaban también.

—Ahora observad —dijo Suma IV.

Una segunda visión telescópica, luego una lectura radar, se unieron a las explosiones holográficas. Mahnmut tensorrayó una descripción de la llamarada de los impulsores que se extendía desde el plano del anillo orbital ecuatorial mientras docenas y luego centenares de pequeñas naves espaciales corrían hacia el asteroide orbital que explotaba.

—¿Cuál es la escala? —preguntó Orphu.

—Miden unos seis metros de largo por tres de ancho —respondió Cho Li.

—Sin tripulación humana —dijo Orphu—. ¿Moravecs?

—Más bien los servidores que los humanos emplearon hace siglos —dijo Asteague/Che—. IAs sencillas con un propósito, como veis.

Mahnmut miró y luego describió lo que veía a Orphu. Los cientos, luego miles de diminutos aparatos que corrían hacia el asteroide y los restos del acelerador eran poco más que láseres de alta potencia, cada uno con un cerebro y un aparato director. La grabación avanzó unas cuantas horas y mostró a los láseres-servidores rebuscando a través, por debajo y por encima de los escombros, eliminando cada pieza de asteroide o acelerador que suponía una amenaza si sobrevivía a la reentrada en la atmósfera de la Tierra.

—Los posthumanos no eran tontos —dijo Asteague/Che—. Al menos en lo referido a ingeniería. La masa que acumularon en los dos anillos que construyeron alrededor de la Tierra equivalía a una fracción considerable de otra luna: más de un millón de objetos independientes, algunos, como el que nos llamó, casi tan grandes como Fobos. Pero tenían salvaguardas casi absolutas para mantenerlos en órbita y defensas por si amenazaban caer: esos moscardones impulsados por láser que eliminan cualquier residuo son la última línea de esa defensa. Los meteoritos siguen cayendo a la Tierra más de ocho meses estándar después, pero no ha habido ningún impacto catastrófico.

—Leucocitos orbitales —dijo Orphu de Io.

—Exactamente —comentó el Integrante Primero del Consorcio de las Cinco Lunas.

—Comprendo —dijo Mahnmut por fin—. Tenéis miedo de que si lanzamos *La Dama Oscura*, como pretendíamos, estos pequeños leucocitos robóticos aparezcan y nos disparen también.

—La masa combinada de la nave de lanzamiento y vuestro sumergible sería una amenaza para la Tierra —reconoció Asteague/Che—. Vimos cómo los... leucocitos, como los llama Orphu, destruyeron piezas del asteroide destruido mucho más pequeñas.

Mahnmut sacudió su cabeza de metal y plástico.

—No lo entiendo. Hace más de ocho meses que tenéis estas grabaciones y estos datos y, sin embargo, habéis traído a la *Dama*... ¿qué ha cambiado?

El general Beh bin Adee señaló algo al volver a poner la holograbación de la explosión del asteroide.

La imagen se centró. Los ordenadores ampliaron la imagen granulosa y pixelada.

¿*Qué?*, tensorrayó Orphu.

Mahnmut describió la imagen ampliada. Allí, en medio de todas las explosiones y residuos destruidos había una pequeña nave con tres figuras humanas tendidas en lo que parecía ser una cabina abierta. Sólo el leve titilar de un campo de fuerza indicaba por qué los tres no morían en el vacío.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Mahnmut después de describírselo a Orphu.

Fue Orphu quien contestó.

—Un antiguo aparato volador usado por los humanos antiguos y los posthumanos hace milenios. Se llamaba VFT: Vehículo de Función Total. A veces lo llamaban simplemente sonie. Los posthumanos los utilizaban para ir a los anillos y volver de ellos.

La grabación aceleró, se detuvo, volvió a acelerar. Mahnmut describió a Orphu la imagen del sonie retorciéndose y girando mientras segmentos del asteroide explotaban (desintegrados por láser) a su alrededor.

El holo mostró la trayectoria del sonie mientras entraba en la atmósfera, trazaba una espiral en el centro de América del Norte, y aterrizaba en una región situada bajo uno de los Grandes Lagos.

—Ése era uno de nuestros destinos —dijo Asteague/Che. Pulsó algunos iconos e imágenes telescópicas fijas de una gran casa humana en una colina. La enorme casa estaba rodeada por otros edificios y lo que parecía ser una muralla de madera defensiva. Cerca de las murallas y la casa había seres humanos, o lo que parecían seres humanos. En la fotografía aparecían varias docenas.

—Eso fue hace una semana, cuando empezamos a desacelerar —dijo el general Beh bin Adee—. Éstas se tomaron ayer.

La misma vista telescópica, pero ahora la casa y la muralla estaban en ruinas, quemadas. Había cadáveres visibles en el paisaje chamuscado.

—No comprendo —dijo Mahnmut—. Parece como si los humanos hubieran sido masacrados en el lugar donde aterrizó el sonie hace ocho meses. ¿Quién o qué los ha matado?

Beh bin Adee recuperó otra imagen telescópica, luego la amplió. Había docenas de bípedos no humanos entre las ramas peladas de los árboles. Eran de un color gris opaco, prácticamente sin cabeza, con una oscura joroba. Los brazos y piernas se articulaban de forma extraña para ser humanos o moravecs conocidos.

—¿Qué es lo que son? —preguntó Mahnmut—. ¿Algún tipo de servidores? ¿Robots?

—No lo sabemos —dijo Asteague/Che—. Pero esas criaturas están matando a los humanos antiguos en sus pequeñas comunidades repartidas por toda la Tierra.

—Eso es terrible, pero ¿qué tiene que ver con cancelar nuestra misión? —preguntó Mahnmut.

—Comprendo —dijo Orphu de Io—. El tema es cómo llegar a la superficie para ver lo que está sucediendo. Y la pregunta es: ¿por qué no dispararon los leucocitos láser al sonie, para empezar? Era lo bastante grande para poder haber sobrevivido a la reentrada y suponer una amenaza para los que estaban en tierra. ¿Por qué no le dispararon?

Mahnmut pensó durante varios segundos.

—Había humanos a bordo —dijo por fin.

—O posthumanos —reconoció Asteague/Che—. La resolución no es lo bastante buena para aclararlo.

—Los leucocitos permiten que una nave con vida humana o posthumana a bordo entre en la atmósfera —dijo Mahnmut lentamente—. Sabéis esto desde hace más de ocho meses. Por eso me hicisteis secuestrar a Odiseo para esta misión.

—Sí —contestó Suma IV—. El humano iba a bajar a la Tierra con nosotros. Su ADN humano iba a ser nuestro salvoconducto.

—Pero ahora la voz de la otra isla orbital exige que le entreguemos a Odiseo —dijo Orphu con un profundo rumor que podría haber significado humor o indigestión.

—Sí —dijo Asteague/Che—. No tenemos ni idea de si nuestra nave lanzadera y vuestro sumergible tendrán acceso a la atmósfera terrestre si no hay ninguna vida humana a bordo.

—Siempre podemos ignorar la invitación de la ciudad-asteroide del anillo polar —dijo Mahnmut—. Llevar a Odiseo a la Tierra con nosotros, tal vez enviarlo de vuelta en la nave lanzadera... —Pensó unos segundos más—. No, eso no saldrá bien. Cabe la posibilidad de que la ciudad-asteroide nos dispare si la *Reina Mab* no se presenta a la cita.

—Sí, parece una posibilidad real —dijo Asteague/Che—. Es imperativo llevar a Odiseo a la ciudad orbital y las imágenes de una masacre de humanos en la Tierra por parte de criaturas no humanas son un factor añadido ya que planeamos vuestra incursión.

—Lástima que el doctor Hockenberry se marchara —dijo Mahnmut—. Su ADN puede que haya sido reconstruido por los dioses del Olimpo o por quien sea, pero probablemente nos habría permitido pasar entre los leucocitos orbitales.

—Tenemos poco menos de once horas para decidir —dijo Asteague/Che—. En ese punto, entraremos en contacto con la ciudad orbital del anillo polar y será demasiado tarde para desplegar la nave lanzadera y el sumergible. Sugiero que volvamos a reunirnos aquí dentro de dos horas y tomemos una decisión definitiva.

Mientras los dos volvían al ascensor de carga, Orphu de Io colocó uno de sus grandes manipuladores en el hombro de Mahnmut.

Bueno, Stanley, envió el ioniano, nos has metido en otro buen lío.

Harman experimentó en tiempo real el ataque a Ardis Hall.

La experiencia del paño turín (ver, oír, observar desde de los ojos de otra persona invisible) siempre había sido una diversión dramática pero irrelevante. Aquella vez resultó un infierno en vida. En vez de la absurda y aparentemente ficticia Guerra de Troya, se trataba de un ataque a Ardis que Harman sentía (sabía) real, y que sucedía o bien de modo simultáneo a su visión o había sido grabado muy recientemente.

Harman permaneció bajo el paño, ajeno al mundo real, durante más de seis horas. Contempló a partir del momento en que los voynix atacaban poco después de medianoche hasta justo antes del amanecer, cuando Ardis ardía y el sonie huía al norte después de que su amada Ada, herida, sangrando e inconsciente, fuera arrastrada a bordo como un saco de sebo.

Harman se sorprendió al ver a Petyr allí en Ardis con el sonie (¿dónde estaban Hannah y Odiseo?), y gritó de dolor cuando vio cómo Petyr era alcanzado por una roca lanzada por los voynix y caía a la muerte. Tantos de sus amigos de Ardis muertos o moribundos: el joven Peaen caído; la hermosa Emma con el brazo arrancado de cuajo por un voynix y luego ardiendo hasta la muerte en una zanja con Reman; Salas muerta; Laman abatido. Las armas que Petyr había llevado desde la Puerta Dorada de Machu Picchu no habían conseguido frenar la marea de voynix descontrolados.

Harman gimió bajo el paño turín rojo sangre.

Seis horas después desactivó los microcircuitos bordados, las imágenes terminaron y Harman se levantó y apartó el paño.

El magus se había marchado. Harman entró en el pequeño cuarto de baño, usó el extraño inodoro, tiró del mango de porcelana que colgaba de la cadena de bronce, se echó agua en la cara y luego bebió copiosamente,

engullendo a puñados el agua del grifo. Salió y buscó por toda la estructura de dos pisos del coche-cabina.

—¡Próspero! ¡PRÓSPERO!

Su grito resonó en la estructura de metal.

En el segundo piso, Harman abrió las puertas del balcón y salió al exterior. Saltó a los peldaños, indiferente a la larga caída que tenía debajo y subió rápidamente al techo de la cabina en movimiento, que ahora ascendía.

El aire era helado. Había pasado la noche bajo el paño turín y un sol frío y dorado asomaba apenas a su derecha. Los cables se extendían al norte y se elevaban. Harman permaneció en el borde del techo y miró hacia abajo, advirtiendo que tanto la cabina como la *eiffelbahn* debían haber estado escalando durante horas. Habían dejado atrás durante la noche la jungla y las llanuras y habían ascendido primero a los pies de las colinas y luego a las montañas.

—¡¡¡Próspero!!!!

El grito de Harman resonó en las rocas a docenas de metros por debajo.

Permaneció en lo alto de la cabina hasta que el sol estuvo a dos palmos sobre el horizonte, pero con el amanecer no llegó ningún calor. Harman advirtió que se estaba helando. La *eiffelbahn* lo llevaba a una región de hielo, roca y cielo: todas las cosas verdes que crecían habían quedado atrás. Miró por encima del borde y vio un enorme río de hielo (conocía la palabra por sus sigleaturas: «glaciar») extendiéndose como una serpiente blanca entre la roca y los picos helados, con la luz del sol centelleando sobre él, la gran masa blanca salpicada de negras fisuras y horadada por rocas y peñascos que llevaba pendiente abajo.

Caía hielo de los cables que tenía encima. Las ruedas giratorias adquirieron un nuevo y frío zumbido. Harman vio que se había formado hielo en el techo de la bamboleante cabina, en los peldaños de la escalerilla que corría por la pared externa y en los cables mismos. Tras arrastrarse hasta el borde, las manos doloridas, el cuerpo temblando, bajó con cuidado por la escalerilla, pasó al balcón repleto de hielo y entró tambaleándose en la habitación caldeada.

Había fuego en la chimenea. Próspero estaba allí de pie, calentándose las manos.

Harman permaneció junto a las ventanas durante varios minutos, temblando tanto de ira como de frío. Resistió la urgencia de abalanzarse con-

tra el magus. El tiempo era precioso; no quería despertar en el suelo al cabo de diez minutos.

—Lord Próspero —dijo por fin, obligando a su voz a ser dulce y razonable—, sea lo que sea que quieres que haga, estaré de acuerdo en hacerlo. Lo que quieras que sea, accedo a serlo... o lo intentaré lo mejor que pueda. Te lo juro por la vida de mi hijo no nacido. «Pero por favor permíteme regresar a Ardis ahora: mi esposa está herida, puede que esté muriendo. Me necesita.»

—No —dijo Próspero.

Harman corrió hacia el anciano. Golpearía la cabeza calva del viejo puñetero con su propio bastón. Le...

Esta vez Harman no se desmayó. El alto voltaje lo envió al otro lado de la habitación y lo hizo rebotar en el extraño sofá hasta caer a cuatro patas en la elaborada alfombra. Con la visión todavía cegada por círculos rojos, Harman gruñó y volvió a levantarse.

—La próxima vez te quemaré la pierna derecha —dijo el magus en un tono plano, frío, completamente convincente—. Si alguna vez vuelves con tu mujer, lo harás dando saltitos.

Harman se detuvo.

—Dime qué tengo que hacer —susurró.

—Siéntate... no, aquí a la mesa, donde puedas ver el exterior.

Harman se sentó a la mesa. La luz del sol era muy brillante y se reflejaba desde las paredes verticales de hielo y el glaciar; gran parte del hielo se había derretido en las ventanas. Las montañas se hacían más altas: una profusión de los picos más altos que Harman había visto jamás, mucho más dramáticos que las montañas cercanas a la Puerta Dorada de Machu Picchu. La cabina seguía una alta cordillera, un glaciar caía más y más lejos a su izquierda. En ese momento la cabina encontró otra torre de la *eiffelbahn* y Harman tuvo que agarrarse a la mesa mientras la cabina se agitaba, botaba, rozaba contra el hielo y luego continuaba chirriante su ascenso.

La torre quedó atrás. Harman se apoyó contra el frío cristal para verla perderse: aquella torre no era negra como las otras, sino de un resplandeciente color plateado que brillaba al sol. Sus arcos de hierro y vigas destacaban como una telaraña en el rocío de la mañana. «Hielo», pensó Harman. Miró hacia el otro lado, a su derecha, hacia donde ascendían los cables, y vio la cara blanca de la montaña más sorprendente que pudiera imaginarse... no, estaba más allá de la imaginación. Las nubes se acumulaban al oeste, congregándose contra una cordillera tan aserrada y de aspecto tan im-

placable como un cuchillo de hueso. La cara hacia la que ascendían estaba estriada con rocas, hielo, más roca, una cumbre piramidal de nieve blanca y brillante hielo. La cabina rechinaba y resbalaba en los cables helados siguiendo la cordillera al este de ese increíble pico. Harman vio otra torre en otra cordillera, más arriba, y los cables que conectaban esa cordillera con el pico más alto. Muy por encima (alrededor de la cumbre de la montaña imposiblemente alta) se alzaba la cúpula blanca más perfecta imaginable, su superficie teñida de un dorado suave por el sol de la mañana, su masa central rodeada por cuatro blancas torres *eiffelbahn*, todo el complejo dispuesto sobre una base abierta en la cara pelada de la montaña y conectada a los picos cercanos por al menos seis puentes de suspensión que se extendían hacia otros picos. Cada uno de los puentes era más alto, más esbelto y más elegante que la Puerta Dorada de Machu Picchu.

—¿Qué es este lugar? —susurró Harman.

—Chomolungma —respondió Próspero—. La Diosa Madre del Mundo.

—Ese edificio de lo alto...

—Rongbok Pumori Chu-mu-lang-ma Feng Dudh Kosi Lhotse-Nuptse Khumbu aga Ghat-Mandir Khan Ho Tep Rauza —dijo el magus—. Conocido localmente como el Taj Moira. Nos detendremos allí.

Los voynix no subieron la Roca Hambrienta a centenares ni a miles aquella primera noche fría y lluviosa que Daeman estuvo allí. Ni tampoco atacaron la segunda noche. Pero a la tercera todos los supervivientes estaban débiles a causa del hambre o seriamente enfermos con resfriados, gripe, neumonía incipiente o heridas: a Daeman le dolía la mano izquierda con un calor enfermizo allá donde el *calibani* de Cráter París le había arrancado de un mordisco dos dedos y se sentía mareado gran parte del tiempo. Pero los voynix siguieron sin venir.

Ada había recuperado la conciencia al segundo día en la Roca. Sus heridas habían sido numerosas (cortes, abrasiones, la muñeca derecha rota, dos costillas rotas en el costado izquierdo) pero las únicas cosas que habían amenazado realmente su vida habían sido una contusión seria y la inhalación de humo. Finalmente había despertado con un dolor de cabeza terrible, una tos bronca y recuerdos neblinosos de las últimas horas en la Masacre de Ardis, pero con la mente despejada. Con voz átona había repasado la lista de amigos cuyas muertes no estaba segura de haber visto o haber soñado, y sólo sus ojos reaccionaron cuando Greogi respondió con su letanía.

—¿Petyr? —dijo en voz baja, intentando no toser.

—Muerto.

—¿Reman?

—Muerto.

—¿Emme?

—Muerta con Reman.

—¿Peaen?

—Muerta. Una piedra le aplastó el pecho y murió aquí, en la Roca

Hambrienta.

—¿Salas?

—Muerta.

—¿Oelleo?

—Muerta.

Y así dos docenas más de nombres antes de que Ada volviera a desplomarse sobre la sucia mochila que le servía de almohada. Su cara estaba blanca como el pergamino bajo las manchas de sangre y hollín.

Daeman estaba allí, arrodillado, con el Huevo de Setebos brillando oculto en su mochila. Se aclaró la garganta.

—Algunas personas importantes han sobrevivido, Ada —dijo—. Boman está aquí... y Kaman. Kaman fue uno de los primeros discípulos de Odiseo y ha sigleído todo lo que pudo encontrar sobre historia militar. Laman perdió cuatro dedos de la mano derecha defendiendo Ardis, pero está aquí y vive todavía. Loes y Stoman están aquí, además de algunas personas a quienes envié en mi expedición de advertencia: Caul, Oko, Elle y Edide. Oh, y Tom y Siris lo consiguieron también.

—Esto está bien —dijo Ada, y tosió. Tom y Siris eran los mejores médicos de Ardis.

—Pero ni el equipo médico ni las medicinas han llegado —dijo Greogi.

—¿Qué lo ha hecho? —preguntó Arda.

Greogi se encogió de armas.

—Las armas que teníamos, pero no suficiente munición de flechitas. La ropa que llevábamos. Unas cuantas mantas bajo las que hemos estado acurrucándonos las tres últimas noches de fría lluvia.

—¿Habéis vuelto a Ardis para enterrar a los que cayeron? —preguntó Ada. Su voz era firme, a pesar de la ronquera y la tos.

Greogi miró a Daeman y luego desvió la mirada, dirigiéndola más allá del borde de la alta roca donde todos se apiñaban.

—No podemos —dijo, con fuerza—. Lo intentamos. Los voynix nos esperaban. Nos emboscaron.

—¿No pudisteis traer más cosas de Ardis Hall? —preguntó la mujer herida.

Greogi negó con la cabeza.

—Nada importante. La hemos perdido, Ada. Perdido.

Ada tan sólo asintió. Más de dos mil años de historia y orgullo de su familia habían ardido y habían desaparecido para siempre. Pero en aquellos

momentos no pensaba en Ardis Hall, sino en la supervivencia de su gente herida, helada y aislada en aquella miserable Roca Hambrienta.

—¿Qué habéis estado comiendo y bebiendo?

—Hemos cogido agua de lluvia en hules de plástico y hemos podido abatir alguna presa de caza desde el sonie —dijo Greogi, obviamente contento de poder cambiar de tema—. Sobre todo conejos, pero ayer cazamos un alce. Todavía le estamos sacando las flechitas.

—¿Por qué no han acabado los voynix con nosotros? —preguntó Ada. Su voz parecía sólo levemente curiosa.

—Esa sí que es una buena pregunta —dijo Daeman. Tenía su propia teoría al respecto, pero era demasiado pronto para compartirla.

—No se puede decir que nos tengan miedo —repuso Greogi—. Debe de haber dos o tres mil malditas criaturas allá abajo en el bosque y no tenemos suficiente munición para matar a más de unos pocos centenares. Pueden subir por la roca cuando se les antoje. Pero no lo han hecho.

—Lo habéis intentado con el faxnódulo —dijo Ada. No era realmente una pregunta.

—Los voynix nos emboscaron allí —contestó Greogi. Miró el cielo azul. Era su primer día de sol y todo el mundo intentaba secar su ropa y sus mantas, colocándolas como si fueran señales en el plano acre de roca que era la cima de la Roca Hambrienta, pero seguía siendo un invierno duro, el peor que recordaba ninguno de los habitantes de Ardis, y todos temblaban a la débil luz del sol.

—Hemos hecho pruebas —dijo Daeman—. Podemos meter a doce personas en el sonie, el doble de lo que admite su diseño, pero uno más y la IA de la máquina se niega a volar. Y se comporta como un cerdo con doce.

—¿Cuántos dices que conseguimos llegar aquí arriba? —preguntó Ada—. ¿Sólo cincuenta?

—Cincuenta y tres —dijo Greogi—. Nueve, incluyéndote a ti hasta esta mañana, estaban demasiado heridos o enfermos para viajar.

—Ocho ahora —contestó Ada con firmeza—. Harían falta cinco viajes en el sonie para evacuar a todo el mundo... suponiendo que los voynix no ataquen en cuanto empecemos la evacuación y suponiendo también que tuviéramos algún sitio al que ir.

—Sí, suponiendo que tuviéramos algún sitio al que ir —dijo Greogi.

Cuando Ada se quedó dormida de nuevo (dormía, les aseguró Tom, no

había caído en el semicoma de antes) Daeman recogió su mochila, manteniéndola con torpeza apartada de su cuerpo, y se acercó al borde de la cumbre de la Roca Hambrienta. Vio a los voynix allá abajo, sus jorobas correosas y sus cuerpos plateados sin cabeza moviéndose entre los árboles. De vez en cuando un grupo se movía, al parecer con sentido, y cruzaba el gran prado al sur de la Roca Hambrienta. Ninguno miró hacia arriba.

Greogi, Boman y la mujer morena llamada Edide se acercaron a ver qué estaba haciendo.

—¿Pensando en saltar? —preguntó Boman.

—No —respondió Daeman—, pero tengo curiosidad por saber si tenéis cuerda... lo suficiente para bajarme hasta fuera del alcance de los voynix.

—Tenemos unos treinta metros de cuerda —dijo Greogi—. Pero eso te deja a unos quince o veinte metros por encima de los hijos de puta... no es que eso los vaya a detener si quieren saltar y agarrarte. ¿Por qué demonios quieres bajar?

Daeman se puso en cuclillas, colocó la mochila en el suelo y sacó el huevo de Setebos. Los otros se agacharon para contemplarlo.

Antes de que pudieran hacer preguntas, Daeman les contó dónde lo había conseguido.

—¿Por qué? —preguntó Edide.

Daeman se encogió de hombros.

—Fue una de esas cosas que en su momento parecen una buena idea.

—Siempre acabo pagando por eso —dijo la mujer pequeña y morena. Daeman pensó que podría haber visto Cuatro Veintes. Era difícil decirlo con los rejuvenecimientos de la fermería, pero los humanos antiguos mayores tendían a tener mayor sensación de confianza que los más jóvenes.

Daeman colocó el huevo brillante y levemente pulsátil en una grieta en la roca para que no rodara.

—Tocadlo —dijo.

Boman lo intentó primero. Colocó la palma en el cascarón curvo como si agradeciera el calor que todos podían sentir fluir del interior, pero el hombre rubio apartó la mano rápidamente: como si hubiera sentido una descarga o un mordisco.

—¿Qué demonios...?

—Sí —dijo Daeman—. Yo también lo siento cuando lo toco. Es como si esa cosa te sorbiera la energía... como si te sorbiera algo del corazón. O del alma.

Greogi y Edide intentaron tocarlo. Los dos apartaron la mano rápidamente y luego se alejaron más.

—Destrúyelo —dijo Edide.

—¿Y si Setebos viene a buscarlo? —preguntó Greogi—. Las madres hacen esas cosas cuando les robas los huevos. Se lo toman a título personal. Sobre todo cuando la madre es un cerebro de tamaño monstruoso con ojos amarillos y docenas de manos.

—Lo he pensado —dijo Daeman. Guardó silencio.

—¿Y? —dijo Edide. Incluso en los pocos meses que hacía que la conocía, en Ardis Hall siempre había parecido una persona práctica y competente. Era uno de los motivos por los que la había elegido como miembro de su expedición de advertencia a los trescientos faxnódulos—. ¿Quieres que lo destruya yo? —preguntó, poniéndose en pie y calzándose los guantes de cuero—. Veremos a qué distancia puedo lanzar esta maldita cosa y si alcanzo un voynix.

Daeman se mordió el labio.

—Podemos apostar a que no queremos que salga del cascarón aquí, en la cima de la Roca Hambrienta —dijo Boman. El hombre había sacado la ballesta y apuntaba al lechoso huevo—. Incluso un pequeño Setebos, por tu descripción de lo que la cosa mamá-papá hizo en Cráter París, podría matarnos a todos.

—Espera —dijo Daeman—. No ha salido del cascarón aún. El frío puede que no sea suficiente para matarlo aquí, para hacer que no sea viable, pero puede estar retrasando su gestación... o como demonios se llame el período de incubación del huevo de un monstruo. Quiero probar algo antes de destruirlo.

Usaron el sonie. Greogi conducía. Boman y Edide iban arrodillados en los huecos traseros, con los rifles de flechitas preparados. El campo de fuerza estaba desconectado.

Los voynix se movían en las sombras bajo los árboles, al otro extremo del prado, a menos de cien metros de distancia. Ellos flotaban a treinta metros de altura, fuera del alcance de sus saltos.

—¿Estás seguro? —dijo Greogi—. Son más rápidos que nosotros.

No del todo convencido de que pudiera hablar adecuadamente, Daeman asintió.

El sonie bajó. Daeman saltó. El sonie ascendió en vertical, como un as-

censor en forma de disco plateado.

Daeman llevaba un rifle de flechitas al hombro, pero fue la mochila lo que recogió, sacando en parte del huevo de Setebos y cuidando de no tocarlo con las manos desnuda. Incluso a la intensa luz del sol, la cosa brillaba como leche radiactiva.

Como ofreciéndoles un regalo, Daeman empezó a caminar hacia los voynix que se hallaban al otro extremo del prado. Las criaturas obviamente lo observaban a través de los sensores infrarrojos de sus pechos metálicos. Varios giraron para mantenerlo centrado en el alcance de sus sensores. Más voynix salieron de las sombras del bosque para situarse en la linde del prado.

Daeman alzó la cabeza y vio el sonie a veinte metros sobre él, los rifles de flechitas de Boman y Eddie alzados y preparados, pero sabiendo también que un voynix a la carrera alcanzaba más de ochenta kilómetros por hora. Las criaturas se le echarían encima antes de que el sonie pudiera bajar en picado y, si había suficientes voynix en el ataque, nada podría salvarlo.

Daeman caminó con el brillante huevo de Setebos medio fuera de la mochila, como un regalo de Veinte que asomara de su envoltorio. Una vez el huevo se agitó (a Daeman le sorprendió tanto el movimiento interno que casi lo dejó caer, pero se quedó enganchado en el tejido rasgado y sucio de la mochila), pero después de tantear un minuto, continuó caminando. Estaba ya tan cerca del grupo de voynix que podía oler el hedor a cuero viejo y óxido de las criaturas.

Daeman se avergonzó al advertir que le temblaban los brazos y las piernas. «No he sido lo bastante listo para que se me ocurriera otra cosa», pensó. Pero no había otro remedio. No con el precario estado en el que se hallaban tantos supervivientes de Ardis, no con el hambre y la deshidratación acechando.

Se hallaba ya a menos de quince metros de la treintena de voynix. Daeman alzó el huevo de Setebos como un talismán y caminó derecho hacia ellos.

A diez metros, los voynix empezaron a regresar al bosque.

Daeman avivó el paso, casi corriendo ya. Los voynix se apartaban de él por todos lados.

Temeroso de tropezar y cascar el huevo (tuvo la repulsiva imagen mental del huevo rompiéndose y un pequeño cerebro Setebos escurriéndose con sus docenas de manecitas de bebé y sus tallos, y luego saltando hacia

su cara), Daeman se obligó a correr hacia los voynix en retirada.

Los voynix se pusieron a cuatro patas y echaron a correr, cientos de ellos huyendo en todas direcciones como gacelas asustadas que huyeran de los depredadores de alguna llanura prehistórica, y Daeman corrió hasta que ya no pudo más.

Cayó de rodillas, apretando la mochila contra su pecho, sintiendo el huevo de Setebos agitarse y moverse, notando cómo la energía fluía de él hacia el maligno ser hasta que logró apartarlo y colocarlo en el suelo como la cosa tóxica que era.

Greogi hizo aterrizar el sonie.

—Dios mío —dijo el piloto calvo—. Dios mío.

Daeman asintió.

—Llévame de vuelta a la base de la Roca Hambrienta. Esperaré allí con el huevo mientras bajas a todos los que puedan ir andando hasta el pabellón del faxnódulo. Yo encabezaré la marcha. Podrás cargar a los débiles y heridos y seguirnos por el aire.

—Qué... —empezó a decir Edide, y guardó silencio. Sacudió la cabeza.

—Sí —dijo Daeman—. Me acordé de los cuerpos de voynix congelados en el hielo azul de Cráter París. Todos se habían congelado en el acto de huir de Setebos.

Se sentó en el borde del sonie, la mochila en el regazo, mientras flotaban de regreso a la Roca Hambrienta a unos cómodos dos metros sobre el suelo. No había voynix en los árboles ni en los prados.

—¿Adónde vamos a faxear? —preguntó Boman.

—No lo sé —respondió Daeman. Se sentía muy cansado—. Ya se me ocurrirá algo por el camino.

—Necesitarás una termopiel —dijo Próspero.

—¿Por qué? —la voz de Harman sonaba distraída. Miraba a través de las puertas de cristal la hermosa cúpula triple y los arcos de mármol del Taj Moira. La cabina había encajado en su lugar en la torre *eiffelbahn* del sureste, una de las cuatro situadas en las esquinas del gigantesco cuadrado de mármol tallado que contenía aquel magnífico edificio en la cumbre del Chomolungma. Harman había calculado que la torre *eiffelbahn* tendría unos trescientos metros de altura y la cúspide del edificio blanco en forma de cebolla la superaba en otros ciento cincuenta.

—La altitud aquí es de ocho mil ochocientos cuarenta y ocho metros —dijo el magus—. Hay más vacío que aire. La temperatura al sol ahí fuera es de treinta y cuatro grados bajo cero. Esa suave brisa sopla a cincuenta nudos. Hay una termopiel azul en el armario, junto a la cama. Sube y pón-tela. Necesitarás tu ropa de abrigo y botas. Llama cuando te hayas puesto la máscara de ósmosis... necesito bajar la presión de la cabina antes de abrir la puerta.

Bajaron en ascensor desde la plataforma situada a trescientos metros de altura. Harman observó los puntales de las torres, los arcos y las vigas mientras las dejaban atrás y sonrió. El secreto de la blancura de aquella torre era prosaico: pintura blanca sobre el mismo hierro oscuro y el acero de las otras estructuras *eiffelbahn*. Notó que el ascensor y la torre entera se sacudían por los aullantes vientos y advirtió que la pintura debía erosionarse en meses o semanas en vez de en años; trató de imaginar qué tipo de cuadrilla de pintores estaría siempre trabajando allí, y luego le pareció un

esfuerzo tonto.

Obedecía al magus porque eso lo sacaba de la prisión de la cabina viajera. De algún modo, allí, en ese insano templo o palacio o tumba o lo que fuera, en aquella montaña insanamente alta, encontraría un modo de regresar con Ada. Si Ariel podía faxear sin pabellones de faxnódulos, él también. De algún modo.

Harman siguió a Próspero desde el ascensor situado en la base de la torre y cruzó la amplia expansión de piedra caliza roja y mármol blanco que conducía hasta la puerta principal del edificio en forma de cúpula. El viento amenazaba con derribarlo pero por algún motivo no había hielo en el suelo.

—¿Los magus no sienten el frío ni necesitan aire? —le gritó al anciano de la ondeante túnica azul.

—En lo más mínimo —respondió el magus. El fuerte viento hinchaba su capa a un lado y hacía que su mata de largo pelo gris se apartara de su cráneo casi calvo—. Uno de los gajes de la vejez —gritó por encima del ululante viento.

Harman se volvió hacia la derecha, los brazos extendidos para conservar el equilibrio contra el viento, y se acercó a la baja barandilla de mármol, de no más de dos palmos de altura, que corría alrededor de la enorme plaza de arena caliza y mármol como un banco bajo alrededor de una pista de patinaje sobre hielo.

—¿Adónde vas? —le preguntó Próspero—. ¡Ten cuidado!

Harman llegó al borde y se asomó.

Más tarde, al estudiar mapas, Harman advirtió que debía haber estado asomado desde la montaña llamada Chomolungma o Chu-mu-lang-ma Feng o Qomolangma Feng o HoTepMa Chini-ka-Rauza o Everest, dependiendo de la edad y el origen del mapa, y que cuando se situó en la barandilla estuvo mirando durante cientos de kilómetros (y ocho mil metros hacia abajo) las tierras que una vez se llamaron el Noveno Reino del Khan o el Tíbet o China.

Fue la parte de abajo lo que golpeó a Harman visceralmente.

El Taj Moira era esencialmente una ciudad de mármol y piedra arenisca situada en la cumbre de la Diosa Madre del Mundo como una bandeja clavada en una piedra afilada, como un pedazo de papel clavado a una pica. La obra de ingeniería realizada en buckycarbono era impresionante hasta el punto de lo imposible: la forma de alardear de un dios niño.

Harman se detuvo junto a la «barandilla» de dos palmos de altura y

treinta centímetros de grosor y miró hacia abajo con toda la fuerza del viento a la espalda que trataba de empujarlo al vacío. Más tarde, los mapas le dirían que había estado mirando montañas que tenían nombres y los glaciares Rongbuk al este y el oeste con las llanuras marrones de China tras la curvatura de la tierra, pero nada de eso importaba en aquel momento. Empujado por los ululantes vientos, los brazos extendidos para conservar el equilibrio, Harman estaba mirando ocho mil metros hacia abajo... ¡desde un saliente!

Cayó a cuatro patas y empezó a arrastrarse de vuelta al templo-tumba y el magus que esperaba. A diez metros delante de la enorme puerta, un pequeño y afilado peñasco, de no más de cinco metros de altura, se alzaba entre los cuadrados de mármol, para terminar en una pirámide de hielo de treinta y cinco centímetros. Próspero miraba cruzado de brazos y con una sonrisita en el rostro; Harman se abrazó al peñasco decorativo y usó sus imperfecciones para volver a ponerse en pie. Continuó apoyado en el peñasco, los brazos a su alrededor, la barbilla apoyada en la punta de hielo, temeroso de que si miraba atrás, por encima del hombro, la distante pared y la vertiginosa caída la urgencia de correr hacia aquella pared y saltar fuese abrumadora. Cerró los ojos.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —preguntó el magus.

—Podría —respondió Harman, los ojos todavía cerrados. Después de otro minuto, gritó por encima del viento—: ¿Qué es esta roca, por cierto? ¿Una especie de símbolo? ¿Un monumento?

—Es la cima del Chomolungma —dijo Próspero. El magus se volvió y traspuso el elegante arco de entrada de la estructura que había llamado Rongbok Pumori Chu-mu-lang-ma Feng Dudh Kosi Lhotse-Nuptse Khumbu aga Ghat-Mandir Khan Ho Tep Rauza. Harman vio que una membrana semipermeable guardaba la entrada: onduló cuando el magus pasó, otro signo de que Harman no se enfrentaba a un holograma esta vez.

Varios minutos más tarde, todavía abrazado a la roca, con las lentes y la máscara de ósmosis de la capucha de su termopiel llenas casi por completo de escarcha a causa de los copos de nieve que golpeaban su cuerpo como misiles helados, Harman consideró el hecho de que probablemente dentro del edificio se estaría caliente, mucho mejor que con la protección del campo de fuerza semipermeable.

No se arrastró los últimos diez metros hasta la puerta, sino que caminó encogido, la cara gacha, las palmas hacia abajo y extendidas, dispuesto a gatear.

Dentro de la enorme sala única, bajo la cúpula, unos escalones de mármol conducían a una serie de entresuelos, cada uno conectado a su vez con el siguiente por medio de otra escalera de mármol. El interior de la cúpula que se curvaba hacia adentro cien niveles, cien pisos, hasta que la bruma y la distancia de arriba oscurecían la cima de la cúpula misma. Lo que habían parecido diminutas aberturas desde la cabina, cuando se acercaban, y desde la torre *eiffelbahn* apenas otra cosa que elementos decorativos en el mármol blanco, resultaron ser cientos de ventanas perspex que enviaban lanzadas de luz hacia abajo para iluminar los libros con cuadrados y rectángulos y trapecios de brillo que se movían lentamente.

—¿Cuánto tiempo piensas que tardarías en sigleerlos todos? —preguntó Próspero, apoyándose con su báculo y girando para indicar los muchos entresuelos de libros.

Harman abrió la boca para hablar y la cerró. ¿Semanas? ¿Meses? Incluso pasando de un libro a otro, sólo colocar la palma en su sitio el tiempo suficiente para ver las letras doradas moverse por sus dedos y brazos, podría tardar años en sigleer esa biblioteca.

—Me dijiste que las funciones no actuaban en la *eiffelbahn* y sus alrededores —dijo por fin—. ¿Han cambiado las reglas?

—Ya veremos —respondió el magus. Se internó en la cúpula, golpeando con el báculo el mármol blanco, y el sonido resonó gracias a la acústica perfecta del lugar.

Harman advirtió que se estaba caliente en el lugar. Se quitó la capucha de la termopiel y los guantes.

El interior del edificio estaba dividido en compartimentos que, sin ser habitaciones, componían un laberinto de pantallas de mármol blanco que se alzaban hasta una altura de dos metros y medio y no eran una barrera completa a la vista a causa de los entramados, filigranas e incontables aberturas en forma de corazón y de hoja. Harman advirtió que las paredes alrededor de la base de la cúpula que se alzaban hasta unos doce metros, donde empezaba el primer entresuelo, estaban completamente cubiertas por motivos florales, enredaderas, plantas imposibles, todas iluminadas por la presencia de joyas incrustadas. Lo mismo sucedía con las pantallas de mármol. Harman colocó la mano contra una de las particiones de mármol mientras Próspero se abría paso por entre el laberinto (y era un verdadero laberinto) y se dio cuenta de que en cualquier parte donde colocara la ma-

no podía cubrir dos o tres diseños a la vez, que siempre habría varias piedras preciosas bajo sus dedos. Algunos de los motivos florales medían menos de dos centímetros cuadrados y parecían contener cincuenta o sesenta diminutos engarces.

—¿Qué son estas piedras? —preguntó Harman. A los de su pueblo les gustaban las piedras preciosas como decoración, bagatelas que traían los servidores robóticos, pero nunca se había preguntado de dónde procedían.

—Estás... piedras —dijo Próspero— son ágatas, jaspe, lapislázuli, hematites y cornalinas... hay más de treinta y cinco variedades de cornalinas en esta simple hoja de claves donde apoyo la mano, ¿ves?

Harman vio. El lugar lo mareaba. Los trapecios de luz que se movían en la pared oeste bajo los libros hacían que el mármol chispeará, brillara y titilara por los miles de piedras preciosas allí incrustadas.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Harman. Advirtió que estaba susurrando.

—Fue construido como mausoleo... como tumba —dijo el magus, dejando atrás otra encrucijada de pantallas blancas de mármol y guiándolo hasta el centro del lugar como si el laberinto tuviera flechas amarillas pintadas en el suelo. Se detuvieron ante un arco de entrada que daba a un rectángulo interno, en el centro del laberinto de cientos de pantallas—. ¿Puedes leer esta estela, Harman de Ardis?

Harman la observó a la luz lechosa. Las letras en el mármol estaban extrañamente talladas; eran retorcidas y complicadas en vez de las líneas rectas a las que estaba acostumbrado de los libros, pero estaban escritas en inglés mundial estándar.

—Léelo en voz alta —dijo el magus.

—«Entra con reverencia en el ilustre sepulcro del Khan Ho Tep, Señor de Asia y Protector de la Tierra, y su esposa y amada Lias Lo Amumja, adorada por todo el mundo. Ella dejó este mundo de tránsito la decimocuarta noche del mes de Rahab-Septem en el año de Khanata 987. Ella y su Señor habitan ahora en el Cielo estrellado y vigilan a quien entra aquí.»

—¿Qué te parece? —preguntó Próspero, colocándose bajo el elaborado arco donde el centro del laberinto desembocaba en el interior aún no visto.

—¿La inscripción o el lugar?

—Ambos —dijo el magus.

Harman se frotó la barbilla y la mejilla, sintiendo el principio de barba.

—Este lugar está... mal. Demasiado grande. Demasiado rico. Desproporcionado, a excepción de los libros.

Próspero se echó a reír y el ruido resonó y resonó.

—Estoy de acuerdo contigo, Harman de Ardis. Este lugar fue robado... la idea, el diseño, las tallas, el diseño de tablero de ajedrez del patio exterior... todo robado excepto los estantes y los libros, que fueron colocados aquí seiscientos años más tarde por Rajahar el Silencioso, un descendiente lejano del temido Khan Ho Tep. El Khan hizo ampliar el diseño del Taj Mahal original más de diez veces. Ese edificio original era precioso, un verdadero testamento de amor... de esa estructura no queda nada porque el Khan la hizo derribar, pues quería que sólo se recordara este mausoleo. Este lugar es un memorial al exceso retorcido más que a ninguna otra cosa.

—La localización es... interesante —dijo Harman en voz baja.

—Sí —respondió Próspero, subiéndose las mangas azules—. Esa perla de sabiduría es tan cierta hoy sobre los bienes inmobiliarios como lo fue en tiempos de Odiseo: localización, localización, localización. Ven.

Entraron en el centro del laberinto de pantallas de mármol, un espacio vacío de unos cien metros cuadrados con una especie de estanque brillante en el centro. El báculo de Próspero resonaba mientras se acercaban lentamente al centro.

No era un estanque brillante.

—Jesucristo —exclamó Harman, apartándose del borde.

Parecía aire vacío. A la izquierda, apenas visible, se hallaba la cara norte vertical de la montaña, pero bajo ellos (quizás a unos doce metros por debajo del nivel del suelo), un sarcófago de cristal y acero parecía flotar en mitad del aire, sobre el irregular glaciar a ocho mil metros por debajo. Dentro del sarcófago yacía una mujer desnuda. Una estrecha escalera de caracol de mármol blanco serpenteaba hasta el nivel del sarcófago, pero el último peldaño parecía flotar en el aire.

«No puede estar al descubierto», pensó Harman. No había ninguna ráfaga de viento. El sarcófago tenía que estar apoyado en algo. Al forzar la vista, Harman distinguió facetas, una multitud de geodésicos casi invisibles. La cámara funeraria estaba compuesta de algún cristal o vidrio o plástico increíblemente transparente. ¿Pero por qué no había visto ese sarcófago y esa escalera durante su ascenso en la cabina o...?

—La cripta es invisible desde el exterior —dijo Próspero en voz baja—. ¿Has visto ya a la mujer?

—¿La amada Lias Lo Amumja? —dijo Harman, a quien no interesaba

nada mirar a un cadáver desnudo—. ¿La que dejó este mundo de tránsito cuando demonios fuera? ¿Y dónde está el Khan? ¿Tiene su propia cámara de cristal?

Próspero se echó a reír.

—El Khan Ho Tep y su amada Lias Lo Amumja, hija de Cezar Amumja del Imperio Central Africano (era una zorra insensible y una arpía, Harman de Ardis, te lo aseguro) fueron arrojados por la borda menos de dos siglos después de que los enterraran aquí.

—¿Arrojados por la borda?

—Los cuerpos, perfectamente conservados, fueron arrojados sin más ceremonias por la misma muralla a la que te asomaste hace treinta minutos —dijo Próspero—. Arrojados como la basura del día anterior. A los sucesores del Khan (cada uno más insignificante a su modo) les gustaba ser enterrados aquí para toda la eternidad... y esa eternidad duraba hasta que el siguiente Khan quería tener el mejor mausoleo posible.

A Harman no le costó imaginarlo.

—Es decir, hasta hace mil cuatrocientos años —dijo Próspero, dirigiendo su mirada azul al sarcófago de cristal y madera situado cuatro pisos bajo ellos—. Esta mujer era en efecto la amada de alguien verdaderamente poderoso y lleva aquí descansando más de catorce siglos, impertérrita. Mírala, Harman de Ardis.

Harman había estado mirando el sarcófago pero intentando no ver el cadáver. La mujer estaba demasiado desnuda para su gusto: parecía demasiado joven para estar muerta, su cuerpo estaba todavía sonrosado y pálido (los pezones se veían rosáceos incluso a doce metros de distancia), el corto pelo de su cabeza una coma de negro contra almohadas de blanco satén, el rico triángulo de pelo de su entrepierna otra coma negra, cejas oscuras, rasgos fuertes, boca grande incluso en la distancia, casi... familiar.

—Jesucristo —exclamó Harman por segunda vez esa mañana, pero esta vez su grito resonó en la cúpula y los estantes de libros y el mármol blanco.

Era joven, mucho más joven, el pelo negro en vez de gris, el cuerpo firme y joven en vez de arrugado y gastado por largos siglos como Harman la había visto con la tensa termopiel, pero el rostro tenía la misma fuerza, los pómulos la misma agudeza, las cejas el mismo corte atrevido, la barbilla la misma firme disposición. No había ninguna duda.

Era Savi.

—¿Entonces dónde está todo el mundo? —pregunta Aquiles, el de los pies ligeros, hijo de Peleo, mientras sigue a Hefesto por la cumbre cubierta de hierba del Olimpo.

El rubio asesino de hombres y Hefesto, dios del fuego y jefe artificeiro de todos los dioses, caminan por la orilla del lago de la Caldera, entre el Salón del Curador y el Gran Salón de los Dioses. Los otros hogares de los dioses, con sus columnas blancas, están oscuros y desiertos. No hay carros en el cielo. No hay inmortales caminando por las muchas aceras pavimentadas, iluminadas por bajas lámparas de color amarillo que Aquiles advierte que no son antorchas.

—Ya lo he dicho —dice Hefesto—. Estando el Gato fuera, los Ratonnes salen a jugar. Casi todos ellos están abajo en la Tierra-Ilión haciendo de actores en el último acto de vuestra pequeña guerra de Troya.

—¿Cómo va la guerra? —pregunta Aquiles.

—Sin ti allí para matar a Héctor, tus mirmidones y todos los demás aqueos y argivos y como queráis llamaros están recibiendo un palizón a manos de los troyanos.

—¿Agamenón y los suyos se retiran? —pregunta Aquiles.

—Sí. La última vez que miré, sólo hace unas horas, antes de cometer el error de venir a comprobar los daños en mi escalera de cristal y ponerme a pelear contigo, vi en la hololaguna del Gran Salón que el ataque de Agamenón a las murallas de la ciudad había fracasado, una vez más, y que los aqueos se retiraban a las trincheras defensivas cerca de las negras naves. Héctor estaba a punto de liderar una salida de su ejército, dispuesto a tomar de nuevo la ofensiva. Esencialmente, todo se reduce a cuál de nosotros los inmortales somos más fuertes que otros en una lucha verdadera...

y resulta que incluso con zorras duras como Hera y Atenea luchando por Ilión, y con Poseidón sacudiendo la tierra por la ciudad, que es lo suyo, ya sabes, sacudir la tierra, el equipo progriego de Apolo, Ares y esa retorcida Afrodita y su amiga Deméter están salvando el día. Como general, Agamenón es una mierda.

Aquiles tan solo asiente. Su destino ahora está con Penteseilea, no con Agamenón y sus ejércitos. Aquiles confía en que sus mirmidones hagan lo que tienen que hacer: huir si pueden, luchar y morir si deben. Desde que Atenea (o Afrodita disfrazada de Atenea, si la Diosa de la Sabiduría le dijo la verdad varios días antes) asesinó a su querido Patroclo, la sed de sangre de Aquiles sólo se ha concentrado en la venganza contra los dioses. Ahora, aunque sabe que sólo es resultado de la magia perfumada de Afrodita, sólo tiene dos objetivos: devolverle la vida a su amada Penteseilea y matar a la zorra de Afrodita. Sin ser consciente de que lo hace, Aquiles ajusta la daga capaz de matar a los dioses en su cinturón. Si Atenea decía la verdad respecto a la hoja (y Aquiles la creyó) este trozo de acero alterado cuánticamente será la muerte de Afrodita y cualquier otro inmortal que se interponga en su camino, incluido ese lisiado dios del fuego, Hefesto, si intenta escapar u oponerse a su voluntad.

Hefesto conduce a Aquiles a una zona de aparcamiento ante el Gran Salón de los Dioses donde hay más de una docena de carros alineados, con cordones umbilicales de metal que serpentean hasta una reserva de carga subterránea. Hefesto se sube a uno de los carros sin caballo y llama a Aquiles para que suba a bordo.

Aquiles vacila.

—¿Adónde vamos?

—Ya te lo he dicho. A visitar al inmortal que puede que sepa dónde está Zeus ahora mismo —dice el Artificiero.

—¿Por qué no buscamos a Zeus directamente? —pregunta Aquiles, sin subir aún al carro. Ha montado en un millar de carros, como auriga o pasajero, pero nunca ha volado en uno de la forma en que ve frecuentemente hacer a los dioses sobre Ilión y el Olimpo, y aunque la idea no lo asusta, no tiene prisa por abandonar el suelo.

—Hay una tecnología que sólo conoce Zeus —dice Hefesto—, que puede esconderlo de todos mis sensores y aparatos espía. Obviamente, ha sido activada, aunque imagino que por su esposa Hera en vez de por el Padre de los Dioses.

—¿Quién es ese otro inmortal que puede mostrarnos dónde se escon-

de Zeus? —Aquiles está distraído por la aullante tormenta de arena y los salvajes destellos de los relámpagos y las descargas estáticas a cien metros sobre ellos mientras la tormenta planetaria se abalanza contra el campo de fuerza de la égida de Zeus.

—Nyx —dice Hefesto.

—¿La Noche? —repite Aquiles. El matador de los pies ligeros conoce el nombre de la diosa: la hija de Caos, una de las primeras criaturas sentientes en emerger del Vacío que hubo al principio del tiempo antes de que los dioses originales ayudaran a separar la oscuridad de Erebo del orden azul y verde de la Tierra, pero ninguna ciudad griega ni asiática ni africana que conozca adoraba a la misteriosa Nyx-Noche. Las leyendas y los mitos decían que Nyx (sola, sin ningún varón inmortal para impregnarla) había dado a luz a Eris (la Discordia), las Moriai (las Parcas), Hypnos (el Sueño), Némesis (la Venganza), Tánatos (la Muerte), y las Hespérides.

—Creía que la Noche era una personificación —añade Aquiles—. O sólo un montón de chorradas.

Hefesto sonríe.

—Incluso una personificación o un montón de chorradas asume forma física en este nuevo mundo que los post-humanos, Sycórax, y Próspero ayudaron a hacer para nosotros —dice—. ¿Vas a venir? ¿O debo TCear de vuelta a mi laboratorio y disfrutar de los... ah... placeres de tu dormida Pentésilea mientras tú te entretienes aquí?

—Sabes que te encontraré y te mataré si haces eso —dice Aquiles, sin ninguna amenaza en la voz, sólo fría promesa.

—Sí, lo sé —reconoce Hefesto—, y por eso te lo preguntaré una última vez: ¿vas a subir a este puñetero carro o no?

Vuelan hacia el sureste alrededor de la gran esfera de Marte, aunque Aquiles no sabe que es Marte lo que está contemplando, ni que es una esfera. Pero sabe que el empinado ascenso por encima del lago de la Caldera del Olimpo y la violenta penetración de la égida hacia la aullante tormenta de polvo tras los cuatro caballos que habían surgido de la nada tras el despegue (y luego el viaje a través de la cegadora tormenta y los vientos mismos) no son algo que quiera hacer de nuevo pronto. Aquiles se agarra al borde de madera y bronce del carro y se esfuerza para no cerrar los ojos. Por fortuna, hay una especie de energía alrededor del carro (una forma menor de la égida o una variante de los escudos corporales invisibles

que los dioses usan en combate, supone Aquiles), que los protege a los dos de la arena y los vientos arrasadores.

Entonces se alzan por encima de la tormenta de polvo, el negro cielo nocturno sobre ellos y las estrellas brillando, dos pequeñas lunas cruzando visibles el cielo. Para cuando el carro cruza la línea de tres enormes volcanes, han pasado al sur de lo peor de la tormenta y hay rasgos visibles bajo ellos en la noche estrellada.

Aquiles sabe que el hogar de los dioses en el Olimpo está en su propio extraño mundo, por supuesto: ha luchado ocho meses en la llanura roja situada ante lo que sus aliados llamaban Agujero Brana, contemplando las olas sin marea llegar de algún mar norteño que no se corresponde con ninguno de la Tierra, pero nunca se le había ocurrido que el mundo del Olimpo fuera tan grande.

Vuelan muy alto por encima de un interminable y ancho cañón inundado y la oscuridad queda rota solamente por la luz de las estrellas que se refleja en el agua y unas cuantas linternas en movimiento muchas leguas por debajo que, según Hefesto, pertenecen a las barcazas de los Hombre-citos Verdes. Aquiles no ve ningún motivo para preguntarle al lisiado que amplíe tan críptica respuesta.

Vuelan sobre cadenas montañosas peladas y luego sobre otras boscosas e incontables depresiones circulares (cráteres, los llama el dios del fuego), algunos erosionados o con bosques, muchos con lagos centrales, pero la mayoría agudos y severos a la luz de la luna y las estrellas.

Vuelan más altos, hasta que el silbido de aire alrededor de la miniégida del carro se agota y Aquiles respira aire puro emitido por el carro mismo. El contenido en oxígeno es tan alto que se siente un poco borracho.

Hefesto nombra algunas de las rocas, montañas o valles que se extienden bajo ellos en la noche. Aquiles piensa que el dios cojo parece un barquero aburrido que anuncia las paradas a lo largo del curso de un río.

—Shalbatana Vallis —dice el inmortal, y luego, unos minutos más tarde—: Margaratifer Terra. Meridiana Planum. Terra Sabaea. Esa zona boscosa al norte es Schiaparelli, el pie de las colinas se llama Huygens. Ahora vamos a virar al sur.

El carro que vuela tras los cuatro caballos levemente transparentes no vira al sur, cambia bruscamente de dirección al sur, y Aquiles se agarra por su vida aunque el suelo del carro siempre parece estar bajo sus pies.

—¿Qué es eso? —pregunta Aquiles unos minutos más tarde. Ha aparecido un enorme lago circular que ocupa gran parte del horizonte sur. El

carro descende y, aunque no hay ninguna tormenta de polvo, el aire sigue aullando.

—La Llanura de Hellas —gruñe el dios del fuego—. Tiene más de dos mil kilómetros de ancho y un diámetro mayor que el de Plutón.

—¿Plutón?

—Es un puñetero planeta, estúpido bruto iletrado —gruñe Hefesto.

Aquiles suelta el borde del carro para dejar libres las manos para entrar en acción. Se le ocurre levantar al dios cojo, romperle la espalda contra la rodilla y arrojarlo del carro. Pero entonces mira los picos de las montañas y los negros valles aún a muchas leguas por debajo y decide que dejará que el enano velludo haga aterrizar primero el vehículo. El lago, ante ellos, llena todo el sur; luego cruzan la orilla norte y empiezan a descender sobre el agua iluminada por las estrellas. Aquiles advierte que lo que parecía un lago circular desde unos pocos kilómetros de altura es en realidad un pequeño océano redondo.

—Su profundidad oscila entre tres kilómetros y más seis —dice Hefesto, como si a Aquiles lo hubiera preguntado o le importara—. Esos dos enormes ríos que fluyen desde el este se llaman Dao y Harmakhis. Nuestro plan original era poner a un par de millones de humanos antiguos en esos fértiles valles y dejarlos que hicieran lo que les diera la puñetera gana y ser fértiles y multiplicarse, pero nunca conseguimos sintonizar el rayo en esta dirección y defaxearlos. Zeus y los otros originales del Panteón se olvidaron de todo antes de ser dioses... nos parecía un sueño a todos. Además, Zeus estaba muy ocupado derrocando a sus padres, la primera generación de Titanes inmortales, Cronos y su hermana-esposa Rea, y arrojarlos al mundo Brana llamado Tártaro.

Hefesto se aclara la garganta y empieza a recitar con voz de trovador que a Aquiles le suena como si alguien estuviera serrando una lira en dos con una hoja oxidada:

*Un terrible sonido perturbó el mar infinito.
Toda la tierra emitió un gran grito.
El amplio cielo, sacudido, gimió.
De sus cimientos retrocedió el Olimpo
bajo el acoso de los dioses inmortales,
y temblando fueron a caer al Tártaro.*

Aquiles sólo ve agua oscura a izquierda y derecha, agua corriendo por

debajo a una velocidad imposible, los bordes rodeados de acantilados del lago circular desaparecidos bajo el borde de los horizontes. Al sur aparece una única isla irregular.

—Zeus sólo ganó la guerra —continúa Hefesto— porque regresó a las máquinas posthumanas creadoras de Brana en órbita alrededor de la Tierra original (la Tierra de verdad, quiero decir, no la tuya, no esta puñetera falsificación terraformada) y trajo a Setebos y su ralea de huevos para luchar contra las legiones de Cronos. Los monstruos de cientos de manos con sus armas energéticas y su ansia por comer el terror del suelo ganaron, aunque costó trabajo eliminarlos, como manchas de mierda, cuando se acabó la guerra. Además, uno de los puñeteros chicos de los Titanes (el hijo de Jápeto, Prometeo), se hizo agente doble. Y entonces apareció ese monstruo clónico de cien cabezas construido en laboratorio llamado Tifón que salió del Agujero Brana el año cuatrocientos veinticuatro de la guerra. Eso sí que fue digno de ver. Me acuerdo del día en que...

—¿Hemos llegado ya? —interrumpe Aquiles.

La isla (continúa rezongando Hefesto mientras siguen descendiendo) tiene más de ochenta de las leguas de Aquiles de diámetro y está llena de monstruos.

—¿Monstruos? —dice Aquiles. Le interesan poco estas cosas. Quiere saber dónde está Zeus y quiere que Zeus le diga al Curador que abra los tanques rejuvenecedores y quiere que la reina amazona Penthesilea vuelva a vivir. Todo lo demás es secundario.

—Monstruos —repite el dios del fuego—. Los primeros hijos de Gaia y Urano son bichos deformes pero muy poderosos. Zeus les permitió vivir aquí en vez de unirse a Cronos y Rea en la dimensión del Tártaro. Hay tres setebosianos entre ellos.

Este hecho no tiene ningún interés para Aquiles. Contempla la isla crecer ante ellos y distingue el enorme castillo oscuro en los riscos de su centro. Las pocas ventanas que se abren en las losas de piedra brillan anaranjadas, como si el interior del edificio estuviera ardiendo.

—En la isla también viven los últimos cíclopes —continúa Hefesto—. Y las Erinias.

—¿Las Furias están aquí? —dice Aquiles—. Creía que eran un mito, también.

—No, nada de mito. —El inmortal cojo hace virar el carro y alinea las

cabezas de los caballos con un espacio plano y abierto sobre un saliente de negra roca en la base del castillo central. Nubes oscuras se retuercen alrededor de la montaña y su alcázar. Los valles, a cada lado, están llenos de movimientos furtivos—. Cuando sean liberadas de este lugar pasarán el resto de la eternidad persiguiendo y castigando a los pecadores. Son verdaderamente «las que caminan en la oscuridad», con serpientes por caballos y ojos rojos que lloran lágrimas de sangre.

—Que vengan —dice el hijo de Peleo.

El carro aterriza suavemente en la base de una gigantesca escultura situada en un gran saliente de piedra negra. Las ruedas de madera del carro chirrían y los caballos desaparecen de la existencia. El extraño panel brillante que el Artificiero ha estado usando para controlar el aparato desaparece.

—Ven —dice Hefesto, y guía a Aquiles hacia la amplia y en apariencia interminable escalera que hay al otro lado de la estatua. El inmortal arrastra su pie malo sobre la piedra.

Aquiles no puede evitar mirar la escultura: cien metros de altura como mínimo, un hombre poderoso que sostiene la doble esfera de la Tierra y los cielos sobre sus poderosos hombros.

—Es una escultura de Japeto —dice Aquiles.

—No —gruñe el dios del fuego—. Es el viejo Atlas en persona. Petrificado aquí, para siempre.

Son cuatrocientos escalones. El castillo negro se alza con sus torres y torreones y gabletes perdidos en las nubes. Las dos puertas que tienen delante miden cada una veinte metros de altura y están separadas entre sí otros veinte metros

—Nyx y Hemera se cruzan aquí cada día... Noche y Día —susurra Hefesto—. Una sale, el otro entra. Nunca están en la casa al mismo tiempo.

Aquiles contempla las nubes negras y el cielo sin estrellas.

—Entonces hemos llegado en mal momento. No tengo nada de que hablar con Hemera. Dijiste que era con la Noche con quien teníamos que hablar.

—Paciencia, hijo de Peleo —gruñe Hefesto. El dios parece nervioso. Mira una máquina pequeña pero rechoncha que lleva en la muñeca—. Eos sale... ahora.

Alrededor del borde oriental de la isla negra crece un brillo anaranjado. Se desvanece.

—Ninguna luz atraviesa la égida polarizada de esta isla —susurra He-

festo—. Pero es casi de día, más allá. El sol se alzará sobre los ríos Dao y Harmakhis y los acantilados orientales de la Llanura de Hellas en cuestión de segundos.

Un súbito destello ciega a Aquiles. Oye una de las gigantescas puertas de hierro cerrarse, y entonces la otra chirría y se abre. Cuando recupera la vista, la segunda puerta está cerrada y la Noche se encuentra ante ellos.

Siempre asombrado ante Atenea, Hera y las otras diosas, ésta es la primera vez que Aquiles, hijo de Peleo y la diosa marina Tetis, se siente aterrorizado ante una inmortal. Hefesto se ha puesto de rodillas y baja la cabeza en señal de respeto y temor ante la terrible aparición, pero Aquiles se obliga a permanecer de pie. Sin embargo tiene que combatir la abrumadora necesidad de desatarse el escudo de la espalda y acurrucarse tras él, con el cuchillo asesino de dioses en la mano. Dividido entre la huida o la lucha, baja la cara en gesto de deferencia, como compromiso.

Aunque los dioses pueden adoptar casi cualquier tamaño (Aquiles no sabe nada de la ley de la conservación de la masa y la energía y no comprendería la explicación de cómo los inmortales se saltan esa ley), dioses y diosas parecen más cómodos con unos tres metros de altura: lo bastante altos para hacer que los mortales parezcan niños, no demasiado para no tener que reforzar los huesos de sus piernas ni volverse demasiado torpes incluso en sus mansiones del Olimpo.

La Noche (Nyx) mide cinco metros de altura y va envuelta en una vaporosa nube, vestida con lo que parecen ser múltiples capas de diáfana tela negra de la que cuelgan tiras por docenas, con un tocado negro que incluye un velo sobre su rostro o quizá un rostro que parece un velo negro. Aunque parezca imposible, sus ojos negros son perfectamente visibles a través del negro velo y las vaporosas nubes. Antes de apartar la cara, Aquiles ve que tiene unos pechos increíblemente grandes, como si pudiera amamantar a todo el mundo en la oscuridad. Sólo sus manos brillan pálidas, los dedos largos y poderosos, como hechos de luz de luna solidificada.

Aquiles se da cuenta de que Hefesto habla, casi canturreando:

—... fumigación con antorchas, Nyx, diosa madre, fuente de dulce reposo de los males, Madre ante quien dioses y hombres se levantan, bendita Nyx moteada de luz de estrellas, en el dulce silencio del sueño habita la noche de ébano. Los sueños y la tranquilidad atienden tu cola de penumbra, disolviendo el ansia, amiga de la alegría, con oscurecedora velocidad rodeas la tierra. Diosa de los fantasmas y los juegos de sombras...

—Basta —dice la Noche—. Si quiero oír un himno orfeico viajaré en

el tiempo. ¿Cómo te atreves, dios del fuego, a traer a un inmortal a Hellas y el hogar envuelto en noche de Nyx?

—Diosa cuyo poder natural divide el día natural —continúa Hefesto, todavía de rodillas, todavía haciendo reverencias—, este mortal es el hijo de la inmortal Tetis y es un semidiós por propio derecho en su particular Tierra. Se llama Aquiles, hijo de Peleo, y su habilidad...

—Oh, conozco a Aquiles, hijo de Peleo y su habilidad: saquea ciudades, viola mujeres y mata hombres —dice la Noche con su estrepitoso tono de ola—. ¿Qué razón podría obligarte a traer a este... soldado a mi negra puerta, artificiero?

Aquiles decide que es hora de hablar.

—Tengo que ver a Zeus, diosa.

El oscuro espectro se vuelve hacia él. Es como si flotara, y la enorme forma de grandes pechos gira sin fricción. Su rostro velado (o el rostro con el aspecto de un negro velo) lo mira con ojos más negros que el negro. Las nubes giran y se arremolinan a su alrededor.

—¿Tienes que ver al señor del trueno, al dios de todos los dioses, a Zeus Pelasgio, señor de diez mil templos y el altar de Dodona, padre de todos los dioses y hombres, Zeus el rey que domina las nubes de tormenta y da todas las órdenes?

—Sí —dice Aquiles.

—¿Para qué? —pregunta Nyx.

Es Hefesto quien habla.

—Aquiles pretende llevar a una mortal a los tanques del Curador, madre del primer huevo negro sin gérmenes. Quiere pedirle al padre Zeus que ordene al Curador que le devuelva la vida a Penthesilea, la reina amazona.

La Noche se echa a reír. Si su voz es un mar salvaje chocando contra las rocas, Aquiles piensa que su risa suena como un viento de invierno aullando en el Egeo.

—¿Penthesilea? —dice la diosa de negras túnicas, todavía riendo—. ¿Esa rubia tortillera de tetas grandes y sin cerebro? ¿Por qué en un millón de Tierras quieres devolver a esa niña musculosa a la vida, hijo de Peleo? Después de todo, es a ti a quien vi atravesarla a ella y a su caballo con la gran lanza de tu padre, espetándolas como si fueran pimientos.

—No tengo más remedio —ruge Aquiles—. La amo.

La Noche vuelve a reírse.

—¿La amas? ¿Eso dice Aquiles, que se acuesta con muchachitas esclavas y princesas conquistadas y reinas capturadas con la indiferencia con

que otros comen aceitunas, sólo para descartarlas luego como huesos escupidos? ¿La amas?

—Es por el perfume de feromonas de Afrodita —dice Hefesto, todavía de rodillas.

La Noche deja de reír.

—¿De qué tipo? —pregunta.

—Número nueve —gruñe Hefesto—. El veneno de Puck. Las nanomáquinas autorreplicadoras de la corriente sanguínea reproducen constantemente más moléculas dependientes y privan al cerebro de endorfinas y serotonina si la víctima no actúa siguiendo su embelesamiento. No hay antídoto.

La Noche vuelve su rostro-velo esculpido hacia Aquiles.

—Creo que estás verdaderamente jodido, hijo de Peleo. Zeus nunca accederá a rejuvenecer a una mortal, mucho menos a una amazona, una raza en la que rara vez piensa y, cuando lo hace, pocas veces es en términos de loanza. El padre de todos los dioses y todos los hombres tiene poco que hacer con las amazonas y aún menos con las vírgenes. Vería la resurrección de una mortal como una profanación de los tanques y habilidades del Curador.

—Sin embargo, se lo pediré —dice Aquiles, obstinado.

La Noche lo observa en silencio. Entonces la aparición de grandes pechos y harapos de ébano se vuelve hacia Hefesto, que sigue de rodillas.

—Lisiado dios del fuego, ocupado artificiero de dioses más nobles, ¿qué ves cuando miras a este hombre mortal?

—A un puñetero necio —gruñe Hefesto.

—Yo veo una singularidad cuántica —dice la diosa Noche—. Un agujero negro de probabilidades. Una miríada de ecuaciones con la misma solución de tres puntos. ¿A qué se debe eso, artificiero?

El dios del fuego vuelve a gruñir.

—Su madre, Tetis, la de los pechos enmarañados de algas, metió a este arrogante mortal en el fuego cuántico celestial cuando era un cachorri-
llo, poco más que una larva. La probabilidad de su muerte, día, hora, minuto y método es una entre cien y, como no puede ser cambiada, eso parece que da a Aquiles una especie de invulnerabilidad a todos los otros ataques y heridas.

—Sssssí —susurra la embozada Noche—. Hijo de Hera, esposo de esa Gracia sin seso conocida como Aglaya la gloriosa, ¿por qué ayudas a este hombre?

Hefesto se inclina más contra el escalón.

—Al principio me superó en combate, amada diosa de la temible sombra. Luego continué ayudándolo porque sus intereses coinciden con los míos.

—¿Tu interés es encontrar a Zeus? —susurra la Noche. En algún lugar de los cañones negros situados a su derecha, alguien o algo aúlla.

—Mi interés, diosa, es reducir el creciente flujo del Caos.

La Noche asiente y alza su rostro velado a las nubes que abrazan las torres de su castillo.

—Puedo oír a las estrellas gritar, lisiado artificiero. Sé que cuando dices «Caos» te refieres al caos.. a un nivel cuántico. Tú eres el único de los dioses, aparte de Zeus, que nos recuerda lo que éramos nosotros y recuerda nuestro modo de pensar antes del Cambio... que recuerda cosas como la física.

Hefesto mantiene el rostro en el suelo y no dice nada.

—¿Estás siguiendo el flujo cuántico, artificiero? —pregunta la Noche. Hay una brusquedad y una furia en su voz que Aquiles no comprende.

—Sí, diosa.

—¿Cuánto tiempo, dios del fuego, crees que nos queda de supervivencia si los vórtices de probabilidad continúan creciendo a este ritmo logarítmico?

—Unos pocos días, diosa —gruñe Hefesto—. Quizá menos.

—Las Parcas están de acuerdo contigo, engendro de Hera —dice la Noche. El volumen y el timbre marino de su voz hacen que Aquiles quiera cubrirse los oídos con las callosas palmas de sus manos—. Día y noche, las *Moirai*, esas entidades extrañas a quienes los hombres mortales llaman Parcas, juegan con sus ábacos electrónicos, manipulando sus burbujas de energía magnética y sus kilométricos hilos de ADN computable, y cada día la visión del futuro de las *Moirai* se vuelve menos cierta, sus hilos de probabilidad más convulsos, como si el telar del Tiempo mismo estuviera roto.

—Es ese puñetero Setebos —gruñe Hefesto—. Con perdón, señora.

—No, tienes razón, artificiero —dice la gigantesca Noche—. Es ese puñetero Setebos, libre al fin, sin la contención ya de los mares árticos de este mundo. El de las muchas manos ha ido a la Tierra, lo sabes. No a la Tierra de este mortal, sino a nuestro antiguo hogar.

—No —dice Hefesto, alzando por fin el rostro—. Eso no lo sabía.

—Oh, sí: el Cerebro ha cruzado el Brama. —Se ríe y esta vez Aquiles

sí que se cubre los oídos con las manos. Es un sonido que ningún mortal debería escuchar.

—¿Cuánto dicen las *Moirai* que tenemos? —susurra Hefesto.

—Cloto, la que hila, dice que nos quedan meras horas antes de que el flujo cuántico haga implotar este universo —dice la Noche—. Atropos, la inflexible, la que lleva las horribles tijeras para cortar todos los hilos de la vida en el brusco instante de la muerte, dice que tal vez un mes aún.

—¿Y Láquesis? —pregunta el dios del fuego.

—La que asigna los lotes (y la que maneja mejor que las otras el ábaco electrónico, creo) ve al Caos triunfando en este mundo y este Brama dentro de una semana o dos. Sea como sea, nos queda poco tiempo, artificiero.

—¿Huirás, diosa?

La Noche guarda silencio. Los aullidos resuenan en las grietas y valles, al pie de su castillo.

—¿Adónde podemos huir, artificiero? —dice por fin—. ¿Dónde pueden huir incluso los pocos Originales si este universo en que nacimos se colapsa en el caos? Cualquier Agujero Brama que podamos crear, cualquier salto cuántico que podamos teletransportar, seguirá conectado por los hilos del caos a este universo. No, no hay ninguna parte adonde huir.

—¿Qué haremos entonces, diosa? —gruñe Hefesto—. ¿Agacharnos, agarrarnos a nuestras sandalias y dar a nuestros inmortales huesos un beso de despedida?

La Noche hace un ruido como el Egeo en plena tormenta.

—Tenemos que consultar con los Dioses Antiguos. Y rápido.

—Los Dioses Antiguos... —empieza a decir el artificiero, y se detiene—. Cronos, Rea, Océano, Tetis... ¿Todos los exiliados al terrible Tártaro?

—Sí.

—Zeus nunca lo permitirá. No se permite a ningún dios comunicarse con...

—Zeus debe aceptar la realidad —grita la Noche—. O todo terminará en caos, incluido su reino.

Aquiles sube dos peldaños hacia la enorme figura negra. Lleva el escudo en el antebrazo, como si estuviera dispuesto a combatir.

—Eh, ¿recuerdas que estoy aquí? Y sigo esperando una respuesta a mi pregunta. ¿Dónde está Zeus?

Nyx se inclina sobre él y lo apunta con un hueso pálido y huesudo, co-

mo un arma.

—Tu probabilidad cuántica de morir por mi mano puede que sea cero, hijo de Peleo, pero si te arraso átomo a átomo, molécula a molécula, el universo, incluso a nivel cuántico, lo tendrá difícil para mantener ese axioma.

Aquiles espera. Ha advertido que los dioses a menudo farfullan en esa cháchara sin sentido. Lo único que puede hacerse es esperar a que vuelvan a hablar con lógica.

Finalmente, Nyx habla con la voz de las olas empujadas por el viento.

—Hera, hermana y esposa, hija de Rea y Cronos e incestuosa compañera de lecho de su divino hermano, defensora de los aqueos hasta el punto de traicionar y asesinar, ha seducido al señor Zeus apartándolo de sus deberes y su vigilia. Se ha acostado con él y lo ha inyectado con Sueño en la gran casa donde la esposa de un héroe solloza y trabaja, tejiendo de día y rasgando su trabajo de noche. Este héroe no llevó su mejor arco a hacer su sangrienta labor en Troya, sino que lo dejó colgado en una habitación secreta con una puerta secreta, oculto a los pretendientes y los saqueadores. Éste es el arco que nadie más puede tensar, el arco que puede enviar una flecha a través del ojo de doce hachas de hierro alineadas, o de la mitad de hombres culpables o sin culpa.

—Gracias, diosa —dice Aquiles, y se aparta de la escalera.

Hefesto mira alrededor, luego lo sigue, cuidando de no dar la espalda a la enorme figura de ébano de la túnica flotante. Para cuando los dos hombres se han levantado, la Noche ha abandonado su lugar al pie de las escaleras.

—En nombre de Hades, ¿qué era todo eso? —susurra el artificiero mientras suben al carro y activa el control virtual y los caballos holográficos—. La esposa de un héroe que llora, puñeteras habitaciones ocultas, doce puñeteros ojos de hacha alineados. Nyx parecía ese retorcido oráculo de Delfos.

—Zeus está en la isla de Ítaca —dice Aquiles mientras se alejan del castillo y la isla y los rugidos y gruñidos de monstruos invisibles en la oscuridad—. El propio Odiseo me dijo que dejó su mejor arco en su palacio en esa isla rocosa suya, oculto con túnicas aromatizadas con hierbas en una habitación secreta. He visitado al astuto Odiseo en otros tiempos mejores. Sólo él puede tensar ese enorme arco... o eso dice, pues yo nunca lo he intentado, y después de una noche de beber, disparar una flecha a través del ojo de doce hachas de hierro es la idea que el hijo de Laertes tiene de lo que

es divertirse. Y si hay pretendientes buscando la mano de su sensual esposa Penélope, le divertiría aún más clavar sus flechas en sus cuerpos.

—El hogar de Odiseo en Ítaca —murmura Hefesto—. Un buen lugar para que Hera oculte a su señor dormido. ¿Tienes idea, hijo de Peleo, de lo que te hará Zeus cuando lo despiertes?

—Averigüémoslo —dice Aquiles—. ¿Puedes teletransportarnos cuánticamente allí desde este carro?

—Mírame —dice Hefesto. Hombre y dios desaparecen de la vista mientras el carro, vacío ahora, sigue volando sobre la Llanura de Hellas.

—Ésta no es Savi.

—¿Me has oído decir que lo sea, amigo de Nadie?

Harman se encontraba en el sólido metal del catafalco, aparentemente suspendido a más de ocho kilómetros en el aire a un centenar de metros de la cara norte de Chomolungma, mirando a pesar del poderoso impulso que sentía de no contemplar el rostro muerto y el cuerpo desnudo de una joven Savi. Próspero se encontraba tras él en las escaleras de hierro. El viento soplaba fuera.

—Se parece a Savi —dijo Harman. No podía refrenar los latidos de su corazón. Tanto la exposición a la altura como al cuerpo que tenía delante le daban vértigo—. Pero Savi está muerta.

—¿Seguro?

—Seguro, maldito seas. Vi a tu Calibán matarla. Vi los restos ensangrentados de lo que se comió y lo que dejó. Savi está muerta. Y nunca la vi tan *joven*.

La mujer desnuda del ataúd de cristal no podía tener más de tres o cuatro años de su Primer Veinte. Savi era... vieja. Todos ellos (Hannah, Ada, Daeman y Harman) se habían sorprendido al verla: pelo gris, arrugas, un cuerpo que había dejado atrás su mejor momento. Ninguno de los humanos antiguos había visto jamás los efectos del envejecimiento antes de conocer a Savi... ni desde entonces, pero todo eso cambiaría ahora que los tanques rejuvenecedores de la fermería habían sido destruidos.

—No mi Calibán —dijo Próspero—. No, no mi monstruo entonces. El duende era su propio amo, un repugnante peón de Sycórax, perdido en la cadena de esclavo de Setebos, cuando lo encontrasteis en la isla orbital, hace nueve meses.

—Ésta no es Savi —repitió Harman—. No puede ser.

Se obligó a volver a las escaleras y regresar a la cámara central del Taj Moira, rozando bruscamente al magus y su túnica azul. Pero se detuvo antes de atravesar el techo de granito.

—¿Está viva? —preguntó en voz baja.

—Tócala.

Harman bajó otro peldaño.

—No. ¿Por qué?

—Baja aquí y tócala —dijo el magus. El holograma, la proyección, lo que fuera que fuese, se hallaba de pie junto al sarcófago de cristal—. Es el único modo de saber si está viva.

—Aceptaré tu palabra —Harman se quedó donde estaba.

—Pero yo no te he dado mi palabra, amigo de Nadie. No he dado ninguna opinión de si es una mujer dormida, un cadáver o simplemente un muñeco de cera, un espíritu ansioso. Pero te garantizo esto, esposo de Ada de Ardis: si despierta, si las despiertas, si fuera real y hablaras con este espíritu despierto y decantado, todas tus preguntas más acuciantes serán contestadas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Harman, bajando los escalones a pesar de sus ganas de huir.

El magus permaneció en silencio. Su única respuesta fue abrir la tapa de cristal del sarcófago.

No surgió ningún olor a corrupción. Harman pasó a la plataforma de metal, luego dio la vuelta para colocarse junto al magus. A excepción de algún atisbo de los cadáveres sin pelo de los tanques sanadores de la isla de Próspero, Harman nunca había visto a una persona muerta hasta hacía pocos meses. Ningún humano antiguo lo había hecho. Pero había enterrado a gente en Ardis Hall y conocía el terrible aspecto de la muerte: la lividez y el rigor mortis, los ojos que parecían hundirse de la luz, la dura frialdad de la carne. Esa mujer (esa Savi) no mostraba ninguno de esos signos. Sus labios eran muy sonrosados, rojos incluso, al igual que sus pezones. Tenía los ojos cerrados, las pestañas largas, pero parecía que podía despertar de un momento a otro.

—Tócala —dijo Próspero.

Harman acercó una mano temblorosa y la apartó antes de tocarla. Había un leve pero firme campo de fuerza sobre el cuerpo de la mujer (permeable, pero palpable) y el aire dentro del campo era mucho más caliente que el del exterior. Lo intentó de nuevo, acercando primero los dedos a la

garganta de la mujer, donde encontró un levísimo atisbo de pulso, como el suave aleteo de una mariposa, y entonces colocó la palma sobre su pecho, entre los senos. Sí: un levísimo latido, pero lento, mucho más espaciado que el latido de un durmiente normal.

—Este nido es similar al otro donde ahora duerme tu amigo Nadie —dijo Próspero en voz baja—. Detiene el tiempo. Pero en vez de curarla y protegerla durante tres días, como hace el sarcófago de tiempo-lento de Odiseo-Nadie en este mismo instante, este ataúd de cristal ha sido su hogar durante mil cuatrocientos y pico años.

Harman aparta la mano como si le hubieran mordido.

—Imposible —dice.

—¿Sí? Despiértala y pregúntaselo.

—¿Quién es? —exigió Harman—. No puede ser Savi.

Próspero sonrió. Bajo sus pies, las nubes habían avanzado hasta la cara norte de la montaña y se arremolinaban grises en torno al refugio de fondo de cristal donde se hallaban.

—No, no puede ser Savi, ¿verdad? —dijo el magus—. La conocí como Moira.

—¿Moira? Este lugar.... el Taj Moira, ¿lleva su nombre?

—Por supuesto. Es su tumba. O al menos la tumba en la que duerme. Moira es una posthumana, amigo de Nadie.

—Los posts están todos muertos.... Daeman y Savi y yo vimos sus cadáveres momificados y mordisqueados por Calibán flotando en el aire hediondo de tu isla orbital —Harman había vuelto a apartarse del ataúd.

—Moira es la última —dijo Próspero—. Vino del anillo-p hace más de mil quinientos años. Era la amante y consorte de Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep.

—¿Quién demonios es ése?

Las nubes habían envuelto ahora la plataforma del Taj y Harman se sintió en terreno más sólido con el suelo de cristal mostrando sólo gris bajo él.

—Un erudito descendiente del Khan original —dijo el magus—. Gobernó lo que quedaba de la Tierra en la época en que los voynix se activaron por primera vez. Hizo construir este sarcófago temporal para sí mismo, pero estaba enamorado de esta Moira y se lo ofreció a ella. Aquí ella ha dormido durante siglos.

Harman soltó una carcajada forzada.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué no ordenó ese Ho Tep como

se llame que se construyera un segundo ataúd para él?

La sonrisa de Próspero era enloquecedora.

—Lo hizo. Se colocó aquí mismo, junto al de Moira. Pero incluso un lugar de difícil acceso como Rongbok Pumori Chu-mu-lang-ma Feng Dudh Kosi Lhotse-Nuptse Khumbu aga Ghat-Mandir Khan Ho Tep Rauza llega a tener sus visitantes a lo largo de casi un milenio y medio. Uno de los primeros intrusos sacó del sarcófago temporal el cuerpo de Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan y lo arrojó por el borde a ese glaciar de abajo.

—¿Por qué no hicieron lo mismo con este ataúd... con el de Moira? —preguntó Harman. Se tomaba con escepticismo todo lo que decía el magus.

Próspero extendió hacia la mujer dormida una mano manchada por la edad.

—¿Arrojarías tú este cuerpo?

—¿Por qué no saquearon el lugar entonces?

—Hay salvaguardas ahí arriba. Gustosamente te las mostraré más tarde.

—¿Por qué no despertaron esos primeros intrusos... a quien demonios sea esta mujer? —preguntó Harman.

—Lo intentaron —respondió Próspero—. Pero nunca consiguieron abrir el sarcófago.

—Parece que tú no has tenido ningún problema para hacerlo.

—Yo estaba aquí cuando Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan diseñó la máquina. Conozco sus códigos y claves.

—Entonces despiértala tú. Quiero hablar con ella.

—No puedo despertar a esta posthumana dormida —dijo Próspero—. Ni los intrusos podrían haberlo hecho si hubieran sorteado los sistemas de seguridad y conseguido abrir el ataúd. Sólo una cosa despertará a Moira.

—¿Cuál? —Harman se hallaba de nuevo en el escalón más bajo, dispuesto a marcharse.

—Que Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan u otro varón humano descendiente de Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan tenga una relación sexual con ella mientras duerme.

Harman abrió la boca para hablar, no supo que decir y, simplemente, se quedó allí mirando la figura vestida de azul. El magus no se había vuelto loco ni lo había estado nunca. No había ninguna tercera opción.

—Tú descienes de Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep y el linaje de los Khan —continuó Próspero, y su voz sonaba tan calma y desinteresada como si estuviera especulando sobre el tiempo—. El ADN de tu

semen despertará a Moira.

Mahnmut y Orphu salieron al casco de la *Reina Mab*, donde podían hablar en paz.

La enorme nave había dejado de arrojar sus bombas atómicas del tamaño de latas de refresco una vez pasada la órbita de la luna terrestre (querían anunciar su llegada pero no enfrentarse a todos en los polos ecuatorial o polar para que les disparasen) y ahora la *Mab* desaceleraba hacia la órbita bajo un leve octavo de gravedad usando solamente sus motores iónicos auxiliares extendidos sobre explosiones cortas. Mahnmut pensaba que el brillo azul «bajo» ellos era una agradable alternativa al periódico resplandor y el estallido de las bombas.

El pequeño europeo tenía que tener cuidado en el vacío con la desaceleración, y asegurarse de que estaba sujeto a la nave en todo momento, por lo que se quedaba en las pasarelas que rodeaban el casco y tenía cuidado en las escalerillas que había por todas partes, pero sabía que si hacía algo estúpido Orphu de Io iría tras él y lo salvaría. Mahnmut podía sentirse cómodo en el vacío solo una docena de horas antes de tener que reponer aire y satisfacer otros requisitos, y raramente utilizaba los pequeños impulsores de peróxido de su espalda, pero aquel mundo exterior de frío extremo, calor terrible, radiación abrasadora y duro vacío era el entorno natural de Orphu.

—Entonces ¿qué hacemos? —le preguntó Mahnmut a su enorme amigo.

—Creo que es imperativo que nosotros descendamos con la nave y *La Dama Oscura* —dijo Orphu—. Lo antes posible.

—¿Nosotros? —replicó Mahnmut—. ¿Nosotros?

El plan era que Suma IV pilotara la nave de contacto con el general Beh

bin Adee y treinta de sus reclutas (los soldados moravec bajo el mando directo del centurión líder Mep Ahoo) en la cabina de pasajeros, mientras Mahnmut esperaba en *La Dama Oscura*, en la bodega de la nave. Si llegaba el momento de utilizar el sumergible, Suma IV y cualquier otro miembro del personal requerido bajaría a *La Dama Oscura* por un pozo de acceso. A pesar de los recelos de Mahnmut respecto a verse separado de su viejo amigo, nunca había habido ningún plan de incluir al enorme ioniano, ópticamente ciego, en la parte del descenso de la misión. Orphu tenía que quedarse con la *Reina Mab* como ingeniero de sistemas externos.

—¿Qué es eso de «nosotros»? —preguntó de nuevo Mahnmut.

—He decidido que soy indispensable en esta misión —bramó Orphu—. Además, sigues teniendo ese cómodo hueco para mí en la bodega del submarino: aire y umbilicales de energía, enlaces de comunicación, radar y otros impulsos sensoriales... podría pasar allí las vacaciones y ser feliz.

Mahnmut sacudió la cabeza, advirtió que lo estaba haciendo delante de un moravec ciego, se dio cuenta entonces de que el radar y los sensores infrarrojos de Orphu captarían el movimiento, y la sacudió de nuevo.

—¿Por qué deberíamos insistir en bajar? Intentar aterrizar en la Tierra podría poner en peligro el encuentro con la ciudad-asteroide emisora del anillo-p.

—A la mierda la ciudad-asteroide emisora del anillo-p —gruñó Orphu de Io—. Lo importante ahora es bajar a ese planeta lo más rápido que podamos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Orphu—. ¿Por qué? El que tiene ojos eres tú, amiguito. ¿No has visto esas imágenes telescópicas que me has descrito?

—¿La población en llamas, quieres decir?

—Sí, la población en llamas —bramó Orphu—. Y los otros treinta o cuarenta asentamientos humanos por todo el mundo que parece que están siendo atacados por criaturas sin cabeza especializadas en masacrar a los humanos antiguos... humanos antiguos, Mahnmut, los que diseñaron a nuestros antepasados.

—¿Desde cuándo se ha convertido esto en una misión de rescate? —preguntó Mahnmut. La Tierra era ya una esfera grande, brillante y azul que crecía minuto a minuto. Los anillos e y p eran preciosos.

—Desde que hemos visto las fotos que muestran a seres humanos masacrados —dijo Orphu, y Mahnmut reconoció tonos casi subsónicos en la voz de su amigo. Eso significaba que Orphu o bien se divertía mucho, o

bien estaba muy, muy serio... y Mahnmut sabía que en este momento no se divertía.

—Creía que la idea era salvar del colapso cuántico total a las Cinco Lunas, el Cinturón y el Sistema Solar —dijo Mahnmut.

Orphu gruñó tonos graves.

—Eso ya lo haremos mañana. Hoy tenemos una oportunidad para ayudar a las personas de ahí abajo.

—¿Cómo? —dijo Mahnmut—. No conocemos el contexto. No tenemos ni idea de lo que está pasando allá abajo. Por lo que sabemos, esas criaturas metálicas sin cabeza son sólo robots asesinos que los humanos han construido para matarse entre sí. Nos estaríamos inmiscuyendo en guerras locales que no son asunto nuestro.

—¿Crees eso, Mahnmut?

Mahnmut vaciló. Miró hacia abajo, donde los motores iónicos lanzaban rayos azules en dirección de la creciente esfera azul y blanca.

—No —dijo por fin—. No, no lo creo. Creo que algo nuevo está pasando allá abajo, igual que en Marte y la Tierra-Ilión y en todas partes donde miramos.

—Yo también —dijo Orphu de Io—. Entremos a convencer a Asteague/Che y el resto de los Integradores Primeros de que tienen que lanzar la nave y el sumergible cuando rodeemos la Tierra. Conmigo a bordo.

—¿Y cómo planeas convencerlos?

Esta vez el grave tronar del ioniano estuvo más en el espectro divertido de lo subsónico.

—Les haré una oferta que no podrán rechazar.

Harman intentó apartarse cuanto pudo del ataúd de cristal. Habría regresado a la cabina de la *eiffelbahn*, pero los vientos rugían en el exterior (fácilmente a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, lo suficiente para barrerlo de aquel tablero de mármol que rodeaba el Taj Moira), así que bajó en cambio por los pisos de libros en espiral. Los pasillos eran muy estrechos y pronto fueron muy altos, cada uno un poco más extendido sobre el laberinto de paredes bajas de abajo a medida que las paredes internas de la cúpula curva presionaban los estantes y los pasillos más hacia adentro. Harman se hubiese preocupado por la mareante altura bajo sus pies en los pasillos de hierro al aire libre si no hubiese estado tan ansioso por poner distancia entre él y la mujer dormida.

Los libros no tenían título. Eran de tamaño uniforme. Harman calculó que habría cientos de miles de volúmenes en aquella enorme estructura. Sacó uno y lo abrió al azar. Las letras eran pequeñas e impresas en inglés pre-rubicón, más viejas que ningún libro o escrito que hubiera visto jamás, y Harman tardó varios minutos en resolver el primer par de frases que encontró. Volvió a meter el libro en su hueco y colocó la palma sobre el lomo, visualizando cinco triángulos azules.

No funcionó. Ninguna palabra dorada fluyó por su mano y su brazo para fijarse en su memoria. O bien la función sigl no funcionaba en aquel lugar o esos antiguos libros eran ajenos a ella.

—Hay un modo de poder leerlos todos —dijo Próspero.

Harman dio un salto atrás. No había oído acercarse al magus por el ruidoso pasillo. De repente apareció allí, a menos de la distancia de un brazo.

—¿Cómo puedo leerlos todos? —preguntó Harman.

—La cabina *eiffelbahn* partirá dentro de dos horas —dijo el magus—

. Si no estás en ella, pasará algún tiempo hasta que la siguiente pare aquí, en Taj Moira... once años, para ser exactos. Así que si vas a leer todos esos libros, será mejor que empieces de inmediato.

—Estoy preparado para marcharme ahora —dijo Harman—. Sólo que hace demasiado viento para llegar a la cabina.

—Haré que uno de los servidores prepare una cuerda cuando estemos listos para marchar.

—¿Servidores? ¿Aquí hay servidores en funcionamiento?

—Por supuesto. ¿Crees que los mecanismos del Taj o la *eiffelbahn* se reparan solos? —El magus se echó a reír—. Bueno, en cierto modo se reparan solos, ya que la mayoría de los servidores son nanotécnicos, parte de las mismas estructuras, demasiado pequeños para detectarlos.

—Todos los servidores de Ardis y las otras comunidades dejaron de funcionar —dijo Harman—. Tan sólo... se pararon. Y la energía se apagó.

—Por supuesto —dijo Próspero—. Vuestra destrucción de la fermería de mi isla orbital tuvo sus consecuencias. Pero la red energética orbital y planetaria y otros mecanismos siguen intactos. Incluso la fermería podría ser sustituida si lo quisieras.

Harman se quedó con la boca abierta. Se dio la vuelta y se apoyó en la barandilla de hierro, inspirando profundamente, ignorando la larga caída hasta el suelo de mármol de abajo. Cuando Daeman y él, siguiendo las instrucciones de aquel magus, habían dirigido el enorme «colector de agujero de gusano» de la isla de Próspero hacía nueve meses, había sido para destruir la terrible mesa de banquetes donde Calibán se había estado atiborrando durante siglos de los cuerpos y huesos de los humanos antiguos en su Veinte Final, en la fermería. Desde ese día, desde la destrucción de la fermería y el conocimiento de que nadie sería faxeado hasta allí después de sufrir heridas graves o en su vigésimo cumpleaños, la mortalidad había pesado sobre el ánimo de todos. La muerte y la vejez se habían convertido en una realidad para todo el mundo. Si Próspero estaba diciendo la verdad, la juventud virtual y la inmortalidad eran de nuevo una opción. Harman no sabía qué pensar de esta nueva opción, pero sólo la idea de elegir lo enfermaba.

—¿Hay otra fermería? —dijo. Habló en voz baja, pero su voz resonó bajo la gigantesca cúpula.

—Por supuesto. Hay otra en la isla orbital de Sycórax. Simplemente necesita que la activen, igual que los proyectores de energía orbitales y los sistemas fax automatizados.

—¿Sycórax? —dijo Harman—. ¿La bruja que dijiste era la madre de Calibán?

—Sí.

Harman empezó a preguntar cómo podrían llegar a los anillos orbitales para activar la fermería, la energía y el sistema fax de emergencia, pero entonces recordó que el sonie de Savi que tenían en Ardis podía volar hasta los anillos. Harman inspiró profundamente.

—Harman, amigo de Nadie —dijo Próspero—, tienes que escucharme ahora. Puedes dejar este lugar cuando la *eiffelbahn* comience a ponerse de nuevo en marcha dentro de una hora y cincuenta y cuatro minutos. O puedes salir y saltar a tu muerte en el Glaciar Khombu. Todas las opciones son tuyas. Pero es tan seguro como que la noche sigue al día que nunca verás a tu Ada de nuevo, ni regresarás a lo que queda de Ardis Hall, ni verás a tus amigos Daeman, Hannah y los demás sobrevivir a esta guerra con los voy-nix y calibani, ni verás de nuevo una Tierra verde no convertida en azul y muerta por el hambre de Setebos, si no despiertas a Moira.

Harman se apartó del magus y cerró los puños. Próspero se apoyaba en su báculo como si le sirviera para caminar, pero Harman sabía que un movimiento de Próspero con ese bastón lo haría volar por encima de la barandilla y caer a la muerte en las paredes de mármol repujadas de joyas a docenas de metros más abajo.

—Tiene que haber otro modo de despertarla —dijo con los dientes apretados.

—No lo hay.

Harman golpeó la barandilla de hierro.

—Nada de todo esto tiene sentido.

—No infectes tu mente con la extrañeza de todo este asunto —dijo Próspero, y sus palabras resonaron bajo la alta cúpula—. Moira te librará de todas esas preocupaciones. Pero primero debes despertarla.

Harman negó con la cabeza.

—No creo que yo descienda de ese Ahman Comosellame Khan Ho Tep —dijo—. ¿Cómo podría? Los antiguos fuimos creados por los posts siglos después de que el pueblo de Savi desapareciera en el Fax Final y...

Próspero sonrió.

—Precisamente. ¿De dónde crees que se sacaron vuestros moldes ADN y vuestros cuerpos almacenados, amigo de Nadie? Moira podrá explicarte todo esto y más. Ella es una posthumana, la última de su especie. Ella sabe cómo puedes leer todos esos libros antes de que nuestra cabina

eiffelbahn salga de esta estación. Puede que sepa cómo podéis derrotar a los voynix (o los calibani), o quizá incluso derrotar a Calibán y su señor, el mismísimo Setebos. Pero tendrás que decidir pronto si la vida de tu Ada merece una pequeña infidelidad. Nos queda una hora y cuarenta y cinco minutos antes de que la *eiffelbahn* empiece a funcionar de nuevo. Mil cuatrocientos años de sueño o más no pueden desprenderse en un instante. Moira necesitará algún tiempo para despertar, para comer, para comprender nuestra situación, antes de que esté preparada para viajar con nosotros.

—¿Ella vendría con nosotros? —dijo Harman estúpidamente—. ¿En la *eiffelbahn*? ¿De vuelta a Ardis?

—Casi con toda seguridad.

Harman agarró la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron primero rojos y luego blancos. Finalmente soltó el hierro y se volvió hacia el magus, que esperaba.

—De acuerdo. Pero tú espera aquí. O mejor aún, vuelve a la cabina. Fuera de la vista. Lo haré, pero tengo que estar solo.

Próspero simplemente desapareció de la existencia. Harman esperó en la alta barandilla un minuto, inhalando el olor correoso de los libros antiguos, y luego bajó corriendo los escalones.

Fue un grupo harapiento de cuarenta y cinco hombres y mujeres muertos de frío que recorrió el trayecto de doce kilómetros desde la Roca Hambrienta hasta el faxpabellón.

Daeman los guiaba, llevando la mochila con el Huevo de Setebos que brillaba y ocasionalmente se agitaba, y Ada caminaba a su lado a pesar de su contusión y sus costillas rotas. Los primeros kilómetros a través del bosque fueron lo peor: el terreno era árido y rocoso, la visibilidad pobre, había empezado a nevar otra vez y todos estaban preparados para el ataque de los invisibles voynix. Cuando pasaron treinta minutos, y luego cuarenta y cinco, y después una hora sin que fueran atacados (ni rastro de los voynix) todos empezaron a relajarse un poco.

A treinta metros sobre ellos, Greogi, Tom y los ocho supervivientes malheridos de Ardis llenaban el sonie. Greogi se adelantaba, sobrevolaba el bosque, y luego volvía, manteniéndose a baja altura el tiempo suficiente para gritar su información.

—Voynix por delante a eso de un kilómetro, pero se retiran... se apartan de vosotros y el huevo.

A través del golpeteo del dolor de cabeza y el dolor más sordo de su muñeca y sus costillas rotas (respirar le dolía), Ada encontró poco consuelo en el hecho de que los voynix estuvieran sólo a un kilómetro de distancia. Los había visto correr a toda velocidad, los había visto saltar de los árboles. Las criaturas podrían alcanzarlos en un minuto. El grupo disponía de unos veinticinco rifles de flechitas o pistolas, pero no muchos cargadores de munición. Debido a su muñeca rota y sus costillas vendadas, Ada no llevaba ningún arma, lo cual la hacía sentirse indefensa mientras caminaba al frente con Daeman, Edide, Boman y unos cuantos más. La nieve caía te-

nía un palmo más de profundidad que en el bosque y a Ada apenas le quedaban fuerzas para seguir avanzando.

Incluso después de salir de la parte más rocosa y densa del bosque, todavía dirigiéndose al sudeste para llegar a la carretera que se extendía entre Ardis y el faxpabellón, el grupo siguió viajando con terrible lentitud a causa de aquellos que, aunque podían andar, estaban más seriamente heridos o enfermos, incluidos los que habían sido víctimas de la hipotermia las dos últimas noches. Siris, la otra médico, caminaba con ellos y pasaba de adelante a atrás de la fila continuamente, asegurándose de que los heridos y enfermos recibían ayuda y recordando a los líderes que redujeran el ritmo.

—No lo comprendo —dijo Ada cuando salieron a un amplio prado que recordaba de un centenar de excursiones de verano.

—¿El qué? —preguntó Daeman. Llevaba la mochila con el brillante huevo por delante, los brazos extendidos, como si oliera mal. En realidad, Ada había advertido que olía mal: a una mezcla de pescado podrido y algo salido de un estercolero. Pero seguía brillando y vibraba de vez en cuando, así que presumiblemente el pequeño Setebos de su interior seguía vivo.

—¿Por qué se apartan los voynix mientras tenemos esta cosa? —dijo Ada.

—Deben tenerle miedo —respondió Daeman. Pasó la mochila de la mano derecha la izquierda. Llevaba una ballesta en la mano libre.

—Sí, eso está claro —dijo Ada, hablando con más brusquedad de lo que pretendía. El dolor de cabeza, de costillas y brazos acababa con su paciencia—. Quiero decir, ¿cuál es la conexión entre esta... cosa del Cráter París y los voynix?

—No lo sé.

—Los voynix han estado por aquí... siempre —dijo Ada—. Este monstruo Setebos llegó hace una semana.

—Lo sé —dijo Daeman—. Pero siento que de algún modo están conectados. Tal vez lo han estado siempre.

Ada asintió, dio un respingo de dolor al asentir y continuó caminando. Se hablaba poco en las filas mientras atravesaban otra zona de denso bosque, cruzaban un arroyo familiar que ahora estaba casi congelado y bajaban una empinada colina de hierbas y matorrales congelados.

El sonie descendió.

—Otro medio kilómetro hasta la carretera —informó Greogi—. Los voynix se han dirigido más al sur. Tres kilómetros al menos.

Cuando llegaron a la carretera se produjo cierta agitación entre los supervivientes, susurros impacientes, gente dándose palmadas en la espalda. Ada miró hacia el oeste, hacia Ardis Hall. El puente cubierto apenas se veía desde la curva de la carretera que llevaba a la mansión, pero no había ni rastro de ella, por supuesto, ni siquiera una columna de humo negro en el aire. Por un momento creyó que iba a vomitar. Manchas negras danzaron ante sus ojos. Se detuvo, apoyó las manos en las rodillas y bajó la cabeza.

—¿Te encuentras bien, Ada? —era Laman quien hablaba. El hombre de la barba sólo vestía harapos, uno de los cuales le vendaba la mano derecha, donde había perdido cuatro dedos durante la batalla con los voynix en Ardis.

—Sí —contestó ella. Se levantó, le sonrió y se apresuró para alcanzar al grupito de cabeza.

Ahora quedaba poco más de un kilómetro hasta el faxpabellón y todo parecía familiar, excepto la nieve. No había ni rastro de voynix. El sonie revoloteaba cerca, desaparecía trazando grandes círculos y luego regresaba, Greogi indicaba que podían continuar mientras hacía descender el aparato y luego continuaba volando hacia delante.

—¿Adónde vamos a faxear, Daeman? —preguntó Ada. Oyó la falta de afecto en su voz, pero estaba demasiado cansada y dolorida para poner energía en sus palabras.

—No lo sé —dijo el hombre esbelto y musculoso que antaño fuera el esteta regordete que intentaba seducirla—. Al menos no sé adónde ir a la larga. Chom, Ulanbat, Cráter París, Bellinbad y el resto de los nódulos más poblados probablemente han sido cubiertos por el hielo azul de Setebos. Pero conozco un nódulo despoblado por el que paso de vez en cuando... está en el trópico. Cálido. No es más que un pueblecito abandonado, pero está en el océano... en algún océano, en alguna parte... y tiene una laguna. No he visto más animales que lagartos y unos cuantos cerdos salvajes, pero no parecen tenerle miedo a la gente. Podríamos pescar, cazar, fabricar más armas, cuidar de nuestros heridos... pasar desapercibidos hasta que se nos ocurra un plan.

—¿Cómo nos encontrarán Harman, Hannah y Odiseo-Nadie? —preguntó Ada.

Daeman guardó silencio un minuto y Ada casi pudo oírlo pensar: «Ni siquiera sé si Harman está vivo. Petyr dijo que desapareció con Ariel.» Pero lo que dijo fue:

—Eso no es un problema. Algunos de nosotros faxearemos de vuelta

aquí regularmente. Y podemos dejar una especie de nota permanente en Ardis Hall con el código del faxnódulo de nuestro escondite tropical. Harman sabe leer. No creo que los voynix puedan.

Ada sonrió débilmente.

—Los voynix pueden hacer un montón de cosas que ninguno de nosotros nunca imaginó que fueran capaces de hacer.

—Sí —dijo Daeman. Y luego permanecieron en silencio hasta que llegaron al fax-pabellón.

El faxpabellón estaba prácticamente igual que como Daeman lo había visto cuarenta y ocho horas antes. La empalizada había sido derribada. Había sangre humana seca por todas partes, pero los voynix o los animales salvajes se habían llevado los cadáveres de los ardisitas que habían combatido hasta la muerte tratando de defender el pabellón. La estructura en sí continuaba intacta, sin embargo, y la columna del faxnódulo todavía se alzaba en su centro.

La banda de humanos se detuvo en la entrada. Cohibidos, miraban hacia el bosque por encima del hombro. El sonie aterrizó y los demás ayudaron a los heridos o los transportaron.

—Nada en diez kilómetros —dijo Greogi—. Es extraño. Los pocos voynix que he visto huían hacia el sur como si los estuvierais persiguiendo.

Daeman miró el huevo que latía lechosamente en su mochila y suspiró.

—No los estamos persiguiendo —dijo—. Sólo queremos largarnos de aquí.

Contó a Greogi y los demás su plan.

Hubo un breve conato de discusión. Algunos de los supervivientes querían faxear a localizaciones familiares para ver si sus amigos y seres queridos estaban vivos. Caul estaba seguro de que el nódulo de Loman Estate no habría sido invadido por esa cosa Setebos de la que les había hablado Calibán. Su madre estaba allí.

—¡De acuerdo, mirad! —gritó Daeman por encima de las voces elevadas—. No sabemos dónde puede estar ahora Setebos. El monstruo convirtió la enorme ciudad de Cráter París en un castillo de hilos de hielo azul en menos de veinticuatro horas. Han pasado más de cuarenta y ocho horas desde que regresé y fui la última persona en faxear. Ésta es mi propuesta...

Ada advirtió que todos dejaban de farfullar. La gente escuchaba. Aceptaban a Daeman como líder igual que una vez habían aceptado su propio liderazgo... y el de Harman. Tuvo que reprimir la urgente necesidad de sollozar.

—Decidamos si vamos a continuar juntos o no —dijo Daeman, su voz grave llegaba con facilidad a todos—. Podemos votar y...

—¿Qué significa «votar»? —preguntó Boman.

Daeman lo explicó.

—Así que si uno más de la mitad de nosotros... vota por permanecer juntos, ¿entonces todos tendremos que hacer lo que los otros quieran? —dijo Oke.

—Durante algún tiempo —respondió Daeman—. Pongamos... una semana. Estamos más seguros viajando juntos que por separado. Y tenemos personas heridas y enfermas que no pueden defenderse. Si todos faxeamos en direcciones distintas ahora, ¿cómo vamos a volver a encontrarnos? ¿Dejamos que los que quieren marcharse solos se lleven los rifles de flechitas y las ballestas, o se las quedan los del grupo mayor que quieren permanecer juntos?

—¿Qué haremos durante esa semana... si accedemos a ir contigo a ese paraíso tropical? —preguntó Tom.

—Lo que ya he dicho —respondió Daeman—. Recuperarnos. Encontrar o construir más armas. Construir una especie de perímetro defensivo allí... recuerdo una isleta más allá del arrecife. Podríamos construir algún tipo de barca, emplazar nuestros hogares y defensas en la isla...

—¿Crees que los voynix no saben nadar? —preguntó Stoman.

Todos se rieron nerviosos, pero Ada miró a Daeman. Era humor chusco (una expresión que había aprendido sigleyendo los viejos libros de la biblioteca de Ardis Hall), pero había roto la tensión.

Daeman se rió también.

—No tengo ni idea de si los voynix saben nadar, pero si no saben, esa isla será el lugar ideal para nosotros.

—Hasta que hayamos engendrado tantos hijos que ya no quepamos —dijo Tom.

Más gente se rió abiertamente esta vez.

—Y enviaremos equipos de reconocimiento desde el faxnódulo de allí —dijo Daeman—. Desde el primer día. De esa forma, tendremos alguna idea de lo que está sucediendo en el mundo y qué nódulos son seguros para faxear. Y al cabo de una semana, todo el que quiera marcharse podrá ha-

cerlo. Pienso que es mejor para todos que permanezcamos juntos hasta que nuestros enfermos mejoren y hasta que todos tengamos una oportunidad de comer y dormir.

—Votemos —dijo Caul.

Lo hicieron, vacilantes, con más risas ante la idea de levantar las manos que por decidir un asunto tan serio. La votación fue de cuarenta y tres contra nueve a favor de permanecer juntos; tres de los heridos más graves no votaron porque estaban inconscientes.

—Muy bien —dijo Daeman. Se acercó al faxpad.

—Espera un momento —dijo Greogi—. ¿Qué hacemos con el sonie? No faxeará y, si lo dejamos aquí, los voynix lo cogerán. Nos ha salvado la vida más de una vez.

—Oh, mierda —respondió Daeman—. No había pensado en eso.

Se pasó la mano por la cara sucia y manchada de sangre, y Ada vio lo pálido y cansado que estaba bajo la fina capa de energía que proyectaba.

—Tengo una idea —dijo Ada.

La multitud se volvió a mirarla, los rostros amistosos, y esperaron.

—La mayoría de vosotros saben que Savi nos enseñó a algunos cómo usar nuevas funciones el año pasado... cercanet, lejosnet y todonet. Cuando lleguemos al paraíso tropical de Daeman, convocaremos la función lejosnet, veremos dónde está ese lugar, y entonces alguien volverá aquí a recoger el sonie y volará con él hasta nuestra isla. Harman, Hannah, Petyr y Nadie llegaron a la Puerta Dorada de Machu Picchu en menos de una hora, así que no debería hacer falta mucho tiempo para volar al paraíso.

Hubo algunas risas más, muchos asentimientos de cabeza.

—Tengo una idea aún mejor —dijo Greogi—. Los demás faxeáis al paraíso. Yo me quedo aquí y protejo el sonie. Uno de vosotros faxea de vuelta con las direcciones y yo lo pilotaré hasta allí, hoy mismo.

—Me quedaré contigo —dijo Laman, empuñando un rifle de flechitas en su mano izquierda, la mano buena—. Necesitarás a alguien que dispare a los voynix si vuelven. Y para mantenerte despierto durante el vuelo al sur.

Daeman sonrió, cansado.

—¿De acuerdo entonces? —le preguntó al grupo.

Todos avanzaron, ansiosos por faxear.

—Esperad —dijo Daeman—. No sabemos lo que nos espera allí, así que seis de vosotros con rifles (Caul, Kaman, Elle, Boman, Casman y Edide) entrad conmigo al pabellón y faxearemos primero. Si todo va bien allí,

uno de nosotros volverá en dos minutos o menos. Luego deberíamos hacer pasar a los heridos y enfermos. Tom, Siris, ¿podéis por favor organizar los equipos con las camillas? Luego Greogi supervisará a media docena de vosotros con rifles para montar guardia mientras los demás faxean. ¿De acuerdo?

Todos asintieron, impacientes. El equipo de rifles se acercó a la estrella grabada en el suelo del faxpabellón mientras Daeman colocaba la mano sobre los mandos.

—Vamos —dijo, y pulsó el código de su nódulo deshabitado.

No sucedió nada. El habitual puf de aire y el destello visual que se producía cuando la gente faxeaba y se perdía de la existencia no tuvo lugar.

—Uno a uno —dijo Daeman, aunque los faxnódulos podían faxear fácilmente a seis personas cada vez—. Caul. Colócate sobre la estrella.

Caul así lo hizo, moviendo nervioso el rifle. Daeman pulsó de nuevo el código.

Nada. El viento emitía ruidos mientras la nieve entraba en el pabellón.

—Tal vez ese faxnódulo ya no funciona —dijo desde la multitud una mujer llamada Seaes.

—Lo intentaré con Loman's Estate —dijo Daeman, y marcó el código familiar.

No funcionó.

—Jesucristo —exclamó el fornido Kaman. Avanzó—. Tal vez lo estás haciendo mal. Déjame a mí.

Media docena de personas lo intentaron. Probaron con tres docenas de códigos de faxnódulo familiares. Nada funcionaba. Ni Cráter París. Ni Chom ni Bellinbad, ni el código de muchos números del Círculo del Cielo de Ulambat. No funcionaba nada.

Finalmente todos permanecieron en silencio, aturdidos, sin habla, los rostros convertidos en máscaras de terror y desesperación. Nada en el último año, ninguna de las pesadillas de los últimos meses, ni la Caída de los Meteoritos ni la pérdida de electricidad y la caída de los servidores, ni los primeros ataques de voynix, ni las noticias de Cráter París, ni siquiera la Masacre de Ardis Hall ni la desesperada situación de la Roca Hambrienta habían golpeado a esos hombres y mujeres con tanta desesperación.

Los faxnódulos ya no funcionaban. El mundo que habían conocido desde su nacimiento ya no existía. No había ningún sitio al que huir, nada que hacer aparte de esperar y morir. Esperar a que los voynix regresaran o a que el frío los matara o las enfermedades y el hambre acabaran con ellos

uno a uno.

Ada se subió a la pequeña base que rodeaba la columna del faxpad para que pudieran verla además de oírla.

—Vamos a regresar a Ardis Hall —dijo. Su voz era fuerte, no admitía discusión—. Está a poco menos de dos kilómetros carretera arriba. Podemos estar allí en menos de una hora, incluso en nuestro estado. Greogi y Tom llevarán a los que están demasiado enfermos para caminar.

—¿Qué coño hay en Ardis Hall? —preguntó una mujer baja a quien Ada no reconoció—. ¿Qué hay excepto cadáveres y carroña y cenizas y voynix?

—No todo está quemado —respondió Ada en voz alta. No tenía ni idea de si todo estaba quemado o no: estaba inconsciente cuando la sacaron de las ruinas en llamas. Pero Daeman y Greogi habían descrito secciones sin quemar del complejo—. No todo está quemado —repitió—. Allí hay troncos. Restos de tiendas y barracones. En cualquier caso, derribaremos la muralla de la empalizada y construiremos cabañas con la madera. Y habrá artefactos... cosas que no se quemaron en las ruinas. Armas, tal vez. Cosas dejadas atrás.

—Como los voynix —dijo un hombre lleno de cicatrices llamado Elos.

—Tal vez —respondió Ada—, pero los voynix están por todas partes. Y tienen miedo de este Huevo de Setebos que lleva Daeman. Mientras lo tengamos, los voynix se mantendrán alejados. ¿Y dónde preferirías enfrentarte a ellos, Elos? ¿En la oscuridad del bosque por la noche, o sentado alrededor de un gran fuego en Ardis, en una choza cálida, mientras tus amigos montan guardia?

Hubo silencio, pero fue un silencio furioso. Algunos seguían intentando hacer funcionar el fax y luego golpeaban con frustración la columna.

—¿Por qué no nos quedamos aquí en el pabellón? —dijo Elle—. Ya tiene techo. Podemos cerrar los lados, encender un fuego. La empalizada es más pequeña aquí y será más fácil reconstruirla. Y si el fax empieza a funcionar de nuevo, podremos salir rápido.

Ada asintió.

—Eso tiene sentido, amiga mía. Pero ¿y el agua? El arroyo está casi a medio kilómetro del pabellón. Alguien tendría que ir siempre a recoger agua, arriesgándose a quedar aislado o a los ataques de los voynix. Y aquí no hay sitio para almacenarla, ni espacio suficiente para todos nosotros bajo este techo. Y este valle es frío. Ardis recibe más luz, tendremos más ma-

terial para construir, y Ardis Hall tiene un pozo. Podemos edificar nuestra nueva Ardis Hall alrededor del pozo para no tener que salir nunca a buscar agua.

La gente se agitó, pero nadie tenía nada que decir. La idea de volver por aquella carretera congelada, lejos de la salvación del faxpabellón, les parecía demasiado difícil para tenerla en cuenta.

—Yo me voy ya —dijo Ada—. Oscurecerá dentro de unas pocas horas. Quiero un gran fuego ardiendo antes de que aparezca la luz de los anillos.

Salió del pabellón y se dirigió a la carretera. Daeman la siguió. Luego Boman y Edide. Después Tom, Siris, Kaman y la mayoría de los otros. Grego supervisó la subida de los enfermos al sonie.

Daeman se apresuró para alcanzar a Ada y se inclinó a susurrarle algo.

—Tengo una noticia buena y otra mala —dijo.

—¿Cuál es la buena noticia? —preguntó Ada, cansada. La cabeza le dolía tanto que tenía que mantener los ojos cerrados, y los abría solo de vez en cuando para seguir la carretera de tierra congelada.

—Vienen todos —dijo él.

—¿Y la mala? —preguntó Ada. Estaba pensando: «No lloraré. No lloraré.»

—Este maldito Huevo de Setebos está empezando a salir del cascarón —dijo Daeman.

Mientras Harman se quitaba la ropa en la cripta de cristal, bajo la masa marmórea del Taj Moira, fue consciente del muchísimo frío que hacía en aquella habitación. También debía hacer frío en la enorme cámara de arriba, pero la termopiel que se había puesto en la cabina *eiffelbahn* le había impedido advertirlo. Vaciló al pie del ataúd transparente con la termopiel dejando al descubierto su torso, sus ropas normales hechas un guiñapo a sus pies y la carne de gallina levantada en sus brazos y su pecho desnudo.

«Esto está mal. Esto está absoluta, totalmente mal.»

Aparte de la admiración de toda una vida por los posthumanos en sus anillos orbitales y la creencia casi espiritual que todos tenían de que subirían a los anillos y pasarían la eternidad con los posts después de su Fax Final, Harman y su pueblo no sabían nada de religión. Lo más cerca que habían estado de comprender la veneración y la ceremonia religiosas había venido de lo poco que habían visto de los dioses griegos a través del drama del paño turín.

Pero ahora Harman sentía que estaba a punto de cometer algo parecido a un pecado.

«La vida de Ada, la vida de todos los que conozco y quiero, podría depender de que despierte a esta mujer posthumana.»

—¿Pero acostarme con una desconocida muerta o comatosa? —susurró en voz alta—. Esto está mal. Es una locura.

Harman miró hacia la escalera por encima de su hombro, pero, como había prometido, Próspero no estaba a la vista. Harman se quitó el resto de la termopiel. El aire era gélido. Se miró a sí mismo y casi se rió por lo contraído, viejo y arrugado que era.

«¿Y si esto es la idea de una broma que tiene ese viejo magus loco?»
¿Y quién decía que Próspero no estaba acechando bajo alguna capa invisible o algún otro artilugio mágico suyo?

Harman se detuvo al pie del ataúd de cristal y se estremeció. En parte, por el frío. Sobre todo, por lo desagradable que resultaba lo que estaba a punto de hacer. Incluso la idea de ser descendiente de aquel Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep lo hacía sentirse incómodo.

Recordó a Ada herida, inconsciente, en la cima de aquel lugar llamado Roca Hambrienta con los otros pocos supervivientes de la masacre de Ardis.

«¿Quién me asegura que eso era real? Desde luego Próspero podría hacer que un paño turín transmitiera imágenes falsas.»

Pero tenía que actuar como si la visión hubiera sido real. Tenía que actuar como si la declaración que le había hecho Próspero de que tenía que aprender, cambiar, entrar en la lucha contra Setebos y los voynix y los calibani, o de lo contrario todo estaría perdido, fuera real.

«¿Pero qué puede hacer un hombre que ya ha visto sus Cinco Veintes?», se preguntó Harman.

Como en respuesta a eso, Harman se acercó al borde del enorme ataúd. Se colocó con cuidado en el extremo, sin tocar los pies descalzos de la mujer desnuda. El campo de fuerza semipermeable le hacía sentir como si estuviera deslizándose en un baño caliente que se resistiera levemente. Ahora sólo su cabeza y sus hombros estaban por encima del calor.

El ataúd era largo y ancho, lo suficiente para que se acostara junto a la mujer dormida sin tocarla. El material acolchado sobre el que ella reposaba parecía de seda, pero de algún tipo de fibra suave y metálica bajo las rodillas de Harman. Ahora que estaba dentro del nicho temporal, percibía los arrebatos y pulsos del campo de energía que mantenía a la mujer parecida a Savi joven y quizá dormida.

«Si meto la cabeza bajo el campo de fuerza, pensó Harman, tal vez quede sometido a mil quinientos años de sueño también y resuelva todos mis problemas. Sobre todo el problema de qué hacer aquí a continuación.»

Se agachó más, poniendo la cabeza entera bajo el nivel del tintineante campo de fuerza igual que un nadador tímido entra en el agua. Ahora estaba a cuatro patas sobre las piernas de la mujer. El aire era mucho más cálido dentro del nicho y sintió la vibración de energía de la maquinaria del sarcófago vibrando por todo su cuerpo, pero no lo hizo quedarse dormido.

«¿Y ahora qué?», pensó. Algún momento en la vida de Harman habría

habido tan embarazoso como aquél, pero no pudo recordarlo.

Igual que en el mundo de Harman el concepto de pecado estaba ausente, lo mismo sucedía con la idea de violación. No había leyes ni nadie para hacerlas cumplir en este mundo ahora terminado de los humanos antiguos, pero tampoco había habido agresión entre los sexos o intimidad sin permiso de ambas partes. No había habido leyes, ni policía, ni prisiones... ninguna de las palabras que Harman había sigleído en los últimos ocho eses, pero sí había una especie de rechazo informal en sus pequeñas comunidades de fiestas y cotillones y faxes hacia un hecho u otro. Nadie había querido quedarse fuera.

Y había suficiente sexo para todo el que lo quisiera. Y casi todos lo querían.

Harman lo había querido bastante a menudo en sus casi Cinco Veintes. Sólo en la última década o así aprendió a leer solo los extraños símbolos de los libros, renunció al ritmo de vida faxea-a-cualquier-parte/acuéstate-con-cualquiera. Había desarrollado la extraña idea de que había, o podía haber, alguien especial para él, alguien con quien (para ambos) la relación sexual debería ser una experiencia especial exclusiva y compartida, al margen de todas las fáciles relaciones y amistades físicas que componían el mundo de los humanos antiguos.

Había sido una idea extraña. Una idea que no habría tenido ningún sentido para casi nadie si la hubiera contado... pero no se la contó a nadie. Y quizá fue la juventud de Ada, que sólo tenía siete años más de su Primer Veinte cuando por primera vez hicieron el amor y se enamoraron, lo que le permitió compartir estas extrañas y románticas ideas de exclusividad. Incluso habían celebrado su propia ceremonia «nupcial» en Ardis Hall, y aunque los otros cuatrocientos se habían burlado y aprovechado esa excusa para celebrar otra fiesta más, unos pocos (Petyr, Daeman, Hannah) habían comprendido que significaba mucho más.

«Pensar en esto no te va a ayudar a hacer lo que Próspero dice que tienes que hacer, Harman.»

Estaba arrodillado desnudo sobre una mujer que había pasado durmiendo (según el mentiroso avatar de la logosfera que se llamaba a sí mismo Próspero) durante casi un milenio y medio. ¿Y le sorprendía descubrir que no estaba preparado para el sexo?

¿Por qué se parecía tanto a Savi? Savi había sido tal vez la persona más interesante que Harman hubiese conocido: atrevida, misteriosa, anciana, de otra época, no del todo sincera, con costumbres que casi ningún huma-

no antiguo de la era de Harman podía entender... pero nunca se había sentido atraído hacia ella como mujer. Recordó su flaco cuerpo en la ajustada termopiel, en la isla orbital de Próspero.

Esta Savi más joven no era flaca. Sus músculos no se habían atrofiado con la edad de siglos. Su cabello (en todas partes) era oscuro, no el negro que había pensado al principio, el negro brillante del hermoso cabello de Ada, sino marrón muy oscuro. Las nubes se habían disipado en la cara norte de Chomolungma y a la brillante luz reflejada del sol naciente, parte del cabello de la mujer brillaba cobrizo. Harman pudo ver los diminutos poros de su piel. Sus pezones, advirtió, eran más pardos que rosados. Su barbilla tenía el hoyuelo central de Savi y su firmeza, pero las arrugas que recordaba en su ceño y alrededor de su boca y las comisuras de sus ojos no estaban aún allí.

«¿Quién es?», se preguntó por enésima vez.

«No importa quién sea realmente, se gritó a sí misma la mente de Harman. Si Próspero dice la verdad, es la mujer con la que tienes que acostarte para que despierte y te enseñe las cosas que tienes que aprender para llegar a casa.»

Harman se inclinó hacia adelante hasta que su pecho quedó parcialmente sobre la mujer dormida. Estaba tendida de espaldas con los brazos a los lados, las palmas contra el material acolchado, las piernas levemente separadas. Sintiendo un violador de la cabeza a los pies, Harman usó la rodilla derecha para mover su pierna izquierda a un lado, y luego la rodilla izquierda para separar su pierna derecha. Ella no podría haber estado más abierta y vulnerable ante él.

Y él no podría haberse sentido menos excitado.

Harman apoyó su peso en las manos hasta que empezó a hacer flexiones sobre la forma supina. Se obligó a alzar la cabeza por fuera del campo de fuerza que zumbaba levemente y tragó grandes bocanadas de aire congelado. Cuando bajó de nuevo la cabeza hacia el campo de energía del sarcófago, se sintió como un ahogado que se hunde por tercera vez.

Harman depositó su peso sobre la mujer dormida. Ella no se rebulló ni se movió. Sus pestañas eran largas y oscuras, pero no había ni el más mínimo aleteo ni sensación de que sus ojos se movieran bajo los párpados como había visto hacer a Ada tantas veces cuando él la veía dormir a su lado a la luz de la luna. Ada.

Cerró los ojos y la recordó, no herida e inconsciente en la Roca Hambrienta como había mostrado el paño turín rojo de Próspero, sino tal como

la había visto durante los ocho meses que habían pasado juntos en Ardis Hall. La recordó a su lado por la noche, cuando despertaba y la veía dormir. Recordó el olor a hembra y jabón limpio junto a él por la noche en su cuarto, ante el ventanal de la antigua mansión de Ardis.

Harman sintió que empezaba a excitarse.

«No pienses en ello. No pienses en el ahora. Sólo recuerda.»

Se permitió recordar aquella primera vez con Ada, hacía ahora nueve meses, tres semanas y dos días. Habían estado viajando con Savi, Daeman, y Harman y acababan de encontrar a Odiseo en la Puerta Dorada de Machu Picchu. Cada uno de ellos tenía un cubículo para dormir separado, esa noche, las grandes y redondas esferas que colgaban de la torre naranja del antiguo puente como uvas de una parra, las que colgaban bajo la viga de apoyo horizontal a unos cientos de metros sobre las ruinas de abajo.

Después de que todos se fueran a su domi a dormir, sorprendidos porque los suelos eran tan transparentes como el suelo de cristal de aquella cripta («No, no pienses en eso ahora»), Harman salió de su habitación y llamó a la puerta de Ada. Ella lo dejó pasar y él advirtió lo brillantes que eran esa noche sus ojos oscuros.

Había ido a su habitación esa noche para hablar de algo, no para hacerle el amor. O eso pensaba en ese momento. Ya había herido una vez los sentimientos de Ada: en Cráter París, lo recordaba ahora, en la casa de la madre de Daeman, en el alto domi de Marina sobre las torres de tribambú, al borde del ojo rojo del cráter. Y Ada había arriesgado su vida (o al menos un faxeo a la fermería orbital) escalando desde su balcón hasta el suelo, sobre trescientos metros de negro agujero para reunirse con él aquella noche. Y él le había dicho que no. Había dicho «esperemos». Y ella lo había hecho, aunque sin duda ningún hombre la había rechazado ni había evitado antes a la hermosa Ada de Ardis Hall.

Pero esa noche en la esfera-domi transparente que colgaba de la Puerta Dorada de Machu Picchu, con las montañas que más tarde identificó como los rocosos Andes alzándose alrededor y las ruinas fantasmales a trescientos metros por debajo, había acudido a hablar con ella de... ¿qué? Oh, sí, había ido a su habitación para persuadirla de que se quedara en Ardis Hall con Hannah y Odiseo mientras Daeman y él iban con Savi a aquel lugar legendario llamado Atlántida donde podría haber una nave espacial esperándolos para llevarlos a los anillos. Él se había mostrado muy convincente. Y había mentado entre dientes. Le dijo a la joven Ada que sería mejor que presentara a Odiseo a todos los de Ardis Hall, que Daeman y él sólo estarían

fuera unos cuantos días. En realidad, temía que Savi los llevara a un peligro terrible (y lo había hecho, a cambio de su propia vida), y ya incluso entonces Harman no quería que Ada corriera ningún riesgo. Incluso entonces, sentía que sería su propia carne y su propia alma quien sufriría si ella sufría algún daño.

Ella llevaba un finísimo camisón corto de seda cuando él ordenó que la puerta del cubículo se abriera la noche que acudió a él. La luz de la luna se reflejaba pálida en sus brazos y pestañas mientras él hablaba seriamente de que se quedara en Ardis Hall con aquel extraño Odiseo.

Y entonces la besó. No: sólo besó a Ada en la mejilla al final de su conversación, como un padre o un amigo podrían besar a una niña. Fue ella quien lo besó primero a él, un beso pleno, abierto, lento, mientras lo rodeaba con sus brazos y lo atraía y permanecía allí de pie a la luz de la luna y las estrellas. Recordó haber sentido sus jóvenes senos contra su pecho a través de la fina seda de su camisón azul.

Recordó haberla llevado a la pequeña cama que reposaba contra la pared curva y transparente del cubículo. Ella lo ayudó a quitarse la ropa, ambos ahora llenos de prisa torpe pero elegante.

¿Había sacudido la tormenta las montañas más altas y restallado justo cuando empezaron a hacer el amor en aquella estrecha cama? No mucho después, desde luego. Harman recordaba la luz de la luna sobre el rostro vuelto de Ada y su resplandor en sus pezones cuando acariciaba cada pecho y se los llevaba a los labios.

Pero recordaba la pared de viento golpeando el puente, haciendo mecer el cubículo peligrosamente, justo cuando empezaban a mecerse y moverse, Ada debajo de él, rodeando con las piernas sus caderas, buscándolo con su mano derecha para encontrarlo y guiarlo...

Nadie lo guió ahora mientras se rozaba contra el sexo de la mujer de la urna de cristal. «Esto no va a funcionar —pensó entre la urgencia de sus propios recuerdos y el deseo renovado—. No estará lubricada. Tendré que...»

Pero el resto de ese pensamiento se perdió cuando advirtió que ella no se resistía a sus esfuerzos, sino que se mostraba suave y abierta e incluso húmeda, como si hubiera yacido allí esperándolo durante todos estos años.

Ada había estado dispuesta para él: húmeda de excitación, los labios tan cálidos como su cálido sexo, sus brazos insistentes a su alrededor, sus dedos arqueados sobre su espalda desnuda mientras se movía suavemente dentro de ella y con ella. Se habían besado hasta que el beso sólo hizo que

Harman (el de los Cuatro Veintes y noventa años esa misma semana, el más viejo de los viejos que Ada conocía o había conocido jamás) sintió una lujuria y una excitación propias de un adolescente.

Se habían movido mientras el cubículo se mecía con los salvajes arrebatos de viento: suavemente al principio, eternamente según pareció, y entonces con pasión creciente y menos contención mientras Ada lo instaba a perder contención, mientras Ada se abría a él y le instaba a hundirse más profundamente en ella, besándolo y abrazándolo con el poderoso círculo de sus brazos y el apretón de sus piernas y el rastro de sus uñas.

Y cuando se corrió, Harman latió dentro de ella durante lo que parecieron ser largos momentos. Y Ada respondió con una serie de latidos internos que parecían temblores surgiendo de un epicentro infinitamente profundos hasta que él sintió como si fuera su manecita la que apretara con más fuerza su interior, soltando, apretando de nuevo, en vez de todo su cuerpo.

Harman latió dentro de la mujer que parecía Savi y no podía serlo. No se entretuvo sino que salió inmediatamente, el corazón latiendo de culpa y algo parecido al horror mientras se llenaba de amor hacia Ada y recuerdos de Ada.

Rodó de lado y yació jadeante y entristecido junto al cuerpo de la mujer, en los cojines de seda metálica. El aire cálido revoloteaba a su alrededor, tratando de hacerlo dormir. Harman sintió en ese momento que podía dormir... podía dormir durante un milenio y medio igual que hacía esta desconocida, dormir y dejar atrás todo el peligro de ese mundo y sus amigos y a su única, perfecta, traicionada amante.

Un pequeño movimiento lo arrebató de las garras del sueño.

Abrió los ojos y su corazón casi se detuvo cuando se dio cuenta de que los ojos de la mujer estaban abiertos. Ella había vuelto la cabeza y lo estaba mirando con fría inteligencia, un nivel de conciencia casi imposible después de haber estado dormida tanto tiempo.

—¿Quién eres? —preguntó la joven con la voz de Savi, la muerta.

Al final no fue sólo la elocuencia de Orphu sino una miríada de factores que decidió a los moravec a lanzar la nave estratosférica junto con *La Dama Oscura*.

La reunión moravec en el puente había tenido lugar mucho antes del plazo de dos horas que había sugerido Asteague/Che. Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez. Veinte minutos después de su conferencia en el casco de la *Reina Mab*, Mahnmut y Orphu volvieron al puente de la nave para conferenciar verbalmente en plena atmósfera y gravedad terrestres a nivel del mar con el calistano Cho Li, el Integrante Primero Asteague/Che, el general Beh bin Adee y su teniente Mep Ahoo, el ominoso Suma IV, un agitado Retrógrado Sinopessen y media docena de otros integrantes moravecs y rocavecs militares.

—Ésta es la transmisión que hemos recibido hace ocho minutos —dijo el navegante Cho Li. Casi todo el mundo la había escuchado, pero la reprodujo por tensorrayo de todas formas.

Las coordenadas de la emisión máser eran las mismas de la transmisión anterior (desde el asteroide del tamaño de Fobos en el anillo polar de la Tierra), pero esta vez no había ninguna voz humana, sólo una cadena de coordenadas de encuentro y ritmos delta-v.

—La dama quiere que le llevemos a Odiseo directamente a su casa —dijo Orphu—, y que no nos entretengamos al otro lado de la Tierra por el camino.

—¿Podemos hacerlo? —preguntó Mahnmut—. ¿Detenernos justo en la órbita polar?

—Podemos hacerlo si usamos de nuevo las bombas de fisión para una desaceleración de alta-g durante las próximas nueve horas —dijo Astea-

gue/Che. Pero no queremos hacer eso por diversos motivos.

—Disculpadme —dijo Mahnmut—. Sólo soy un conductor de sumergibles, no navegante ni ingeniero, pero no veo cómo vamos a reducir nuestra velocidad de todas formas dada la débil desaceleración que recibimos de los motores de iones. ¿Tenemos algo especial guardado para el último tramo de frenada?

—Aerofrenada —dijo el pequeño calistano de muchos brazos, Cho Li.

Mahnmut se echó a reír imaginándose a la *Reina Mab* (los trescientos nueve metros de masa no aerodinámica repleta de vigas y soportes) aerofrenando a través de la atmósfera de la Tierra hasta que cayó en la cuenta de que Cho Li no estaba bromeando.

—¿Se puede aerofrenar esta cosa? —dijo por fin.

El Retrógrado Sinopessen avanzó sobre sus plateadas patas arácnidas.

—Por supuesto. Siempre habíamos planeado aerofrenar. La placa impulsora de sesenta metros de ancho con su cobertura ablativa se retrae y se transforma levemente para servir muy bien como escudo calorífico. El campo de plasma que nos rodeará durante la maniobra no debería ser un impedimento: podremos incluso comunicar vía máser si queremos. Nuestros planes originales eran maniobrar y aerofrenar suavemente a una altura de ciento cuarenta y cinco kilómetros por encima del nivel del mar con varias pasadas para regular nuestra órbita (la parte difícil será atravesar los abarrotados anillos artificiales p y e, ya que no tenemos nada comparable a la Abertura Cassini del anillo-F libre de escoria alrededor de Saturno), pero esos cálculos fueron bien fáciles. Sólo tenemos que esquivarlos. Ahora, como parece que se nos ha ordenado aparecer en la ciudad-asteroide de la dama en el anillo-p, planeamos caer treinta y siete kilómetros y perder velocidad mucho más rápidamente, estableciendo la órbita elíptica adecuada para la cita al primer intento.

Orphu silbó.

Mahnmut trató de visualizarlo.

—¿Caeremos a ciento y pico de metros de la superficie? Podremos verles la cara a los humanos que haya abajo.

—No tanto —dijo Asteague/Che—. Pero será más dramático que lo que habíamos planeado. Dejaremos un rastro en el cielo. Pero los humanos antiguos de abajo probablemente estarán demasiado distraídos ahora mismo para advertir la estela.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Orphu de Io.

Asteague/Che transmitió la serie más reciente de fotografías. Mahnmut describió los elementos que Orphu no podía captar a través de los receptores de datos.

Más imágenes de matanza. Comunidades humanas destruidas, cuerpos humanos dejados como carroña para los cuervos. Las imágenes infrarrojas mostraban edificios calientes y cadáveres fríos y el movimiento de las criaturas jorobadas igualmente frías y sin cabeza que se encargaban de la matanza. Ardían fuegos donde antes había casas y ciudades modestas en el lado nocturno del planeta. Por todas partes los humanos antiguos parecían estar siendo atacados por las criaturas metálicas sin cabeza que los expertos moravec no podían identificar. Y en cuatro continentes, las estructuras de hielo azul se multiplicaban y crecían y ya aparecían imágenes de una única y enorme criatura semejante a un cerebro humano con ojos, sólo que el cerebro tenía el tamaño de un almacén, y luego los videos mostraban imágenes verticales de la criatura corriendo sobre lo que parecían ser manos gigantescas con brazos como tallos extendiéndose como ganglios. Escenas probóscides brotaban de los orificios alimentarios y parecían beber o alimentarse de la tierra misma.

—Veo los datos —dijo Orphu—, pero tengo problemas para visualizar a la criatura. No puede ser tan fea.

—Nosotros la estamos mirando y nos cuesta creer lo que vemos —dijo el general Beh bin Adee—. Y es así de fea.

—¿Hay alguna teoría sobre lo que es esa cosa o de dónde procede? —preguntó Mahnmut.

—Está asociada con los lugares de hielo azul, y se la vio originalmente en la antigua ciudad de París y el complejo de hielo azul más grande —dijo Cho Li—. Pero no te refieres a eso. Simplemente, no conocemos su origen.

—¿Han visto los moravecs alguna vez una imagen de algo parecido en todos nuestros siglos de observar la Tierra por telescopio desde el espacio de Júpiter o el espacio de Saturno? —preguntó Orphu.

—No —dijeron al unísono Asteague/Che y Suma IV.

—La criatura-cerebro-manos no viaja sola —dijo el Retrógrado Sino-pessen, mostrando otra serie de imágenes holográficas y proyecciones en pantalla plana—. Estas cosas la acompañan en cada uno de los dieciocho sitios donde hemos visto al cerebro.

—¿Humanos? —preguntó Orphu. Los datos eran confusos.

—No del todo —respondió Mahnmut. Describió las escamas, los col-

millos, los brazos demasiado largos y los pies palmípedos de las formas de las imágenes.

—Y según los datos, hay cientos de estas criaturas —dijo Orphu de Io.

—Miles —corrigió el centurión líder Mep Ahoo—. Hemos visto las imágenes tomadas simultáneamente en sitios distintos por miles de kilómetros y hemos contado al menos tres mil doscientas formas de aspecto anfibio.

—Calibán —dijo Mahnmut.

—¿Qué? —la suave voz de Asteague/Che parecía sorprendida.

—En Marte, Integrante Primero —dijo el pequeño europeo—. Los hombrecitos verdes hablaron de Próspero y Calibán... de *La Tempestad* de Shakespeare. Las cabezas de piedra, recuerdas, se suponía que eran imágenes de Próspero. Nos advirtieron acerca de Calibán. La cosa se parece a y habla como algunas de las versiones de Calibán en los montajes de esa obra a lo largo de los siglos.

Ninguno de los moravec's tuvo nada que decir al respecto.

—Hay once nuevos Agujeros Brana en la Tierra desde que empezamos a medir este repunte de actividad cuántica, hace dos semanas —dijo por fin Beh bin Adee—. Por lo que sabemos, la criatura-cerebro ha generado o al menos está usando todos esos Agujeros para transportarse. La criatura y esos seres escamosos de aspecto anfibio que llamas Calibán. Y hay una pauta respecto dónde aparecen.

Más imágenes holográficas cobraron solidez sobre la mesa y Mahnmut las describió por tensorrayo, pero Orphu ya había absorbido los datos subyacentes.

—Todos los campos de batalla o los lugares de antiguas masacres históricas o atrocidades humanas —dijo Orphu.

—Exactamente —respondió el general Beh bin Adee—. Advertiréis que la ciudad de París fue la primera abertura cuántica Brana. Sabemos que hace más de dos mil quinientos años, durante el Enfrentamiento del Agujero Negro del Imperio de la Unión Europea con el Surinato Islámico Global, más de catorce millones de personas murieron en París y sus alrededores.

—Y los otros sitios de los Agujeros Brana encajan con esa categoría —dijo Mahnmut—. Hiroshima, Auschwitz, Waterloo, HoTep'sa, Stalingrado, Ciudad del Cabo, Montreal, Gettysburg, Khanstaq, Okinawa, el Somme, New Wellington... todos sitios históricos sangrientos de hace milenios.

—¿Tenemos algún tipo de turista Cerebro intermembrana viajando en Calabi-Yau? —preguntó Orphu.

—O algo peor —respondió Cho Li—. Los rayos de neutrinos y taquiones que surgen de los lugares que esta... cosa... visita transportan algún tipo de compleja información codificada. Los rayos son interdimensionales, no direccionales en nuestro universo. No podemos conectar con ellos para decodificar los mensajes o su contenido.

—Creo que el cerebro es un fantasma —dijo Orphu de Io.

—¿Fantasma? —dijo el Integrador Primero Asteague/Che.

Orphu explicó el término.

—Creo que está sorbiendo algún tipo de energía oscura de esos lugares —dijo el gran ioniano.

—Eso parece improbable —trinó el Retrógrado Sinopessen—. No conozco ninguna energía... grabable que quede por el simple hecho de una acción violenta. Esto es metafísica... absurdo... no ciencia.

Orphu encogió cuatro de sus múltiples brazos articulados.

—¿Creéis que esa gran criatura-cerebro pueda ser algo que los posthumanos o los antiguos diseñaron y biofacturaron durante los años dementes después del rubicón? —preguntó el centurión líder Mep Ahoo—. ¿Y la criatura Calibán y los robots sin cabeza, asesinos también? ¿Todos artefactos de ingenieros de ARN enloquecidos? ¿Como las plantas y vida animal anacrónicas reintroducidas en el planeta?

—No el ser grande —dijo el alto ganimediano, Suma IV—. Lo habríamos visto antes. La criatura cerebro llegó de otro universo a través de los Agujeros Brana hace sólo unos días. No sabemos de dónde proceden las cosas Calibán, ni las criaturas jorobadas que están diezmando a los humanos antiguos. Bien podríanser producto de manipulación genética. No olvidemos que los posthumanos se diseñaron a sí mismos a partir del poso genético humano, hace más de mil quinientos años estándar.

—Y yo he visto holos de dinosaurios y aves terroríficas y tigres de dientes de sable surcando esta Tierra —dijo el centurión líder Mep Ahoo.

—¿Los seres metálicos jorobados han matado al diez por ciento de la población de antiguos? —preguntó Mahnmut, que era un poco puntilloso respecto al uso adecuado de la palabra «diezmar».

—Lo han hecho —contestó el general Beh bin Adee—. Probablemente a más. Y sólo en el tiempo de nuestro viaje desde Marte.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —preguntó Orphu de Io—. Aunque si nadie tiene una respuesta inmediata, yo tengo una sugerencia.

—Adelante —dijo el Integrante Primero Asteague/Che.

—Creo que deberían descongelar a los mil soldados rocavec que llevamos, usar la nave de contacto y la docena de moscardones atmosféricos que hay a bordo cargados hasta los topes de soldados, y unirnos a la lucha.

—¿Unirnos a la lucha? —repitió el navegante calistano, Cho Li.

—Empezando por convertir con bombas nucleares a esa criatura cerebro en pus radiactivo —dijo Orphu—. Luego desembarcar a los soldados moravec y defender a los humanos. Matar a esos Calibanes y las cosas jobradas sin cabeza que están matando a los humanos por todas partes. Unirnos a la lucha.

—Qué extraordinaria sugerencia —dijo Cho Li, sorprendido.

—Apenas tenemos información suficiente para decidir un curso de acción en este punto —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Por lo que sabemos, la criatura-cerebro (como la llamamos tan respetuosamente) puede que sea el único organismo sentiente y pacífico de la Tierra. Quizá sea una especie de arqueólogo o antropólogo o historiador interdimensional.

—O un espectro —dijo Mahnmut.

—Nuestra misión era vigilar —dijo Suma IV en un tono que pretendía ser definitivo—. No iniciar una guerra.

—Podemos hacer ambas cosas por el precio de una —dijo Orphu—. Tenemos a bordo de la *Reina Mab* potencia de fuego para crear una diferencia en lo que quiera que esté pasando allá abajo. Y aunque no nos lo habéis dicho oficialmente a Mahnmut ni a mí, sabemos que debe haber un puñado de naves de guerra moravec camufladas siguiendo a la *Mab*. Ésta podría ser una oportunidad maravillosa para golpear a esa cosa, a todas esas cosas, y dejarlas tías antes de que sepan que estamos enzarzados en una pelea.

—Qué extraordinaria sugerencia —repitió Cho Li—. Absolutamente extraordinaria.

—Ahora mismo —dijo Asteague/Che con aquella extraña voz de James Mason que Mahnmut recordaba de las películas planas—, nuestro objetivo no es iniciar una guerra, sino dejar a Odiseo en esa ciudad asteroide del anillo polar, tal como solicita la Voz.

—Y antes de eso —dijo Suma IV—, tenemos que decidir si continuamos con el lanzamiento de la nave de contacto mientras estamos al amparo de la maniobra de aerofrenado, o esperar a después del encuentro con la ciudad orbital de la Voz y la entrega de nuestro pasajero humano.

—Tengo una pregunta —dijo Mahnmut.

—¿Sí? —el Integrante Primero Asteague/Che era también europeo, y por tanto casi del mismo tamaño que el diminuto Mahnmut. Los dos se miraron de placa visora a placa visora mientras el administrador esperaba.

—¿Quiere nuestro pasajero humano que lo entreguen a la Voz? —preguntó Mahnmut.

Se hizo un silencio roto solamente por el zumbido de los ventiladores, los informes de comunicación entre monitores y el ocasional estampido de los impulsores de altitud del casco.

—Santo cielo —dijo Cho Li—. ¿Cómo hemos podido pasar por alto el preguntárselo?

—Estábamos ocupados —dijo el general Beh bin Adee.

—Yo se lo preguntaré —dijo Suma IV—. Aunque será embarazoso en este punto si Odiseo dice que no.

—Tenemos preparados sus atuendos —dijo el Retrógrado Sinopessen.

—¿Atuendos? —bramó Orphu de Io—. ¿Es mormón nuestro hijo de Laertes?

Ninguno respondió. Todos los moravecs tenían cierto interés por la historia y la sociedad humana (estaba programado en su ADN evolucionado y sus circuitos que se mantuviera ese interés) pero muy pocos estaban tan inmersos en el pensamiento humano como el enorme ioniano. Los otros tampoco habían desarrollado un sentido del humor tan extraño.

—Odiseo ha llevado ropa de diseño nuestro mientras ha estado a bordo de la *Reina Mab* —trinó el Retrógrado Sinopessen—. Pero la ropa que llevará durante el encuentro con el asteroide orbital de la Voz tendrán todo tipo de nanoaparatos de grabación y transmisión que podamos concebir. Seguiremos su experiencia en tiempo real.

—¿Incluso aquellos que vayamos a bajar a la Tierra en la nave de contacto? —preguntó Orphu.

Se produjo un silencio molesto. Los moravecs no solían cohibirse con frecuencia, pero eran capaces de ello.

—No se te ha elegido para formar parte de la tripulación de esa nave —dijo por fin Asteague/Che cortante, pero no en tono desagradable.

—Lo sé —dijo Orphu—, pero creo que puedo convencerlos de que la misión de la nave de contacto debe ser iniciada durante el aerofrenado de la *Mab* y que yo tengo que estar a bordo. El rincón de la bodega del sub de Mahnmut me servirá. Tiene todas las conexiones que necesito y me gusta la vista.

—La bodega del sumergible no tiene vistas —dijo Suma IV—. Ex-

cepto a través del enlace de vídeo, que podría interrumpirse si la nave de contacto fuera atacada.

—Estaba siendo irónico —respondió Orphu.

—Además —dijo Cho Li, emitiendo un ruido como un animalito que se aclarara la garganta—, tú estás técnica, ópticamente, ciego.

—Sí, me he dado cuenta. Pero más allá de las prácticas de contrato adecuadas para acción afirmativa... no importa, no merece la pena explicarlo, puedo daros tres motivos de peso por los que tengo que ser incluido en la misión que bajará a la Tierra.

—No hemos decidido aún que la misión vaya a llevarse a cabo —dijo Asteague/Che—, pero por favor, explícanos tus motivos para ser incluido. Los Integrantes Primeros tenemos que tomar varias decisiones en los próximos quince minutos.

—En primer lugar, por supuesto —bramó Orphu—, está el obvio hecho de que seré un embajador espléndido ante cualquier raza sentiente que encontremos después de aterrizar.

El general Beh bin Adee hizo un sonido brusco.

—¿Eso será antes o después de que los conviertas en pus radiactivo? —preguntó.

—Segundo, está el hecho menos obvio pero destacado de que ningún moravec de esta nave (quizá ningún moravec existente) sabe más sobre la ficción de Marcel Proust, James Joyce, William Faulkner y George Marie Wong (además de sobre la poesía de Emily Dickinson y Walt Whitman) que yo, *ergo* ningún moravec conoce la psicología humana mejor que yo. Si vamos a hablar con humanos antiguos, mi presencia será indispensable.

No sabía que también estudiaste a Joyce, Faulkner, Wong, Dickinson y Whitman, tensorrayó Mahnmut.

Nunca había salido el tema, respondió Orphu. *Pero he tenido tiempo de leer en el duro vacío y el azufre del Toro de Io en los últimos mil doscientos años estándar de mi existencia.*

¡Mil doscientos!, tensorrayó Mahnmut. Los moravecs estaban diseñados para tener vidas largas, pero tres siglos estándar era generoso para la media de la existencia vec. El propio Mahnmut tenía poco menos de ciento cincuenta años. *¡Nunca me dijiste que eras tan viejo!*

Nunca había salido el tema, transmitió Orphu de Io.

—No he entendido todas las conexiones lógicas de la parte verbal antes de que tensorrayaras con tu amigo —dijo Asteague/Che—, pero por favor, continúa. Creo que dijiste que tenías tres motivos de peso para ser in-

cluido.

—El tercer motivo por el que me merezco una plaza en la nave lanzadera —dijo Orphu—, figurativamente hablando, por supuesto, es que lo he descubierto.

—¿Descubierto qué? —preguntó Suma IV. El ganimediano de bucky-carbono negro no estaba comprobando de manera visible su cronómetro, pero su voz sí.

—Todo —respondió Orphu de Io—. Por qué hay dioses griegos en Marte. Por qué hay un túnel a través del espacio y el tiempo hasta otra Tierra donde todavía se libra la Guerra de Troya de Homero. De dónde salió este Marte imposiblemente terraformado. Qué están haciendo Próspero y Calibán, dos personajes de una antigua obra de Shakespeare, esperándonos en esta Tierra real, y por qué la base cuántica de todo el Sistema Solar está siendo jodida por esos Agujeros Brana que siguen apareciendo... Todo.

La mujer que parecía una joven Savi se llamaba en efecto Moira, aunque en las siguientes horas Próspero la llamó a veces Miranda y una vez se refirió sonriente a ella como Moneta, cosa que aumentó la confusión de Harman. Su rubor, por otro lado, era tan grande que no pudo decir nada más. Durante la primera hora que pasaron juntos, Harman no pudo mirar a Moira, mucho menos a los ojos. Mientras Moira y él comían lo que pasaba por ser el desayuno y Próspero se sentaba a la mesa, Harman finalmente consiguió mirar en dirección a la mujer pero no pudo mirarla a los ojos. Entonces se dio cuenta de que probablemente parecía que le estaba mirando los pechos, así que desvió de nuevo la mirada.

Moira parecía ajena a su incomodidad.

—Próspero —dijo, bebiendo el zumo de naranja que les había traído un servidor flotante—, viejo carcamal. ¿Esta clave para mi despertar fue idea tuya?

—Por supuesto que no, Miranda, querida.

—No me llames Miranda o empezaré a llamarte Mandrake. No soy ahora, ni lo fui nunca, tu hija.

—Por supuesto que eres y fuiste mi hija, Miranda, querida —ronroneó Próspero—. ¿Hay un posthumano vivo a quien yo no ayudara a convertirse en lo que es? ¿No fueron mis laboratorios de secuencias genéticas tu vientre y tu cuna? ¿No soy por tanto tu padre?

—¿Hay algún otro posthumano vivo hoy, Próspero? —preguntó la mujer.

—No que yo sepa, Miranda, querida.

—Entonces vete al carajo.

Ella se volvió hacia Harman, bebió café, cortó una naranja con un cu-

chillo aterradoramente afilado y dijo:

—Me llamo Moira.

Estaban sentados a una mesita, en una habitación pequeña (más un espacio que una habitación) que Harman no había advertido antes. Era una alcoba situada dentro de la pared recubierta de libros hasta la mitad del interior de la gran cúpula curvada hacia dentro, al menos a cien metros por encima del laberinto de paredes de mármol y el suelo. Era fácil comprender por qué no había visto el espacio desde arriba: las paredes de la estrecha alcoba estaban también cubiertas de libros. Había otras alcobas más arriba, algunas con mesas como aquella, otras con bancos acolchados y crípticos instrumentos y pantallas. La escalera de hierro se movía como las escaleras mecánicas, o de otro modo los tres hubiesen tardado mucho en llegar a esta altura. La sensación de estar al descubierto (no había barandillas y los estrechos pasillos de mármol y los escalones de la escalera mecánica de hierro forjado eran más aire que hierro) era horripilante. Harman odiaba mirar hacia abajo. Se concentró en cambio en los libros y mantuvo los hombros pegados a los estantes mientras caminaba.

La mujer iba vestida de manera muy parecida a Savi cuando vio a ésta por primera vez: túnica azul de algodón, pantalones con cordones y altas botas de cuero. Incluso llevaba una especie de corta capa de lana similar a la que había visto que llevaba Savi cuando la conoció, aunque la suya era amarillo oscuro en vez de la rojo fuerte que la mujer mayor llevaba. Sin embargo, su complicado corte de muchos pliegues parecía ser el mismo. La diferencia principal entre las dos mujeres (además de la enorme diferencia de edad) era que la Savi mayor llevaba una pistola cuando se conocieron, la primera arma de fuego que Harman había visto jamás. Esta versión de Savi (Moira, Miranda, Moneta), lo sabía con absoluta certeza, no iba armada durante su primer encuentro.

—¿Qué ha pasado desde que me quedé dormida, Próspero? —preguntó Moira.

—¿Quieres el resumen de catorce siglos en unas cuántas frases, querida?

—Sí. Por favor —Moira separó la jugosa naranja en gajos y le entregó uno a Harman, quien lo comió sin saborearlo.

—Los bosques se deterioran —entonó el magus Próspero—, los bosques se deterioran y caen,

*Los vapores lloran su carga en tierra
el hombre viene y labra los campos y yace debajo,*

*y después de muchos veranos muere el cisne.
Mi única inmortalidad verdadera
se consume: me marchito lentamente en tus brazos,
aquí en el callado límite del mundo,
una sombra de pelo blanco que anda como un sueño
los siempre silenciosos espacios del oriente,
las brumas lejanas y los brillantes salones de la mañana.*

Inclinó un poco la cabeza.

—Tithonus —dijo Moira—. Tennyson antes de desayunar siempre me da dolor de tripa. Dime, ¿está curado ya el mundo, Próspero?

—No, Miranda.

—¿Están todos mis amigos muertos o cambilingeados, como dices? —ella comía uvas y un queso apestoso, y bebía de una gran copa de agua helada que los servidores flotantes continuaban llenándole.

—Están muertos o cambilingeados o ambas cosas.

—¿Van a volver, Próspero?

—Dios sabe, hija mía.

—No me hables de Dios, por favor —dijo Moira—. ¿Qué hay de los nueve mil ciento trece judíos de Savi? ¿Han sido recuperados del bucle de neutrinos?

—No, querida. Todos los judíos y supervivientes del rubicón de este universo siguen siendo un rayo azul que surge de Jerusalén y nada más.

—¿No cumplimos nuestra promesa entonces? —preguntó Moira, apartando su plato y sacudiéndose los restos y el zumo de las manos.

—No, hija.

—Y tú, Violador —dijo ella, volviéndose hacia el aturdido Harman—, ¿tienes algún otro propósito en este mundo aparte de aprovecharte de desconocidas dormidas?

Harman abrió la boca para hablar, no se le ocurrió nada que decir, y cerró la boca. Se sentía asqueado.

Moira le tocó la mano.

—No te hagas reproches, mi Prometeo. Tuviste poca elección. El aire dentro del sarcófago estaba perfumado con un afrodisíaco en aerosol tan potente que Próspero lo agotó con una de las cambiantes originales... la misma Afrodita. Por suerte para ambos, sus efectos son muy temporales.

Harman sintió un arrebató de alivio seguido de furia.

—¿Quieres decir que no tuve más remedio?

—No si llevas el ADN de Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep —dijo Moira—. Y todos los varones de tu raza deberían llevarlo.

Ella se volvió hacia Próspero.

—¿Dónde está Ferdinand Mark Alonzo? O, más bien, ¿cuál fue su destino?

El magus inclinó la cabeza.

—Miranda, querida, tres años después de que entraras en el sarcófago de buclefax, murió de una de las variantes descontroladas del rubicón que barría la antigua población cada año con la misma precisión que el céfiro llega en verano. Lo enterraron en un sarcófago de cristal, junto al tuyo... aunque todo lo que podía hacer el equipo fax era impedir que su cuerpo se pudriera, ya que los tanques de la fermería no habían aprendido aún a tratar el rubicón. Antes de que las tinas pudieran educarse a sí mismas, un puñado de homdroides del Califato escaló el Monte Everest, sorteó los escudos de seguridad y empezó a saquear el Taj. Lo primero que saquearon fue el pesado ataúd del pobre Ferdinand Mark Alonzo... Lo arrojaron al vacío.

—¿Por qué no me arrojaron a mí también? —preguntó Moira—. O, ya puestos, ¿por qué no terminaron su saqueo? Ya me fijé que todas las ágatas, jaspes, rubíes, esmeraldas, lapislázulis, cornalinas y demás baratijas seguían en su sitio en las paredes y el laberinto.

—Calibán llegó faxeando y eliminó a los veinte homdroides del califato por ti —dijo Próspero—. Los servidores tardaron un mes en limpiar toda la sangre.

Moira alzó la cabeza.

—¿Calibán vive todavía?

—Oh, sí. Pregúntaselo a nuestro amigo Harman.

Ella miró a Harman, pero volvió a concentrar su atención en el magus.

—Me sorprende que Calibán no me violara a mí también.

Próspero sonrió con tristeza.

—Oh, lo intentó, mi querida Miranda, lo intentó muchas veces, pero el sarcófago no se abrió para él. Si el mundo se hubiera plegado a la voluntad y el miembro de Calibán, hace mucho que habría poblado esta isla tierra con pequeños calibanes engendrados por ti.

Moira se encogió de hombros. Finalmente, se volvió de nuevo hacia Harman, ignorando al anciano.

—Necesito conocer tu historia y tu personalidad y tu vida —dijo—. Dame tu palma.

Apoyó el codo derecho en la mesa y alzó una mano, la palma hacia él.

Confuso, Harman hizo lo mismo, pero sin tocarla.

—No —dijo Moira—. ¿Han olvidado los humanos antiguos la función compartidora?

—La verdad es que sí —contestó Próspero—. Nuestro amigo Harman aquí presente puede (o podía hasta que la *eiffelbahn* inhibió su acceso) recuperar sólo las funciones buscadora, todonet, cercanet y lejosnet. Y sólo visualizando ciertas formas geométricas.

—Madre del cielo —dijo Moira. Dejó caer la mano sobre la mesa—. ¿Saben leer todavía?

—Sólo Harman y un puñado a quienes él ha enseñado en los últimos meses —contestó Próspero—. Oh, me olvidaba de mencionar que nuestro amigo aprendió a sigleer hace unos meses.

—¿Sigleer? —rió Moira—. Nunca se pretendió que esa función se utilizara para entender libros. Era una función índice. Debe ser como mirar una receta en un libro de cocina y pensar que te has tomado de verdad la cena. El pueblo de Harman debe ser la especie más obtusa de *Homo sapiens* que jamás haya recibido una patente.

—Eh —dijo Harman—. Estoy aquí. No hables de mí como si no estuviera presente. Y puede que no conozca esa función compartidora, pero puedo aprenderla con rapidez. Mientras tanto, podemos hablar. Yo también tengo preguntas que hacerte, ¿sabes?

Moira lo miró. Él advirtió el hermoso tono gris verdoso de sus ojos.

—Sí —dijo ella por fin—. He sido grosera. Debes haber venido desde muy lejos para despertarme... y emprendiste esa acción contra tu voluntad, y estoy segura de que preferirías estar en cualquier otra parte de este mundo. Lo menos que puedo hacer es tener modales contigo y responder a tus preguntas.

—¿Puedes mostrarme cómo usar esta función compartidora de la que hablabas? —preguntó Harman. Estaba decidido a no perder los nervios con la mujer que se parecía tanto a Savi y hablaba con su voz—. ¿O mostrarme cómo faxear sin pabellones de faxnódulos? —añadió—. Como hace Ariel.

—Ah, Ariel —dijo Moira. Miró a Próspero—. ¿Los antiguos han olvidado cómo librefaxear?

—Lo han olvidado casi todo —respondió Próspero—. Fueron creados para olvidar. Por tu pueblo, Moira. Por Vala, por Tirzah, por Rahaba... por todos vuestros Urizened Beulahs.

Moira se golpeó la palma con el plano del cuchillo.

—¿Por qué utilizaste a esta persona para despertarme, Próspero? ¿Sycórax ha consolidado su poder y ha liberado a tu monstruo Calibán de su control?

—Lo ha hecho y él está libre —dijo Próspero en voz baja—, pero me pareció que era el momento de que despertaras porque Setebos ahora camina por este mundo.

—Sycórax, Calibán, Setebos —repitió Moira. Inspiró largamente, si-
seando entre dientes.

—Entre la bruja, el semidemonio y la cosa de la oscuridad —dijo Próspero en voz baja—, podrían controlar la Luna y la Tierra, decidir todas las mareas y dominar todo poder.

Moira asintió y se mordió los carnosos labios un instante.

—¿Cuándo vuelve a partir tu cabina *eiffelbahn*?

—Dentro de menos de cuatro horas —contestó el magus—. ¿Estarás a bordo, Moira? ¿O dormirás de nuevo en el faxataúd temporal, permitiendo que tus átomos y recuerdos sean restaurados en semejante bucle sin sentido para siempre?

—Estaré en tu maldita cabina —dijo Moira—. Y sacaré de los bancos puestos al día lo que necesito saber de este mundo feliz en el que he vuelto a nacer. Pero primero el joven Prometeo tiene que hacer sus preguntas y luego yo tengo una sugerencia sobre lo que puede hacer para recuperar sus funciones —miró hacia la cima de la cúpula.

—No, Moira —dijo Próspero.

—Harman —dijo ella en voz baja, colocando su suave mano sobre el dorso de la de él—, haz ahora tus preguntas.

Harman se lamió los labios.

—¿Eres de verdad una posthumana?

—Sí, lo soy. Así es como nos llamó el pueblo de Savi antes del Fax Final.

—¿Por qué te pareces a Savi?

—Ah... ¿la conociste entonces? Bueno, sabré de su estado o su destino cuando convoque la función puesta al día. Conocí a Savi, pero, más importante, Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep se enamoró de ella y ella no sentía ningún amor hacia él... eran de tribus distintas, como si dijéramos. Así que tomé su forma, sus recuerdos, su voz... todo, antes de venir aquí a Taj.

—¿Cómo tomaste su forma? —preguntó Harman.

Moira miró de nuevo a Próspero.

—Su pueblo no sabe nada, ¿no?

Se volvió hacia Harman.

—Los posthumanos alcanzamos el punto en que no teníamos cuerpo propio, mi joven Prometeo. Al menos nada que pudieras reconocer como cuerpo. No lo necesitábamos. Sólo éramos unos pocos miles, pero nos habíamos apartado del poso genético humano gracias a las habilidades genéticas del avatar de la logosfera del ciberespacio aquí presente...

—No hay de qué —dijo Próspero.

—Cuando queríamos adquirir forma humana (siempre una forma femenina, he de añadir, para todos nosotros), simplemente tomábamos una prestada.

—¿Pero cómo? —dijo Harman.

Moirá suspiró.

—¿Siguen los anillos en el cielo?

—Naturalmente.

—¿El ecuatorial y el polar?

—Sí.

—¿Qué crees que son, Harman Prometeo? Hay más de un millón de objetos discretos ahí arriba... ¿qué cree tu pueblo que son?

Harman volvió a lamerse los labios. El aire del gran templo-tumba era muy seco.

—Sabemos que nuestra fermería, donde nos rejuvenecían, estaba ahí arriba. La mayoría de nosotros piensa que los objetos que hay ahí son los hogares de los posts... tu pueblo. Y vuestras máquinas. Ciudades en islas orbitales como la de Próspero. Estuve el año pasado en la isla de Próspero, Moirá. Ayudé a derribarla.

—¿Eso hiciste? —ella volvió a mirar al magus—. Bien por ti, joven Prometeo. Pero te equivocas al pensar que el millón de objetos en órbita, la mayoría mucho más pequeños que la isla de Próspero, eran hábitats para mi especie o máquinas que servían solamente a nuestros propósitos. Hay aproximadamente una docena de hábitats, naturalmente, y varios miles de gigantescos generadores de agujero de gusano, acumuladores de agujeros negros, primeros experimentos de nuestro programa de viaje interdimensional, generadores de Agujero Brana... pero la mayoría de los objetos en órbita os sirven a vosotros.

—¿A nosotros?

—¿Sabes lo que es faxear?

—Lo he hecho toda la vida —dijo Harman.

—Sí, por supuesto, pero ¿sabes qué es?

Harman tomó aire.

—Nunca pensamos en ello, pero en nuestros viajes del año pasado, Savi y Próspero nos explicaron que los pabellones de faxnódulos convierten nuestros cuerpos en energía codificada y luego nuestros cuerpos, mentes y memorias son reconstruidos en otro nódulo.

Moira asintió.

—Pero los nódulos y pabellones no son necesarios —dijo—. Eran simplemente impedimentos para que los humanos antiguos no fuerais a sitios donde no debíais ir. Esta forma fax de teletransporte pesaba enormemente en la memoria de los ordenadores, incluso con las máquinas más avanzadas de ADN Calabi-Yau y memoria-burbuja. ¿Tienes idea de cuánta memoria hace falta para almacenar los datos de las moléculas de un solo ser humano, por no decir la oleada holística de su personalidad y sus recuerdos?

—No —dijo Harman.

Moira hizo un gesto hacia lo alto de la cúpula, pero Harman advirtió que en realidad señalaba el cielo y los anillos que aparecían ahora contra el azul oscuro.

—Un millón de bancos de memoria orbitales —dijo la mujer—. Cada uno dedicado a uno de vosotros, humanos antiguos. Y en muchas de las otras torpes máquinas orbitales, los aparatos de teletransporte con energía de agujeros negros mismos... satélites GPS, escáneres, reductores, compiladores, receptores y transmisores, allá arriba sobre ti cada noche de tu vida, mi Harman Prometeo, era una estrella con tu nombre.

—¿Por qué un millón? —preguntó Harman.

—Se pensó que era una población rebaño mínima viable —dijo Moira—, aunque sospecho que ahora sois bastantes menos. En mi época, sólo había nueve mil trescientos catorce de tu subespecie de humanos (los que tenían funciones nanogenéticas instaladas y activas) y unos cuantos miles de humanos antiguos-antiguos moribundos, como mi amado Ahman Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep, el último de su linaje, el último de su cuna real.

—¿Qué son los voynix? —preguntó Harman—. ¿De dónde vinieron? ¿Por qué actuaron como criados silenciosos durante tanto tiempo y luego empezaron a atacar a mi gente después de que Daeman y yo destruyéramos la isla de Próspero y la fermería? ¿Cómo los detenemos?

—Tantas preguntas —suspiró Moira—. Si quieres respuestas para to-

das necesitarás un contexto. Para conseguir un contexto tienes que leer estos libros.

Harman giró la cabeza miró arriba y abajo el interior curvo de la cúpula, repleto de libros. No sabía contar por metros cúbicos, pero imaginaba (a ciegas) que debía de haber al menos un millón de volúmenes en aquellos estantes.

—¿Qué libros? —preguntó.

—Todos estos libros —dijo Moira, alzando la mano para abarcarlo todo con un círculo—. Puedes, ¿sabes?

—Moira, no —repitió Próspero—. Lo matarás.

—Tonterías —dijo la mujer—. Es joven.

—Tiene noventa y nueve años —dijo Próspero—, es más de setenta y cinco años mayor que el cuerpo de Savi cuando lo clonaste para tus propios propósitos. Ella tenía recuerdos entonces. Tú los llevas ahora. Harman no es ninguna tábula rasa.

Moira se encogió de hombros.

—Es fuerte. Está cuerdo. Míralo.

—Lo matarás —dijo Próspero—. Y con él, a una de nuestras mejores armas contra Setebos y Sycórax.

Harman estaba muy furioso, pero también entusiasmado.

—¿De qué estáis hablando? —exigió, apartando la mano cuando Moira amenazó con tocarla de nuevo con la suya—. ¿Quieres que siglea todos estos libros? Harían falta meses... años. Décadas tal vez.

—No sigleer —dijo Moira—, sino comértelos.

—Comérmelos —repitió Harman, pensando: «¿Estaba loca antes de entrar en el ataúd temporal o la han vuelto loca los siglos de replicarla allí, célula a célula, neurona a neurona?»

—Comérmelos —insistió Moira—. En el sentido en que el Talmud habla de comer libros: no leerlos, sino comerlos.

—No comprendo.

—¿Sabes lo que es el Talmud? —preguntó Moira.

—No.

Moira señaló de nuevo hacia la cima de la cúpula, situada unos setenta pisos más arriba.

—Ahí arriba, mi joven amigo, en una diminuta cúpula hecha del cristal más claro, hay un armario de oro y perla y cristal, y yo tengo la llave dorada. Da a un mundo y a una hermosa noche lunar.

—¿Como tu sarcófago? —preguntó Harman. Su corazón latía con

fuerza.

—En absoluto. Ese ataúd era sólo otro nódulo de vuestra noria de fa-
xes que me replicó a lo largo de los siglos hasta que llegara el momento
de despertarme y trabajar. Estoy hablando de una máquina que te permiti-
rá leer todos esos libros en profundidad antes de que la cabina *eiffelbahn* par-
ta de la estación Taj dentro de... —miró su palma—, tres horas y cuarenta
y ocho minutos.

—No hagas esto, Moira —dijo Próspero—. No nos servirá de nada en
la guerra contra Setebos si está muerto o se convierte en un idiota babe-
ante.

—Silencio, Próspero —ordenó Moira—. Míralo. Ya es un idiota. Es
como si su raza entera hubiera sido lobotomizada desde los días de Savi.
Bien podría estar muerto. De esta forma, si el armario funciona y sobrevi-
ve, podrá servirse a sí mismo y servirnos a nosotros.

Tomó de nuevo la mano de Harman.

—¿Qué es lo que más quieres en el universo, Harman Prometeo?

—Ir a casa a ver a mi esposa —dijo Harman.

Moira suspiró.

—No puedo garantizarte que el armario de cristal, el conocimiento y
los detalles que todos esos libros que mi pobre y difunto Ahman Ferdinand
Mark Alonzo acumuló a lo largo de los siglos te permitan librefaxear de
vuelta a casa con tu esposa... ¿Cómo se llama?

—Ada.

Las dos sílabas le dieron a Harman ganas de llorar. Llorar dos veces:
una por haberla perdido, otra por traicionarla.

—Con Ada —dijo Moira—. Pero sí puedo garantizarte que no volve-
rás vivo a casa para verla a menos que aproveches esta oportunidad.

Harman se levantó y se acercó al saliente de mármol sin barandilla, a
noventa metros sobre el frío suelo marmóreo de abajo. Contempló el cen-
tro de la cúpula, casi a doscientos metros por encima de su cabeza, pero no
vio más que una especie de bruma donde las últimas pasarelas de metal
convergían como negras telarañas casi invisiblemente finas.

—Harman, amigo de Nadie... —empezó a decir Próspero.

—Cállate —le dijo Harman al magus de la logósfera. Se volvió hacia
Moira—. Vamos.

—Nos he teletransportado cuánticamente siguiendo tus directrices —dice Hefesto—, pero ¿dónde, en el nombre de Hades, estamos?

—En Ítaca —responde Aquiles—. Una isla rocosa y escarpada, pero buena cuna para los niños que quieren ser hombres.

—Más parece y huele como un estercolero caliente —dice el dios del fuego, cojeando por el sendero polvoriento y lleno de rocas que conduce por una empinada pendiente más allá del prado ocupado por cabras y vacas hasta el lugar donde las tejas rojas de varios edificios resplandecen bajo el implacable sol.

—He estado aquí antes —dice Aquiles—, la primera vez fue cuando era un chiquillo.

El héroe lleva el pesado escudo atado a la espalda, la espada segura en la vaina que pende de su cinturón. El joven no suda por la escalada ni por el calor, pero Hefesto, cojeando tras él, rezonga y transpira. Incluso la barba del artificiero inmortal está húmeda de sudor.

El sendero, empinado pero estrecho, termina en la cima de la colina, ante varias grandes estructuras.

—El palacio de Odiseo —dice Aquiles, corriendo los últimos cincuenta metros.

—Palacio —jadea el dios del fuego. Llega cojeando hasta el claro, ante las altas puertas, apoya ambas manos en su pierna lisiada y se dobla como si fuera a vomitar—. Más parece una puñetera pocilga en vertical.

Los restos de una fortaleza pequeña y abandonada se alzan como una piedra cuadrada cincuenta metros a la derecha de la casa principal, en el promontorio que da al acantilado. La casa en sí (el palacio de Odiseo) está hecha de piedra más nueva y madera más nueva, aunque las puertas

principales (abiertas) están compuestas por dos antiguas placas de piedra. Las losas de terracota de la terraza están hechas de material caro colocado con gusto, obviamente el trabajo de los mejores artesanos y albañiles, aunque también resulta evidente que no los han limpiado ni fregado desde hace tiempo, y todas las paredes exteriores y las columnas están pintadas de colores vivos. Enredaderas falsas llenas de pájaros y nidos corren en espiral por las blancas columnas, a cada lado de la entrada, pero también crecen parras reales que invitan a pájaros auténticos y acogen al menos un nido visible. Aquiles ve pintorescos frescos en las paredes del vestíbulo, a la sombra, tras las puertas principales, que han quedado entornadas.

Aquiles echa a andar pero se detiene cuando Hefesto lo agarra por el brazo.

—Aquí hay un campo de fuerza, hijo de Peleo.

—No lo veo.

—No lo notarías hasta que chocaras con él. Estoy seguro de que mataría a cualquier otro mortal, pero aunque tú eres el de los pies ligeros que tiene lo que Nyx llamó cociente de probabilidad de singularidad, el campo te tiraría de culo al suelo. Mis instrumentos miden al menos doscientos mil voltios dentro y suficiente amperaje para causar auténtico daño. Échate atrás.

El barbudo dios-enano juega con las cajas y las retorcidas formas metálicas que cuelgan de las diversas correas de cuero y bandas de sus pesados chalecos, comprueba diales, usa una varita con mandíbulas de caimán para unir algo que parece un hurón metálico muerto a una extensión del campo invisible, y luego enlaza cuatro aparatos romboides con cables de colores antes de pulsar un botón de bronce.

—Ya —dice Hefesto, dios del fuego—. El campo ha caído.

—Eso es lo que me gusta de los sumos sacerdotes —dice Aquiles—, no hacen nada y luego alardean.

—No se te habría pasado por la puñetera cabeza que no era puñeteramente nada si hubieras topado con ese campo de fuerza —gruñe el dios—. Era obra de Hera, basada en una de mis máquinas.

—Entonces te doy las gracias —dice Aquiles, y atraviesa la entrada entre las losas de piedra y pasa al vestíbulo y el hogar de Odiseo.

De repente hay una especie de gruñido y un oscuro animal se abalanza desde las sombras.

La espada aparece en un instante en la mano de Aquiles, pero el perro ya se ha desplomado sobre las polvorientas losas.

—Es *Argos* —dice Aquiles, palpando la cabeza del animal prostrado y jadeante—. Odiseo entrenó a este sabueso cuando era un cachorrillo hace más de diez años, pero me han dicho que tuvo que dejarlo cuando se marchó a Troya antes de poder llevarlo a cazar jabalíes o ciervos salvajes. El hijo de nuestro astuto amigo, Telémaco, tenía que ser su amo en ausencia de Odiseo.

—Hace semanas que no tiene amo ninguno —dice Hefesto—. El chuchito ha estado a punto de morirse de hambre.

Es cierto; *Argos* está demasiado débil para sostenerse en pie o mover la cabeza. Sólo sus grandes ojos implorantes siguen la mano de Aquiles mientras el héroe acaricia al animal. Las costillas del perro destacan bajo su pelaje sin brillo como los maderos de la quilla de un barco sin terminar bajo un lienzo viejo.

—No ha podido salir del campo de fuerza de Hera —murmura Aquiles—. Y me apuesto a que no había nada de comer dentro. Probablemente ha bebido agua de la lluvia y los charcos, pero no ha comido nada.

Saca varias galletas de la bolsita que llevaba dentro del escudo (galletas traídas de la casa de Hefesto) y le da dos al perro. El animal apenas puede masticarlas. Aquiles coloca otras tres galletas junto a la cabeza del animal y se incorpora.

—Ni siquiera un cadáver del que alimentarse —dice Hefesto—. Con los humanos desaparecidos por todas partes en tu Tierra excepto alrededor de Ilión... desaparecieron como puñetero humo.

Aquiles rodea al dios cojo.

—¿Dónde está nuestra gente? ¿Qué habéis hecho con ellos tú y los otros inmortales?

El artificiero alza ambas manos.

—No fue cosa nuestra, hijo de Peleo. Ni siquiera del gran Zeus. Otra fuerza cambió esta Tierra, no nosotros. Los dioses del Olimpo necesitamos a nuestros adoradores. Vivir sin nuestros devotos, nuestros idólatras, nuestros constructores de altares sería como si un narcisista (y conozco bien a Narciso) viviera en un mundo sin espejos. Esto no fue cosa nuestra.

—¿Esperas que me crea que hay otros dioses? —pregunta Aquiles, la espada medio alzada.

—Las pulgas grandes tienen pulgas pequeñas, y las pulgas pequeñas tienen pulgas más pequeñas aún que las muerden, y las pulgas más pequeñas tienen pulgas todavía más pequeñas, y así hasta el infinito, o una chorrada por el estilo —dice el barbudo inmortal.

—Calla —dice Aquiles. Acaricia una última vez la cabeza del perro, que ahora mastica decidido, y le da la espalda a Hefesto.

Atraviesan el vestíbulo hasta el salón principal (la sala del trono como si dijéramos) donde Aquiles fue recibido años atrás por Odiseo y su esposa Penélope. Telémaco, el hijo de Odiseo, era entonces un niño tímido de seis años que apenas fue capaz de inclinarse ante los mirmidones reunidos y luego se marchó rápidamente de la mano de su aya. La sala del trono está vacía.

Hefesto consulta una de sus cajas-instrumento.

—Por aquí —dice, guiando a Aquiles hasta una sala más larga y oscura. Es el salón de banquetes, dominado por una mesa baja de diez metros de largo.

Zeus está tendido sobre la mesa, con los brazos y piernas abiertas. Está desnudo y ronca. El salón de banquetes es un desastre: copas, cuencos y utensilios desperdigados por todas partes, flechas desparramadas por el suelo, ya que un gran carcaj ha caído de la pared, a otra pared le falta un tapiz que asoma bajo el dormido padre de los dioses.

—Es Sueño Absoluto, en efecto —gruñe Hefesto.

—Eso parece —comenta Aquiles—. Me sorprende que las vigas no se desplomen por los ronquidos.

El asesino de hombres pisa con cuidado las puntas de las flechas aserradas dispersas por el suelo. Aunque pocos guerreros griegos lo admiten, la mayoría usan sustancias letales como veneno para las puntas de sus lanzas y flechas, y lo único que Aquiles, hijo de Peleo, sabe por las predicciones del Oráculo y su madre Tetis es que la causa de su muerte será porque una flecha envenenada horadará la única parte mortal de su cuerpo. Pero ni su madre inmortal ni los Hados le han dicho jamás exactamente dónde o cuándo morirá, o quién disparará la flecha letal. Sería demasiado absurdamente irónico, piensa Aquiles ahora, pincharse un talón con una de las viejas flechas caídas de Odiseo y agonizar antes de poder despertar a Zeus y exigirle que salve a Penthesilea.

—No, quiero decir que Sueño Absoluto es la puñetera droga que ha usado Hera para dejarlo fuera de combate —dice el artificiero—. Es una poción que ayudé a desarrollar en forma de aerosol, aunque Nyx fue la química original.

—¿Puedes despertarlo?

—Oh, creo que sí, sí, eso creo —dice Hefesto, sacando bolsas y cajas de los lazos atados a su chaleco de cuero y sus arneses. Se asoma a las bol-

sas, rechaza algunas cosas, coloca frascos y pequeños aparatos en la mesa del tapiz arrugado junto al gigantesco muslo de Zeus.

Mientras el barbudo dios-enano prepara sus cosas, Aquiles echa su primera ojeada de cerca a Zeus, el padre de todos los dioses y hombres, el que domina las nubes de tormenta.

Zeus mide cuatro metros y medio de altura. Es impresionante allí tendido de espaldas, las piernas abiertas sobre el tapiz y la mesa, musculoso y perfectamente formado, incluso su barba ungida con rizos perfectos, pero aparte de cuestiones menores como tamaño y su perfección física, es sólo un hombre grande que ha disfrutado de un magnífico polvo y se ha quedado dormido. El pene divino (casi tan largo como la espada de Aquiles) todavía yace hinchado, rosáceo y flácido, sobre el divino muslo aceitado del señor de los dioses. El dios que convoca las tormentas ronca y babea como un cerdo.

—Esto debería despertarlo —dice Hefesto. Alza una jeringuilla (algo que Aquiles no ha visto nunca) que termina en una aguja de más de un palmo de longitud.

—¡Por los dioses! —exclama Aquiles—. ¿Vas a clavarle eso al padre Zeus?

—Directo a su mentiroso y lujurioso corazón —dice Hefesto con una risita desagradable—. Hay mil centímetros cúbicos de pura adrenalina divina mezclada con mi propia receta de diversas anfetaminas... el único antidoto para el Sueño Absoluto.

—¿Qué hará cuando despierte? —pregunta Aquiles, colocando su escudo ante él.

Hefesto se encoge de hombros.

—No voy a quedarme para averiguarlo. Voy a TCear de aquí en el mismo instante en que termine de inyectar este cóctel. La respuesta de Zeus a que lo despierten con una aguja en el corazón es problema tuyo, hijo de Peleo.

Aquiles agarra al dios-enano por la barba y lo acerca.

—Oh, te garantizo que será nuestro problema si es un problema, cojo artificiero.

—¿Qué quieres que haga, mortal? ¿Esperar aquí y tenerte de la mano? Despertarlo fue tu puñetera idea.

—También te interesa a ti despertar a Zeus, dios de una pierna corta —dice Aquiles, sin soltar su tenaza sobre la barba del inmortal.

—¿Cómo es eso? —Hefesto bizquea con su ojo bueno.

—Tú me ayudas con esto —susurra Aquiles, acercándose a la oreja deforme del feo dios—, y dentro una semana podrías ser tú quien se siente en el trono dorado del Salón de los Dioses, no Zeus.

—¿Cómo es eso posible? —pregunta Hefesto, pero también él susurra ahora. Sigue bizqueando, pero de repente hay ansiedad en su mirada.

Todavía susurrando, todavía agarrando la barba de Hefesto, Aquiles le cuenta al artificiero su plan.

Zeus despierta con un rugido.

Cumpliendo su palabra, Hefesto ha huido en el momento en que inyectó la adrenalina en el corazón del padre de los dioses, deteniéndose sólo para sacar la larga aguja y arrojar la jeringuilla. Tres segundos más tarde Zeus se incorpora, ruge con tanta fuerza que Aquiles tiene que cubrirse los oídos con las manos y, luego, el padre de los dioses se pone en pie de un salto, vuelca la pesada mesa de madera y aplasta toda la pared sur del hogar de Odiseo.

—¡¡¡HERA!!!! —truen Zeus—. ¡MALDITA SEAS!

Aquiles se obliga a no retroceder y esconderse, pero da un paso atrás mientras Zeus destroza lo que queda de pared, usa una viga para romper en mil pedazos la rueda de carro que hace las veces de lámpara en el techo, destruye la pesada mesa volcada de un enorme puñetazo y camina salvajemente de un lado a otro.

Finalmente, el padre de todos los dioses parece reparar en Aquiles, que está de pie en la puerta del vestíbulo.

—¡TÚ!

—Yo —reconoce Aquiles, hijo de Peleo. Lleva la espada al cinto, el escudo colgado al hombro en vez de en el antebrazo. Sus manos están vacías y abiertas. El largo cuchillo matador de dioses que le dio Atenea para asesinar a Afrodita está en su ancho cinturón, apartado de la vista.

—¿Qué estás haciendo en el Olimpo? —gruñe Zeus. Todavía está desnudo. Se sostiene la cabeza con su enorme mano izquierda y Aquiles ve el dolor de cabeza latiendo en los ojos inyectados en sangre del padre Zeus. Evidentemente, el Sueño Absoluto produce resaca.

—No estás en el Olimpo, mi señor Zeus —dice Aquiles suavemente—. Te encuentras en la isla de Ítaca, bajo una nube dorada de ocultamiento, en el salón de los banquetes de Odiseo, hijo de Laertes.

Zeus mira a su alrededor. Entonces frunce más profundamente el ce-

ño. Finalmente, mira a Aquiles una vez más.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido, mortal?

—Dos semanas, padre —responde Aquiles.

—Tú, argivo, asesino de hombres de pies ligeros, no podrías haberme despertado de ninguna poción-encantamiento que Hera, la de los niveos brazos, haya usado para drogarme. ¿Qué dios me ha revivido y por qué?

—Oh, Zeus que dominas los relámpagos —dice Aquiles, bajando la cabeza y los ojos casi con mansedumbre, pues ha visto la mansedumbre muchas veces—, te diré todo lo que quieras saber, y es cierto que aunque la mayoría de los inmortales del Olimpo te abandonaron, al menos un dios siguió siendo tu fiel sirviente, pero primero debo pedirte una merced.

—¿Una merced? —trueno Zeus—. Te daré una merced que no olvidarás si vuelves a hablar sin permiso. Quédate ahí y guarda silencio.

La enorme figura hace un gesto y una de las tres paredes que quedan de pie (la que tenía el carcaj de flechas envenenadas y el contorno de un gran arco) se disuelve en una superficie de visión tridimensional muy parecida a la hololaguna del Gran Salón de los Dioses.

Aquiles comprende que está contemplando una vista aérea de la casa, el palacio de Odiseo. Ve al perro *Argos* en el exterior. El hambriento sabueso se ha comido las galletas y ha recuperado suficientes fuerzas para arrastrarse a la sombra.

—Hera debió dejar un campo de fuerza bajo mi nube dorada de ocultación —murmura Zeus—. El único que podría haberlo levantado es Hefesto. Trataré con él más tarde.

Zeus mueve de nuevo la mano. La imagen cambia a la cima del Olimpo, hogares y mansiones vacíos, los carros abandonados.

—Han ido a jugar con sus juguetes favoritos —murmura Zeus.

Aquiles ve una batalla ante las murallas de Ilión. Las fuerzas de Héctor parecen empujar a los argivos y sus máquinas de asedio hasta la Colina de Espinos y más allá. El aire está lleno de andanadas de flechas y una docena o más de carros voladores. Truenos y brillantes rayos rojos destellan sobre el campo de batalla mortal. Las explosiones sacuden el campo y llenan el cielo mientras los dioses luchan unos contra otros a muerte igual que hacen sus campeones abajo.

Zeus sacude la cabeza.

—¿Los ves, Aquiles? Son tan adictos a la lucha como los cocainómanos, como los jugadores ante el tapete. Durante más de quinientos años desde que conquisté al último de los Titanes (los Cambiantes originales) y

arrojé a Cronos, Rea y los otros monstruosos Originales al pozo gaseoso del Tártaro, hemos estado evolucionando nuestros divinos poderes olímpicos, asentándonos en nuestros divinos papeles... ¿para QUÉ?

Aquiles, a quien no se le ha pedido explícitamente que hable, mantiene la boca cerrada.

—¡MALDITOS NIÑOS CON SUS JUEGOS!!! —grita Zeus, y Aquiles tiene que cubrirse nuevo los oídos—. Inútiles como yonquis de la heroína o adolescentes de la Edad Perdida delante de sus videojuegos. Después de esta larga década de planes y conspiraciones y luchas secretas, aunque yo las prohibí, y de detener el tiempo para poder armar a sus héroes mascota con poderes nanotecnológicos, simplemente tienen que llevarlo todo hasta el amargo final y asegurarse de que su bando gana. ¡COMO SI ESO IMPORTARA!

Aquiles sabe que un hombre inferior (y todos los hombres son inferiores ante Aquiles) estaría de rodillas gritando de dolor por el rugido divino, pero el estampido ultrasónico y el rugido siguen debilitándolo por dentro.

—Adictos todos —dice Zeus, su rugido más tolerable ahora—. Tendría que haberlos inscrito a todos en Anónimos de Ilión hace cinco años y evitado esta terrible represalia que ahora debe producirse. Hera y sus aliados han ido demasiado lejos.

Aquiles está contemplando la matanza en la pared. La imagen es tan profunda, tan tridimensional, que es como si la pared se hubiera abierto al campo de batalla de la propia Ilión. Los aqueos, bajo el torpe liderazgo de Agamenón, caen a ojos vistas: Apolo del arco plateado es obviamente el dios más letal del campo; empuja los carros voladores de Ares, Atenea y Hera hacia el mar, pero no es una derrota todavía, ni en el aire ni en tierra. La vista de la lucha enardece la sangre de Aquiles y le hace querer unirse a ella, dirigir a sus mirmidones en un contraataque y una matanza que sólo terminen con el carro y los caballos de Aquiles destrozando el mármol del palacio de Príamo, preferiblemente arrastrando tras ellos el cadáver de Héctor y dejando un rastro sangriento.

—¿BIEN? —ruge Zeus—. ¡Habla!

—¿De qué, oh padre de todos los dioses y hombres?

—De esa... merced que quieres de mí, hijo de Tetis —Zeus se ha puesto la ropa mientras contemplaba los hechos en la pared de visión.

Aquiles avanza un paso.

—A cambio de encontrarte y despertarte, padre Zeus, te pido que res-

taures la vida de Penthesilea en una de las tinas Curadoras y...

—¿Penthesilea? —truenas Zeus—. ¿Esa tortillera amazona de las regiones del norte? ¿La zorra rubia que asesinó a su hermana Hipólita para obtener su indigno trono? ¿Cómo murió? ¿Y qué tiene ella que ver con Aquiles o Aquiles con ella?

Aquiles rechina los dientes pero mantiene la mirada, ahora asesina, gacha.

—La amo, padre Zeus, y...

Zeus estalla en carcajadas.

—¿La amas, dices? Hijo de Tetis, te he visto en mis paredes y suelos de visión, y en persona, desde que eras un bebé, desde que eras un mocoso atendido por el paciente centauro Quirón, y nunca te he visto amar a una mujer. Incluso la muchacha que engendró a tu hijo era abandonada como exceso de equipaje cada vez que sentías la urgencia de irte a la guerra... de irte de putas y violaciones. Amas a Penthesilea, ese chocho rubio y sin cerebro que usa lanza. Cuéntame otra historia, hijo de Tetis.

—Amo a Penthesilea y deseo que se le devuelva la salud —dice entre dientes Aquiles. En lo único que puede pensar es en la hoja matadora de dioses que lleva al cinto. Pero Atenea ya le ha mentido antes. Si mintió sobre las habilidades de ese cuchillo, sería un necio al actuar contra Zeus. Aquiles sabe que es un necio en cualquier caso, por haber ido a suplicarle al Padre un regalo. Pero persevera, los ojos aún gachos, pero las manos convertidas en poderosos puños.

—Afrodita le dio a la reina amazona un aroma cuando entró en combate conmigo... —empieza a decir.

Zeus vuelve a reírse.

—¡No será el Número Nueve! Bueno, pues estás bien jodido, amigo mío. ¿Cómo murió esa bollera Penthesilea? No, espera, lo veré por mí mismo.

El Dios Padre mueve de nuevo la mano derecha y la pared pantalla se nubla, cambia, salta atrás en el espacio y el tiempo. Aquiles alza la cabeza y ve la carga condenada de la amazona contra sus hombres y él en las llanuras rojas en la base del Olimpo. Ve a Clonia, Bremusa y a las otras amazonas caer ante las espadas y las flechas de los hombres. Ve de nuevo cómo arroja la fiel lanza de su padre y atraviesa a la reina Penthesilea y el grueso torso de su caballo tras ella, clavándola al animal muerto como si fuera un insecto en una bandeja de disección.

—Oh, bien hecho —truenas Zeus—. ¿Y ahora quieres devolverle de

nuevo la vida en una de las tinas de mi Curador?

—Sí, mi señor.

—No sé qué sabes del Salón de Curación —dice Zeus, caminando de un lado a otro—, pero deberías saber que ni siquiera las artes del extraño Curador pueden devolver la vida a un mortal.

—Señor —dice Aquiles, la voz baja pero impaciente—, Atenea lanzó un hechizo de no corrupción sobre el cadáver de mi amada, para que no la envuelva la muerte. Podría ser posible...

—¡SILENCIO!! —ruge Zeus y Aquiles es impulsado físicamente hacia la holopared por la andanada de ruido—. NADIE EN EL PANTEÓN ORIGINAL DE INMORTALES LE DICE A ZEUS EL PADRE LO QUE ES POSIBLE O LO QUE DEBERÍA HACERSE, MUCHO MENOS UN SIMPLE MORTAL, LANCERO HIPERMUSCULADO.

—No, padre —dice Aquiles, alzando la mirada hacia la gigantesca forma barbuda—, pero esperaba que...

—Silencio —repite Zeus, pero a un nivel que permite a Aquiles quitarse las manos de los oídos—. Ahora me marchó... a destruir a Hera, a arrojar a sus cómplices al pozo sin fondo del Tártaro, a castigar a los otros dioses de formas que nunca olvidarán y a eliminar de una vez por todas a ese invasor ejército argivo. Los griegos, con vuestra arrogancia y vuestros modales, me tocáis los cojones —Zeus empieza a encaminarse hacia la puerta—. Aquí estás en Tierra-Ilión, hijo de Tetis. Puedes tardar muchos meses, pero podrás encontrar solo el camino de vuelta a casa. No te recomendaría que regresaras a Ilión... no quedarán Aqueos con vida para cuando llegues a ese lugar.

—No —dice Aquiles.

Zeus se revuelve. Sonríe entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no. Debes concederme mi deseo —Aquiles se coloca el escudo en el antebrazo, como si se dirigiera al frente. Desenvaina su espada.

Zeus echa atrás la cabeza y suelta una risotada.

—Concederte tu deseo... ¿o qué, hijo bastardo de Tetis?

—O alimentaré con el hígado de Zeus a ese perro hambriento de Odisseo que está en el patio —dice Aquiles con firmeza.

Zeus sonríe y sacude la cabeza.

—¿Sabes por qué estás vivo hoy, insecto?

—Porque soy Aquiles, hijo de Peleo —dice Aquiles, dando un paso al

frente. Desea tener consigo su lanza para arrojarla—. El guerrero más grande y el héroe más noble de la Tierra, invulnerable a sus enemigos, amigo del asesinado Patroclo, ni esclavo ni siervo de ningún hombre... ni de ningún dios.

Zeus sacude de nuevo la cabeza.

—No eres hijo de Peleo.

Aquiles deja de avanzar.

—¿De qué estás hablando, señor de las moscas? ¿Señor de la mierda de caballo? Yo soy el hijo de Peleo que es hijo de Eaco, hijo del mortal que se apareó con la inmortal diosa marina Tetis, un rey que descende de un largo linaje de reyes mirmidones.

—No —dice Zeus y esta vez es el gigantesco dios quien avanza un paso y se alza como una torre sobre Aquiles—. Eres hijo de Tetis, pero bastardo de mi semilla, no de la de Peleo.

—¡Tú! —Aquiles intenta reírse pero sólo consigue emitir un ronco ladrido—. Mi inmortal madre me dijo con toda verdad que...

—Tu inmortal madre miente por esa boca repleta de algas marinas —ríe Zeus—. Hace casi tres décadas, desee a Tetis. Ella era menos que diosa plena entonces, aunque más hermosa que la mayoría de vosotros, los mortales. Pero las Parcas, esas malditas contadoras de cuentas con sus ábacos de memoria ADN, me advirtieron de que cualquier hijo que yo engendrara con Tetis sería mi fin, podría causar mi muerte, podría acabar con el reino del Olimpo mismo.

Aquiles se queda mirando, con odio e incredulidad.

—Pero yo deseaba a Tetis —continúa Zeus—. Así que me la follé. Pero primero tomé la forma de Peleo... un niño-hombre vulgar y mortal de quien Tetis estaba medio enamorada en esa época. Pero el esperma que te concibió es el esperma divino de Zeus, Aquiles, hijo de Tetis, no te confundas en eso. ¿Por qué si no crees que tu madre te apartó de ese idiota de Peleo e hizo que te educara un centauro viejo?

—Mientes —gruñe Aquiles.

Zeus sacude la cabeza casi con tristeza.

—Y tú morirás dentro de un segundo, joven Aquiles —dice el padre de todos los dioses y hombres—. Pero morirás sabiendo que te he dicho la verdad.

—No puedes matarme, señor de los cangrejos.

Zeus se frota la barba.

—No, no puedo. No directamente. Tetis se encargó de eso. Cuando se

enteró de que yo era el amante que se la tiró, no ese gusano sin polla de Peleo, también supo de las predicciones de las Parcas y de que yo te mataría con la certeza con que mi padre, Cronos, se comía a sus hijos antes de arriesgarse a sus revueltas y venganzas cuando crecieran. Y yo habría hecho eso, joven Aquiles (te habría devorado cuando eras un bebé), si Tetis no hubiera conspirado para sumergirte en las llamas de probabilidad del puro fuego celestial cuántico. Eres una rareza cuántica única en el universo, hijo bastardo de Zeus y Tetis. Tu muerte (y ni siquiera yo conozco los detalles, las Parcas no los comparten) está absolutamente marcada.

—Entonces lucha conmigo ahora, señor de las heces —grita Aquiles, y avanza, la espada y el escudo preparados.

Zeus alza una mano. Aquiles se detiene. El tiempo mismo parece petrificarse.

—No puedo matarte, mi impetuoso bastardo —murmura Zeus, como para sí—, ¿pero y si arraso tu carne de tus huesos y luego disuelvo esa misma carne en las células y moléculas que la constituyen? Incluso el universo cuántico podría tardar lo suyo en reconstituírte, siglos tal vez, y no creo que fuera un proceso indoloro.

Detenido a mitad de su zancada, Aquiles sabe que todavía puede hablar pero no lo hace.

—O tal vez podría enviarte a alguna parte —dice Zeus, señalando hacia el techo—, donde no haya aire que respirar. Eso será una situación interesante para que la resuelva la singularidad de probabilidad del fuego celestial.

—No hay ningún sitio aparte de los océanos sin aire para respirar —replica Aquiles, pero entonces recuerda sus jadeos y su debilidad en las altas pendientes del Olimpo justo el día anterior.

—El espacio exterior demostrará la mentira de esa afirmación —dice Zeus con una sonrisa enloquecedora—. En algún lugar más allá de la órbita de Urano, tal vez, o allá en el Cinturón Kuiper. O el Tártaro servirá. El aire allí es casi todo metano y amoníaco, convertirá tus pulmones en churascos, pero si sobrevivieras a unas pocas horas de terrible dolor, podrías conversar con tus abuelos. Se comen a los mortales, ¿sabes?

—Vete al carajo —grita Aquiles.

—Así sea —dice Zeus—. Que tengas buen viaje, hijo mío. Corto, agónico, pero bueno.

El rey de los dioses mueve la mano derecha con un sencillo y breve movimiento en arco y las losas del suelo bajo los pies de Aquiles empie-

zan a disolverse. Un círculo se abre en el suelo del salón de los banquetes de Odiseo hasta que el de los pies ligeros parece quedar flotando en el aire encendido por las llamas. De debajo de él, desde el horrible pozo lleno de nubes de azufre, se alzan negras montañas como dientes podridos, lagos de plomo líquido, el borboteo y el fluir de lava siseante y el movimiento en sombras de enormes seres inhumanos, llega el constante rugido y los gritos de los monstruos que una vez fueron llamados Titanes.

Zeus mueve de nuevo la mano, levemente, y Aquiles cae al pozo. No grita cuando desaparece.

Después de un minuto de contemplar las llamas y las negras nubes tan abajo, Zeus mueve la palma de izquierda a derecha, el círculo se cierra, el suelo se vuelve sólido y se compone de nuevo de losas una vez más, y el silencio vuelve a la casa de Odiseo, a excepción de los patéticos ladridos del famélico perro llamado *Argos*, que está fuera en algún lugar del patio.

Zeus suspira y se teletransporta para iniciar su venganza sobre los dioses, que nada sospechan.

Próspero se quedó atrás mientras Moira conducía a Harman por el balcón de mármol sin barandilla, subía un tramo de escaleras de hierro al descubierto, lo rodeaba de nuevo, volvía a subir, hasta que el suelo del Taj se convirtió en un círculo que parecía estar a muchos kilómetros por debajo. El corazón de Harman latía con fuerza.

Había unas cuantas ventanitas redondas en la pared recubierta de libros de la cúpula que parecía ascender hasta el infinito. Harman no las había visto desde abajo ni desde fuera, pero permitían que entrara luz y le dieron una excusa para detenerse a respirar y hacer acopio de valor. Esperaron un minuto mientras Harman contemplaba los lejanos picos de las montañas que brillaban helados con la luz de la mañana. Masas de nubes habían llenado los valles al norte y al este, ocultando los glaciares. Harman se preguntó hasta dónde veía más allá de los picos y los glaciares y las masas de nubes hasta el polvoriento horizonte casi curvo. ¿Ciento cincuenta kilómetros? ¿Doscientos? ¿Más?

—No tiene importancia —dijo Moira en voz baja.

Harman se volvió.

—Lo que hiciste para despertarme —dijo ella—. No tiene importancia. Lo lamentamos. En realidad, no tenías elección. Los mecanismos para incitarte fueron colocados en su sitio antes de que naciera el tatarabuelo de tu tatarabuelo.

—¿Pero cuáles son las probabilidades de que yo descienda de este Ferdinand Mark Alonzo Khan Ho Tep tuyo? —preguntó Harman. No podía ocultar el pesar en su voz... ni quería hacerlo.

Sorprendentemente, Moira se echó a reír. Era la risa de Savi, rápida y espontánea, pero carecía del regusto de amargura que Harman había oído

en la diversión de la anciana.

—Las probabilidades son del cien por cien —dijo Moira.

Harman sólo pudo manifestar su confusión en silencio.

—Ferdinand Mark Alonzo se aseguró, cuando el siguiente linaje de humanos antiguos estaba siendo... preparado y decantado, de que algunos de sus cromosomas estuvieran en todos los varones del linaje.

—No me extraña que seamos débiles y estúpidos e ineptos —dijo Harman—. Todos somos un puñado de primos endogámicos.

Había sigleído un libro sobre genética básica hacía menos de tres semanas, aunque parecían haber pasado años. Ada estaba durmiendo a su lado mientras él veía las letras doradas correr desde el libro hasta su mano, su muñeca y su brazo.

Moira volvió a reírse.

—¿Estás preparado para subir el resto del camino hasta el armario de cristal?

La cúpula transparente en lo alto del Taj Moira era mucho más grande de lo que parecía desde abajo. Harman calculó que tendría al menos veinte o veinticinco metros de ancho. Allí no había pasillos de mármol ni escaleras mecánicas de hierro; todas las pasarelas de negro hierro forjado terminaban en el centro de la cúpula y todo brillaba por la luz del sol que entraba por los ventanales que rodeaban la cúpula puntiaguda del Taj.

Harman nunca había estado a tanta altura, ni siquiera en la torre de la Puerta Dorada de Machu Picchu, a doscientos metros sobre la carretera suspendida, y nunca se había sentido abrumado por una sensación tan intensa de caída. La plataforma estaba tan alta que podía mirar hacia abajo y cubrir todo el círculo del suelo de mármol del Taj con la mano abierta. El laberinto y la entrada a la cripta de la primera planta estaban tan lejos que parecían los microcircuitos bordados en un paño turín. Harman se obligó a no mirar hacia abajo mientras seguía a Moira por la última escalera que conducía desde la red de pasarelas a la plataforma de hierro forjado de la cúpula misma.

—¿Es esto? —preguntó, señalando a una estructura de unos tres metros que se alzaba en el centro de la plataforma.

—Sí.

Harman esperaba que el supuesto armario de cristal fuera otra versión del sarcófago de cristal de Moira, pero esa cosa no se parecía en absoluto

a un ataúd. Tenía facetas de cristal y vigas geodésicas metálicas del color del peltre viejo. La palabra «dodecaedro» se le vino a la cabeza, pero Harman la había aprendido sigleyendo y no estaba seguro de que el término fuera correcto. El armario de cristal era un objeto multifacetado de doce caras, de aspecto vagamente esférico a excepción de las superficies planas, compuesto por una docena de placas de cristal transparente o de cristal enmarcado por finas barras de metal bruñido. Docenas de tubos y cables multicolores iban desde las paredes de la cúpula hasta la negra base metálica del objeto. Dispersos por la plataforma, cerca del armario, había sillas de rejilla metálica, instrumentos extraños con pantallas oscuras y teclados y placas microfinas de plástico transparente vertical, de un metro y medio o metro ochenta de altura.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Harman.

—El nexo del Taj.

Moira activó varios de los instrumentos de pantalla y tocó un panel vertical. El plástico desapareció mientras un panel de control visual ocupaba su lugar. Las manos de la mujer danzaron sobre las imágenes virtuales. Las paredes del Taj emitieron un sonido grave y un líquido dorado (no amarillo, sino dorado, aparentemente más denso que el agua) empezó a manar en la base del armario de cristal.

Harman se acercó al dodecaedro.

—Se está llenando de líquido.

—Sí.

—Es una locura. No puedo entrar ahí ahora. Me ahogaría.

—No.

—¿Esperas que me meta en ese armario cuando tiene diez palmos de líquido dorado?

—Sí.

Harman negó con la cabeza y retrocedió, deteniéndose a dos metros del borde de la plataforma de cristal.

—No, no, no. Es demasiado absurdo.

—Como quieras, pero es el único modo de poder ganar el conocimiento de estos libros —dijo Moira—. El fluido es el medio que permite la transmisión de los contenidos de estos millones de ejemplares. Conocimiento que necesitarás si vas a ser nuestro Prometeo en la lucha contra Setebos y su ralea. Conocimiento que necesitarás si vas a educar a tu propio pueblo. Conocimiento que necesitarás, mi Prometeo, si vas a salvar a tu amada Ada.

—Sí, pero si el agua lo llena... sea cual sea ese líquido, tendrá tres me-

tros o más de profundidad. No soy buen nadador... —empezó a decir Harman.

De repente Ariel apareció junto a ellos en la plataforma, aunque Harman no oyó sus pasos sobre el suelo metálico. La pequeña figura llevaba algo abultado envuelto en lo que parecía ser un paño turín rojo.

—¡Ariel, querido! —exclamó Moira. Su voz tenía un tono de deleite y emoción que Harman no le había oído antes... ni siquiera a Savi cuando la conoció.

—Saludos a Miranda —dijo el espíritu, retirando el paño rojo y entregando a Moira una especie de antiguo instrumento de cuerda. El pueblo de Harman tocaba música y cantaba, pero conocía pocos instrumentos y no fabricaba ninguno.

—¡Una guitarra! —dijo la mujer posthumana, tomando el extraño instrumento que le ofrecía el espíritu verde y tocando las cuerdas con sus largos dedos. Las notas que produjo le recordaron a Harman la propia voz de Ariel.

Ariel se inclinó y habló formal:

*Toma
a este esclavo de la música, por su bien,
ya que es esclavo tuyo.
Y enséñale toda la armonía
en la que tú, y sólo tú,
puedes hacer brillar al complacido espíritu,
hasta que la alegría vuelva a definirse,
y, demasiado intensa, se convierta en dolor;
con mi permiso y mandato
de tu propio príncipe Ferdinand
el pobre Ariel envía esta silenciosa prenda
de más de lo que jamás podrá ser hablado.*

Moira le hizo una reverencia al espíritu, colocó sobre la mesa el instrumento y besó a Ariel en la brillante frente verde.

—Te doy las gracias, amigo mío, a veces amistoso sirviente, nunca esclavo. ¿Cómo le ha ido a mi Ariel desde que me fui a dormir?

*Cuando moriste, la silenciosa luna
en su desvanecimiento interlunar*

*no está más triste en su celda
que el abandonado Ariel.
Cuando vives de nuevo en la tierra,
como una estrella invisible nacida,
Ariel te guía por el mar
de la vida desde tu natividad.*

Moira se llevó la mano a la mejilla y luego miró a Harman, y después al espíritu-avtar de la biosfera.

—¿Os habéis encontrado antes?

—Nos hemos encontrado —dijo Harman.

—¿Cómo es el mundo, Ariel, desde que lo dejé? —preguntó Moira, dando de nuevo la espalda a Harman.

*Muchos cambios han acaecido
desde que Ferdinand y tú iniciasteis
vuestro rumbo de amor; y Ariel aún
ha seguido tus pasos, y servido a tu voluntad.*

Con voz menos formal, como si concluyera alguna ceremonia oficial, el espíritu de la biosfera añadió:

—¿Y cómo te va a ti, mi señora, ahora que has vuelto a nacer entre nosotros?

Ahora pareció que le tocaba a Moira el turno de ser más formal y cadenciosa de lo que Harman había oído jamás en la voz de Savi.

*Este templo, triste y solitario,
está a salvo del trueno de la guerra,
forjado tiempo atrás por gigantesca jerarquía
contra la rebelión: esta vieja imagen de aquí,
cuyos rasgos tallados se arrugaron mientras caía,
es de Próspero; Yo, Miranda, quedé suprema
y única sacerdotisa de esta desolación.*

Para su horror, Harman vio que la mujer posthumana y la entidad de la biosfera inhumana estaban sollozando abiertamente.

—Este mortal que no ha hecho ningún daño, a pesar de que su nombre implica lo contrario,* ¿ha venido al armario de cristal para ser ejecutado?

—No —respondió Moira—. Para ser educado.

El huevo de Setebos eclosionó durante la primera noche de vuelta a las ruinas de Ardis Hall.

Ada se sorprendió al ver la devastación que imperaba en su antiguo hogar. Estaba inconsciente cuando la rescataron en el sonie la noche del ataque, y a causa de su contusión y otras heridas sólo tenía recuerdos parciales de las horribles horas anteriores. Vio a la luz del día las ruinas de su vida y su hogar y sus recuerdos. Todo aquello le hizo querer caer de rodillas y llorar hasta quedarse dormida, pero como dirigía al grupo de cuarenta y cuatro supervivientes que remontaban la última colina, camino de Ardis, con el sonie revoloteando con ocho de los más gravemente heridos y enfermos, mantuvo la cabeza alta y los ojos secos mientras caminaba entre las ruinas calcinadas, mirando a derecha e izquierda solamente para señalar artículos y restos que podían ser rescatados para su nuevo campamento.

Su hogar, la gran mansión de Ardis Hall, dos mil años de orgullo familiar, había desaparecido: sólo quedaban vigas de madera y los restos de piedra ennegrecida que habían dejado los muchos incendios, pero había una sorprendente cantidad de cosas que podían rescatarse en otras partes.

También estaban los cadáveres putrefactos de sus amigos... o al menos los pedazos que quedaban en el suelo.

Ada consultó con Daeman y unos cuantos más y todos acordaron que la principal prioridad era crear una hoguera y un refugio, un burdo cobertizo y un lugar cálido para tratar a los enfermos y heridos antes de que terminara el breve día de invierno, un refugio lo bastante grande para que todos pudieran pasar la noche sin congelarse. Aunque habían perdido Ardis Hall, segmentos de varios de los barracones, cobertizos y otros edificios

exteriores levantados en los últimos nueve meses antes de que el cielo se cayera estaban parcialmente intactos. Podrían haberse alojado en uno de aquellos barracones, pero estaban demasiado cerca del bosque, eran demasiado difíciles de defender y estaban demasiado lejos del pozo que se hallaba justo delante de Ardis Hall.

Encontraron montones de leña y madera seca y usaron lo que Ada consideró demasiadas cerillas de sus exiguas existencias para encender una gran hoguera. Greogi hizo aterrizar el sonie y descendieron a los heridos conscientes y semiinconscientes y los acomodaron lo mejor posible en jergones improvisados y petates, cerca del fuego. Un destacamento se encargó de traer madera de las diversas ruinas: nadie quería internarse en el bosque y Ada prohibió ese tipo de aventuras. El sonie despegó y revoloteó cubriendo un radio de un kilómetro, con el agotado Greogi a los controles y Boman con su rifle, ambos hombres alerta ante los voynix. Uno de los barracones (el que había construido Odiseo para sus seguidores hacía meses) reveló un tesoro de mantas y rollos de lona. Todo apestaba a humo pero era utilizable. En otro cobertizo derribado pero sólo quemado parcialmente, cerca de la cúpula calcinada de Hannah, Caul encontró palas, picos, palancas, azadas, martillos, clavos, puntillas, cuerda de nilón, anillas con cierre y otras antiguas herramientas de los servidores que ahora bien podían salvarles la vida. Con la madera restante de los barracones y los troncos encontrados en las partes grandes de la antigua empalizada, una cuadrilla de trabajo empezó a levantar una estructura, en parte tienda y en parte cabaña de troncos, alrededor del pozo, junto a las ruinas aún humeantes de Ardis: un refugio temporal suficiente para esa noche y unas cuantas noches más como mínimo. Boman tenía planes más ambiciosos para construir una vivienda permanente con una torre, troneras para disparar y una empalizada cerrada, pero Ada le dijo que ayudara a construir el cobertizo primero y planeara el castillo después.

Seguía sin haber ni rastro de los voynix, pero sólo era por la tarde y la noche caería rápidamente, así que Ada y Daeman encargaron a Kaman y a diez de sus mejores tiradores que establecieran un perímetro de defensa. Otros hombres y mujeres con armas de flechitas (contaron veinticuatro armas en funcionamiento y una que parecía defectuosa, con menos de ciento veinte cargadores de flechitas de cristal) fueron enviados a proteger el fuego y el cobertizo.

Tardaron poco más de tres horas en disponer la estructura básica y levantarla: paredes sólo de metro ochenta de altura, hechas con troncos de la

empalizada; el armazón de un techo de tablas de madera de los barracones, y una cubierta de lona. Era importante poner algo entre los heridos y el frío suelo, pero no había tiempo para preparar un suelo, así que colocaron varias capas de lona encima de la paja que trajeron del antiguo granero situado cerca de la muralla norte. El ganado había desaparecido: lo habían matado los voynix o simplemente había huido. Nadie iba a ir al bosque a buscarlo aquella tarde y el sonie tenía sus propios deberes que cumplir.

A última hora de la tarde el cobertizo provisional estuvo terminado. Ada, que había estado fabricando nuevos cubos y cuerdas para el pozo y enviando a grupos de enterradores con picos y palas para que cavaran tumbas en la tierra congelada, regresó para inspeccionar la estructura y descubrió que era lo bastante grande para albergar al menos a cuarenta y cinco personas apiñadas para dormir, porque los demás presumiblemente estarían de guardia fuera, y para que los cincuenta y tres pudieran comer allí juntos si era necesario, aunque apretados. Tres de las paredes eran de madera, pero la cuarta (la que daba al pozo y las dos hogueras encendidas) era de lona, abierta casi por completo al calor. Laman y Edide habían traído metal y cerámica de Ardis Hall para construir un tubo que no llegaba a ser una chimenea, para el cobertizo, pero esa modificación tendría que esperar a la mañana siguiente. No había cristal para las ventanas, sólo pequeñas aberturas a distintas alturas en cada una de las paredes de madera con rendijas de madera deslizantes y lona para cubrirlas. Daeman estuvo de acuerdo en que podrían retirarse al cobertizo y lanzar una descarga de flechitas desde aquellas rendijas, pero una mirada al techo de lona y la cuarta pared de lona dejó claro a todo el mundo de que los voynix no podrían ser mantenidos mucho tiempo a raya si saltaban al ataque.

Pero el huevo de Setebos parecía estar manteniéndolos a raya.

Casi había oscurecido cuando Daeman apartó a Ada, Tom y Laman del calor de las hogueras y los llevó a las cenizas de la cúpula de Hannah para abrir su mochila y mostrarles el huevo a punto de eclosionar. La cosa brillaba cada vez más, arrojando una luz lechosa y enfermiza, y había grietas diminutas por todo el cascarón, pero ninguna abertura todavía.

—¿Cuánto tiempo falta para que salga? —preguntó Ada.

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —dijo Daeman—. Lo único que sé es que el pequeño Setebos del interior sigue vivo y está intentando salir. Se oyen sus chirridos y sonidos como de masticación si acercas el oído al cascarón.

—No, gracias —dijo Ada.

—¿Qué pasará cuando eclosione? —preguntó Laman, que había estado a favor de destruir el huevo desde el principio.

Daeman se encogió de hombros.

—¿Qué tenías exactamente en mente cuando robaste esa cosa del nido de Setebos en la catedral de hielo azul de Cráter París? —preguntó el médico Tom, que había oído toda la historia.

—No lo sé —respondió Daeman—. Me pareció una buena idea en su momento. Al menos podríamos averiguar qué tipo de criatura es ese Setebos.

—¿Y si mamá viene en busca de su bebé? —quiso saber Laman. No era la primera vez que le preguntaban esto a Daeman.

Él volvió a encogerse de hombros.

—Podemos matarlo en cuanto salga, si es preciso —dijo en voz baja, mirando la creciente oscuridad invernal bajo los árboles, más allá de la ruina de la antigua empalizada.

—¿Podremos? —dijo Laman. Colocó la mano izquierda en el cascarón lleno de fisuras y la apartó rápidamente, como si la superficie estuviera caliente. Todos los que habían tocado el huevo habían hablado de lo desagradable que resultaba la experiencia, como si algo en el interior del cascarón sorbiera energía a través de la palma.

—Daeman, si no hubieras traído esa cosa contigo —dijo Ada antes de que Daeman pudiera volver a contestar—, la mayoría de nosotros estaríamos muertos. Ha mantenido a raya a los voynix todo este tiempo. Tal vez lo siga haciendo después de eclosionar.

—Eso si no nos comen, él o su mamá-papá, mientras dormimos —dijo Laman, acariciándose el brazo derecho manco.

Más tarde, justo después de que anoheciera, Siris le susurró a Ada que Sherman, uno de los heridos más graves, había muerto. Ada asintió, llamó a dos supervivientes (Edide y un hombre todavía regordete llamado Rallum) y, en silencio, llevaron el cadáver más allá del perímetro de la hoguera y lo colocaron bajo los maderos y las piedras, cerca de los barracones derruidos, para poderlo enterrar adecuadamente a la mañana siguiente. El viento era frío.

Ada montó guardia cuatro horas en la oscuridad, armada con el rifle de flechitas. El cálido fuego era un brillo lejano y el otro centinela más cercano estaba a cincuenta metros de distancia. Su contusión le daba tanto dolor de cabeza que en realidad no podría haber visto a ningún voynix ni a Setebos si se le hubieran sentado en el regazo, y tenía que apoyarse el ar-

ma en el antebrazo porque tenía la muñeca rota, así que cuando Caul la relevó, volvió tambaleándose al cobertizo repleto y, a pesar de los ronquidos, se quedó sumida en un sueño profundo sólo sacudido por terribles pesadillas.

Daeman la despertó poco antes del amanecer para susurrarle al oído:
—El huevo ha eclosionado.

Ada se incorporó en la oscuridad, sintiendo la presión y la respiración de los cuerpos que la rodeaban. Por un momento le pareció que estaba todavía en la pesadilla. Quiso que Harman le tocara el hombro y la despertara a un día de luz. Quiso sus brazos rodeándola, no aquella gélida oscuridad y la presión de cuerpos extraños y la fluctuante y débil luz de la hoguera a través de la lona.

—Ha eclosionado —repitió Daeman, en voz muy baja—. No quería despertarte, pero tenemos que decidir lo que vamos a hacer.

—Sí —respondió Ada, también susurrando. Había dormido con la ropa puesta. Se levantó de su nido de mantas húmedas y con cuidado se abrió paso entre las formas dormidas, siguiendo a Daeman al otro lado de la lona hasta dejar atrás la hoguera que ardía débilmente pero era todavía atendida. Se acercaron a otro fuego mucho más pequeño, al sur del cobertizo.

—He dormido aquí, apartado de los otros —dijo Daeman, hablando en tono más normal mientras se alejaban del cobertizo principal. Su voz seguía siendo baja, pero cada sílaba rugía en la dolorida cabeza de Ada. En la lejanía, los anillos e y p giraban como siempre, rotando y entrecruzándose delante de las estrellas y una fina lasca de luna. Ada vio que algo se movía allí arriba y, por un momento, su corazón latió con fuerza, hasta que se dio cuenta de que era el sonie que orbitaba en silencio la noche.

—¿Quién pilota el sonie? —preguntó, atontada.

—Okó.

—No sabía que supiera pilotarlo.

—Greogi le enseñó ayer —dijo Daeman. Se acercaban a la hoguera más pequeña y Ada vio la silueta de otro hombre allí de pie.

—Buenos días, Ada *Uhr* —dijo Tom.

Ada sonrió al escuchar el tratamiento formal. No se había utilizado mucho en los últimos meses.

—Buenos días, Tom —susurró—. ¿Dónde está esa cosa?

Daeman sacó un largo trozo de madera del fuego y lo alzó en la oscuridad como si fuera una antorcha.

Ada dio un paso atrás.

Daeman y Tom habían apilado troncos de la empalizada en tres lados de la jaula de la... cosa, formando un espacio triangular. Pero la criatura corría de un lado a otro en ese espacio, obviamente dispuesta a escalar los dos palmos de endeble barricada de madera, cosa que no tardaría en ser capaz de hacer.

Ada tomó la antorcha de Tom y se agachó para estudiar a la criatura Setebos bajo la luz fluctuante.

Sus múltiples ojos amarillos parpadearon y se cerraron ante el resplandor. El pequeño Setebos (si eso era) medía un palmo. Era más grande ya en volumen que un cerebro humano normal, pensó Ada, pero ya tenía las repugnantes arrugas rosadas y los pliegues y el aspecto de un cerebro vivo y sin cuerpo. Vio la franja gris entre los dos hemisferios, una membrana mucosa cubriéndola y una leve pulsación, como si toda la criatura estuviera respirando. Pero este cerebro rosa también tenía bocas pulsátiles (u orificios de algún tipo) y un puñado de diminutas manecitas debajo y brotando de orificios. Se movía de un lado a otro sobre aquellos deditos gordozuelos que a Ada le parecían una masa de gusanos retorcidos.

Los ojos amarillos se abrieron y se centraron en la cara de Ada. Uno de los orificios se abrió y de él surgieron sonidos chirriantes.

—¿Está intentando hablar? —les susurró Ada a ambos hombres.

—No tengo ni idea —dijo Daeman—. Pero sólo tiene unos minutos de vida. No me sorprendería si nos hablara cuando tenga una hora.

—No deberíamos dejar que tuviera una hora de vida —dijo Tom, en voz baja pero firme—. Deberíamos matarlo ahora. Destrozarlo con las flechitas y luego quemar su cadáver y esparcir las cenizas.

Ada miró sorprendida a Tom. El médico autodidacta siempre había sido la persona menos violenta y más protectora de la vida de Ardis.

—Como mínimo —dijo Daeman, viendo cómo la criatura conseguía escalar con éxito la baja barrera de madera—, necesita una correa.

Con los gruesos guantes de lana y lona que habían diseñado antes en Ardis para trabajar en invierno con el ganado, Daeman se inclinó hacia delante y hundió un clavo fino y afilado que había curvado en forma de gancho en la sólida tira de fibras («cuerpo calloso», recordó Ada que se llamaba) que conectaba los dos hemisferios del cerebro del pequeño Setebos. Luego, moviéndose con rapidez, Daeman tiró para asegurarse de que el gancho era seguro, le colocó una anilla con cierre y ató seis metros de cuerda de nilón a la anilla.

La pequeña criatura chilló y aulló tan fuerte que Ada se volvió a mirar

hacia el campamento por encima del hombro, segura de que todo el mundo saldría corriendo del cobertizo. Nadie se movió excepto un centinela que estaba cerca del fuego, que miró adormilado hacia ellos y luego continuó contemplando las llamas.

El pequeño Setebos se rebulló y rodó, tropezó contra las barreras de madera y al final las rebasó como si fuera un cangrejo. Daeman lo detuvo tirando de dos metros de cuerda.

Más manos diminutas emergieron de los pliegues de los orificios del cerebro rosado y se alzaron sobre tallos elásticos de un metro o más de altura. Las manos saltaron a la cuerda de nailon y tiraron salvajemente, otras manos exploraron el gancho y la anilla, intentando soltarlos. El gancho aguantó. Daeman sintió un tirón hacia delante durante un segundo pero devolvió a la criatura a la hierba helada de su jaula.

—Es fuerte el hijo de puta —susurró.

—Déjalo que se mueva —dijo Ada—. Veamos adónde va. Qué hace.

—¿Hablas en serio?

—Sí. No muy lejos, pero veamos qué quiere.

Tom dio una patada a la baja pared de madera y el bebé Setebos salió corriendo, los dedos diminutos moviéndose por debajo al unísono, agitando como obscenas patitas de ciempiés.

Daeman permitió que tirara de él, manteniendo corta la correa. Ada y Tom lo siguieron, dispuestos a moverse rápidamente si la criatura se volvía hacia ellos. Se movía con demasiada velocidad y demasiada confianza para que los humanos no advirtieran el peligro que suponía. Tom tenía el rifle de flechitas preparado y Daeman llevaba al hombro otro rifle más.

La criatura no se acercó a la hoguera del campamento ni al cobertizo. Se internó veinte metros en la oscuridad del prado occidental. Luego corrió hacia una de las antiguas trincheras defensivas (una trinchera de llamas que Ada había ayudado a excavar) y pareció colocarse en cuclillas sobre sus manos extendidas.

Dos nuevos orificios aparecieron a cada extremo de la pequeña criatura y tallos sin manos, probóscides latientes, emergieron, temblaron y de repente se pegaron al suelo. Entonces se produjo un sonido que era mezcla de cerdo hozando y bebé mamando.

—¿Qué demonios...? —dijo Tom. Apuntaba con el rifle, la culata de plastimetal apoyada firmemente contra su hombro. Ada sabía que el primer disparo arrojaría varios miles de serradas flechitas de cristal contra la pulsante monstruosidad rosa a una velocidad superior a la del sonido.

Ada empezó a temblar. Su constante dolor de cabeza se convirtió en una oleada de náusea.

—Conozco este lugar —susurró, la voz temblando—. Aquí es donde Reman y Emme murieron durante el ataque voynix... murieron quemados aquí.

El engendro de Setebos continuó hozando y sorbiendo.

—Entonces está... —empezó a decir Daeman, y se detuvo.

—Comiendo —terminó Ada.

Tom colocó el dedo en el gatillo.

—Déjame matarlo, Ada *Uhr*. Por favor.

—Sí —dijo Ada—. Pero todavía no. No tengo ninguna duda de que los voynix regresarán en cuanto esta cosa muera. Y todavía está oscuro. Y distamos mucho de estar preparados. Volvamos al campamento.

Regresaron juntos. Daeman tiraba del reacio Setebos, que arrastraba los dedos tras ellos.

Harman se ahogaba.

Sus últimos pensamientos antes de que el agua llenara sus pulmones fueron: «Esa zorra de Moira me ha mentado.» Y entonces tosió y se atragantó y se ahogó en el rebullente líquido dorado.

El dodecaedro de cristal se había llenado hasta un palmo del techo mientras Harman contemplaba el líquido dorado fluir. Savi-Moira-Miranda había dicho que el rico fluido era el «medio» por el que sigleería (aunque ese no era el término) la gigantesca colección de libros del Taj. Harman se había despojado de todas sus prendas excepto de la termopiel.

—Eso también tienes que quitártelo —dijo Moira. Ariel se había perdido en las sombras y sólo la joven permanecía a la intensa luz de las ventanas de la cúpula. La guitarra reposaba en una mesa cercana.

—¿Por qué? —dijo Harman.

—Tu piel tiene que estar en contacto con el medio —dijo Moira—. La transferencia no funciona a través de una capa molecular enlazada como la termopiel.

—¿Qué transferencia? —preguntó Harman, lamiéndose los labios. Estaba muy nervioso. Su corazón redoblaba.

Moira señaló las infinitas filas de estantes de libros que cubrían los cien pisos curvos de la pared interior de la cúpula que se ensanchaba bajo ellos.

—¿Cómo sé que hay algo en esos viejos libros que me vaya a ayudar a regresar con Ada? —dijo Harman.

—No lo sabes.

—Próspero y tú podríais enviarme allí ahora mismo si quisierais —dijo Harman, apartándose del tanque de cristal que se llenaba—. ¿Por qué no

lo hacéis para que podamos saltarnos todas estas tonterías?

—No es tan fácil —dijo Moira.

—Y una mierda que no —gritó Harman.

La joven continuó como si Harman no hubiera hablado.

—Antes que nada, sabes por el turín y por lo que te contó Próspero que todos los faxnódulos y faxpabellones del planeta han sido desconectados.

—¿Quién lo ha hecho? —dijo Harman, volviéndose a mirar de nuevo el armario de cristal. El fluido dorado se agitaba a un palmo del techo pero había dejado de llenarse. Moira había abierto un panel de arriba (una de las caras de cristal facetado), y él vio los cortos peldaños de metal que le permitirían subir hasta esa abertura.

—Setebos o sus aliados.

—¿Qué aliados? ¿Quiénes son? Dime lo que necesito saber.

Moira negó con la cabeza.

—Mi joven Prometeo, llevan casi un año diciéndote cosas. Oír cosas no significa nada a menos que tengas el contexto para situar la información. Es hora de que consigas ese contexto.

—¿Por qué sigues llamándome Prometeo? —le gritó él—. Todo el mundo parece tener diez nombres por aquí... Prometeo, no conozco ese nombre. ¿Por qué me llamas así?

Moira sonrió.

—Te garantizo que comprenderás eso al menos, después del armario de cristal.

Harman inspiró profundamente. Una sonrisita más de aquella mujer, advirtió, y sería capaz de abofetearla.

—Próspero dijo que esta cosa podría matarme. —Miró el armario más que a la cosa posthumana con la forma humana de Savi.

Moira asintió.

—Podría. No creo que lo haga.

—¿Cuáles son las probabilidades? —dijo Harman. Su propia voz le sonaba quejumbrosa y débil.

—No lo sé. Muy buenas, creo, o no te habría sugerido que pasaras por esta... incomodidad.

—¿Lo has hecho?

—¿Meterme en el transferidor de cristal? —dijo Moira—. No. No tenía ningún motivo.

—¿Quién los tiene? —exigió Harman—. ¿Cuántos vivieron? ¿Cuántos murieron?

—Todos los Bibliotecarios Jefe han experimentado la transferencia del armario de cristal —dijo Moira—. Todas las generaciones de Mantenedores del Taj, y son muchas. Todos los descendientes del Khan Ho Tep original.

—¿Incluido tu amado Ferdinand Mark Alonzo?

—Sí.

—¿Y cuántos de esos Mantenedores del Taj sobrevivieron a la transferencia? —preguntó Harman. Todavía llevaba puesta la termopiel, pero sus manos y su rostro al descubierto sentían el terrible frío del aire tan cerca de lo alto de la cúpula. Se esforzó para no temblar.

Harman temía que si Moira simplemente se encogía de hombros, él se daría la vuelta y se marcharía para siempre. Y no quería hacer eso... todavía no. No hasta que supiera más. Aquel embarazoso armario de cristal con su brillante líquido dorado podía matarlo... pero también podía llevarlo antes con Ada.

Moira no se encogió de hombros. Lo miró a los ojos (tenía los ojos de Savi) y dijo:

—No sé cuántos murieron. A veces el flujo de información es demasiado... para las mentes inferiores. No creo que tú tengas una mente inferior, Prometeo.

—No me vuelvas a llamar así —Harman cerró los puños. Sentía las manos congeladas.

—De acuerdo.

—¿Cuánto tiempo tarda? —preguntó.

—¿La transferencia? Menos de una hora.

—¿Tanto? —dijo Harman. Se imaginó lo que sería flotar o colgar en el interior del armario-tanque durante una hora con aquel frío.

—El medio fluido es cálido —dijo Moira, como si le leyera la mente. Él se había despojado de la termopiel, avergonzado por estar desnudo delante de aquella desconocida con quien había mantenido una extraña relación sexual dos horas antes. Y sí que hacía frío.

Subió rápidamente por el costado del dodecaedro, usando los cortos peldaños para las manos y los pies, sintiendo lo frío que estaba el metal contra las plantas descalzas de sus pies.

Fue un alivio cuando se introdujo en el panel abierto y cayó en el líquido dorado. Como ella había prometido, el fluido estaba caliente. No olía a nada y las pocas gotas que le cayeron en los labios no tenían ningún sabor.

Y entonces Ariel salió levitando de las sombras y cerró el panel sobre la cabeza de Harman.

Y entonces Moira tocó una especie de control en el panel vertical y el control virtual donde estaba.

Y entonces una bomba cobró de nuevo vida en la base del armario de cristal y más fluido empezó a llenar el contenedor cerrado.

Harman les gritó entonces, gritó para que lo dejaran salir, y cuando la posthumana y la biosfera no humana lo ignoraron, Harman golpeo y pateó, tratando de abrir el panel, de romper el cristal. El fluido continuó subiendo. Durante algunos segundos Harman encontró las últimas pulgadas de aire en la faceta superior del dodecaedro y la inhaló profundamente, todavía golpeando los paneles superiores. Y entonces el fluido se alzó y ya no quedaron más bolsas de aire, ni más burbujas excepto las que escapaban de los labios y la nariz de Harman.

Contuvo la respiración todo lo que pudo. Deseó que su último pensamiento pudiera haber sido para Ada y su amor por ella, y su pesar por haberla traicionado, pero aunque pensó en ella, su último pensamiento mientras contenía la respiración hasta que los pulmones le ardieron fue una confusa mezcla de terror y furia y pesar.

Y entonces ya no pudo contener más la respiración y, todavía golpeando el panel de cristal, exhaló, tosió, se atragantó, maldijo, se atragantó un poco más, inhaló el denso fluido, sintió la oscuridad cubrir su mente mientras un pánico abrumador continuaba llenando su cuerpo de inútil adrenalina, y luego sus pulmones ya no contuvieron aire en absoluto, pero Harman no lo sabía. Más pesado sin aire en los pulmones, sin que su cuerpo pateara ya, ni se moviera, ni respirara, Harman se hundió hacia el centro del dodecaedro.

En el puente de la *Reina Mab* se desencadenó otro hervidero de actividad y conversaciones por tensorrayo cuando llegó un tercer mensaje vía máser de la Voz de la ciudad asteroidal de la órbita polar terrestre. Se trataba de una repetición de las coordenadas de encuentro y, al cabo de cinco minutos sin que llegara otro mensaje, los principales moravecs se reunieron de nuevo alrededor de la mesa de mapas.

—¿Dónde estábamos? —preguntó Orphu de Io.

—Estabas a punto de exponer tu Teoría del Todo —dijo el Integrante Primero Asteague/Che.

—Y has dicho que sabías de quién es la Voz —repuso Cho Li—. Quién o qué es.

—No sé de quién es la Voz —respondió Orphu, vocalizando con murmullos suaves en vez de tensorrayar o transmitir por los canales de comunicación internos de la nave—. Pero tengo una idea bastante aproximada.

—Cuéntanoslo —dijo el general Beh bin Adee. El tono del moravec del Cinturón no sugería una petición amable, sino más bien una orden directa.

—Preferiría explicar mi... Teoría del Todo... primero, y luego hablaros sobre la Voz —dijo Orphu—. Tendrá más sentido en el contexto.

—Adelante —dijo Asteague/Che.

Mahnmut oyó a su amigo tomar una profunda bocanada de O-dos, aunque el ioniano tenía semanas o meses de reserva en sus tanques. Quería tensorrayar a su amigo la pregunta (*¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con esta explicación?*), pero como el propio Mahnmut no tenía ni idea de lo que iba a decir Orphu, guardó silencio, aunque estaba nervioso por su amigo.

—Lo primero —dijo Orphu de Io—, todavía no nos habéis confiado la información, pero estoy seguro de que habéis identificado la mayoría del millón aproximado de satélites que componen los anillos polar y ecuatorial a los que nos acercamos tan rápidamente... y apuesto a que la mayoría de los objetos no son asteroides ni habitáculos.

—Eso es correcto —dijo Asteague/Che.

—Algunos de ellos sabemos que son primeros intentos de los posthumanos para crear y contener agujeros negros —continuó Orphu—. Aparatos enormes como el acumulador de agujero de gusano que nos mostrasteis chocando contra esa otra ciudad asteroide orbital hace nueve meses. ¿Pero cuántos de esos hay? ¿Unos miles?

—Menos de dos mil —confirmó Asteague/Che.

—Apuesto a que el resto del millón de... cosas... que los posthumanos pusieron en órbita son aparatos de almacenamiento de datos. No sé de qué tipo... de ADN tal vez, aunque eso requeriría soporte vital constante, así que probablemente sean burbujas de memoria combinadas con algún tipo de ordenador cuántico avanzado con algún complicado almacenamiento de memoria posthumano que los moravecs no hemos descubierto todavía.

Orphu se detuvo y se produjo un silencio que a Mahnmut le pareció que se extendía durante horas. Los diversos Integrantes Primeros y los líderes moravecs no se miraban entre sí, pero Mahnmut dedujo que tenían un canal de tensorrayo privado y que estaban conferenciando.

Asteague/Che finalmente rompió el silencio... que en realidad probablemente sólo había durado unos minutos en tiempo real.

—Son principalmente aparatos de almacenamiento —confirmó el Integrante Primero—. No estamos seguros de su naturaleza, pero parece que son algún tipo de unidades de almacenamiento cuántico de burbujas magnéticas.

—Y cada unidad es esencialmente independiente —dijo Orphu—. Tiene su propio disco duro, como si dijéramos.

—Sí.

—Y la mayoría del resto de los satélites de los anillos (probablemente no más de diez mil) son transmisores de energía básicos y transmisores de ondas taquiónicas moduladas.

—Seis mil cuatrocientos ocho transmisores —dijo el navegante Cho Li—. Exactamente tres mil transmisores de ondas taquiónicas.

—¿Cómo sabes eso, Orphu de Io? —preguntó Suma IV, el poderoso ganimediano—. ¿Has hackeado en los canales de comunicación o los ar-

chivos de los Integrantes?

Orphu alzó dos de sus brazos manipuladores multisegmentados delanteros, las palmas hacia arriba.

—No, no —dijo—. No tendría suficiente conocimiento de programación para hackear el diario de mi hermana... si tuviera una hermana y si ella llevara un diario.

—¿Entonces cómo...? —empezó a preguntar el Retrógrado Sinopsen.

—Tiene sentido —respondió Orphu—. Me interesan mucho los seres humanos y su literatura. A lo largo de los siglos, he prestado atención a esas observaciones de la Tierra, los anillos posthumanos y los datos sobre los pocos humanos que quedaron en el planeta que el Consorcio de las Cinco Lunas ha hecho de dominio público.

—El Consorcio nunca ha hecho pública ninguna información sobre los aparatos de almacenamiento de memoria en órbita —dijo Suma IV.

—No —reconoció Orphu—, pero tiene sentido que esas cosas sean eso. Toda las pruebas de hace catorce siglos, cuando dejaron la superficie de la Tierra, indicaban que sólo existían unos pocos miles de entidades posthumanas, ¿no es así?

—Es correcto —dijo Asteague/Che.

—Nuestros expertos moravec de la época ni siquiera estaban seguros de que los posthumanos tuvieran cuerpo... no un cuerpo tal como nosotros los concebimos —dijo Orphu—, así que seguro que no necesitaban construir un millón de ciudades en órbita.

—Eso no lleva a la conclusión de que la mayoría de los objetos que están en órbita de la Tierra sean aparatos de memoria —dijo el general Beh bin Adee.

Mahnmut se preguntó cuál era en la nave el castigo por espionaje.

—Sí lo hace cuando se contempla lo que han estado haciendo los posthumanos en la Tierra durante casi un milenio y medio —contestó Orphu de Io—. Y lo que no han estado haciendo.

—¿Qué quieres decir con eso de lo que «no han estado haciendo»? —preguntó Mahnmut. Había planeado permanecer en silencio durante la conversación, pero su curiosidad era demasiada.

—Primero, no han estado reproduciéndose como se reproducen los seres humanos —dijo Orphu—. Fueron menos de diez mil durante varios siglos. Entonces ese rayo de neutrinos (guiado por taquiones modulados, creo entender por las publicaciones online de los astrónomos) fue dispa-

do desde Jerusalén hace mil cuatrocientos años, un rayo que no apuntaba a ninguna parte en el espacio profundo y, de repente, pareció que no quedaban humanos. Ninguno.

—Sólo brevemente —dijo el Integrante Primero Asteague/Che.

—Sí, pero con todo... —continuó Orphu. Pareció que perdía el hilo de lo que iba a decir, pero luego añadió—: Y entonces, menos de un siglo más tarde, había unos cien mil humanos antiguos dispersos por el planeta. Evidentemente no eran descendientes de esos diez mil que desaparecieron. No hubo aumento de población... sólo *zas*, *pam*, gracias-señora... y cien mil personas surgen de la nada.

—¿Y qué te indica eso? —preguntó Asteague/Che. El formidable europeo parecía divertido, como un maestro cuando un estudiante demuestra ser de pronto una promesa inesperada.

—Eso me indicó que los antiguos no nacieron —dijo Orphu de Io—. Fueron decantados.

—¿Nacimiento virgen? —preguntó Cho Li. La extraña voz del calistano rezumaba sarcasmo.

—Más o menos —dijo Orphu, sugiriendo con su tono tranquilo que no se había ofendido por el retintín—. Creo que los posthumanos tienen y tenían un millón o así de memorias y personalidades y cuerpos humanos almacenados en esos aparatos de memoria orbitales... ¿Quién sabe? Tal vez un satélite por cada ser humano, y que restituyeron la manada. Lo cual lleva a la explicación de por qué la población parece haberse mantenido exactamente en cien mil antiguos durante un milenio y medio.

—¿Por qué? —preguntó el centurión líder Mep Ahoo. Al igual que Mahnmut, el soldado rocavec parecía sinceramente interesado.

—Población rebaño mínima —dijo Orphu—. Los posthumanos permitieron a los antiguos reproducirse solamente por sustitución... es decir, uno por persona. Y sólo cuando se producía una muerte. Y he leído que se estima que los antiguos viven exactamente un siglo terrestre y luego desaparecen. Suficiente para mantener al rebaño en marcha dados los cambios climáticos o lo que sean, sin que haya tantos para que puedan tener una población excesiva o escapar de la reserva.

—¿Dónde has leído que los humanos antiguos vivían exactamente un siglo? —preguntó Cho Lo. Parecía sorprendido.

—En *The Scientific Ganymedan* —contestó Orphu—. Hace más de ocho siglos que estoy suscrito a su emisión.

El Integrante Primero Asteague/Che alzó una mano muy humanoide.

—Tendrás que perdonarme, Orphu de Io, pero aunque te felicito por tus deducciones sobre el propósito de los aparatos orbitales y la longevidad exacta que hemos observado en los restantes cien mil seres humanos antiguos (al menos hasta estos últimos meses, cuando se ha producido una caída en la población debida a esos ataques de criaturas desconocidas), has dicho que podías decirnos por qué hay dioses griegos en Marte, de quién es la Voz, cómo fue Marte tan milagrosamente terraformado y qué está causando la actual inestabilidad cuántica tanto en la Tierra como en Marte.

—A eso voy —dijo Orphu—. ¿Quieres que lo condense y ponga la Teoría del Todo en una ráfaga de tensorrayo a alta velocidad? Tardaría menos de un segundo.

—No, no es necesario —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Pero tal vez deberías hablar algo más rápido. Tenemos menos de tres horas para lanzar la nave de contacto... o no, durante la maniobra de aerofrenado.

Orphu de Io bramó a niveles subsónicos de un modo que Mahnmut había aprendido a interpretar hacía tiempo como una risotada.

—Los humanos antiguos se concentran en unos trescientos centros localizados, en cinco continentes de la Tierra, ¿correcto? —dijo el ioniano.

—Correcto —respondió Cho Li.

—Y la población de esos nódulos varía —dijo Orphu—, aunque nuestros telescopios nunca han detectado signos de transporte: ninguna carretera importante en uso, ningún avión, ningún barco... ni siquiera barcos de vela como ésos en los que Mahnmut y yo recorrimos el Valles Marineris de Marte, ni siquiera un globo aerostático ocasional. Así que supusimos que los humanos antiguos se teletransportaban cuánticamente, aunque nuestros científicos moravec nunca han podido perfeccionar ese modo de viajar.

—Fue una suposición razonable —dijo Suma IV.

—Razonable —reconoció Orphu de Io—, pero equivocada. Sabemos ahora por los datos cuánticos dejados por los llamados dioses del Olimpo de Marte y la Tierra otradimensional, donde aún se libra la batalla de Troya, cómo es realmente el teletransporte cuántico. Conocemos sus huellas... y lo que los humanos antiguos hacían para llegar desde el Punto A al Punto B no lo es.

—Si los humanos antiguos no se teletransportan cuánticamente —dijo el centurión líder Mep Ahoo—, entonces ¿cómo se han estado moviendo instantáneamente de un lugar a otro de la Tierra durante más de mil cua-

trocientos años?

—Usan la anticuada idea del teletransporte —dijo Orphu—. Almacenar todos los datos del cuerpo y la mente y la personalidad de un ser humano en código, descomponer la materia en energía, transmitirla y luego reagruparla en otra parte, igual que en esa vieja serie de televisión de la Edad Perdida... *Star Truck*.

—*Trek* —lo corrigió el general Beh bin Adee.

—¡Ajá! —dijo Orphu de Io—. Otro fan.

El general chasqueó sus afiladas garras con gesto de sonrojo o irritación.

—Hace mucho tiempo que nuestros científicos determinaron que almacenar cantidades tan increíbles de datos sería imposible —dijo Cho Li—. Requeriría más terabytes de espacio de almacenamiento que átomos hay en el universo.

—Evidentemente los posthumanos encontraron un medio de construir ese almacenamiento de memoria —dijo Orphu—, porque los humanos antiguos se han estado teletransportando durante siglos. No usan el verdadero teletransporte cuántico como nuestro amigo Hockenberry o los dioses del Olimpo, sino la burda destrucción mecánica de las moléculas y su montaje en otro lugar.

—¿Por qué querrían hacer eso con los humanos antiguos? —preguntó Mahnmut—. ¿Por qué un proyecto tan increíble para cien mil personas a quienes tratan casi como mascotas... como animales en un zoo? No hemos visto signos de nueva ingeniería humana, construcción de ciudades o creatividad desde hace más de milenio y medio.

—Tal vez el teletransporte en sí tenga algo que ver con ese retraso cultural —dijo Orphu—. Tal vez no. Pero estoy convencido de que eso es lo que estamos viendo. Un caso de «Teletransporte, Scoot.»

—Scotty —lo corrigió el Retrógrado Sinopessen.

—Gracias —dijo Orphu. A Mahnmut le tensorrayó: *Ya somos tres*.

—Puede que tengas razón y los humanos antiguos hayan estado utilizando una forma burda de replicación-transmisión de materia en vez de auténtico teletransporte cuántico —dijo Asteague/Che—, pero eso no explica Marte ni...

—No, pero la obsesión de los posthumanos por alcanzar otro universo dimensional sí que lo hace —contestó Orphu, sin advertir siquiera en su emoción y su placer que estaba interrumpiendo al Integrante Primero más importante de todo el Consorcio de las Cinco Lunas.

—¿Cómo sabes que los posts estaban obsesionados con llegar a otro universo dimensional? —preguntó el general Beh bin Adee.

—¿Bromeas? —dijo Orphu. Mahnmut supuso que al severo general rocavec del Cinturón de Asteroides no le habían hecho esa pregunta muchas veces en su vida ni en su carrera militar.

—No hay más que echar un vistazo a toda la chatarra que los posthumanos dejaron en órbita —continuó Orphu, ajeno a la sorpresa del moravec militar—. Tienen acumuladores de agujero de gusano, aceleradores de agujeros negros... todo ello primeros intentos de romper el espacio-tiempo y tomar atajos para llegar a este universo... o a otro.

—Los agujeros negros y los agujeros de gusano no funcionan —dijo llanamente el calistano Cho Li—. Al menos no como medio de transporte.

—Sí, nosotros lo sabemos ahora y eso es lo que los posthumanos descubrieron hace más de mil quinientos años —reconoció Orphu—. Entonces, cuando tuvieron en órbita todos esos increíbles satélites de almacenamiento de memoria, además de los burdos portales teletransportadores de replicación de materia para los humanos antiguos (a quienes, me juego el cuello, seguro que usaban como conejillos de indias en todos esos experimentos), sólo entonces empezaron los posthumanos a jugar con los Agujeros Brana y el teletransporte cuántico.

—Nuestros científicos e ingenieros han estado... jugando, como tú lo expresas... con el teletransporte cuántico y la generación de Agujeros Membrana del universo Calabi-Yau desde hace muchos siglos —dijo el Retrógrado Sinopessen. El amalteano estaba tan agitado que casi bailaba sobre sus largas y plateadas patas arácnidas—. Sin suerte —añadió.

—Eso es porque no teníamos lo que permitió a los humanos dar su salto —dijo Orphu de Io, e hizo una pausa. Todos esperaron. Mahnmut sabía que su amigo estaba disfrutando del momento.

—El millón de cuerpos humanos, mentes, memorias y personalidades que fueron almacenados como datos digitales en sus satélites de memoria orbitales —dijo Orphu. Su grave voz sonaba triunfante, como si hubiera resuelto un problema matemático largamente meditado.

—No lo entiendo —dijo el centurión líder Mep Ahoo.

El radar de Orphu fluctuó sobre todos ellos, la caricia de una pluma sobre el espectro electromagnético. Mahnmut pensó que su amigo estaba esperando sus reacciones, quizá sus gritos de aprobación. Nadie se movió ni habló.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Mahnmut.

—¿Qué es el cerebro humano? —preguntó Orphu retóricamente—. Quiero decir, todos nosotros los moravecs tenemos un pedazo de uno. ¿Cómo es? ¿Cómo funciona? ¿Como los ordenadores binarios o de ADN que también llevamos para pensar?

—No —dijo Cho Li—. Sabemos que el cerebro humano no es un ordenador, ni tampoco es una máquina de memoria química como creían los científicos de la Edad Perdida. El cerebro humano... la mente... es un frente de onda holístico firme de estado cuántico.

—¡Exactamente! —exclamó Orphu—. Los posthumanos usaron este conocimiento profundo de la mente humana para perfeccionar sus Agujeros Brana, el viaje en el tiempo y el teletransporte cuántico.

—Sigo sin entenderlo —dijo el Integrante Primero Asteague/Che.

—Piensa en cómo funciona el teletransporte cuántico —dijo Orphu—. Cho, tú puedes explicarlo mejor que yo.

El calistano zumbó y luego moduló el zumbido en palabras.

—Los primeros experimentos de teletransporte (realizados por humanos antiguos en tiempos lejanos, hacia el siglo XX), funcionaban produciendo pares enlazados de fotones... y teletransportando un miembro del par... o más bien teletransportando el estado cuántico completo de ese fotón mientras transmitía el análisis del estado-Bell del segundo fotón a través de canales subliminales regulares.

—¿No viola eso el principio de Heisenberg y las restricciones de la velocidad de la luz de Einstein? —preguntó el centurión líder Mep Ahoo, quien, como Mahnmut, obviamente no había sido informado de los mecanismos por los que los dioses del monte Olimpo marciano se TCeaban a Ilión.

—No —respondió Cho Li—. Los fotones teletransportados no llevan consigo ninguna información cuando se movían instantáneamente de un lugar a otro de este universo... ni siquiera información sobre su propio estado cuántico.

—Entonces los fotones teletransportados son inútiles —dijo el centurión líder Mep Ahoo—. Al menos para propósitos comunicativos.

—No del todo —lo corrigió Cho Li—. El recipiente de un fotón teletransportado tenía una posibilidad entre cuatro de adivinar su estado cuántico... el fotón cuántico sólo tenía esas posibilidades y, por deducción, la de utilizar los fragmentos de información cuántica. Se llaman qubits y los hemos usado con éxito para propósitos de comunicación instantánea.

Mahnmut sacudió la cabeza.

—¿Cómo llegamos de los fotones de estado cuántico que no transmiten información ninguna a los dioses griegos que se teletransportan cuánticamente a Troya?

—«La imaginación puede compararse con el sueño de Adán —entonó Orphu de Io—. Despertó y encontró la verdad.» John Keats.

—¿Podrías intentar ser más críptico? —preguntó cáustico Suma IV.

—Podría —contestó Orphu.

—¿Qué tiene que ver el poeta John Keats con el teletransporte cuántico y el motivo de la actual crisis cuántica? —preguntó Mahnmut.

—Sugiero que los posthumanos consiguieron dar su salto en el teletransporte cuántico y los Agujeros Brana hace más de milenio y medio, precisamente por su conocimiento íntimo de la naturaleza cuanticoholística de la naturaleza humana —dijo el ioniano, ahora con voz seria.

»He hecho algunos estudios preliminares en el ordenador cuántico de la nave —continuó Orphu—. Cuando se representa la conciencia humana como el fenómeno de frente de onda que realmente es, se halla el factor en terabytes de los datos cuánticos qubit en la base del frente de onda de la realidad física misma, se aplican los adecuados campos relativistas de Coulomb que se transforman en estas funciones de onda de mente-conciencia-realidad, entonces se ve fácilmente cómo los posthumanos abrieron Agujeros Brana a nuevos universos y luego se teletransportaron allí.

—¿Cómo? —preguntó el Integrante Primero Asteague/Che.

—Primero abrieron Agujeros Brana a universos alternativos donde había puntos en el espacio-tiempo donde ya había frentes de onda de pares relacionados de conciencia humana.

—¿Eh? —dijo Mahnmut.

—¿Qué es la realidad sino un frente de onda cuántica firme que se colapsa a través de estados de probabilidad? —preguntó Orphu—. ¿Cómo funciona la mente humana sino como una especie de interferómetro que percibe y colapsa esos mismos frentes de ola?

Mahnmut sigue meneando la cabeza. Se había olvidado de los otros moravecs del puente, de que podrían enviar su submarino y la nave de contacto a la Tierra al cabo de menos de tres horas, olvidado del peligro que corrían... se había olvidado de todo excepto del dolor de cabeza que su amigo Orphu de Io le estaba provocando.

—Los posthumanos estaban abriendo Agujeros Brana a universos alternativos que habían cobrado existencia a través de (o al menos habían sido percibidos) las lentes enfocadas de frentes de onda holográficos pree-

xistentes. La imaginación humana. El genio humano.

—Oh, por el amor de Dios —dijo el general Beh bin Adee.

—Posiblemente —dijo Orphu—. Si asumimos un conjunto infinito o casi infinito de universos alternos, entonces muchos de ellos han sido necesariamente imaginados por la pura fuerza del genio humano. Imaginados como singularidades de genio.... analizadores de estados-Bell y editores de la pura espuma cuántica de la realidad.

—Eso es metafísica —dijo Cho Li, escandalizado.

—Es una chorrada —dijo Suma IV.

—No, es lo que pasó aquí —continuó Orphu—. Tenemos un Marte terraformado con gravedad alterada y se nos pide que creamos que esa terraformación pudo conseguirse en unos pocos años. Eso sí que es una chorrada. Tenemos estatuas de Próspero en Marte, donde los dioses griegos viven en lo alto del monte Olimpo y viajan a través del espacio y el tiempo a una Tierra alternativa donde Aquiles y Héctor combaten por el futuro de Ilión. Eso sí que es una chorrada. A menos...

—A menos que los posthumanos abrieran portales exactamente a esos mundos y universos imaginados previamente por la fuerza del genio humano —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Lo cual explicaría las estatuas de Próspero, las criaturas calibánicas en la Tierra y la existencia de Aquiles, Héctor, Agamenón y todos los otros humanos en la Tierra-Ilión.

—¿Y los dioses griegos? —rechazó Beh bin Adee—. ¿Vamos a encontrarnos luego con Jehová y con Buda?

—Podríamos —dijo Orphu de Io—. Pero me da la impresión de que los dioses del Olimpo que hemos visto son posthumanos transformados. Por eso desaparecieron los posthumanos hace mil cuatrocientos años.

—¿Porque decidieron convertirse en dioses? —preguntó el Retrógrado Sinopessen—. ¿Dioses cuyos poderes proceden de la nanotecnología y los trucos cuánticos?

—¿Y por qué no? —preguntó Orphu—. Inmortalidad, elección de género, sexo entre ellos y con cualquier mortal que escogieran, engendrar muchos retoños divinos y mortales (que es algo que los posthumanos no podían hacer solos), por no mencionar el juego de ajedrez de toda una década que es el sitio de Troya.

Mahnmut se frotó la frente.

—Y la terraformación y el cambio de gravedad de Marte...

—Sí —dijo Orphu—. Probablemente requirió casi todos esos mil cuatrocientos años, no sólo tres. Y eso se hizo con la tecnología cuántica de los

dioses en funcionamiento.

—¿Entonces hay un Próspero real, ahí fuera, en alguna parte? —preguntó Mahnmut—. ¿El Próspero de *La Tempestad* de Shakespeare?

—O algo o alguien parecido —dijo Orphu.

—¿Qué hay del monstruo-cerebro que atravesó el Agujero Brana en la Tierra hace unos pocos días? —preguntó Suma IV. El ganimediano parecía enfadado—. ¿Es un héroe de tu preciosa literatura humana?

—Posiblemente —dijo Orphu—. Robert Browning escribió un poema llamado *Caliban sobre Setebos* en el que el monstruo Calibán de *La Tempestad* de Shakespeare reflexiona sobre su dios, una criatura llamada Setebos, a quien Browning hace que Calibán describa como «el que tiene muchas manos como un pulpo». Era un dios arbitrario que se alimentaba del miedo y la violencia.

—Eso es especular mucho —dijo Asteague/Che.

—Sí —contestó Orphu—. Pero también la criatura que fotografiamos parece un cerebro gigante que repta sobre manos humanas gigantescas. Un modelo de evolución improbable en cualquier universo, ¿no os parece? Pero Robert Browning tenía una imaginación impresionante.

—¿Vamos a encontrarnos con Hamlet, allá abajo, en la Tierra? —preguntó Suma IV con audible desdén.

—Oh —dijo Mahnmut—. Oh, eso estaría bien.

—No nos dejemos llevar —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Orphu, ¿de dónde has sacado todas estas ideas?

Orphu suspiró. En vez de responder verbalmente, una proyección holográfica en la vaina de comunicación situada en lo alto del ajado caparazón del enorme ioniano creó una imagen que flotó sobre la mesa.

Seis gruesos libros sobre una estantería visual. Mahnmut vio que uno de los libros se titulaba *En busca del tiempo perdido, volumen III, El camino de Guermantes*. Lo abrió por la página 445. La imagen se centró en las letras de la página.

Mahnmut advirtió de pronto que Orphu era ópticamente ciego: no podía *ver* lo que estaba proyectando. Eso significaba que debía tener memorizados los seis volúmenes de Proust. A Mahnmut le dieron ganas de llorar.

Mahnmut leyó como los otros mientras las letras flotaban en el aire:

«La gente de buen gusto nos dice hoy que Renoir es un gran pintor del siglo XVIII. Pero al decirlo olvidan el elemento tiempo, y que hi-

zo falta mucho, incluso en pleno siglo XVIII, para que Renoir fuera considerado un gran artista. Para conseguir reconocimiento, el pintor original o el artista original actúa como lo hace un oftalmólogo. El tratamiento que nos aplica con la pintura o con la prosa no siempre es agradable. Cuando ha terminado nos dice: “¡Mirad!” Y entonces el mundo a nuestro alrededor (que no fue creado de una vez y para siempre, sino que se crea de nuevo cada vez que nace un artista original) nos parece completamente diferente del mundo antiguo, pero perfectamente claro. Las mujeres pasan por la calle, completamente distintas a las que hemos visto con anterioridad porque son Renoirs, esos Renoirs que insistentemente nos negamos a ver como mujeres. Los carruajes, también, son Renoirs, y el agua, y el cielo; nos sentimos tentados a salir a pasear por el bosque que es idéntico al que vimos por primera vez y nos pareció cualquier cosa menos un bosque, como por ejemplo un tapiz de innumerables tonos, pero sin los tonos precios y peculiares de los bosques. Así es el nuevo universo perecedero que acaba de ser creado. Durará hasta que un nuevo pintor con originalidad precipite la siguiente catástrofe geológica.»

Todos los moravecs que rodeaban la mesa de mapas permanecieron en un silencio roto sólo por el zumbido de los ventiladores, los ruidos de las máquinas y la suave comunicación de fondo de los moravecs que pilotaban la *Reina Mab* en ese momento crítico mientras se acercaban a los anillos ecuatorial y polar de la Tierra.

Finalmente, el general Beh bin Adee rompió el silencio.

—Qué tontería solipsista. Qué basura metafísica. Qué mierda de caballo absoluta.

Orphu no dijo nada.

—Quizá sea mierda de caballo —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Pero es la mierda de caballo más plausible que he oído en los últimos nueve meses de surrealismo. Y le ha valido a Orphu de Io un puesto en la bodega del sumergible *La Dama Oscura* cuando la nave de contacto se separe y caiga a la atmósfera de la Tierra dentro de... dos horas y catorce minutos. Preparémonos todos.

Orphu y Mahnmut se dirigían al ascensor (Mahnmut caminaba en una especie de bruma, el enorme Orphu flotaba en silencio con sus repulsores) cuando Asteague/Che llamó:

—¡Orphu!

El ioniano se giró y esperó, dirigiendo amablemente las cámaras muertas y los tallos de sus ojos hacia el Integrador Primero.

—Ibas a decirnos de quién era la Voz con la que nos vamos a encontrar hoy.

—Oh, bueno... —el amigo de Mahnmut pareció cohibido por primera vez—. Es sólo una suposición.

—Compártela —dijo Integrante Primero.

—Bueno, según mi teoría, ¿quién exigiría con voz femenina ver a nuestro pasajero... Odiseo, hijo de Laertes?

—¿Santa Claus? —sugirió el general Bin Ade.

—No exactamente —dijo Orphu—. Calipso.

Ninguno de los moravecs pareció reconocer el nombre.

—O, del universo del que proceden nuestros nuevos amigos —continuó Orphu—, la encantadora también conocida como Circe.

Harman se había ahogado pero no estaba muerto. Al cabo de unos pocos minutos iba a desear estarlo.

El agua (el fluido) que llenaba el armario de cristal en forma de dodecaedro estaba hiperoxigenada. En cuanto sus pulmones se llenaron por completo, el oxígeno empezó a moverse por los capilares de finas paredes de sus pulmones y a entrar en su torrente sanguíneo. Era suficiente para que su corazón no dejara de latir (o para que empezara a latir de nuevo, podría decirse, ya que se había saltado latidos y detenido durante medio minuto durante el proceso de ahogamiento) y suficiente para mantener su cerebro vivo... aturdido, aterrorizado, aparentemente desconectado de su cuerpo, pero vivo. No podía respirar, sus instintos seguían gritando en busca de aire, pero su cuerpo recibía oxígeno.

Abrir los ojos fue una enorme pugna y la única recompensa que recibió fue una visión giratoria de un billón de palabras doradas y diez billones de imágenes latentes que esperaban a nacer en su cerebro. Era vagamente consciente del panel de cristal de seis lados del armario de cristal inundado y de una forma difusa al otro lado que podía ser Moira, o tal vez Próspero o incluso Ariel, pero esas cosas no eran importantes.

Seguía queriendo respirar de la forma correcta. Si no hubiera estado solamente semiconsciente (tranquilizado por el líquido en preparación para la transferencia), sus respuestas reflejas a la asfixia le habrían matado o lo habrían vuelto loco.

Pero el armario de cristal le reservaba otros modos de volverse loco.

La información empezó a fluir hacia Harman. Información, habían dicho Moira y Próspero, de un millón de libros antiguos. Palabras y pensamientos de casi un millón de mentes largamente muertas, más, porque ca-

da libro contenía multitudes de otras mentes en sus argumentos, sus refutaciones, sus fervientes acuerdos, sus furiosas revisiones y rebeliones.

La información empezó a fluir, pero no se parecía a nada que Harman hubiera sentido o experimentado antes. Había aprendido a leer él solo a lo largo de muchas décadas, convirtiéndose en el primer ser humano antiguo en incontables siglos que entendía los puntos y las curvas y los trazos de los antiguos libros que se pudrían en las estanterías por todas partes. Pero las palabras de un libro fluyen en la mente de modo lineal al ritmo de la conversación: Harman siempre había oído una voz que no llegaba a ser la suya leyendo cada palabra en voz alta en su mente después de haber aprendido a leer. Sigleer era una forma más rápida pero menos efectiva de asimilar un libro: la función nanotécnica hacía fluir los datos de los libros por los brazos hasta el cerebro como carbón acarreado a un horno, sin el lento placer y el contexto de la lectura. Después de sigleer un libro, Harman siempre se daba cuenta de que había aprendido algunos datos nuevos, pero parte del significado del libro se perdía debido a la ausencia de tonos y contexto. Nunca oía una voz en su cabeza cuando sigleía y a menudo se preguntaba si aquello había sido diseñado como una función para los antiguos de la Edad Perdida para absorber tablas de información a palo seco, paquetes de datos predigeridos. Sigleer no era el modo de leer una novela o una obra de Shakespeare, aunque la única obra shakesperiana que Harman había encontrado hasta entonces era una pieza sorprendente y conmovedora llamada *Romeo y Julieta*. Hasta que la había leído Harman ignoraba que existiera algo llamado «obra»: la única forma de entretenimiento de ficción de su pueblo era el drama turín sobre el sitio de Troya, y eso desde hacía apenas una década.

Pero mientras que leer era un fluido lento y lineal y sigleer era como un súbito cosquilleo del cerebro que dejaba un residuo de información, aquel armario de cristal era...

*La Doncella me capturó en la selva
mientras yo bailaba alegremente.
Me metió en su armario
y me encerró con una llave de oro.*

Esta información que Harman recibía no entraba a través de sus ojos, oídos o de ninguno de los otros sentidos naturales humanos que la naturaleza había hecho evolucionar para llevar datos a los nervios y el cerebro. Estrictamente hablando, no pasaba a través de él por contacto, aunque los

trillones de picoteos de información del líquido dorado atravesaban cada uno de los poros de su piel y cada célula de su carne.

Al ADN, Harman lo sabía ahora, le gusta el modelo estándar de doble hélice. La evolución había elegido por diversos motivos a la hélice doble para que llevara su carga más sagrada, pero sobre todo porque era la forma más fácil y efectiva para que fluyera la energía libre (hacia adelante o hacia atrás), ya que esa energía determina los pliegues, uniones, formas y funciones de moléculas gigantescas como las proteínas, el ARN y el ADN. Los sistemas químicos siempre avanzan hacia el estado más bajo de energía libre y la energía libre se minimiza cuando dos grupos complementarios de nucleótidos se emparejan como una escalera Shaker doble.

Pero los posthumanos que habían rediseñado el hardware y el software de la rama del genoma humano antiguo de Harman habían previsto un porcentaje grande del ADN redundante de los cuerpos de su especie decantada. En vez de ADN-B dextrógiro, los posthumanos habían colocado en su sitio hélices dobles de ADN-Z levógiro del tamaño habitual, unos dos nanómetros de diámetro. Habían usado esas moléculas de ADN-Z como claves, elevándolas a partir de un andamiaje de hélices de ADN más complejas como moléculas de cruce doble, uniendo estas cuerdas de ADN DX a jaulas proteínicas a prueba de filtros. Dentro de esos miles de millones de jaulas de proteínas de los huesos, los músculos, los tejidos, los testículos, los dedos y los folículos pilosos de Harman había macromoléculas de recepción y organización biológica que servían a conjuntos encapsulados aún más complejos de grupos de almacenamiento de memoria orgánica nanoelectrónicos.

Todo el cuerpo de Harman, cada célula, estaba devorando la biblioteca de un millón de volúmenes del Taj Moira.

*El armario está formado de oro
y perla y cristal que resplandecen
y dentro se abre a un mundo
y una hermosa noche lunar.*

El proceso dolía. Dolía mucho. Ahogado y flotando boca arriba como una carpa muerta en el líquido dorado del armario de cristal, Harman sentía el dolor de una pierna o un brazo que se le había quedado dormido y que lenta, dolorosamente, volvía a despertar, el miembro picoteado por diez mil agujas afiladas y calientes. Pero no era sólo en un brazo o una pierna. Las células de todo su cuerpo, por dentro y por fuera, las moléculas de cada nú-

cleo celular y de cada membrana despertaban a los datos y hacían fluir la energía libre a través de los circuitos ADN Yan-Shen-Yurke por todas partes del organismo colectivo llamado Harman.

Dolía más allá de la habilidad de Harman de imaginar o contener el dolor. Abrió la boca varias veces para gritar, pero no había aire en sus pulmones, ni a su alrededor y sus cuerdas vocales vibraban en el líquido dorado donde se había ahogado.

Nanopartículas metálicas, nanotubos de carbono y artilugios nanoelectrónicos más complejos por todo el cuerpo y en el cerebro de Harman, elementos que habían estado allí desde antes de su nacimiento, sentían la corriente, se polarizaban, rotaban y se realineaban en tres dimensiones. Empezaban a conducir y almacenar información; cada complejo puente de ADN de los trillones que esperaban en las células de Harman rotaba, se realineaba, se recombinaba y aseguraban datos a través del ADN de su estructura más esencial.

Harman veía el rostro de Moira cerca del cristal, sus oscuros ojos de Savi asomados, su expresión tras el cristal... ¿de ansiedad, de remordimiento, de simple curiosidad?

*Otra Inglaterra vi allí,
otro Londres con su Torre,
otro Támesis y otras colinas
y otro agradable Surrey Bower.*

Los libros (advirtió Harman a través de la cascada de dolor) eran simplemente nódulos de una matriz casi infinita de información existente en cuatro dimensiones, evolucionando hacia la idea del concepto de la aproximación de la sombra de la Verdad verticalmente a través del Tiempo además de, longitudinalmente, a través del conocimiento.

Como un niño en su cuna, Harman había usado raras hojas de pergamino y marcadores aún más extraños llamados lápices y cubierto las hojas de puntos, y luego se había pasado horas tratando de conectar todos los puntos con las líneas. Siempre parecía haber otra posible línea que dibujar, otros dos puntos que conectar, y antes de que terminara la hoja de cremoso pergamino se había convertido en una mancha casi sólida de grafito. En años posteriores, Harman se preguntó si su joven mente intentaba capturar y expresar su percepción de los faxportales que había atravesado desde que fue lo bastante mayor para caminar... para que su madre lo llevara en bra-

zos, en realidad. Nueve millones de combinaciones de trescientos pabellones de faxnódulos conocidos.

Pero ese conectar-los-puntos de información para almacenar jaulas macromoleculares era miles de veces más complejo e infinitamente más doloroso.

*Otra Doncella como ella misma,
Transparente, hermosa, resplandeciente,
tres veces cada una en la otra cerrada.
¡Oh qué tembloroso temor!*

*¡Oh qué sonrisa! Una triple sonrisa
me llenó, como una llama ardí.
Me incliné para besar a la hermosa doncella
y encontré devuelto un Triple Beso.*

Harman ya sabía que William Blake se había ganado la vida como grabador, y que no había sido un grabador popular o de éxito. «Todo es contexto.» Blake murió un domingo por la tarde, caluroso y bochornoso (el 12 de agosto de 1827). El día de su muerte casi nadie sabía que el silencioso y a menudo malhumorado grabador había sido un poeta respetado por varios de sus contemporáneos más conocidos, incluido Samuel Coleridge. [*El contexto es a los datos lo que el agua a un delfín.*] [*Los delfines eran una especie de animal acuático extinguida a principios del siglo XXII.*] William Blake se consideraba literalmente un profeta, como Ezequiel o Isaías, aunque sólo sentía desdén por los místicos, los que propagaban el ocultismo o por las teosofías tan populares en su época. [*Ezequiel Mao Kent era el nombre del biólogo marino que acompañó a Almorenian d'Azure, el último delfín, que murió de cáncer en el Oceanarium de Bengala la tarde calurosa y bochornosa del 11 de agosto de 2134. El Comité de Especies Solicitadas de las N.U.N. decidió no restituir la familia Delphinidae a partir del ADN almacenado sino permitir que la especie se uniera a los otros Delphinidae y a otros grandes cetáceos marinos en su pacífica extinción.*]

Los datos en sí, descubrió Harman mientras miraba, desnudo, desde el centro de su propio cristal, eran tolerables. Era el constante dolor del contexto en expansión nerviosa, como una telaraña, lo que lo mataría.

Me esforcé por captar la Forma más íntima

*con fiero ardor y llamas de fuego.
Pero estalló el armario de cristal
y como un bebé sollozante se tornó*

*Un bebé sollozante en el bosque
y una pálida mujer sollozante reclinada,
y en el aire exterior de nuevo
llené de pesares al Viento de paso.*

Harman llegó al límite de su capacidad para absorber dolor y complejidad. Sacudió los miembros en el denso líquido dorado, descubrió que tenía menos movilidad que un embrión, que sus dedos se habían convertido en aletas, que sus músculos se habían atrofiado en débiles harapos y que aquel dolor era el verdadero medio y el líquido amniótico del universo.

«¡No soy una tábula rasa!», quiso gritarles a aquel bastardo de Próspero y a la perra definitiva, Moira. Esto lo mataría.

«Cielo e Infierno nacen juntos», pensó Harman y supo que Blake lo había pensando negando la creencia calvinista de Swedenborg en la predestinación:

*Verdaderamente mi Satán eres pero además idiota
y no distingues el hábito del hombre.*

¡Basta! ¡Basta! Por favor Dios.

*Tú eres adorado por los nombres divinos
de Jesús y Jehová: tú aún eres
el Hijo de la Mañana en el cansado declive de la Noche.
Los viajeros perdidos sueñan bajo la colina.*

Harman gritó a pesar de que no había aire en sus pulmones para formar el grito, ni aire en su garganta para permitir el grito, ni aire en el tanque para conducir el grito. [El aparato desnudo, uno de seis trillones, consta de cuatro dobles hélices conectadas en el centro por dos secuencias de ADN sin pareja. La región intermedia puede asumir dos estados diferentes: el universo a menudo disfruta adoptando una forma binaria. Rotar las dos hélices media vuelta a un lado del puente central crea la llamada PX o estado intermedio paranémico.] Esto tres mil millones de veces por segundo y se consigue una pureza de tortura nunca soñada por los diseñado-

res más fanáticos de las máquinas de tortura más ingeniosas de la Inquisición.

Harman trató de gritar de nuevo.

Habían pasado quince segundos desde el inicio de la transferencia.

Faltaban cincuenta y nueve minutos y cuarenta y cinco segundos.

Me llamo Thomas Hockenberry. Tengo un doctorado en estudios clásicos. Mi especialidad es estudiar, escribir y enseñar la *Iliada* de Homero.

Durante casi treinta años fui catedrático, la última década y media en la Universidad de Indiana, en Bloomington, Indiana. Luego fallecí. Me desperté (o fui resucitado) en el monte Olimpo... o en lo que seres que se hacían pasar por dioses llamaban el monte Olimpo, aunque más tarde descubrí que se trataba del gran volcán de Marte, el Olympus. Estos seres, estos dioses, o sus superiores (personalidades de las que he oído hablar pero sé poco o nada, una de ellas llamada Próspero como el personaje de *La Tempestad* de Shakespeare), me reconstruyeron para que fuera escólico, o sea, un observador de la guerra de Troya. Presenté mis informes durante diez años a una de las musas. Registraba mis relatos diarios en piedras parlantes, pues incluso los dioses de aquí son analfabetos. Estoy registrando esto en una pequeña grabadora electrónica de estado sólido que robé en la nave moravec llamada la *Reina Mab*.

El año pasado, hace justo nueve meses, todo se fue a hacer puñetas y la guerra de Troya tal como se describe en la *Iliada* se salió de madre. Desde entonces ha habido confusión, una alianza entre Aquiles y Héctor (y por tanto entre todos los troyanos y los griegos) para luchar contra los dioses; más confusión, traiciones, el cierre del último Agujero Brana que conectaba el Marte actual con la antigua Ilión y que hizo que los soldados y técnicos moravec huyeran de esta Tierra-Ilión. Sin Aquiles (desaparecido al otro lado del Agujero Brana en un ahora lejano Marte del futuro) la guerra de Troya se reemprendió, Zeus desapareció y, en su ausencia, los dioses y diosas bajaron a combatir junto a sus respectivos campeones. Durante un tiempo pareció que los ejércitos de Agamenón y Menelao habían toma-

do Troya. Diomedes estuvo a punto de tomar la ciudad. Entonces Héctor abandonó su reclusión (es interesante cómo esta parte de nuestra historia reciente corre en paralelo a la larga reclusión de Aquiles en su tienda en la *Iliada*) y el hijo de Príamo en seguida mató al aparentemente invulnerable Diomedes en combate singular.

Al día siguiente, según me han contado, Héctor derrotó a Ajax: Ajax *el Grande*, el gran Ajax, el Ajax de Salamina. Helena me cuenta que Ajax suplicó por su vida pero que Héctor lo mató sin piedad. Menelao (el ex marido de Helena y la parte agraviada que inició esta maldita guerra) murió por un impacto de flecha en el cerebro ese mismo día.

Entonces, como había visto tantos cientos de veces en mis más de diez años de observación de campo, la iniciativa de la batalla cambió una vez más. Los dioses que apoyaban a los aqueos dirigieron el contraataque tras las diosas Hera y Atenea, con el rugiente Poseidón destruyendo los edificios de Ilíon y, durante un tiempo, Héctor y sus hombres tuvieron que retirarse de nuevo a la ciudad. Me han dicho que Héctor llevó a su hermano herido, el heroico Deífobo, sobre sus espaldas.

Pero hace dos días, justo cuando Troya estaba a punto de caer de nuevo (esta vez ante un ataque combinado de los furiosos aqueos y los más poderosos e implacables dioses y diosas, con Atenea, Hera, Poseidón y los suyos dándoles una paliza a Apolo y los otros dioses que defendían la ciudad), reapareció Zeus.

Helena me cuenta que Zeus hizo pedazos a Hera, lanzó a Poseidón al pozo infernal del Tártaro y ordenó al resto de los dioses que volvieran al Olimpo. Dice que los dioses antaño poderosos, docenas y docenas de ellos, se teletransportaron cuánticamente en sus dorados carros voladores y con sus hermosas armaduras doradas, obedientes, de regreso al Olimpo, como niños culpables que esperan la azotaina de su padre.

Y ahora los griegos están recibiendo la del pulpo. El mismísimo Zeus, más alto que las nubes, según dice Helena, mató a miles de argivos, hizo retroceder al resto hasta los barcos y luego los quemó con sus rayos. Helena dice que el señor de los dioses envió una enorme ola que hundió las negras quillas de los barcos. Luego Zeus desapareció y no ha vuelto desde entonces.

Dos semanas más tarde (después de que ambos bandos hubieran encendido hogueras para incinerar a los miles de caídos y observado los ritos funerarios de nueve días), Héctor lideró con éxito un contraataque que ha hecho retroceder a los griegos aún más. Parece que unos treinta mil de

los aproximadamente cien mil argivos iniciales han sobrevivido, aunque muchos de ellos (como su rey Agamenón) están heridos y desmoralizados. Sin barcos para escapar ni forma de conseguir que sus leñadores lleguen a las laderas boscosas del monte Ida para cortar madera con la que construir otras naves, han hecho todo lo posible por resistir, cavando profundas trincheras, cubriéndolas con estacas, lanzando flechas de madera, excavando una serie de zanjas que conectan con sus propias líneas, construyendo montículos de arena, reuniendo sus escudos y lanzas y letales arqueros en una sólida pared alrededor de este semicírculo de muerte cada vez más reducido. Es la última resistencia de los griegos.

Es la tercera mañana desde mi llegada y estoy en el campamento griego, un arco amurallado y atrincherado de poco más de medio kilómetro, con los miserables aqueos amontonados y acorralados por las ruinas humeantes de sus naves. Están de espaldas al mar.

Héctor tiene todas las ventajas: más hombres, en una proporción de casi cuatro a uno, con la moral más alta y bien alimentados. Los griegos empiezan a pasar hambre mientras huelen los cerdos y vacas asándose en las hogueras de los sitiadores troyanos. Helena y el rey Príamo estaban seguros de que los griegos serían derrotados hace dos días, pero los hombres desesperados son valientes, hombres que no tienen nada que perder, y los griegos han estado luchando como ratas acorraladas. También han tenido la ventaja de líneas interiores más cortas y de luchar tras defensas fijas, aunque es cierto que estas ventajas de poco les valdrán sin comida ni suministro de agua, ya que los troyanos han cortado el río a un kilómetro de la playa y el tifus empieza a hacer mella en la multitud del insalubre campamento aqueo.

Agamenón no combate. Durante tres días el hijo de Atreo, rey de Micenas y comandante en jefe de esta fuerza expedicionaria, antaño enorme, se ha estado ocultando en su tienda. Según Helena Agamenón resultó herido durante la retirada general de los griegos, pero por los capitanes y guardias de aquí me entero de que sólo se rompió un antebrazo y no hay que temer por su vida. Parece que fue la moral de Agamenón la que resultó gravemente herida. El gran rey, la némesis de Aquiles, no pudo recuperar el cadáver de Menelao cuando su hermano fue alcanzado en un ojo por una flecha, y aunque Diomedes, *Ayax el Grande* y los otros héroes griegos caídos han tenido los funerales apropiados y cremaciones en sus altos túmulos en la playa, el cuerpo de Menelao fue arrastrado tras el carro de Héctor alrededor de las murallas vitoreantes de Ilión. Parece que fue la gota

que colmó el vaso del tenso y arrogante Agamenón. En vez de enfurecerse y luchar, Agamenón se ha hundido en la depresión y la negatividad.

Los otros griegos no han necesitado de su liderazgo para saber que tienen que luchar por sus vidas. Su estructura de mando ha sido severamente reducida: Ajax *el Grande* muerto, Diomedes muerto, Menelao muerto, Aquiles y Odiseo desaparecidos al otro lado del Agujero Brana cerrado... El viejo Néstor dirige la mayor parte de la lucha desde hace dos días. El guerrero antaño reverenciado ha vuelto a ser reverenciado, al menos en las débiles filas de los aqueos. Aparece con su cuádriga cada vez que las líneas griegas parecen a punto de ceder, urgiendo a los cavadores de trincheras a sustituir las picas y rellenar las zonas de arena desplomadas, a mejorar las trincheras internas con bloques de piedra y huecos por donde poder disparar a salvo las flechas, enviando hombres y muchachos como exploradores nocturnos para robar agua a los troyanos, y pidiendo siempre a los hombres que tengan valor. Antíloco y Trasimedes, los hijos de Néstor, que tuvieron pocos momentos de valor durante los primeros diez años de guerra o durante la breve guerra contra los dioses, han luchado espléndidamente estos dos últimos días. Trasimedes fue herido ayer dos veces, una por una lanza y la otra por una flecha en el hombro, pero continuó combatiendo, dirigiendo a sus brigadas pileas para contener la ofensiva troyana que amenazaba con cortar en dos el semicírculo defensivo.

Acaba de amanecer el tercer día, posiblemente el último día, ya que los troyanos se han movido toda la noche trasladando fuerzas, trayendo más soldados, carros y equipo para cavar trincheras, y más de cien mil soldados troyanos relativamente frescos se agrupan en torno al perímetro defensivo mientras hablo.

He traído la grabadora al campamento de Agamenón porque Néstor ha convocado a sus caudillos supervivientes. Al menos a los que pueden abandonar sus puestos en estos momentos. Estos hombres cansados y sucios ignoran mi presencia... o más bien probablemente recuerdan que pasé mucho tiempo con y cerca de Aquiles, durante los ocho meses de guerra con los dioses, así que aceptan mi presencia. Y la visión de esta grabadora del tamaño de una galleta en mi mano no significa nada para ellos.

Ya no sé para quién observo y grabo estas cosas. Imagino que sería la persona *non grata* definitiva si apareciera en el Olimpo y entregara esta grabación a una de las musas que pretendieron matarme, así que haré es-

tas observaciones y grabaré estas palabras sólo como el estudioso que una vez fui, no como el esclavo escólico en que me convirtieron. Y aunque ya no sea estudioso, puedo servir como corresponsal de guerra en estas últimas horas de la última resistencia de los griegos y el final de esta época heroica.

NÉSTOR

¿Qué noticias hay? ¿Creéis que vuestros hombres aguantarán la posición hoy?

IDOMENEO

(Comandante del contingente cretense. La última vez que lo vi, acababa de matar a la amazona Bremusa de un lanzazo. Momentos después, el Agujero Brana se cerró. Idomeneo fue uno de los últimos en abandonar a Aquiles)

Las noticias son malas en mi zona del frente, noble Néstor. Por cada troyano que hemos matado en estos últimos dos días, otros tres han ocupado su lugar durante la noche. Preparan sus lanzas y herramientas zapaadoras para el ataque. Sus arqueros siguen congregándose. Hoy será un día decisivo.

AYAX EL MENOR

(por distintos que fueran los Ayantes —los dos Ajax—, eran como hermanos. Nunca he visto tan sombrío a este Ajax de la Lócride. Las ojeras y arrugas de su cara están tan marcadas de sangre y lodo que parecen una máscara kibuki)

Néstor, hijo de Neleo, héroe de los tiempos más sombríos, mis combatientes de la Lócride resistieron al enemigo durante gran parte de la noche mientras los exploradores de Deífobo intentaban rodearnos por el flanco norte del perímetro. Los combatimos hasta que la marea se volvió roja. Nuestra sección de la trinchera se está llenando de muertos propios y muertos troyanos y pronto estarán pisando cuerpos amontonados diez palmos de altura. Un tercio de mis hombres ha muerto, los demás están agotados. Héctor ha enviado tropas nuevas para reemplazar sus pérdidas.

NÉSTOR

Podalirio, ¿cómo le va al último hijo de Atreo?

PODALIRIO

(El hijo de Asclepio es uno de los últimos médicos que les quedan a los griegos. También es, junto con su hermano Macaón, comandante de los tesálidos de Trica)

Noble Néstor, Agamenón tiene el brazo en cabestrillo, no ha tomado ninguna hierba para el dolor y está despierto y razona.

NÉSTOR

¿Por qué entonces no ha salido de su tienda? Sus tropas constituyen el número mayor que le queda a nuestro ejército, pero se protegen en el centro como mujeres. Sus corazones han desaparecido sin su líder.

PODALIRIO

El corazón de su líder ha desaparecido sin su hermano Menelao.

TEUCRO

(El maestro arquero, hermanastro y querido amigo del caído Ajax el Grande)

Entonces Aquiles tenía razón hace diez meses cuando se enfrentó a Agamenón ante nuestros ojos y dijo que el gran rey tiene el corazón de una cierva. *(Escupe en la arena.)*

EUMELO

(Hijo de Admeto y Alcestis, comandante de los tesalios de Feras. A menudo Aquiles y Odiseo lo llamaban «señor de hombres»)

¿Y dónde está su acusador, Aquiles? El cobarde se quedó atrás en la base del monte Olimpo en vez de enfrentarse aquí a su muerte con sus camaradas. El de los pies ligeros también ha resultado tener el corazón, y los pies, de una cierva.

MENESTIO

(El enorme capitán de los mirmidones, antiguo teniente de Aquiles)

Mataré a cualquier hombre que diga eso del hijo de Peleo. Él nunca nos abandonaría por propia voluntad. Todos vimos y oímos a la diosa decirle a Aquiles que había sido encantado por el hechizo de Afrodita.

EUMELO

Encantado por el coño de la amazona, querrás decir.

(Menestio avanza hacia Eumelo y empieza a desenvainar la espada.)

NÉSTOR

(Interponiéndose entre ambos)

¡Basta! ¿No nos matan los troyanos con suficiente rapidez que necesitamos aumentar nuestra propia carnicería? ¡Eumelo, atrás! ¡Menestio, envaina tu espada)

PODALIRIO

(Hablando como último médico de los aqueos, no como doctor personal de Agamenón)

Lo que nos está matando es la enfermedad. Hay otros doscientos muertos, sobre todo entre los epeos que defienden la ribera del río al sur.

POLIXENO

(Hijo de Agastenes, comandante de los epeos)

Es cierto, mi señor Néstor. Al menos hay doscientos muertos y otros mil están demasiado enfermos para combatir.

DRESEO

(Capitán de los epeos, recién ascendido a comandante)

La mitad de mis hombres no respondieron a diana esta mañana, mi señor Néstor.

PODALIRIO

Y se está extendiendo.

ANFIÓN

(Otro capitán de los epeos recién ascendido)

Es el arco de plata de Febo Apolo el que nos golpea, como hizo hace diez meses cuando la enfermedad difundida por el dios hizo que tuviéramos que quemar cadáveres todas las noches. Fue eso lo que produjo la primera discusión entre Aquiles y Agamenón... y lo que causó todas nuestras cuitas.

PODALIRIO

Oh, al carajo con Febo Apolo y su arco plateado. Los dioses, incluido Zeus, nos causaron grandes males y ahora se han ido, y sólo ellos saben si

volverán. Personalmente, no me importa si lo hacen o no. Estas muertes, esta enfermedad, no viene del arco plateado de Apolo... creo que viene del agua hedionda que estamos bebiendo. Nos estamos bebiendo nuestros propios orines y nos sentamos en nuestros propios excrementos. Mi padre, Asclepio, tenía una teoría sobre la enfermedad en el agua contaminada y...

NÉSTOR

Sabio Podalirio, nos alegrará escuchar la teoría sobre la enfermedad de tu padre en otro momento. Ahora mismo necesito saber si podremos contener a los troyanos hoy y qué nos aconsejan que hagamos nuestros capitanes.

EQUEPOLO

(Hijo de Anquises)

Deberíamos rendirnos.

Trasimedes *(El hijo de Néstor que tan valientemente combatió el día anterior. Sus heridas están vendadas, pero parece sufrir por ellas más hoy que en el calor de la larga lucha de ayer)*

¡Rendirnos, una mierda! ¿Quién en nuestro círculo de argivos se acobarda por el miedo y sugiere una vergonzosa rendición? Ríndete a mí, hijo de Anquises, y pondré fin a tus miserias con la misma seguridad con que lo harán los troyanos.

EQUEPOLO

Héctor es un hombre honorable. El rey Príamo solía serlo y tal vez lo será. Viajé con Odiseo a Troya, los de Ítaca vinimos a razonar con Príamo, para intentar recuperar a Helena con conversaciones para evitar esta guerra, y tanto Príamo como Héctor fueron hombres razonables y honorables. Héctor oíría nuestra rendición.

TRASIMEDES

Eso fue hace once años y cien mil almas enviadas al Hades, necio. Viste el grado de merced de Héctor cuando Ajax *el Grande* le suplicó por su vida, su largo escudo destrozado y los mocos y las lágrimas corriéndole por el rostro. Héctor le atravesó con la espada y le arrancó el corazón. Sus hombres probablemente no serán tan misericordiosos contigo.

NÉSTOR

Sé que se ha hablado de rendición. Pero Trasimedes tiene razón: ya se

ha derramado demasiada sangre en suelo troyano para que haya ninguna esperanza de merced. Nosotros no habríamos dado ninguna a los ciudadanos de Ilión, ¿no?, si hubiéramos quebrado sus murallas con más éxito hace tres semanas... o hace diez años. Todos los presentes sabéis que habríamos matado a todo hombre lo bastante mayor o lo bastante joven para empuñar una espada o un arco, y habríamos eliminado a sus viejos por engendrar a nuestros enemigos, violado a sus mujeres, nos habríamos llevado como esclavos a todas sus mujeres y niños supervivientes y habríamos prendido fuego a la ciudad y sus templos. Pero los dioses... o los Hados, quienquiera que decida el resultado de esta guerra, se han vuelto contra nosotros. No podemos esperar de los troyanos, que sufrieron nuestra invasión y nuestros diez años de asedio, más merced que la que nosotros les habríamos concedido. No, decid a vuestros hombres, si oís esos murmullos, que es una locura rendirse. Es mejor morir de pie que de rodillas.

IDOMENEO

Mejor todavía es no morir. ¿No hay ningún plan para salvarnos?

ALASTOR

(Comandante teucro)

Las naves han sido quemadas. Se nos está acabando la comida, pero todos habremos muerto de sed antes que de hambre. La enfermedad se lleva a más gente cada hora.

MENESTIO

Mis mirmidones quieren hacer una salida, que nos abramos paso entre las líneas troyanas y nos dirijamos al sur, al monte Ida y los densos bosques de allí.

NÉSTOR

(asintiendo)

Tus mirmidones no son los únicos que piensan en hacer una salida y escapar, valiente Menestio. Pero tus mirmidones no pueden hacerlo solos. Ninguna de nuestras tribus o grupos puede. Las líneas troyanas se extienden durante kilómetros y las de sus aliados aún más. Esperan que intentemos salir. Probablemente se estarán preguntando por qué no lo hemos intentado. Tu conoces las leyes del combate con la espada, el escudo y la lanza, Menestio, todos los mirmidones y aqueos las conocen: por cada hombre que cae en el combate escudo-contra-escudo, cien caen abatidos

mientras huyen. No nos quedan carros, los jefes de Héctor los tienen a centenares. Nos alcanzarán y nos masacrarán como a corderos antes de que crucemos el lecho seco del río Escamandro.

DRESEO

¿Entonces nos quedamos? ¿Moriremos aquí, hoy o mañana, en la playa, junto a los maderos quemados de nuestras grandes naves negras?

ANTILOCO

(El otro hijo de Néstor)

No. La rendición queda fuera de toda cuestión para cualquier hombre que tenga pelotas, y defender esta posición será imposible dentro de unas horas... puede que lo sea durante el siguiente ataque. Pero yo digo que tenemos que intentar hacer una salida todos al mismo tiempo. Nos quedan treinta mil soldados, y más de veinte mil están lo bastante bien para luchar y correr. Cuatro de cada cinco de nosotros pueden caer, cierto, y morirán como ovejas antes de que lleguemos a los bosques del monte Ida... pero con esas probabilidades, cuatro o cinco mil de nosotros sobrevivirán. La mitad de ese número puede incluso sobrevivir a las batidas por el bosque que harán los troyanos y sus aliados, como nobles persiguiendo a una presa, y la mitad de ese número restante puede encontrar su camino para salir de este maldito continente y cruzar los mares oscuros como el vino y volver a casa. Esas probabilidades me bastan.

TRASIMEDES

Y a mí.

TEUCRO

Cualquier probabilidad es mejor que la certeza de que nuestros huesos se blanquearán en esta puñetera playa maldita de mierda.

NÉSTOR

¿Votas entonces por hacer una salida, hijo de Telemón?

TEUCRO

Tienes toda la maldita razón, mi señor Néstor.

NÉSTOR

Noble Epeo, no has hablado aún en este consejo. ¿Qué opinas?

EPEO

(Arrastrando los pies y mirando avergonzado hacia el suelo. Epeo es el mejor púgil de todos los aqueos y su cara y su cabeza afeitada muestran sus años como deportista: orejas rotas, la nariz aplastada, tejido cicatrizado permanente en sus mejillas y entrecejo, incontables cicatrices incluso en el cuero cabelludo. No puedo dejar de ver la ironía en la postura de Epeo en este consejo y mi propio efecto sobre su vida y su destino. Nunca famoso por su habilidad en la batalla, Epeo habría ganado las competiciones de boxeo en los juegos funerarios de Patroclo, celebrados por Aquiles, y habría sido el capataz encargado de la construcción del caballo de madera concebido por Aquiles si yo no hubiera empezado a cargarme la versión Homérica de esta historia hace casi un año. Si Epeo forma ahora parte del consejo de jefes es sólo porque todos sus oficiales al mando, hasta Menelao, han muerto)

Mi señor Néstor, cuando tu oponente está más confiado, cuando cruza el espacio de la lucha hacia ti con la certeza en el corazón de que vas a caer para la cuenta, incapaz de levantarte, entonces es el mejor momento para golpearle con fuerza. En este caso, golpearle duro, aturdirlo, derribarlo y correr por nuestras vidas. Estuve en los Juegos una vez cuando un púgil hizo exactamente eso.

(Todos rien.)

EPEO

Pero tendrá que ser de noche.

NÉSTOR

Estoy de acuerdo. Los troyanos ven demasiado lejos y sus carros son demasiado veloces para que tengamos oportunidadde combatir de día.

MERÍONES

(Hijo de Molo, camarada de Idomeneo, segundo al mando de los cretenses)

No tendremos muchas más probabilidades a la luz de la luna. La luna está casi llena.

LAERCES

(Un mirmidón, hijo de Hemón)

Pero el sol de invierno se pone antes y la luna sale más tarde esta semana. Tendremos casi tres horas desde el principio de la auténtica oscuridad, la oscuridad en la que necesitas una antorcha para encontrar el camino, y la salida de la luna.

NÉSTOR

La cuestión es: ¿Podremos aguantar las horas del día y tendrán nuestros hombres fuerzas suficientes para luchar? Tendremos que concentrar nuestro ataque y luchar con fiereza para abrir una brecha en las líneas troyanas. ¿Les quedará suficiente energía para correr los treinta kilómetros o más que nos separan de los bosques del monte Ida?

IDOMENEO

Tendrán la energía para luchar hoy si saben que pueden tener una posibilidad de vivir esta noche. Yo digo que ataquemos a los troyanos en el centro de sus líneas, justo donde se encuentra Héctor, ya que ha concentrado sus fuerzas en ambos flancos para la batalla de hoy. Digo que hagamos la salida esta noche.

NÉSTOR

¿Y los demás? Necesito oír todas vuestras opiniones. Es verdaderamente todo o nada, todos o ninguno en este intento.

PODALIRIO

Tendremos que dejar atrás a nuestros enfermos y heridos, y habrá miles de ellos más al anochecer. Los troyanos los matarán. Quizás hagan algo peor que matarlos en su frustración si alguno de nosotros consigue escapar.

NÉSTOR

Sí. Pero así son los caprichos de la guerra y el destino. Necesito oír vuestros votos, nobles jefes de los aqueos.

TRASIMEDES

Sí. Que sea esta noche. Y que los dioses cuiden de aquellos que quedan atrás y sean capturados más tarde.

TEUCRO

Que les den por el culo a los dioses. Yo digo que sí, si nuestro destino es morir aquí en esta playa pestilente, digo que desafiamos a los Hados. Vayamos esta noche a la caída de la auténtica oscuridad.

POLIXINO

Sí.

ALASTOR

Sí. Esta noche.

AYAX EL MENOR

Sí.

EUMELO

Sí. Todo o nada.

MENESTIO

Si mi señor Aquiles estuviera aquí, iría a por la garganta de Héctor. Tal vez tengamos suerte y podamos matar al hijo de puta en nuestra salida.

NÉSTOR

Otro voto a favor de salir. ¿Equepolo?

EQUEPOLO

Creo que todos moriremos si nos quedamos y luchamos un día más. Creo que todos moriremos si tratamos de escapar. Prefiero quedarme con los heridos y ofrecer mi rendición a Héctor, confiando en que le quede algún resto de su antiguo honor y su sentido de la piedad. Pero les diré a mis hombres que pueden decidir por sí mismos.

NÉSTOR

No, Equepolo. La mayoría de los hombres seguirán las órdenes de su comandante. Puedes quedarte atrás y rendirte, pero te retiro del mando y nombro a Anfión en tu lugar. Puedes ir directamente a la tienda donde esperan los heridos, pero no hables con nadie. Tu brigada es pequeña y está a la izquierda de la de Anfión en la línea... las dos pueden unirse sin confusión ni necesidad de recolocar las tropas. Es decir, asciendo a Anfión si Anfión vota a favor de abrirnos paso luchando esta noche.

ANFIÓN

Así voto.

DRESEO

Yo voto por mis epeos: lucharemos y moriremos esta noche, o lucharemos y escaparemos. Quiero ver mi casa y mi familia de nuevo.

EUMELO

Los hombres de Agamenón y los seres moravec nos dijeron que nuestras ciudades y hogares estaban vacíos, nuestros reinos despoblados, nuestros pueblos robados por Zeus.

DRESEO

Y a eso yo digo: a la mierda con Agamenón, a la mierda con los juguetes moravec y a la mierda con Zeus. Pienso ir a casa a ver si mi familia está esperando. Creo que lo está.

POLIPETES

(Otro hijo de Agastenes, caudillo de los lápidas de Argisa)

Mis hombres aguantarán las posiciones hoy y liderarán la lucha esta noche. Lo juro por los dioses.

TEUCRO

¿No podrías jurar por algo un poco más constante? ¿Como tus tripas?

(Risas en todo el círculo)

NÉSTOR

Está acordado, entonces, y yo lo acepto. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para contener el asalto de los troyanos. Con ese fin, Podalirio, supervisa el reparto de todas nuestras raciones esta mañana, excepto las que un hombre pueda llevar en su túnica esta noche. Y dobla las raciones de agua de la mañana. Llégate a las tiendas de Agamenón y el difunto Menelao, saca todo lo que sea comestible. Comandantes, decid a vuestros hombres antes de la batalla de esta mañana que todo lo que tienen que hacer es aguantar, aguantar por sus vidas, morir sólo por las vidas de sus camaradas, y atacaremos esta noche al oscurecer. *Algunos* de nosotros llegarán al bosque y, si lo quieren los Hados, volverán al hogar con la familia. O, si eso no ocurre, nuestros nombres serán escritos en letras de oro que durarán eternamente. Los nietos de los nietos de nuestros hijos visitarán nuestras

tumbas en esta tierra maldita y dirán: «Sí, eran hombres en aquellos tiempos.» Así que decidles a vuestros sargentos y a sus hombres que desayunen bien esta mañana, pues la mayoría de nosotros cenaremos en la Mansión de los Muertos. Así que esta noche, cuando esté oscuro y antes de que salga la luna, autorizaré que nuestro púgil favorito, Epeo, cabalgue a lo largo de nuestras líneas gritando *Ápete*, como se hace al inicio de las carreras de carros y de a pie en los Juegos. ¡Y entonces correremos hacia nuestra libertad!

(Y eso debería haber sido el final de la reunión, y era un final conmovedor ya que Nestor es un líder nato y sabe como envolver una reunión con elementos de acción energía, algo que nunca se comprendió en la cátedra de mi departamenteo en la universidad de Indiana... pero, como siempre sucede alguien rompe de ritmo perfecto de un guión perfecto. En este caso alguien es Teucro).

TEUCRO

Epeo, noble púgil, no nos has contado el final de tu historia. ¿Qué le ocurrió a ese boxeador de Olimpia que derribó a su oponente y luego salió corriendo de la arena?

EPEO

(Que como todo el mundo sabe es más sincero que sabio)

Oh, ése. Los sacerdotes de Olimpia lo persiguieron por el bosque y lo mataron como a un perro.

Los jefes aqueos se han dispersado y vuelven a sus líneas con sus hombres. Néstor se ha marchado con sus hijos. El médico Podalirio ha reunido a un contingente de hombres para saquear la tienda de Agamenón en busca de comida y vino. Yo me quedo aquí solo en la playa, o al menos tan solo como uno puede estar apretujado con treinta mil hombres sin lavar que apestan a sudor y miedo.

Toco el medallón TC de mi túnica. Néstor no ha pedido mi voto. Ninguno de los héroes aqueos me ha mirado siquiera durante todo el debate. Saben que yo no lucho y parece que no me aprecian más por ello: es la forma en que los griegos antiguos tratan a los homosexuales a quienes gusta vestirse con ropas de mujer y pintarse la cara de blanco. No hay ningún deshonor en los ojos de la mayoría de estos hombres, sólo despedida. Para ellos soy una rareza, alguien ajeno, algo menos que un hombre.

Sé que no voy a quedarme hasta el amargo final. Dudo que me vaya a quedar durante la batalla de hoy, ya que el aire se oscurecerá con las andanadas de flechas dentro de media hora. No tengo el aparato morfeador y la armadura de impacto que usaba cuando era escólico: ni siquiera me he puesto una armadura de metal o de cuero de esas que hay tan disponibles en los cadáveres aqueos que me rodean. Si me quedo, dudo que sobreviva: los dos últimos días han sido una serie de horas de cobardía y tímida ocultación para mí, aquí, en la retaguardia, cerca de la tienda donde se mueren los heridos. Si quiero sobrevivir, mis posibilidades de hacerlo cuando ataquen a los troyanos después de oscurecer serán cero.

¿Y por qué debería quedarme? Tengo un aparato de teletransporte cuántico colgando de mi cuello, por el amor de Dios. Podría estar en los aposentos de Helena en dos segundos y relajándome en un baño caliente dentro de cinco minutos.

¿Por qué quedarme?

Pero no estoy preparado para irme. Todavía no. Ya no soy escólico y puede que no tenga sentido que me comporte como un estudioso, pero incluso como corresponsal de guerra que nunca podrá informar de sus observaciones, este último día glorioso de una época gloriosa y perdida es demasiado interesante para que me lo pierda.

Me quedaré un rato.

Los cuernos soplan por todas partes. Nadie ha tenido tiempo para tomar ese gran desayuno prometido aún, pero los troyanos atacan a lo largo de todo el frente.

Saber que todo en el universo (todo en la historia, todo en la ciencia, todo en la poesía y el arte y la música, cada persona, lugar, cosa e idea) está conectado, es una cosa. Experimentar esa conexión, incluso de manera incompleta, es otra muy distinta.

Harman estuvo inconsciente casi nueve días. Cuando no estaba inconsciente, despertaba sólo brevemente y luego gritaba de dolor pues sufría un dolor de cabeza que superaba todas las capacidades de su cerebro y su cráneo para contenerlo. Vomitaba mucho. Luego volvía a hundirse en el coma.

Al noveno día, despertó. El dolor de cabeza lo abrumaba, era peor que ningún dolor de cabeza que hubiera experimentado, pero ya no le provocaba los gritos de sus nueve días de pesadilla. Más tarde se daría cuenta de que había perdido más de doce kilos. Estaba desnudo y yacía en una cama, en el segundo piso de la cabina del *eiffelbahn*.

«La cabina está toda ella diseñada y decorada en Art Noveau», pensó mientras se levantaba tambaleándose de la cama y se ponía una bata de seda que había visto en el brazo de un sillón tapizado estilo Imperio junto a la cama. Se preguntó dónde demonios estaría criando nadie gusanos para crear seda. ¿Había sido uno de los deberes de los servidores durante aquellos largos siglos de ociosidad humana? ¿Se creaba de manera artificial en alguna tina industrial en alguna parte, como los posthumanos habían creado (recreado, en realidad) su raza de ganado humano nanoalterado? A Harman le dolía demasiado la cabeza para reflexionar sobre eso ahora.

Se detuvo en el entresuelo, cerró los ojos y se concentró. Nada. Se quedó en la cabina. Lo intentó otra vez. Nada.

Tambaleándose levemente, mareado, bajó por la escalera de metal for-

jado hasta el primer piso y se desplomó en la única silla que había en la mesa, junto a la ventana. La mesa estaba cubierta de lino blanco.

Harman no dijo nada mientras Moira le traía zumo de naranja en un vaso de cristal, café solo en un termo blanco y un huevo escalfado acompañado de un poco de salmón. Le sirvió el café en una taza. Harman bajó levemente la cabeza para permitir que el calor del café se alzara hasta su cara.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —le preguntó a Moira.

Próspero entró en la habitación y se detuvo a la brillante e inmisericorde luz de la mañana que entraba por las puertas de cristal.

—Ah, Harman... ¿o deberíamos llamarte Hombre Nuevo? Es un placer verte despierto y andando.

—Cállate —dijo Harman, ignorando la comida y sorbiendo torpemente el café. Sabía que Próspero era un holograma pero físico, un avatar de la logósfera que se formaba a sí mismo de un microsegundo a otro con materia transmitida desde uno de los acumuladores-fax-masa en órbita. También sabía que si intentaba golpear o atacar al viejo magus, la materia se convertiría en una proyección intocable más rápido que ningún reflejo humano.

—Sabías que mis posibilidades de sobrevivir al armario de cristal eran de una entre cien —dijo Harman, sin mirar siquiera a Próspero. La luz era demasiado brillante.

—Un poco mejores, creo —dijo el magus, corriendo piadosamente las pesadas cortinas.

Moira acercó una silla y se sentó a la mesa con Harman. Llevaba una túnica roja pero, aparte de eso, vestía la misma exigua ropa que llevaba en el Taj.

Harman la miró sin parpadear.

—Conociste a la joven Savi. Asististe a la Fiesta del Fax Final en el Archipiélago de Nueva York en el edificio Empire Estate inundado, y le dijiste a sus amigos que no la habías visto, pero la habías visitado en su casa de la Antártida dos días antes.

—¿Cómo demonios sabes eso? —preguntó Moira.

—Petra, la amiga de Savi, escribió un breve ensayo sobre su intento (principalmente suyo y de su amante Pinchas) de encontrar a Savi. Se imprimió y se encuadernó justo antes del Fax Final. De algún modo encontró el camino a la biblioteca de tu amigo Ferdinand Mark Alonzo.

—¿Pero cómo supo Petra que visité a Savi antes de la fiesta del Archipiélago de Nueva York?

—Creo que Pinchas y ella encontraron algo que Savi había escrito cuando fueron a sus apartamentos del monte Erebo —dijo Harman. El café no le satisfacía ni tampoco le aliviaba mucho el dolor de cabeza.

—Entonces ahora lo sabes todo sobre todo, ¿no? —preguntó Moira.

Harman se echó a reír y lo lamentó casi inmediatamente. Soltó la taza de café y se frotó la sien derecha.

—No —dijo por fin—. Sé lo suficiente para saber que no sé mucho de nada. Además, hay otras cuarenta y una bibliotecas repartidas por la Tierra cuyos armarios de cristal no he visitado todavía.

—Eso te mataría —dijo Próspero.

A Harman no le hubiese importado en ese momento que alguien lo matara. El dolor de cabeza ponía una corona latiente alrededor de todo y de todos a quienes intentaba mirar. Bebió más café y esperó que la náusea no volviera. La cabina crujió, aunque sabía que viajaba a más de trescientos kilómetros por hora. Su leve oscilación adelante y atrás no contribuía precisamente a mantener su estómago quieto.

—¿Os gustaría saber algo de Alexandre-Gustave Eiffel? Nacido en Dijon el 15 de diciembre de 1832 después de Cristo. Se graduó en la École Centrale des Arts et Manufactures en 1855. Antes de que se le ocurriera la idea de su torre para la Exposición del Centenario de 1889 ya había diseñado la cúpula móvil del observatorio de Niza y el armazón de la Estatua de la Libertad. Le...

—Basta —replicó Moira—. A nadie le gustan los pedantes.

—¿Dónde demonios estamos? —preguntó Harman. Consiguió ponerse en pie y descorrió las cortinas. Estaban atravesando un hermoso valle boscoso y la cabina se movía a más de doscientos metros de altura sobre un río serpenteante. Antiguas ruinas, de una especie de castillo, eran visibles a lo largo de una montaña.

—Acabamos de pasar Cahors —dijo Próspero—. Deberíamos dirigirnos hacia Lourdes en el cambio de la siguiente torre.

Harman se frotó los ojos pero abrió la puerta de cristal y salió. El campo de fuerza desplegado a lo largo del costado de la cabina impidió que saliera volando del balcón.

—¿Qué ocurre? —preguntó a través de la puerta abierta—. ¿No queréis dirigiros al norte y visitar la catedral de hielo azul de vuestro amigo? Moira pareció sobresaltada.

—¿Cómo puedes saber eso? No había ningún libro en el Taj con esa...

—No —reconoció Harman—, pero mi amigo Daeman vio el comien-

zo de eso... la llegada de Setebos. Sé por los libros lo que El de las Muchas Manos haría después de llegar a Cráter París. ¿Así que todavía está aquí... en la Tierra, quiero decir?

—Sí —dijo Próspero—. Y no es amigo nuestro.

Harman se encogió de hombros.

—Vosotros lo trajisteis aquí la primera vez. A él y a los otros.

—No era nuestra intención —dijo Moira.

Harman se rió a pesar del dolor de cabeza.

—No, cierto. Abrís una puerta interdimensional a la oscuridad, la dejáis abierta, y luego decís «no era nuestra intención» cuando algo realmente vil la atraviesa.

—Has aprendido mucho —dijo Próspero—, pero sigues sin comprender todo lo que tendrás que saber si...

—Sí, sí —dijo Harman—. Te prestaría más atención, Próspero, si no supiera que eres sobre todo una de esas cosas que atravesaron la puerta. Los posthumanos pasaron mil años intentando contactar con Otros Alienígenas, cambiando el trazado cuántico de todo el Sistema Solar y, a cambio, obtuvieron un cerebro con muchas manos y un cibervirus de una obra de Shakespeare.

El viejo magus sonrió al oír esto. Moira sacudió irritada la cabeza, sirvió más café en una segunda taza y bebió sin hacer ningún comentario.

—Aunque quisiéramos pasarnos a decirle hola a Setebos —dijo Próspero—, no podríamos. Cráter París no tiene ninguna torre.. no la ha tenido desde antes del virus rubicón.

—Sí —dijo Harman. Volvió a entrar, pero siguió contemplando el exterior mientras recogía su taza y bebía café—. ¿Por qué no puedo librefaxear? —preguntó bruscamente.

—¿Qué? —dijo Moira.

—¿Por qué no puedo librefaxear? Ahora sé cómo convocar la función sin los símbolos disparadores de entrenamiento, pero no funcionó cuando me levanté. Quiero volver a Ardis.

—Setebos desconectó el sistema de fax planetario —dijo Próspero—. Eso incluye el librefaxear además de los pabellones de faxnódulos.

Harman asintió y se frotó la mejilla y la barbilla. Una semana y media de barba casi cerrada le raspó los dedos.

—¿Así que vosotros dos, y presumiblemente Ariel, podéis teletransportaros cuánticamente todavía, pero yo estoy atrapado en esta estúpida cabina hasta que lleguemos a la Brecha Atlántica? ¿De verdad esperáis que

cruce caminando el suelo oceánico hasta América del Norte? Ada se habrá muerto de vieja antes de que llegue a Ardis.

—La nanotecnología que permite las funciones de tu pueblo —dijo Próspero con voz sorprendentemente triste—, no os preparó para el teletransporte cuántico.

—No, pero vosotros podéis TCearme de vuelta a casa —respondió Harman, alzándose sobre el anciano, ahora sentado en el sofá—. Tócame y TCéame. Es así de sencillo.

—No, no tan sencillo —dijo Próspero—. Y ahora eres lo bastante listo para saber que no puedes obligarnos ni a Moira ni a mí a someternos con amenazas e intimidaciones.

Harman había accedido a los relojes orbitales al despertar y sabía que había estado inconsciente casi nueve días. Tenía ganas de romper a puñetazos la cafetera, las tazas y la mesa.

—Estamos en la Ruta Once de la *eiffelbahn* —dijo—. Después de dejar el monte Everest, debemos de haber seguido la ruta Hah Xil Shan dejando atrás la Burbuja de Tarim Pendi. Podría haber encontrado sonies allí, armas, reptadores, arneses de levitación, armaduras de impacto... todo lo que Ada y nuestra gente necesita para su supervivencia.

—Tomamos... desvíos —dijo Próspero—. No habrías estado a salvo si hubieras salido de la torre para explorar la Burbuja de Tarim Pendi.

—¡A salvo! —bufó Harman—. Sí, tenemos que vivir en un mundo seguro, ¿verdad, magus y Moira?

—Eras más maduro antes del armario de cristal —dijo Moira con desprecio.

Harman no discutió. Soltó su taza, apoyó ambas manos sobre la mesa, miró a Moira a los ojos y dijo:

—Sé que los voynix fueron enviados a través del tiempo por el Califato Global para matar judíos, ¿pero por qué los posts almacenasteis los nueve mil ciento catorce y los enviasteis al espacio? ¿Por qué no los llevasteis a los Anillos con vosotros... o a algún otro lugar seguro? Quiero decir, ya habíais encontrado el Marte otradimensional y lo habíais terraformado. ¿Por qué convertir a las personas en neutrinos?

Harman esperó a que respondieran a su pregunta.

Moira soltó su taza de café. Sus ojos, iguales a los de Savi, mostraban toda la furia que sentía.

—Les dijimos a los del pueblo de Savi que iban a ser almacenados en un bucle de neutrinos durante unos cuantos miles de años mientras lim-

piábamos la suciedad de la Tierra —dijo en voz baja—. Ellos interpretaron que eso se refería a las creaciones ADN que quedaban por todas partes de los Tiempos Dementes, dinosaurios y aves terroríficos y bosques de coníferas... Pero también nos referíamos a otras cosas como los voynix, Setebos, la bruja en su ciudad en órbita...

—Pero no eliminasteis los voynix —interrumpió Harman—. Esas cosas fueron activadas y construyeron su Tercer Templo en la Mezquita de la Cúpula...

—No pudimos eliminarlos —dijo Moira—, pero los reprogramamos. Tu pueblo los ha conocido como sirvientes durante mil cuatrocientos años.

—Hasta que empezaron a masacrarnos —dijo Harman. Volvió la mirada hacia Próspero—. Cosa que empezó a suceder después de que nos indicaras a Daeman y a mí cómo destruir tu ciudad orbital donde Calibán y tú estabais... prisioneros. ¿Todo esto para reclamar un sólo holograma de ti mismo, Próspero?

—Más bien el equivalente de un lóbulo frontal —dijo el magus—. Y los voynix habrían sido activados aunque no hubierais destruido los elementos controladores de mi ciudad en el anillo-e.

—¿Por qué?

—Setebos. Su milenio y medio de ser negado... de ser contenido y alimentado en Tierras alternativas y el Marte terraformado, ha llegado a su fin. Cuando el de las Muchas Manos abrió el primer Agujero Brana para olisquear el aire de esta Tierra los voynix reaccionaron según lo programado.

—Lo programado hace tres mil años —dijo Harman—. Los antiguos de mi pueblo no son todos de ascendencia judía como el pueblo de Savi. Próspero se encogió de hombros.

—Los voynix no saben eso. Todos los humanos en tiempos de Savi eran judíos, ergo... para la débil mente de todos los voynix, todos los humanos son judíos. Si A es igual a B y B es igual a C, entonces A es igual a C. Si Creta es una isla e Inglaterra es una isla, entonces...

—Creta es Inglaterra —terminó Harman—. Pero el virus rubicón no procedía de un laboratorio de Israel. Eso es sólo otro maldito libelo.

—No, tienes toda la razón —dijo Próspero—. El rubicón fue en efecto la única gran contribución a la ciencia que el mundo islámico dio al resto del mundo en dos mil años de oscuridad.

—Once mil millones de muertos —dijo Harman, la voz temblorosa—. El noventa y siete por ciento de la población de la Tierra aniquilado.

Próspero se encogió de nuevo de hombros.

—Fue una guerra larga.

Harman volvió a echarse a reír.

—Y el virus acabó con casi todos menos con el grupo al que tenía que matar.

—Los científicos israelíes tenían una larga historia de manipulación genética nanotécnica para entonces —dijo el magus—. Sabían que si no inoculaban el ADN de su población rápidamente, no podrían hacer nada.

—Podrían haberlo compartido —dijo Harman.

—Lo intentaron. No hubo tiempo. Pero el ADN de vuestro grupo fue... almacenado.

—Pero el Califato Global no inventó el viaje en el tiempo —dijo Harman, inseguro de si era una pregunta o una declaración.

—No —reconoció Próspero—. Un científico francés desarrolló la primera burbuja temporal...

—Henri Rees Delacourte —murmuró Harman, recordando.

—... para viajar al año 1478, investigar un extraño e interesante manuscrito adquirido por Rodolfo II, el sacro emperador romano, en 1586 —continuó Próspero sin pausa—. Parecía un viaje sencillo. Pero sabemos ahora que el manuscrito mismo (en un extraño lenguaje en código y con maravillosos dibujos de plantas no terrestres, sistemas estelares y gente desnuda) era una falsificación. Y el doctor Delacourte y su ciudad natal pagaron un precio por el viaje cuando el agujero negro que su equipo estaba usando como fuente de energía escapó a su campo de fuerza retractor.

—Pero los franceses y la Nueva Unión Europea le dieron los diseños al Califato —dijo Harman—. ¿Por qué?

Próspero alzó su mano, vieja y moteada, casi como si estuviera dando una bendición.

—Los científicos palestinos eran sus amigos.

—Me pregunto si ese tratante de libros raros de principios del siglo XX, Wilfrid Voynich, podría haber soñado que tendría una raza de monstruos llamados como él en su honor.

—Pocos de nosotros podemos soñar cuál será nuestro verdadero legado —dijo Próspero, las manos todavía alzadas como en gesto de bendición.

Moirá suspiró.

—¿Habéis terminado los dos vuestro viaje por el baúl de los recuerdos?

Harman la miró.

—Y tú, mi posible Prometeo... el pajarito te está colgando. Si esto es una competición a ver quién aguanta más la mirada, tú ganas. Yo he parpadeado primero.

Harman bajó la mirada. La túnica se le había abierto durante la charla. La cerró rápidamente.

—Cruzaremos los Pirineos dentro de una hora —dijo Moira—. Ahora que Harman tiene en el cráneo algo más que un termómetro de placer, tenemos cosas que discutir... cosas que decidir. Sugiero que Prometeo suba y se duche y se vista. El abuelo puede echarse una siesta. Yo retiraré los platos del desayuno.

Aquiles está considerando la posibilidad de haber cometido un error al manipular a Zeus para que lo desterrara al más profundo y oscuro pozo del mundo-infierno del Tártaro, aunque le pareciera una buena idea en su momento.

En primer lugar, Aquiles no puede respirar este aire. Aunque la singularidad cuántica de su Destino a Morir por Mano de Paris teóricamente lo protege de la muerte, no lo protege de rozarse, ahogarse y desplomarse sobre la negra piedra de lava caliente mientras que el aire lleno de metano ensucia y quema sus pulmones. Es como si estuviera intentando respirar ácido.

En segundo lugar, este Tártaro es un sitio desagradable. La terrible presión del aire (equivalente a sesenta metros bajo la superficie del mar terrestre), se ceba en cada centímetro cuadrado del dolorido cuerpo de Aquiles. El calor es terrible. Habría matado a cualquier mortal, incluso a un héroe como Diomedes u Odiseo, pero incluso el semidiós Aquiles sufre, su piel enrojece y ampollas y llagas aparecen en todas las zonas expuestas.

Al final, está ciego y casi sordo. Distingue un vago brillo rojizo, pero no suficiente para ver. La presión es tan grande, la atmósfera y las nubes tan densas, que incluso la pequeña iluminación de la roja penumbra volcánica que todo lo cubre es derrotada por la ondulante atmósfera, por los humos de las fumarolas volcánicas y por la constante caída de lluvia ácida. La densa atmósfera recalentada presiona los oídos del de los pies ligeros hasta que los sonidos que puede distinguir parecen grandes tambores enmudecidos y enormes pisadas, pesados latidos parejos al latir de su cráneo apretujado por la presión.

Aquiles busca bajo su armadura de cuero y toca la pequeña bengala

mecánica que le dio Hefesto. Puede sentirla latir. Al menos no ha implotado por la terrible presión que aprieta los oídos y los ojos de Aquiles.

A veces, en la terrible penumbra, Aquiles nota el movimiento de formas alargadas, pero incluso cuando el brillo volcánico es más rojo no distingue quién o qué pasa junto a él en esta terrible noche. Siente que las formas son demasiado grandes, de hechura demasiado extraña, para ser humanas. Sean lo que sean, lo han ignorado.

Aquiles el de los pies ligeros, hijo de Peleo, líder de mirmidones y el más noble héroe de la guerra de Troya, semidiós en su terrible cólera, yace sobre un peñasco volcánico al rojo vivo, cegado y ensordecido, y usa toda su energía sólo para seguir respirando.

«Tal vez —piensa— debería haber elaborado un plan distinto para derrotar a Zeus y devolver a la vida a mi amada Penteseilea.»

Incluso el más breve pensamiento de Penteseilea le da ganas de llorar como un niño... pero no un Aquiles niño, pues el joven Aquiles no lloró nunca. Ni una sola vez. El centauro Quirón le enseñó cómo evitar responder a sus emociones (aparte de la ira, la furia, los celos, el hambre, la sed y el sexo, por supuesto, pues esas eran importantes en la vida de un guerrero); ¿pero llorar por amor? La idea habría hecho que el noble Quirón soltara su áspera risa de centauro y luego hubiese golpeado al joven Aquiles con su enorme bastón. «El amor es sólo lujuria mal escrita», habría dicho Quirón, y habría golpeado de nuevo al niño de siete años que era Aquiles, fuerte, en la sien.

Lo que hace que Aquiles quiera llorar en este infierno irrespirable es que sabe que, en fondo de su corazón, no le importa un ardite la puta amazona muerta (lo había atacado con una puñetera lanza envenenada, por los dioses) y normalmente su único pesar sería haber tardado tanto en hacer que la zorra y su caballo murieran. Pero aquí está, sufriendo este infierno y enfrentándose al mismísimo padre Zeus sólo para que la mujer renazca... y debido a algún producto químico que ese putón de diosa Afrodita vertió sobre la apestosa amazona.

Tres enormes formas salen de la niebla. Están tan cerca que los esforzados ojos llenos de lágrimas de Aquiles distinguen que son mujeres... si las mujeres midieran sesenta metros de altura, cada una con tetas más grandes que su torso. Van desnudas pero pintadas de muchos colores, visibles incluso a través del rojo filtro de la penumbra volcánica. Sus caras son largas e increíblemente feas. Su pelo se rebulle como serpientes en el aire supercaliente o es más bien una maraña de serpientes. Sus voces se distinguen

sólo porque las vibrantes sílabas son insoportablemente más fuertes que el atronador ruido de fondo.

—Hermana Ione —truenan la primera forma que se alza sobre él en la penumbra—, ¿puedes decir qué es esta forma que se extiende sobre esta roca como una estrella de mar?

—Hermana Asia —responde la segunda forma enorme—, yo diría que es un hombre mortal, si los mortales pudieran venir a este lugar o sobrevivir aquí, cosa que no pueden hacer. Y si yo pudiera ver que es un hombre, que no puedo pues yace boca abajo. Tiene el pelo bonito.

—Hermanas Oceánidas —dice la tercera forma—, veamos el género de esta estrella de mar.

Una enorme mano agarra bruscamente a Aquiles y le da la vuelta. De los del tamaño de sus muslos le arrancan la armadura, le quitan el cinturón y le bajan el taparrabos.

—¿Es varón? —pregunta la primera forma, a la que su hermana llamó Asia.

—Si se le pude llamar así con tan poco que mostrar —dice la tercera forma.

—Sea lo que sea, yace caído y derrotado —dice la hembra gigante llamada Ione.

De repente, grandes sombras en la penumbra que Aquiles había supuesto que eran rocas se mueven, se agitan y repiten con voces inhumanas:

—¡Yace caído y derrotado!

Los nombres finalmente le suenan. Quirón le enseñó al joven Aquiles mitología además de teología para honrar a los dioses vivos y presentes. Asia e Ione eran Oceánidas, hijas de Océano, junto con su tercera hermana Panthea: la segunda generación de titanes nacidos después del apareamiento original de Tierra y Gaia, titanes que habían gobernado los cielos y la tierra junto con Gaia en tiempos antiguos antes de que su tercera generación de retoños, Zeus, los derrotara y los arrojara al Tártaro. Sólo a Océano, de todos los titanes, se le había permitido exiliarse a un lugar más amable y agradable, encerrado en una capa dimensional bajo la cobertura cuántica de Tierra-Ilión. Océano podía ser visitado por los dioses, pero sus retoños habían sido desterrados al hediondo Tártaro: Asia, Ione, Panthea y todos los demás titanes, incluido Cronos, hermano de Océano, que se convertiría en padre de Zeus, su hermana Rea, que se convertiría en madre de Zeus, y las tres hijas de Océano. Todos los demás hijos varones del apareamiento de Tierra y Gaia (Ceo, Hiperión y Jápeto, además de las otras hi-

jas, Tea, Temis, Mnemósine, la dorada Febe y la dulce Tetis) también habían sido desterrados al Tártaro tras la victoria de Zeus en el Olimpo, miles de años antes.

Todo esto lo recuerda Aquiles de sus lecciones aprendidas en la pezuña de Quirón. «Y vaya que me sirve de mucho», piensa.

—¿Habla? —truenan Panthea, sobresaltada.

—Chirría —dice Ione.

Las tres gigantescas Océánidas se acercan para escuchar los intentos de Aquiles por comunicarse. Cada intento es terriblemente doloroso para el asesino de hombres, ya que significa inspirar y tratar de usar la horrible atmósfera. Un observador supondría por los sonidos resultantes (y supondría correctamente) que hay una desusada cantidad de helio en la mezcla de dióxido de carbono, metano y amoníaco que compone la densa sopa de la atmósfera del Tártaro.

—Parece un ratón aplastado —ríe Asia.

—Pero el chirrido parece vagamente el intento de un ratón aplastado por hablar civilizadamente —truenan Ione.

—Con un dialecto terrible —reconoce Panthea.

—Tenemos que llevarlo al Demogorgo —dice Asia, acercándose.

Dos manos enormes alzan con brusquedad a Aquiles, los dedos gigantes sacan de sus doloridos pulmones, al apretar, la mayor parte del amoníaco, metano, dióxido de carbono y helio. Ahora el héroe de los argivos jadea y tose como un pez fuera del agua.

—El Demogorgo querrá ver a esta extraña criatura —coincide Ione—. Llévalo, hermana, llévalo al Demogorgo.

—¡Llévalo al Demogorgo! —corean las gigantescas formas insectoides que siguen a las tres mujeres gigantes.

—¡Llévallo al Demogorgo! —corean formas más grandes y menos familiares que las siguen.

La *eiffelbahn* terminaba en el Paralelo 40, en la antigua costa de Portugal, al sur de Figueira da Foz. Harman sabía que a menos de ciento cincuenta kilómetros al sureste, los moldes de campos de fuerza modulados llamados Manos de Hércules separaban el océano Atlántico del la seca Cuenca Mediterránea, y sabía exactamente por qué los posthumanos habían secado la cuenca y para qué la habían utilizado durante casi dos milenios. Sabía que a menos de trescientos kilómetros al noreste, donde terminaba la *eiffelbahn*, había un círculo de noventa kilómetros de anchura de tierra convertida en cristal donde hacía tres mil doscientos años el Califato Global había librado su batalla final con la N.U.E.: más de tres millones de protovoynix lanzados sobre doscientos mil caballeros de infantería mecanizada de humanos condenados. Harman sabía que...

Sabía, sabía demasiado. Y comprendía demasiado poco.

Los tres (Moirá, el holograma solidificado de Próspero y Harman, todavía con el dolor de cabeza de toda una vida) se encontraban en la plataforma superior de la última torre *eiffelbahn*. Harman había terminado su viaje en cabina... quizá para siempre.

Tras ellos se alzaban las verdes montañas de la antigua Portugal. Ante ellos se extendía el Atlántico con la Brecha siguiendo hacia el oeste desde la línea de la ruta de la *eiffelbahn*. El día era perfecto (temperatura perfecta, brisas suaves, ni una nube en el cielo) y la luz del sol se reflejaba en el verde de la cima de las montañas, en la arena blanca y en las amplias extensiones de azul a cada lado de la grieta de la Brecha Atlántica. Harman sabía que incluso desde lo alto de la torre *eiffelbahn* veía sólo unos noventa kilómetros al oeste, pero la visión parecía continuar durante mil kilómetros. La Brecha empezaba como una avenida de cien metros de ancho

con bajas terrazas verdiazules a cada lado, pero continuaba hasta que sólo era una línea negra que cortaba el lejano horizonte.

—No esperaréis en serio que vaya caminando hasta América del Norte —dijo Harman.

—Esperamos en serio que lo intentes —dijo Próspero.

—¿Por qué?

Ni la posthumana ni el nuncahumano le respondieron. Moira abrió el camino hasta los escalones que conducían a la plataforma inferior del ascensor. Llevaba una mochila y parte del material para la caminata de Harman. Las puertas del ascensor se abrieron y llegaron a una estructura en forma de jaula y empezaron a bajar dejando atrás travesaños de hierro.

—Te acompañaré un día o dos —dijo Moira.

Harman se sorprendió.

—¿Sí? ¿Por qué?

—He supuesto que te gustaría la compañía.

Harman no tuvo ninguna respuesta a esto. Mientras salían al recodo de hierba bajo la torre *eiffelbahn*, dijo:

—Sabes, a unos pocos cientos de kilómetros al sureste, en la Cuenca Mediterránea, hay una docena de instalaciones posthumanas de las que Savi no sabía nada. Conocía Atlántida y la forma de subir con las Tres Sillas a los anillos, pero eso era más o menos una broma cruel posthumana... ella no sabía nada de los sonies y las naves de carga almacenadas en las otras burbujas de estasis. Si es que las burbujas siguen allí, claro...

—Allí están todavía —dijo Próspero.

Harman se volvió hacia Moira.

—Bien, acompáñame unos cuantos días hasta la Cuenca en vez de enviarme a recorrer durante tres meses el suelo del océano.... un paseo que probablemente no termine nunca. Volaremos en sonie hasta Ardis o en una de las lanzaderas hasta los anillos para que conecten la energía y los enlaces de los faxnódulos.

Moira negó con la cabeza.

—Te aseguro, mi joven Prometeo, que no querrás ir a la Cuenca Mediterránea.

—Casi un millón de calibani andan sueltos por allí —dijo Próspero—. Antes estaban atrapados dentro de la Cuenca, pero Setebos los ha liberado. Han matado a los Voynix que antes guardaban Jerusalén, han cubierto el norte de África y Oriente Medio, y habrían cubierto ya casi toda Europa si Ariel no los estuviera conteniendo.

—¡Ariel! —exclamó Harman. Imaginar al pequeño... espíritu enfren-tándose solo a un millón de calibani en estampida (o incluso a uno solo) era totalmente absurdo—. Hmm —dijo, sin dejarse convencer.

Los tres caminaron hacia el borde de la colina. Un estrecho sendero serpenteaba hasta la playa. Desde esa distancia, la Brecha Atlántica pare-cía más real y extrañamente aterradora. Las olas lamían cada lado del seg-mento imposible abierto en el océano.

—Próspero —dijo Harman—, tú creaste a los calibani para que con-tuvieran la amenaza Voynix. ¿Por qué les permites que anden sueltos y sal-vajes?

—Ya no los controlo.

—¿Desde que llegó Setebos?

El mago sonrió.

—Perdí el control de los calibani... y del propio Calibán, muchos si-glos antes de Setebos.

—¿Por qué creaste a esos malditos seres?

—Por seguridad —dijo Próspero. Y sonrió de nuevo.

—Nosotros... los posthumanos —intervino Moira—, le pedimos a Próspero y su... compañero... que crearan una raza de criaturas lo bastante feroces para impedir que los voynix inundaran la Cuenca Mediterránea al replicarse y pusieran en peligro nuestras operaciones allí. Verás, usábamos la Cuenca para...

—Cultivar comida, algodón, té y otros productos que necesitabais en las islas orbitales —terminó Harman—. Lo sé —Hizo una pausa, pensa-do en lo que la post acababa de decir—. ¿Compañero? ¿Te refieres a Ariel?

—No, no a Ariel —dijo Moira—. Verás, hace mil quinientos años, la criatura que llamamos Sycórax no era todavía el...

—Es suficiente —la interrumpió Próspero. El holograma parecía co-hibido.

Harman insistió.

—Pero lo que nos dijiste hace un año es cierto, ¿no? —le preguntó al magus—. La madre de Calibán fue Sycórax y su padre Setebos... ¿o eso también era mentira?

—No, no —dijo Próspero—. Calibán es una criatura nacida de la bru-ja y un monstruo.

—Tengo curiosidad por saber cómo un cerebro gigantesco del tamaño de un almacén con docenas de manos más grandes que yo consigue apare-arse con una bruja de tamaño humano —dijo Harman.

—Con mucho cuidado —dijo Moira... bastante predeciblemente, pensó Harman. La mujer que parecía una joven Savi señaló la Brecha—. ¿Estamos preparados para comenzar?

—Tengo otra pregunta para Próspero —dijo Harman, pero cuando se volvió para hablar con el magus, éste había desaparecido—. Maldición. Odio que haga eso.

—Tiene asuntos que atender en otra parte.

—Sí, estoy seguro, Pero quería preguntarle una última vez por qué me envía a través de la Brecha Atlántica. No tiene ningún sentido. Voy a morir allí. No hay comida...

—He empaquetado una docena de barritas de comida para ti —respondió Moira.

Harman se echó a reír.

—Perfecto: dentro de doce días no habrá comida ninguna. Ni agua...

Moira sacó una forma plana, suave y curva de la mochila. Parecía uno de los odres de vino del drama turín, pero vacío. Del odre salía un fino tubo. Se lo tendió a Harman, que advirtió lo frío que estaba al contacto.

—Un hidratador —dijo Moira—. Si hay humedad en el aire, por poca que sea, esto la recolecta y la filtra. Si llevas la termopiel, recoge tu sudor y tu aliento, los limpia y te proporciona agua potable de esa forma. No morirás de sed ahí fuera.

—No he traído la termopiel.

—Yo la empaqueté por ti. La necesitarás para cazar.

—¿Cazar?

—Pescar sería un término más adecuado —dijo Moira—. Puedes atravesar el campo de fuerza contenedor en cualquier momento y matar peces bajo el agua. Ya estuviste bajo el agua con una termopiel, allá arriba, en la isla de Próspero, hace diez meses, así que sabes que la piel te protege de la presión y la máscara de ósmosis te permite respirar.

—¿Qué se supone que debo usar como cebo para conseguir esos peces?

Moira le dedicó una rápida sonrisa.

—Para los tiburones, orcas y muchos otros habitantes de las profundidades, tu cuerpo valdrá, mi Prometeo.

A Harman no le hizo ninguna gracia.

—¿Y qué utilizo para matar a los tiburones, orcas y los otros ciudadanos de las profundidades que pueda querer comer? ¿Los insulto?

Moira sacó una pistola de la mochila y se la tendió.

Era negra, más oscura y más gruesa y mucho más fea que las armas de flechitas a las que estaba acostumbrado, y más pesada. Pero la culata, el cañón y el gatillo eran bastante parecidos.

—Esto dispara balas, no dardos de cristal —dijo Moira—. Es un artificio explosivo. No está cargado con gas, como sucede con las armas que has usado antes... pero el principio es el mismo. Hay tres cajas de munición en tu mochila... seiscientos proyectiles autocavitantes. Eso significa que cada bala crea su propio vacío por delante bajo el agua... el agua no las frena. Esto es el seguro (ahora está puesto), pulsa el punto rojo con el pulgar para quitarlo. Tiene más retroceso que las armas de flechitas y es mucho más fuerte, pero te acostumbrarás.

Harman sopesó el arma varias veces, apuntó al lejano mar, se aseguró de que el seguro estuviera puesto y la guardó en la mochila. La probaría más tarde, cuando estuviera en la Brecha.

—Ojalá pudiéramos llevar una docena de armas como ésta a Ardis —dijo en voz baja.

—Puedes llevarles ésta —dijo Moira.

Harman cerró el puño. Giró hacia Moira.

—Más de tres mil kilómetros —dijo furioso—. No sé cuántos kilómetros podré hacer al día, aunque capture a esos malditos peces y tu aparato hidratador siga funcionando. ¿Treinta kilómetros al día? ¿Cuarenta? Podría tardar doscientos días en llegar sólo a la costa este de América. Pero ese tipo de progreso sería sólo si la Brecha es plana... y estoy buscando mapas en cercanet y lejosnet ahora mismo. ¡Hay malditas cordilleras montañosas ahí fuera! ¡Y cañones más profundos que el de Colorado! Macizos, grietas rocosas, grandes surcos donde la actividad de las placas tectónicas abrió el fondo del océano y desparramó lava. Este suelo oceánico se está recreando siempre: es más grande, más áspero y más rocoso de lo que solía ser. Tardaré un año en cruzarlo y, cuando llegue, me quedarán otros mil quinientos kilómetros que cubrir hasta volver a Ardis.... a través de bosques y montañas infestadas de dinosaurios, tigres de dientes de sable y voy-nix. Tú y esa personalidad mutante del ciberespacio podéis teletransportaros cuánticamente adonde queráis y llevarme con vosotros. O podéis ordenar a un sonie que vuele hasta aquí desde cualquiera de los escondites posthumanos donde habéis almacenado vuestros juguetes, y yo podría estar en casa ayudando a Ada dentro de unas horas... menos. En cambio, me enviáis a la muerte ahí fuera. Y aunque sobreviva, pasarán muchos meses antes de que pueda regresar a Ardis y es probable que Ada y todos los que

conozco estén ya muertos... que los hayan matado ese engendro Setebos o los voynix o el invierno o el hambre. ¿Por qué me hacéis esto?

Moira no se arredró ante su furiosa mirada.

—¿Te ha hablado Próspero alguna vez de los predicadores de la logosfera? —preguntó tranquilamente.

—¿Predicadores? —repitió Harman como un estúpido. Notaba que la adrenalina que llenaba su sistema empezaba a agotarse y que se sumía en la desesperación. Antes de que pasara un minuto, sus manos estarían temblando—. ¿Quieres decir predictores? No.

—Predicadores —dijo Moira—. Son tan únicos (y a menudo tan peligrosos) como el propio Próspero. A veces confía en ellos. A veces no. En este caso, les ha confiado tu vida y quizá el futuro de tu raza.

Moira sacó el hidratador de la mochila y se lo cargó a la espalda, colocando el tubo flexible para beber de forma que corriera a lo largo de su mejilla. Empezó a bajar el empinado sendero que conducía a la playa.

Harman se quedó en lo alto de la colina un momento. Tras colocarse la mochila, se cubrió los ojos y miró a través del resplandor de la mañana la torre de la *eiffelbahn* que se alzaba contra el cielo azul. Los cables del vehículo se perdían hacia el este. No podía ver la siguiente torre desde donde estaba.

Dándose media vuelta, miró hacia el oeste. Grandes pájaros blancos y otros pájaros más pequeños (gaviotas y golondrinas de mar, le dijo su memoria proteínica ADN almacenada) revoloteaban y chillaban sobre el perezoso mar azul. La Brecha Atlántica seguía siendo un imposible sorprendente, su grieta de ochenta metros adquiría escala ahora que Moira había bajado la mitad de la cara del acantilado.

Harman suspiró, apretó las correas de la mochila sintiendo ya el sudor que empapaba su túnica allí donde la cubría el algodón de la pequeña mochila, y siguió a Moira hacia la playa y el mar.

Estaban sucediendo muchas cosas a la vez.

Los trescientos metros de eslora de la *Reina Mab* iniciaron la maniobra de aerofrenado para el encuentro, la placa impulsora curva de la nave envolviendo su popa, nave y platillo rodeados de llamas y surcos de plasma.

A la altura de la tormenta de iones alrededor de la nave, Suma IV podía soltar la nave de contacto.

Como había sucedido con la que había llevado a Mahnmut y Orphu a Marte, a nadie se le había ocurrido bautizar aquella nave de contacto: era sólo la «nave de contacto» en sus conversaciones por máser y tensorsrayo. Pero *La Dama Oscura* estaba segura en la bodega y, en su cubículo de control medioambiental, Mahnmut describía las señales de vídeo (tanto de la cámara propia como de la de la *Reina Mab*) mientras el ovoide camuflado se apartaba de la nave mayor, envuelta en llamas, giraba atravesando la atmósfera superior a cinco veces la velocidad del sonido y, finalmente, desplegaba sus gruesas alas de alta velocidad cuando su velocidad se redujo a un simple Mach 3.

En un principio el general Beh bin Adee tenía planeado bajar en la misión de reconocimiento, pero la amenaza más inminente del encuentro en el asteroide de la Voz hizo que todos los Integrantes Primeros votaran para que el general se quedara a bordo de la *Mab*. El centurión líder Mep Ahoo iba en el asiento eyector del compartimiento de pasajeros/carga tras el cuadro de mandos principal de la parte superior de la nave. Tras él (atados en sus asientos de red, las pesadas armas de energía sujetas entre las rodillas de negros picos aserrados) viajaba su equipo: veinticinco soldados rocavec del Cinturón recién descongelados y puestos al corriente sobre la

misión en la *Reina Mab*.

Suma IV era un piloto excelente. Mahnmut admiraba la forma en que el ganimediano guiaba la nave por la atmósfera, usando los impulsores tan brevemente que la nave parecía volar sola, y tuvo que sonreír cuando recordó su propia desastrosa inmersión con Orphu a través de la atmósfera de Marte. Naturalmente, su nave estaba chamuscada y estropeada, pero sabía reconocer el mérito de un piloto de verdad cuando volaba con uno.

Los datos y el perfil de radar son impresionantes, tensorsayó Orphu de Io desde la bodega. ¿Cómo es la visual?

Azul y blanco, envió Mahnmut. Todo azul y blanco. Más hermoso aún que en las fotografías. Toda la Tierra es océano bajo nosotros.

¿Toda?, preguntó Orphu, y Mahnmut pensó que era una de las pocas ocasiones en que su amigo parecía sorprendido.

Toda. Un mundo acuático: océano azul, un millón de ondas de luz reflejada, nubes blancas: cirros, altos nimbos, una masa de estratocúmulos que viene por el horizonte sobre nosotros... no, espera. Es un huracán, de mil kilómetros de diámetro, como mínimo. Veo el ojo. Blanco, girando, poderoso, sorprendente.

Nuestra ruta es nominal, envió Orphu. Salimos por la Antártida y cruzamos el Atlántico Sur hacia el noreste.

La Mab ha salido de la atmósfera y ahora está al otro lado de la Tierra, envió Mahnmut. Los satélites de comunicación que plantamos funcionan bien. La velocidad de la Mab es de quince kilómetros por segundo y cayendo. Vuelve a subir a las coordenadas del anillo polar y decelera en un impulso iónico. La trayectoria es buena. Se dirige al punto de encuentro que nos dio la Voz. Nadie le ha disparado todavía.

Aún mejor, envió Orphu, es que nadie nos ha disparado a nosotros tampoco.

Suma IV permitió que la resistencia atmosférica redujera su velocidad a algo menos de la del sonido justo cuando cruzaban la masa de África. Su plan de vuelo exigía que volaran sobre el seco mar Mediterráneo, para grabar en vídeo y registrar datos de las extrañas criaturas que había allí, pero los instrumentos les indicaban que había una especie de campo succionador de energía que se extendía en una cúpula a cuarenta mil metros sobre ese mar seco. La nave de contacto podría entrar volando en él y dejar de volar de inmediato. De hecho, según Suma IV, si entraban todos los moravecs que iban a bordo podían dejar de funcionar. El ganimediano hizo virar la nave al este, sobre el desierto del Sáhara, y trazó una amplia curva al

sur y el este del Mediterráneo, carente de agua.

Los datos continuaban llegando desde la *Reina Mab*, transmitidos alrededor de la masa bloqueadora del planeta por una docena de satélites repetidores del tamaño de un copo de nieve.

La enorme nave espacial había alcanzado las coordenadas que le había transmitido la Voz, un pequeño espacio vacío justo en el extrarradio del anillo orbital, a unos dos mil kilómetros de la ciudad asteroidal desde donde la Voz emitía sus mensajes. Obviamente la Voz no quería que una nave impulsada por bombas atómicas se acercara demasiado a su hogar orbital.

Además de los datos en tiempo real que recibía la nave de contacto, también le llegaban veinte tensorrayos de banda ancha: información de las muchas cámaras de la *Reina Mab* y sus sensores externos, bandas de comunicación del puente de la *Mab*, datos del terreno de los diversos satélites que habían plantado y múltiples datos de Odiseo. Los moravecs no sólo habían llenado la ropa del humano de nanocámaras y transmisores moleculares, sino que habían sedado levemente a Odiseo durante su último sueño y habían empezado a pintar receptores de imágenes del tamaño de células en la piel de su frente y sus manos, pero se habían llevado una sorpresa porque Odiseo ya tenía nanocámaras en la piel. Sus canales auriculares también habían sido modificados con receptores de nanocitos... mucho antes de su llegada a la *Reina Mab*. Los moravecs lo habían ajustado todo para que imagen y sonido fueran transmitidos a las grabadoras de la nave. Instalaron otros sensores en su cuerpo para que incluso en el caso de que Odiseo muriera durante el inminente encuentro, los datos sobre sus inmediaciones continuaran fluyendo hacia los moravecs.

En ese momento Odiseo se encontraba en el puente con el Integrante Primero Asteague/Che, el Retrógrado Sinopessen, el navegante Cho Li, el general Beh bin Adee y los otros mandos moravecs.

De repente Orphu y Mahnmut se sobresaltaron cuando la *Reina Mab* transmitió datos de radio en tiempo real de los comunicadores de la nave.

—Llega un mensaje máser —dijo Cho Li.

—ENVIAD A ODISEO SOLO —dijo la hosca voz femenina desde la ciudad asteroidal—. USAD UNA LANZADERA DESARMADA. SI DETECTO ARMAS A BORDO DE ESA NAVE O SI ALGUIEN ORGÁNICO O ROBÓTICO ACOMPAÑA A ODISEO, DESTRUIRÉ VUESTRA NAVE.

—La trama se complica —dijo Orphu de Io por la banda común de la

nave de contacto.

Los moravecs observaron sólo con un segundo de retraso cómo el Retrógrado Sinopessen escoltaba a Odiseo hasta la bodega de lanzamiento número seis. Como todos los moscardones estaban armados, sólo una de las tres lanzaderas de construcción de Fobos que aún había a bordo de la *Reina Mab* cumplía los requisitos de la Voz.

La lanzadera de construcción era diminuta, un ovoide de mando remoto donde apenas cabía un humano adulto sin otro sistema de mantenimiento que el de aire y temperatura. Mientras el Retrógrado Sinopessen ayudaba al guerrero aqueo a introducirse en el espacio repleto de cables y tableros de circuitos, dijo:

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Odiseo miró al arácnido moravec de Amaltea largamente. Finalmente, dijo en griego:

—No encuentro descanso si no viajo: quiero apurar la vida hasta las heces. Siempre he gozado mucho, he sufrido mucho, con quienes me amaban o en soledad; en la costa y cuando con veloces corrientes las constelaciones de la lluvia irritaban el mar oscuro; he llegado a ser famoso. He visto y conocido mucho: las ciudades de los hombres y sus costumbres, climas, consejos y gobiernos, no siendo en ellas ignorado, sino siempre honrado en todas. Y he bebido el placer del combate con mis iguales, allá lejos, en las vibrantes llanuras de la lluviosa Troya... ¡Qué fastidio es detenerse, terminar, oxidarse sin brillo, no resplandecer con el ejercicio! Como si respirar fuera la vida. Una vida sobre otra sería del todo insuficiente, y de la única que tengo me queda poco: pero cada hora me rescata del silencio eterno, añade algo, trae algo nuevo, y sería despreciable guardarme y criarme el tiempo de tres soles... cierra la maldita puerta, cosa-araña.

—Pero eso es... —empezó a decir Orphu de Io.

—Ha estado en la biblioteca de la *Mab* —respondió Mahnmut.*

—¡Silencio! —ordenó Suma IV.

Vieron cómo la lanzadera se sellaba. El Retrógrado Sinopessen se quedó en la bodega de lanzamiento, agarrado a un cable para no ser lanzado al espacio cuando la bodega se quedara sin atmósfera, y luego la nave en forma de huevo salió al espacio con sus silenciosos impulsores, giró, se estabilizó, apuntó su morro hacia la ciudad asteroide orbital (sólo una chispa brillante entre miles de otras chispas del anillo-p a esa distancia) y se lanzó hacia la Voz.

—Nos acercamos a Jerusalén —dijo Suma IV por el intercomunica-

dor.

Mahnmut devolvió su atención a los diversos monitores de vídeo y sensores de la nave de contacto.

Dime qué ves, viejo amigo, tensorrayó Orphu.

Todo bien... todavía estamos a más de veinte kilómetros de altura. En la imagen sin amplificar veo el Mediterráneo seco a sesenta u ochenta kilómetros al oeste, una mancha de roca roja de suelo oscuro, y lo que parecen campos verdes. A lo largo de la costa está el enorme cráter de lo que antes era la Franja de Gaza, una especie de cráter de impacto, una cala en forma de media luna incrustada en el mar seco... y luego la tierra se alza con montañas y Jerusalén está ahí, en las alturas, en una colina propia.

¿Cómo es?

Déjame que haga un zoom... sí. Suma IV está haciendo una superposición con las fotografías satélite históricas, y está claro que los suburbios y las partes más nuevas de la ciudad han desaparecido... pero la Ciudad Vieja, la ciudad amurallada, sigue ahí. Veo la Puerta de Damasco... la Muralla Oeste... el Montículo del Templo y la Cúpula de la Roca... y hay una nueva estructura que no aparece en las viejas fotos satélite, alta y de cristal multifacetado y piedra pulida. El rayo azul surge de ahí.

Estoy revisando los datos sobre el rayo azul, envió Orphu. Definitivamente, es un rayo de neutrinos envuelto en taquiones. No tengo ni idea de qué función podría tener y apuesto a que nuestros mejores científicos tampoco.

Oh, espera un momento... envió Mahnmut. He enfocado la Ciudad Vieja y está... rebosante de vida.

¿Gente? ¿Humanos?

No...

¿Esos seres organicorrobóticos sin cabeza y jorobados?

No, tensorrayó Mahnmut. ¿Quieres dejarme describir estas cosas a mi propia velocidad?

Lo siento.

Hay miles... más de miles, de esos seres anfibios con pies palmípedos y garras que dices que se parecen al Calibán de La Tempestad.

¿Qué están haciendo?

Deambulan, más que nada, tensorrayó Mahnmut. No, espera, hay cuerpos en la calle de David cerca de la Puerta de Jaffa... más cuerpos en el Tariq el-Wad del viejo barrio judío, cerca de la plaza de la Muralla Oeste...

¿Cuerpos humanos?, envió Orphu.

No.... de esos seres organicorrobóticos sin cabeza y jorobados. Están bastante destrozados... muchos parecen destripados.

¿Comida para los monstruos Calibán?, preguntó Orphu.

No tengo ni idea.

—Vamos a sobrevolar el rayo azul —transmitió Suma IV por el intercomunicador—. Que todo el mundo se sujete bien, voy a tener que introducir algunos de nuestros sensores en el rayo mismo.

¿Es eso sensato?, le preguntó Mahnmut a Orphu.

Nada en esta expedición a la Tierra es sensato, viejo amigo. No tenemos un maggid a bordo.

¿Un qué?, tensorrayó Mahnmut.

Maggid. En los viejos tiempos, los antiguos judíos... mucho antes de las guerras del califato y el rubicón, quiero decir, cuando los humanos llevaban pieles de oso y camisetas, los antiguos judíos decían que una persona sabia tenía un maggid, una especie de consejero espiritual de un mundo distinto.

Tal vez nosotros seamos los maggid, envió Mahnmut. *Todos somos de otro mundo.*

Cierto, envió Orphu. *Pero no muy sabios. Mahnmut, ¿te he dicho alguna vez que soy gnóstico?*

Deletrea eso, envió Mahnmut.

Orphu de lo así lo hizo.

¿Qué demonios es un gnóstico?, preguntó Mahnmut. Se había enterado hacía poco de varias cosas sobre su viejo amigo (incluido el hecho de que Orphu era experto en James Joyce y otros escritores de la Edad Perdida, aparte de Proust), y no estaba seguro de estar preparado para más.

No importa lo que es un gnóstico, envió Orphu, *pero un centenar de años antes de que los cristianos quemaran a Giordano Bruno en una hoguera en Venecia, quemaron a un gnóstico, el mago sufí llamado Salomón Molko de Mantua. Salomón Molko enseñaba que cuando ocurriera el cambio, el Dragón sería destruido sin armas y todo en la Tierra y en los cielos cambiaría.*

—¿Dragones? ¿Magos? —dijo Mahnmut en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Suma IV desde la burbuja de la cabina.

—¿Repítelo? —transmitió el centurión líder Mep Ahoo desde su asiento eyector en el módulo de transporte de tropas.

—Por favor, repite eso —dijo la voz con acento británico del Inte-

grante Primero Asteague/Che desde la *Reina Mab*, lo cual le dijo a Mahnmut que la nave madre estaba siguiendo su charla intercomunicada además de sus transmisiones oficiales. Pero no, deseó fervientemente, sus conversaciones por tensorsrayo.

No importa, envió Mahnmut. *Preguntaré por los dragones y los magos en otro momento.*

—Lo siento... nada... —dijo Mahnmut por el intercomunicador—. Estaba pensando en voz alta.

—Mantengamos la disciplina de radio —replicó Suma IV.

—Sí... uh... señor —respondió Mahnmut.

En la bodega, Orphu de Io bramó en el subsónico.

La lanzadera de Odiseo se acercó muy despacio a la ciudad de cristal vivamente iluminada que rodeaba el asteroide. Los sensores confirmaron que el asteroide tenía forma de patata y unos veinte kilómetros de largo por once de diámetro. Cada metro cuadrado de la superficie de níquel y hierro del asteroide estaba cubierto por la ciudad de cristal. Las torres y burbujas de acero, cristal y buckycarbono se alzaban hasta una altura máxima de medio kilómetro. Los sensores indicaban que toda la estructura tenía la presión normal de la Tierra al nivel del mar, que las moléculas de aire inevitablemente se filtraban por el cristal sugerían una atmósfera terrestre mixta compuesta de oxígeno, nitrógeno y dióxido de carbono, y que la temperatura en el interior sería cómoda para un humano que hubiera vivido junto al mar Mediterráneo antes de los cambios climáticos de la Edad Perdida... alguien de la época de Odiseo, por ejemplo.

En el puente de la *Reina Mab*, a mil kilómetros de distancia, todos los mandos vecs seguían sus sensores y pantallas con atención cuando un tentáculo energético de campo de fuerza invisible salió de la ciudad asteroidal de cristal, agarró la lanzadera y la introdujo por una abertura parecida a una compuerta en una de las torres de cristal más altas.

—Desconectad los impulsores y el piloto automático de la lanzadera —ordenó Cho Li.

El Retrógrado Sinopessen siguió los datos biotelemétricos de Odiseo y dijo:

—Nuestro amigo humano está bien. Nervioso... los latidos del corazón han aumentado un poco y los niveles de adrenalina suben... puede ver por esa ventanita... por lo demás está bien.

Sobre las consolas y la mesa de mapas fluctuaron imágenes holográficas mientras la lanzadera era atraída hacia el oscuro rectángulo de la compuerta. Una puerta de cristal se abrió deslizándose. Los sensores de la lanzadera registraron un diferencial de campo de fuerza «bajando» (sustituyendo la gravedad a 0,68 del estándar terrestre) y luego registraron la atmósfera entrando en la gran cámara estanca. Era tan respirable como el aire de Ilión.

—Los datos de radio, máser y telemetría cuántica son bastante claros —informó Cho Li—. El cristal de la muralla de la ciudad no los bloquea.

—Todavía no está en la ciudad —gruñó el general Beh bin Adee—. Sólo en la compuerta. No os sorprendáis si la Voz interrumpe las transmisiones en cuanto Odiseo esté dentro.

Vieron por las cámaras subjetivas de la piel (y lo mismo hicieron todos los que estaban a bordo de la nave de contacto, a cincuenta mil kilómetros de distancia) cómo Odiseo salía del pequeño espacio, se desperezaba y empezaba a caminar hacia una puerta interior. Aunque llevaba suave ropa espacial, el humano había insistido pese a las protestas de todos los moravecs en llevar su escudo redondo y su espada corta. Ahora sostenía el escudo alzado y la espada preparada mientras se acercaba a la puerta iluminada.

—A menos que alguien siga necesitando estudiar Jerusalén o el rayo de neutrinos, ahora me dirigiré a Europa —dijo Suma IV por el intercomunicador.

Nadie protestó, aunque Mahnmüt estaba ocupado describiendo los colores de la Ciudad Vieja de Jerusalén a Orphu: los rojos de las últimas horas del sol de la tarde sobre los antiguos edificios, el brillo dorado de la mezquita, las calles de color de barro y las sombras gris oscuro de los callejones, los sorprendentes y súbitos verdes de los olivares aquí y allá y, por todas partes, el verde brillante, resbaladizo y húmedo de las criaturas anfibias.

La nave de contacto aceleró a Mach 3 y se dirigió al noroeste, hacia la antigua capital de Dismashq, en lo que una vez se llamó Siria o la provincia del Khan Ho Tep de Nyianqêntanglha Shan Oeste, mientras Suma IV mantenía la distancia entre la nave y la cúpula de energía nulificadora sobre el seco Mediterráneo. Mientras recorrían la antigua Siria y viraban bruscamente a la izquierda para seguir por la península de Anatolia sobre los huesos de la antigua Turquía, con la nave completamente camuflada y haciendo un silencioso Mach 2,8 a una altitud de cuarenta y cuatro mil me-

tros, Mahnmut dijo de repente:

—¿Podemos reducir velocidad y orbitar cerca de la costa egea, al sur del Helesponto?

—Podemos —replicó Suma IV por el comunicador—, pero llevamos retraso para nuestra exploración de la ciudad de hielo azul de Francia. ¿Hay algo en la costa para que merezca la pena que nos desviemos?

—El sitio de Troya —dijo Mahnmut—. Ilión.

La nave empezó a desacelerar y perder altura. Cuando alcanzó el lento ritmo de trescientos kilómetros por hora, y con el marrón y verde del Mediterráneo vacío acercándose rápido y el agua del Helesponto al norte, Suma IV plegó las gruesas alas delta y desplegó las alas gosámero multipaneladas de cien metros de longitud con sus lentas hélices.

Mahnmut cantó en voz baja por el intercomunicador:

*Dicen que Aquiles se agitó en la oscuridad
Y Príamo y sus cincuenta hijos
despertaron sorprendidos y oyeron los cañones
y temblaron de nuevo por Troya.*

¿De quién es eso?, envió Orphu. No reconozco el verso.

Rupert Brooke, respondió Mahnmut por el tensorrayo. Poeta de la época de la Primera Guerra Mundial. Lo escribió camino de Gallipoli... pero nunca llegó a Gallipoli. Murió de enfermedad en el camino.

—Vaya —tronó el general Beh bin Adee en la banda común—, no puedo alabar tu disciplina radial, pequeño europeo, pero es un poema jodidamente bueno.

En la ciudad de cristal de la órbita polar, la compuerta se abrió y Odiseo entró en la ciudad propiamente dicha. Estaba llena de luz, árboles, enredaderas, pájaros tropicales, arroyos, una cascada que caía desde un alto macizo de piedra cubierto de líquenes, viejas ruinas y pequeños animales salvajes. Odiseo vio un ciervo rojo que mordisqueaba la hierba alzar la cabeza, mirar al humano que se le acercaba tras el escudo con la espada alzada y marcharse tranquilamente.

—Los sensores indican que se acerca una forma humanoide... todavía no es visible a través del follaje —radió Cho Li desde la nave de contacto.

Odiseo oyó los pasos antes de verla: pies descalzos sobre el duro suelo y la roca lisa. Bajó el escudo y deslizó la espada en el lazo de su ancho cinturón cuando la vio.

La mujer era hermosa más allá de las palabras. Incluso los moravecs inhumanos de conchas de plástico y acero, con corazones orgánicos latiendo junto a corazones hidráulicos, cerebros orgánicos y glándulas junto a bombas de plástico y servomecanismos de nanocitos, incluso los moravecs que se encontraban a veinte mil kilómetros de distancia mirando sus hologramas reconocieron lo increíblemente hermosa que era la mujer.

Su piel era de bronceada, tenía el pelo largo y oscuro pero vetado de rubio, los rizos caían sobre sus hombros desnudos. Llevaba sólo un sucinto vestido de dos piezas de brillante pero débil seda que enfatizaba sus pechos redondos y abundantes y sus anchas caderas. Iba con los pies descalzos pero llevaba aros de oro en los finos tobillos y un puñado de brazaletes en cada muñeca, y aros de oro y plata en sus suaves brazos.

Cuando se acercó, Odiseo y los moravecs del espacio y los moravecs que revoloteaban sobre la antigua Troya vieron las cejas de la mujer alzarse en una sensual curva sobre sus ojos sorprendentemente verdes. Sus pestañas eran largas y oscuras, y lo que parecía maquillaje alrededor de aquellos sorprendentes ojos desde tres metros de distancia eran las sombras normales y los tonos naturales de su piel cuando se acercó a un metro del aturdido Odiseo. Sus labios eran suaves, carnosos y muy rojos.

En perfecto griego de la época de Odiseo, con una voz tan suave como la brisa a través de las palmeras o el rumor perfectamente sintonizado de cascabeles, la hermosa mujer dijo:

—Bienvenido, Odiseo. Llevo muchos años esperándote. Me llamo Sycórax.

La segunda noche de su caminata por la Brecha Atlántica con Moira, Harman se encontró pensando en muchas cosas.

Algo en aquello de caminar entre dos altas murallas de agua (el Atlántico tenía en aquel punto más de mil quinientos metros de profundidad, en su segundo día de camino y a casi ciento veinte kilómetros de la costa) era absolutamente mesmérico. Un puñado de memorias proteínicas almacenadas en las hélices de ADN en algún lugar de su espalda tiró pedantemente de la conciencia de Harman y quiso repasar los detalles. (*La palabra mesmérico procede de Franz Anton Mesmer, nacido el 23 de mayo de 1734 en Iznang, Suavia, fallecido el 5 de marzo de 1815 en Meersburg, Suavia: físico alemán cuyo sistema terapéutico conocido como mesmerismo, en el que tomaba control simpatético de la conciencia de sus pacientes, fue el predecesor de la posterior práctica de la hipnosis...*) La mente de Harman, perdida en laberintos de pensamiento, apartó la interrupción. Estaba consiguiendo descartar las voces absurdas que rugían en su mente, pero la cabeza aún le dolía a rabiar.

Los mil quinientos metros de pared de agua a cada lado del sendero seco de ochenta metros eran también aterradores. Dos días de caminar por la Brecha no lo habían hecho acostumbrarse del todo a la sensación de claustrofobia y al miedo a un derrumbe inminente. Había estado en la Brecha Atlántica en otra ocasión, dos años antes, cuando celebraba su nonagésimo octavo cumpleaños (salió por el faxnódulo 124 cerca de Loman Estate en lo que antaño había sido la costa de Nueva Jersey, en América del Norte, y caminó dos días de ida y otros dos de vuelta, pero no llegó a cubrir tanto terreno como estaba haciendo con Moira), y las paredes de agua y la profunda penumbra de la trinchera no lo habían molestado tanto entonces.

«Naturalmente —pensó Harman—, era más joven entonces. Y creía en la magia.»

Moira y él no habían hablado desde hacía varias horas, pero sus zancadas iban a la par y caminaban bien juntos en silencio. Harman analizaba parte de la información que ahora llenaba su universo, pero sobre todo pensaba en lo que podría y debería hacer si alguna vez conseguía regresar a Ardis.

Lo primero que haría, sería pedir disculpas a Ada desde el fondo de su corazón por haber partido en aquel estúpido viaje a la Puerta Dorada de Machu Picchu. Su esposa embarazada y su hijo aún no nacido deberían haber sido lo primero. Lo había sabido entonces, pero lo sabía más ahora.

A continuación Harman iba a trazar un plan para salvar a su amada, a su hijo, a sus amigos y a su especie. Esto no era tan fácil.

Lo que sí era más fácil con el millón de volúmenes de información que habían sido, literalmente, vertidos en su interior, era ver algunas opciones.

Primero, estaban las funciones reavivadas que su mente y su cuerpo seguían explorando, casi un centenar de ellas. La más importante de todas, al menos a corto plazo, era la función de librefax. En vez de encontrar nódulos y activar la maquinaria, la nanotecnología presente en cada humano antiguo, que ahora Harman comprendía, permitía faxear desde cualquier lugar a otro del planeta Tierra e incluso (si se salvaban las restricciones) desde la superficie del planeta a puntos concretos del más de un millón de objetos, máquinas y ciudades en órbita alrededor de la Tierra. Librefaxear podría salvarlos a todos de los voynix, y de Setebos y sus calibani sueltos, incluso del propio Calibán, pero sólo si las máquinas fax y los módulos de almacenamiento en órbita volvían a conectarse para los humanos.

Segundo, Harman conocía varias maneras para regresar a los anillos e incluso tenía una vaga idea de lo que era la cosa-bruja-alien llamada Sycórax que ahora gobernaba el antiguo universo orbital posthumano, allá arriba. Pero no tenía ni idea de cómo él y los otros podrían derrotar a Sycórax y Calibán, pues Harman estaba seguro de que Setebos había enviado a su único hijo a los anillos para lastrar la función fax. Si prevalecían, Harman sabía que tendría que zambullirse en más armarios de cristal antes de tener toda la información técnica que necesitaba para reactivar los complicados satélites y sensores fax.

Tercero, mientras Harman estudiaba las muchas funciones ahora disponibles para él (muchas de las cuales se encargaban de escrutar su propia mente y su cuerpo y encontrar datos almacenados allí) sabía que no sería

un problema compartir esta nueva información. Una de las funciones perdidas era una sencilla función compartidora (una especie de sigleer inverso) con la que Harman podía tocar a otro humano antiguo, seleccionar los paquetes de memoria proteínica almacenados en ARN-ADN que quería descargar, y la información pasaría de su piel y su carne a la de la otra persona. Había sido perfeccionada para los prototipos de los Hombrecitos Verdes casi dos mil años antes y adaptada rápidamente a la función de nanocitos humana. Todos los antiguos tenían esta capacidad de memoria nanoinducida y unida al ADN y a los cientos de funciones latentes en sus cuerpos y mentes, pero hacía falta una persona informada para que empezara a encender de nuevo las habilidades humanas.

Harman sonrió. Moira podía ser... podía no, era molesta con sus chistes y sus insinuaciones, pero ya comprendía por qué seguía llamándolo «mi joven Prometeo». Prometeo, según Hesíodo, significaba «presciente» o «profético», y el personaje de Prometeo en Esquilo, y en las obras de Shelley, Wu y otros grandes poetas, era el titán revolucionario que robó la esencia del conocimiento, el fuego, a los dioses, y lo entregó a la titubeante raza humana, elevándola a algo casi similar a la divinidad. Casi.

—Por eso nos desconectasteis de nuestras funciones —dijo Harman, sin advertir que hablaba en voz alta.

—¿Qué?

Miró a la mujer posthumana que caminaba junto a él en la penumbra.

—No queríais que nos convirtiéramos en dioses. Por eso nunca activasteis nuestras funciones.

—Por supuesto.

—Sin embargo todos los posts menos tú decidieron marcharse a otro mundo o dimensión y jugar a ser dioses.

—Por supuesto.

Harman lo comprendía. La primera necesidad de un dios, con «d» minúscula o mayúscula, era no tener otros dioses que le hicieran sombra. Se concentró de nuevo en sus pensamientos.

El modo de pensar de Harman había cambiado desde el paso por el armario de cristal. Si antes se centraba en cosas, sitios, gente y emociones, ahora era sobre todo un modo de pensar figurativo: una complicada danza de metáforas, metonimias, ironías y sinédoques. Con miles de millones de hechos (cosas, sitios y gente) insertados en sus mismas células, el foco

* Odiseo recita parte del poema *Ulysses* de lord Tennyson. (N. del T.)

de sus pensamientos había cambiado a las conexiones y tonos y matices y al reconocimiento de las cosas. Las emociones todavía estaban allí (incluso más fuertes) pero sus sentimientos, que habían sonado una vez como un bajo vibrante que abrumaba el resto de la orquesta, ahora danzaban como un delicado pero poderoso solo de violín.

«Mucha metáfora para un mero mentecato humano», pensó Harman, contemplando con ironía la presunción de sus propias ideas.

A pesar de estar burlándose de sí mismo sabía que poseía el don de mirar las cosas (gente, lugares, sentimientos, a sí mismo) con el tipo de reconocimiento que sólo procede de la madurez, del crecimiento interior y el aprender a aceptar las ironías y las metáforas y las sinécdoques y las metonimias no sólo en el lenguaje, sino en la impronta del universo.

Si lograba volver a reconectar con su propia especie, volver a algún enclave humano antiguo, no sólo a Ardis, sus nuevas funciones cambiarían para siempre a la humanidad. No las forzaría sobre nadie, pero como esta iteración de *Homo sapiens* estaba a punto de ser erradicada de este mundo postpostmoderno, dudaba que nadie que estuviera siendo atacado por los voynix, los calibani y un gigantesco cerebro sorbedor de almas que avanzaba apoyándose en múltiples manos pusiera demasiados reparos a conseguir nuevos dones, poderes y una ventaja para sobrevivir.

«¿Son estas funciones, a la larga, una ventaja para la supervivencia de mi especie?», se preguntó Harman.

La respuesta, de su propia voz mental, fue el grito de un maestro zen que oye una pregunta estúpida de uno de sus acólitos: «¡Mu!» Significa, más o menos: «Retira la pregunta, estúpido.» Esta sílaba va seguida a menudo por otro monosílabo: «¡Qwatz!» El grito del maestro zen que simultáneamente saltaba y golpeaba al estudiante estúpido en la cabeza y los hombros con el pesado bastón de maestro.

Mu. Aquí no hay «a la larga»: eso será algo que tendrán que decidir mis hijos y sus hijos. Ahora todo, absolutamente todo, es a la corta.

Y la amenaza de ser desmembrado por un voynix jorobado tiende a enfocar la mente maravillosamente bien. Si todas las funciones volvieran a ser conectadas... Harman sabía por qué no funcionaban las antiguas funciones, ni siquiera la función buscadora, todonet, lejosnet ni sigleer: alguien allá arriba en los anillos había desconectado las transmisiones y seguramente había apagado las máquinas fax.

Si todas las funciones volvieran a ser conectadas...

¿Pero cómo?

Una vez más, Harman estudió el problema de regresar a los anillos y volver a conectarlo todo: energía, servidores, fax, todas las funciones.

Necesitaba saber si había otros allá arriba además de Sycórax, esperando, y cuáles eran sus defensas. Los millones de libros que había ingerido en el armario de cristal no contenían ninguna opinión sobre esta cuestión crucial.

—¿Por qué no me TCeáis Próspero o tú a los anillos? —preguntó Harman. Se volvió a mirar a Moira y advirtió que apenas podía verla a la escasa luz. Su rostro estaba iluminado casi exclusivamente por la luz de los anillos.

—Decidimos no hacerlo —contestó ella en su más enloquecedor estilo Barteby.

Harman pensó en el arma que disparaba balas que llevaba en la mochila. Si la apuntaba con ella y permitía que leyera la sinceridad en su rostro, ya que los posthumanos tenían sus propias funciones para leer y comprender las reacciones humanas, ¿la convencería esa combinación para que lo teletransportara cuánticamente a Ardis o a los anillos?

Sabía que no. Moira nunca le hubiese dado la pistola si hubiera supuesto una amenaza para ella. Había insertado alguna contramedida en el arma: quizá podía impedir que disparara sólo con la fuerza de sus pensamientos posthumanos, un sencillo circuito de ondas cerebrales insertado en el mecanismo disparador, o algo igualmente fiable y a prueba de balas construido dentro de ella.

—El magus y tú os tomasteis la molestia de secuestrarme, enviarme hasta la India y el Himalaya, sólo para meterme en el armario de cristal, ahogarme y educarme —dijo Harman. Era el mayor número de palabras que pronunciaba desde que habían empezado a recorrer la Brecha, y advirtió lo banales y redundantes que eran—. ¿Por qué hicisteis eso si no queréis que prevalezca sobre Setebos y los otros tipos malos?

Moira no volvió a sonreír.

—Si tienes que llegar a los anillos, encontrarás el camino.

—«Tienes que llegar» parece una especie de predestinación calvinista —dijo Harman, pasando por encima de un bajo montículo de coral seco. La Brecha estaba siendo sorprendentemente fácil: puentes de hierro sobre los pocos abismos oceánicos que habían encontrado, caminos pavimentados o abiertos con láser en riscos rocosos o coralinos, suaves pendientes en su mayor parte y cables de metal para ayudarlos a descender o subir en los puntos más empinados... Así que Harman no había tenido que

pasar mucho tiempo vigilando sus pasos. Pero era difícil ver bien con tan poca luz.

Moira no había respondido ni reaccionado visiblemente a su crítica, así que Harman insistió:

—Hay otras fermerías.

—Próspero te lo dijo.

—Sí, pero acabo de caer en la cuenta. Los antiguos no tenemos que morir o reconstruir la medicina a partir de cero. Hay más tanques rejuvenecedores ahí arriba.

—Sí, por supuesto. Los posthumanos se prepararon para servir a una población de antiguos por millones. Hay otras fermerías y tanques de gusanos azules en otras islas orbitales, al norte de los anillos ecuatorial y polar. Sin duda eso es obvio.

—Sí, obvio —dijo Harman—, pero tienes que recordar que yo tengo toda la sabiduría de un niño recién nacido.

—No me he olvidado de eso.

—No tengo datos específicos de dónde están las otras fermerías —dijo Harman—. ¿Puedes indicármelas?

—Te indicaré dónde están cuando apaguemos la hoguera de nuestro campamento, esta noche —respondió Moira secamente.

—No. Quiero decir en un mapa de los anillos.

—¿Tienes un mapa de los anillos, mi joven Prometeo? ¿Es eso parte de lo que comiste y bebiste en el Taj?

—No, pero puedes dibujar uno para nosotros... las coordenadas orbitales, todo.

—¿Estás pensando ya en la inmortalidad tan pronto después de nacer, Prometeo?

«¿Es eso?», se preguntó Harman. Entonces recordó su último pensamiento antes de darse cuenta de que las otras fermerías estaban allá arriba en los anillos posthumanos: pensaba en Ada, embarazada y herida.

—¿Por qué estaban todos los tanques sanadores faxeadores operativos en la isla de Próspero? —preguntó. Mientras hacía la pregunta, vio la respuesta como el recuerdo de una pesadilla olvidada.

—Próspero los preparó para que su cautivo Calibán se alimentara —dijo Moira.

Harman sintió que el estómago le daba un vuelco. En parte era la reacción a haber tenido algún atisbo amistoso o compasivo hacia el magus avatar de la logósfera. Pero en su mayor parte, el súbito arrebató de náusea

se debió al hecho de que no había comido nada desde los dos bocados de barra alimenticia de ese día, antes del amanecer, y se había olvidado de beber de su tubo hidratador desde hacía horas.

—¿Por qué te detienes? —le preguntó a Moira.

—Está demasiado oscuro para caminar —contestó la posthumana—. Encendamos nuestra hoguera y cocinemos nuestros pinchitos y asemos algunos malvaviscos y cantemos canciones de campamento. Luego podrás soñar unas cuantas horas y soñar con vivir eternamente en el brillante futuro de los tanques de los gusanos azules.

—¿Sabes? —dijo Harman—. A veces eres un coñazo con tus sarcasmos.

Moira sonrió. Su sonrisa era como la del gato de Cheshire, casi el único detalle que podía ver de ella en la oscuridad de la trinchera de la Brecha.

—Cuando mis muchas hermanas estaban aquí —dijo—, antes de que todas se marcharan para convertirse en dioses (muchas de ellas dioses masculinos, lo que a mi me pareció un paso atrás), solían decirme lo mismo. Ahora saca de la mochila esas algas y maderas secas que hemos estado recogiendo todo el día y enciende un buen fuego... eso sí que es algo antiguo y adecuado.

¡Mami! ¡Mamiiii! Tengo mucho miedo. Está tan oscuro y hace tanto frío aquí abajo. ¡Mami! Ven a ayudarme a salir. ¡Mami, por favor!

Ada despertó justo media hora después de quedarse dormida en las frías horas de la oscura madrugada de invierno. La voz infantil de su mente se agitaba como una mano fría y pequeña dentro de su ropa.

Mami, por favor. No me gusta estar aquí. Hace frío y está oscuro y no puedo salir. La roca es demasiado dura. Tengo hambre. Mami, por favor, ayúdame a salir de aquí. Mamiiii.

Pese a lo agotada que estaba, Ada se obligó a levantarse del petate y salir al frío exterior. Los supervivientes (eran cuarenta y ocho una semana y cinco días después de su regreso a las ruinas de Ardis) habían montado tiendas con la lona recuperada y Ada compartía una con otras cuatro mujeres. El puñado de tiendas y el cobertizo original junto al pozo formaban el centro de una nueva empalizada, con las afiladas picas colocadas sólo a unas decenas de metros del centro de la tienda y las ruinas calcinadas del original Ardis Hall.

Mamiiii... por favor, mami...

La voz estaba allí gran parte del tiempo ahora y Ada había aprendido a ignorarla durante casi todos los momentos en que permanecía despierta, pues le impedía dormir. Esa noche (esta oscura madrugada previa al amanecer) era mucho peor que de costumbre.

Ada se puso los pantalones, las botas y un grueso jersey y salió de la tienda, moviéndose lo más silenciosamente que pudo para no despertar a Elle y sus otras compañeras. Había unas cuantas personas despiertas junto a la hoguera central del campamento (siempre las había, toda la noche), y centinelas en las nuevas murallas, pero la zona entre Ada y el pozo estaba va-

cía y oscura.

Estaba muy oscuro: gruesas nubes habían bloqueado la luz de las estrellas y los anillos y parecía que iba a nevar. Ada avanzó con cuidado hacia el pozo: algunos preferían dormir al aire libre ahora que habían conseguido reparar y coser mejores petates y sacos de dormir. No quería pisar a nadie. En su quinto mes de embarazo, Ada ya se sentía gorda y torpe.

¡Mamiiii!

Odiaba esa maldita voz. Con un hijo real creciendo en su interior, no podía tolerar aquella voz aguda y gimoteante que procedía de aquella cosa del pozo, aunque sólo fuera un eco mental. Se preguntó si el sistema neural en desarrollo de su propio bebé podría detectar aquella invasión telepática. Deseó que no.

Mami, por favor, déjame salir. Está oscuro aquí abajo.

Habían decidido que una persona montara guardia en el pozo en todo momento, y esa noche le tocaba a Daemon. Ella reconoció la fina y musculosa silueta con su rifle de flechitas al hombro incluso antes de distinguir su rostro. Él se volvió cuando se acercaba al borde del pozo.

—¿No puedes dormir? —susurró.

—No me deja —respondió ella, también entre susurros.

—Lo sé —dijo Daeman—. Siempre oigo cuando te dedica sus súplicas. Débil, pero audible... una especie de cosquilleo en el fondo del cerebro. Oigo a esa cosa decir «mami» y me entran ganas de descargarle todos estos dardos.

—Probablemente sea buena idea —dijo Ada, mirando la jaula de metal soldada y atornillada a la roca sobre el pozo. La reja era grande, pesada y de entramado fino (la habían sacado de la antigua cisterna cercana a las ruinas de Ardis Hall) y el bebé Setebos ya había crecido hasta el punto de que podía meter sus manos de tallos bamboleantes por los huecos. El Pozo en sí sólo tenía quince metros de profundidad, pero lo habían cavado en roca sólida. Por fuerte que fuera aquel ser monstruoso de allí abajo (la parte de muchos ojos y muchas manos tenía ahora más de metro y veinte de largo y sus manos eran más fuertes cada día) no era lo bastante fuerte para soltar los tornillos de la reja y las barras soldadas de la roca. Todavía no.

—Buena idea si no fuera porque tendríamos a veinte mil voynix encima cinco minutos después de matar a ese bicho —susurró Daeman.

A Ada no le hacía falta que se lo recordaran, pero oírlo decir en voz alta hundió la frialdad y el escalofrío de la náusea más profundamente en su

interior. El sonie había despegado ya y hacía su lento reconocimiento del oscuro terreno. La noticia era la misma cada día: los voynix se mantenían apartados, en un círculo casi perfecto en un radio de menos de cuatro kilómetros de lo que podía ser el último campamento humano en la Tierra, pero su número seguía creciendo. Greogi había calculado que había al menos entre veinte mil y veinticinco mil seres plateados en los bosques sin árboles la tarde anterior. Habría más por la mañana al amanecer. Había más cada día. Era tan seguro como que el débil sol salía. Era tan seguro como el hecho de que la suplicante e insinuante voz mental que surgía del pozo no se callaría hasta que quedara libre.

«¿Y entonces qué?», se preguntó Ada.

Podía imaginarlo. Sólo la presencia de la cosa había arrojado un velo sobre los supervivientes de Ardis. Ya era bastante difícil ir tirando: construir y ampliar sus pequeñas tiendas y barracones, recuperar lo que podían de las ruinas, mejorar su débil fortín de troncos, por no mencionar conseguir comida suficiente, sin los malignos gemidos del bebé Setebos en sus mentes.

La comida era un asunto serio. Todo el ganado había escapado durante la masacre y las expediciones con el sonie sólo habían encontrado cadáveres pudriéndose en los campos lejanos y en el suelo del bosque invernal. Los voynix los habían matado también. Y con el suelo congelado e incluso la esperanza de huertos o cosechas o la posibilidad de plantar a meses de distancia, y con la comida enlatada y conservada que había en el sótano de Ardis Hall convertida ahora en montones derretidos bajo la basura calcinada, los cuarenta y ocho supervivientes de Ardis dependían de los cazadores que salían cada día con el sonie. No había animales dentro del círculo de seis kilómetros del ejército de voynix, así que cada día dos hombres o mujeres con rifles de flechitas se arriesgaban a viajar más allá de los voynix (un viaje más largo cada día, ya que los ciervos y gamos huían de la zona) y cada noche, si tenían suerte, un ciervo macho o un cerdo salvaje giraban sobre la hoguera central. Pero no habían tenido mucha suerte recientemente: no tenían comida fresca a diario, y cada vez conseguían menos presas dentro de un radio progresivamente mayor de vuelo, así que conservaban lo que podían ahumándolo y con los restos de la preciosa sal recuperada de los almacenes, y masticaban el tasajo y su monótono mal gusto, y veían cómo los voynix continuaban congregándose, y cada día y noche su humor se ensombrecía con el bebé Setebos enviando constantemente sus blancas y pegajosas manos y tentáculos de telepatía a sus

cerebros. Incluso mientras dormían. Y como los animales que cazaban desde el sonie, el sueño era cada vez más difícil de encontrar.

—Unos cuantos días más —dijo Daeman en voz baja— y creo que podrá salir de la jaula.

Sacó la antorcha encendida de su hueco y la alzó sobre el pozo. Del tamaño de un ternero pequeño, la superficie de su cerebro brillando de mucosidad húmeda y gris, el bebé de Setebos colgaba de la reja. Media docena de manos tentaculares agarraban el oscuro entramado de hierro. Ocho o diez ojos amarillos bizquearon, parpadearon y se cerraron ante la súbita llamarada de luz. Dos de sus bocas se abrieron y Ada contempló fascinada las filas de pequeños dientes blancos de cada una.

—Mami —chirrió. Hablaba desde hacía una semana, pero su voz real no era tan humana ni tan infantil como su voz telepática.

—Sí —dijo Ada—. Celebraremos una reunión general hoy. Que todos voten para decidir el momento. Pero tenemos que hacer los preparativos finales para marcharnos pronto.

El plan no gustaba a casi ninguno, pero era lo mejor que se les había ocurrido. Mientras Daeman y unos cuantos más guardaban al bebé, empezarían a evacuar materiales y personas a una isla que habían descubierto a unos cincuenta kilómetros río abajo desde Ardis. No era la isla paradisíaca a la que Daeman quiso faxear en el otro extremo del mundo, pero aquel islote rocoso estaba en el centro del río, donde la corriente era veloz y, lo más importante, el terreno era defendible.

Todos habían supuesto que los voynix faxeaban de algún modo, desde alguna parte, aunque las comprobaciones diarias del faxnódulo de Ardis mostraban que seguía sin funcionar. Eso significaba que los voynix podrían seguirlos fácilmente, quizá incluso faxear hasta la isla. Pero los cuarenta y ocho supervivientes podían congregarse y emplazar su campamento en una depresión en el centro del islote, cazas y traer su comida en el sonie, como ya hacían, y la isla era tan pequeña que los voynix tendrían problemas para faxear más de unos pocos cientos cada vez. Podrían matar y expulsar a ese número.

Los últimos hombres y mujeres en dejar Ardis (y Ada pretendía ser la última mujer) matarían al engendro de Setebos. Y entonces los voynix arrasarían aquel lugar vacío como saltamontes frenéticos, pero el resto de los supervivientes estarían en la isla y a salvo. A salvo unas cuantas horas, suponía Ada.

¿Podían nadar los voynix? Ada y los otros habían rebuscado en sus re-

cuerdos por si habían visto a uno de sus voynix esclavos nadar en la historia antigua antes de que el cielo se cayera hacía diez meses, antes de que Harman y la difunta Savi y Daeman destruyeran la fermería y la isla de Próspero. Antes del final de su alocado mundo de fiestas e interminables faxeos y seguridad. Nadie estaba seguro de haber visto un voynix nadar.

Pero en el fondo de su corazón Ada estaba segura. Los voynix podían nadar. Podían caminar por el lecho del río, bajo el agua y con toda aquella corriente si era necesario. Alcanzarían a los humanos en su isleta en cuanto el bebé Setebos estuviera muerto.

Y entonces los supervivientes, si quedaba alguno, tendrían que huir otra vez... ¿pero adónde? Ada estaba a favor de ir a la Puerta Dorada de Machu Picchu, ya que recordaba bien la descripción de Petyr de los voynix agrupados allí, incapaces de entrar en las burbujas verdes medioambientales de las torres del puente y los cables de suspensión. Pero casi ninguno de los demás quería ir a un Puente que no habían visto nunca: estaba demasiado lejos, de todas formas, tardarían demasiado tiempo en llegar, quedarían atrapados dentro de las estructuras de cristal sobre la nada, rodeados de voynix.

Ada les había contado cómo Harman, Petyr, Hannah y Nadie/Odiseo habían llegado al puente en menos de una hora, lanzándose a las inmediaciones del espacio y luego cayendo por la atmósfera sobre el continente sur. Explicó cómo el sonie todavía tenía ese plan de vuelta en su memoria, cómo un viaje a la Puerta Dorada de Machu Picchu sólo tardaría unos cuantos minutos más que el del ferry que los llevaría río abajo hasta la isla rocosa.

Pero siguieron sin querer intentarlo. Todavía no.

Sin embargo, Ada y Daeman continuaron haciendo planes para esa larga evacuación.

De repente se oyó un sonido en la oscura línea de árboles, al suroeste: una ruidosa sibilante.

Daeman echó mano a su rifle de flechitas y lo sujetó con fuerza tras quitar el seguro.

—¡Voynix! —gritó.

Ada se mordió los labios, la cosa Setebos a sus pies olvidada por un momento, sus urgencias mentales ahogadas por ruido de verdad. Alguien junto a la hoguera central hacía sonar la campana de alarma. La gente salía del gran cobertizo y las tiendas y gritaba para despertar a los demás.

—No lo creo —dijo Ada, casi gritando para que Daeman pudiera oír-

la por encima del estrépito—. No suena igual.

Cuando la campana dejó de tañer y los gritos se apagaron, lo oyó con más claridad: un sonido metálico, rasposo, mecánico, no como el silencioso saltar y moverse de mil voynix al ataque.

Entonces apareció una luz, un reflector que los apuñalaba desde el cielo, a sólo unas pocas docenas de metros de altura, y la lanzada y el círculo de luz iluminaban las ramas peladas, la hierba congelada y ennegrecida por las hogueras, las murallas de la empalizada y los asombrados centinelas en los burdos parapetos.

El sonie no tenía reflector.

—¡Coged los rifles! —gritó Ada al grupo que se encontraba cerca de la hoguera. Algunas personas empuñaban ya sus armas. Otras las prepararon.

—¡Desplegaos! —gritó Daeman, corriendo hacia el grupo y agitando los brazos—. ¡A cubierto!

Ada estuvo de acuerdo. Fuera lo que fuese esa cosa, si tenía intenciones hostiles, no había ninguna necesidad de ayudarla agrupándose como blancos gordos y felices.

El zumbido se hizo tan fuerte que ahogó incluso la campana de advertencia que alguien había vuelto redundantemente a hacer sonar.

Ada vio algo mecánico que volaba, mucho más grande que su sonie pero mucho más lento y más torpe. No era el estilizado óvalo de su sonie sino dos círculos abultados con el reflector sobresaliendo del círculo central. La cosa flotaba y se agitaba como si estuviera a punto de estrellarse, pero rebasó las bajas murallas de la empalizada (un centinela tuvo que tirarse al suelo para evitar las protuberancias de la máquina voladora) y resbaló por la hierba congelada hasta llegar no muy lejos del pozo, volvió a alzarse en el aire y luego se posó pesadamente.

Daeman y Ada corrieron hacia allí, Ada lo mejor que sus cinco meses de embarazo le permitían y con una antorcha, y Daeman con el rifle automático alzado y apuntando a las formas oscuras que salían de la máquina que había aterrizado.

Las formas oscuras eran personas... ocho según contó Ada rápidamente. Vio rostros que no reconoció, pero los dos últimos de la máquina, los dos que habían estado en los controles cerca de la parte delantera del círculo de metal, eran Hannah y Odiseo... o Nadie, como había pedido que lo llamaran los últimos meses antes de que fuera herido y lo llevaran al Puente.

Y entonces Ada y Hannah se abrazaron, y ambas lloraron pero Hannah sollozaba casi histérica. Cuando se detuvieron a mirarse una a la otra, Hannah jadeó:

—¿Ardis Hall? ¿Dónde está? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien Petyr?

—Petyr ha muerto —dijo Ada, sintiendo la falta de énfasis en su propia reacción emocional a las palabras. Demasiado horror había sucedido en un periodo de tiempo demasiado corto: sentía el alma magullada—. Los voynix lanzaron una ofensiva poco después de que os marcharais. Rebasaron las murallas, usaron piedras como proyectiles. La casa ardió. Emme ha muerto. Raman ha muerto. Peaen ha muerto... —Repasó la lista de aquellos viejos amigos que habían muerto durante el ataque y después.

Hannah (que siempre había sido delgada pero parecía mucho más delgada a la luz de las antorchas) se cubrió la boca, horrorizada.

—Venid —dijo Ada, tocando la muñeca de Nadie y rodeando de nuevo a Hannah con el brazo—. Parecéis hambrientos. Venid junto al fuego... pronto amanecerá. Podéis presentarnos a vuestros amigos y os conseguiremos algo de comida. Quiero que me lo contéis todo.

Se sentaron junto a la hoguera hasta que el sol salió, intercambiando información tan faltos de emociones como podían dadas las circunstancias. Laman cocinó un rico guiso y lo comieron junto con tazas de lata de lo último que quedaba del rico café que habían encontrado en uno de los almacenes parcialmente quemados.

Las cinco nuevas personas, tres hombres y dos mujeres, se llamaban Beman, Elian, Stefe, Iyayi y Susan. Elian era el líder, un hombre completamente calvo con la autoridad de la edad, tal vez casi tan viejo como Harman. Todos estaban vendados o habían resultado levemente heridos y, mientras los demás hablaban, Tom y Siris atendieron sus heridas con los suministros médicos que les quedaban.

Ada contó rápidamente a su joven amiga Hannah (quien de algún modo ya no parecía tan joven) y al silencioso Nadie la Masacre de Ardis, los días y noches en la Roca Hambrienta, la caída del funcionamiento del fax-nódulo, la acumulación de voynix, y la eclosión y el aprisionamiento del bebé Setebos.

—Sentí esa cosa en mi mente incluso antes de que aterrizáramos —dijo Nadie en voz baja. Mientras Hannah empezaba su relato, el fornido

griego de la barba gris, vestido solamente con su burda túnica a pesar del frío clima, se acercó al pozo y contempló a su cautivo.

—Odiseo salió de su nicho recuperador una semana después de que Ariel se llevara a Harman —dijo la joven morena de ojos brillantes—. Los voynix continuaron intentando entrar, pero Odiseo me aseguró que no podrían mientras el campo de fricción cero estuviera conectado. Comimos, dormimos... —Hannah bajó los ojos un instante y Ada supo que los dos habían hecho algo más que dormir—. Esperábamos que Petyr regresara a por nosotros como había prometido, pero al cabo de una semana Odiseo empezó a trabajar intentando unir los fragmentos de sonies y otras máquinas voladoras que habíamos visto en el garaje... el hangar, o como demonios se llame. Yo me encargué de las soldaduras. Odiseo hizo que el sistema de propulsión y los tableros de circuitos funcionaran. Cuando nos quedamos sin componentes, busqué el resto en las burbujas y salas secretas de la Puerta Dorada.

»Él consiguió que el aparato flotara y volara un poquito dentro del hangar. Está compuesto principalmente por dos máquinas voladoras tipo servidor llamadas balsas volantes, no es para viajes largos y tuvimos problemas con los sistemas de guía y control. Finalmente Odiseo logró dismantelar parte de una IA inferior que manejaba parte de la cocina del Puente, dejando la parte de la cocina y las recetas pero lobotomizándola para que se encargara de la navegación y la altura de la balsa. No ha sido un vuelo fácil con esta máquina torpe... sigue queriendo prepararnos el desayuno y nos sugiere recetas.

Ada y algunos otros se rieron. Había más de una docena de personas escuchando, incluidos Greogi, el manco Laman, Ella, Eddie, Boman y los dos médicos. Los cinco recién llegados heridos estaban comiendo guiso caliente y escuchando en silencio. La nieve que Ada había oído horas antes caía liviana, pero no se aferraba al suelo. La luz del sol asomaba entre los grupos de nubes.

—Finalmente, cuando estuvimos seguros de que Ariel no iba a traer a Harman de vuelta y que ni Petyr ni ninguno de vosotros ibais a regresar a recogernos, llenamos la balsa con suministros (trajimos más armas que encontré en otra de las salas secretas), abrimos las puertas del hangar y nos dirigimos al norte, esperando que los repulsores nos mantuvieran en el aire y el burdo sistema de navegación nos trajera a las inmediaciones de Ardis.

—¿Eso fue ayer? —preguntó Ada.

—Eso fue hace nueve días —contestó Hannah.

Al ver la sorpresa de Ada, la mujer más joven continuó:

—Esta cosa vuela despacio, Ada, a noventa o cien kilómetros por hora como máximo. Y hemos tenido problemas. Perdimos la mayoría de la comida cuando nos posamos en el lugar donde Odiseo dice que estaba el istmo de Panamá. Por suerte, habíamos añadido las bolsas de flotación a la balsa de modo que pudo actuar como una balsa de verdad durante unas cuantas horas mientras aligerábamos peso y Odiseo toqueteaba los sistemas de vuelo para que volvieran a funcionar.

—¿Elian y los demás ya estaban entonces con vosotros? —preguntó Boman.

Harman negó con la cabeza, bebió más café y se acurrucó sobre su taza de latón como si eso le diera el calor necesario.

—Tuvimos que detenernos en la costa cuando cruzamos el mar del istmo —dijo—. Allí había una comunidad de faxnódulos... creo que has estado ahí, Ada: Hughes Town. Había un alto rascacielos de plastimigón con toda la enredadera.

—Fui una vez a una fiesta de Tres Veintes —dijo Ada, recordando la vista del mar desde una terraza en lo alto de aquella torre. Era joven, aún no había cumplido los quince años. Fue por aquella época cuando conoció por primera vez a su regordete «primo» Daeman y recordaba la sensación de sensualidad a la que despertaba en aquellos días.

Elian se aclaró la garganta. El hombre tenía cicatrices lívidas en la cara, los antebrazos y las manos, y su ropa era más bien una masa de harapos rasgados, pero se comportaba con mucha autoridad.

—Éramos más de doscientos en la comunidad nódulo cuando los voynix atacaron, hace un mes —dijo con voz suave pero grave—. No teníamos armas. Pero la torre principal de Hughes Town era demasiado alta para que llegaran saltando, y había algo en la superficie exterior que les impedía escalar y colgarse, y las terrazas salientes hacían más fácil la defensa que ningún otro lugar al que pudiéramos retirarnos. Colocamos barricadas en las escaleras (la energía de los ascensores se había desconectado durante la Caída de los Cielos, naturalmente), y usamos todo lo que pudimos encontrar como arma: herramientas de servidores, barras de hierro, burdos arcos y flechas hechos con cables de metal y tornillos de los carricoches y droshkies... cualquier cosa. Los voynix acabaron con casi todos nosotros, media docena o así llegaron al faxpabellón y escaparon en busca de ayuda antes de que el fax dejara de funcionar; los otros cinco y yo estábamos en el ático de la torre de Hughes Town con quinientos voy-

nix ocupándolo todo. Llevábamos cinco días sin comida y dos sin agua cuando vimos la balsa aérea de Nadie y Hannah cruzando el golfo.

—Tuvimos que tirar por la borda más comida y suministros médicos e incluso la mayoría de las armas y las municiones para dejar espacio para el peso extra —dijo Hannah mansamente—. Y tuvimos que aterrizar otras tres veces más para hacer reparaciones. Pero finalmente hemos llegado.

—¿Cómo supo el sistema de navegación cómo encontrar Ardis? —preguntó Casman. Al delgado y barbudo superviviente de Ardis le había interesado siempre la maquinaria.

Hannah se echó a reír.

—No lo hizo. Apenas pudo encontrar lo que Odiseo llama América del Norte. Odiseo nos guió hasta aquí siguiendo el río grande que llama Misisipí, y luego nuestro propio río Ardis, que llamó Lenaoka u Ohio. Y entonces vimos vuestro fuego.

—¿Volasteis de noche? —preguntó Ada.

—Tuvimos que hacerlo. Hay demasiados dinosaurios y dientes de sable en los bosques al sur de aquí para arriesgarnos a aterrizar demasiado tiempo. Todos nos turnamos para ayudar a pilotar el aparato mientras Odiseo daba alguna cabezada. Pero lleva despierto más de setenta y dos horas.

—Parece... bien de nuevo —dijo Ada.

Hannah asintió.

—El nido de recuperación curó la mayoría de las heridas que le infligieron los voynix. Hicimos bien al llevarlo al Puente. De otro modo, hubiese muerto.

Ada guardó silencio un momento, pensando en cómo esa decisión había apartado a Harman de ella.

Como si leyera la mente de su amiga, Hannah dijo:

—Buscamos a Harman, Ada. Aunque Odiseo estaba seguro de que Ariel lo había teletransportado cuánticamente a alguna parte... eso es como faxear, sólo que más poderoso, es como hacían los dioses en el drama turín... aunque Odiseo estaba seguro de que ese ser, Ariel, lo había TCeado muy lejos, sobrevolamos y buscamos en las viejas ruinas de Machu Picchu bajo la Puerta Dorada e incluso en los ríos y cascadas y valles cercanos. No había ni rastro de Harman.

—Todavía está vivo —dijo Ada simplemente. Se tocó el hinchado vientre mientras lo decía. Siempre lo hacía: era no sólo parte de su conexión con Harman, sino que parecía confirmar que su intuición era acertada. Era como si el hijo no nacido de Ada supiera que Harman aún vivía...

en alguna parte.

—Sí —dijo Hannah.

—¿Visteis alguna otra comunidad de faxnódulos? —preguntó Lodes—. ¿Algún otro superviviente?

Hannah negó con la cabeza. Ada advirtió que el pelo de su joven amiga, siempre corto, había crecido un poco.

—Nos detuvimos en otros dos nódulos, entre Hughes Town y Ardis —dijo Hannah—. Nódulos con poca población... Live Oak y Hulmanica. Ambos habían sido atacados por los voynix: había carcasas de voynix y huesos humanos, nada más.

—¿Cuántas personas crees que murieron allí? —preguntó Ada en voz baja.

Harman se encogió de hombros y terminó de beber su café.

—No más cuarenta o cincuenta en total —dijo con la falta de emoción común a los supervivientes de Ardis—. No como en el desastre de aquí.

Hannah miró en derredor.

—Puedo sentir algo tirando de mi memoria como un mal recuerdo.

—Eso es el pequeño Setebos —dijo Ada—. Quiere meterse en nuestras mentes y salir del Pozo. —Siempre pensaba en el agujero de la cosa como «el Pozo», con «P» mayúscula.

—¿No tenéis miedo de que su madre, su padre o lo que sea esa cosa de Cráter París que vio Daeman venga a recogerlo?

Ada miró hacia el Pozo, donde Daeman hablaba con Nadie.

—El Setebos grande no ha aparecido todavía —dijo—. Nos preocupa más lo que vaya a hacer el pequeño.

Les describió cómo el ser de muchas manos parecía sorber energía de la tierra donde alguien había muerto de manera horrible.

Hannah se estremeció aunque la luz del sol ya era más fuerte.

—Vimos a los voynix en el bosque con nuestro reflector —dijo en voz baja—. Un número incontable. Fila tras fila. Allí de pie bajo los árboles y en los peñascos, los más cercanos a unos tres kilómetros, creo. ¿Qué vais a hacer?

Ada le contó el plan de encaminarse a la isla.

Elían se aclaró de nuevo la garganta.

—Discúlpame —dijo—. No es asunto mío y sé que no tengo voto aquí, pero me parece que una isla rocosa como ésa os dejaría en la misma posición que nosotros en la torre. Los voynix seguirían viniendo, y tenéis muchos más alrededor aquí, y moriríais uno a uno. Ir a un lugar como el

Puente del que nos ha hablado Hannah parece más sensato.

Ada asintió. No quería discutir estrategias todavía: demasiados supervivientes de Ardis que estaban sentados en aquel círculo votarían por la isla.

—Tienes voto aquí, Elian —dijo en cambio—. Cada uno de vosotros lo tiene. Ahora sois parte de nuestra comunidad... cualquier refugiado que encontremos lo será... y tendréis tanto derecho al voto como yo. Gracias por tu opinión. Todos vamos a discutir este tema al mediodía e incluso los centinelas votarán por delegación. Creo que deberíais dormir un poco hasta entonces.

Elian, Beman, la rubia Iyayi (que había conservado su belleza a pesar de sus arañazos y harapos), la mujer bajita y silenciosa llamada Susan y el grandullón barbudo llamado Stefe asintieron y se marcharon con Tom y Siris en busca de petates libres bajo alguna lona.

—Tú también deberías dormir —dijo Ada, tocando a Hannah en el antebrazo.

—¿Qué te ha pasado en la muñeca, Ada?

Ada se miró el burdo cabestrillo y el sucio vendaje.

—Me la rompí durante la lucha. No es nada. Me interesa eso de que los voynix desaparecieron de la Puerta Dorada de Machu Picchu. Me hace pensar que luchamos contra un número finito de seres... si tienen que replegarse, quiero decir.

—Un número finito —coincidió Hannah—. Pero Odiseo piensa que hay más de un millón de voynix y menos de cien mil humanos. —Pensó un segundo y añadió—: Cien mil humanos antes de que empezaran las matanzas.

—¿Tiene Nadie idea de por qué nos están matando los voynix? —preguntó Ada, agarrando la fuerte mano de Hannah.

—Creo que sí, pero no me lo ha dicho. Hay muchas cosas que se guarda para sí.

«Eso pasa por subestimar los Veinte», pensó Ada. En voz alta, dijo:

—Pareces agotada, querida. Deberías descansar un poco.

—Cuando lo haga Odiseo —dijo Hannah, mirando a Ada a los ojos con la arrogancia, el desafío y el orgullo de una joven amante.

Ada volvió a asentir.

Daeman se acercó a la hoguera.

—Ada, ¿podríamos hablar un momento?

Tocando el hombro de Hannah, Ada se levantó torpemente y siguió a

Daeman hasta el Pozo donde se encontraba Nadie. El hombre a quien antes llamaban Odiseo no era mucho más alto que Ada, pero era tan sólido y musculoso que daba la sensación de un gran poder. Ada vio los grises rizos de su pecho por la túnica abierta.

—¿Admirando nuestra mascota? —preguntó Ada.

Nadie no sonrió. Se rascó la barba, contempló dentro del pozo al bebé extrañamente tranquilo y luego posó su oscura mirada en Ada.

—Tendréis que matarlo —dijo.

—Eso planeamos hacer.

—Quiero decir rápidamente. Estas cosas no son tanto bebés del verdadero Setebos como piojos.

—¿Piojos? —dijo Ada—. Puedo oír sus pensamientos...

—Y los oirás cada vez más fuerte hasta que la cosa salga de ahí (probablemente podría hacerlo ya si quisiera) y sorba la energía y las almas de vuestros cuerpos.

Ada parpadeó y miró el interior del Pozo. El cerebro dividido en dos hemisferios del bebé era un brillo gris al fondo, donde se encontraba con los tentáculos replegados, sus manos móviles recogidas bajo su cuerpo mucoso, sus muchos ojos cerrados.

—Los huevos eclosionan y salen estas cosas —continuó Nadie—. Son como exploradores del verdadero Setebos. Estas cosas sólo crecen unos seis metros de largo. Encuentran... comida... en el suelo y luego vuelven con el Setebos original, no sé cómo viajan hasta tan lejos, por Agujeros Brana probablemente... Éste no es lo bastante mayor para convocar un Agujero. Cuando han informado, el Setebos grande les da las gracias por la información y se los come, absorbiendo todo el mal y el terror que estos... bebés han absorbido del mundo.

—¿Cómo sabes tanto de Setebos y sus... piojos? —preguntó Ada.

Nadie sacudió la cabeza como si ese tema no fuera importante en aquel momento.

«¿Y cuándo vas a empezar a tratar a la dulce Hannah con el amor y la atención que se merece, cerdo machista?», pensó Ada.

—Nadie tenía algo importante que decirnos... que pedimos —dijo Daeman. El amigo de Ada parecía preocupado.

—Necesito llevarme el sonie —dijo Nadie.

Ada volvió a parpadear.

—¿Llévartelo adónde?

—A los anillos —dijo Nadie.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Ada. Estaba pensando: «¡No puedes llevarte el sonie!», y sabía que Daeman pensaba lo mismo.

—No lo sé —respondió Odiseo con aquel extraño acento suyo.

—Bueno —dijo Ada—, está fuera de discusión que te lleves el sonie. Lo necesitamos para escapar de este lugar. Lo necesitamos para cazar. Lo necesitaremos para...

—Tengo que llevarme el sonie —repitió Nadie—. Es la única máquina de este continente que puede llevarme allí arriba, y no tengo tiempo para volar a China o alguna parte para encontrar otro. Y los calibani habrán vuelto inabordable la Cuenca Mediterránea a estas alturas.

—Bueno —repitió Ada, oyendo el tono de dura tozudez que sólo de vez en cuando salpicaba su voz—, no puedes llevarte el sonie. Moriremos todos.

—Eso no es lo importante, ahora —dijo el barbudo guerrero.

Ada iba a reírse pero acabó sólo mirando a Odiseo, la boca medio abierta de sorpresa.

—Es lo importante para nosotros, Nadie. Queremos vivir.

Él sacudió la cabeza como si Ada no lo hubiera comprendido.

—Nadie de este planeta va a sobrevivir a menos que yo pueda llegar a los anillos... y hoy —dijo—. Necesito el sonie. Si puedo, lo devolveré o lo enviaré de vuelta. Si no... bueno, no importará.

Ada deseó tener un rifle de flechitas. Miró el que llevaba Daeman: todavía en las manos, lo llevaba casualmente. Nadie parecía desarmado, pero Ada había visto lo fuerte que era aquel hombre.

—Necesito el sonie —repitió Nadie—. Hoy. Ahora.

—No.

En el Pozo, el huérfano de muchas manos de repente empezó a emitir un sonido que era gemido, bufido y tos y acabó en algo que se parecía mucho a una risa humana.

Una tormenta descargaba en las alturas. Los anillos y estrellas habían desaparecido hacía tiempo y los relámpagos iluminaban las paredes verticales de agua a cada lado y el tajo obscenamente pálido de la Brecha se extendía tanto hacia el este y el oeste que los rayos no duraban lo suficiente para mostrar su inmensidad.

Sin embargo, los relámpagos se entrelazaban, los truenos explotaban y resonaban por el pasillo de agua contenida por la energía, y, acostado de espaldas en su saco de dormir fino como la seda y su termopiel, Harman veía las olas de cincuenta pisos de altura, alzándose y entrechocando a otros treinta metros por encima mientras el Océano Atlántico se sumaba al frenesí de la tormenta. Las nubes se alzaban sólo a unas docenas de metros sobre las altas olas. Y mientras las oscuras profundidades a cada lado permanecían en calma a más de ciento cincuenta metros bajo la superficie, Harman veía las capas de agitación sobre él. También se agitaban los túneles puente: no tenía un buen nombre para los tubos transparentes y conos y túneles de agua de energía contenida que conectaban el Atlántico al sur de la Brecha con el Atlántico al norte, y Moira simplemente los llamaba «conductos». Había uno de aquellos puentes túneles a sesenta metros sobre el seco fondo de la Brecha, visible cuando los relámpagos destellaban, a menos de un kilómetro al oeste de donde habían acampado y otro a un par de kilómetros tras ellos, al este. Ambos túneles de agua rebullían de actividad, enormes cantidades de agua blanca pasaban de un lado de la Brecha al otro. Harman se preguntó si más agua era forzaba a cruzar la Brecha durante las tormentas. Sin duda había más agua cayendo sobre ellos ahora: las cambiantes paredes de energía impedían que las altas olas cayeran y los ahogaran, pero las salpicaduras llovían como una bruma constante.

La ropa de Harman estaba guardada en la mochila, que era completamente impermeable según había descubierto, igual que el saco de dormir de finopiel, pero se había dejado abierta la máscara de ósmosis de la termopiel y tenía la cara húmeda. Cada vez que se lamía los labios le sabían a sal.

Los relámpagos golpeaban el suelo de la Brecha a menos de cien metros de ellos. El estallido del trueno sacudió los molares de Harman.

—¿Deberíamos movernos? —le gritó a Moira, que llevaba su propia termopiel: se había desnudado y se la había puesto allí, delante de él, sin ninguna vergüenza, casi como si fueran amantes, cosa que, advirtió él ruborizándose, habían sido.

—¿Qué? —gritó Moira. La voz de Harman se había perdido en el estrépito de las olas y el rumor de los truenos.

—¿DEBERÍAMOS MOVERNOS?

Ella deslizó su saco de dormir para acercarse y hablarle al oído. Había dejado también la cara expuesta y estaba tendida en el saco. La bruma había empapado la capa exterior de la ajustada termopiel, mostrando cada costilla y la elevación de las caderas.

—El único lugar al que podemos movernos para estar a salvo —dijo con fuerza en su oído—, es bajo el agua. Estaríamos a salvo de los relámpagos en el fondo del mar. ¿Quieres intentarlo?

Harman no quería. La idea de atravesar el campo de fuerza de la barrera y entrar en aquella oscuridad casi absoluta y aquella terrible presión (aunque la mágica termopiel impidiera que se ahogara o quedase aplastado) era más de lo que podía soportar esa noche. Además, la tormenta parecía estar remitiendo un poco. Las olas de arriba ya parecían de sólo veinte o veinticinco metros.

—No gracias —le gritó a Moira—. Me arriesgaré a seguir aquí.

Se secó la cara y se colocó la fina máscara de ósmosis. Sin la sal picateándole en los ojos y la boca era más fácil concentrarse.

Y Harman tenía mucho en lo que concentrarse. Todavía estaba intentando descubrir sus nuevas funciones humanas.

Muchas de aquellas funciones recién adquiridas (aunque «identificadas» habría sido un término más ajustado) habían sido eliminadas junto con sus habilidades para librefaxear. Por ejemplo, Harman veía claramente cómo podía disparar el acceso a la logósfera para adquirir información o comunicarse con alguien en cualquier parte, pero esas funciones habían sido interrumpidas por quienquiera o lo que quiera que dirigía los anillos.

Otras funciones parecía que funcionaban bien, pero no aumentaban ne-

cesariamente la paz espiritual de Harman. Había una función de seguimiento médico que, cuando le preguntó, le dijo y le mostró a Harman que su dieta de barras alimenticias y agua provocaría ciertas deficiencias vitamínicas si continuaba con ella durante más de tres meses. También le comunicó que se estaba acumulando calcio en su riñón izquierdo (tendría una piedra dentro de un año o menos), que había dos pólipos en su colon desde su última visita a la fermería, que sus músculos se deterioraban a causa de la edad (después de todo, habían pasado diez años desde su última puesta a punto en la fermería), que un estreptococo no conseguía establecer una colonia en su garganta a causa de sus defensas genéticas implantadas, que su tensión sanguínea era demasiado alta y que había una levísima sombra en su pulmón izquierdo que requería atención inmediata por parte de los sensores de la fermería.

«Magnífico —pensó Harman, frotándose el pecho por encima de la termopiel como si la levísima sombra que estaba seguro de que era cáncer de pulmón empezara a dolerle ya—. ¿Qué hago con esta información? Las fermerías están un poco fuera de mi alcance ahora mismo.»

Otras funciones servían a propósitos más inmediatos. En los últimos días Harman había descubierto que tenía una función de repetición a través de la cual podía revivir con sorprendente claridad (más parecido a experimentar algo en la realidad que a través de la memoria) cualquier momento o acontecimiento de su vida, destacando el recuerdo en una memoria proteínica en vez de en su cerebro, descargándolo y repitiendo el hecho al segundo. Ya había repetido unos cuantos minutos de su primer encuentro con Ada nueve veces (su memoria no podía haberle dicho que ella llevaba la túnica celeste o la noche en que la conoció en una faxfiesta), y había repasado momentos de la última vez que hicieron el amor más de treinta veces. Moira incluso había hecho algún comentario sobre su mirada vidriosa y su caminar robótico cuando él estaba revisando. Ella sabía lo que estaba haciendo, sobre todo porque ni su termopiel ni su ropa habían ocultado su reacción.

Harman tenía suficiente sentido común para darse cuenta que aquella función era adictiva y que debía usarla muy, muy cuidadosamente, sobre todo mientras caminaba por el fondo del océano, pero había vuelto a ciertos diálogos que había mantenido con Savi para extraer más datos de cosas que había dicho sobre el pasado o sobre los anillos o sobre el mundo... cosas que en su momento le habían parecido misteriosas o sin sentido, pero que ahora lo tenían después del armario de cristal. También advirtió, con

mucha tristeza, que Savi había estado trabajando con información muy incompleta en los siglos durante los cuales había intentado llegar a los anillos para negociar con los posthumanos. No sabía nada, por ejemplo, de las naves espaciales de verdad almacenadas en la Cuenca Mediterránea o de la manera adecuada de contactar con Ariel a través de las conexiones privadas de la logósfera de Próspero.

Ver a Savi con tanta claridad a través de la visión repetida hizo que Harman se diera cuenta de lo mucho más jóvenes que eran la cara y el cuerpo de la Moirateración de Savi, pero también cuánto se parecían las dos mujeres.

Harman repasó las otras funciones. Cercanet, lejosnet y todonet habían caído con las funciones fax y logósfera... Evidentemente todo lo interno funcionaba; todo aquello que exigiera el uso del sistema planetario de satélites, acumuladores de masa orbitales, transmisiones de datos y fax y demás no funcionaba.

Pero ¿por qué le decían sus indicadores internos que la función sigl no funcionaba? Harman hubiese dicho que sigleer era tan dependiente de su cuerpo como su revisión médica, que funcionaba demasiado bien. ¿Dependía la función sigl de satélites relé de algún modo? Sus datos del armario de cristal no lo explicaban.

—¿Moira? —gritó. Sólo después de gritar se dio cuenta de que la tormenta ya había pasado y que, aparte del rugir de las olas en lo alto, el sonido había menguado. Además, llevaba la máscara de ósmosis con sus micrófonos insertados, de modo que la pobre Moira había oído su grito en los auriculares de la capucha.

Harman se quitó la máscara de ósmosis y respiró de nuevo el rico del océano.

—¿Qué, oh, señor de los potentes pulmones? —replicó Moira en voz baja. Su saco de dormir estaba a un metro y medio de distancia.

—Si uso la función de tocar-compartir con mi esposa... con Ada, cuando llegue a casa, ¿recibirá también la información mi hijo no nacido?

—¿Contando tus pollitos-fetos antes de que eclosionen, mi joven Prometeo?

—Contéstame a la maldita pregunta, ¿quieres?

—Tendrás que intentarlo —dijo Moira—. No recuerdo ahora mismo los parámetros del diseño, nunca he tocado-compartido con las preñadas y las post-humanas divinas no podemos quedarnos embarazadas (tampoco ayudó en ese aspecto que todas fuéramos hembras), así que inténtalo cuan-

do llegues a casa... si lo haces. Pero sí, recuerdo que había redes de seguridad instaladas en la función de tocar-compartir. No puedes verter información lesiva en un feto o un niño pequeño... repetir su propio momento de concepción, por ejemplo. No queremos que el mocoso tenga que recibir terapia durante treinta años, ¿no?

Harman ignoró el sarcasmo. Se frotó las mejillas. Se había afeitado antes de iniciar aquel viaje (la capucha de la termopiel era menos cómoda con barba, lo había aprendido en la isla de Próspero hacía más de diez meses ya), pero dos días de barba incipiente rasparon su palma.

—¿Tenéis todas las funciones que nos disteis? —le dijo a Moira, añadiendo la inflexión propia de la interrogación sólo en el último instante.

—Querido mío —ronroneó Moira—. ¿Crees que somos tontos? ¿Vamos a darles a meros humanos antiguos alguna habilidad de la que carecemos?

—Entonces tenéis más que nosotros —dijo Harman—. ¿Más del centenar que nos habéis insertado?

Moira no contestó.

Harman había descubierto complejas nanocámaras y audiorreceptores insertados en las células de su piel. Algunos grupos de proteínas unidos al ADN podían almacenar datos visuales y auditivos. Otras células habían sido alteradas para convertirlas en transmisores bioelectrónicos... de corto alcance porque recibían su potencia de su propia energía celular, pero lo bastante fuertes para ser detectados y lanzados y retransmitidos.

—El drama turín —dijo en voz alta.

—¿Qué es eso? —preguntó Moira. La posthumana se había quedado adormilada.

—Ahora me doy cuenta de que transmitíais imágenes de Ilión... o lo hacían tus hermanas-diosas travestidas, y de cómo podíamos recibirlas a través de los paños turín.

—Bueno... vale —dijo Moira y volvió a dormirse.

Harman comprendió que ya no necesitaría un paño turín para recibir esas transmisiones. Entre los protocolos de voz de la logósfera y esa conexión multimedia podía compartir voz y datos sensoriales con cualquier otro ser humano que se ofreciera voluntario para enlazar con el flujo de datos.

«¿Cómo sería enlazar con Ada mientras hacemos el amor? —se preguntó Harman, y entonces se reprendió por ser un viejo verde—. Un viejo verde caliente se corrigió.»

Además de la función de la logósfera, había otra función que podía activar y que ofrecía un complicado interfaz sensorial con la biosfera. Como dependía de los satélites y estaba clausurada en este momento, Harman sólo podía imaginar cómo funcionaba y cómo era. ¿Era como charlar con Ariel o una persona se convertía de repente en uno de los dientes de león y uno de los ruiseñores? ¿Podía comunicar directamente y a distancia con los Hombrecitos Verdes de esa forma? Poniéndose serio de nuevo, Harman recordó que Próspero había dicho que Ariel usaba a los HV para contener a los miles y miles de calibani lanzados al ataque en la zona sur de la Vieja Europa, e inmediatamente vio cómo podía usar esa conexión para pedir ayuda a los *zeks* para combatir a los *voynix*.

Toda esta búsqueda de funciones estaba empeorando el dolor de cabeza de Harman. Casi por accidente comprobó su función de seguimiento médico y vio que, en efecto, sus niveles de adrenalina y su tensión sanguínea combinados eran lo bastante altos para provocarle un dolor de cabeza que llevaba ya dos semanas sufriendo. Activó otra función médica (esta más activa que la mera observación) y tentativamente permitió que algunos componentes químicos fueran liberados en su sistema. Las venas de su cuello se dilataron y se relajaron. El calor volvió a fluir en las heladas yemas de sus dedos. El dolor de cabeza remitió.

«Un chaval adolescente podría usar esta función para reprimir cualquier erección indeseada», pensó Harman. Advirtió que, en efecto, era un viejo verde y caliente.

«No tan viejo, en realidad», pensó. El monitor médico le había dicho que tenía el cuerpo físico de un hombre medio de treinta y un años ligeramente en baja forma.

Otras funciones flotaron en su lista mental: ampliación del terreno, empatía aumentada, otra que consideraba la función salvaje, una subida temporal de adrenalina y otras habilidades multiplicadoras de fuerza física, probablemente para ser utilizadas como último recurso en una pelea o si había que levantar una tonelada o dos. Además del uso y abuso de la función de repetición, Harman vio que los datos repetidos entraban a través de la función compartidora de otra persona. Había una función que le permitiría poner su cuerpo en una especie de hibernación, una desaceleración temporal de todo hasta el punto de estasis. Advirtió que no era una forma rápida de dar una cabezada, sino que estaba diseñado para ser utilizado con algo parecido al ataúd de cristal del Taj Moira si uno necesitaba seguir vivo pero inerte durante largos períodos de tiempo (en el caso de Moira, pe-

ríodos de tiempo muy largos), sin sufrir llagas de inmovilidad, atrofia muscular, mal aliento y los otros efectos secundarios de la inconciencia humana normal. Harman comprendió de inmediato que la verdadera Savi había usado esta función muchas veces en su nicho temporal en la Puerta Dorada de Machu Picchu y en otras partes para sobrevivir durante los catorce siglos que había permanecido escondida de los voynix y los posthumanos.

Había muchas más funciones (algunas de ellas intrigantes), pero la concentración necesaria para explorarlas estaba haciendo que el dolor de cabeza regresara. Desconectó esa parte de su cerebro para la noche.

Inmediatamente llegó una información sensorial más poderosa. El estrépito de las olas muy por encima. El brillo fotoluminiscente del fitoplancton de las capas superiores del Atlántico que, a sus ojos cansados, parecía una aurora boreal submarina.

El cielo sobre el océano estaba también lleno de luz. Esta vez no se trataba de relámpagos que caían del aire al mar, sino que pasaban entre las nubes. Explosiones silenciosas mostraban la complejidad fractal de las inquietas nubes encendiéndolas desde dentro. Esos pulsos y explosiones de luz eran silenciosos (ni el atisbo de un trueno llegaba a su pequeño saco de dormir, en el fondo de la Brecha Atlántica), así que Harman cruzó los brazos tras la cabeza y disfrutó del espectáculo de luz, apreciando también el efecto de los relámpagos sobre la superficie todavía revuelta del océano.

Pautas. Pautas por todas partes. Toda la naturaleza y el universo danzando al borde del caos, contenidos por un billón de protocolos algorítmicos ocultos insertados en todo y en cada interacción, pero hermoso de todas formas... oh, tan hermoso. Harman advirtió que había al menos una función que aún no había explorado realmente y que podría resolver la mayoría de esas pautas mucho mejor que los meros sentidos humanos evolucionados, pero probablemente sería una función cerrada que requeriría conexiones con los anillos y además... Harman no necesitaba una función ampliada genéticamente para apreciar la pura belleza de aquel silencioso espectáculo en mitad del Atlántico que se representaba sólo para él.

Permaneció acostado en el suelo de la Brecha, con las manos detrás de la cabeza, y rezó una oración por Ada y su posible hijo o hija (las funciones de Ada, cuando fueran activadas, le dirían qué era). Deseó poder estar con ella en aquel momento. Rezó al Dios en quien realmente nunca había pensado, al Dios Silente a quien Setebos y su lacayo Calibán temían por encima de todas las cosas según lo que había farfullado el monstruo en la isla

de Próspero, y rezó sólo para que su amada Ada estuviera bien y viva y tan feliz como lo permitieran las terribles circunstancias de aquellos tiempos y de su separación en el espacio.

Mientras se quedaba dormido, Harman oyó los entrecortados ronquidos de Moira. Sonrió mientras se hundía en el sueño. Mil años de reestructuración de ADN y de nanocitos posthumanos no los habían curado de los ronquidos. Pero, naturalmente, era el cuerpo de Savi el que...

Harman se quedó dormido a mitad del pensamiento.

Aquiles quisiera estar muerto.

El aire es tan hediondo y denso en el Tártaro, sus pulmones arden con tanta fiereza, los ojos le lloran y le duelen tanto. Siente la piel y las entrañas como si estuvieran preparadas simultáneamente para implotar y explotar por la presión; la mujer-monstruo de las Oceánidas lo carga apretando con tanta fuerza sus costillas con su puño de dedos del grosor de un muslo y su futuro es tan sombrío que desea morir y acabar con todo de una vez.

Pero los Hados cuánticos no le permitirán esta opción. Esa zorra de madre diosa suya, la puta Tetis que había profesado amor a su padre (el hombre a quien él siempre había honrado como padre, Peleo) y que luego se acostó con Zeus como el putón acuático que era, lo había metido en el Fuego Celestial y creado un punto de singularidad cuántica para su muerte, que llegaría sólo por las acciones del ahora muerto e incinerado Paris de Ilión, y ésa, como suele decirse, es toda la historia.

Así que sufre y trata de concentrarse en lo que sucede fuera de la tensa esfera de dolor e incomodidad que implota rápidamente.

Las tres gigantescas hijas titánicas de Océano (Asia, Panthea e Ione) caminan veloces a través de la venenosa penumbra hacia un brillo más luminoso que podría ser una erupción volcánica, con Aquiles sujeto en el enorme y sudoroso puño de Asia. Cuando éste puede abrir los ojos ardientes y atisba el paisaje a través de las lágrimas (lágrimas que se deben a los productos químicos del aire, no a la emoción), ve altos macizos rocosos como el que las tres Oceánidas surcan ahora, volcanes rugientes, profundos abismos llenos de lava y monstruos de formas extrañas, una escolta de gigantesos ciempiés que deben estar relacionados con el Curador del Olim-

po, atisbos ocasionales de siluetas que deben ser otros titanes que gritan y chocan en la oscuridad, y un cielo lleno de nubes veteadas de naranja, relámpagos salvajes y demás aparato eléctrico.

De repente la gigantesca titán llamada Panthea habla:

—¿Es ésa la velada forma que buscamos de quien se sienta en ese trono de ébano?

Asia, la voz de zorra resonando como peñascos al caer por una pendiente rocosa (Aquiles no tiene fuerzas para cubrirse los doloridos oídos con sus manos comidas por el ácido):

—Lo es. El velo ha caído.

—Veo una poderosa oscuridad ocupando el asiento de poder y rayos de penumbra corriendo alrededor, como la luz del sol meridiano. Pero el Demogorgo sigue invisible y sin forma, ni miembros, ni forma, ni contorno. Sin embargo, lo que las tres sentimos es un Espíritu vivo —dice Panthea:

El Demogorgo habla entonces y Aquiles entierra el rostro en la enorme y áspera palma de Asia en un vano esfuerzo por apagar el dolor subsónico de esa voz que todo lo abarca.

—PREGUNTAD LO QUE DESEÁIS SABER, OCEÁNIDAS.

Asia ofrece la palma con el dolorido Aquiles en ella.

—¿Puedes decirnos la forma y modo de cosa que es esto que hemos capturado? Parece más estrella de mar que hombre, y se rebulle y chilla igual.

El Demogorgo ruge de nuevo.

—ES SÓLO UN HOMBRE MORTAL, AUNQUE HECHO INMORTAL POR ERROR DE LOS FUEGOS CELESTIALES. SE LLAMA AQUILES Y ESTÁ MUY LEJOS DE CASA. NINGÚN MORTAL HABÍA LLEGADO NUNCA AL TÁRTARO HASTA ESTE DÍA.

—Ah —dice Asia. Parece que pierde el interés por su juguete y deja bruscamente a Aquiles en un peñasco al rojo vivo.

Aquiles siente el calor a su alrededor y, cuando abre los ojos, ve más a causa del brillo de la lava y la erupción, pero se horroriza al comprobar que la lava fluye a ambos lados de su humeante peñasco. Cuando mira hacia el Demogorgo en su trono (el trono es una montaña más alta que los volcanes en erupción, y la no-forma encapuchada y velada que está en el trono parece alzarse kilómetros y kilómetros), la falta de forma del Demogorgo le da ganas de vomitar. Eso hace. Ninguna de las Oceánidas parece advertir sus arcadas.

—¿Qué más puedes decir? pregunta Asia a la enorme forma.

—TODAS LAS COSAS QUE OS ATREVÁIS A PREGUNTAR.

—¿Quién creó el mundo viviente? —pregunta Asia. Aquiles ya ha decidido que ella es la más charlatana, si no la más inteligente, de las tres idiotas Oceánidas.

—DIOS.

—¿Quién hizo todo lo que contiene? —insiste Asia—. ¿Pensamiento? ¿Pasión? ¿Razón? ¿Voluntad? ¿Imaginación?

—DIOS. DIOS TODOPODEROSO.

Aquiles decide que este Demogorgo es un ser-espíritu de pocas palabras. Y aún con menos ideas, si tiene cabeza. Daría cualquier cosa por poder levantarse y desenvainar la espada de su cinturón y descargar el escudo de su espalda. Primero mataría al Demogorgo y luego a las tres hermanas titanes... lentamente.

—¿Quién hizo ese sentido que, cuando los vientos de la primavera en la más rara visita, o con la voz del amado oída sólo en la juventud —pregunta Asia con su voz cascada y resonante—, llena los débiles ojos de lágrimas que oscurecen los radiantes aspectos de las flores y dejan al mundo poblado en soledad cuando ya no regresa?

Aquiles vuelve a vomitar. Esta vez es una declaración estética más que una reacción al vértigo óptico. Decide que matará primero a las Oceánidas. Le gustaría matar a la perra Asia varias veces. Visualiza vaciarle el cráneo y usarlo como casa, las cuencas de los ojos como ventanas redondas.

—DIOS MISERICORDIOSO —entona el Demogorgo.

No hay palabra griega equivalente a *idem*, pero Aquiles piensa que el Demogorgo debería acuñar una. Al aqueo no le sorprende en lo más mínimo que las Oceánidas y el espíritu sin forma de la oscuridad del Tártaro hablen entre sí en su dialecto del griego. Son criaturas extrañas, monstruos, en realidad, pero incluso los monstruos, según la experiencia de Aquiles, hablan en griego. No son bárbaros, después de todo.

—¿Y quién hizo el terror, la locura, el crimen, el remordimiento? —continúa Asia, su voz tan implacable como el farfullar de una niña de dos años que acaba de aprender cómo mantener una conversación con un adulto preguntando «¿por qué?» cien veces seguidas—. El que desde los enlaces de la gran cadena de las cosas, a cada pensamiento dentro de la mente del hombre hace oscilar y agarra pesadamente, y cada uno se esfuerza bajo la carga hacia el pozo de la muerte; abandonada la esperanza, y el amor que se vuelve odio, y el autodesprecio, más amargo de beber que la sangre.

Dolor, cuya habla inaudita y familiar aúlla, y agudos alaridos, día tras día, y...

Se interrumpe.

Aquiles espera que se trate de algún cataclismo tartárico que ponga fin a su mundo y se trague a Asia y a sus dos hermanas gritando como aperitivos cubiertos de miel en un festín de mirmidones, pero cuando se obliga a abrir los ojos ve que es sólo un círculo de brillante luz que se abre, vertiendo blanco resplandor en la roja penumbra.

Un Agujero Brana.

Algo que dista mucho de ser humano se recorta contra la luz de ese agujero. Tiene forma de hombre, pero está compuesto por esferas metálicas: no sólo hay una esfera donde debería estar la cabeza, sino esferas para el torso, esferas para los brazos abiertos, esferas para las piernas tambaleantes. Sólo los pies y manos (envueltos en un metal más ligero que el bronce) parecen vagamente humanos.

La cosa se acerca y dos brillantes luces brotan de las pequeñas esferas que son sus hombros. Un luz roja, delgada como una jabalina, salta de su mano derecha y cruza a las Hermanas Oceánidas, haciendo que su piel hierva y chasquee. Las titanes retroceden, chapoteando en la lava, evidentemente ilesas por el rayo rojo pero cubriéndose los rostros y los ojos de la dolorosa luz blanca que fluye del Agujero Brana.

—Maldición, Aquiles, ¿vas a quedarte ahí tumbado?

Es Hefesto. Aquiles ahora ve que las burbujas de hierro son una especie de traje protector, con pies de calzado de hierro y manos enguantadas que emergen de la cadena de globos. Lleva una especie de humeante mochila respiratoria a la espalda y la burbuja superior es clara como el cristal; Aquiles distingue el feo rostro barbudo del dios-enano a la luz reflejada de los reflectores de su hombro y el láser que empuña.

Aquiles consigue gemir débilmente.

Hefesto se echa a reír, el feo ruido queda amplificado por los altavoces de su traje de presión.

—No te gustan el aire y la gravedad de aquí, ¿eh? Muy bien. Ponte esto. Se llama termopiel y te ayudará a respirar.

El dios del fuego arroja un atuendo imposiblemente fino al peñasco, junto a Aquiles.

El héroe trata de moverse, pero el aire lo debilita y lo quema. Todo lo que puede hacer es sacudirse y toser y vomitar.

—Oh, carajo —dice el dios cojo—. Supongo que tendré que vestirme

como a un crío. Me lo temía. Quédate quieto, no te muevas. No te cagues ni vomites encima de mí mientras te desnudo y te pongo esto.

Diez minutos más tarde (con un puñado de maldiciones de Hefesto colgando ahora en el aire como el humo brillante de los volcanes) Aquiles está de pie sobre la sólida roca junto al dios, vestido con una dorada termopiel bajo la armadura, respirando con facilidad a través de la clara membrana de la capucha de la termopiel (el dios-enano la ha llamado máscara de ósmosis) y blandiendo su escudo marcado por el ácido y su espada aún brillante y contemplando la masa acechante pero todavía imprecisa del Demogorgo, sintiéndose de nuevo invulnerable y más que un poco fastidiado. Aquiles sólo espera que la Oceánida llamada Asia empiece a hacer de nuevo sus interminables preguntas para tener una excusa para sacarle las tripas como a un pez.

—Demogorgo —llama Hefesto, usando el amplificador insertado en su casco en forma de pecera—, nos vimos una vez, hace más de mil novecientos años, durante la guerra de los olímpicos contra los gigantes. Me llamo Hefesto...

—TÚ ERES EL LISIADO —trueno Demogorgo.

—Sí. Qué bueno que te acuerdes. Aquiles y yo hemos venido al Tártaro a buscaros a ti y a los titanes (Cronos, Rea, todos los Antiguos) y pedir os ayuda.

—DEMOGORGNO NO AYUDA A MEROS DIOSSES Y MORTALES.

—No, por supuesto que no —dice Hefesto, su voz rasposa amplifica un centenar de veces por los altavoces de su traje—. Mierda. Aquiles, ¿quieres encargarte tú? Hablar con esta cosa es como hablar con tu propio culo.

—¿Puede oírme esa gran masa de nada? —pregunta Aquiles al pequeño dios.

—TE OIGO.

Aquiles mira hacia el cielo, centrándose en la masa de nubes rojas que hay un poco a un lado del no-rostro velado y sin rasgos de la nada que se alza sobre él.

—Cuando dices «Dios», Demogorgo, ¿te refieres a Zeus?

—CUANDO DIGO DIOS, ME REFIERO A DIOS.

—Debes referirte a Zeus, entonces, pues ahora mismo el hijo de Cronos y Rea está congregando a todos los dioses supervivientes en el Olim-

po y anuncia que él, Zeus, es el Dios de dioses, el Señor de Toda la Creación, el Dios de Éste y Todos los Universos.

—ENTONCES O ÉL MIENTE O LO HACES TÚ, HIJO DE HOMBRE. DIOS REINA. PERO NO EN EL OLIMPO.

—Entonces Zeus ha esclavizado a todos los otros dioses y mortales —dice Aquiles. Su voz resuena por el altavoz de la termopiel y la emisora de radio en todas las pendientes volcánicas y montículos de lava.

—TODOS LOS ESPÍRITUS QUE SIRVEN AL MAL ESCLAVIZADOS ESTÁN: TÚ SABES SI ZEUS LO ES O NO.

—Lo sé —dice Aquiles—. Zeus es un avaricioso hijo de puta inmortal... no pretendo ofender a Rea si está aquí escuchando en las sombras. Creo que es un cobarde y un matón. Pero si lo consideras Dios, entonces reinará en el Olimpo y el universo eternamente.

—YO HABLO PERO MIENTRAS TÚ HABLAS, PUES ZEUS ES EL SUPREMO DE TODOS LOS SERES VIVOS.

—¿Quién es el amo del esclavo? —pregunta Aquiles.

—Oh, ésa es buena —susurra Hefesto—. Ésa es muy buena...

—Cállate —dice Aquiles.

El Demogorgo truena, Tan fuerte que al principio Aquiles piensa que se trata del volcán más cercano en plena erupción. Entonces el tronar se modula en palabras.

—SI EL ABISMO PUDIERA VOMITAR SUS SECRETOS... PERO UNA VOZ ES DESEO, LA PROFUNDA VERDAD NO TIENE IMÁGENES; ¿DE QUÉ TE SERVIRÍA POSAR TU MIRADA EN EL MUNDO QUE GIRA? ¿DE QUÉ SIRVE HABLAR DE HADO, TIEMPO, OCASIÓN, OPORTUNIDAD Y CAMBIO? A TODAS ESTAS COSAS ESTÁN SUJETAS MENOS EL AMOR ETERNO Y LA PERFECCIÓN DE LA QUIETUD.

—Lo que tú digas —dice Aquiles—. Pero mientras nosotros hablamos, Zeus se está proclamando Señor de Toda la Creación y pronto exigirá que toda esa creación (no sólo su pequeño mundo en la base del monte Olimpo) le rinda homenaje a él y sólo a él. Adiós, Demogorgo.

Aquiles se vuelve para marcharse, agarrando al risueño dios del artificio por su brazo-burbuja de metal y haciéndolo girar para alejarse de la masa informe que se alza sobre ellos.

—¡ALTO! AQUILES, FALSO HIJO DE PELEO, VERDADERO HIJO DE ZEUS, POSIBLE FUTURO AUTOR DE DEICIDIO Y PARRICIDIO. ESPERA.

Aquiles se detiene, se vuelve y espera con Hefesto. Las Océánidas se esconden, cubriéndose la cabeza como de una lluvia de ceniza caliente.

—CONVOCARÉ A LOS TITANES EN SUS GRIETAS Y CAVERNAS, LOS TRAE-

RÉ DESDE LOS RINCONES DONDE SE OCULTAN. ORDENARÉ A LAS INMORTALES HORAS QUE LOS TRAIGAN.

Con un sonido que hace que todos los insoportables sonidos parezcan pequeños, las rocas alrededor del trono de Demogorgo se abren en la noche púrpura, el brillo de la lava se hace más profundo y más ancho, un arco iris de colores imposibles cruza la penumbra del Tártaro y carros del tamaño de montañas aparecen de ninguna parte, tirados por gigantescos corceles que no son caballos (no se parecen en absoluto a los caballos, no son ni siquiera remotamente caballos), algunos van conducidos por aurigas de ojos salvajes que no son hombres ni dioses, otros corceles miran hacia atrás con ojos temerosos. Los aurigas son casi imposibles para que los hombres mortales los contemplen, así que Aquiles evita su mirada. Le parece que no estaría bien volver a vomitar mientras está sellado tras la máscara de su termopiel.

—ESTOS SON LAS HORAS INMORTALES QUE EXIGISTE QUE OYERAN TU CASO —trueno el Demogorgo—. TRAERÁN A CRONOS Y A LOS SUYOS A ESTE LUGAR.

El aire implota con una serie de estampidos sónicos, las Océánidas gritan de pavor y los enormes carros desaparecen en círculos de llamas.

—Bueno... —dice Hefesto por la radio del traje, pero calla.

—Ahora esperaremos —dice Aquiles, envainando la espada y colgándose el escudo.

—No por mucho tiempo —dice Hefesto.

El aire se llena de nuevo de círculos de fuego. Los gigantescos carros regresan a centenares (no, a millares) cada uno con una forma gigantesca, algunas de aspecto humano, muchas otras no.

—¡CONTEMPLAD! —dice el Demogorgo.

—Es difícil no hacerlo —dice Aquiles. Se abraza y desliza su hermoso y gran escudo sobre su antebrazo.

Los carros de los titanes se acercan.

Cuando Harman despertó, Moira se había marchado. El día era frío y llovía con intensidad. La superficie del mar se agitaba con olas blancas, pero no era la violenta exhibición de montañas líquidas que había contemplado a la luz de los relámpagos la noche anterior. Harman no había dormido bien: sus sueños habían sido inquietos y ominosos.

Enrolló el saco de dormir, fino como la seda (sabía que se secaría solo) y lo guardó en la mochila. Dejó la ropa en la bolsa impermeable y sacó sólo los calcetines y las botas para ponérselos por encima de la termopiel.

Habían encendido una hoguera la noche anterior antes de que comenzara la tormenta (no había habido pinchitos ni malvaviscos, por supuesto, Harman sólo sabía lo que eran aquellas cosas por los libros que había absorbido en el Taj) y se había comido la segunda mitad de su insípida barra alimenticia y bebido agua mientras estaban sentados alrededor de las fluctuantes llamas.

Las cenizas estaban empapadas, el suelo de la Brecha, entre las rocas y el coral, se había convertido en lodo, y Harman advirtió que estaba caminando en círculos alrededor del campamento buscando una última señal de Moira... una nota tal vez.

No había nada.

Se cargó la mochila, se bajó la capucha de la termopiel para que las lentes estuvieran adecuadamente alineadas, las limpió de lluvia y empezó a caminar hacia el oeste.

En vez de volverse todo más luminoso a medida que progresaba el día, los cielos se hicieron más oscuros, la lluvia cayó más densamente y las paredes de agua a cada lado se volvieron más altas y más opresivas. Harman se había acostumbrado al truco de la perspectiva: nunca era el fondo del

océano lo que bajaba sino las paredes verticales de agua a cada lado las que crecían. Continuó. La Brecha descendía a través de senderos de negra roca, salvaba profundas grietas con estrechos y resbaladizos puentes de hierro negro sin barandilla y subía suavemente riscos rocosos. Aunque las elevaciones del terreno hacían que las paredes de agua a cada lado descendieran (el océano no tenía más de sesenta metros de profundidad en aquel punto, supuso Harman) escalar era agotador y aún más claustrofóbico que antes, y las paredes de roca a cada lado del estrecho sendero lo hacían sentirse como si hubiera paredes dentro de paredes cerrándose sobre él.

A mediodía (que sólo le anunció su función temporal interna, ya que el sol estaba completamente ausente y la lluvia caía con tal saña que pensó en cubrirse la boca y la nariz con la máscara de ósmosis), el sendero de la Brecha había salido del país montañoso subacuático y se extendía plano y recto por delante. Eso contribuyó a mejorar el estado de ánimo de Harman... pero sólo un poquito.

Agradeció las secciones rocosas o coralinas del terreno, ya que el fondo del océano, que tenía una agradable consistencia de tierra batida los días secos, se convertía en una avenida de barro chapoteante. Al cabo de un rato se cansó de caminar (era más de mediodía cualquiera que fuese la hora local al sur de Inglaterra), así que se sentó en un bajo peñasco que emergía del océano contenido por el campo de fuerza y sacó su barra alimenticia diaria para comérsela y bebió agua fresca del tubo hidratador.

Las barras de comida (una al día) lo dejaban con hambre. Y sabían como imaginaba que debía saber el serrín. Y sólo le quedaban cuatro. No tenía ni idea de qué esperaban Próspero y Moira que hiciera cuando se quedara sin ninguna, suponiendo que le quedaran otros setenta u ochenta días de camino. ¿Funcionaría de verdad la pistola bajo el agua? Si lo hacía, ¿mataría un pez grande y podría sacarlo a la Brecha a través de la pared del campo de fuerza? Las algas secas y los restos a la deriva que el mar había arrojado eran cada vez más escasos: ¿cómo iba a cocinar ese teórico pez? Llevaba un encendedor en la mochila, parte del afilado tenedor-cuchara-navaja multiusos, y tenía un cuenco de metal que podía convertir en sartén tocando los puntos adecuados, pero ¿de verdad se suponía que tenía que pasarse horas cada día pescando....?

Harman vio otra roca, a un kilómetro al oeste. Era enorme, del tamaño de algunos de los peñascos más difíciles que había franqueado ya, y sobresalía de la pared norte del Atlántico justo antes de que el seco fondo de

la Brecha se hundiera en otra profunda trinchera. Pero esa roca o arrecife de coral tenía una forma extraña. En vez de cruzar la Brecha atravesándola, parecía hundirse en el agua, desaparecer en la arena y el barro de la Brecha misma. Más que eso, parecía extrañamente redondeada, más lisa que el basalto volcánico que había estado recorriendo los últimos tres días.

Había aprendido cómo activar los controles telescópicos y de ampliación de las lentes de su termopiel, y eso hizo.

No era ninguna roca. Un gigantesco artilugio creado por el hombre sobresalía de la pared norte de la Brecha, hundiendo el morro en la arena. Era enorme y se ensanchaba a partir de una proa en forma de botella, como el morro de un delfín, con metal arrugado y vigas expuestas, curvas sinuosas que se ensanchaban como los muslos de una mujer y desaparecían a través del campo de fuerza.

Harman guardó los restos de su barra alimenticia, sacó la pistola, la colocó en el adhesivo del cinturón de su termopiel y empezó a caminar hacia el barco hundido.

Harman se detuvo bajo la masa de la cosa, que era mucho más grande de lo que había imaginado desde casi un kilómetro de distancia, y dedujo que había sido alguna especie de submarino. La proa estaba rota, el armazón al descubierto parecía oxidado por la lluvia más que por el mar, pero el casco, liso y casi como de goma parecía más o menos intacto. Iba hacia el campo de fuerza y desaparecía en la oscuridad del mediodía oceánico. Continuaba viendo la silueta de la cosa otros diez metros o así en el océano, pero no más.

Harman contempló la gran brecha en el casco, cerca de la proa (una brecha dentro de una Brecha, se le ocurrió estúpidamente mientras la lluvia caía por su capucha y sus lentes) y estuvo seguro de que podría entrar en el submarino por esa abertura. Estuvo igualmente seguro de que sería una pura idiotez hacerlo. Su trabajo no era explorar naufragios de dos mil años de antigüedad, sino llegar hasta Ardis, o al menos hasta otra comunidad antigua, lo más rápidamente que pudiera: setenta y cinco días, cien días, trescientos días... no importaba. Su única tarea era continuar caminando hacia el oeste. No sabía qué había dentro de esa maldita máquina de la Edad Perdida, pero tal vez hubiera algo capaz de matarlo y no se le ocurría nada que pudiera iluminarlo más de lo que había sido iluminado al ahogarse en el armario de cristal.

Y sin embargo...

No había hecho falta su iluminación por ahogamiento para que Harman supiera que su especie, por muy reforzada con nanocitos y modificada genéticamente que estuviera, había evolucionado a partir de los chimpancés y los homínidos. La curiosidad había matado a incontables de aquellos torpes y nobles antepasados, pero también los había hecho erigirse.

Harman dejó la mochila a varios metros de la quilla (era impermeable pero no sabía si también era a prueba de presión), sacó la vieja pistola de su cinturón y la sostuvo en la mano derecha, activó los dos brillantes parches reflectores de su pecho y se abrió paso entre el metal vencido hacia los oscuros corredores de proa de la máquina muerta.

Los griegos no van a conseguir llegar al anochecer.

A este ritmo, ni siquiera van a llegar a la hora del almuerzo. Ni yo tampoco.

Los aqueos se repliegan en un círculo cada vez más estrecho, luchando como locos, con el mar a sus espaldas y la marea cada vez más roja, pero el ataque de Héctor es implacable. Al menos cinco mil aqueos han caído desde el ataque iniciado justo después del amanecer, entre ellos el noble Néstor, que sigue vivo pero ha sido transportado inconsciente a su tienda. Lo ha golpeado en su carro una lanza que le ha atravesado el hombro y le ha roto el hueso. El viejo héroe que intentó ocupar el lugar de gigantes muertos o ausentes (Aquiles, Agamenón, Menelao, *Ayax el Grande*, el astuto Odiseo) ha hecho todo lo posible, pero el lancero lo encontró.

Antíloco, el hijo de Néstor, el más valiente de los aqueos estos últimos días, ha muerto, atravesadas las entrañas por la flecha de un troyano. El otro hijo de Néstor, el capitán Trasimedes, ha desaparecido en combate, se ha visto obligado a retirarse a la trinchera llena de troyanos a primeras horas del día y no se le ha visto desde entonces. La trinchera y los muros de contención están en las ensangrentadas manos de Héctor.

Ayax el Menor está herido, tiene un desagradable tajo de espada en ambas espinillas, justo por encima de las glebas, y ha sido retirado del campo hacia los barcos quemados hace unos minutos, aunque tampoco allí estará seguro. Podalirio, valiente capitán y hábil médico, hijo del legendario Asclepio, ha muerto, abatido por un círculo de guerreros de las legiones de Deífobo. Hicieron pedazos el cuerpo del brillante médico y arrastraron su armadura ensangrentada hasta Troya.

Alastor, hijo de Teucro y caudillo, que tomó el mando de Trasimedes

durante la terrible batalla del saliente tras las trincheras abandonadas, cayó delante de sus hombres, y todavía maldijo y se agitó durante varios minutos atravesado por una docena de flechas. Cinco argivos se abrieron paso para recuperar su cuerpo, pero todos fueron abatidos por la avanzadilla de Héctor. El propio Teucro sollozaba mientras daba muerte a los asesinos de Alastor, disparando flecha tras flecha a sus ojos y tripas mientras caía él mismo en la lenta retirada de los griegos.

No hay ningún sitio al que retirarse. Estamos arrinconados aquí, en la playa, la marea nos lame las sandalias y la lluvia de flechas es constante. Todos los caballos griegos han muerto ruidosamente, excepto unos cuantos: aquellos a los cuales sus propietarios, llorando, han dejado en libertad y enviado hacia las líneas enemigas en avance. Más trofeos para los troyanos.

Van a matarme si me quedo aquí. Cuando era escólico, sobre todo cuando era el escólico agente secreto de Afrodita, equipado con mi arnés de levitación, la armadura de impacto, el brazalete morfeador, el bastón aturdidor, el casco de invisibilidad de Hades (y todas las demás cosas que cargaba) me sentía bastante invulnerable, incluso cuando me hallaba moderadamente cerca de la lucha. A excepción de las flechas, que son bastante letales a distancias sorprendentes, no te matan de lejos en esta guerra. Los hombres huelen el sudor y el aliento de su enemigo y se manchan con su sangre, sesos y saliva cuando hunden sus aceros (o, en la mayoría de los casos, sus bronce) en las entrañas del otro hombre.

Pero casi me han quitado de en medio tres veces en las dos últimas horas: una lanza atravesó las líneas de defensores y casi me arrancó las pelotas; salté para evitarla y, cuando se clavó en la arena húmeda y me quedé a horcajadas sobre ella, la vibración del palo me golpeó en las gónadas. Luego una flecha me ha rozado el pelo y un minuto después otra flecha, una de las miles que oscurecen el cielo y se alzan como un bosque en miniatura en la arena por todas partes, me habría atravesado la garganta si un argivo a quien no conozco no hubiera alzado su escudo redondo y hubiera desviado la punta venenosa.

Tengo que salir de aquí.

Mi mano ha tocado el medallón TC un centenar de veces desde el amanecer, pero no he me teletransportado cuánticamente. No estoy seguro de por qué.

Sí, lo estoy. No quiero abandonar a estos hombres. No quiero estar a salvo en la bañera de Helena o en la cima de alguna colina cercana sabien-

do que estos aqueos a los que he observado y con quienes he hablado y compartido el pan y bebido vino durante diez años están siendo masacrados como ganado en este trozo de playa cubierto de sangre.

Pero no puedo salvarlos.

¿O sí que puedo?

Agarro el medallón, me concentro en un lugar en el que he estado, doy medio giro al círculo dorado, y abro los ojos para encontrarme cayendo por el largo, larguísimo hueco de un ascensor.

No, no estoy cayendo. Me doy cuenta demasiado tarde, pues ya he gritado dos veces. Estoy en caída libre en el pasillo principal de la cubierta de la *Reina Mab*, o al menos en el pasillo principal de la cubierta donde tenía mis habitaciones privadas. Pero entonces había gravedad. Ahora sólo hay caída y más caída, vuelcos en el espacio pero sin caer realmente. Es imposible alcanzar la puerta del cubículo o la burbuja de astronavegación que está veinte metros más abajo (o más arriba) en el pasillo.

Dos negros y quitinosos moravecs del Cinturón, los soldados de armaduras negras, pinchos y cabezas como máscaras, salen del hueco de un ascensor cercano (donde no hay ningún ascensor) y me agarran por los brazos. Vuelven a impulsarse hacia el pozo y me doy cuenta de que los moravecs pueden moverse en cero-g no sólo porque están acostumbrados a ello (debe ser casi su nivel de gravedad en el Cinturón de Asteroides) sino porque sus caparazones tienen insertados impulsores silenciosos que expulsan chorros de lo que parece agua. Sea lo que sea, les permite moverse con fluidez y rapidez en este mundo ingrávito. Sin decir palabra, me meten en un pozo que recorre toda la *Reina Mab* (imaginen saltar al hueco vacío de un ascensor de la altura del Empire State), así que hago lo único que haría un hombre cuerdo: vuelvo a gritar.

Los dos soldados me llevan docenas de metros arriba o abajo por este pozo en el que sólo resuenan mis gritos y luego me hacen atravesar un tipo de membrana de campo de fuerza para llegar a una sala abarrotada. Incluso boca abajo como estoy, reconozco el puente de la nave. He estado sólo una vez en él durante mi estancia, pero la función de esta sala es inconfundible: moravecs que nunca había visto están muy ocupados siguiendo los paneles de control virtuales en tres dimensiones; soldados ro-cavec están de pie junto a proyecciones holográficas; reconozco al general Beh bin Abdee, al espigado vec arácnido (no puedo recordar su nombre

ahora) además de al extraño navegante, Cho Li, y el Integrante Primero, Asteague/Che.

Es el Integrante Primero quien sin esfuerzo se impulsa a través del puente a cero g para llegar hasta mí mientras los dos soldados me colocan firmemente en una silla de metal y me atan para que no pueda escapar. No, me doy cuenta de que no me amarran como a un cautivo, simplemente me ponen cinturones de malla arácnida para sujetarme. Ayuda: estar fijo en un sitio me proporciona sensación de arriba y abajo.

—Doctor Hockenberry, no le esperábamos de vuelta —dice el pequeño moravec que tiene más o menos la misma forma y el tamaño que Mahnmut pero está hecho de plásticos, metales y polímeros de diferentes colores—. Pido disculpas por la falta de gravedad. No tenemos impulso. Podría ordenar que los campos de fuerza internos crearan un diferencial de presión que simulara la gravedad para usted, más o menos, pero la verdad es que estamos estacionados cerca del anillo polar de la Tierra y no queremos exhibir un cambio grande en la energía interna a menos que sea necesario.

—Estoy bien —digo, esperando que no hayan oído mis gritos en el hueco del ascensor—. Tengo que hablar con Odiseo.

—Odiseo está.... ah... indispuerto ahora mismo —responde Asteague/Che.

—Necesito hablar con él.

—Me temo que eso no será posible —dice el moravec que tiene más o menos el mismo tamaño que mi amigo Mahnmut, pero que tiene un aspecto y habla de forma diferente. Su voz tiene una curiosa particularidad... parece británico.

—Pero es imperativo que...

Me detengo a media frase. Han matado a Odiseo. Es obvio que estos seres medio robóticos le han hecho algo terrible al otro único ser humano que hay a bordo de su nave. No sé por qué habrán matado al aqueo, pero tampoco he comprendido nunca dos tercios de las cosas que estos moravecs hacen o dejan de hacer.

—¿Dónde está? —pregunto, intentando parecer autoritario y no perder el control mientras sigo atado a mi silla—. ¿Qué le han hecho?

—No le hemos hecho nada al hijo de Laertes —dice Asteague/Che.

—¿Por qué íbamos a hacer daño a nuestro invitado? —pregunta el vec de las patas de araña y aspecto de caja cuyo nombre no consigo recordar... oh, ahora me acuerdo, Retrógrado Jogenson o Gunderson o algo escandinavo.

—Entonces traigan aquí a Odiseo.

—No podemos —repite el Integrador Primero Asteague/Che—. No está en la nave.

—¿No está en la nave? —digo, pero entonces miro las pantallas holográficas colocadas en un hueco del casco donde debería haber una ventana. Demonios, por lo que sé es verdaderamente una ventana. El planeta azul y blanco gira debajo, llenando la pantalla o la ventana.

—¿Odiseo ha bajado a esta Tierra? —pregunto—. ¿A mi Tierra?

¿Es mi Tierra? Viví y morí aquí, sí, pero hace miles de años si hay que creer a los dioses y los moravecs.

—No, Odiseo no ha bajado de nuevo a la superficie —responde Asteague/Che—. Ha ido a visitar a la Voz que contactó con la nave durante nuestro tránsito... la Voz que lo llamó por su nombre.

—Muéstreselo al doctor Hockenberry —dice el general Beh bin Adee—. Comprenderá por qué no puede hablar con Odiseo ahora mismo.

Asteague/Che parece reflexionar sobre esta sugerencia. Entonces el moravec europeo se vuelve a mirar al navegante Cho Li (sospecho que una especie de transmisión de radio tiene lugar entre ellos) y Cho Li mueve un brazo tentacular. Una ventana holográfica tridimensional de dos metros de ancho se abre a dos palmos de donde estoy.

Odiseo está haciendo el amor con la mujer más sensual que he visto en mi vida... aparte de Helena de Troya, por supuesto. Mi ego masculino había pensado que mi capacidad amorosa (bueno, mi poderío sexual) era enérgico e imaginativo. Pero treinta segundos de mirar boquiabierto el apareamiento que tiene lugar entre el desnudo Odiseo (su cuerpo bronceado, fornido pero bajo, lleno de cicatrices de batalla) y la pálida, exótica, neumática, sensual y levemente hirsuta mujer del maquillaje increíble me revela que mis movimientos con Helena fueron mansos, carentes de imaginación y a cámara lenta comparados con lo que están haciendo estos atletas eróticos.

—Basta —digo, con la boca seca—. Apáguenlo.

La ventana pornográfica se borra de la existencia.

—¿Quién es esa... dama? —consigo decir.

—Dice que se llama Sycórax —responde el Retrógrado Algossion. Siempre es extraño oír esa sólida voz surgir de una diminuta cajade metal en lo alto de esas largas patas arácnidas.

—Déjenme hablar con Mahnmut y Orphu de Io —digo. Conozco desde hace tiempo a esos dos vecs y Mahnmut es el más humano de toda es-

ta gente mecánica. Si puedo convencer a alguien a bordo de la *Reina Mab*, será a Mahnmut.

—Me temo que eso tampoco será posible —responde Asteague/Che.

—¿Por qué? ¿Están practicando el sexo con algunas moravecs femeninas o algo así?

Oigo lo estúpido que suena mi supuesto chiste mientras resuena mentalmente en los largos segundos de silencio reprobador que siguen.

—Mahnmut y Orphu han entrado en la atmósfera de la Tierra en una nave de contacto que lleva el sumergible de Mahnmut —dice Asteague/Che.

—¿No pueden enlazar con ellos por radio o algo? Quiero decir, podrían hacer llamadas de radio así en el siglo XX y el XXI.

—Sí, estamos en contacto —dice el Retrógrado Comosellame—. Pero en este momento su nave está siendo atacada y no queremos distraerlos con comunicaciones innecesarias. Su supervivencia es problemática.

Quisiera hacer más preguntas: ¿Quién demontres está atacando a mis amigos en la Tierra? ¿Por qué? ¿Cómo? Pero me doy cuenta de que enzarzarme en ese diálogo sólo me distraería de mi verdadero motivo para estar aquí.

—Tienen ustedes que crear un nuevo Agujero Brana en la playa, cerca de Ilión —digo.

El general Beh bin Adeo mueve sus negros brazos espinosos de un modo que puede sugerir una interrogación.

—¿Por qué?

—Porque los griegos están siendo masacrados por los troyanos hasta el último hombre y no se merecen la extinción. Quiero ayudarlos a escapar.

—No —dice el general—. Me refiero a por qué cree que tenemos la capacidad de crear Agujeros Brana a voluntad.

—Porque les vi hacerlo una vez. Crearon ustedes todos esos Agujeros que les permitieron saltar desde el Cinturón de Asteroides hasta Marte, y luego accidentalmente hasta Tierra-Ilión. Hace más de diez meses. Yo estaba allí, ¿recuerdan?

—Nuestra tecnología no es adecuada para el esfuerzo de crear Agujeros Brana a universos distintos —dice Cho Li.

—Pero lo hicieron, maldición —noto el quejido en mi voz.

—No, no lo hicimos —responde Asteague/Che—. Lo que en realidad hicimos en ese momento fue... *es difícil de describir y no soy científico ni*

ingeniero, aunque tenemos muchos... Lo que hicimos en ese momento fue interceptar las conexiones de Agujeros Brana de los llamados dioses y colar algunas de las nuestras en la matriz cuántica que habían creado.

—Bueno, pues háganlo de nuevo. Docenas de millares de vidas humanas dependen de ello. Y, ya puestos, pueden devolver a los millones de griegos y otros habitantes de la Europa de la Tierra-Ilión que desaparecieron... lanzados al espacio en un rayo azul.

—Tampoco sabemos cómo hacer eso —dice Asteague/Che.

«¿Entonces para qué cojones sirven?», me siento tentado de preguntar. No lo hago.

—Pero está usted a salvo aquí, doctor Hockenberry —continúa el Integrante Primero.

Una vez más, quiero gritarles a estos seres de metal y plástico, pero me doy cuenta de que él (o lo que sea) tiene razón. Estoy seguro aquí en la *Reina Mab*. A salvo de los troyanos al menos. Y quizá la nena cañón que se está tirando a Odiseo tenga una hermana...

—Tengo que regresar —me oigo decir. «¿Regresar adónde, idiota? ¿A la Última Defensa de los Griegos? Parece el nombre de una tienda de recuerdos de Los Ángeles.»

—Le matarán —dice el general Ben bin Adee. El gran soldado humanoide no parece preocupado en lo más mínimo por esa perspectiva.

—No si pueden ayudarme.

Los moravecs parecen comunicarse en silencio de nuevo unos con otros. Veo que uno de los monitores-ventanas holográficos del otro lado del puente está sintonizado con Odiseo y la exótica mujer que todavía están dale que te pego como conejos. La mujer está ahora encima y veo que es aún más hermosa y deseable de lo que me había parecido al principio. Me concentro en no tener una erección delante de los moravecs. Si se dan cuenta, y tienden a darse cuenta de un montón de cosas sobre los humanos, podrían tomárselo a mal.

—Le ayudaremos si podemos —dice Asteague/Che por fin—. ¿Qué desea?

—Necesito ir a alguna parte sin ser visto —digo, y empiezo a describirles el casco de Hades y mi viejo brazalete morfeador.

—La tecnología morfeadora... al menos tal como se aplica a los organismos vivos, está más allá de nuestras capacidades tecnológicas —dice el Retrógrado... Sinopessen, ahora lo recuerdo—. Manipula la realidad a un nivel cuántico que aún no hemos comprendido plenamente. Estamos

muy lejos de poder crear máquinas que alteren esa forma de colapso de probabilidad.

—Y no tenemos ni idea de cómo ese casco de Hades proporcionaba auténtica invisibilidad —añade Cho Li—. Aunque si es consistente con el resto de la tecnología de los olímpicos (o con los poderes que hay tras los olímpicos) probablemente implica un cambio cuántico menor a través del tiempo en vez del espacio.

—¿No me pueden preparar algo por el estilo? —pregunto. Me doy cuenta de que no hay ninguna razón de peso para que estos ocupados moravecs hagan nada por mí.

—No —responde Asteague/Che.

—Podríamos adaptarle algunas ropas camaleónicas —dice el general Beh bin Adee.

—Cojonudo —digo—. ¿Qué son ropas camaleónicas?

—Un polímero de camuflaje invisible activo —contesta el general—. Primitivo pero efectivo si uno no se mueve demasiado rápido entre fondos que varíen mucho. Más o menos el mismo material que recubría la nave que iba Marte, sólo que más respirable e invisible al infrarrojo. Las lentes son nanocíticas, así que no habría ninguna interrupción de la adaptación camaleónica.

—Los dioses eliminaron esa nave de la órbita —digo yo.

—Bueno, sí... —responde el general Beh bin Adee—. Eso hay que tenerlo en cuenta.

—¿Esa ropa camaleónica es lo que mejor que pueden hacer?

—Con tan poco tiempo —dice Asteague/Che.

—Entonces lo acepto. ¿Cuánto tiempo tardará su gente... quiero decir, sus moravecs, en proporcionarme este traje camaleónico y enseñarme a usarlo?

—He ordenado al departamento de ingeniería medioambiental que empezara a trabajar en un traje en el preciso instante en que hemos empezado a hablar del asunto —dice el Integrante Primero—. Teníamos grabadas sus medidas vitales. Deben traer el producto terminado dentro de tres minutos.

—Maravilloso —digo, preguntándome si lo es. ¿Adónde voy a ir exactamente? ¿Cómo puedo convencer a aquellos a quienes voy a ver de que ayuden a los griegos a escapar? ¿Adónde podrían escapar los griegos? Sus familias y criados y amigos y esclavos han sido todos absorbidos en ese rayo azul que brota de Delfos. Deseando salir de la nave, empiezo a jugar-

tear con el medallón de oro que cuelga de mi cuello y toco el círculo giratorio que lo activa.

—Por cierto —dice Cho Li—, su medallón de teletransporte cuántico no funciona.

—¿Qué? —Me suelto de las correas y floto en el espacio—. ¿De qué demonios está hablando?

—Nuestra inspección, cuando estuvo antes en la nave, nos demostró que el disco no funciona —dice el navegante.

—Chorradas. Ya me han dicho antes que no podían duplicarlo para su uso, que estaba sintonizado con mi ADN o algo por el estilo.

El Integrante Primero Asteague/Che hace un ruido forzado que suena sorprendentemente parecido a un varón humano aclarándose avergonzado la garganta.

—Es cierto que hay alguna... comunicación entre el medallón y sus células y ADN, doctor Hockenberry. Pero el medallón en sí no tiene ninguna función cuántica. No lo TCea a través del espacio Calabi-Yau.

—Tonterías —repito, tratando de contener mi lenguaje. Sigo necesitando la ayuda de los moravecs y su traje lagarto para salir de aquí—. He venido hasta aquí, ¿no? Todo el camino desde el universo de la Tierra-Ilión.

—Sí —dice Cho Li—. Ha venido. Sin ayuda ninguna de ese medallón hueco que le cuelga del cuello. Es un misterio.

Un soldado moravec con el traje camaleónico aparece en el hueco abierto del ascensor. El atuendo no parece nada especial. Lo cierto es que me recuerda una versión en talla grande de la ropa sport que tuve el mal gusto de comprarme allá por los años setenta. Incluso tiene el mismo cuello puntiagudo y el color verde vómito de mono.

—El cuello se despliega para formar una capucha —dice Asteague/Che, como si me leyera la mente—. El traje en sí no tiene color. El verde es simplemente una definición por defecto para que podamos verlo.

Recojo el traje del soldado vec y cometo el error de intentar ponérmelo. En cuestión de segundos estoy dando vueltas sin control, girando sobre mi propio eje en gravedad cero, agarrándome al inútil atuendo como si ondeara una bandera, pero sin conseguir nada más.

El general Beh bin Adee y su soldado me agarran, me aseguran (parece que saben dónde colocar los pies en las consolas para impedir actuar con una reacción igual y opuesta) y me colocan sin más ceremonias el traje ca-

maleónico. Luego pasan una de las correas de la silla por el traje, atándome con velcro a algo que no puedo ver. Eso me mantiene en mi sitio.

Convierto los cuellos en una capucha y me cubro por completo la cabeza.

No es tan cómodo como ponerse el casco de Hades y desaparecer. Para empezar, hace un calor terrible dentro de este traje de lagarto. Además, los nanoloquesea que me permiten ver a través del tejido que tengo delante de los ojos no me dejan enfocar del todo. Una hora mirando a través de esta cosa y tendré el peor dolor de cabeza de mi vida.

—¿Qué tal? —pregunta el Integrador Primero Asteague/Che.

—Magnífico —miento—. ¿Pueden verme?

—Sí —dice Asteague/Che—, pero sólo con radar gravitacional y otras bandas de espectro de luz no visible. Visualmente se ha mezclado usted con el fondo. Con el general bin Adee, en realidad. ¿Las personas a las que usted va a visitar usarán radar gravitacional, imágenes termales de ampliación negativa u otras técnicas similares?

«¿Las usarán?» No tengo ni puñetera idea. En voz alta, digo:

—Hay un problema.

—¿Sí? Quizás podamos arreglarlo —el Integrante Primero parece solícito, incluso activamente preocupado. A mi esposa le encantaba James Mason.

—Tengo que girar el medallón para TCear —digo, preguntándome hasta qué punto mi voz les suena apagada. El sudor me cae por las sienes, las mejillas y las costillas—. No puedo girarlo sin abrir el traje y...

—El tejido camaleónico está diseñado para ser muy suelto —interrumpe Beh bin Adee. El vec militar siempre parece un poco disgustado conmigo—. Puede meter el brazo por dentro del traje para tocar el medallón. Ambos brazos, si es necesario.

—Oh, sí —digo, sacando el brazo por la manga y metiéndolo dentro del traje, y con eso como contribución final a nuestra conversación, giro el medallón y me teletransporto de la *Reina Mab*.

«¡Anda que no funciona!», me siento tentado de decir mientras cobro solidez en el lugar del espacio/tiempo que había ideado. Pero entonces me acuerdo que se me ha olvidado pedirles un arma a los moravecs. Y un poco de comida y agua. Y tal vez una armadura de impacto.

Pero no sería buen momento para que gritara nada.

He aparecido en el Gran Salón de los Dioses, en el monte Olimpo, y todos los dioses parecen estar aquí... excepto Hera, cuyo trono más peque-

ño está envuelto en negros lazos funerarios. Zeus parece de quince metros de altura sentado en su trono de oro.

Todos los demás dioses están presentes. Hay más incluso de los que vi en su último cónclave, cuando me colé con mi infinitamente más cómodo casco de Hades. Ni siquiera conozco a muchos de estos dioses, no puedo identificarlos ni después de diez años de informar diariamente al Olimpo con mis piedras de voz y mis informes de acción. Hay cientos y cientos de dioses, quizá más de mil.

Y todos ellos guardan silencio. Esperando a que Zeus les hable.

Intentando no respirar demasiado fuerte ni desmayarme por el calor sofocante del maldito traje de lagarto, esperando que ninguno de estos inmortales olímpicos esté usando radares gravitacionales profundos ni comosellamen términos de ampliación negativa, me quedo absolutamente inmóvil, casi pegado a la turba de dioses y diosas, ninfas, furias, erinas y semidioses que quieren oír lo que va a decir Zeus.

Incluso antes de atravesar la grieta en el casco del navío naufragado, Harman supo qué era. Los paquetes de datos proteínicos envueltos en ADN de su cuerpo tenían un millar de referencias a miles de tipos de barcos a lo largo de diez mil años de historia humana. Harman no podía hacer una comparación perfecta basándose solamente en la proa dañada, los restos a su alrededor y mirando las coberturas rotas del material elástico del sonar invisible que rodeaba el acero-inteligencia morfeable del casco en sí, pero quedaba bastante claro que estaba entrando en un submarino de un siglo de finales de la Edad Perdida: posiblemente de después de la liberación del rubicón pero de antes de que los primeros posthumanos hubieran sido creados genéticamente. Los tiempos de la demencia.

Una vez dentro, al abrirse paso por un pasillo sólo levemente ladeado y respirando por su máscara de ósmosis aunque esa parte de la nave hundida estaba seca, estuvo seguro de que se trataba de un submarino.

Harman se encontró en una sala que se inclinaba sólo diez grados de la vertical pero el antiguo impacto con el fondo del océano a solo sesenta metros bajo la superficie del mar (mucho antes de que existiera la Brecha Atlántica) había destrozado el metal y volcado media docena de largos contenedores de sus perchas. Harman no necesitaba la pistola que llevaba. No había nada vivo en aquel casco. Sujetó la pistola en el parche adhesivo de su cadera derecha y extendió un poco de elástica termopiel por encima, asegurándola con la misma fuerza que si llevara una de aquellas cartucheras que había visto en los libros gracias al armario de cristal.

Pasó la palma derecha alrededor del borde redondeado de uno de aquellos contenedores volcados, curioso por averiguar si su función buscadora de datos funcionaría a través de los guantes de fina termopiel molecular.

Funcionaba.

Harman se hallaba en la sala de torpedos de un submarino de guerra clase *Mahoma*. La IA del sistema de guía de aquel torpedo en concreto («torpedo» era una palabra y un concepto que nunca había encontrado hasta aquel preciso milisegundo) había muerto hacía más de dos mil años, pero había suficiente memoria residual en los microcircuitos muertos para que Harman comprendiera que su palma estaba a escasas pulgadas de una cabeza nuclear insertada en el extremo de un torpedo trazador autocavitante de 304.000 libras de alta velocidad. Esa cabeza nuclear («cabeza nuclear» era otro término que desconocía hasta ese instante) era una simple arma de fusión de 475 kilotones. La explosión de aquella esfera en forma de perla que tenía a pocos milímetros de su palma alcanzaría decenas de millones de grados en una millonésima de segundo. Harman casi podía sentir los letales rayos gamma y de neutrones agazapados allí, invisibles anguilas de muerte, dispuestos a saltar en todas direcciones a la velocidad de la luz para matar e infectar todo nervio o tejido humano que encontraran, destrozándolos como balas a través de la mantequilla.

Apartó la mano y se la frotó contra el muslo como si se limpiara algo sucio de la palma.

Todo el submarino era un instrumento diseñado para matar seres humanos. Su brevísimo encuentro con la IA guía de la cabeza nuclear muerta le había dicho que las cabezas del torpedo eran irrelevantes en comparación con la máquina y la verdadera misión de la tripulación. Pero para comprender en qué consistía esa misión tendría que salir de la sala de torpedos, subir por la cubierta inclinada, atravesar el vestuario y el comedor, subir una escalera y bajar por un pasillo dejando atrás el sonar y la sala de comunicaciones integradas, y luego subir otra escalera hasta el centro de mando y control.

Pero todo lo que había más allá de la mitad de la sala de torpedos estaba bajo el agua.

Los rayos de luz de las lámparas de su pecho le mostraron dónde empezaba la pared de la Brecha, apenas a cuatro metros de distancia. El submarino llevaba muchos siglos hundido bajo la superficie, lleno de agua, antes de que lo que quiera que crease la Brecha sorbiera el océano de sus compartimentos de proa, pero nada vivía ya en él, ni una concha seca quedaba de la rica vida submarina que debió existir durante siglos, y no había signos de huesos humanos ni de otros restos de la tripulación. El campo de fuerza que contenía el Océano Atlántico no cortaba físicamente el metal

morfeable del casco del submarino ni su estructura metálica (las lámparas metálicas detectaban la línea sólida e ininterrumpida de la cubierta de arriba), pero Harman podía visualizar la masa ovalada de océano dentro del casco de la nave. La pared norte del campo de fuerza de la Brecha contenía el negro mar en todos los espacios abiertos, pero un paso más allá de eso... Harman imaginaba la presión a seiscientos pies y veía la muralla de oscuridad por delante de sus reflectores reflejándose como si procediera de una superficie oscura pero todavía espejada.

De repente Harman se sintió lleno de un temor enfermizo y terrible. Tuvo que agarrarse al despreciable torpedo para no resbalar y caer sobre las corroídas placas de la cubierta. Quiso salir corriendo de esa antigua nave de guerra hacia el aire y la luz del sol, quitarse la máscara de ósmosis y vomitar si era necesario para deshacerse del veneno que de pronto se había apoderado de su cuerpo y de su mente.

Era un simple torpedo en lo que se estaba apoyando, diseñado para destruir otros barcos, una bahía como máximo, sin embargo su potencia termonuclear era tres veces más poderosa que la de Hiroshima (otra palabra, otra imagen que acababa de entrar en la mente de Harman), capaz de destruirlo todo en un área de cien kilómetros cuadrados.

Harman, siempre bueno a la hora de juzgar distancias y tamaños incluso en esa época suya que no requería esas habilidades, imaginó un área de diez por diez kilómetros en el corazón de Cráter París, o Ardis Hall en el centro de su diana. En Ardis, un estallido semejante desintegraría no sólo la mansión y el nuevo edificio exterior en un nanosegundo, sino que arrasaría las empalizadas y su bola de fuego se llevaría por delante el pabellón del faxnódulo situado a casi dos kilómetros de distancia carretera abajo menos de un segundo más tarde, convertiría en vapor el río en la base de las colinas y el bosque en cenizas y en fuego un círculo expansivo de destrucción instantánea que llegaría más al norte que la Roca Hambrienta donde había visto en su visión del paño turín a Ada y los demás.

Harman activó las funciones dormidas de biofeedback (demasiado tarde) y recibió el mensaje que temía. La sala de torpedos estaba llena de radiación latente. Las cabezas nucleares dañadas habían caído por debajo de los niveles letales hacía mucho tiempo, pero en el proceso habían contaminado la parte de proa del submarino.

No, los sensores le dijeron que la radiación era aún peor más adelante, más allá de la sala de torpedos, en la dirección que tenía que ir si quería saber más de ese instrumento de muerte. Quizá el reactor de fusión que ha-

bía impulsado aquel obscuro navío había tenido filtraciones durante todos esos siglos. Tenía por delante un infierno radiactivo.

Harman sabía lo suficiente sobre sus nuevas funciones biométricas para darse cuenta de que podía preguntar a los monitores de datos. Lo hizo ahora, pero sólo con la pregunta más sencilla posible: «¿Me protegerá adecuadamente la termopiel de esta radiactividad?»

La respuesta fue con la voz de su propia mente, inequívoca: «No.»

Era una locura continuar. Tampoco tenía el valor para proseguir a través de aquella negra pared de agua y entrar en el infierno de radiación, recorrer el resto de la sala de torpedos sumergida, subir por el oscuro y frío vestuario y el comedor donde antiguos contadores Geiger se habrían vuelto locos, las agujas arrancadas de sus propios diales, y luego subir y bajar de nuevo por el pasillo dejando atrás el sonar y la sala de comunicación, y luego subir otra escalera y recorrer aquella imposible, aterradora distancia que helaba los huesos y mataba las células hasta el centro de mando y control sumergido.

Era literalmente una locura quedarse en aquel pernicioso casco, mucho más internarse en él. Era la muerte: la muerte para sí mismo, para las esperanzas de su especie, para la confianza de Ada en su regreso, para la necesidad de su hijo por nacer de un padre en aquellos tiempos terribles y peligrosos. La muerte para todos los futuros.

Pero tenía que saber. Los restos cuánticos de la IA de la cabeza nuclear del torpedo le habían contado lo suficiente para que tuviera que conocer la respuesta a una única y terrible pregunta. Así que continuar fue exactamente lo que hizo Harman, paso a paso.

Después de tres días con sus noches en la Brecha, era la primera vez que Harman atravesaba la pared del campo de fuerza. Era un campo semipermeable, como los que había atravesado en la isla orbital de Próspero (y ahora Harman sabía que «semipermeable» significaba que estaba diseñado para permitir a los seres humanos antiguos o a los posthumanos atravesar lo que de otro modo era un escudo infranqueable), pero esta vez pasaba del aire y el calor al frío, la presión y la oscuridad.

Harman confiaba en que la termopiel lo mantuviera vivo contra los efectos de la profundidad si no de la radiación, y eso hizo; se negó incluso a convocar los datos que tenía sobre el funcionamiento de la termopiel, sobre qué la hacía funcionar. No le importaba cómo funcionaba para mantener a raya el océano... sólo que lo hacía.

Las lámparas de su pecho aumentaron inmediatamente su brillo para

contrarrestar los reflejos y la densa agua llena de partículas.

Las partes sumergidas del submarino eran tan gruesas como organismos vivos, mientras que las partes secas de la sala de torpedos eran estériles. Lo que vivía allí no sólo sobrevivía en la densa radiación, sino que se atiborraba de ella, vivía de ella. Cada superficie de metal había quedado oculta bajo capas de hongos coralinos mutados y masas de materia viviente y brillante de colores verdes, rosas, grises y azulinos, sus palpos y tentáculos agitándose lentamente con corrientes invisibles. Cosas parecidas a cangrejos escaparon de la luz. Una anguila rojo sangre asomó desde un agujero en lo que antes era la escotilla de la sala de torpedos de popa y luego retiró la cabeza, dejando sólo sus hileras de dientes brillando en la oscuridad. Harman procuró no acercarse mientras pasaba junto a la desgastada escotilla.

La IA muerta de la cabeza nuclear le había dado un burdo esquema de la nave (al menos suficiente para guiarlo hasta el centro de control y mando), pero la escalerilla que tenía que seguir hasta el vestuario y el comedor había desaparecido. La mayor parte del submarino había sido construida con superaleaciones que durarían otros dos mil años, incluso bajo el mar, pero la escalerilla (la plancha, según le dijeron que se llamaba sus paquetes de proteínas) se había corroído hacía mucho tiempo.

Tras hundir los dedos en el reborde y los desgastados tramos de cada lado de la escalera, esperando no estar metiendo los dedos en la boca de otra anguila, Harman se izó trabajosamente por la verde sopa marina. Partículas y paquetes de partículas radiactivas vivas se aferraron a su termopiel y tuvo que limpiarlas de sus lentes y su máscara de ósmosis.

Cuando llegó al nivel del vestuario estaba a punto de hiperventilar. Sabía por experiencia que la máscara de ósmosis seguiría suministrándole oxígeno bueno y fresco, pero su sentido de la presión sobre cada centímetro cuadrado de su cuerpo le hacía rebullirse. No tuvo que acceder a ningún módulo de memoria para saber que la termopiel lo protegería también del frío y la presión: el mismo tipo de traje lo había mantenido con vida en la presión cero del espacio, pero el espacio exterior le había parecido más limpio.

«Me pregunto si esta mugre que cubre mis lentes fue una vez parte de los hombres y mujeres que tripularon este barco.»

Descartó ese tipo de pensamientos. No sólo eran fantasmales, sino absurdos. Si la tripulación se había hundido con el submarino, los siempre hambrientos habitantes del océano habrían limpiado sus huesos en sólo

unos años y luego se habrían comido o descompuesto los huesos mismos en pocos años más.

Y sin embargo...

Harman se concentró en abrirse paso a través de la basura de camastros desmoronados y cubiertos de mugre. Sólo deducía que en esa zona se encontraban los dormitorios de los seres humanos a través del esquema de las deterioradas células de memoria de la cabeza nuclear; parecía una cripta vencida por la vegetación, los estantes cubiertos de densos hongos grises alojaban seres parecidos a cangrejos y anguilas temerosas de la luz en vez de los cuerpos podridos de Montescos o Capuletos.

«Tengo que leer más de ese tal Shakespeare. Tantas cosas en los paquetes de datos conectan con sus pensamientos y escritos...», pensó Harman mientras atravesaba una escotilla abierta, apartando estalagmitas de limo, y entraba en lo que había sido un comedor. Lo que antaño fuera una larga mesa por algún motivo le recordó la mesa caníbal de Calibán en la isla de Próspero tantos meses atrás. Tal vez fuese porque los hongos y moluscos habían mutado hasta adquirir un color rosa sangre.

Al otro extremo de la caverna rosácea, Harman sabía que tenía que subir por una escalerilla vertical (una escalerilla de verdad esta vez, no una plancha) hasta la sala de comunicaciones integradas, antes de poder atravesar la cabina del sonar y llegar al centro de mando y control.

No había ninguna escalerilla. Y esta vez el estrecho tubo de un pasillo vertical estaba atascado con algas marinas verdes y azules que recordaron a Harman el relato que había hecho Daeman sobre Cráter París convertido en un nido de hielo azul.

Pero lo que había tejido esta red era la vida oceánica terrestre, aunque mutada, y Harman empezó a romperla, apartando siglos de lento enquistamiento y avance a grandes puñados, deseando tener un hacha consigo. El agua a su alrededor se llenó tanto de porquería que ni siquiera se veía las manos. Algo largo y resbaladizo (¿otra anguila o algún tipo de serpiente marina?) se deslizó por su cuerpo y desapareció debajo. Harman siguió arrancando trozos y puñados de densa y pegajosa sustancia radiactiva, abriéndose paso a través de la cegadora suciedad.

Sintió como si estuviera naciendo de nuevo, pero esta vez a un mundo mucho más terrible.

La pugna fue tan grande que, durante varios segundos después de haber terminado de abrirse paso y llegar al nivel de la sala de comunicaciones no supo que lo había hecho. Tentáculos verdes se aferraban a todas par-

tes, el agua estaba tan llena de partículas flotantes que los rayos de su propio reflector lo cegaban y flotó en el limo primordial demasiado agotado para moverse.

Entonces, recordando que cada momento que pasaba en la carcasa muerta implicaba una posibilidad mayor de muerte, Harman se puso de rodillas, arrancó enredaderas y tentáculos de viejas plantas crecidas de sus hombros y espalda y se dirigió hacia popa.

La sala de comunicaciones estaba todavía viva.

Harman se detuvo al notarlo. Funciones de su cuerpo que ni siquiera había catalogado aún captaron la pulsante disposición de las máquinas ocultas bajo la viva alfombra verdigrís de esa sala para contactar y comunicarse. No con él. Las IAs de la sala no reconocían su presencia: su habilidad para interactuar con seres humanos había muerto hacía tiempo con el cambiante núcleo cuántico de sus ordenadores.

Pero querían comunicarse con alguien... sobre todo recibir órdenes de alguien, de algo.

Sabiendo que no encontraría allí lo que necesitaba saber, Harman medio caminando medio nadando dejó atrás la cabina abarrotada del sónar y el GPS. No sabía por qué sus memorias-paquete querían llamar cabina a aquel pequeño espacio y no quería saberlo.

Si alguna vez hubiera pensado en los submarinos, cosa que nunca había hecho, Harman probablemente habría sabido que tales barcos se construían para viajar bajo el agua (sabía que la IA de la cabeza nuclear había preferido una traducción de la palabra «barco» a la de «nave»), y que esos barcos submarinos estaban compuestos de muchos pequeños compartimentos, cada uno cerrado con una puerta, una escotilla, estanca, separada. Aquel submarino no. Los espacios eran grandes en comparación con el volumen del barco mismo, no todo era reducido ni estaba compartimentado al máximo. Si el océano encontraba un modo de entrar (y obviamente lo había hecho) la muerte de los hombres y mujeres de la tripulación no habría sido por lento ahogamiento, jadeando en busca de aire cerca de los techos, sino en una enorme e implosiva ola de presión que los habría matado a todos en cuestión de segundos. Era casi como si los humanos que habían trabajado en el submarino hubieran preferido la opción de una muerte instantánea en espacios grandes que ahogarse lentamente en espacios más pequeños.

Harman dejó de nadar y permitió que sus pies se hundieran en las placas del suelo cuando advirtió que estaba en mitad del centro de mando y

control.

Aquí había menos vegetación marina, más metal desnudo. Por el esquema de la IA de la cabeza nuclear Harman pudo distinguir los centros de control de armas y lanzamiento de torpedos, columnas verticales de metal que habrían proyectado una miríada de controles virtuales holográficos cuando la nave entraba en combate. Harman recorrió el lugar, tocando metal y plástico con la mano recubierta por la termopiel, permitiendo que los cerebros cuánticos muertos se embebieran del material para hablarle.

No había ninguna silla, asiento ni trono para el capitán. Aquel hombre permanecía de pie, cerca de la mesa central de mapas holográficos, directamente delante de una consola (virtual dadas las condiciones, proyectada desde dentro de los paneles plásticos LCD si el sistema virtual quedaba dañado) a la que se canalizaban y que mostraba todos y cada uno de los muchos sistemas y funciones del barco.

Harman pasó la mano enguantada por el limo verde e imaginó las pantallas del sonar apareciendo... allí. Las imágenes tácticas a la izquierda... ahí. Varios metros más atrás, por donde había venido, unos hinchados hongos grisáceos eran los asientos donde los tripulantes se habían agazapado delante de las imágenes virtuales en cambio constante que controlaban e informaban sobre lastre y rumbo, radar, sonar, transmisiones GPS, controles automáticos, disposición de torpedos y controles de lanzamiento, engranajes físicos para controlar las inmersiones...

Apartó la mano. Harman no necesitaba saber nada de esa basura. Sólo necesitaba saber...

Allí.

Era un monolito negro de metal situado tras el puesto del capitán. No había conchas, moluscos, coral ni mugre pegados a él. La cosa era tan negra que las lámparas de Harman no se reflejaron en ella en sus primeros pasos hacia esa parte del centro de mando.

Era la IA central del barco, construida para interactuar de cien maneras con el capitán y la tripulación del submarino. Harman sabía que un ordenador cuántico, incluso de esa Edad Perdida, incluso un ordenador muerto hacía más de dos milenios, estaría más vivo al uno por ciento de su capacidad que la mayoría de los seres vivos del planeta. Las mentes artificiales cuánticas eran duras de pelar y morían despacio.

Harman sabía que no tenía los códigos de acceso a los bancos centrales de la IA, quizá ni siquiera disponía del lenguaje para comprender los códigos que no conocía, pero también sabía que eso no importaba. Sus funcio-

nes habían sido desarrolladas y programadas nanogenéticamente en su ADN mucho después de que aquella máquina hubiera muerto. No tendría secretos para él.

El pensamiento lo aterrorizó.

Harman quería salir de aquella cripta inundada. Quería escapar de la radiación que debía estar rebotando por su piel, su cerebro, sus pelotas, sus entrañas y sus ojos mientras permanecía allí de pie, indeciso.

Pero tenía que saber.

Harman colocó la palma sobre el negro monolito de metal.

El submarino se llamaba *La espada de Alá*. Había zarpado el...

Harman se saltó las entradas del cuaderno de bitácora, fechas, motivos para la antigua guerra. Se entretuvo sólo lo suficiente para confirmar que había sido después de que soltaran el rubicón, durante los años de la Demencia cuando el Califato Global se acercaba a su fin, las democracias de Occidente y Europa estaban ya muertas y la Nueva Unión Europea era una ficción de jadeantes estados vasallos bajo el khanato en alza...

Nada de eso importaba. Lo que había en la panza de aquel submarino, tan real como el feto que crecía en el vientre de su esposa Ada, era lo que importaba.

Harman se detuvo lo suficiente para escuchar una versión acelerada del último testamento de los veintiséis tripulantes de *La espada de Alá*. El submarino de misiles balísticos clase Mahoma era tan automático que requería una tripulación de sólo ocho miembros, pero había habido tantos voluntarios que se permitió a veintiséis Elegidos ir en su última misión.

Todos eran hombres. Todos eran devotos. Entregaron sus almas a Alá mientras su perdición se acercaba: un cordón al ataque de submarinos, aviones, naves espaciales y naves de superficie del khanato por lo que Harman podía decir. Los hombres sabían que sólo les quedaban minutos de vida... que la Tierra estaba a sólo unos minutos de su destrucción.

El capitán había dado la orden de lanzamiento. La IA primaria la había secundado y transmitido.

¿Por qué no se habían disparado los misiles? Harman registró la IA hasta sus entrañas cuánticas y no pudo encontrar ninguna razón. La orden humana se había dado, los cuatro juegos de llaves físicas habían sido girados, las coordenadas de blanco de la IA y las órdenes de lanzamiento individual habían sido confirmadas y transmitidas, los misiles habían sido colocados en la secuencia de lanzamiento adecuada, los interruptores (virtuales y literales) se habían activado. Todas las enormes escotillas de me-

tal de los misiles se habían abierto con éxito con redundante maquinaria hidráulica: sólo una fina cúpula azul de fibra de vidrio separaba los tubos de los misiles del océano, y cada uno de aquellos tubos de lanzamiento se había llenado de nitrógeno para igualar la presión e impedir que el océano entrara hasta el momento mismo del lanzamiento. Los cuarenta y ocho misiles habrían sido impulsados por generaciones de nitrógeno gaseoso, una carga de dos mil quinientos voltios que prendería la descarga de nitrógeno. El gas mismo habría producido más de cuarenta y cinco mil kilos por centímetro cuadrado de presión en menos de un segundo, enviando los misiles hacia arriba con sus propias burbujas de nitrógeno hasta que salieran del mar como corchos, y entonces el combustible sólido de cada misil los habría encendido en el momento en que los misiles alcanzaran el aire. Había iniciadores de lanzamiento e ignición redundantes y de doble redundancia. Los misiles tendrían que haber corrido hacia sus objetivos. Los indicadores de lanzamiento de la IA estaban todos en rojo. En cada uno de los cuarenta y ocho silos del vientre preñado de *La espada de Alá* la secuencia había pasado adecuadamente de ESPEREN a PREPARADOS a LANZAMIENTO a LANZAMIENTO CON ÉXITO.

Pero los misiles estaban todavía en sus tubos. La IA, muerta y deteriorada, lo sabía y comunicaba algo parecido a la vergüenza y el chasco a través de la palma cosquilleante de Harman.

El corazón le latía tan alocadamente y Harman respiraba con tanta dificultad que la máscara de ósmosis tuvo que bajar el nivel de oxígeno para que no hiperventilara.

Cuarenta y ocho misiles. Cuarenta y ocho plataformas con cabeza nuclear. Cada cabeza era teledirigida y llevaba dieciséis vehículos de entrada separados. Setecientos sesenta y ocho cabezas, todas armadas, preparadas, los seguros retirados, listas para saltar. Apuntaban a setecientos sesenta y ocho de las ciudades restantes del mundo, monumentos antiguos y menegados centros de población de supervivientes del rubicón.

Pero lo que llevaban los torpedos de *La espada de Alá* no eran simples cabezas termonucleares.

Cada una de las setecientos sesenta y ocho cabezas que aún había a bordo del submarino llevaba un agujero negro tenuemente contenido. El alma definitiva de la raza humana y el Califato Global en ese punto del tiempo... su detergente definitivo, pensó Harman con un ruido que era en parte sollozo en parte risa tonta.

Los agujeros negros eran pequeños. Cada uno no mucho más grande

de lo que uno de los tripulantes muertos había descrito en su urgente y religioso discurso de despedida como «el balón de fútbol con el que crecí jugando en las ruinas de Karachi». Pero cuando escaparan de sus esferas de contención y cayeran sobre sus blancos, el resultado sería mucho más dramático que el de una mera arma termonuclear.

El agujero negro se hundiría en la tierra, creando un hueco del tamaño de un balón de fútbol en el centro de la ciudad que fuera su objetivo. Pero en el segundo en que llegara allí habría una explosión de plasma mil veces peor que una explosión termonuclear. El agujero negro, al descender, convertiría tierra, roca, agua y magma, todo lo que encontrara por delante, en una nube de vapor y plasma, y absorbería también las personas, edificios, vehículos, árboles y la estructura molecular de la ciudad que fuera su objetivo y cientos de kilómetros cuadrados a su alrededor.

El agujero negro que había creado el cráter de un kilómetro de anchura en el centro de Cráter París tenía menos de un milímetro de ancho y era inestable: se había comido a sí mismo antes de llegar al núcleo de la Tierra. Harman sabía ahora que once millones de personas habían muerto porque aquel antiguo experimento salió mal.

Esos agujeros negros no estaban diseñados para comerse a sí mismos. Estaban diseñados para rebotar de un lado a otro a través de la tierra, volver a salir a la atmósfera, zambullirse de nuevo en el planeta. Setecientos sesenta y ocho esferas de plasma y radiación ionizante de destrucción definitiva atravesando una y otra vez la corteza, el manto, el magma y el núcleo de la Tierra, continuamente, durante meses o años, hasta que todas descansaran en el centro de esta querida y buena Tierra y empezaran a comerse el tejido del planeta mismo.

Las voces de los veintiséis tripulantes que Harman había escuchado celebraban el resultado de su misión. Todos se reunirían en el Paraíso. ¡Dios sea loado!

Harman sólo quería vomitar dentro de la máscara de ósmosis, pero se obligó a no apartar la mano de la IA del negro monolito durante otro minuto entero, eterno, interminable. Tenía que haber alguna instrucción para encontrar un modo de desarmar los agujeros negros activados.

Los campos de contención de las cabezas nucleares habían sido muy potentes, diseñados para durar siglos si era preciso.

Habían durado más de dos milenios y medio, pero eran muy inestables. En cuanto uno de los agujeros negros escapara, lo harían todos. No importaba nada si iniciaban su viaje hacia el núcleo de la Tierra y más allá a par-

tir de sus objetivos o si lo hacían desde aquel punto en la pared norte de la Brecha Atlántica. El resultado sería el mismo.

No había ningún procedimiento en la IA ni en ninguna parte de *La espada de Alá* para desarmarlas. Las singularidades existían (lo habían hecho durante casi doscientos cincuenta Cinco Veintes estándar de Harman) y, en un mundo donde la máxima tecnología de los humanos antiguos eran las ballestas, no había forma de fijar sus campos de contención.

Harman apartó la mano.

Más tarde no recordaba haber encontrado el camino de salida de las partes sumergidas del submarino, ni haber atravesado tambaleándose la seca sala de torpedos, ni el agujero del casco para salir a la soleada franja de arena fangosa que era la Brecha Atlántica.

Sí que recordaba haberse quitado la capucha y la máscara de ósmosis, haber caído a cuatro patas y vomitado largamente. Mucho después de haberse librado de lo poco que tenía en el estómago (las barras alimenticias eran nutritivas pero dejaban pocos residuos) continuaba teniendo arcadas.

Luego se sintió demasiado débil para seguir apoyándose en las manos y las rodillas, así que se arrastró para apartarse de su propio vómito, se desplomó, se puso de espaldas y contempló la larga y fina tira azul del cielo. Los anillos, débiles pero claros, giraban, se entrecruzaban, se movían como las pálidas manecillas de un reloj obscuro que descontaba las horas o días o meses o años hasta que las esferas de contención de las cabezas nucleares que esperaban apenas a unos metros de Harman se deterioraran y colapsaran.

Sabía que tenía que alejarse del pecio radiactivo, arrastrándose si era necesario, pero su corazón no tenía ninguna voluntad de hacerlo.

Finalmente, después de lo que tuvieron que ser horas (la franja de cielo se oscurecía al atardecer) Harman activó la función que interrogaba a sus propios biomonitores.

Como sospechaba, la dosis que había recibido era letal. El mareo que sentía sólo empeoraría. Los vómitos y arcadas pronto regresarían. La sangre se agolpaba ya bajo su piel. En cuestión de horas (el proceso ya había empezado) las células de sus entrañas y sus tripas empezarían a descomponerse por billones. Luego vendría la diarrea de sangre, intermitente al principio pero constante a medida que su cuerpo empezara literalmente a cagar sus tripas disueltas. Luego la hemorragia sería principalmente interna, las paredes celulares se descompondrían por completo, todos los sistemas se colapsarían.

Harman sabía que viviría lo suficiente para ver y sentir todo eso. Dentro de un día estaría demasiado débil para moverse entre episodios de diarrea y vómitos. Estaría postrado en la Brecha, su quietud rota solamente por ataques involuntarios. Harman sabía que ni siquiera podría mirar al cielo azul y las estrellas cuando muriera: los biomonitores ya informaban de las cataratas inducidas por la radiación que se acumulaban en la superficie de sus dos ojos.

Sonrió amargamente. No era extraño que Próspero y Moira le hubieran proporcionado solamente barras alimenticias para unos pocos días. Debían saber que no necesitaría tantas.

«¿Por qué? ¿Por qué hacerme Prometeo de la raza humana con todas estas funciones, todo este conocimiento, toda esta promesa que dar a Ada y mi especie, sólo para dejarme morir aquí solo... de esta forma?»

Era lo bastante sabio para conocer la respuesta a su propia pregunta. Prometeo robó el fuego a los dioses. Adán y Eva probaron la fruta del conocimiento en el Edén. Todos los mitos antiguos de la creación contaban la misma historia, revelaban la misma terrible verdad: roba el fuego y el conocimiento a los dioses y te volverás algo distinto a los animales de los que has evolucionado, pero seguirás estando muy, muy por debajo de ningún Dios verdadero.

En ese instante Harman hubiese dado cualquier cosa por librarse de los veintiséis últimos testamentos religiosos y personales de los locos tripulantes de *La espada de Alá*. En aquellas apasionadas despedidas sentía todo el peso de la carga que había estado a punto de llevarles a Ada, a Daeman, a Hannah, a sus amigos, a su especie.

Cayó en la cuenta de que todo aquel último año: la historia del paño turín de Troya que había sido el pequeño regalo de broma que Próspero había hecho a los humanos antiguos, transmitido por Odiseo y Savi; sus diversas búsquedas locas; la terrible mascarada en la isla de Próspero allá en el anillo-e; su huida; el descubrimiento de la gente de Ardis Hall sobre cómo construir armas; el dar forma a los rudos comienzos de la sociedad; el descubrimiento de la política, incluso el avance hacia algún tipo de religión... Todo aquello los había vuelto a convertir en humanos.

La raza humana había regresado a la Tierra después de más de mil cuatrocientos años de coma e indiferencia.

Harman comprendió que el hijo de Ada sería completamente humano, quizá el primer verdadero ser humano que nacería después de aquellos cómodos, inhumanos siglos de ser vigilados por falsos dioses posthumanos,

que afrontaría el peligro y la muerte a cada paso, que estaría obligado a inventar, que soportaría la presión de crear lazos con otros seres humanos sólo para sobrevivir a los voynix y los calibani y el propio Calibán y la cosa Setebos...

Habría sido excitante. Habría sido aterrador. Habría sido real.

Y todo habría conducido, podría haber conducido, de vuelta a *La espada de Alá*.

Harman se colocó de costado y volvió a vomitar. Esta vez el vómito consistió principalmente en sangre y mocos.

«Más rápido de lo que creía.»

Con los ojos cerrados contra el dolor (contra todas las variedades del dolor, pero sobre todo contra el dolor de aquel nuevo conocimiento), Harman se palpó la cadera derecha. La pistola seguía asegurada allí.

Soltó la tira, liberó el arma del recuadro adhesivo, usó la otra mano para amartillarla como le había enseñado Moira, preparando una de las balas, quitó el seguro y se llevó el cañón a la sien.

El Demogorgo ocupa la mitad del cielo cubierto de llamas. Asia, Panthea, y la silenciosa hermana Ione siguen acurrucadas. Las rocas y riscos y cumbres volcánicas cercanas se llenan de formas gigantescas y acechantes: titanes, horas, corceles monstruosos, monstruos monstruosos, ciempiés gigantesos parecidos al Curador, aurigas inhumanos, más titanes, todos ocupan sus puestos como jurados que acuden a juicio y suben las escaleras de un templo griego. Las lentes de la termopiel permiten a Aquiles verlo todo y casi desea no poder hacerlo.

Los monstruos del Tártaro son demasiado monstruosos; los titanes demasiado hirsutos y titánicos; los aurigas y los seres que el Demogorgo ha llamado las horas ni siquiera pueden ser enfocados. Recuerdan a Aquiles el momento en que abrió el vientre y el pecho de un troyano con un golpe de espada y encontró un pequeño homúnculo mirándolo, los ojos azules parecían parpadear a través de las costillas rotas y las entrañas desparrahadas. Fue la única vez que vomitó en el campo de batalla. Estas horas y estos aurigas son igualmente difíciles de contemplar.

Mientras el Demogorgo espera que los monstruosos congregados se aposenten y reúnan, Hefesto saca un fino cordón de la burbuja que forma el casco de su absurdo traje y conecta el extremo a la capucha de la termopiel de Aquiles.

—¿Puedes oírme ahora? —pregunta el dios-enano lisiado—. Tenemos unos cuantos minutos para hablar.

—Sí, te oigo, ¿pero no puede hacerlo también el Demogorgo? Lo hizo antes.

—No, es una línea segura. El Demogorgo es un montón de cosas, pero no J. Edgar Hoover.

—¿Quién?

—No importa. Escucha, hijo de Peleo, tenemos que coordinar lo que vamos a decir a esta masa de gigantes y al Demogorgo. Mucho depende de ello.

—No me llames así —gruñe Aquiles con una mirada que ha petrificado a enemigos en el campo de batalla.

El dios Hefesto retrocede alarmado un paso, tensando accidentalmente el cable de comunicación entre ambos.

—¿Llamarte qué?

—Hijo de Peleo. No quiero volver a oír esa frase.

El dios del fuego alza las manos enguantadas, las palmas hacia fuera.

—Bien. Pero todavía tenemos que hablar. Sólo nos queda un minuto o dos antes de que esta corte de canguros comience.

—¿Qué es un canguro? —Aquiles se está cansando de la cháchara con dobleces del minidios. Tiene la espada a mano. Tiene la sospecha de que basta con asestarle al supuesto inmortal un tajo en el traje metálico y luego dar un paso atrás para ver cómo el dios del fuego se ahoga en el aire ácido. Pero claro, Hefesto es un inmortal del Olimpo, incluso sin los tanques de grandes gusanos del Curador. Así que tal vez, como el propio Aquiles, el impúdico cojo barbudo, expuesto al aire ácido del Tártaro, sólo tosa, se atragante, vomite y se revuelque en una eternidad de dolor hasta que una de las Oceánidas lo devore. Aquiles siente el poderoso impulso de averiguarlo.

Lo resiste.

—No importa —dice Hefesto—. ¿Qué vas a decirle al Demogorgo? ¿Quieres que yo hable por los dos?

—No.

—Bueno, tenemos que contar bien nuestra historia. ¿Qué vas a pedirles al Demogorgo y los titanes, aparte de que maten a Zeus?

—No voy a pedirle a esta cosa Demogorgo que mate a Zeus —dice Aquiles con firmeza.

El barbudo dios-enano parece sorprendido detrás del cristal de su cabeza-burbuja.

—¿No? Creía que por eso estábamos aquí.

—Voy a matar a Zeus yo mismo —dice Aquiles—. Y le daré su hígado a Argos, el perro de Odiseo.

Hefesto suspira.

—Muy bien. Pero para que yo me siente en el trono del Olimpo (el tra-

to que tú me ofreciste y al que Nyx accedió) seguiremos necesitando convencer al Demogorgo para que interceda. Y el Demogorgo está loco.

—¿Loco? —dice Aquiles. La mayoría de las formas monstruosas parecen estar ya situadas entre los riscos, promontorios de ceniza y ríos de lava.

—Ya lo has oído hablar del Dios supremo, ¿no? —dice Hefesto.

—No sé de qué dios habla el Demogorgo, si no es de Zeus.

—El Demogorgo habla de un único dios supremo de todo el universo —dice Hefesto, su voz ya rasposa aún más rasposa por la línea de comunicación—. Un dios con «D» mayúscula y ningún otro dios más.

—Eso es absurdo.

—Sí —reconoce el dios del fuego—. Por eso la raza del Demogorgo lo exilió a este mundo prisión del Tártaro.

—¿Raza? —pregunta Aquiles, incrédulo—. ¿Quieres decir que hay más de esos Demogorgos?

—Por supuesto. Nada vivo viene en solitario, Aquiles. Incluso tú tienes que haber aprendido eso. Este Demogorgo está tan loco como una rata de cloaca troyana. Adora a un dios único y todopoderoso con «D» mayúscula y a veces se refiere a él como «el Silente»?

—¿El Silente? —Aquiles trata de imaginar a un dios silencioso. Desde luego es algo que escapa a su experiencia.

—Sí —gruñe Hefesto por los auriculares de la capucha—. Sólo que ese Silente no es todo el dios único y todopoderoso con mayúscula, sino sólo una de las muchas manifestaciones de Él... con «E» mayúscula también.

—Ya basta de mayúsculas —dice Aquiles—. Así que el Demogorgo cree en más de un dios.

—No —insiste el dios del fuego y el artificio—. Este Dios grande tiene muchas caras o avatares o formas, más o menos como Zeus cuando quiere tirarse a una mujer mortal. ¿Te acuerdas de que Zeus una vez se convirtió en cisne para...?

—¿Qué coño tiene todo esto que ver con la audiencia que va a empezar dentro de treinta puñeteros segundos? —dice Aquiles por los micrófonos de su termopiel.

Hefesto se cubre con las manos la burbuja de cristal, allá donde deberían estar sus orejas.

—Calla —susurra el dios enano por el intercomunicador—. Escucha, esto tiene muchísimo que ver con nuestros argumentos para convencer al

Demogorgo de que libere a los titanes y los demás para atacar a Zeus, eliminar a los olímpicos actuales e instalarme a mí como nuevo rey del Olimpo.

—Pero si acabas de decir que el Demogorgo está prisionero aquí.

—Sí. Pero Nyx, la Noche, abrió el Agujero Brana que va del Olimpo hasta aquí. Podremos regresar por ahí a menos que se cierre antes de que comience esta maldita audiencia, asamblea, cónclave de pueblo o lo que sea. Además, creo que el Demogorgo puede salir de aquí cuando quiera.

—¿Qué clase de prisión es ésta que te permite salir cuando quieres? —pregunta Aquiles. Está empezando a pensar que el verdadero lunático es el barbudo dios enano.

—Hay que saber un poquito sobre la raza del Demogorgo —dice la cabeza-burbuja en lo alto del cuerpo de burbujas de hierro—. Que es lo que sabe todo el mundo... muy poquito. Este Demogorgo se aprisiona a sí mismo porque se lo dijeron. Puede teletransportarse a cualquier sitio, en cualquier momento... si piensa que es lo bastante importante. Tenemos que convencerlo de que es lo bastante importante.

—Pero nosotros tenemos el Agujero Brana —dice Aquiles—. ¿Y qué saca Nyx de esto? Me dijiste en casa de Odiseo, antes de que yo despertara a Zeus, que la Noche abriría el Agujero y te creí, pero ¿por qué? ¿Qué tiene ella que ganar?

—Supervivencia —dice Hefesto, y mira alrededor. Todas las formas monstruosas parecen estar en posición. La corte está en sesión. Todos esperan a que el Demogorgo hable.

Aquiles lo ve también.

—¿Supervivencia? ¿Qué quieres decir? —susurra por el interfono—. Tú mismo me dijiste que la Noche es la única diosa a quien Zeus teme. A ella y a sus malditos Hados. No puede hacerle daño.

La burbuja de cristal se mueve adelante y atrás cuando Hefesto sacude la cabeza.

—Zeus no. Próspero y Sycórax y... la gente... los seres que ayudaron a crear a Zeus, a mí, a los otros dioses, incluso a los titanes. Y no me refiero a Urano dios del cielo que se apareó con Gaia, madre Tierra. Antes de ellos.

Aquiles intenta concentrarse en la idea de alguien distinto a la Tierra y la Noche creando a los titanes y los dioses. No puede.

—Atraparon a una criatura llamada Setebos en Marte y tu Tierra-Ilión durante diez años —continúa Hefesto.

—¿Quién? —pregunta Aquiles. Está totalmente confundido—. ¿Qué

es un Setebos? ¿Y qué tiene esto que ver con lo que tenemos que decirle al Demogorgo dentro de menos de un minuto?

—Aquiles, debes conocer suficiente historia para saber que Zeus y los otros jóvenes olímpicos derrotaron a su padre Cronos y los otros titanes, aunque los titanes eran más poderosos.

—Lo sé —dice Aquiles, sintiéndose de nuevo como un niño bajo la tutela de Quirón, el centauro que lo crió—. Zeus ganó la guerra entre los dioses y los titanes reclutando la ayuda de criaturas terribles contra las que los titanes estuvieron indefensos.

—¿Y cuál es la más terrible de esas terribles criaturas? —pregunta el barbudo dios-enano por el intercomunicador. Su tono magistral le da a Aquiles ganas de destriparlo allí mismo.

—El de los cien brazos —responde, haciendo acopio de toda su paciencia. El Demogorgo hablará de un momento a otro y nada de toda esta cháchara ha ayudado a Aquiles a saber qué decir—. La monstruosa cosa de muchas manos a quien los dioses llamáis Briareo —añade—, pero que los primeros dioses llamaron Aigaion.

—El ser llamado Briareo y Aigaion se llama en realidad Setebos —susurra Hefesto—. Durante diez años han distraído a esta criatura de sus hambrientas intenciones, alimentándola con vuestra penosa guerra humana entre troyanos y aqueos. Pero ahora vuelve a andar suelta y los cimientos cuánticos de todo el sistema solar se desmoronan. A Nyx le preocupa que destruyan no sólo su Tierra, sino el nuevo Marte y toda la dimensión oscura. Los Agujeros Brana lo conectan todo. Están siendo demasiado intrépidos, este Sycórax y Setebos, Próspero y su ralea. Las Parcas predicen una destrucción cuántica total si algo o alguien no intercede. Nyx preferiría que yo, el enano lisiado, estuviera en el trono del Olimpo en vez de arriesgarse a un *meltdown* cuántico total.

Como Aquiles no tiene ni la menor idea de lo que está diciendo el dios enano, permanece en silencio.

El Demogorgo parece aclararse su no-garganta para silenciar los últimos murmullos y movimientos del grupo de titanes, horas, aurigas, curadores y otras figuras informes.

—La buena noticia —susurra Hefesto por el intercomunicador, como si la enorme masa velada y sin forma pudiera oírlos a pesar de la conexión— es que el Demogorgo y su dios (el Silente) comen Setebos para desayunar.

—El Demogorgo no es el loco, aquí —responde Aquiles—. Eres tú

quien está más loco que una rata de cloaca troyana.

—Sin embargo, ¿me dejarás que hable por nosotros? —susurra Hefesto, la impaciencia marcada en cada sílaba.

—Sí —dice Aquiles—. Pero si dices algo con lo que yo no esté de acuerdo voy a cortar tu bonito traje en pelotas de hierro separadas y luego te cortaré las pelotas y te las meteré por ese cuenco de cristal.

—De acuerdo —dice Hefesto, y desenchufa la línea.

—PODÉIS EMPEZAR VUESTRA APELACIÓN —truenan el Demogorgo.

Decidieron votar si Nadie podía llevarse el sonie. La reunión se fijó para el mediodía, cuando estaban apostados el menor número de centinelas y el grueso de las tareas estaba hecho, así que la mayoría de los supervivientes de Ardis (incluidos los seis recién llegados y Hannah, lo cual aumentaba su número a cincuenta y cinco) pudieron asistir. Sin embargo, la naturaleza de la petición de Odiseo/Nadie había llegado incluso al puesto de vigilancia más lejano y ya había un consenso en contra.

Hannah y Ada se pasaron el resto de la mañana informándose de los acontecimientos. La mujer más joven estaba inconsolable por la pérdida de sus amigos y de Ardis, pero Ada le recordó que la mansión podía ser reconstruida... o al menos una burda versión de ella.

—¿Crees que viviremos para verlo? —preguntó Hannah.

Ada no tenía respuesta. Le apretó la mano a su amiga.

Hablaron de Harman, de los detalles de su extraña desaparición de la Puerta Dorada con el ser llamado Ariel y de la sensación de Ada de que Harman estaba vivo en alguna parte.

Hablaron de cosas nimias, de cómo se preparaba ese día la comida y de las esperanzas de Ada de ampliar el campamento antes de que los voy-nix empezaran a acumularse como lo habían hecho.

—¿Sabes por qué ese bebé Setebos los mantiene a raya? —preguntó Hannah.

—Ninguno de nosotros tiene ni idea —dijo Ada. Acompañó a la joven escultora al Pozo. La cosa-Setebos (Nadie había dicho que era una especie de piojo) estaba en el fondo, las manos y los tentáculos enroscados debajo, pero sus ojos amarillos miraron con indiferencia inhumana que era mucho peor que la simple maldad.

Harman se llevó las manos a las sienes.

—Oh, mi... Oh, Dios... me está arañando la mente, quiere entrar.

—Eso hace —dijo Ada en voz baja. Había traído el rifle de flechitas y apuntaba la masa de tejido verdiazul y las manos rosáceas que había unos pocos metros más abajo.

—¿Y si... toma el control? —preguntó Hannah.

—¿De nosotros, quieres decir? ¿Para volvernos a unos contra otros?

—Sí.

Ada se encogió de hombros.

—Esperamos que eso se produzca cada día, cada noche. Lo hemos discutido. Hasta ahora, todos podemos oír vagamente a este bebé Setebos llamarnos, como un mal olor de fondo, pero cuando viene con fuerza, como ha hecho contigo, sólo se apodera de una persona cada vez. Si los demás están aquí y lo sienten, es como un... no sé, un eco.

—Entonces piensas que si toma el control, será de uno en uno.

Ada volvió a encogerse de hombros.

—Algo así.

Hannah miró el pesado rifle de flechitas que Ada sostenía en las manos.

—Pero si la cosa empieza a controlarte ahora mismo, podrías matarme... podrías matar a un montón de nosotros antes de...

—Sí —respondió Ada—. Hemos discutido eso también.

—¿Se os ha ocurrido algún plan?

—Sí —repitió Ada, en voz muy baja, mientras se alzaba sobre el Pozo—. Vamos a matar a esta abominación antes de que llegue a eso.

Hannah asintió.

—Pero tendréis que sacar a toda la gente de aquí antes de hacerlo. Comprendo por qué no quieres prestarle a Odiseo el sonie.

Ada suspiró.

—¿Sabes para qué lo quiere, Hannah?

—No. No quiere decírmelo. Hay tantas cosas que no quiere decirme...

—Y sin embargo, lo amas.

—Desde el primer día que lo vi en el Puente.

—Estuviste bajo el paño turín cuando funcionaba, Hannah. Sabes que ese Odiseo estaba casado. Escuchamos cómo les hablaba a los otros aqueos de su esposa, Penélope, y de su hijo adolescente Telémaco. Hablaban en un lenguaje extranjero, pero de todos modos lo comprendíamos bajo el turín.

—Sí —Hannah bajó la cabeza.

En el Pozo, el bebé Setebos empezó a corretear de un lado a otro apoyándose en sus muchas manos rosadas. Cinco tentáculos subieron por el borde del Pozo y otras manos se enroscaron en la rejilla, tirando del metal hasta que pareció a punto de doblarse. Los muchos ojos amarillos de la cosa eran muy brillantes.

Daeman regresaba del bosque camino de la reunión de mediodía cuando vio al fantasma. Llevaba a la espalda una pesada bolsa de lona llena de leña. Hubiese deseado estar haciendo de centinela o cazando en vez de cortando y cargando madera. De repente una mujer salió del bosque, sólo a una docena de metros de él.

Al principio captó con su visión periférica apenas lo suficiente para saber que era un ser humano, femenino, y por tanto parte de la comunidad de Ardis, no un voynix. Continuó caminando unos segundos con el rifle en la mano derecha apuntando hacia abajo, con los ojos gachos y la pesada carga a la espalda; pero cuando se volvió hacia ella para saludarla, se detuvo.

Era Savi.

Se irguió y la enorme carga de madera de su mochila de lona improvisada casi lo hizo caer de espaldas. No hubiese sido una reacción exagerada. Se quedó mirándola.

Era Savi, pero no la Savi mayor de pelo gris que había visto morir a manos de Calibán en las cavernas del infierno orbital de Próspero casi un año antes. Era una Savi más joven, más pálida, más hermosa.

¿Una Savi resucitada? No.

«Un fantasma.» El pensamiento lo atravesó como una puñalada de miedo. Ni siquiera creía en los fantasmas ni tenía realmente una idea clara de lo que los fantasmas eran: nunca había oído mencionar a los fantasmas aparte de en el drama turín, ni había tampoco oído una historia de fantasmas hasta que empezó a sigleer los viejos libros de Ardis Manor el otoño anterior.

Pero aquello tenía que ser un fantasma.

La joven Savi no parecía completamente sustancial. Había un titilar en ella cuando lo vio, se volvió y caminó hacia él. Daeman advirtió que podía ver a través de ella, más aún de lo que había podido ver a través del holograma de Próspero en la isla orbital.

Sin embargo, de todos modos sabía que no era ningún holograma. Era

algo... real, real y vivo, a pesar del suave y pálido brillo de todo su cuerpo y del hecho de que sus pies parecieran no estar tocando el suelo mientras caminaba por la alta hierba marrón hacia él. Llevaba una termopiel y nada más. Daeman sabía por experiencia que las termopieles (no mucho más gruesas que una capa de pintura) te hacían sentirte más desnudo que desnudo, y así parecía ella ahora mientras echaba a andar en su dirección. Desnuda. La termopiel era celeste pero dejaba ver cada músculo actuando mientras caminaba, recalcaba más que ocultaba el leve bamboleo de sus pechos. Daeman se había acostumbrado a ver a Savi con su termopiel, pero la Savi mayor tenía los pechos levemente caídos, los glúteos flojos y los muslos blandos. La aparición tenía los pechos altos, el estómago plano y músculos jóvenes y poderosos.

Liberó los brazos de las correas, soltó la carga de leña y agarró el rifle con ambas manos. Daeman distinguía la nueva empalizada interior, a más de doscientos metros de distancia, e incluso una cabeza oscura moviéndose por encima de la línea de troncos, pero no había nadie más a la vista. El fantasma y él estaban solos en aquel campo ventoso, en la linde del bosque.

—Hola, Daeman.

Era la voz de Savi. Más joven, aún más vibrante de vida que la voz hipnótica que él recordaba, pero decididamente de Savi.

Daeman no dijo nada hasta que ella se detuvo al alcance de su brazo. Su solidez fluctuó: un segundo estaba completa, al siguiente era transparente e insustancial. Cuando era sustancial, Daeman veía la areola de sus pezones levemente erectos. La joven Savi, advirtió, había sido preciosa.

Ella lo miró de arriba abajo con aquellos familiares ojos oscuros que él recordaba tan bien.

—Tienes buen aspecto, Daeman. Has perdido un montón de peso. Has ganado músculo.

Él siguió sin hablar. Todos los que salían al bosque llevaban consigo uno de los silbatos que habían rescatado de las ruinas. El suyo colgaba de un cordón alrededor de su cuello. Sólo tenía que soplarlo y una docena de hombres y mujeres armados acudirían corriendo en menos de un minuto.

Savi sonrió.

—Tienes razón. No soy Savi. No nos hemos visto nunca. Te conozco sólo por las descripciones y las grabaciones de vídeo de Próspero.

—¿Quién eres? —preguntó. Su voz le sonó ronca, tensa, forzada incluso a él.

La aparición se encogió de hombros como si su identidad fuera de poca importancia.

—Me llamo Moira.

El nombre no significaba nada para Daeman. Savi nunca había mencionado a nadie llamado así. Próspero tampoco. Durante un segundo de pánico Daeman se preguntó si Calibán no sería un cambiaformas.

—¿Qué eres? —dijo por fin.

—¡Ah! —La sílaba vino en forma de brusca risa—. Una pregunta maravillosamente inteligente. No «¿por qué te pareces a mi amiga muerta Savi?», sino «¿qué eres?». Próspero tenía razón. Nunca fuiste tan estúpido como parecías, ni siquiera hace un año.

Daeman agarró el silbato de su pecho y esperó.

—Soy una posthumana —dijo la aparición de Savi.

—Ya no hay posthumanos —respondió Daeman. Con la mano izquierda alzó levemente el silbato.

—No había posthumanos —dijo la mujer titilante—. Ahora los hay. Uno. Yo.

—¿Qué quieres?

Ella extendió lentamente la mano y le tocó el antebrazo derecho. Daeman esperaba que lo atravesara pero su contacto fue tan sólido y real como el de cualquiera de los supervivientes de Ardis. Notó la presión de sus largos dedos a través de la chaqueta. También sintió un cosquilleo casi eléctrico.

—Quiero asistir contigo a la discusión y luego la votación para ver si Nadie puede llevarse vuestro sonie —dijo en voz baja.

«¿Cómo demonios sabe eso?», se preguntó él.

—Si apareces, probablemente no habrá ninguna discusión ni ninguna votación. Incluso Odis... Nadie, querrá saber quién eres, de dónde vienes, qué quieres.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Tal vez. Pero nadie más que tú me verá. Es un truquito que Próspero insertó en mis hermanas cuando se marcharon para convertirse en dioses y yo decidí guardármelo para mí. Viene bien de vez en cuando.

Él acarició el silbato con la mano izquierda, deslizó el dedo índice de la mano derecha en el gatillo del rifle y la miró mientras ella se desenfocaba levemente, se hacía transparente y luego volvía a enfocarse. Lo que acababa de decir era demasiado para que él pudiera formular siquiera las preguntas adecuadas. Intuía que lo mejor que podía hacer era tenerla cerca.

No podía explicarse qué sentido tenía eso.

—¿Por qué quieres asistir a la discusión? —preguntó—.

—Me interesa el resultado.

—¿Por qué?

Ella sonrió.

—Daeman, si puedo ser invisible para las otras cincuenta y cinco personas, incluido Nadie, podría haber permanecido también invisible para ti. Pero quiero que sepas que estoy allí. Hablaremos después de la discusión y después de la votación.

—¿Hablar de qué? —Daeman había visto los cadáveres marrones y momificados de lo que Savi, Harman y él pensaron que eran los últimos posthumanos, allí arriba, en el fino y rancio aire del moribundo reino de Próspero. Todas mujeres. La mayoría comidas por Calibán hacía siglos. Daeman no tenía ni idea de si la aparición era lo que decía ser. Más le parecía una de las diosas del drama turín que había visto de vez en cuando: Atenea, quizá, o una Hera mucho más joven. No tan hermosa como los atisbos que había visto de Afrodita. De repente recordó que casi un año antes, en Cráter París, se había hablado de altares callejeros dedicados a los dioses del drama turín de la guerra de Troya.

Pero todos los de Cráter París estaban muertos, incluida su madre. Asesinados y devorados por Calibán. La ciudad enterrada por la masa de hielo azul de Setebos. Si la gente de su ciudad natal había rezado alguna vez a los dioses y diosas del turín, no les había servido para nada. Si aquella diosa procedía del drama, estaba seguro de que no le serviría de nada tampoco.

—Podemos hablar de dónde está tu amigo Harman —dijo la figura espectral que se hacía llamar Moira.

—¿Dónde está? ¿Cómo está? —Daeman se dio cuenta de que había gritado.

Ella sonrió.

—Podemos hablar después de la votación.

—Al menos dime por qué esta votación es tan importante como para que hayas venido de... de donde sea que hayas venido para verla —protestó Daeman, la voz tan dura como duro se había hecho él durante aquel último año.

Moira asintió.

—He venido a escuchar porque es importante.

—¿Por qué? ¿Para quién? ¿Cómo?

Ella no dijo nada. Su sonrisa había desaparecido.

Daeman soltó el silbato.

—¿Es importante que le demos el sonie a Nadie o es importante que no se lo prestemos?

—Sólo quiero mirar —dijo el fantasma de Savi que se hacía llamar Moira—. No votar.

—No he preguntado eso.

—Lo sé —dijo la mujer con la voz de Savi.

Sonó la campana de la asamblea. La gente empezó a reunirse en torno al cobertizo central, la tienda y las cocinas.

Daeman no tenía prisa. Sabía que no sería aconsejable dejar entrar a un voynix vivo en el campamento. También sabía que tenía muy poco tiempo para tomar una decisión.

—Si puedes ver la reunión sin que te vea nadie, ¿por qué te has revelado a mí? —preguntó en voz baja.

—Ya te lo he dicho, ha sido decisión mía. O quizá soy como un vampiro: sólo puedo entrar en un lugar si me invitan.

Daeman no sabía lo que era un vampiro, pero no le pareció que tuviera importancia en aquel momento.

—No —dijo—. No voy a invitarte a entrar en nuestra zona segura a menos que me des una razón de peso para hacerlo.

Moira suspiró.

—Próspero y Harman dijeron también que eres testarudo, pero no imaginaba que lo fueras tanto.

—Hablas como si hubieras visto a Harman —dijo Daeman—. Dime algo de él, cómo está, dónde está, algo que me convenza de que lo has conocido.

Moira continuó mirándolo y a Daeman le pareció que el aire alrededor de sus miradas enzarzadas humeaba.

La campana dejó de sonar. La reunión había empezado.

Daeman permaneció inmóvil, silencioso.

—De acuerdo —dijo Moira, sonriendo de nuevo levemente—. Tu amigo Harman tiene una cicatriz en el vello púbico, justo por encima del pene. No le he preguntado cómo se la hizo, pero tuvo que ser después de su último Veinte. Los tanques de curación de la isla de Próspero nunca la habrían dejado ahí.

Daeman no parpadeó.

—Nunca he visto a Harman desnudo —dijo—. Tendrás que decirme

algo más.

Moira se echó a reír.

—Mientes. Cuando Próspero y yo le dimos a Harman la termopiel que lleva ahora, nos dijo que sabía cómo ponérsela (son difíciles de colocar, ya sabes) y que él y tú las habíais llevado durante semanas allá arriba, en la isla. Dijo que una vez tuvisteis que desnudaros delante de Savi para ponerlos vuestras termopieles. Lo has visto desnudo y la cicatriz se nota muy bien.

—¿Por qué lleva Harman una termopiel ahora? —preguntó Daeman—. ¿Dónde está?

—Llévame a la reunión. Te prometo que te contaré todo lo de Harman después.

—Deberías hablar con Ada —dijo Daeman—. Están... casados. —La extraña palabra todavía se le trababa.

Moira sonrió.

—Te lo diré a ti y tú podrás decírselo a Ada si crees que es adecuado. ¿Vamos?

Le tendió el brazo derecho doblado, como si él fuera a escoltarla a una cena de gala.

Él aceptó el brazo.

—Y ése es el principio y el fin de mi petición —estaba diciendo Nadie/Odisseo cuando vio a Daeman entrar en el círculo de cincuenta y cuatro personas. La mayoría estaban sentados en los petates o las mantas. Algunos permanecían de pie. Daeman se mantuvo apartado, detrás de ellos.

—Quieres llevarte nuestro sonie... lo único que nos ofrece una oportunidad para sobrevivir aquí —dijo Boman— y no quieres decirnos por qué ni cuánto tiempo te lo quedarías.

—Así es —respondió Nadie—. Podría necesitarlo sólo unas cuantas horas... podría programarlo para que regrese. Es posible que el sonie no volviera.

—Todos moriríamos —dijo una de las supervivientes de Hughes Town, una mujer llamada Stefe.

Nadie no contestó.

—Dinos para qué lo necesitas —dijo Siris.

—No, eso es un asunto privado —respondió Nadie.

Algunos se echaron a reír, como si el barbudo griego hubiera hecho un chiste. Pero Nadie no sonreía. Estaba completamente serio.

—¡Ve a buscar otro sonie! —exclamó Kaman, en teoría su experto militar. Les había dicho a los demás que nunca había confiado en el Odiseo real del drama turín al que había visto cada día durante diez años antes de la Caída y que estaba aún menos dispuesto a confiar en esa versión más madura.

—Lo haría si pudiera —dijo Nadie, tranquilo, sin agitarse—. Pero los más cercanos están a miles de kilómetros de aquí. La balsa voladora que improvisé tardaría mucho en llegar hasta ellos, si es que consigue hacerlo. Necesito usar el sonie hoy. Ahora.

—¿Por qué? —preguntó Laman, frotándose ausente su mano derecha aún vendada, a la que le faltaban los dedos.

Nadie guardó silencio.

Ada, que permanecía de pie cerca del fornido griego desde el inicio de la reunión y su presentación, dijo suavemente:

—Nadie, ¿puedes decirnos en qué nos beneficiaríamos si te prestamos el sonie?

—Si tengo éxito en lo que pretendo hacer, es posible que los faxnódu-los vuelvan a funcionar —dijo—. Dentro de unas pocas horas, de unos cuantos días como máximo.

Los presentes contuvieron la respiración.

—Es más posible —continuó él— que no lo hagan.

—Entonces ¿ése es tu motivo para usar nuestro sonie? —preguntó Greogi—. ¿Volver a poner en marcha los fax-pabellones?

—No —respondió Nadie—. Es sólo un posible efecto secundario de mi viaje. Ni siquiera probable.

—¿Si te... llevas el sonie... nos ayudará de algún otro modo? —preguntó Ada. Estaba claro que se mostraba más abierta a la petición de Nadie que la mayoría de los oyentes.

Nadie se encogió de hombros.

Todos permanecieron tan silenciosos durante un momento que Dae-man oyó a dos centinelas llamarse uno al otro a más de medio kilómetro al sur. Se volvió. La espectral Moira estaba todavía junto él, los brazos cruzados sobre sus pechos cubiertos por la termopiel. Increíblemente, ninguno de los que se habían vuelto cuando se habían cercado al grupo (ni siquiera Ada, Nadie y Boman, que lo había estado mirando desde que había cruzado la puerta de la empalizada) habían podido verla.

Nadie alzó sus manos ásperas y poderosas, los dedos extendidos como si intentara alcanzarlos a todos... o pretendiera alejarlos.

—Queréis oír que voy a hacer algún tipo de milagro para todos vosotros —dijo. No levantó la voz, pero reverberó pletórica en la empalizada—. No hay ningún milagro. Si os quedáis aquí con el sonie, os matarán tarde o temprano. Aunque os mudéis a la isla, río abajo, a la que pensáis huir, los voynix os seguirán hasta allí. Todavía pueden faxear, y no sólo a través de los faxnódulos que conocéis. Hay decenas de miles de voynix rodeándoos ahora mismo, reunidos a tres kilómetros de aquí, mientras por toda la Tierra los pocos miles de humanos supervivientes están huyendo o se esconden en cuevas o en torres o en las ruinas de sus antiguas comunidades. Los voynix los están matando. Tenéis la ventaja de que los voynix no atacarán mientras esta... cosa Setebos del pozo sea vuestro cautivo. Pero en cuestión de días, si no de horas, ese piojo-Setebos será lo bastante fuerte para escapar del pozo y colarse en vuestras mentes. Confiad en mí, no querréis experimentar una cosa semejante. Y, al final, los voynix vendrán de todas formas.

—¡Tanto más motivo para conservar el sonie! —gritó el hombre llamado Caul.

Nadie volvió las palmas hacia arriba.

—Tal vez. Pero pronto no habrá lugar en esta Tierra donde podáis escapar. ¿Creéis que sois los únicos con una función buscadora? Vuestras funciones han dejado de funcionar... la de los voynix y los calibani no. Os encontrarán. Incluso Setebos os encontrará cuando haya terminado de atiborrarse con la historia de vuestro planeta.

—Parece que no crees que tengamos ninguna posibilidad —dijo Tom, el silencioso médico.

—No —respondió Nadie, alzando ahora la voz—. Y no soy yo quien tiene que ofreceros una, aunque mi viaje os la pueda ofrecer accidentalmente si tengo éxito. Pero las probabilidades de que yo tenga éxito son bajas... no os mentiré. Os merecéis la verdad. Pero si algo importante no cambia, con sonie o sin sonie, las probabilidades de vuestro éxito, de vuestra supervivencia, son nulas.

Daeman, que había jurado mantenerse callado durante la discusión, se oyó gritar:

—¿Podemos ir a los anillos, Nadie? El sonie nos llevaría allí... de seis en seis. Me trajo a casa desde la isla de Próspero en el anillo-e. ¿Estaríamos a salvo en los anillos orbitales?

Todos los rostros se volvieron hacia él. Ni una sola mirada se dirigió hacia donde la titilante Moira permanecía de pie a poco más de un metro,

a su derecha.

—No —dijo Nadie—. No estaríais a salvo en los anillos.

La mujer morena llamada Edida se levantó de pronto. Parecía estar riendo y llorando al mismo tiempo.

—¡No nos das ni una puñetera oportunidad!

Por primera vez, de forma frustrante, terrible, Odiseo/Nadie sonrió y sus dientes blancos destacaron contra su barba casi gris.

—No soy yo quien tiene que daros una oportunidad —dijo roncamamente—. Los Hados decidirán qué hacer o qué no hacer. Hoy sois vosotros quienes tenéis quedarme una oportunidad a mí... o no.

Ada dio un paso adelante.

—Votemos. Creo que nadie debería abstenerse en esta votación, ya que todo puede depender de ello. Los que estén a favor de permitir a Odiseo... lo siento, quiero decir Nadie, que tome prestado nuestro sonie, por favor, levantad la mano derecha. Los que se opongan, no la levantéis.

La ciudad y el campo de batalla de Troya, la antigua Ilión, no ofrecían gran cosa que mirar desde cincuenta mil metros de altura.

—¿Eso es? —preguntó el centurión líder Mep Ahoo desde la cubierta de transporte de tropas—. ¿Es ahí donde estuvimos luchando con los griegos y los troyanos? ¿Esa colina cubierta de matojos y ese pedazo de tierra?

—Hace seis mil años —dijo Mahnmut desde su sala de control de *La Dama Oscura* en la bodega de carga de la nave de contacto.

—Y en otro universo —dijo Orphu desde su rincón en la bodega de carga de *La Dama Oscura*.

—No parece gran cosa —dijo Suma IV desde los controles de la nave de contacto—. ¿Podemos continuar?

—Una pasada más, por favor —pidió Mahnmut—. ¿Podemos bajar un poco? ¿Sobrevolar la llanura entre el montecito y el mar? ¿O la playa?

—No —respondió Suma IV—. Usa tus ópticos para ampliar. No quiero acercarme tanto al campo de veda de la cúpula sobre el mar Mediterráneo seco ni bajar demasiado.

—Estaba pensando en acercarnos un poco más para permitir que el radar y las imágenes termales de Orphu tengan mejor señal —dijo Mahnmut.

—Estoy bien —bramó la voz de Orphu por el intercomunicador.

La nave orbitó de nuevo a cinco mil metros sobre las ruinas de la colina y todavía a más de un kilómetro del lugar donde empezaba la Cuenca Mediterránea. Mahnmut amplió su imagen desde la cámara principal, desconectó otros mandos y lo contempló todo con una extraña sensación de tristeza.

El montón de ruinas donde Ilión se había alzado antaño se encontraba sobre un risco que se extendía al oeste hacia la curva de la orilla del Egeo:

nunca había sido una verdadera bahía sino una cala donde las antiguas naves habían atracado con anclas de piedra. Y donde Agamenón y todos los héroes griegos habían varado sus cientos de naves negras.

Al oeste, en aquellos tiempos, el Egeo y el Mediterráneo se extendían hasta perderse de vista (el mar oscuro como el vino) pero, a través del leve tintineo del campo de veda creado por los posthumanos, que anularía toda la energía de la nave de contacto en un milisegundo si entraban en él, ya sólo se veían la tierra, las rocas y los distantes campos verdes de la seca Cuenca Mediterránea. También visibles al oeste eran las antiguas islas que una vez se habían recortado sobre el mar, islas que Aquiles había conquistado antes de atacar Troya. Lesbos y Tenebos, colinas cubiertas de bosques con base rocosa enclavada en el fondo arenoso de la Cuenca.

Entre el Egeo, ahora seco, y el montículo donde se hallaban las ruinas de Troya, Mahnmut veía un kilómetro y medio de llanura de aluvión. Era bosque bajo, pero al pequeño moravec no le costaba imaginar esa llanura tal como había sido cuando estaba allí con Odiseo, Aquiles, Héctor y los demás guerreros: unos cinco kilómetros de curva rodeados de marismas y llanuras arenosas; la playa repleta de hombres; las dunas que habían absorbido tanta sangre en los años de lucha; los millares de tiendas sobre la playa y la ancha llanura entre ésta y la ciudad, ahora cubierta de bosque pero entonces pelada de árboles después de una década de usar madera para las cocinas y los fuegos funerarios.

Al norte aún había agua: el estrecho una vez llamando de los Dardanelos, el Helesponto, contenido por las brillantes manos de un campo de fuerza similar al que había entre Gibraltar y África, en el extremo occidental del Mediterráneo seco.

Como si estuviera estudiando la misma área con su radar y otros instrumentos, Orphu dijo por su circuito privado:

—Los posthumanos construyeron seguramente un enorme sistema de drenaje subterráneo o toda esta zona estaría inundada.

—Sí —envió Mahnmut, a quien no interesaba realmente la ingeniería ni la física de todo aquello. Estaba pensando en lord Byron y en Alejandro Magno y en todos los que habían peregrinado a Ilión, Troya, a ese lugar extrañamente sagrado.

«Ninguna piedra hay sin nombre.» Las palabras brotaron de pronto en la mente de Mahnmut. ¿Quién había escrito aquello? ¿Lucano? Probablemente.

En la cima de la colina sólo quedaban unas cuantas cicatrices grises y

blancuzcas de roca; un puñado de piedras, todas ellas sin nombre. Mahnmut advirtió que estaba contemplando ruinas de ruinas: algunas de aquellas piedras probablemente pertenecían a la época de las descuidadas y brutales excavaciones de Schliemann, el arqueólogo aficionado fanático de Troya, que empezó a cavar por primera vez en 1870, hacía más de tres mil años, en esa Tierra auténtica.

Ya no era un sitio especial. El último nombre que había tenido en un mapa humano era Hisarlik. Rocas, matorrales, una llanura de aluvión, un alto risco que daba por el norte a los Dardanelos y por el oeste al Egeo.

Pero Mahnmut veía mentalmente el lugar exacto donde habían chocado los ejércitos, en las llanuras del Escamandro. Veía las murallas y las torres de Ilión aguantando el asalto allí donde la montaña alargada caía hacia el mar. Podía distinguir aún el montecillo de espinos situado entre la ciudad y el mar (los griegos lo llamaban Colina de Espinos ya entonces, aunque los sacerdotes y sacerdotisas de los templos de Troya se hubiesen referido a él como el Túmulo de Myrina), y recordó cómo había visto el rostro de Zeus alzarse al sur en forma de nube atómica no hacía muchos meses.

Hacía seis mil años.

Mientras la nave completaba su último giro, Mahnmut distinguió el lugar donde las grandes puertas Esceas habían contenido a los feroces griegos: no había habido ningún gran caballo de madera en la *Iliada*, al menos no que Mahnmut hubiera visto. Vio la gran avenida situada detrás del mercado y las fuentes centrales que conducían al palacio de Príamo, destruido con los primeros bombardeos hacía diez meses en el tiempo de Mahnmut y, al norte del palacio, el gran templo a Atenea. Donde ahora sólo había rocas y crecían matojos, Mahnmut de Europa localizó la antigua ubicación de la gran puerta Dardánida y la torre de vigilancia principal y, al norte de allí, donde Helena había...

—Aquí no hay nada —dijo el piloto, Suma IV, por el intercomunicador—. Nos marchamos.

—Sí —dijo Mahnmut.

—Sí —bramó Orphu por la misma línea.

Volaron hacia el norte, replegando las alas de vuelo lento y rompiendo de nuevo la barrera del sonido. Nadie a ambos lados del vacío Dardanelos oyó el eco del estampido sónico.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Mahnmut a su amigo por su línea privada—. Veremos París dentro de unos minutos.

—Un cráter donde antes estaba el centro de París —respondió Orphu—. Creo que ese agujero negro de hace un milenio se comió el apartamento de Proust.

—De cualquier manera, es ahí donde él escribió —dijo Mahnmut—. Y durante una temporada un tipo llamado James Joyce también, si no recuerdo mal.

Orphu bramó.

—¿Por qué no me dijiste que estabas obsesionado con Joyce además de con Proust? —insistió Mahnmut.

—Nunca salió el tema.

—¿Pero por qué esos dos te interesan tanto, Orphu?

—¿Por qué te interesa Shakespeare, Mahnmut? ¿Por qué los sonetos en vez de sus obras de teatro? ¿Por qué *La Dama Oscura* y *El Joven* en vez de, digamos, *Hamlet*?

—No, responde a mi pregunta —dijo Mahnmut—. Por favor.

Silencio. Mahnmut escuchó los motores de impulsión detrás de ellos y encima, el siseo del oxígeno fluyendo a través de tubos y ventiladores, el vacío de la estática de las principales líneas de comunicación.

Finalmente, Orphu dijo:

—¿Recuerdas mi disertación en la *Mab* sobre cómo grandes artistas humanos (singularidades de genios) podían hacer existir nuevas realidades o al menos permitirnos cruzar Branias universales hasta ellas?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Ninguno de nosotros sabía si hablabas en serio.

—Hablabas en serio —bramó Orphu—. Mi interés por los seres humanos se centra en sus siglos XX a XXII a partir de Cristo. Decidí hace mucho tiempo que Proust y Joyce habían sido la conciencia que había ayudado al nacimiento de esos siglos.

—No es una recomendación positiva, si no recuerdo mal la historia —dijo Mahnmut en voz baja.

—No. Quiero decir, sí.

Volaron en silencio unos cuantos minutos más.

—¿Te gustaría escuchar un poema con el que me encontré cuando era un cachorrillo de moravec, recién salido de las tinas de crecimiento y las fábricas de engranajes?

Mahnmut trató de imaginar a un joven Orphu de Io recién nacido. Re-

nunció al esfuerzo.

—Sí —dijo—. Dímelo.

Mahnmut nunca había oído a su amigo recitar poesía. Fue extrañamente agradable.

Nacido aún

I

*Pequeño Rudy Bloom, mejillas sonrosadas en el vientre de su madre.
Luz roja permeando sus viglias adormiladas, desenfocadas.
Molly hace chasquear largas agujas mientras teje lana roja para él,
sintiendo sus piecitos moverse contra su interior.
Diminutos sueños de feto lo consumen, preparándolo para el olor
[de las sábanas.*

II

*Un hombre se limpia suavemente los labios con una servilleta roja,
los ojos enfocados en un mar de nubes que corren tras altas
[chimeneas de ladrillo,
sumergido en el súbito recuerdo de tallos de espino rozándose en
[una tormenta,
extendiendo pequeñas manos hacia los aleteantes pétalos rosa.
El olor de días pasados se enrosca en las aletas de su nariz.*

III

*Once días. Once veces el lapso de vida de una diminuta criatura
[que emerge de una crisálida.
Once mañanas manchadas de silencio y calor y sombra
[arrastrándose por el suelo.
Once mil latidos antes de que la noche caiga y los patos abandonen
[el estanque lejano.
Las once indicadas por las manecillas largas y cortas cuando ella se
[lo llevó al pecho.*

Once días vieron su cuerpo rosa dormido en la lana roja.

IV

*Fragmentos de la novela marcados en su imaginación
pero páginas sueltas corrían por los oscuros canales de su mente.
Algunas en blanco, otras no contenían más que notas al pie.
Tediosamente había sufrido las contracciones de su imaginación,
pero una vez en tinta, los recuerdos nunca sobrevivían a la /noche.*

Cuando el rumor del ioniano se apagó en el intercomunicador, Mahnmut permaneció en silencio un buen rato, tratando de calibrar la calidad del poema. Tuvo problemas para hacerlo, porque sabía que significaba mucho para Orphu de Io: la voz del gigantesco moravec casi temblaba cerca del final.

—¿De quién es? —preguntó Mahnmut.

—No lo sé —respondió Orphu—. De una poetisa del siglo XXI cuyo nombre se perdió con el resto de la Edad Perdida. Recuerda, lo encontré cuando era joven... antes de haber leído a Proust ni a Joyce ni a ningún otro escritor humano serio. Pero este pequeño poema cimentó a Joyce y Proust para mí como dos facetas de una única conciencia. Una singularidad de genio humano y reflexión. Nunca he superado esa percepción.

—Es como la primera vez que me encontré con los sonetos de Shakespeare... —dijo Mahnmut.

—Conectad la señal vídeo de la *Reina Mab* —ordenó Suma IV a todos los de a bordo.

Mahnmut activó el control.

Dos seres humanos copulaban salvajemente en una ancha cama de sábanas de seda con tapices de lana. Su energía y su ansiedad sorprendieron a Mahnmut, que había leído bastante sobre las relaciones sexuales humanas pero a quien nunca se le había ocurrido mirar una grabación en vídeo de los archivos.

—¿Qué pasa? —preguntó Orphu por el canal privado—. Estoy recibiendo datos telemétricos desbocados: niveles de tensión sanguínea por las nubes, la dopamina a todo trapo, adrenalina, latidos del corazón... ¿Hay una lucha a muerte en alguna parte?

—Ah... —dijo Mahnmut. Entonces las figuras se dieron la vuelta, todavía unidas y moviéndose rítmica, casi frenéticamente, y el moravec vio con claridad el rostro del hombre por primera vez.

Odiseo. La mujer parecía ser aquella Sycórax que había saludado a su pasajero aqueo en la ciudad asteroidal en órbita. Sus senos y glúteos parecían incluso más grandes ahora, libres como estaban, aunque en aquel momento concreto los senos de la mujer se aplastaban contra el pecho de Odiseo.

—Um... —empezó a decir de nuevo Mahnmut.

Suma IV lo salvó.

—Esa imagen no es importante. Cambiad a las cámaras de proa de la nave.

Mahnmut así lo hizo. Sabía que Orphu estaba pasando a datos termales y de radar y a otras imágenes que todavía era capaz de recibir.

Se acercaban al cráter del agujero negro de París, pero al igual que en las imágenes tomadas desde la *Reina Mab*, no había ningún cráter visible, sólo la cúpula de una catedral aparentemente tejida con hielo azul.

Suma IV envió un mensaje por radio a la *Mab*:

—¿Dónde está nuestro amigo de las muchas manos que construyó esa cosa?

—No hay ningún Agujero Brana que podamos ver desde la órbita —repuso Asteague/Che de inmediato—. Ni los visores de nuestra nave ni las cámaras que plantamos en los satélites pueden encontrarlo. Esa cosa parece haber terminado de atiborrarse de Auschwitz, Hiroshima y los otros lugares por el momento. Tal vez haya vuelto a París.

—Lo ha hecho —dijo Orphu por el comunicador compartido—. Comprobad las imágenes termales. Algo muy grande y muy feo anida justo en el centro de esa telaraña azul, debajo de la parte más alta de esa cúpula. Hay un montón de respiraderos termales allí: parece que está calentando el nido con el calor del cráter, pero está allí, sí. Casi se pueden ver los cientos de dedos enormes bajo las zonas cálidas del cerebro brillante en la imagen termal.

—Bueno —dijo Mahnmut por la línea privada—, al menos es tu París. La Ciudad de la Luz de Proust...

Mahnmut nunca llegaría a comprender cómo Suma IV pudo reaccionar tan rápido mientras seguía conectado a los controles y el ordenador central de la nave de contacto.

Los seis rayos de luz brotaron de distintos puntos, alrededor de la gi-

gantesca cúpula. Sólo la altitud de la nave y los reflejos instantáneos del piloto los salvaron.

La nave cambió de impulsores, giró de lado en una cabriola a 75-g, se zambulló, viró y luego ascendió hacia el norte, pero las seis estelas de rayos de mil millones de voltios los siguieron a unos pocos cientos de metros. La implosión de aire y la onda de choque del trueno sacudió dos veces la nave, pero Suma IV no perdió el control. Las alas se retrajeron hasta convertirse en aletas y la nave aceleró.

Suma IV volvió a virar, rodó deliberadamente, activó el sistema de camuflaje a toda potencia, disparó bengalas y cubrió el aire sobre la cúpula-catedral de hielo azul de París de interferencia electrónica.

Una docena de bolas de fuego se alzaron de la ciudad enterrada en hielo, abalanzándose hacia el cielo a Mach 3, buscándolos, buscándolos, acelerando, buscándolos. Mahnmut contempló la señal de radar con algo más que interés casual y supo que Orphu, con su señal radar sensorial directa, debía estar sintiendo los misiles de plasma acercándose.

No encontraron la nave. Suma IV ya había acelerado a Mach 5 y se alzaba a más de treinta mil metros y subiendo hasta el límite del espacio exterior. Los meteoros-bolas de fuego explotaron a diferentes altitudes bajo ellos, sus ondas de choque entrelazándose como una docena de violentas ondas en un estanque.

—Qué mamón... —empezó a decir Orphu.

—Silencio —ordenó Suma IV. La nave viró, se zambulló, se dirigió al sur, expandió su esfera de interferencia electrónica y de radar y ascendió de nuevo hacia el espacio. Ninguna bola de fuego ni ningún rayo surgió de la ciudad que quedaba rápidamente atrás: seiscientos kilómetros por debajo y haciéndose más pequeña por segundos.

—Deduzco que nuestro amigo el de las muchas manos tiene armas —dijo Mahnmut.

—Nosotros también —dijo la voz de Mep Ahoo por el intercomunicador—. Creo que deberíamos lanzarle una nuclear... calentar un poco más su nido. Diez millones de grados Fahrenheit para empezar.

—¡Silencio! —ordenó Suma IV desde la cabina.

La voz del Integrante Primero Asteague/Che llegó por la banda común.

—Amigos míos, nosotros... vosotros... tenéis un problema ahí abajo.

—No me digas —bramó Orphu de Io, olvidando que estaba aún usando el enlace de radio común.

—No —dijo el Integrante Primero—. No estoy hablando del ataque de

la criatura de muchas manos. Estoy hablando de un problema mucho más serio. Y está justo bajo vuestra trayectoria. Nuestros sensores podrían no haberlo detectado si no os hubieran estado siguiendo.

—¿Más serio? —envió Mahnmut.

—Mucho más serio —dijo el Integrante Primero Asteague/Che—. Y no sólo un problema serio, me temo... sino setecientos sesenta y ocho.

—COMENZAD VUESTRA APELACIÓN —truenan el Demogorgo.

Hefesto empuja a Aquiles para dar a entender que él hablará, hace una torpe reverencia (una serie de esferas de hierro y una burbuja de cristal inclinándose) y dice:

—Su Demogorguidad, lord Cronos y otros respetados titanismos, inmortales horas y... honorables otras cosas. Mi amigo Aquiles y yo venimos aquí hoy no a solicitar, no a pedirnos una merced, sino a compartir información esencial con todos vosotros. Información que necesitáis conocer y que querréis conocer. Información que...

—HABLA, DIOS LISIADO.

Hefesto fuerza una sonrisa entre la barba, aprieta con fuerza las mandíbulas y repite su preámbulo.

—HABLA, PUES.

Aquiles se pregunta si Cronos y los otros titanes, por no mencionar las enormes e indescifrables entidades que los rodean, cosas con nombres extraños como horas y aurigas, van a tomar parte activa en esta reunión o si el Demogorgo tiene la palabra hasta que reconoce formalmente que alguien o algo más quiere hablar.

Hefesto entonces lo sorprende.

De su abultada mochila (un molesto armazón de lona y hierro que contiene lo que Aquiles imagina que son tanques de aire), el dios del artefacto saca un ovoide de latón repleto de lentes de cristal. Coloca con cuidado el aparato encima de una roca, entre él y el altísimo Demogorgo, y toquetea varios interruptores y botones. Entonces el dios enano dice, gritando y amplificando al máximo los altavoces de su casco:

—Su Demogorguidad, nobilísimas y aterradoras horas, majestuosos ti-

tanos y titánidas, Cronos, Rhea, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto, Tia, Helios, Selene, Eos y todos los otros de persuasión titánica reunidos aquí, curadores de muchos brazos, aurigas de burda forma, todos seres honrados aquí en la niebla y la ceniza... en vez de exponer mi caso hoy, el caso para expulsar al embustero Zeus del trono por intentar usurpar toda divinidad y pedirlos que lo depongáis, o al menos os opongáis a él, pues presuntuosamente reclama todos los mundos y universos para sí desde este día hasta el final del tiempo, os permitiré ver un acontecimiento real. Pues incluso mientras nos encontramos aquí en este mundo estercolero lleno de lava, Zeus ha convocado a todos los inmortales del Olimpo en el Gran Salón de los Dioses. Dejé allí mi cámara oculta pero emitiendo en directo a un repetidor en la Llanura de Hellas.... el Agujero Brana de la inmortal Nyx nos permite recibir esta emisión con menos de un segundo de retraso. ¡Contemplad!

Hefesto toquetea más interruptores, tira de una palanca.

No sucede nada.

El dios del fuego se muerde los labios, maldice por el micrófono, y toquetea un poco más el artilugio de latón que parpadea, chirría, fluctúa y guarda silencio otra vez.

Aquiles empieza a desenvainar su espada capaz de matar dioses.

—¡Contemplad! —grita Hefesto, usando de nuevo toda la amplificación.

Esta vez el artilugio proyecta un rectángulo casi a cien metros en el aire, sobre todos ellos, delante del Demogorgo y los cientos de formas acechantes a la luz rojiza de la lava y el humo. El rectángulo no muestra más que estática y nieve.

—Oh, carajo —gruñe Hefesto, cada palabra audible gracias a los altavoces de su casco. Corre al aparato y tira de unas palancas metálicas que recuerdan a Aquiles las orejas de un conejo.

De pronto la enorme imagen cobra nitidez ante ellos. Es una proyección holográfica, muy profunda, plenamente tridimensional, en color, que parece un amplio ventanal que da al Salón de los Dioses. Las imágenes van acompañadas por sonido envolvente: Aquiles oye el susurro cercano de cientos y cientos de sandalias de dioses rozando suavemente el mármol. Cuando Hermes se tira un pedo, todos lo oyen.

Los titanes, titánidas, horas, aurigas, curadores insectoides, formas monstruosas sin nombre (todos, menos el Demogorgo) jadean, cada uno a su modo inhumano. No por la indiscreción de Hermes, sino por la inme-

diatez y el impacto de la proyección holográfica que todavía se amplía y extiende. Cuando la banda de luz y movimiento se cierra sobre ellos, la ilusión de estar entre los inmortales en el Gran Salón de los Dioses es muy poderosa. Aquiles desenvaina aún más la hoja, pensando que Zeus en su trono dorado y los miles de dioses del Olimpo que se encuentran alrededor deben sin duda oír el ruido y se volverán a verlos todos allí agazapados en el hedor y la penumbra del Tártaro.

Los dioses del Olimpo no se vuelven. Es una transmisión en un solo sentido.

Zeus (de al menos quince metros de altura en su trono) se inclina hacia delante, mira con el ceño fruncido a las filas y filas de dioses, diosas, furias y erinas reunidos, y empieza a hablar. Aquiles oye claramente el autobombo recién adquirido del dios en la arcaica cadencia de cada lenta sílaba:

*—¡Vosotros, poderes congregados de este Olimpo, los que
compartís la gloria y la fuerza de aquel a quien servís.
¡Alegraos! A partir de ahora soy omnipotente.
Todo se ha sometido a mí: sólo las almas de los hombres,
como un fuego inextinguible,
arden aún hacia el cielo con fiero reproche y dudas,
y lamentos y reacias plegarias,
clamando una insurrección que podría volver
inseguro nuestro antiguo imperio, a pesar de estar construido
sobre la más antigua fe y sobre su coevo del infierno, el miedo.
Y aunque las maldiciones que lanzo al aire,
caen como nieve sobre picos desnudos, copo a copo,
y se adhieren a ellas, aunque bajo la noche de mi ira
el miedo se aferra paso a paso a los harapos de la vida
que las envuelven, como el hielo hiere los pies sin sandalias,
siguen siendo supremas sobre la miseria,
con aspiraciones, libres, aunque a punto de caer.*

Zeus se pone en pie y el resplandor que surge de él es tan brillante que un millar de dioses inmortales y un hombre muy mortal que suda copiosamente dentro de un traje camaleónico (el hombre del traje invisible es bastante visible a la cámara de Hefesto y por tanto a todos los que están en el Tártaro) dan un vacilante paso atrás mientras Zeus continúa:

*—Sirve el vino del cielo, hermoso Ganimedes,
y deja que llene las copas de Dédalo como fuego,
y que del divino suelo entretejido de flores
broten triunfales todas las armonías
como rocío de la tierra bajo las estrellas del crepúsculo:
¡Bebed! Que el néctar recorra vuestras venas,
el alma de la dicha, vosotros, dioses de vida eterna,
hasta que la exaltación estalle en una amplia voz
como música de los vientos Elíseos.
¡Y vosotros quedaos a mi lado, velados en la luz
del deseo que os une a mí,
mientras me convierto en Dios Ascendiente,
en vuestro único Dios,
el único y verdadero Dios Omnipotente,
Dios Todopoderoso, verdadero Señor de toda la Eternidad!*

Hefesto desconecta el proyector de cristal y bronce. La enorme ventana circular que conecta el Tártaro con el Salón de los Dioses en el Olimpo desaparece de la existencia y todo vuelve a ser ceniza, hollín, hedor y penumbra roja. Aquiles separa los pies, sopesa el escudo y empuña su cuchillo capaz de matar dioses oculto detrás. No tiene ni idea de lo que va a suceder a continuación.

Durante larguísimos instantes, no sucede nada. Aquiles espera gritos, chillidos, exigencias de que Hefesto demuestre que las imágenes y voces han sido reales, los titanes aullando, los grandes bichos curadores correteando por las rocas... pero no hay ningún movimiento, ningún sonido por parte de los cientos de figuras gigantescas que aún se congregan alrededor. El aire está tan cargado de humo, el resplandor rojo de la lava tan filtrado por las cenizas del aire, que Aquiles da en silencio gracias a los dioses (o a quien sea) porque las lentes de la termopiel que lleva le permiten ver lo está sucediendo. Echa un vistazo al Agujero Brana que, según Hefesto, Nyx (la diosa Noche misma) abrió para él. El Agujero sigue allí, a unos doscientos metros de distancia, quizás a quince de altura. Si la lucha comienza, si el Demogorgo decide devorar al dios enano y al héroe aqueo como tentempié, Aquiles planea correr hacia el Agujero Brana, aunque sabe que tendrá que abrirse paso entre gigantes y bestias cada paso del camino. Está preparado para hacerlo.

El silencio se prolonga. Vientos oscuros ululan entre los retorcidos pe-

ñascos y las formas sentientes aún más retorcidas. El volcán borbotea y eructa, pero el Demogorgo no emite ningún sonido.

Finalmente, habla.

—TODOS LOS ESPÍRITUS QUE SIRVEN AL MAL ESCLAVIZADOS ESTÁN: AHORA SABÉIS SI ZEUS LO ES O NO.

—¿El mal? —ruge Cronos el titán—. ¡Mi hijo está loco! Es el usurpador de todos los usurpadores.

Rea, la madre de Zeus, tiene una voz aún más fuerte.

—Zeus naufraga por propia voluntad. Es la escoria de la tierra y la hez del Olimpo. Tiene que sufrir el escarnio de su propio abandono. Debe retorcerse de dolor y colgar del infierno con sus propias cadenas adamantinas.

El Curador habla y Aquiles se sorprende de que su voz sea femenina.

—Zeus pretende demasiado. Primero ha imitado a los Hados y ahora se burla de ellos.

Una de las horas inmortales truena desde su rocoso precipicio:

—La caída no exige otro nombre más que éste: Zeus Usurpador.

Aquiles se agarra al tembloroso peñasco que tiene más cerca, creyendo que el volcán que hay detrás del Demogorgo ha entrado en erupción, pero es sólo el rumor de los Seres reunidos.

El hermano de Cronos, el hirsuto titán Crío, habla desde donde se encuentra, en un torrente de lava.

—Este falsario debe hundirse bajo las olas de su propia ruina. Yo mismo ascenderé al Olimpo donde una vez reinamos y arrastraré a este ser vacío al infierno, aunque sea como un buitre y una serpiente se enroscan, enzarzados en una pelea inexplicable.

—¡Forma horrible! —le grita un auriga de muchos brazos al Demogorgo—. ¡Habla!

—DIOS MISERICORDIOSO REINA —repite la gigantesca voz del informe Demogorgo, y resuena por los picos y valles del Tártaro—. ZEUS NO ES DIOS TODOPODEROSO. ZEUS NO DEBE SEGUIR REINANDO EN EL OLIMPO.

Aquiles estaba seguro de que el velado Demogorgo carecía de miembros, pero de algún modo el gigante alza un brazo invisible un segundo antes y extiende algo que parecen dedos terribles.

El Agujero Brana situado a doscientos metros detrás de Hefesto se alza como obedeciendo una orden, flota sobre todos ellos, se ensancha y empiezas a bajar.

—LAS PALABRAS SON RÁPIDAS Y LAS PALABRAS SON VANAS —truena

el Demogorgo mientas el ardiente círculo rojo de llamas que todavía se ensanchan cae alrededor de todos ellos—. LA ÚNICA RESPUESTA SEGURA Y FINAL DEBE SER EL DOLOR.

Hefesto agarra a Aquiles por el brazo. El dios enano sonríe, locamente, de oreja a oreja.

—Aguanta, chaval —dice.

El giro de los acontecimientos fue desesperado, casi absurdo, pero Mahnmut no podía haberse sentido más feliz.

La nave había descendido hasta dejar el sumergible *La Dama Oscura* en el océano, a unos quince kilómetros al norte de las coordenadas de la problemática singularidad crítica. Suma IV explicó que no quería que el impacto disparara los setecientos sesenta y ocho agujeros negros (presumiblemente instalados en cabezas nucleares dentro del antiguo submarino hundido que habían detectado también), y nadie le puso pegas.

Si Mahnmut hubiera tenido boca humana habría estado sonriendo como un idiota. *La Dama Oscura* estaba diseñada y construida para llevar a cabo misiones de exploración y salvamento bajo el hielo y la horrible presión de la luna Europa de Júpiter, donde todo era negro como el interior del vientre de Dios, pero funcionaba perfectamente en el océano Atlántico de la Tierra.

Mejor que bien.

—Ojalá pudieras ver esto —dijo Mahnmut por su conexión privada. Orphu de Io y él volvían a estar solos. Ninguno de los otros moravecs habían mostrado gran interés en acercarse a los setecientos sesenta y ocho nacientes pero casi críticos agujeros negros y la nave ya se había marchado para continuar con la exploración que dirigía Suma IV... a la costa este de América del Norte, esta vez.

—Puedo «ver» datos de radar, sonar, termales y otros —dijo Orphu.

—Sí, pero no es lo mismo. Hay tanta luz aquí, en el océano de la Tierra. Incluso a veinte metros de profundidad. Ni siquiera el brillo de Júpiter iluminó nunca mis océanos más de unos pocos metros.

—Estoy seguro de que es precioso.

—Sí que lo es —borboteó Mahnmut. No se daba cuenta de si su enorme amigo estaba siendo irónico ni le importaba—. La luz del sol cae, inundándolo todo de un verde resplandeciente. La *Dama* no está segura de cómo interpretarlo.

—¿Capta la luz?

—Por supuesto —dijo Mahnmut—. Su trabajo es informarme de todo, elegir los datos y canales sensoriales adecuados en el momento adecuado, y es lo bastante autoconsciente para advertir la diferencia en la luz, la gravedad y la belleza. A ella también le gusta.

—Bien —rezongó Orphu de Io—. Será mejor que no lo estropees diciéndole por qué estamos aquí y hacia qué estamos nadando.

—Lo sabe —dijo Mahnmut, sin dejar que el gran moravec estropear su estado de ánimo. Vio cómo el sonar indicaba la presencia de una montaña por delante (la cordillera donde estaban los restos del naufragio) alzándose desde un fondo de arena a menos de ochenta metros bajo la superficie. Seguía sin poder creer lo poco profunda que era esa parte del océano. No había ningún lugar en los mares europeos que no tuviera menos de mil metros de profundidad y allí una elevación llevaba el fondo del océano Atlántico a poco más de sesenta metros bajo la superficie.

—He ejecutado el programa entero del protocolo de desarme que Suma IV y Cho Li nos descargaron —continuó Orphu—. ¿Has tenido tiempo ya de estudiar los detalles?

—En realidad, no —Mahnmut tenía el protocolo largo en su memoria activa, pero había estado ocupado supervisando la salida de *La Dama Oscura* de la nave de contacto y la adaptación del sumergible a aquel precioso y maravilloso entorno. Su amado submarino parecía nuevo... mejor que nuevo. Los mecánicos de los vecs de Fobos habían hecho un trabajo magnífico con su barco. Y todos los sistemas que funcionaban bien en Europa antes del devastador aterrizaje forzoso en el mar de Tetis marciano del año anterior funcionaban mejor que nunca en el amable mar terrestre.

—La buena noticia de desarmar cada cabeza de agujero negro es que es teóricamente factible —dijo Orphu de Io—. Tenemos las herramientas necesarias a bordo, incluso el soplete cortador de diez mil grados y los generadores de campo de fuerza concentrados, y en muchos de los pasos necesarios puedo ser tus brazos mientras tú eres mis ojos de espectro de luz visible. Tendremos que trabajar juntos en cada cabeza nuclear, pero son teóricamente desarmables.

—Eso es una buena noticia —dijo Mahnmut.

—La mala noticia es que si nos ponemos a trabajar ahora mismo, sin hacer pausas para el café ni para ir al baño, vamos a tardar poco más de nueve horas por agujero negro... no por cabeza, te lo advierto, sino por cada agujero negro casi-crítico.

—Con setecientos sesenta y ocho agujeros negros... —empezó a decir Mahnmut.

—Seis mil novecientos doce horas —terminó Orphu—. Y como estamos en la Tierra y el tiempo estándar moravec es tiempo planetario real aquí, son doscientos cuarenta y siete días y doce horas... eso si todo sale según lo planeado y no nos topamos con ningún problema...

—Bueno... —empezó a decir Mahnmut—. Supongo que estudiaremos ese factor cuando encontremos los restos del naufragio y veamos si podemos desarmar las cabezas.

—Es extraño recibir señal directa del sonar —dijo Orphu—. No es como oír mejor, es más bien como si mi piel de pronto se hubiera ampliado hasta...

—Ahí está —lo interrumpió Mahnmut—. Lo veo. El submarino naufragado.

Las perspectivas y los horizontes visuales eran diferentes, naturalmente, en la Tierra, mucho mayor que el Marte al que casi se había acostumbrado, aún más en comparación con las distancias percibidas en la diminuta Europa, donde se había pasado todos los otros años estándar de su existencia. Pero las lecturas del sonar, el radar profundo, los artilugios de detección de masa y sus propios ojos le decían a Mahnmut que la popa de aquel barco naufragado estaba a unos quinientos metros por delante, varada en el fondo de arena, un poco por debajo de los setenta metros de profundidad a los que avanzaba *La Dama Oscura*, y que el navío medía unos cincuenta y cinco metros de eslora.

—Santo Dios —susurró Mahnmut—. ¿Puedes verlo en el radar y el sonar?

—Sí.

El submarino yacía de costado, la proa hacia abajo pero invisible más allá del titilante campo de fuerza que contenía el océano Atlántico de la franja de tierra seca que se extendía desde Europa a América del Norte. Lo que hacía que Mahnmut mirara asombrado era la pared de luz de la Brecha en sí. Allí, a más de setenta metros de profundidad, donde incluso los océanos iluminados de la Tierra deberían haber sido negros como la tinta, la moteada luz del sol iluminaba el final del agua y el casco cubierto de mo-

ho del submarino hundido.

—Puedo ver qué le pasó —dijo Mahnmut—. ¿Captan tu radar y tu sonar ese trozo de quilla destrozada que debería ser la sala de máquinas, justo detrás de donde el casco se ensancha hacia el compartimento de misiles?

—Sí.

—Creo que algún tipo de torpedo o carga de profundidad o misil explotó allí —dijo Mahnmut—. Mira cómo las placas del casco se comban hacia dentro. Rompió la base de la vela y la dobló hacia delante también.

—¿Qué vela? —preguntó Orphu—. ¿Te refieres a una vela como esa triangular del falucho que nos llevó por el Valle Marineris?

—No. Me refiero a esa parte que se alza hacia delante, casi hasta la pared del campo de fuerza. En los primeros días de los submarinos, lo llamaban torreta. Después de que empezaran a construir submarinos nucleares como esta bañera en el siglo XX, empezaron a llamar vela a la torreta.

—¿Por qué? —preguntó Orphu de lo.

—No sé por qué —respondió Mahnmut—. O, más bien, lo tengo en mis bancos de memoria por alguna parte, pero no es importante. No quiero perder el tiempo investigando.

—¿Y por qué lo llamas bañera?

—Es el nombre que los humanos de principios de la Edad Perdida daban a los submarinos como éste que llevaban misiles balísticos —dijo Mahnmut.

—¿Le ponían apodos a máquinas construidas con el único objetivo de destruir ciudades, vidas humanas y el planeta?

—Sí —respondió Mahnmut—. Esta bañera fue construida probablemente un siglo antes de que se hundiera. Tal vez la construyó una de las grandes potencias que luego la vendió a un grupo más pequeño. Algo la hundió aquí antes de que se creara esta grieta en el océano Atlántico.

—¿Podemos llegar a las cabezas nucleares? —preguntó Orphu.

—Agárrate. Vamos a averiguarlo.

Mahnmut impulsó a *La Dama Oscura* hacia delante. No quería enfrentarse a la pared del campo de fuerza y el aire vacío que había más allá, así que no se acercó al compartimento de misiles del submarino naufragado. Hizo que los potentes reflectores de *La Dama Oscura* recorrieran todo el casco mientras sus instrumentos sondeaban el interior del antiguo submarino.

—Esto no está bien —murmuró en voz alta por la línea privada.

—¿Qué no está bien?

—El submarino está cubierto de anémonas y demás vida marina, el interior rebosa de vida, pero es como si se hubiera hundido aquí hace un siglo o cosa así, no los dos milenios y medio que han pasado.

—¿Podría haber estado navegando hace un siglo o cosa así? —preguntó Orphu.

—No. No a menos que todos nuestros datos de observación estén equivocados. Los humanos antiguos llevan casi dos mil años sin tecnología. Aunque alguien hubiera encontrado este submarino y hubiera conseguido ponerlo en marcha, ¿quién lo hubiese hundido?

—¿Los posthumanos?

—No lo creo —dijo Mahnmut—. Los posts nunca habrían utilizado algo tan burdo como un torpedo o una carga de profundidad. Y no habrían dejado las cabezas nucleares de agujero negro en funcionamiento.

—Pero las cabezas están aquí —dijo Orphu—. Puedo ver su parte superior en el radar, con los campos de contención críticos en su interior. Será mejor que nos pongamos a trabajar.

—Espera —dijo Mahnmut. Había enviado vehículos remotos no más grandes que su mano al submarino cuyos datos le llegaban a través de cordones microfinos. Uno de los remotos había conectado con la IA del centro de mando y control.

Mahnmut y Orphu escucharon las últimas palabras de los veintiséis miembros de la tripulación mientras se preparaban para lanzar los misiles balísticos que destruirían su planeta.

Cuando terminaron los testamentos y el flujo de datos, los dos morvecs permanecieron en silencio un buen rato.

—Oh, qué mundo —susurró Orphu por fin—, que tenía semejante gente.

—Voy a bajar y prepararte para que pases a AEV —dijo Mahnmut, la voz monótona—. Estudiaremos este problema de cerca.

—¿Podemos hacerlo en la zona seca? —preguntó Orphu—. ¿En la Brecha?

—No voy a acercarme. El campo de fuerza podría destruirnos: los instrumentos de *La Dama* ni siquiera pueden definir de qué está hecho el campo, y te prometo que este sumergible nuestro no es tan bueno en el aire y la tierra seca. No vamos a acercarnos a la Brecha.

—¿Has mirado las fotos aéreas de la proa de esta nave? —preguntó Orphu.

—Claro. Las tengo aquí delante, en pantalla —dijo Mahnmut—. Daños serios en la proa, pero eso no nos concierne. Podemos llegar a los misiles del fondo.

—No, me refiero a las otras cosas que hay en el terreno seco, ahí fuera —dijo Orphu—. Mis datos de radar puede que no sean tan buenos como tus imágenes ópticas, pero me parece que uno de esos bultos que hay allí tirados es un ser humano.

Mahnmut escrutó su pantalla. La nave de contacto había tomado una extensa serie de imágenes antes de marcharse, así que las repasó todas.

—Si era un ser humano —dijo—, lleva mucho tiempo muerto. Está aplastado, los miembros despatarrados, disecado. No creo que lo fuera... creo que nuestras mentes están intentando ver esa forma entre cosas aleatorias. Hay bastantes residuos por ahí.

—Muy bien —dijo Orphu, obviamente consciente de sus prioridades—. ¿Qué tengo que hacer para salir de aquí?

—Quédate donde estás —dijo Mahnmut—. Bajo por ti. Saldremos juntos.

La Dama Oscura estaba posada sobre sus rechonchas patas a escasos diez metros de la popa del submarino naufragado. Orphu se había preguntado cómo saldría por las puertas de la bodega de carga situada en el vientre del sumergible europeo con la nave asentada en el fondo del océano, pero esa cuestión se solventó cuando Mahnmut extendió las patas de aterrizaje.

Mahnmut había entrado en la bodega de carga a través de una compuerta interior y entró en contacto directo con el gran ioniano mientras el piloto del sumergible cuidadosamente llenaba la bodega con agua del océano terrestre, igualaba presiones y luego abría la puerta de la bodega de carga. Habían desconectado a Orphu de sus diversos cordones umbilicales y los dos bajaron al fondo del océano.

Por resquebrajado y viejo que fuera el caparazón de Orphu, no tenía filtraciones. Cuando mostró curiosidad por las lecturas de presión que leían su concha y otras partes corporales, Mahnmut se lo explicó.

La presión atmosférica, arriba, en una teórica playa o justo sobre la superficie de ese océano era de un kilo por centímetro cuadrado. Cada diez metros (en realidad cada 33 pies, dijo Mahnmut, usando las antiguas medidas de la Edad Perdida con las que Orphu se sentía igualmente cómodo),

la presión aumentaba una atmósfera. Así, a 33 pies de profundidad, cada centímetro cuadrado de la cobertura externa del moravec soportaba 2 kilos de presión. A 66 pies, tres atmósferas, y así sucesivamente. A la profundidad del barco naufragado (más de 230 pies), el mar ejercía una presión de unas ocho atmósferas por cada centímetro cuadrado sobre el casco de *La Dama Oscura* y los cuerpos de los moravecs.

Estaban contruidos para soportar presiones mucho más grandes, aunque Orphu estaba acostumbrado a diferenciales de presión negativa mientras trabajaba en el espacio lleno de radiación y azufre alrededor de la luna Io.

Y radiación allí mismo había un montón. Ambos la registraron y la *Dama* la calculó y transmitió sus lecturas. No era peligrosa para moravecs de su diseño, pero la sensación de los rayos gamma y de neutrones derramándose sobre ellos les llamó la atención.

Mahnmut explicó que, bajo esta presión, si hubieran sido seres humanos y hubieran estado respirando aire estándar de la tierra embotellado (una mezcla del veintiuno por ciento de oxígeno con setenta y nueve por ciento de hidrógeno) las burbujas de nitrógeno que se expandirían y multiplicarían bajo ocho atmósferas los estarían volviendo locos, provocándoles narcosis de nitrógeno, distorsionando sus juicios y emociones, y no permitiéndoles llegar a la superficie con horas de lenta descompresión a profundidades diferentes. Pero los moravecs estaban respirando O-dos puro con sus sistemas de re-respiración compensando la presión añadida.

—¿Le echamos un vistazo a nuestros adversarios? —preguntó Orphu de Io.

Mahnmut abrió la marcha. Por mucho cuidado que tuviera al subir por el casco curvo del submarino hundido, el cieno se alzaba alrededor de ellos como una tormenta de polvo terrestre.

—¿Puedes ver todavía con el radar fino? —preguntó Mahnmut—. Esta mierda me está cegando en las frecuencias visuales. He leído al respecto en las antiguas historias de buzos terrestres. El primer buzo en un naufragio en el fondo o dentro del navío puede ver... todos los otros tienen visión cero, al menos hasta que la tierra y el cieno se asienten.

—Visión cero, ¿eh? —dijo Orphu—. Bueno, bienvenido al club, amigo. El radar detallado que uso en el vacío de azufre cerca de Io sirve para sondear a través de estas nubes de cieno. Veo el casco, el bulto del compartimento de misiles, el comosellame (la vela rota) treinta metros por delante. Si necesitas ayuda, pregunta y te llevaré de la manita.

Mahnmut gruñó y cambió su visión principal a frecuencias termal y de radar.

Se acercaron al compartimento de misiles, a cinco metros por encima de las cabezas nucleares, ambos usando sus impulsores, cuidando de no lanzar ningún chorro de impulsión en la dirección de las cabezas volcadas.

Y volcadas estaban. Había cuarenta y ocho tubos de misiles y cuarenta y ocho compuertas abiertas.

Esas compuertas parecen pesadas, dijo Mahnmut por tensorrayo. Todo lo que decían y veían, naturalmente, incluido el tensorrayo, estaba siendo transmitido a la *Reina Mab* y la nave de contacto a través de una boya de relé de radio que Mahnmut había desplegado desde *La Dama Oscura*.

Orphu, que estaba agarrando una de las enormes compuertas (su diámetro era casi tan grande como el ioniano), dijo:

—Siete toneladas.

Incluso después de que la tripulación ordenara a la IA del submarino que abriera las cuarenta y ocho compuertas de los misiles, éstos seguían cubiertos de cúpulas azules de fibra de vidrio que contenían el mar. Mahnmut vio que los misiles (impulsados hacia la superficie por enormes cargas de gas nitrógeno, sus motores listos para entrar en ignición sólo después de que cada misil llegara al aire) se abrirían paso fácilmente a través de las coberturas de fibra de vidrio.

Pero los misiles no habían surgido de sus tubos impelidos por borbotantes burbujas de nitrógeno, ni los motores habían entrado en ignición. Las coberturas-cúpulas de fibra de vidrio se habían gastado hacía tiempo: sólo quedaban frágiles fragmentos azules.

—Qué caos —dijo Orphu.

Mahnmut asintió. Fuera lo que fuese que había golpeado la popa de *La espada de Alá*, rompiendo su espalda justo por encima de la sala de máquinas, cortando sus jets propulsores y permitiendo al océano entrar por todo el cascarón junto con la onda de choque, había quebrado los diversos compartimentos de misiles y había derribado los misiles mismos. Parecía un montón de antigua paja. En algunos casos las cabezas nucleares aún señalaban ligeramente hacia arriba, pero en otros los corroídos motores de los cohetes y su combustible sólido estaban a la vista y las cabezas enterradas en el limo.

Olvida esas seis mil novecientas doce horas de trabajo, tensorrayó Orphu. *Tardaremos ese tiempo sólo en llegar a algunas de las cabezas nucleares. Y hay probabilidades abrumadoras de que algún corte con el so-*

plete o el movimiento de una haga detonar otra.

Sí, dijo Mahnmut. Ya no había limo que lo cegara y contempló el destrozo principalmente con sus frecuencias ópticas.

—¿Tiene alguno de vosotros alguna sugerencia? —preguntó el Integrante Primero Asteague/Che.

Mahnmut casi dio un salto. Sabía que todos en la *Mab* los estaban siguiendo, pero estaba tan absorto estudiando el naufragio que la conexión casi se le había ido de la cabeza.

—Sí —dijo Orphu de Io, pasando a la banda común—. Esto es lo que vamos a hacer.

Describió el procedimiento de manera tan sucinta y poco técnica como pudo. En vez de intentar desarmar cada cabeza siguiendo el largo protocolo que los Integrantes Primeros habían descargado, el ioniano planeaba que Mahnmut y él lo hicieran de forma rápida y sucia. Mahnmut colocaría *La Dama Oscura* sobre el submarino naufragado y extendería sus patas de aterrizaje al máximo hasta quedar sobre el cascarón como una madre gallina sobre su nido. Luego usarían los reflectores de la panza de la nave para iluminar su trabajo. Orphu y Mahnmut usarían por separado los sopletes para separar cada cabeza de su misil, usando una simple cadena y un sistema de poleas para izar los morros cónicos hasta la bodega de carga de *La Dama Oscura* y colocarlos en los huecos de carga como los huevos de un cartón.

—¿No hay muchas posibilidades de que los agujeros negros se vuelvan críticos durante este burdo proceso? —preguntó Cho Li desde el puente de la *Reina Mab*.

—Sí —bramó Orphu por el comunicador—, pero tenemos un cien por cien de probabilidades de que uno de los agujeros negros se active si nos pasamos un año o más manipulándolos. Vamos a hacerlo de esta forma.

Mahnmut tocó uno de los manipuladores del ioniano y asintió, seguro de que el gesto sería detectado por el radar inmediato de Orphu.

La severa voz de Suma IV sonó por el intercomunicador.

—¿Y qué pensáis hacer con las cuarenta y ocho cabezas nucleares con sus setecientos sesenta y ocho agujeros negros cuando las hayáis cargado en vuestro sumergible?

—Tú nos recogerás —dijo Mahnmut—. La nave de contacto llevará a *La Dama Oscura* y su cargamento de muerte al espacio exterior y nos desharemos de los agujeros.

—La nave de contacto no está preparada para volar más allá de los ani-

llos —replicó Suma IV—. Y los robots-leucocitos de ataque de los anillos e y p sin duda nos atacarán por el camino.

—Ése es tu problema —rugió Orphu—. Nosotros vamos a ponernos a trabajar ahora mismo. Tardaremos de diez a doce horas en soltar estas cabezas y cargarlas en *La Dama Oscura*. Cuando salgamos a la superficie, será mejor que tengas un plan. Sabemos que hay otras naves aparte de la *Mab* en esta misión... ocultas, invisibles más allá de los anillos, lo que sea. Será mejor que haya una preparada para encontrarse con la nave de contacto en la órbita baja de la Tierra y nos quite este jaleo de las manos. No estaría bien haber venido hasta la Tierra sólo para destruirla.

—Transmisión recibida —dijo Asteague/Che—. Por favor, comprended que tenemos un visitante aquí arriba. Una nave pequeña... un sonie, creo, está en ruta de encuentro con la isla orbital de Sycórax mientras hablo.

No hubo ceremonias que acompañaran la partida de Nadie. En un momento estaba en el sonie charlando con Daeman, Hannah y Tom, y al segundo siguiente el sonie se había alzado casi verticalmente, su campo de fuerza presionando a Nadie contra la colchoneta, y luego se disparó hacia el cielo como una flecha y desapareció entre las bajas nubes grises en cuestión de segundos.

Ada se sentía estafada. Hubiese querido tener unas últimas palabras con el amigo que había conocido antaño como Odiseo.

La votación para permitir que Nadie se llevara el sonie se decidió por un solo voto. Ese último voto lo dio un hombre llamado Elian, el calvo líder de los seis refugiados de Hughes Town que había venido con Hannah y Nadie en la balsa aérea, ni siquiera fue de uno de los supervivientes de Ardis.

La gente de Ardis que había votado en contra de perder el sonie estaba furiosa. Exigió que se volviera a votar. Incluso hubo rifles de flechitas levantados, voces y gritos.

Ada se plantó en medio del grupo y anunció con voz fuerte y serena que el asunto estaba zanjado. Se permitiría a Nadie llevarse el sonie pero regresaría lo más pronto posible. Mientras tanto, ellos tendrían la balsa aérea que Nadie y Hannah habían montado en la Puerta Dorada de Machu Picchu: el sonie sólo podía llevar a seis personas, mientras que la balsa podía llevar a catorce en cada viaje si tenían que huir hacia la isla. No había más que hablar.

Los rifles de flechitas dejaron de apuntar, pero los gruñidos continuaron. Viejos amigos de Ada se negaron a mirarla a los ojos en las horas siguientes y ella supo que había usado su último capital como líder de los supervivientes de Ardis.

Nadie y el sonie se habían marchado y Ada no se había sentido más sola jamás en su vida. Se acarició el abultado vientre y pensó: *Personita, hijo o hija de Harman, si esto ha sido un error que te pone en peligro, lo lamentaré hasta el último segundo de mi vida.*

—¿Ada? —dijo Daeman—. ¿Puedo hablar en privado contigo?

Caminaron hasta más allá de la empalizada norte, donde Hannah antes tenía su horno. Daeman le contó su encuentro con la posthumana que se hacía llamar Moira. Describió que parecía exactamente una Savi joven y cómo había permanecido invisible para todos los demás mientras estuvo a su lado durante la reunión y la votación.

Ada movió lentamente la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido, Daeman. ¿Por qué iba a aparecer una posthumana en el cuerpo de Savi y ser invisible para el resto de nosotros? ¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Daeman.

—¿Tenía algo más que decir?

—Prometió, antes de la reunión, contarme algo más sobre Harman después, si podía asistir a la reunión.

—¿Y? —dijo Ada. Sentía que su corazón latía tan salvajemente que podría haber sido el niño que se agitaba en su interior, tan ansiosa estaba por recibir noticias.

—Todo lo que el fantasma-Moira dijo después fue: «Recuerda que el ataúd de Nadie no era el ataúd de Nadie.»

Ada le hizo repetir el mensaje dos veces.

—Eso tampoco tiene ningún sentido —dijo.

—Lo sé —respondió Daeman. Parecía abatido, tenía los hombros hundidos—. Intenté que se explicara, pero entonces... desapareció sin más.

Ella lo miró con dureza.

—¿Estás seguro de que eso sucedió, Daeman? Hemos estado trabajando demasiado, hemos dormido demasiado poco, nos hemos preocupado demasiado. ¿Estás seguro de que esa Moira fantasma era real?

Daeman le devolvió la mirada; estaba tan furioso y a la defensiva como ella furiosa y dubitativa, pero no dijo nada más.

—Recuerda que el ataúd de Nadie no era el ataúd de Nadie —murmuró Ada. Miró en derredor. La gente hacía su trabajo, pero los grupos se habían dividido según el sentido de su voto. Ningún bando le hablaba al hombre calvo, Elian. A Ada le dieron ganas de llorar.

Ni Nadie ni el sonie regresaron ese día. Ni al siguiente. Ni al otro.

Al tercer día, Ada subió a la frágil balsa aérea con Hannah a los controles para acompañar a la partida de caza de Daeman más allá del círculo de voynix y tratar de hacer un cálculo de cuántos de aquellos asesinos sin cabeza había fuera. La mañana era hermosa, sin nubes, con un cielo azul y vientos más cálidos que prometían la primavera, y Ada pudo ver fácilmente que el número de voynix que rodeaban su perímetro de tres kilómetros a partir del Pozo había crecido.

—Me cuesta calcular —le susurró a Daeman aunque estaban a trescientos metros por encima de los monstruos—. Debe de haber trescientos o cuatrocientos visibles en el prado. Nunca habíamos tenido que contar grandes números de seres en movimiento. ¿Qué te parece? ¿Habrá mil quinientos en total? ¿Más?

—Más, creo —respondió Daeman con calma—. Creo que hay de treinta a cuarenta mil rodeándonos.

—¿No se cansan nunca de estar ahí? —preguntó Ada—. ¿No tienen que comer? ¿Ni que beber?

—Evidentemente, no —dijo Daeman—. Cuando pensábamos que eran máquinas servidoras, nunca vi a ninguno comer ni beber ni cansarse, ¿y tú?

Ada no dijo nada. Aquellos tiempos parecían demasiado remotos para pensar en ellos, aunque habían terminado hacía menos de un año.

—Cincuenta mil —murmuró Daeman—. Tal vez haya cincuenta mil ahora, y se faxean más cada día.

Hannah tuvo que llevarlos más al oeste para encontrar caza y carne fresca.

Al cuarto día, el bebé Setebos del Pozo había crecido hasta adquirir el tamaño de un ternero, de un añojo (que habían sido masacrados por los voynix, por supuesto), pero un añojo que era sólo un pulsante cerebro gris con un puñado de manos rosadas en el vientre, ojos amarillos, orificios latientes y manos de tres dedos que brotaban de tallos grises.

Mami, mami, susurró la cosa en la mente de Ada, en todas sus mentes. *Es hora de salir ya. Este pozo es demasiado pequeño y yo tengo demasiada hambre para seguir aquí más tiempo.*

Faltaba menos de una hora para el crepúsculo y la llegada de otra larga y oscura noche de invierno. El grupo se congregaba alrededor del Pozo. Los hombres y las mujeres todavía tendían a agruparse sólo con quienes

habían votado como ellos sobre el préstamo del sonie. Todos llevaban armas de flechitas, aunque tenían las ballestas a mano, de reserva.

Casman, Kaman, Greogi y Edide estaban junto al Pozo apuntando con los rifles la cosa del agujero. Los otros permanecían cerca.

—Hannah —dijo Ada—, ¿la balsa aérea está ya aprovisionada?

—Sí —contestó la mujer más joven—. Todas las cajas están a bordo y hay sitio para diez personas en el primer viaje. Podemos llevar a catorce personas en cada viaje a partir de entonces.

—¿Y qué tiempo tardaréis en hacer el viaje hasta la isla y el desembarco de las cajas? —preguntó Ada.

—Cuarenta y dos minutos —dijo Laman, frotándose los muñones de los dedos perdidos de su mano derecha—. Treinta y cinco minutos sólo con personas. Se tarda unos minutos en subir a bordo y bajar.

—No es suficiente —dijo Ada.

Hannah se acercó al fuego que seguía encendido junto al Pozo.

—Ada, en el viaje a la isla se tardan quince minutos a la ida y otros quince a la vuelta. La máquina no puede volar más rápido.

—El sonie nos habría llevado allí en menos de un minuto —dijo Loes, uno de los más enfadados supervivientes de Ardis—. Todos podríamos estar allí en menos de diez minutos.

—Ahora no tenemos el sonie —dijo Ada. Oyó la falta de afecto en su propia voz. Sin pretenderlo, miró hacia el suroeste, hacia el río y la isla, pero también hacia los bosques donde esperaban entre cincuenta y sesenta mil voynix.

Nadie tenía razón. Aunque toda la colonia de humanos escapara a la isla, los voynix se les echarían encima en cuestión de horas, quizá de minutos. Aunque el faxnódulo de Ardis seguía sin funcionar (mantenían a dos personas en el pabellón día y noche para comprobarlo), los voynix faxeaban. De algún modo, faxeaban. No había ningún lugar en la tierra, Ada lo sabía, donde poder estar libres de los asesinos.

—Vayamos a preparar la cena —dijo por encima de los murmullos. Todos podían sentir la pegajosa voz del engendro de Setebos en la mente.

Mami, papi, es hora de que salga ya. Abrid la reja, papi, mami, o lo haré yo. Ahora soy más fuerte. Quiero salir a veros ahora.

Greogi, Daeman, Hannah, Elian, Boman, Edide y Ada se quedaron a charlar hasta muy tarde. Sobre ellos, los anillos ecuatorial y polar giraban en silencio, como habían hecho siempre. La Osa Mayor estaba baja, al nor-

te. Había una lasca de luna creciente.

—Creo que mañana, al amanecer, abandonaremos la idea de la isla y empezaremos a evacuar a tanta gente como sea posible a la Puerta Dorada de Machu Picchu —dijo Ada—. Deberíamos haberlo hecho hace semanas.

—Harán falta semanas para que esta estúpida balsa aérea llegue a la Puerta Dorada —contestó Hannah—. Y puede estropearse de nuevo y no llegar nunca. Sin Nadie para arreglarla, la gente que vaya a bordo quedará aislada.

—Estaremos muertos si se estropea aquí también —dijo Daeman. Tocó el hombro de Hannah, ya que vio que la joven empezaba a desmoronarse—. Has hecho un trabajo sorprendente manteniéndola en funcionamiento, Hannah, pero se trata de una tecnología que no comprendemos.

—¿Qué tecnología comprendemos? —murmuró Boman.

—Las ballestas —dijo Edide—. Nos estamos volviendo buenísimos construyendo ballestas.

Nadie rió. Al cabo de unos minutos, Elian dijo:

—Cuéntame de nuevo por qué los voynix no pueden entrar en los habitáculos de ese puente de Machu Picchu.

—Las burbujas-habitáculo son como uvas de una parra —respondió Hannah, que había pasado allí más tiempo que ningún otro—. Pero entrelazadas. De plástico transparente o algo. Es tecnología de la Edad Perdida, tal vez incluso tecnología posthumana: hay un campo de fuerza sobre la superficie del cristal. Los voynix resbalan.

—Teníamos algo similar en las ventanillas del reptador en el que Savi nos llevó desde Jerusalén a la Cuenca Mediterránea —dijo Daeman—. Dijo que era un campo con ausencia de fricción para protegernos de la lluvia. Pero funcionaba también con los voynix y los calibani.

—Me gustaría ver a uno de esos calibani —dijo Elian—. Y también al Calibán que habéis descrito —la boca y otros rasgos faciales del hombre calvo parecían mostrar siempre fuerza y curiosidad.

—No —dijo Daeman en voz baja—, no te gustaría ver a ninguno. Sobre todo al Calibán auténtico. Fíate de mi palabra.

En el silencio que siguió, Greogi dijo lo que todos habían estado pensando.

—Vamos a tener que echarlo a suertes. Catorce pueden llegar al Puente. Pueden llevar armas, agua y raciones mínimas, cazar por el camino tal vez, así que una balsa aérea cargada con catorce personas puede ir. Los demás nos quedamos.

—¿Catorce de cincuenta y cuatro pueden vivir? —dijo Edide—. No parece justo.

—Hannah será una de los que vayan —dijo Greogi—. Pilotará la balsa de regreso si los catorce llegan al Puente en el primer viaje.

Hannah negó con la cabeza.

—Tú puedes pilotarla tan bien como yo, Greogi. Podemos enseñar a más gente a pilotarla también. No tengo que ir necesariamente en el primer viaje y sabes... sabes... que no habrá un segundo viaje. No en el estado en que se encuentra la balsa. No con esa cosa Setebos haciéndose más fuerte a cada hora que pasa. Esas catorce pajitas largas, o pajitas cortas, lo que sea, darán una oportunidad para vivir. Los demás morirán aquí.

—Entonces decidiremos en cuanto haya luz —dijo Ada.

—Puede que haya lucha —dijo Elian—. La gente está furiosa, hambrienta, resentida. Puede que no quieran echar a suertes quién vive y quién muere. Puede que salgan corriendo hacia la balsa en el momento, o después, si no consiguen un sitio.

Ada asintió.

—Daeman, escoge a diez de los mejores miembros de tu equipo y haz que rodeen la balsa aérea, para protegerla, antes de que yo convoque mañana al consejo. Edide, tú y tus amigos intentad recoger sin llamar la atención tantas armas sueltas como sea posible.

—La mayoría de la gente duerme con su rifle —dijo la mujer rubia—. No lo soltarán.

Ada volvió a asentir.

—Haz lo que puedas. Hablaré con todos. Explicaré por qué ésta es la única esperanza.

—Los perdedores querrán ser transportados a la isla —dijo Greogi—. Como mínimo.

Boman asintió.

—Yo querría. Lo haré si no me sale la pajita adecuada.

Ada suspiró.

—No servirá de nada. Estoy convencida de que la isla es sólo otro lugar donde morir... los voynix estarán allí tres minutos después que nosotros si esa cosa Setebos no está también para protegernos. Pero podemos hacer eso. Transportar a aquellos que quieran ir y, luego, que los catorce se dirijan al Puente.

—Con eso se perderá tiempo —dijo Hannah—. Pondrá más tensión en la balsa aérea.

Ada se encogió de hombros.

—Puede que impida que los nuestros se maten entre sí, Hannah. Les dará a catorce una oportunidad. Y los demás podrán elegir dónde quedarse y morir. Es algo... una ilusión de posibilidad, por lo menos.

Nadie tenía nada más que decir. Se dispersaron camino de sus tiendas y cobertizos.

Hannah siguió a Ada y le tocó el brazo en la oscuridad antes de que llegaran a la tienda donde Ada dormía.

—Ada —susurró la joven—. Tengo la sensación de que Harman está aún vivo. Espero que seas una de los catorce.

Ada sonrió, los blancos dientes visibles a la luz de los anillos.

—Yo también tengo la sensación de que Harman está vivo, querida. Pero no voy a ser una de los catorce. Ya de decidido que no voy a participar cuando lo echemos a suertes. Mi bebé y yo nos quedamos en Ardis.

Al final, ninguno de sus planes sirvió de nada.

Justo después del alba, Ada despertó sintiendo manos frías en su mente y dentro de su vientre.

Mami... tengo aquí a tu niño pequeño. Va a quedarse dentro durante unos cuantos meses mientras yo le enseño cosas... cosas maravillosas.. ¡pero yo voy a salir a jugar!

Ada gritó al sentir la mente del Pozo tocando la mente en desarrollo del feto que llevaba dentro.

Se puso en pie y echó a correr con dos rifles antes de que nadie más despertara del todo.

El bebé Setebos había doblado los barrotes de la reja y apretaba su materia gris cerebral a través de la malla y los barrotes. Los tentáculos se extendían ya unos quince palmos a un lado y las manos de tres dedos se hundían en tierra. Tres de sus orificios alimenticios estaban abiertos y los largos y carnosos apéndices, como árboles, bebían ya la pena y el terror y la historia del suelo de Ardis. Sus muchos ojos amarillos eran muy brillantes y, a medida que salía del Pozo, los muchos dedos de sus grandes manos rosadas se agitaban como anémonas marinas en una fuerte corriente.

Mami, no pasa nada, siseó-pensó la cosa mientras se liberaba del Pozo. Todo lo que voy a hacer es...

Ada oyó a Daeman y los otros correr tras ella, pero no miró por enci-

Aquí estoy, viendo y escuchando cómo un dios se vuelve loco.

No sé qué ayuda pensaba que podría conseguir aquí en el Olimpo para mis asediados y moribundos aqueos, pero ahora estoy atrapado, igual que los griegos de la playa rodeados de troyanos están condenados a muerte, aquí con mi asfixiante traje camaleónico, hombro con hombro con un millar de inmortales, tratando de contener la respiración para no traicionarme mientras veo y escucho cómo Zeus, ya rey de los dioses, se declara a sí mismo el único Dios Todopoderoso y Eterno.

No debería preocuparme que me vean. A mi alrededor los dioses miran con las inmortales bocas abiertas y los divinos ojos olímpicos como platos.

Zeus se ha vuelto loco. Y sus ojos oscuros parecen estar taladrándome mientras farfulla sobre su nuevo ascenso a la Deidad absoluta. Estoy seguro de que puede verme. Sus ojos tienen la paciencia autocomplaciente del gato con un ratón entre las zarpas.

Dirijo la mano al medallón TC que llevo al pecho, bajo el pegajoso traje camaleónico.

¿Pero dónde ir? Volver a la playa con los aqueos es una muerte segura. Volver a Ilión para ver a Helena significa placer y supervivencia, pero habré traicionado... ¿traicionado a quién? Los griegos ni siquiera han reparado en mí cuando caminaba entre ellos, al menos desde que Aquiles y Odiseo desaparecieron al otro lado del Agujero Brana. ¿Por qué debería serles leal cuando ellos no...?

Pero me obliga la lealtad.

Hablando de Odiseo (e imágenes clasificadas X saltan a mi mente cuando pienso en él), sé que puedo TCear de vuelta a la *Reina Mab*. Ese

podría ser el lugar más seguro para mí, aunque en realidad no tengo nada que hacer entre los moravecs.

Nada parece adecuado. No moverse parece mejor que una cobarde traición.

«¿Traición a quién, por el amor de los dioses?», me pregunto tomando el nombre del Señor en vano mientras el nuevo Señor y único Dios Todopoderoso de este universo me mira a los ojos y termina su arenga entre puñetazos y escupitajos de saliva.

Dios Zeus Nuestro Señor no termina su discurso con «¿ALGUNA PREGUNTA?», pero bien podría apoyarse en el denso silencio que se cierne sobre el Gran Salón de los Dioses.

Entonces, súbita, inexplicablemente, dado el terror en tiempo real de la situación, el pedante irredento que hay en mí, el erudito que fui en vez del escólico que he sido, es golpeado por un verso de Lucifer según Milton: «Elevaré mi trono sobre las estrellas de Dios...»

Algo rompe el techo y las plantas superiores del Gran Salón de los Dioses, revelando el cielo desnudo y formas informes. Hay un rugido de voces y vientos.

Las paredes se desmoronan hacia dentro. Formas enormes, algunas vagamente humanas, aplastan ladrillos, derriban columnas, llegan volando por el cielo y atacan a los dioses reunidos. Todo inmortal con sentido común se Tcea o echa a correr. Yo me quedo inmóvil en mi sitio.

Zeus se pone en pie de un salto. Su armadura dorada y sus armas están a cinco metros de donde se encuentra, demasiado lejos. Demasiadas formas se ciernen demasiado rápidamente para que el Padre de los Dioses tenga tiempo de armarse.

Se alza y echa atrás el musculoso brazo para descargar un rayo, para guiar el trueno.

No sucede nada.

—¡Ay! ¡Ay! —exclama Zeus, mirando su mano vacía como si le hubiera desobedecido—. ¡Los elementos no me obedecen!

—¡NINGÚN REFUGIO! ¡NINGUNA MERCED! —trueno una voz desde la masa de nubes en movimiento que se alzan sobre el edificio destrozado y los dioses y formas enzarzados en la batalla—. BAJA CONMIGO AHORA, USURPADOR. LOS QUE SE QUEDAN NO AMAN TRONO, ALTARES, TRIBUNALES Y PRISIONES, TODAS ESAS FORMAS HORRIBLES ABORRECIDAS POR EL VERDADERO DIOS Y EL HOMBRE. VEN, USURPADOR, TIRANO DEL MUNDO, VEN A TU NUEVO HOGAR EXTRAÑO, SALVAJE, FANTASMAGÓRICO, OSCURO Y EXE-

CRABLE.

A pesar de su tremendo volumen, la terrible voz es aún más espantosa por su calma.

—¡No! —exclama Zeus, y se teletransporta.

Oigo a los inmortales que luchan cerca de mí gritar «¡Titanes!» y «¡Cronos!» y entonces echo a correr, rezando para permanecer invisible en mi traje camaleónico moravec, y salto por encima de las columnas derribadas, dejando atrás las formas que combaten, atravieso rayos literales, paso bajo los cielos azules encendidos de la cumbre del Olimpo.

Algunos de los dioses del Olimpo han subido ya a sus carros voladores, y han sido alcanzados y batallan con carros más grandes y más extraños y con sus indescritibles conductores. En las orillas del lago de la Caldera los dioses combaten a los titanes (veo una forma que sólo puede ser Cronos enfrentándose a Apolo y Ares a la vez) mientras los monstruos combaten a los dioses y los dioses huyen.

De repente me agarran. Una poderosa mano me detiene, me retuerce el brazo derecho antes de que pueda alcanzar mi medallón TC, y me quita el traje camaleónico como se retira el envoltorio mal puesto a un regalo de Navidad.

Veo que es Hefesto, el barbudo dios enano del fuego, jefe artificiero de Zeus y los dioses. Tras él, en la hierba, descansan lo que parecen ser una serie de balas de cañón de hierro y una pecera.

—¿Qué estás haciendo aquí, Hockenberry? —ruge el greñudo dios. Aunque es enano comparado con los otros dioses, todavía me saca un palmo.

—¿Cómo me has visto? —es todo lo que consigo decir. A cincuenta metros de distancia, parece que Cronos ha matado a Apolo con un garrote enorme. El ser-nube de tormenta que flota sobre el Gran Salón de los Dioses, ahora sin techo, parece estar disipándose en los vientos que soplan alrededor de la cima del Olimpo.

Hefesto se ríe y toca un aparato de cristal y bronce parecido a una lente que cuelga de su chaleco entre un centenar de otros artilugios.

—Claro que pude verte. Igual que Zeus. Por eso me hizo construirte, Hockenberry. Todo se suponía que tenía que ser para que su ascensión a Deidad hoy fuera observada... observada por alguien *que pudiera* anotar-lo, joder. Todos nosotros somos postletrados, ya sabes.

Antes de que pueda moverme o hablar, Hefesto agarra el pesado medallón TC, me lo quita, rompiendo la cadena, y lo aplasta en su mano enor-

me de gruesos dedos.

«Oh Jesús Dios Todopoderoso», consigo pensar mientras el dios del fuego abre el puño lo suficiente para dejar caer las migajas de oro en un bolsillo del chaleco que abre.

—No te cagues en los calzones, Hockenberry —ríe el dios—. Esta cosa nunca funcionó. Mira... ¡no contiene ningún puñetero mecanismo! Sólo el dial que podías mover. Esto ha sido siempre tu pluma de Dumbo.

—Funcionaba... siempre... vine de... yo la usaba para...

—No, no lo hacías —dice Hefesto—. Te construí con los nanogenes necesarios para que te teletransportaras cuánticamente... igual que los chicos mayores. Igual que nosotros, los dioses. No podías saberlo hasta que fuera el momento adecuado. Afrodita puso el cebo: te dio el medallón falso para que lo usaras en su plan para matar a Atenea.

Miro desesperado a mi alrededor. El Gran Salón de los Dioses se ha desmoronado. Las llamas lamen las columnas derrumbadas. La lucha se extiende por todas partes, pero la cima se va vaciando a medida que más dioses escapan para esconderse en Tierra-Ilión. Aquí y allá se abren Agujeros Brana y los titanes y las entidades monstruosas persiguen a los dioses que huyen. El Ser Nube de Tormenta ha destrozado el techo y los tres pisos superiores del Gran Salón han desaparecido.

—Tienes que ayudarme a salvar a los griegos —digo, y me castañeteo los dientes.

Hefesto vuelve a reírse, frota el dorso de su mano negra de hollín contra su boca grasienta.

—Ya he aspirado a todos los otros humanos de esa jodida Tierra de la historia de Ilión —dice—. ¿Por qué debería salvar a los griegos? ¿O incluso a los troyanos? ¿Qué han hecho por mí recientemente? Además, necesitaré a algunos humanos para que me adoren cuando tome dentro de unos cuantos días el trono del Olimpo...

Me quedo mirándolo.

—¿Tú aspiraste a la gente? ¿Tú metiste a la población de Tierra Ilión en el rayo azul que surge de Delfos?

—¿Quién coño crees que lo hizo? ¿Zeus? ¿Con toda su habilidad técnica? —Hefesto sacude la cabeza. Los hermanos titanes, Cronos, Jápeto, Hiperión, Crío, Ceo y Océano caminan hacia aquí. Están cubiertos del icor dorado que es la sangre de los dioses.

De repente Aquiles aparece entre las ardientes ruinas. Va vestido de pies a cabeza con su armadura de oro, su hermoso escudo también man-

chado de sangre inmortal, la larga espada desenvainada, los ojos miran enloquecidos por las rendijas de su casco dorado, manchado y sucio de hollín. La aparición me ignora y le grita a Hefesto.

—¡Zeus ha huido!

—Naturalmente —replica el dios del fuego—. ¿Esperabas que se quedara a esperar que el Demogorgo lo arrastre al Tártaro?

—¡No puedo encontrar en ninguna parte a Zeus con el localizador del estanque holográfico! —grita Aquiles—. He obligado a Dione, la madre de Afrodita, a ayudarme con el localizador. Ha dicho que lo encontraría en cualquier lugar del universo. No lo ha conseguido y la he hecho pedazos. ¿Dónde está?

Hefesto sonrió.

—¿Recuerdas, asesino de los pies ligeros, el lugar donde Zeus se ocultó a los ojos de todos cuando Hera quiso follar con él y dejarlo durmiendo durante toda la eternidad?

Aquiles agarra el hombro del dios del fuego y casi lo levanta del suelo.

—¡El hogar de Odiseo! ¡Llévame allí! De inmediato.

Los ojos de Hefesto se contraen hasta convertirse en rendijas de furia.

—No des órdenes al futuro Señor del Olimpo, mortal. Por mucha singularidad que seas, debes tratar a tus superiores con más respeto.

Aquiles suelta el chaleco de cuero de Hefesto.

—Por favor. Ahora. Por favor.

Hefesto asiente y luego me mira.

—Ven tú también, escólico Hockenberry. Zeus querrá que estés presente en este día. Te quiso como testigo. Testigo serás.

A bordo de la *Reina Mab* los moravecs recibieron toda la información en vivo, en tiempo real (los transmisores y nanoimágenes de Odiseo funcionaban bien), pero Asteague/Che decidió no transmitirlo a Mahnmüt y Orphu de Io, que trabajaban bajo el océano de la Tierra. Los dos veces llevaban seis horas seguidas cortando y cargando las setecientas setenta y ocho cabezas nucleares críticas y nadie quería distraerlos.

Y lo que estaba ocurriendo ahora podía considerarse una distracción.

Los actos de amor (si eso era la copulación casi violenta entre Odiseo y la mujer que se había identificado a sí misma como Sycórax) se hallaban en una de sus etapas de pausa temporal. Los dos yacían desnudos en los cojines, bebiendo vino de grandes copas y comiendo fruta, cuando una criatura monstruosa (con agallas de anfibio, colmillos, garras y pies palmípedos) descorrió las cortinas y entró en los aposentos de Sycórax.

—Maldición, piensa él sí que debe anunciar que se preparaba para derretir una fruta gorda en melaza, cuando así Calibán oyó la compuerta girando. Algo aquí ha venido a verte, madre. Dice, tiene toda la carne en la nariz y dedos como piedras gruesas. Di, madre, y en Su nombre yo arrancaré la sabrosa carne de sus huesos blancos como la tiza.

—No, gracias, Calibán, querido —dijo la mujer desnuda de cejas pintadas de púrpura—. Haz pasar a nuestro visitante.

El ser anfibio llamado Calibán se hizo a un lado. Una versión más vieja de Odiseo entró.

Todos los moravecs (incluso aquellos que en ocasiones tenían dificultades para distinguir a un ser humano de otro) notaron el parecido. El joven Odiseo que yacía desnudo en los cojines se quedó mirando aturdido al Odiseo mayor. La versión más vieja era también de baja estatura, con el

mismo pecho ancho pero más cicatrices, el pelo gris y canas en la barba más espesa, y se comportaba con mucha más gravedad que su pasajero en el viaje a bordo de la *Mab*.

—Odiseo —dijo Sycórax. Por lo que los aparatos de análisis auditores de las emociones humanas podían decir, parecía verdaderamente sorprendida.

Él negó con la cabeza.

—Ahora me llamo Nadie. Me alegra volver a verte, Circe.

La mujer sonrió.

—Los dos hemos cambiado, entonces. Yo soy ahora Sycórax para el mundo y para mí misma, mi muy magullado Odiseo.

El joven Odiseo empezó a incorporarse, los puños cerrados, pero Sycórax hizo un gesto con la mano izquierda y se desplomó de nuevo contra los cojines.

—Tú eres Circe —dijo el hombre que se hacía llamar Nadie—. Siempre fuiste Circe. Siempre serás Circe.

Sycórax se encogió muy levemente de hombros, sus pechos redondos se agitaron. El joven Odiseo estaba tendido a su izquierda. Ella palpó los cojines vacíos a la derecha.

—Ven a sentarte junto a mí, pues... Nadie.

—No, gracias, Circe —dijo el hombre vestido con túnica, pantalones cortos y sandalias—. Me quedaré de pie.

—Vendrás a sentarte junto a mí —insistió Sycórax, la voz intensa. Hizo un complicado movimiento con la mano derecha, moviendo distintos dedos pero no al azar.

—No, gracias, me quedaré de pie.

De nuevo la mujer parpadeó sorprendida. Más esta vez, pensó el analista moravec de emociones humanas.

—Molü —dijo Nadie—. Creo que la conoces. Una sustancia hecha de una rara raíz negra que surge de la tierra una vez cada otoño.

Sycórax asintió despacio.

—Vaya, has viajado mucho. ¿Pero no te has enterado? Hermes ha muerto.

—Eso no importa.

—No, supongo que no. ¿Cómo has llegado aquí, Odiseo?

—Nadie.

—¿Como has llegado aquí, Nadie?

—He utilizado el viejo sonie de Savi. He tardado casi cuatro días, pa-

sando de un macizo orbital al siguiente, siempre escondiéndome de esos destructores de intrusos robóticos tuyos o engañándolos pasando a modo invisible. Tienes que deshacerte de esas cosas, Circe. O habrá que incluir cuartos de baño en los sonies.

Sycórax se rió en voz baja.

—¿Y para qué demonios debería deshacerme de los interceptores?

—Porque yo te lo pido.

—¿Y por qué demonios voy a hacer yo lo que me pides, Odis... Nadie?

—Te lo diré cuanto termine con mis peticiones.

Detrás de Nadie, Calibán rugió. El humano ignoró el ruido y la criatura.

—Por supuesto —dijo Sycórax—. Continúa con tus peticiones.

Su sonrisa demostraba la escasa atención que estaba dispuesta a prestar a esas peticiones.

—Primero, como digo, elimina los interceptores orbitales. O al menos reprogramalos para que esa nave pueda moverse a salvo de nuevo entre los anillos...

La sonrisa de Sycórax no se alteró. Ni su mirada violeta se volvió más cálida.

—Segundo —continuó Nadie—, me gustaría que quitaras el campo de veda sobre la Cuenca Mediterránea y eliminaras los campos de las Manos de Hércules.

La bruja se rió en voz baja.

—Qué extraña petición. El tsunami resultante sería devastador.

—Puedes hacerlo gradualmente, Circe. Sé que puedes. Vuelve a llenar la cuenca.

—Antes de que continúes —dijo ella fríamente—, dame un motivo para hacerlo.

—Hay cosas en la Cuenca Mediterránea que los humanos antiguos no deberían tener pronto.

—Los depósitos, quieres decir. Las naves espaciales, armas...

—Muchas cosas —dijo Nadie—. Deja que el mar oscuro como el vino vuelva a llenar la Cuenca Mediterránea.

—Quizá no lo hayas advertido puesto que has estado viajando —dijo Sycórax—, pero los humanos antiguos están al borde de la extinción.

—Lo he advertido. Sigo pidiéndote que vuelvas a llenar la Cuenca Mediterránea... con cuidado, despacio. Y ya que estás en ello, elimina esa locura que es la Brecha Atlántica.

Sycórax sacudió la cabeza y alzó la copa para beber vino. No ofreció nada a Nadie. El joven Odiseo yacía de espaldas en los cojines, aparentemente incapaz de moverse.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—No. También te pido que reactives todos los faxnódulos para los humanos antiguos, todos los enlaces de función y los tanques de rejuvenecimiento que quedan en los anillos polar y ecuatorial.

Sycórax no dijo nada.

—Finalmente —concluyó Nadie—, quiero que envíes a tu monstruo domado para que le diga a Setebos que el Silente va a venir a esta Tierra.

Calibán siseó y rugió.

—Pienso que ha llegado el momento de arrancar las piernas del hombre y dejarle los muñones. Pienso, Él es fuerte y Señor y este tipo magullado recibirá un gusano, no, dos gusanos, por usar Su nombre en vano.

—Silencio —ordenó Sycórax. Se levantó, con aspecto más regio desnuda que otras reinas en pleno boato—. Nadie, ¿va a venir el Silente a la Tierra?

—Eso creo, sí.

Ella pareció relajarse. Tomó un manojo de uvas del cuenco, se las llevó a Nadie, se las ofreció. Él negó con la cabeza.

—Pides mucho de mí, para ser viejo y no-Odiseo —dijo ella en voz baja, recorriendo el espacio entre el lecho y el hombre—. ¿Qué me darías a cambio?

—Relatos de mis viajes.

Sycórax volvió a reírse.

—Conozco tus viajes.

—No, esta vez no. Ahora han sido veinte años, no diez.

El hermoso rostro de la bruja se retorció en algo que los moravec interpretaron como una mueca.

—Siempre buscando lo mismo... a tu Penélope.

—No —dijo Nadie—. No esta vez. Esta vez cuando enviaste al joven yo a través del portal Calabi-Yau mis viajes en el espacio y el tiempo (veinte años para mí) fueron todos en tu busca.

Sycórax dejó de caminar y lo miró.

—En tu busca —repitió Nadie—. Mi Circe. Nos amamos bien y hemos hecho bien el amor muchas veces estos veinte años. Te he encontrado en tus iteraciones como Circe, Sycórax, Alys y Calipso.

—¿Alys? —dijo la bruja.

Nadie tan sólo asintió.

—¿Tenía una leve separación entre los dientes entonces?

—La tenías.

Sycórax sacudió la cabeza.

—Mientes. En todas las líneas de realidad es lo mismo, Odiseo-Nadie.

Te salvo, te rescato del mar, te atiendo, te doy vino con miel y buena comida, curo tus heridas, te baño, te muestro amor físico de un tipo con el que sólo has soñado, te ofrezco la inmortalidad y la eterna juventud, y siempre te marchas. Siempre me dejas por esa perra tejedora de Penélope. Y por tu hijo.

—He visto a mi hijo estos veinte años pasados —dijo Nadie—. Se ha convertido en un buen hombre. No necesito volver a verlo. Deseo quedarme contigo.

Sycórax volvió los cojines y bebió de la copa sujetándola con las dos manos.

—Estoy pensando en convertir a todos tus marineros moravecs en cerdos —dijo por fin.

Nadie se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Se lo hiciste con todos mis otros hombres en todos los otros mundos.

—¿Qué clase de cerdos crees que serán los moravecs? —preguntó la bruja, con ligereza—. ¿Parecerán un puñado de huchas de plástico?

—Moirá vuelve a estar despierta —dijo Nadie.

La bruja parpadeó.

—¿Moirá? ¿Por qué ha elegido despertar ahora?

—No lo sé, pero ocupa el cuerpo joven de Savi. La vi el día en que salió de la Tierra, pero no hablamos.

—¿El cuerpo de Savi? —repitió Sycórax—. ¿Qué pretende Moirá? ¿Y por qué ahora?

—Piensa —dijo Calibán tras Nadie—. Él hizo a la antigua Savi con dulce barro para que Su hijo mordiera y comiera, añadiera miel y fruta, mordiera su cuello hasta que la baba se alce ensangrentada, rápida, rápida, hasta que los gusanos corran por mi cerebro.

Sycórax se incorporó y volvió a acercarse a Nadie, alzó una mano como para tocarle el pecho desnudo, pero la apartó. Calibán siseó y se agazapó, las manos sobre el granito, la espalda encorvada, los brazos estirados entre sus poderosas piernas flexionadas, los ojos amarillos y rencorosos. Pero se quedó donde le habían dicho que se quedara.

—Sabes que no puedo enviar a mi hijo a decirle a su padre Setebos lo del Silente... —dijo en voz baja.

—Sé que esta... cosa... no es tu hijo —replicó Nadie—. Lo construiste con mierda y ADN defectuoso en un tanque de limo verde.

Calibán volvió a sisear y empezó de nuevo con su farfullar terrible. Sycórax lo mandó callar con un gesto.

—¿Sabes que tus amigos moravec están llevando a la órbita más de setecientos agujeros negros mientras nosotros hablamos? —preguntó.

Nadie se encogió de hombros.

—No lo sabía, pero lo esperaba.

—¿De dónde los han sacado?

—Ya sabes de dónde. ¿Setecientas sesenta y ocho cabezas nucleares de agujero negro? Sólo hay un sitio.

—Imposible —dijo Sycórax—. Sellé ese barco naufragado en un campo de estasis hace casi dos milenios.

—Y Savi y yo rompimos el sello hace más de un siglo —respondió Nadie.

—Sí, vi cómo esa perra y tú correteabais de un lado a otro con vuestros planes absurdos —dijo Sycórax—. ¿Qué demonios esperabas conseguir con esas conexiones con Ilión del paño turín?

—Preparación.

—¿Para qué? —rió Sycórax—. No esperarás que las dos razas de seres humanos se encuentren, ¿no? No puedes hablar en serio. Los griegos y troyanos y su ralea se comerían crudos a vuestros ingenuos humanos antiguos.

Nadie se encogió de hombros.

—Cancela esta guerra con Próspero y veamos qué sucede.

Sycórax depositó de golpe la copa de vino en una mesa cercana.

—¿Dejar el campo mientras ese hijo de puta de Próspero permanece en él? —replicó—. No lo dirás en serio.

—Hablo en serio —dijo Nadie—. La vieja entidad llamada Próspero está bastante loca. Sus días han terminado. Pero puedes marcharte antes de que la misma locura te reclame. Marchémonos de este lugar, Circe, tú y yo.

—¿Marcharnos? —la voz de la bruja era muy baja, incrédula.

—Sé que esta roca tiene motores de fusión y generadores de Agujero Brana que podrían enviarnos a las estrellas, más allá de las estrellas. Si nos aburrimos, atravesaremos la puerta Calabi-Yau y haremos el amor por todo el rico universo de la historia... podríamos encontrarnos en épocas diferentes, llevar nuestros cuerpos diferentes en edades diferentes tan fácil-

mente como cambiar de ropa, viajar en el tiempo para unirnos a nosotros mismos haciendo el amor, congelar el tiempo mismo para poder formar parte de nuestros propios actos de amor. Tienes aquí suficiente comida y aire para mantenernos cómodos durante mil años... diez mil años si quieres.

—Olvidas que eres un hombre mortal —dijo Sycórax, levantándose y caminando de nuevo—. Dentro de veinte años yo estaré cambiando tu ropa interior manchada y dándote de comer personalmente. Dentro de cuarenta años estarás muerto.

—Me ofreciste la inmortalidad una vez. Los tanques rejuvenecedores siguen aquí, en tu isla.

—¡Tú rechazaste la inmortalidad! —gritó Sycórax. Recogió la pesada copa y se la arrojó. Nadie la esquivó pero no movió los pies de donde los tenía plantados—. ¡La rechazaste una y otra vez! —chilló ella, tirándose del pelo y arañándose las mejillas—. Me arrojaste una y otra vez a la cara que querías volver con tu preciosa... Penélope. Te reíste de mí.

—Ahora no me río. Márchate conmigo.

La expresión de ella era salvaje y furiosa.

—Debería hacer que Calibán te matara y te comiera aquí mismo, delante de mí. Me reiré mientras sorbe los tuétanos de tus huesos rotos.

—Ven conmigo, Circe —dijo Nadie—. Reactiva los faxes y funciones, retira las viejas Manos de Hércules y otros juguetes inútiles y ven conmigo. Sé de nuevo mi amante.

—Eres viejo —lo despreció ella—. Viejo y estás lleno de cicatrices y canoso. ¿Por qué debería yo elegir a un viejo en vez de a un hombre más joven y más vital? —Acarició el grueso y flácido pene del joven, inmóvil y aparentemente hipnotizado Odiseo.

—Porque este Odiseo no se marchará atravesando la puerta Calabi-Yau dentro de una semana o un mes u ocho años y ese joven lo hará —dijo Nadie—. Y porque este Odiseo te ama.

Sycórax emitió un sonido ahogado que sonó como un rugido. Calibán la imitó.

Nadie buscó bajo su túnica y sacó una gruesa pistola que llevaba oculta a la espalda, por dentro de su ancho cinturón.

La bruja dejó de caminar y se quedó mirándolo.

—No pensarás que esa cosa puede herirme.

—No la he traído para herirte.

Ella dirigió su mirada violeta al joven e inmovilizado Odiseo.

—¿Estás loco? ¿Sabes qué males podrías causar a nivel cuántico? Estás jugando con el *kaos* al pensar siquiera una cosa así. Destruiría un cielo que lleva en marcha miles de miles de...

—Demasiado tiempo —dijo Nadie. Disparó seis veces, cada explosión más fuerte que la anterior. Las seis pesadas balas se clavaron en el desnudo Odiseo, rompiéndole la caja torácica, convirtiendo en pulpa su corazón, alcanzándolo en mitad de la frente.

El cuerpo del hombre joven se sacudió con los impactos y se deslizó hasta el suelo, dejando vetas rojas en los cojines de seda y un creciente charco de sangre en las losas de mármol.

—Decide —dijo Nadie.

No sé si me he teletransportado aquí con mi propia habilidad sin el medallón o si he venido con Hefesto porque le estaba tocando la manga cuando se TCeó. No importa. Estoy aquí.

Aquí es el hogar de Odiseo. Un perro nos ladra enloquecido a Hefesto, Aquiles y a mí cuando aparecemos de la nada, pero una mirada al guerrero de casco ensangrentado hace que el chucho se retire al patio con el rabo entre las piernas.

Nos hallamos en la antesala que da al gran salón comedor del palacio de Odiseo, en la isla de Ítaca. Una especie de campo de fuerza zumba por toda la casa y el patio. No hay descarados pretendientes repantigados a la mesa de la sala, ninguna Penélope temblando, ningún impotente joven Telémaco trazando planes, ningún criado corriendo de acá para allá para servir la comida y el vino del ausente Odiseo a esos indolentes inútiles. Pero parece que en la sala ya ha tenido lugar la Matanza de los Pretendientes: las sillas están volcadas, un enorme tapiz ha sido arrancado de la pared y ahora yace tirado sobre la mesa y el suelo, empapado de vino derramado, e incluso el mayor arco de Odiseo (el que sólo él podía tensar, según la leyenda, un arco tan poderoso y raro que decidió no llevárselo a Troya consigo) está tirado en el suelo de piedra, entre un puñado de las famosas flechas de caza envenenadas de Odiseo.

Zeus se da la vuelta. El gigante lleva el mismo suave atuendo que vestía en el Trono del Olimpo, pero ahora no es tan enorme. Incluso encogido para encajar en este lugar, sigue siendo el doble de alto que Aquiles.

Tras indicarnos que retrocedamos, el de los pies ligeros alza el escudo, prepara la espada y entra en el salón.

—Hijo mío —resuena el dios del trueno—, ahórrame tu cólera infan-

til. ¿Cometerías deicidio, tiranicidio y parricidio de un terrible golpe?

Aquiles avanza hasta que sólo la ancha mesa lo separa de Zeus.

—Lucha, viejo.

Zeus continúa sonriendo, aparentemente sin alarmarse en lo más mínimo.

—Piensa, ágil Aquiles. Usa tu cerebro por una vez en lugar de tus músculos o tu polla. ¿Estarías dispuesto a dejar que ese lisiado inútil se siente en el trono dorado del Olimpo? —Indica con la cabeza el lugar donde Hefesto, a mi lado, guarda silencio en la puerta.

Aquiles no vuelve la cabeza.

—Piensa por una vez —repite Zeus, y su grave voz hace que los utensilios vibren en la cercana cocina—. Únete a mí, hijo mío. Conviértete en uno con la penetrante presencia que es Zeus, padre de todos los dioses. Así unidos, padre e hijo, inmortal e inmortal, dos espíritus poderosos, mezclados, haremos un tercero, más poderoso que ninguno solo... triunfados juntos, Padre, Hijo y santa voluntad, reinaremos sobre el cielo y Troya y enviaremos de vuelta a los titanes a su pozo para siempre.

—Lucha —dice Aquiles—. Viejo follador de cerdos.

El ancho rostro de Zeus adquiere varias tonalidades de rojo.

—¡Detestado prodigio! ¡Incluso así, privado de mi control de todos los elementos, te pisoteo!

Zeus agarra la larga mesa por el borde y la lanza. Quince metros de pesadas tablas de madera vuelan por los aires hacia la cabeza de Aquiles. El humano se agacha y la mesa se estrella contra la pared, tras él, destruyendo un fresco y enviando astillas por todas partes.

Aquiles avanza dos pasos más.

Zeus abre los brazos, abre las manos para mostrar sus palmas.

—¿Me matarías como estoy, oh, hombre? ¿Desarmado? ¿O deberemos enzarzarnos en una lucha mano a mano como héroes en la arena hasta que uno no pueda levantarse y el otro se alce con el premio?

Aquiles vacila sólo un segundo. Entonces se quita el casco dorado y lo arroja a un lado. Se saca el escudo circular del antebrazo, coloca la espada dentro, añade la armadura y las glebas de bronce dorado y lo empuja todo de una patada hacia la puerta donde estamos nosotros. Va vestido sólo con su camisola, su falda corta, las sandalias y un ancho cinturón de cuero.

A dos metros de Zeus, Aquiles abre los brazos en una pose de luchador y se agacha.

Zeus sonríe entonces y, en un movimiento que es casi demasiado rápido,

do para que yo pueda percibirlo, se agacha y recoge el arco de Odiseo y una flecha envenenada de pluma negra.

«¡Apártate!», tengo tiempo de gritarle mentalmente a Aquiles, pero el rubio y musculoso héroe no se mueve.

Zeus dispara, manejando fácilmente el arco que nadie en la Tierra excepto Odiseo podía tensar, apunta con la ancha flecha envenenada al corazón de Aquiles, a dos metros de distancia, y la deja volar.

La flecha falla.

No puede fallar, no a esta distancia, el asta es recta y fiel, las negras plumas perfectas, pero falla por un palmo o más y se clava en la mesa rota contra la pared. Casi puedo sentir el terrible veneno, que según los rumores fue recogido por Hércules de la más letal de las serpientes, mientras se derrama en la madera de la mesa.

Zeus se queda mirando. Aquiles no se mueve.

Zeus se agacha a la velocidad del rayo, recoge otra flecha, avanza un paso, la encaja, tensa el arco, dispara.

Falla. A metro y medio de distancia, la flecha envenenada falla.

Aquiles no se mueve. Mira con odio la mirada ahora llena de pánico del padre de todos los dioses.

Zeus vuelve a agacharse, coloca la flecha en la cuerda con cuidadosa precisión, tensa al máximo de nuevo, sus poderosos músculos cubiertos de sudor esforzándose ahora visiblemente, el poderoso arco casi zumba con su poder contenido. El rey de los dioses avanza hasta que la punta de la flecha queda a poco más de un palmo del ancho pecho de Aquiles.

Zeus dispara.

La flecha falla.

Es imposible, pero veo la flecha clavada en la pared, detrás de Aquiles. No lo ha atravesado, ni lo ha rodeado, pero de algún modo (imposible, absolutamente) ha fallado.

Aquiles salta entonces, apartando el arco de un manotazo y agarrando al dios que lo supera dos veces en altura por la garganta.

Zeus se tambalea por toda la salta intentando quitarse del cuello las poderosas manos de Aquiles, mientras lo golpea con un puño divino que es el doble de ancho que la ancha espalda de Aquiles. El de los pies alados aguanta mientras Zeus se sacude, aplastando vigas, la mesa, el arco de la puerta, la pared misma. Parece un hombre del que cuelga un niño, pero Aquiles sigue aguantando.

Entonces el enorme dios mete sus poderosos dedos bajo los dedos mu-

cho más pequeños de Aquiles y aparta primero la mano izquierda del mortal, luego la derecha. Ahora Zeus lo hace chocar y golpearse con letal propósito, agarrando los antebrazos de Aquiles con sus enormes manos, y el mortal cuelga mientras le da cabezazos que resuenan como si dos grandes rocas colisionaran, luego hace chocar su divino pecho contra las costillas mortales y, finalmente, impele a ambos contra la pared y la puerta, arqueando la espalda de Aquiles contra la recia piedra del marco.

Cinco segundos así y romperá la espalda de Aquiles como si fuera un arco de madera de balsa.

Aquiles no espera cinco segundos. Ni tres.

De algún modo el de los pies ligeros libera la mano derecha por un instante mientras Zeus lo dobla hacia atrás, hacia atrás, la espina dorsal rechinando contra la piedra vertical.

Veo lo que sucede a continuación en un eco retinal, tan rápidamente ocurre.

La mano de Aquiles surge de su cinturón con una hoja corta en el puño.

Clava la hoja bajo el barbudo mentón de Zeus, retuerce el cuchillo, lo clava más fuerte, lo hace girar con un grito aún más fuerte que el chillido de horror y dolor de Zeus.

Zeus retrocede tambaleándose por el pasillo hasta la siguiente habitación. Hefesto y yo corremos para seguirlos.

Se encuentran ahora en el dormitorio privado de Odiseo y Penélope. Aquiles libera la hoja y el padre de los dioses se lleva las dos enormes manos a la garganta, a la cara. Dorado icor y sangre roja saltan al aire, fluyendo de la nariz de Zeus y la boca abierta y jadeante, llenando su barba blanca de oro y rojo.

Zeus cae de espaldas en la cama. Aquiles empuña con decisión el cuchillo, lo clava profundo en el vientre del dios, y luego lo arrastra hacia arriba y a la derecha hasta que la hoja mágica roza una costilla.

Zeus grita de nuevo, pero antes de que pueda hacer nada, Aquiles ha sacado metros de tripa gris (brillante intestino divino) y lo envuelve varias veces en torno a uno de los cuatro postes del gran lecho de Odiseo, atándolo con un rápido y seguro nudo marinero.

«Ese poste es el olivo vivo en torno al que Odiseo dio forma a esta habitación y esta cama», pienso aturdido. Los versos de la *Odisea* vuelven a mí tal como los leí por primera vez de niño, cuando Odiseo le hablaba a su dubitativa Penélope:

*Creció dentro del patio un olivo de alargadas hojas,
robusto y floreciente, que tenía el grosor de una columna.
Levanté a su alrededor las paredes de mi cámara,
empleando multitud de piedras;
la cubrí con un buen techo y la cerré con puertas sólidas,
firmemente ajustadas. Después corté el ramaje
de aquel olivo de alargadas hojas: pulí con el bronce
su tronco desde la raíz, lo enderecé con un nivel
para convertirlo en pie de la cama, y lo taladré con un /barreno.
Fui haciendo y pulimentando la cama hasta terminarla,
y la adorné con oro, plata y marfil,
y extendí en su interior unas vistosas correas
de piel de buey teñidas de púrpura.*

Algo más que las correas de piel de buey se tiñen de púrpura mientras Zeus lucha por liberarse de las ataduras de sus propios intestinos extraídos. Icor dorado y sangre demasiado humana manan de su garganta, su rostro y su vientre. Cegado por su propio dolor y la sangre, el poderoso Zeus busca a su torturador desesperadamente agitando los brazos. Cada paso y tirón en busca de Aquiles saca más de su brillante interior gris. Sus gritos hacen que incluso el frío Hefesto se cubra los oídos.

Aquiles se coloca velozmente fuera de su alcance, acercándose tan sólo para golpear y cortar los brazos, piernas, muslos, pene y tendones del dios ciego.

Zeus cae de espaldas, todavía unido al poste del olivo por seis metros o más de tripas grises retorcidas, pero el ser inmortal se agita y aúlla desparramando icor por el techo en complicados dibujos de divino chorro arterial.

Aquiles sale de la cámara y regresa con su espada de batalla. Sujeta el brazo izquierdo de Zeus con un pie, alza la espada y la descarga con tanta fuerza que arranca chispas del suelo después de atravesar el cuello de Zeus.

La cabeza del Padre de Todos los Dioses rueda hasta debajo de la cama.

Aquiles se apoya en una ensangrentada rodilla y parece enterrar el rostro en la gigantesca herida abierta que antes era el bronceo y musculoso vientre de Zeus. Durante un segundo perfectamente horrible estoy seguro de que Aquiles se está comiendo las entrañas de su enemigo caído, su ros-

tro oculto casi por entero en la cavidad abdominal: un hombre convertido en depredador, un lobo hambriento.

Pero sólo estaba cazando.

—¡Ajá! —exclama el de los pies ligeros, y arranca una enorme masa púrpura, aún latiendo, del amasijo gris brillante.

El hígado de Zeus.

—¿Dónde está el maldito perro de Odiseo? —se pregunta Aquiles a sí mismo, echando chispas por los ojos. Nos deja para llevarle el hígado al perro *Argos*, que se oculta en algún lugar del patio.

Hefesto y yo nos apartamos rápidamente para dejarle paso a Aquiles.

Cuando el sonido de los pasos del asesino *de* hombres, de dioses, se pierde, tanto el dios del fuego como yo contemplamos la habitación.

Ni un centímetro cuadrado del tálamo, el suelo, el techo, o la pared parecen haber quedado sin manchar.

El enorme cadáver sin cabeza del suelo, todavía atado al poste del olivo, sigue retorciéndose y sacudiéndose, y sus dedos ensangrentados se abren y se cierran.

—Carajo —jadea Hefesto.

Quiero apartar la mirada pero no puedo. Quiero salir de la habitación para vomitar tranquilamente en alguna parte, pero no puedo.

—Qué... cómo... está... todavía... parcialmente... vivo —jadeo.

Hefesto sonríe de manera espantosa.

—Zeus es inmortal, ¿recuerdas, Hockenberry? Sufre su agonía incluso ahora. Quemaré los trozos en el Fuego Celestial. —Se agacha para recoger el cuchillo corto que empleó Aquiles—. Quemaré también esta hoja de Afrodita, capaz de matar a los dioses. La derretiré y la convertiré en algo nuevo... una placa que conmemore a Zeus, tal vez. Nunca tendría que haber forjado esta hoja para esa zorra sedienta de sangre.

Parpadeo y sacudo la cabeza, luego agarro al desarrapado dios del fuego por el grueso chaleco de cuero.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto.

Hefesto se encoge de hombros.

—Lo que acordamos, Hockenberry. Nyx y los Hados, que siempre han gobernado el universo (este universo, al menos) me permitirán sentarme en el trono dorado del Olimpo después cuando esta absurda segunda guerra con los titanes haya terminado.

—¿Cómo sabes quién ganará?

Él me muestra sus irregulares dientes blancos, que destacan contra su

negra barba.

Desde el patio llega una voz potente.

—Toma, perro... aquí, *Argos*... aquí, chico. Eres un buen perro. Tengo algo para ti... buen perro.

—No los llaman «los Hados» por nada, Hockenberry —dice Hefesto—. Será una guerra larga y desagradable, librada más en Tierra-Ilión que en el Olimpo, pero los pocos olímpicos supervivientes ganarán... de nuevo.

—Pero la cosa... la cosa-nube... la cosa Voz...

—Demogorgo ha vuelto al Tártaro —murmura Hefesto—. Le importa un carajo lo que suceda ahora en la Tierra, Marte o el Olimpo.

—Mi gente...

—Tus preciosos amigos griegos están jodidos hasta el culo —dice Hefesto, y ríe su propia gracia—. Pero, si te hace sentirte mejor, lo mismo les pasa a los troyanos. Todos los que se queden en Tierra-Ilión estarán en la línea de fuego durante los próximos cincuenta o cien años mientras esta guerra continúa.

Lo agarro más fuerte por el chaleco.

—Tienes que ayudarnos...

Él se zafa de mi mano con la misma facilidad con que un adulto se libraría de la mano de un niño de dos años.

—No tengo que por qué hacer puñeteramente nada, Hockenberry —se seca la boca con el dorso de la mano, mira la cosa que se retuerce en el suelo, y dice—: Pero en este caso, lo haré. TCEa de vuelta con tus penosos aqueos y tu mujer, Helena, a la ciudad, y diles que salgan por piernas de todas las torres altas, de las murallas, de los edificios. Va a haber un terremoto de escala nueve en la vieja ciudad de Ilión dentro de muy pocos minutos. Tengo que quemar esta... cosa... y devolver a nuestro héroe al Olimpo para que pueda intentar convencer al Curador de que despierte a su putita muerta.

Aquiles regresa. Está silbando y oigo las uñas de *Argos* rascando el suelo de piedra mientras el perro lo sigue ansiosamente.

—¡Ve! —dice Hefesto, dios artificiero del fuego.

Busco mi medallón, me doy cuenta de que no lo llevo, luego me doy cuenta de que no lo necesito, y me marchó TCEando de todas formas.

Las doce horas calculadas de trabajo continuo resultaron ser poco más de dieciocho. Los cuarenta y ocho misiles volcados y sus tubos fueron más difíciles de extraer, separar y cortar de lo que Orphu o Mahnmut habían imaginado. Algunas de las tapas metálicas de las cabezas se habían deteriorado por completo, dejando sólo las coberturas VRM de aleación plástide y los campos de contención, cada uno brillando azul por su propia radiación Cerenkov.

Hubiese sido digno de ver si alguien aparte de los silenciosos moravecs de la *Reina Mab* hubiera estado mirando: el sumergible *La Dama Oscura* situado sobre el casco del letal submarino hundido, los reflectores de su vientre iluminando un mundo lleno de cieno, anémonas bamboleantes, cables pelados, alambres retorcidos y mortíferos misiles y cabezas nucleares cubiertos de verde. Más brillantes que la luz moteada del día que atravesaba la pared de la Brecha, más brillantes que los reflectores superhalógenos que enfocaban la zona de trabajo, más brillantes que el sol mismo eran los fuegos de los sopletes a diez mil grados Fahrenheit que tanto el ciego Orphu como Mahnmut, cegado también por el cieno, usaban con la delicadeza de escalpelos.

Vigas, cabrias, poleas y cadenas estaban todas en su sitio y a pleno rendimiento mientras los dos moravecs y la propia *Dama Oscura* supervisaban el transporte de cada cabeza nuclear a medida que las retiraban de los misiles. La bodega de carga del sumergible europeo de Mahnmut nunca estaba completamente vacía: se llenaba con una fluidospuma programable que se convertía en soportes internos para contrarrestar las terribles presiones si la bodega estaba vacía pero que podía rodear y sujetar cualquier carga... incluso a Orphu de Io cuando viajaba en el rincón. Ahora la flui-

dospuma se adaptaba para envolver y sostener cada cabeza nuclear mientras Mahnmut y Orphu atornillaban y maldecían colocándolas.

En un momento dado, poco después de hecho la mitad del agotador trabajo, Mahnmut fingió dar una palmadita a la brillante cabeza contenida en su campo mientras la fluidospuma se cerraba a su alrededor, y dijo:

—«¿Cuál es tu sustancia, de qué estás hecha,
que millones de extrañas sombras te atienden?»

—¿Tu viejo amigo Will? —preguntó Orphu mientras ambos moravecs volvían a la confusión de agitado cieno de abajo para empezar a cortar la siguiente cabeza.

—Sí —respondió Mahnmut—. Soneto cincuenta y tres.

Unas dos horas más tarde, justo después de haber asegurado otra brillante cabeza azulada en la bodega ya abarrotada (estaban separando los agujeros negros tanto como podían), Orphu dijo:

—Esta respuesta a nuestro problema te está costando tu nave. Lo siento, Mahnmut.

El europeo asintió, confiando en que el radar profundo de su enorme amigo captara el movimiento. En cuanto Orphu había sugerido aquella estrategia, Mahnmut se había dado cuenta de que significaba perder su amada *Dama Oscura* para siempre: era imposible que pudieran extraer las cabezas del casco cubierto de fluidospuma para pasarlas a una bodega diferente. La mejor posibilidad que tenían era que los moravecs se encontraran con otra nave en órbita baja que pudiera impulsar *La Dama Oscura* y su cargamento letal para el planeta lejos de la Tierra, al espacio profundo, lo más cuidadosa y rápidamente posible.

—Pienso que la recuperaré —dijo Mahnmut, oyendo el patético tono de su propia voz por radio.

—Te construirán otra algún día —dijo Orphu.

—No sería lo mismo —respondió Mahnmut. Había pasado más de siglo y medio en aquel pequeño sumergible.

—No —reconoció Orphu—. Nada será lo mismo después de esto.

Al final de las dieciocho horas, después de que el último grupo de nacientes agujeros negros fuera descargado, fluidospumado en su sitio y las puertas de la bodega de carga de *La Dama Oscura* se hubiesen cerrado, am-

bos moravecs se hallaban en estado de agotamiento nervioso y físico casi absoluto mientras recorrían juntos los restos del naufragio.

—¿Hay algo que tengamos que investigar o recuperar de *La espada de Alá*? —preguntó Orphu.

—En este momento no —envió el Integrante Primero Asteague/Che desde la *Reina Mab*. La nave había permanecido sospechosamente silenciosa durante las últimas dieciocho horas.

—No quiero volver a ver esta maldita cosa —dijo Mahnmut, demasiado agotado para preocuparse por estar hablando por el canal común—. Es una obscenidad.

—Amén —dijo el centurión líder Mep Ahoo desde la nave de contacto que sobrevolaba las alturas.

—¿Hay algo que queráis decirnos sobre lo que ha estado pasando ahí arriba con Odiseo y su chica estas últimas dieciocho horas o así? —preguntó Orphu.

—En este momento no —dijo de nuevo el Integrante Primero Asteague/Che—. Subid las cabezas nucleares. Tened cuidado.

—Amén —repitió Mep Ahoo, y no parecía decirlo con ninguna ironía.

Suma IV era un piloto condenadamente bueno, eso había que reconocerlo... y Orphu y Mahnmut lo hacían. Suma IV bajó la nave de contacto hasta que *La Dama Oscura* estuvo plenamente sumergida y las puertas de la nave mucho mayor se cerraron bajo ella. Entonces Suma IV vació despacio el agua de mar, pero sólo a medida que la fluidospuma de la nave de contacto la iba sustituyendo, rodeando el sumergible y su cargamento azul con otra capa de envoltorio.

Orphu de Io ya habían usado cables para conectarse y auparse al techo de la nave de contacto antes de que *La Dama Oscura* fuera ingerida, pero Mahnmut dejó su puesto sólo en el último momento, permitiendo a la *Dama* que se fijara y controlara sola durante el delicado izamiento y colocación. Mahnmut se sentía obligado a decir algunas palabras cuando salió de su nave para siempre, pero a parte de un adiós que tensorrayó sin obtener respuesta a la IA del sumergible, no dijo nada.

La nave de contacto salió del agua, expulsando océano por los tubos de ventilación, y Mahnmut usó sus últimas fuerzas, mecánicas y orgánicas, para auparse a ella y luego bajar por la más pequeña de las dos compuertas de acceso hasta la bodega donde viajaban los soldados.

En cualquier otra circunstancia, la confusión en esa sección le hubiese parecido cómica, pero en ese momento no había muchas cosas que le parecieran cómicas a Mahnmut. Replegando todos sus manipuladores y antenas, Orphu apenas había podido entrar por la más grande de las dos compuertas y la masa del ioniano ocupaba casi todo el espacio de los asientos de los veinte rocavecs. Los soldados se repartían por el estrecho corredor de acceso que conducía a la cabina. Había rocavecs negros y picudos con sus armas por todas partes, así que Mahnmut tuvo que arrastrarse por encima de sus formas quitinosas para reunirse con Mep Ahoo y Suma IV en la abarrotada cabina.

Suma IV pilotaba la nave manualmente, usando el omnicontrolador constantemente para equilibrar el vuelo y su carga, manejando los impulsores como los pianistas humanos debieron usar una vez sus instrumentos queridos.

—No hay más arneses de sujeción —le dijo Suma IV a Mahnmut sin volver la cabeza—. Hemos usado el último para sujetar a tu amigo el grandullón en la bodega de transporte de tropas. Extiende el último asiento eyector y pégate al casco, por favor, Mahnmut.

Mahnmut hizo lo que le decían. Advirtió que estaba demasiado cansado para ponerse otra vez en pie (la gravedad de la Tierra era terrible, después de todo) y tenía ganas de llorar para liberar componentes químicos después de las últimas dieciocho horas de esfuerzo y tensión.

—Agarraos —dijo Suma IV.

La nave de contacto se alzó lenta, verticalmente, aparentemente metro a metro, sin sobresaltos, sin sorpresas, hasta que Mahnmut vio por la ventanilla principal de la cabina que habían alcanzado una altura de unos dos kilómetros y empezaban a inclinarse levemente mientras los motores pasaban de impulso vertical a delantero. Nunca hubiese imaginado que una máquina pudiera manejarse con tanta delicadeza.

A pesar de todo había sacudidas y, a cada una de ellas, Mahnmut contenía la respiración y sentía latir su corazón orgánico mientras esperaba que los agujeros negros que había en el vientre de la nave de contacto pasaran a estado crítico. Con que lo hiciese uno, todos los demás se colapsarían sobre sí mismos una millonésima de segundo más tarde.

Mahnmut trató de imaginar la consecuencia inmediata: los miniagujeros negros mezclándose al instante y zambulléndose a través del casco de *La Dama Oscura* y la nave, la masa acelerando hacia el centro de la Tierra a diez metros por segundo, sorbiendo consigo toda la masa de las dos na-

ves moravecs, y luego las moléculas del aire, después el mar, luego el fondo del mar, luego la roca, luego la corteza de la Tierra misma mientras los agujeros negros corrían hacia el centro.

¿Durante cuántos días o meses el gran miniagujero negro, compuesto de los setecientos sesenta y ocho agujeros negros de las cabezas nucleares, rebotaría de un lado para otro por todo el planeta y saltaría al espacio — ¿hasta qué altura?— en cada rebote? La parte computadora electrónica de la mente de Mahnmut le dio la respuesta, aunque no la quería, aunque la parte física de su cerebro estaba demasiado cansada para asimilarla. Lo bastante lejos para que los agujeros negros absorbieran el más de millón de objetos de los anillos orbitales en el primer centenar de rebotes a través del planeta, pero no lo suficiente para alcanzar la Luna.

No habría ninguna diferencia para Mahnmut, Orphu, y los otros moravecs, incluso aquellos que estaban a bordo de la *Reina Mab*. Los moravecs de la nave de contacto se desintegrarían casi instantáneamente, sus moléculas se extenderían hacia el centro de la tierra con el miniagujero cuando éste cayera, y luego más allá, elasticándose (¿existía esa palabra?, se preguntó el cansado Mahnmut) a través de sí mismos mientras el agujero negro volvía a subir a través del núcleo del planeta.

Mahnmut cerró sus ojos virtuales y se concentró en respirar, en sentir la nave acelerar suave pero constantemente mientras ascendía. Era como si estuvieran en una suave rampa de cristal que se elevaba hasta los cielos. Suma IV era muy bueno.

El cielo cambió del azul de la tarde al negro del vacío. El horizonte se curvó como un arco. Las estrellas parecieron explotar a la vista.

Mahnmut activó su visión para mirar por la ventanilla de la cabina además de a través del suministrador de imágenes de la conexión umbilical de su puesto.

No ascendían hasta la *Reina Mab*, eso estaba claro. Suma IV niveló la nave de contacto a una altura de no más de trescientos kilómetros (apenas por encima de la atmósfera) y cambió los impulsores para volver la cabina de modo que la luz solar cayera de lleno sobre las puertas de la bodega de carga. Los anillos y la *Mab* estaban más de treinta kilómetros más arriba y la nave atómica moravec se hallaba al otro lado de la Tierra en ese momento.

Mahnmut desconectó la alimentación visual un segundo, sintiendo la gravedad cero como una liberación física de la gravedad de su trabajo de las últimas dieciocho horas, y contempló a través las mamparas transpa-

rentes lo que una vez había sido Europa, las aguas azules y las blancas masas de nubes del océano Atlántico (la marca de la Brecha no era ni siquiera una fina línea desde aquella altura o desde aquel ángulo), y no por primera vez en las últimas dieciocho horas, Mahnmut el moravec se preguntó cómo una especie viva dotada de un mundo natal tan hermoso podía armar un submarino (armarse, armar cualquier máquina) con misiles sin inteligencia de destrucción total. ¿Qué cosa de ningún universo mental justificaba el asesinato de millones, mucho menos la destrucción de un planeta entero?

Mahnmut sabía que todavía no estaban fuera de peligro. En todos los aspectos técnicos, unos pocos cientos de kilómetros no cambiaban en absoluto la situación, podrían haber estado aún en el fondo del océano. Si alguno de los agujeros negros se activaba y disparaba los demás para convertirse en una singularidad, el rebote continuo a través del corazón de la Tierra sería igual de seguro. Estar en caída libre no era lo mismo que estar fuera del campo gravitatorio de la Tierra. Las cabezas nucleares tendrían que estar muy lejos (más allá de la órbita de la Luna ciertamente, ya que era obvio que la gravedad de la Tierra todavía reinaba allí), a millones de kilómetros de distancia, para que la amenaza terminara. La única diferencia en el resultado a esas alturas, Mahnmut lo sabía, sería que la tasa de desintegración de los moravecs aumentaría un pequeño tanto por ciento en los minutos iniciales.

Una nave espacial negro mate sin cobertura dejó su protección de invisibilidad, retiró su campo de fuerza, salió de su escondite (maldición, Mahnmut no tenía palabras para expresarlo), apareció a menos de cinco kilómetros de ellos por la parte del sol. La nave era obviamente de diseño moravec, pero de un diseño más avanzado que ninguna nave que Mahnmut hubiera visto jamás. Si la *Reina Mab* se parecía a algún artefacto del siglo XX de la Edad Perdida de la Tierra, esa nave recién aparecida parecía siglos por delante de todo lo que los moravecs tenían. La negra forma conseguía parecer a la vez rechoncha y letalmente estilizada, a la vez simple e imposiblemente complicada en sus geometrías fractales de ala de murciélago, y no había ninguna duda, eso pensaba Mahnmut, de que la nave llevaba armas espantosas.

Se preguntó durante unos segundos si los Integrantes Primeros iban a arriesgarse a perder una de sus naves invisibles pero... no, incluso mientras reflexionaba, Mahnmut vio una abertura formarse en el curvado vientre de la nave de guerra y un largo aparato parecido a la escoba de una bruja sa-

lió al espacio, rotó sobre su largo eje, se alineó con la nave de contacto y usó impulsores secundarios a cada lado de un motor acampanado absurdamente enorme para impulsarse silenciosamente en su dirección.

Orphu le tensorrayó: *¿Por qué nos sorprendemos? Los Integrantes Primeros han tenido más de dieciocho horas para idear algo y los moravecs siempre hemos criado buenos ingenieros.*

Mahnmut estuvo de acuerdo. A medida que la escoba se acercaba, reduciendo la velocidad y rotando, frenando, manteniendo los impulsores lejos del vientre de la nave de contacto, Mahnmut vio que el aparato medía unos sesenta metros de largo y que tenía un pequeño nódulo cerebro IA en el centro de una masa que parecía la silla de montar de un jamelgo huesudo, montones de manipuladores plateados y tenazas de metal y un gran motor de impulsión superior, justo delante del enorme motor acampanado, además de docenas de diminutos impulsores.

—Voy a soltar el sumergible —dijo Suma IV por la banda común.

Mahnmut vio a través de las cámaras del casco de la nave de contacto cómo las puertas de la bodega de carga se abrían y *La Dama Oscura* salía flotando lentamente, impulsaba por infinitésimas vaharadas de gas. Su amado sumergible empezó a rotar muy lentamente y como su propio sistema de estabilización estaba desconectado, ni siquiera intentó estabilizarse sola. Mahnmut pensó que nunca había visto nada más fuera de su elemento (otra vez) que la *Dama* en el espacio, a trescientos kilómetros por encima del brillante océano azul que había bajo ellos.

La nave robot en forma de escoba no permitió que el sumergible estuviera solo mucho tiempo. Se impulsó con cuidado, equiparó velocidades a la perfección, acercó a *La Dama Oscura* brazos manipuladores que se movían tan suavemente como los de un amante después de una larga ausencia de su amada, y luego cerró las sólidas tenazas. De nuevo con amoroso cuidado la IA de la escoba (o el moravec de la nave de guerra que la controlaba) extrajo una brillante manta molecular de estaño dorado y con mucha delicadeza envolvió en ella todo el submarino. Los ingenieros no querían que los cambios de temperatura dispararan los agujeros negros.

Los impulsores se encendieron y la forma de mantis religiosa de la nave robot con la masa envuelta de *La Dama Oscura* se apartó de la nave de contacto, el robot se alineó a lo largo de su eje para que el motor de campana apuntara hacia abajo, hacia el mar azul y las nubes blancas y el límite de iluminación que cruzaba visiblemente Europa.

—¿Qué van a hacer con los pequeños leucocitos láser? —preguntó Or-

phu de Io por la banda común.

Mahnmut se había preguntado también cómo iban a impedir que los atacantes láser robóticos de limpieza dispararan las cabezas nucleares, pero eso no era problema suyo, así que no había intentado resolverlo en las anteriores dieciocho horas.

—La *Valkiria*, la *Indomable* y la *Nimitz* van a acompañar la nave robot y destruirán todos los leucocitos que se acerquen —dijo Suma IV—. Mientras nuestras naves de guerra permanecen camufladas, por supuesto.

Orphu se rió en voz alta por la banda común.

—¿*Valkiria*, *Indomable* y *Nimitz*? —borboteó—. Vaya, los pacíficos moravecs nos volvemos más temibles a cada minuto que pasa, ¿no?

Nadie respondió. Para romper el silencio, Mahnmut dijo:

—¿Cuál es...? No, espera, se ha ido.

El murciélago fractal negro había vuelto a hacerse invisible. Ni siquiera una mancha difusa en el campo estelar o el campo de los anillos sugería su presencia.

—Ésa era la *Valkiria* —dijo Suma IV—. Diez segundos.

Nadie los contó en voz alta. Todos lo hacían en silencio, Mahnmut estaba seguro.

A la cuenta de cero, el motor de campana de alta impulsión fue iluminado por un levisimo brillo azul que recordó a Mahnmut el de radiación Cerenkov de las cabezas nucleares. La mantis-escoba empezó a moverse, a ascender... con agónica lentitud. Pero Mahnmut sabía que cualquier cosa bajo impulso constante el tiempo suficiente adquiriría una velocidad asombrosa al cabo de poco, mientras salía del pozo gravitatorio de la tierra, y también sabía que la nave robot aumentaría ese impulso a medida que ascendiera. Probablemente, cuando la nave y el casco muerto envuelto en la manta térmica de *La Dama Oscura* llegaran a la órbita vacía de la Luna terrestre, el conjunto habría adquirido velocidad de escape. Aunque los agujeros negros se activaran llegados a ese punto, las singularidades serían un riesgo en el espacio, no la muerte de la Tierra.

La nave robot no tardó en desaparecer contra el campo en movimiento de los anillos. Mahnmut no vio ni un leve atisbo de fusión o de escapes iónicos en las tres naves moravec invisibles que presumiblemente escoltaban al robot.

Suma IV cerró las puertas de la bodega de carga.

—Muy bien, todo el mundo atento, por favor —dijo el piloto—. Algunas cosas extrañas han estado sucediendo mientras nuestros amigos es-

taban ocupados bajo la superficie de ese océano de ahí abajo. Tenemos que volver a la *Reina Mab*.

—¿Qué ha pasado con nuestra misión de reconocimien...? —empezó a decir Mahnmur.

—Podéis descargar los datos grabados mientras ascendemos —lo interrumpió Suma IV—. Ahora mismo los Integrantes Primeros nos quieren a bordo. La *Mab* va a retirarse durante un tiempo... retrocederá hasta la órbita lunar como mínimo.

—No —dijo Orphu de Io.

La sílaba resonó en la línea de comunicación como el tañido único de una enorme campana.

—¿No? —dijo Suma IV—. Ésas son nuestras órdenes.

—Tenemos que volver a la veta Atlántica, a la Grieta o como se llame. Tenemos que volver ahora.

—Más vale que te calles y te agarres fuerte —dijo el gran ganimedia— que estaba a los controles—. Voy a llevar la nave de contacto a la *Mab*, como nos han ordenado.

—Mira las imágenes que tomaste desde diez mil metros de altura —dijo Orphu, y suministró la imagen a todos los que había a bordo a través de su conexión umbilical.

Mahnmur miró. Era la misma imagen que había visto antes de empezar a trabajar en las cabezas nucleares: la sorprendente Grieta en el océano, la proa destrozada del submarino emergiendo desde la pared norte de aquella Grieta, un pequeño campo de escombros.

—Estoy ciego a las frecuencias ópticas —dijo Orphu—, pero sigo manipulando las imágenes de radar y ahí hay algo raro. Ésta es la mejor ampliación y definición que he podido conseguir de la fotografía visual. Ya me dirás si hay algo interesante que merezca ser examinado más de cerca.

—Te diré ahora mismo que nada de lo que veamos ahí me hará volver —dijo llanamente Suma IV—. No os habéis enterado todavía, pero la isla asteroide (ese enorme asteroide donde desembarcamos a Odiseo) se marcha. Ya ha cambiado su eje y se ha alineado, y los impulsores de fusión están en marcha mientras hablamos. Y vuestro amigo Odiseo ha muerto. Y más de un millón de satélites de los anillos polar y ecuatorial (acumuladores de masa, los aparatos de faxteletransporte y otras cosas) han vuelto a cobrar vida. Nos marchamos.

—MIRA LAS MALDITAS FOTOGRAFÍAS —gritó Orphu de Io.

Todos los moravecs que iban a bordo, incluso aquellos que no tenían

orejas, se llevaron las manos a la cabeza para cubrírse las.

Mahnmut miró la siguiente fotografía de la serie digital. No sólo había sido ampliada a partir de su tamaño original, sino que los píxeles se habían espaciado.

—Hay una especie de mochila en el suelo seco de la Brecha —dijo Mahnmut—. Y a su lado...

—Una pistola —dijo el centurión líder Mep Ahoo—. Un arma de fuego que dispara balas, si mi suposición es correcta.

—Y al lado parece que hay un cuerpo humano —dijo uno de los negros soldados quitinosos—. Algo que lleva muerto mucho tiempo... todo momificado y aplastado.

—No —dijo Orphu—. Comprobé las mejores imágenes de radar. Eso no es un cuerpo humano, sino una termopiel humana.

—¿Y? —preguntó Suma IV desde su puesto a los controles—. El naufragio del submarino expulsó a uno de sus pasajeros o algunas de las pertenencias de un humano. Son parte del campo de escombros.

Orphu bufó con fuerza.

—¿Y sigue ahí después de dos mil quinientos años estándar? Lo dudo, Suma. Mira la pistola. No hay óxido. Mira la mochila. No está podrida. Esa parte de la Brecha está a merced de los elementos, incluidos el viento y la luz, pero ese material no se ha degradado.

—Eso no demuestra nada —dijo Suma IV mientras tecleaba las coordenadas de encuentro con la *Reina Mab*. Los impulsores colocaron la nave de contacto para la alineación adecuada y la ignición—. En algún momento pasado un humano antiguo llegó aquí para morir. Ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos.

—Mira en la arena —dijo Orphu.

—¿Qué?

—Mira la quinta imagen que he ampliado. En la arena. Yo no puedo verla, pero el radar llega hasta tres milímetros. ¿Qué ves ahí... con tus ojos?

—Una pisada —dijo Mahnmut—. Una pisada de un pie humano descalzo. Varias pisadas. Todas claras en el suelo húmedo y la arena blanda. Todas se dirigen hacia el oeste. La lluvia las borraría en unos cuantos días. Algún humano ha estado aquí en las últimas cuarenta y ocho horas o menos... quizá incluso mientras nosotros trabajábamos recuperando las cabezas nucleares.

—No importa —dijo Suma IV—. Nuestras órdenes son regresar a la *Reina Mab* y vamos a...

—Lleva la nave de vuelta a la Brecha Atlántica —ordenó el Integrante Primero Asteague/Che desde el otro lado de la Tierra, a treinta mil kilómetros de altura—. Nuestro estudio de las imágenes que tomamos apresuradamente en la última órbita muestran lo que puede ser el cuerpo de un ser humano en la Brecha, aproximadamente a veintitrés kilómetros al oeste del submarino naufragado. Id y recuperadlo de inmediato.

Cobro solidez y me doy cuenta de que me he TCeado yo solo a los aposentos privados de Helena de Troya, al baño del palacio que solía compartir con su difunto esposo, Paris, y que ahora comparte con su antiguo suegro, el rey Príamo. Sé que sólo tengo unos minutos para actuar, pero no sé qué hacer.

Esclavas y criadas chillan cuando paso de una habitación a otra llamando a Helena. Oigo que las sirvientas llaman a los guardias y comprendo que tal vez tenga que TCearme rápidamente si no quiero acabar ensartado por una lanza troyana. Entonces veo un rostro familiar en la siguiente cámara. Es Hipsipila, la esclava de Lesbos a quien Andrómaca usaba como cuidadora personal de la loca Casandra. Esta Hipsipila puede que sepa dónde está Helena, ya que Helena y Andrómaca estaban muy unidas la última vez que las vi. Y al menos esta esclava no huye ni llama a los guardias.

—¿Sabes dónde está Helena? —pregunto mientras me acerco a la fornida mujer. Su rostro ceñudo es tan expresivo como un calabacín.

Como en respuesta, Hipsipila retrocede y me da una patada en las gónadas. Yo levito, me agarro, caigo al suelo de losetas, ruedo en agonía y chilló.

Ella se dispone a descargar otra patada que podría arrancarme la cabeza si no la esquivo, así que intento esquivarla, recibo el puntapié en el hombro y acabo rodando en un rincón, incapaz incluso de gritar, con el hombro izquierdo y el brazo aturdidos hasta la punta de los dedos.

Lucho por ponerme en pie, encogido, mientras la enorme mujer se me acerca con ojos decididos.

«TCéate a alguna parte, idiota —me aconsejo a mí mismo—. ¿Adónde?

¡A cualquier parte pero lárgate de aquí!»

Hipsipila me agarra por la parte delantera de la túnica y se dispone a darme un puñetazo en la cara. Levanto los antebrazos para bloquear el golpe y el impacto de los grandes nudillos de su puño me rompe el cúbito y el radio de ambos brazos. Choco contra la pared y ella me agarra de nuevo por la camisa y me golpea en la barriga.

De repente vuelvo a estar de rodillas, vomitando, intentando agarrarme a la vez el vientre y las pelotas, sin aire suficiente para chillar.

Hipsipila me da una patada en las costillas, me rompe al menos una, y yo ruedo de lado. Oigo el golpeteo de las sandalias de los soldados que suben por la escalera principal.

«Ahora me acuerdo. La última vez que vi a Hipsipila estaba protegiendo a Helena y yo la dejé fuera de combate para llevarme a Helena.»

La esclava me levanta como si fuera un muñeco de trapo y me abofetea, primero con la palma, luego con el dorso, luego otra vez con la palma. Siento que mis dientes se aflojan y de pronto me alegro de no tener las gafas que solía llevar.

«Joder, Hockenberry —se cabrea parte de mi mente—. Acabas de ver a Aquiles matar a Zeus que impulsa las tormentas en combate singular y aquí te está dando la del pulpo una puñetera lesbiana.»

Los guardias irrumpen en la habitación, apuntándome con sus lanzas. Hipsipila se vuelve hacia ellos, todavía agarrando mi túnica con una de sus manazas, mientras mis pies de puntillas rozan el suelo, y me tiende, ofreciéndome a sus lanzas.

Nos TCeo a ambos a lo alto de la gran muralla.

Un estallido de sol a nuestro alrededor. Los guerreros troyanos gritan y retroceden. Hipsipila se sorprende tanto de este cambio de sitio instantáneo que me suelta.

Uso los segundos de su confusión para ponerle la zancadilla. Ella cae de rodillas, pero yo, todavía de espaldas, encojo las piernas, las impulso, y de una patada la empujo por el baluarte abierto hasta la ciudad de abajo.

«Eso te enseñará, vaca musculosa, te enseñará a no meterte con el doctor Thomas Hockenberry, catedrático de Literatura Clásica...»

Me pongo en pie, me sacudo y miro hacia abajo. La gran vaca musculosa ha caído sobre el techo de lona de un puesto del mercado, lo ha roto, ha aterrizado en un montón de lo que desde aquí parecen patatas y ahora corre hacia las escaleras cercanas a las puertas Esceas para volver a donde yo espero.

«Mierda.»

Corro por la muralla hacia el lugar donde ahora veo a Helena junto con los otros miembros de la familia real, en la amplia zona cercana al templo de Atenea donde suelen contemplar la lucha. La atención de todo el mundo está fija en la batalla que tiene lugar en la playa (la última resistencia de mis aqueos condenados, obviamente en sus últimas fases ya), así que nadie me detiene antes de que agarre a Helena por el hermoso y níveo brazo.

—Hock-en-bee-rry —dice ella, maravillada—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué te...?

—¡Tenemos que sacar a todo el mundo de la ciudad! —jadeo—. ¡Ahora! ¡Ahora mismo!

Helena niega con la cabeza. Los guardias se han dado la vuelta y echan mano a sus espadas y sus lanzas, pero Helena los detiene.

—Hock-en-bee-rry... es maravilloso... estamos venciendo... los argivos caerán como trigo ante nuestra guadaña... en cualquier momento el noble Héctor...

—¡Tenemos que sacar a todo el mundo de los edificios, de la muralla, de la ciudad!

No sirve de nada. Los guardias nos rodean, dispuestos a proteger a Helena, al rey Príamo y a los otros miembros de la familia real matándome o sacándome de aquí. Nunca convenceré a Helena ni a Príamo de que adviertan a los ciudadanos a tiempo.

Jadeando, consciente de los pesados pasos de Hipsipila que sube por el baluarte hacia nosotros, jadeo:

—Las sirenas. ¿Dónde pusieron los moravecs las sirenas antiaéreas?

—¿Sirenas? —dice Helena. Ahora parece alarmada, como si hubiera que tratar rápidamente mi locura.

—Las sirenas antiaéreas. Las que gemían hace meses cuando los dioses atacaban la ciudad por el aire. ¿Dónde pusieron los moravecs... los seres-muñeco mecánicos el equipo de las sirenas antiaéreas?

—Oh, en la antesala del templo de Apolo, pero Hock-en-bee-rry, ¿por qué te...?

Sujetándola con fuerza por el brazo, visualizo las escalinatas del templo de Apolo y nos TCEO allí un segundo antes de que los guardias y una mujerona furiosa de Lesbos puedan agarrarme.

Helena jadea cuando cobramos solidez en los escalones blancos, pero tiro de ella hasta la antesala. No hay guardias. Todos los habitantes de la ciudad parecen estar en las murallas o en algún lugar elevado para ver el

final de la guerra en la playa.

El equipo está aquí, en la pequeña habitación donde los acólitos se cambian de ropa, junto a la antesala principal del templo. La advertencia de las sirenas antiaéreas era automática, la disparaban los controles de radar y de misiles antiaéreos de los moravecs, ahora desaparecidos, pero, tal como yo recordaba, los ingenieros moravec instalaron también un micrófono con el resto de equipo electrónico, por si el rey Príamo o Héctor querían dirigirse a toda la población de Troya a través de los treinta enormes altavoces repartidos por la ciudad amurallada.

Estudio el equipo durante unos segundos: lo hicieron lo suficientemente simple para que un niño pudiera usarlo y de ese modo los troyanos no se complicaran la vida, y ese tipo de tecnología para niños es justo la que el doctor Thomas Hockenberry puede manejar.

—Hock-en-bee-rry...

Pulso el interruptor que dice SISTEMA ENCENDIDO, tiro de la barra que dice ANUNCIO POR ALTAVOZ, tomo el micrófono de aspecto arcaico y empiezo a farfullar. Oigo mis propias palabras que resuenan en un centenar de edificios y en las grandes murallas...

—¡ATENCIÓN! ¡ATENCIÓN! A TODO EL PUEBLO DE ILIÓN... EL REY PRÍAMO PROCLAMA UNA ADVERTENCIA DE TERREMOTO... ¡EFECTO INMEDIATO! ABANDONAD TODOS LOS EDIFICIOS... ¡AHORA! SALID DE LAS MURALLAS... ¡AHORA! SALID DE LA CIUDAD A CAMPO ABIERTO SI PODÉIS. SI ESTÁIS EN UNA TORRE, EVACUADLA... ¡AHORA! UN TERREMOTO SACUDIRÁ ILIÓN DE UN MOMENTO A OTRO. REPITO, EL REY PRÍAMO DA UNA ORDEN DE EVACUACIÓN POR TERREMOTO, EFECTO INMEDIATO... ¡DEJAD TODOS LOS EDIFICIOS Y BUSCAD ESPACIOS ABIERTOS ¡AHORA MISMO!

Lo repito durante otro atronador minuto, luego desconecto, agarro a la boquiabierta Helena y la saco del templo de Apolo y la llevo al mercado central.

La gente se congrega y habla, contemplando los diversos altavoces de donde ha surgido mi advertencia, pero nadie parece dispuesto a evacuar la ciudad. Unas cuantas personas salen de los grandes edificios que rodean la plaza central, pero casi nadie corre hacia las puertas Esceas abiertas y el campo, como mi anuncio ordenaba que hicieran todos.

—Mierda —digo.

—Hock-en-bee-rry, estás muy tenso. Ven a mis aposentos y tomaremos vino con miel y...

Tiro de ella para que me siga. Aunque nadie más se dirige a las puertas

abiertas y salga de los edificios, yo voy a hacerlo. Y voy a salvar a Helena lo quiera o no.

Me detengo antes de entrar en la estrecha avenida que se extiende al oeste de la enorme plaza. ¿Qué estoy haciendo? No tengo que correr como un idiota. Sólo tengo que visualizar la Colina de Espinos, más allá de las murallas, y TCear hasta allí...

—Oh, mierda —repito.

Sobre nosotros, horizontal, aparentemente con una anchura de kilómetros, descendiendo veloz, se forma el tipo de Agujero Brana que he visto ya sobre el Olimpo : un círculo rodeado de llamas. A través del Agujero sólo veo cielo oscuro y estrellas.

—¡Maldición!

Decido en el último segundo no teletransportarme: la posibilidad de quedar atrapado en el espacio cuántico cuando el Agujero Brana nos alcance es demasiado grande.

Tiro de la horrorizada Helena para volver al centro de la plaza. Con suerte, estaremos fuera del alcance de las paredes y los edificios cuando caigan.

El anillo de fuego cae a nuestro alrededor, más allá de Ilión, más allá de las colinas circundantes, y se extiende durante al menos tres kilómetros e, inmediatamente después de que caiga, nosotros caemos. La sensación es que toda la antigua ciudad de Troya está en un ascensor al que de pronto le han cortado los cables, y dos segundos después se desata el infierno.

Mucho más tarde, los ingenieros moravec me dirían que toda la ciudad de Ilión cayó literalmente dos metros antes de aterrizar en el suelo de la Tierra actual. Todos los combatientes de la playa (más de ciento cincuenta mil hombres sudando, chillando, luchando) también cayeron de pronto dos metros, y no sobre la suave arena de la playa, sino sobre la roca y los arbustos que habían ocupado el lugar de la arena después de que la costa se retirara casi trescientos metros al oeste.

Para Helena y para mí, que estábamos en la gran plaza de la ciudad, esos últimos minutos de Ilión fueron casi nuestros últimos minutos también.

Fue la torre sin remate cercana a la muralla de la esquina sureste de la plaza (la misma torre dañada y sin remate donde Helena me había apuñalado en el corazón parecía que hiciese años), la que se desplomó sobre los

edificios de abajo, colapsándose como la chimenea de una fábrica gigantesca. Se abalanzó directamente contra nosotros mientras nos agazapábamos en la plaza, al descubierto, cerca de la fuente.

Esa fuente nos salvó la vida. La estructura con sus muchos escalones, su estanque y su obelisco central (de no más de tres metros de altura), fue apenas suficiente para desviar los escombros de la torre caída. Nos quedamos tosiendo en medio de una nube de polvo y trozos más pequeños, pero al menos los bloques de piedra más grande se esparcieron por otros lugares del mercado.

Estábamos aturridos. Las enormes piedras del pavimento de la plaza habían quedado destrozadas por la caída de dos metros. El obelisco de la fuente se inclinaba treinta grados y la fuente misma se había detenido para siempre. Toda la ciudad estaba perdida en una nube de polvo que no se despejó del todo durante más de seis horas. Cuando por fin Helena y yo nos levantamos y empezamos a sacudirnos, tosiendo y tratando de limpiarnos de la nariz y la garganta el terrible polvo blanco, otras personas corrían ya (al azar, llevadas por el pánico, cuando ya era demasiado tarde para huir) mientras que unos pocos habían empezado a cavar entre las ruinas y los escombros, tratando de encontrar y ayudar a otros.

Más de cinco mil personas murieron en la Caída de la Ciudad. La mayoría quedaron atrapados en los edificios más grandes. Tanto el templo de Atenea como el de Apolo se derrumbaron, sus muchas columnas se resquebrajaron y volaron como palillos rotos. El palacio de Paris, ahora hogar de Príamo, era escombros. Ninguno de sus habitantes sobrevivió, excepto Hipsipila, que todavía me estaba buscando por las murallas cuando se desplomó. Muchas personas se hallaban en las murallas oeste y suroeste, que no se derrumbaron por completo, pero se combaron hacia fuera o hacia dentro en muchos puntos y la gente cayó a las rocas de la llanura del Escamandro o a la ciudad y sus escombros. El rey Príamo fue uno de los que murieron de esa forma, así como varios miembros de la familia real, incluida la desdichada Casandra. Andrómaca, esposa de Héctor y superviviente si alguna vez hubo una, no sufrió ni un arañazo.

La ciudad de Troya se hallaba en los antiguos tiempos en una zona de terremotos como esa parte de Turquía lo estaba en mi época, la gente sabía cómo reaccionar a los terremotos como lo hacía en mi época, y mi anuncio probablemente salvó a muchos. Hubo quienes corrieron hacia portales sólidos o escaparon a lugares abiertos para evitar el desplome de los edificios. Más tarde se estimó que varios miles corrieron hacia la llanura antes

de que la ciudad cayera y la puerta Escea y su gran dintel de piedra se hicieran pedazos.

Por mi parte, me quedé allí mirando, aturdido e incrédulo. La más noble de las ciudades, la superviviente a diez años de asedio aqueo y meses de guerra con los propios dioses, no era más que ruinas. Había incendios aquí y allá, no las omnipresentes llamas de una ciudad moderna de mi época después de un terremoto, pues no había tuberías de gas rotas sino los fuegos de los braseros y las chimeneas y las cocinas y las simples antorchas en los pasillos sin ventanas que ahora quedaban al descubierto. Incendios suficientes. El humo se mezclaba con el polvo y hacía que los muchos cientos de personas que nos congregábamos en la plaza tosiéramos y nos frotáramos los ojos.

—Tengo que encontrar a Príamo... a Andrómaca... —dijo Helena entre toses—. ¡Tengo que encontrar a Héctor!

—Ve tú a buscar a tu gente, Helena —respondí—. Yo iré a la playa a buscar a Héctor.

Me volví para marcharme, pero Helena me agarró del brazo para detenerme.

—Hock-en-bee-rry... ¿qué ha hecho esto? ¿Quién ha hecho esto?

Le dije la verdad.

—Los dioses.

Hacía tiempo que se había profetizado que Troya no podría caer hasta que la piedra tendida sobre las enormes puertas Esceas fuera retirada, y cuando las atravesé con las multitudes que huían, advertí que las puertas de madera se habían quebrado y que el gran dintel había caído.

Nada era tal como diez minutos antes. No sólo la ciudad había sido destruida en un instante, sino que la zona que la rodeaba había cambiado, el cielo había cambiado, el clima había cambiado. Ya no estábamos en Kanas, Toto.

Yo había enseñado la *Iliada* durante más de veinte años en la Universidad de Indiana y en otras partes, pero nunca había pensado en ir a Troya, a las ruinas de Troya en la costa de Turquía. Pero había visto suficientes fotos del lugar a finales del siglo XX y principios del XXI. El lugar donde Ilión había aterrizado de golpe como la casa de Dorothy se parecía más a las ruinas de Troya en el siglo XXI (una pequeña zona llamada Hisarlik) que al vivo emporio que había sido Ilión.

Mientras contemplaba el escenario cambiado (y el cielo cambiado, ya que eran las primeras horas de la tarde cuando los griegos libraban su últi-

ma lucha y ahora anochecía), recordé un Canto del *Don Juan* de Byron, escrito cuando el poeta había visitado el lugar en 1810 y sentido a la vez la conexión con la heroica historia y la distancia que lo separaba de ella:

*Altos montículos sin mármol ni un nombre,
una enorme llanura recta, rodeada de montañas
y el Ida en la distancia, aún el mismo,
un viejo Escamandro (si es él) queda;
la situación parece aún formada para la fama:
cien mil hombres combatirían de nuevo
con facilidad; pero donde yo buscaba las murallas de Ilión,
la oveja tranquila pace y la tortuga se arrastra.*

No vi ninguna oveja, pero cuando me volví hacia la ciudad destruida el perfil era casi el mismo, aunque obviamente dos metros más bajo allí donde la ciudad acababa de caer sobre el amasijo de ruinas del arqueólogo aficionado Schliemann. Recordé que los antiguos romanos habían recortado metros de la cima del risco para construir su propia Ilión más de un milenio después de la desaparición de la ciudad original. Me di cuenta de que todos habíamos tenido suerte de caer sólo dos metros. Si no hubiera sido por los restos romanos sobre las ruinas griegas, la caída habría sido mucho peor.

Al norte, donde la llanura del Simois se había extendido durante muchos kilómetros, una planicie perfecta para que pastaran y corrieran los famosos caballos troyanos, ahora crecía un bosque. La lisa llanura del Escamandro, la zona entre la ciudad y la costa del oeste, la llanura donde yo había visto desarrollarse la mayor parte de los combates en los últimos once años, era una masa de robles, pinos y marjales. Me encaminé hacia la playa, subiendo a lo que los troyanos habían llamado Colina de Espinos sin reconocer siquiera dónde me hallaba, pero en cuanto llegué a la baja cima me detuve sorprendido.

El mar había desaparecido.

No era sólo que la orilla que yo recordaba de los recuerdos incompletos de mi vida anterior en el siglo XX hubiera retrocedido levemente, ¡todo el puñetero mar Egeo había desaparecido!

Me senté en el peñasco más alto que pude encontrar en la Colina de Espinos y pensé en aquello. Me pregunté no sólo dónde nos habían enviado Nyx y Hefesto, sino a cuándo. Todo cuanto podía decir bajo el crepúsculo

era que no había luces eléctricas visibles en ninguna parte, ni tierra adentro ni en la costa y al fondo de lo que tendría que haber sido el mar Egeo pero estaba cubierto de árboles y matorrales.

«Toto, no es que ya no estemos en Kansas, es que ni siquiera estamos en Oz.»

El cielo del atardecer estaba completamente cubierto de nubes, pero aún había luz suficiente para que pudiera ver los miles y miles de hombres que se arracimaban en el arco de un kilómetro que había sido la playa apenas quince minutos antes. Al principio estuve seguro de que seguían combatiendo (vi miles de caídos de cada bando), pero luego me di cuenta de que deambulaban, sin líneas de batalla, ni defensas, ni comunicaciones ni disciplina alguna. Más tarde descubrí que casi un tercio de los hombres, troyanos y aqueos por igual, se habían roto algún hueso (sobre todo de las piernas), por los dos metros de caída sobre la roca y a hondonadas que no existían un segundo antes. En algunos lugares, me enteré poco después, hombres que habían estado intentando reducirse a pedazos minutos antes yacían gimiendo juntos o tratando de ayudarse a incorporarse mutuamente.

Bajé corriendo la colina y crucé el kilómetro de llanura que antes era mucho más fácil de cruzar, cuando estaba pelada y gastada por la batalla. Cuando llegué a la retaguardia de las líneas troyanas (por decirlo de algún modo) casi había oscurecido.

Empecé a preguntar por Héctor inmediatamente, pero pasó otra media hora antes de que pudiera encontrarlo, y para entonces todo se hacía a la luz de las antorchas.

Héctor y su hermano herido, Deífobo, conferenciaban con el comandante temporal de los argivos, Idomeneo, hijo de Deucalión y capitán de los héroes cretenses, y con Ajax de Lócride, hijo de Oileo. Ajax *el Menor* llegó a la *reunión en parihuelas*, ya que lo habían herido hasta el hueso en ambas espinillas anteriormente. También estaban presentes Trasimedes, el valiente hijo de Néstor a quien yo había creído muerto: desapareció en la batalla por la última trinchera y se le dio por muerto entre los cadáveres que allí había, pero como descubriría yo al cabo de un minuto, sólo había resultado herido, aunque tardó horas en abrirse paso en la trinchera repleta de cadáveres para encontrarse de pronto entre los troyanos, que lo habían hecho prisionero (uno de los pocos actos de merced de ese día o de cualquier otro en los casi once años de guerra entre los dos bandos). Usaba una lanza rota como muleta mientras negociaba con Héctor.

—Hock-en-bee-rry —dijo Héctor, aparente y extrañamente feliz de verme—. ¡Hijo de Duane! Me alegra que sobrevivieras a esta locura. ¿Qué ha causado esto? ¿Quién ha causado esto? ¿Qué ha ocurrido?

—Han sido los dioses —dije sinceramente—. Para ser exactos, el dios del fuego, Hefesto, y la Noche, Nyx, la misteriosa diosa que vive y trabaja con los Hados.

—Sé que estabas cercano a los dioses, Hock-en-bee-rry, hijo de Duane. ¿Por qué han hecho esto? ¿Qué quieren que hagamos?

Sacudí la cabeza. Las antorchas se agitaban y rasgaban la noche con la fuerte brisa que llegaba del oeste, de lo que antes había sido el Mediterráneo pero que ahora traía el perfume de la vegetación.

—No importa lo que quieran los dioses —dije—. Nunca volveréis a verlos. Se han ido para siempre.

Los cien o doscientos hombres reunidos a nuestro alrededor no dijeron nada y, durante un minuto, sólo se oyó en la oscuridad el sonido de las antorchas y el gemido de los muchos heridos.

—¿Cómo sabes esto? —preguntó *Ajax el Menor*.

—Acabo de llegar del Olimpo. Vuestro Aquiles ha matado a Zeus en combate singular.

Los murmullos habrían continuado hasta convertirse en un rugido si Héctor no hubiera mandado callar a todo el mundo.

—Continúa, hijo de Duane.

—Aquiles mató a Zeus y los Titanes han regresado al Olimpo. Hefesto acabará por gobernar (la Noche y los Hados lo han decidido ya), pero durante el próximo año o así, vuestra Tierra habría sido un campo de batalla en que ningún simple mortal podría haber sobrevivido. Por eso Hefesto os envió aquí... a la ciudad, sus supervivientes, los aqueos y troyanos.

—¿Dónde es aquí? —preguntó Idomeneo.

—No tengo ni idea.

—¿Cuándo se nos permitirá regresar? —preguntó Héctor.

—Nunca —dije yo. Estaba convencido de ello y mi voz reflejó esa certeza. No estoy seguro de haber pronunciado jamás dos sílabas con más confianza, ni antes ni después.

En ese momento ocurrió la segunda de las tres cosas imposibles del día (siendo la primera, según mi cuenta, la caída de Ilión a un universo diferente).

Estaba nublado desde que la ciudad había aterrizado en el risco (nubes sólidas se extendían de este a oeste) y la oscuridad del crepúsculo había lle-

gado más rápidamente por eso. Pero el viento que había traído el olor de la vegetación movía toda la masa de nubes de oeste a este, despejando el cielo nocturno sobre nosotros.

Oímos a los hombres, aqueos y troyanos por igual, exclamar largamente antes de advertir qué era lo que estaban mirando, señalando hacia el cielo.

Fui consciente de la extraña luz incluso antes de alzar la cabeza. Era más brillante que cualquier noche de luna llena que yo hubiera vivido y era un tipo de luz más rica, más lechosa, extrañamente más fluida. Estaba contemplando nuestras múltiples sombras, que se movían en las rocas a nuestros pies, sombras que ya no eran proyectadas por la luz de las antorchas, cuando Héctor me agarró por el brazo para hacerme mirar hacia arriba.

Las nubes habían pasado. El cielo nocturno seguía siendo el cielo de la Tierra: distinguí el Cinturón de Orión, las Pléyades, Polaris y la Osa Mayor al norte, en el lugar adecuado, pero el familiar cielo de finales de invierno y la luna en cuarto creciente sobre la derruida Troya al este palidecían insignificantes ante aquella nueva fuente de luz.

Dos anchas bandas de estrellas se movían y se entrecruzaban sobre nosotros, una banda al sur y moviéndose obviamente más rápida de oeste a este, el otro anillo directamente sobre nosotros y moviéndose de norte a sur. Los anillos eran brillantes y lechosos pero no difusos: distinguí miles y miles de resplandecientes estrellas en cada anillo mientras algún recuerdo largamente perdido de un artículo científico de algún periódico me decía que incluso en las noches más claras, en la mayoría de los lugares de la Tierra sólo eran visibles unas tres mil estrellas. Había decenas, tal vez centenares de miles de brillantes estrellas visibles, todas moviéndose y cruzándose en dos anillos sobre nosotros, iluminándolo todo fácilmente y proporcionándonos una especie de luz de media tarde, el tipo de luz con la que siempre había imaginado que jugaban al *soft-ball* a medianoche, en Anchorage, Alaska. Puede que fuera la cosa más hermosa que había visto en dos vidas.

—Hijo de Duane —dijo Héctor—, ¿qué son estas estrellas? ¿Son dioses? ¿Nuevas estrellas? ¿Qué son?

—No lo sé —respondí.

En ese momento, mientras más de ciento cincuenta mil hombres armados se frotaban el cuello y miraban boquiabiertos y temerosos el sorprendente nuevo cielo nocturno de esa otra Tierra, los individuos más cercanos a la playa empezaron a gritar. Tardamos varios minutos en darnos

cuenta de que algo sucedía en la parte más occidental de la masa humana. Todos los que participábamos en la reunión de Héctor corrimos a un promontorio rocoso (quizá hasta el borde de la playa original que había allí hacía miles de años, en la época de Ilión), para ver por qué gritaban los aqueos.

Por primera vez advertí que los cientos de naves negras quemadas seguían allí: habían atravesado con nosotros el Agujero Brana. Las naves calcinadas no estaban cerca del agua sino varadas para siempre en los matorrales sobre la arena, al oeste. Y entonces advertí por qué gritaban cientos de hombres.

Algo negro como la tinta pero que reflejaba la luz de las estrellas se arrastraba por el suelo del desaparecido mar desde el oeste, algo que se movía en silencio hacia nosotros siguiendo el fondo de la cuenca seca, algo que fluía y se deslizaba hacia el este con la sutil, lenta y segura certeza de la muerte. Llenó las zonas inferiores mientras nosotros mirábamos, luego rodeó las cimas boscosas de las colinas cerca del horizonte, fácilmente visibles a la luz de los nuevos anillos y, en cuestión de minutos, esas cimas quedaron rodeadas por el oscuro movimiento hasta que dejaron de ser cimas de colinas y se convirtieron en las islas de Lemnos y Tenedos e Imbros una vez más.

Ése fue el tercer extraño milagro de aquel día aparentemente interminable.

El mar oscuro como el vino regresaba a las orillas de Ilión.

Harman se llevó la pistola a la sien sólo unos segundos. Mientras su dedo acariciaba el gatillo del arma, supo que no iba a poner fin a las cosas de esa manera. Era una forma cobarde y, por aterrado que se sintiera ante la inminencia de su propia muerte, no quería acabar como un cobarde.

Giró, apuntó con el arma a la proa del antiguo submarino allá donde sobresalía a través de la pared norte de la Brecha, y apretó el gatillo hasta que el arma dejó de disparar nueve tiros más tarde. La mano le temblaba tanto que ni siquiera supo si había dado o no el enorme blanco, pero el acto de disparar a la vez enfocó y exorcizó parte de su ira y su repulsión por la locura de su propia especie.

Se desprendió lentamente de la manchada termopiel. Harman ni siquiera pensó en tratar de lavarla, sino que simplemente la hizo a un lado. Temblaba tras los vómitos y la diarrea, pero no pensó en ponerse sus ropas exteriores y sus botas mientras se levantaba, recuperaba el equilibrio, y echaba a andar hacia el oeste.

Harman no tenía que consultar sus nuevas funciones biométricas para saber que se estaba muriendo rápidamente. Podía sentir la radiación en las tripas y las entrañas y los testículos y los huesos. La debilidad final crecía en su interior como un homúnculo fantasmal que se estuviera agitando. Así que caminó hacia el oeste, hacia Ada y Ardis.

Durante varias horas, la mente de Harman estuvo maravillosamente tranquila, consciente sólo para ayudarlo a evitar pisar algo afilado o conducirlo al sendero correcto a través de los promontorios de coral o roca. Era vagamente consciente de que las paredes de la Brecha a ambos lados se volvían mucho más altas (el océano era más profundo allí), y que el aire a su alrededor era mucho más frío. Pero el sol de mediodía todavía lo al-

canzaba. Una vez, a media tarde, Harman agachó la cabeza y vio que sus piernas y muslos estaban todavía manchados, principalmente de sangre, y se acercó tambaleándose a la pared sur de la Brecha, metió la mano desnuda por el campo de fuerza (sus dedos sintieron la terrible presión y el frío) y recogió suficiente agua salada del mar para lavarse. Continuó avanzando a trompicones hacia el oeste.

Cuando empezó a pensar de nuevo le agradó advertir que no sólo lo hacía en la obscenidad de la máquina y su cargamento de muerte planetaria que ahora había dejado atrás. Empezó a pensar en su propia vida, en sus cien años de vida.

Al principio los pensamientos de Harman fueron amargos: se reprendía por haber malgastado todas aquellas décadas en fiestas y juegos y el continuo faxear sin rumbo a un acontecimiento social u otro, pero pronto se perdonó. Había habido buenos momentos, momentos reales incluso en aquella falsa existencia, y el último año de auténtica amistad, verdadero amor y sincero compromiso había compensado al menos en parte todos los años de vacío.

Pensó en su propia función en los acontecimientos del último año y encontró la capacidad para perdonarse a sí mismo también en eso. La posthumana que se hacía llamar Moira se burlaba de él diciendo que era Prometeo, pero Harman se veía más bien como una especie de combinación de Adán y Eva que, al buscar la única fruta prohibida en el perfecto Jardín de la Indolencia, había expulsado a su especie de aquel lugar despreocupado y sano para siempre.

¿Qué les había dado a cambio a Ada, a sus amigos, a su raza? ¿La lectura? Por muy importante que fueran la lectura y el conocimiento para Harman, se preguntó si esa habilidad (potencialmente mucho más poderosa que las cien funciones que ahora despertaban en su cuerpo) podría compensar todo el terror, el dolor, la incertidumbre y la muerte que se avecinaban.

Quizás, advirtió, no tenía por qué.

A medida que el atardecer fue oscureciendo la larga franja del cielo, Harman continuó caminando hacia el oeste y empezó a pensar en la muerte. Sabía que la suya propia estaba sólo a unas horas de distancia, quizá menos, pero ¿qué sabía de la idea de la muerte a la que él y su pueblo nunca habían tenido que enfrentarse hasta hacía pocos meses?

Se permitió buscar todos los datos almacenados en su interior desde el armario de cristal y descubrió que la muerte (el miedo a la muerte, la es-

peranza de sobrevivir a la muerte, la curiosidad por la muerte) habían sido el acicate central de casi toda la literatura y la religión durante los nueve milenios de información que había almacenado. Harman no comprendía del todo las ideas religiosas: le faltaba contexto aparte de su actual terror ante la presencia de la muerte. Vio el ansia en mil culturas a lo largo de miles de años por tener seguridad (cualquier seguridad) de que la vida continuaba incluso después de que la vida hubiera huido tan obviamente. Parpadeó mientras su mente sorteaba conceptos de la otra vida: el Valhalla, el cielo, el infierno, el paraíso islámico en el que la tripulación del submarino que había dejado atrás tenía tantas ganas de entrar, la sensación de tener una vida digna para seguir viviendo en las mentes y memorias de los otros... y luego echó un vistazo a todas las muchas versiones del tema de renacer a una vida terrena: el mandala, la reencarnación, el camino al centro. Para la mente y el corazón de Harman, todo era hermoso y tan vacío como una telaraña abandonada.

Mientras avanzaba hacia el oeste bajo las frías sombras, advirtió que si a algo respondía de la imaginería humana de la muerte ahora almacenada en sus células moribundas y su mismo ADN, era a los intentos literarios y artísticos por expresar el lado humano del encuentro: una especie de desafío de genio. Harman miró las imágenes almacenadas de los últimos autoretratos de Rembrandt y lloró por la terrible sabiduría que había en aquel rostro. Escuchó su propia mente leer cada palabra de la versión completa de *Hamlet* y advirtió, como habían advertido tantísimas generaciones anteriores, que aquel viejo príncipe de negro podría haber sido el único verdadero enviado del País por Descubrir.

Harman se dio cuenta de que estaba llorando y de que no era por sí mismo ni por su muerte inminente, ni siquiera por la pérdida de Ada y su hijo por nacer, en los que nunca dejaba de pensar, sino simplemente porque nunca había tenido la oportunidad de ver representar una obra de Shakespeare. Se dio cuenta de que si hubiese regresado a Ardis sano y salvo en vez de como un esqueleto sangrante y moribundo, habría insistido en que la comunidad representara una de las obras de Shakespeare... si conseguía sobrevivir a los voynix.

¿Cuál?

Tratar de decidir esta interesante cuestión distrajo a Harman lo suficiente para que no reparara en que el cielo adquiría un profundo tono crepuscular, ni en que la franja de cielo se convertía solamente en campos de estrellas y movimiento de anillos y para que no advirtiera que el frío de la

profunda trinchera que recorría le calaba primero la piel, luego la carne, después los mismos huesos.

Finalmente, no pudo continuar más. Siguió tropezando con las rocas y con otras cosas que no podía ver. Ni siquiera distinguía dónde empezaban las paredes de la Brecha. Todo era terriblemente frío y estaba totalmente oscuro: un sabor previo a la muerte.

Harman no quería morir. Todavía no. En aquel momento no. Se acurrucó en posición fetal sobre el arenoso fondo de la Brecha, sintiendo la arena y la tierra rozarle la piel con la realidad de que todavía estaba vivo. Se abrazó, los dientes castañeteando, alzó las rodillas y se las rodeó con los brazos, el cuerpo temblando, pero con la seguridad de que estaba vivo. Incluso pensó tristemente en la mochila que había dejado tan lejos atrás y en el saco de dormir térmico y en sus ropas. Su mente recordó también las barras alimenticias, pero su estómago no la acompañó.

Varias veces durante la noche Harman tuvo que arrastrarse del hueco que había cavado en la arena con su cuerpo encogido y agitarse a cuatro patas mientras vomitaba una y otra vez... pero todo lo que tenía el día anterior en el estómago había desaparecido. Luego regresaba arrastrándose despacio, a su pequeño hueco de forma fetal en la arena, esperando el leve calor que encontraría de nuevo cuando se acurrucara allí una vez más, igual que antes podía haber esperado una buena comida.

¿Qué obra? La primera que había leído había sido *Romeo y Julieta*, que contenía el afecto del primer encuentro. Repasó *El rey Lear* («nunca, nunca, nunca, nunca, nunca»), y le pareció perfectamente adecuado para un moribundo como él era, incluso para alguien que no había vivido lo suficiente para ver a su hijo o a su hija. Pero era demasiado para la familia de Ardis en su primer encuentro con Shakespeare. Como tendrían que ser ellos mismos los actores, se preguntó quién podría representar al viejo Lear... Odisseo-Nadie era el único rostro adecuado. Se preguntó cómo le iría a Nadie por aquellos días.

Harman volvió el rostro hacia arriba y contempló los anillos girar delante de las estrellas, una belleza que nunca había apreciado tanto como en aquella terrible noche. Una veta brillante (más brillante que el resto de las estrellas de los anillos juntas) trazó una osada curva contra el negro ónice, cruzó el anillo-p y se movió entre las estrellas reales antes de desaparecer tras la pared de la Brecha, por el lado sur. Harman no tenía ni idea de qué era (demasiado duradero para ser un meteorito), pero sabía que estaba tan lejos que no podía tener nada que ver con él.

Pensando en la muerte y pensando en Shakespeare, y sin decidir todavía qué obra montar primero, Harman encontró estos interesantes versos almacenados en su ADN. Claudio hablando, Claudio de *Medida por medida*, cuando se enfrentaba a su propia ejecución:

*Ah, pero morir e ir quién sabe dónde;
yacer rígido y frío y descomponerse,
convertir este calor sensible
en un montón de argamasa, y bañar el espíritu dilatado
en un mar de fieros fuegos, o morar
en desafiantes regiones de espeso hielo;
ser preso de vientos impenetrables
y soplar con incansable violencia en torno
a este mundo en suspenso; o ser peor que el peor
de aquellos que los inciertos pensamientos
aullando representan. ¡Es demasiado horrible!
La existencia terrena más penosa y repugnante
que la edad, el dolor, la penuria y la prisión
pueden descargar sobre la naturaleza es un paraíso
confrontado a todo lo que tememos de la muerte.*

Harman advirtió que estaba sollozando (encogido, helado, y sollozando) pero no por miedo a la muerte o la inminencia de su propia pérdida de todo y todos, sino de gratitud por proceder de una raza que podía engendrar a un hombre capaz de escribir esas palabras, pensar esos pensamientos. Casi, casi compensaba el pensamiento humano que había concebido, diseñado, lanzado y tripulado el submarino que había dejado atrás con sus setecientos sesenta y ocho agujeros negros esperando devorar todos los futuros de cada uno.

De repente Harman se rió en voz alta. Su mente había hecho su propio salto a la *Oda a un ruiseñor* de John Keats, y vio (no se lo mostraron, sino que lo vio por su cuenta) el guiño del joven Keats a Shakespeare en los versos del pájaro cantor:

*Seguiría tu canto y te habría escuchado yo en vano:
a tu alto réquiem conviene un pedazo de tierra.*

—¡Tres hurras por la alianza del montón de argamasa de Claudio y la sordera de Johnny! —exclamó Harman. El súbito intento de hablar le hizo volver a toser y cuando se miró la mano a la luz de los anillos, vio que había escupido sangre roja y tres dientes.

Harman gimió, se acurrucó de nuevo en su vientre de arena, se estremeció y tuvo que volver a sonreír. Su inquieto cerebro no podía dejar de hurgar en Shakespeare, igual que su lengua no dejaba de hurgar en los tres agujeros en sus encías donde antes habían estado sus dientes. Fue el parecido de *Cimbelino* lo que le hizo sonreír:

*Muchachos y muchachas en flor deben todos
como deshollinadores convertirse en polvo.*

Acababa de entender el chiste. ¿Qué clase de genio es capaz de hacer una broma infantil y juguetona en una situación tan triste?

Con este último pensamiento, Harman se sumió en un frío sueño, insensible a la lluvia que había empezado a caer.

Despertó.

Esa fue la primera maravilla. Abrió los ojos cubiertos de sangre seca a una mañana fría y gris con las paredes marinas de la Brecha aún oscuras alzándose ciento cincuenta metros o más a cada lado. Pero había dormido y despertaba.

La segunda maravilla fue que pudo moverse, al cabo de un rato, con esfuerzo. Harman tardó quince minutos en ponerse a cuatro patas, pero una vez en esa postura consiguió arrastrarse hasta el peñasco más cercano que brotaba de la arena, y otros diez minutos después logró ponerse en pie y no caerse.

Ahora estaba dispuesto a seguir caminando hacia el oeste, pero no sabía dónde estaba el oeste.

Estaba completamente desorientado. La larga Brecha se extendía de un lado a otro, pero no había ninguna indicación de dónde estaba el este y dónde el oeste. Temblando, tiritando, dolorido de formas que nunca podría haber imaginado, Harman caminó en círculos, buscando sus propias pisadas de la noche anterior, pero gran parte del lecho marino era de roca y la lluvia que casi lo había matado por congelación había borrado todas las huellas de sus pies descalzos.

Tambaleándose, Harman dio cuatro pasos en una dirección. Convencido de que volvía al submarino, se dio media vuelta y dio ocho pasos en la dirección contraria.

No tenía sentido. Las nubes flotaban bajas y sólidas sobre la abertura de la Brecha. No sabía dónde estaban el este ni el oeste. Harman no podía soportar la idea de regresar caminando hasta aquel submarino con su maligna carga en el vientre, de perder la distancia que tan trabajosamente había ganado el día anterior hacia Ada y Ardis.

Se acercó a la pared de la Brecha (no sabía si era la pared norte o la pared sur) y contempló su reflejo al brillo del lento amanecer.

Una criatura que no era Harman le devolvió la mirada. Su cuerpo desnudo estaba esquelético. Tenía morados por todas partes: en las mejillas hundidas, el pecho, los antebrazos, en las piernas temblorosas, incluso una marca enorme en el bajo vientre. Cuando volvió a toser, expulsó dos dientes más. En el espejo de agua parecía que hubiera estado llorando lágrimas de sangre. Como intentando acicalarse, se echó el pelo a un lado.

Harman se contempló el puño un buen rato, vacío. Un enorme mechón de pelo se le había quedado en la mano. Era como si sujetara una criatura pequeña y muerta toda de pelo. Lo soltó, se tocó de nuevo la cabeza. Más pelo cayó. Harman miró su reflejo y vio la muerte ambulante, ya un tercio calva.

El calor le acarició la espalda.

Harman se dio media vuelta y casi se cayó.

Era el sol, que salía directamente en la abertura de la Brecha, tras él. El sol, alzándose a la perfección en la mirilla de la Brecha, sus rayos dorados bañándolo de calor unos pocos segundos antes de que las nubes se tragaran la esfera naranja. ¿Cuáles eran las posibilidades de que el sol se alzara directamente sobre la Brecha en esa mañana concreta, como si él fuera un druida que esperara en Stonehenge el alba del equinoccio?

Harman estaba tan mareado que supo que olvidaría por qué dirección había salido el sol si no actuaba rápidamente. Enfilando en la dirección opuesta al calor que sentía en la espalda, empezó a caminar de nuevo hacia el oeste.

A mediodía (las nubes se separaban entre chubascos y le permitían atisbos de luz), la mente de Harman ya no se sentía conectada a su tambaleante cuerpo. Daba el doble de pasos de los necesarios, tambaleándose de

la pared norte de la Brecha a la pared sur, y tenía que apoyar levemente las manos contra el zumbido-descarga del campo de fuerza para continuar avanzando por la interminable zanja.

Se preguntaba mientras caminaba cuál sería el futuro de su pueblo... o cuál podría haber sido. No sólo para los supervivientes de Ardis, sino para todos los humanos antiguos que pudieran haber sobrevivido al sañudo ataque de los voynix. Ahora que el viejo mundo había desaparecido para siempre, ¿qué forma de gobierno, de religión, de sociedad, cultura, política podrían haber creado?

Un módulo de memoria proteínica alojado profundamente en el ADN codificado de Harman (un recuerdo que no podría morir hasta mucho después de que la mayor parte de las otras células del cuerpo de Harman hubieran muerto y se hubieran disuelto), le ofreció este fragmento de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci: «La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no puede nacer; en este interregno aparecen una gran variedad de síntomas mórbidos.»

Harman se rió en voz alta y el ladrido de risa le costó otro diente. Síntomas mórbidos, en efecto. Un leve repaso al contexto de aquel fragmento le dijo que Gramsci había sido un intelectual que promulgaba la revolución, el socialismo y el comunismo (las dos últimas teorías habían muerto y se habían podrido a poco menos de la mitad de la Edad Perdida, abandonadas por ser la ingenua chorrada que eran), pero el problema de los interregnos desde luego había permanecido y se manifestaba otra vez.

Comprendió que Ada había estado dirigiendo a su pueblo hacia una especie de burda democracia ateniense en las semanas y meses anteriores a que Harman estúpidamente dejara a su amada embarazada. Nunca lo habían comentado, pero era consciente de que ella era reconocida por las cuatrocientas personas que entonces había en la comunidad de Ardis (antes de la matanza de los voynix que había visto a través del paño turín rojo en la *eiffelbahn*), que se volvían hacia ella en busca de liderazgo, y que Ada odiaba ese papel, aunque encajara en él de manera natural. Al decidir las cosas con votaciones constantes, Ada estaba obviamente tratando de establecer la base de una futura democracia si Ardis sobrevivía.

Pero si el turín rojo le había ofrecido imágenes reales (y Harman así lo creía), Ardis como comunidad no había sobrevivido. Cuatrocientas personas componían una comunidad. Cincuenta y cuatro supervivientes hambrientos y harapientos no.

La radiación parecía haber despellejado gran parte del interior de la

garganta de Harman y cada vez que tragaba saliva escupía sangre. Eso era una distracción. Trató de reducir el ritmo de sus degluciones y tragar saliva una vez cada diez pasos. Su mano derecha, la barbilla, el pecho, lo sabía, estaban manchados de sangre.

Habría sido interesante ver hacia qué estructuras sociales y políticas habría evolucionado su raza. Tal vez la población, incluso antes de los ataques de los voynix (un número constante de cien mil hombres y mujeres) nunca había sido suficiente para generar verdaderas dinámicas, como manifestaciones religiosas o políticas o ejércitos o jerarquías sociales.

Pero Harman no lo creía. Vio en sus muchos bancos proteínicos de memoria los ejemplos de Atenas, Esparta y las tribus griegas mucho antes de que Atenas y Esparta florecieran. El drama turín (que ahora veía claramente como la *Iliada* de Homero) había tomado prestados a sus héroes de reinos tan pequeños como la isla de Ítaca de Odiseo.

Al pensar en el drama turín, recordó el altar que había visto fugazmente en su viaje a Cráter París, hacía un año, justo después de que Daeman fuera devorado por un dinosaurio. Estaba dedicado a uno de los dioses del Olimpo, aunque había olvidado a cuál de ellos. Los posthumanos habían servido, al menos durante un milenio y medio, como los sustitutos de los dioses o de Dios para su pueblo, ¿pero qué formas y ceremonias tomaría la futura necesidad de creer?

El futuro.

Harman se detuvo, jadeando, se apoyó contra una roca negra que asomaba a la altura de su hombro de la pared norte de la Brecha y trató de pensar en el futuro.

Las piernas le temblaban violentamente. Era como si los músculos se estuvieran disolviendo mientras miraba.

Jadeando, obligándose a tomar aire por la garganta ensangrentada y cerrada, Harman miró hacia delante y parpadeó.

El sol colgaba justo encima de la hendidura de la Brecha. Durante un terrible segundo, Harman pensó que era todavía el alba y que había caminado en la dirección equivocada, después de todo, pero entonces advirtió que llevaba caminando estupefacto todo el día. El sol había descendido de las nubes y se preparaba para posarse al fondo del largo pasillo que era la Brecha.

Harman dio dos pasos más hacia delante y cayó de bruces.

Esta vez no pudo levantarse. Necesitó de toda su energía para apoyarse en el codo derecho y contemplar la puesta de sol.

Su mente estaba despejada. Ya no pensó en Shakespeare ni en Keats ni en las religiones ni el cielo ni la muerte ni la política ni la democracia. Harman pensó en sus amigos. Vi a Hannah riendo el día del vertido del metal junto al río, recordó los detalles de su juvenil energía y la risa de sus amigos mientras vertían el primer artefacto de bronce creado... ¿en cuántos miles de años? Vio a Petyr peleando con Odiseo durante los días en que el barbudo griego los entretenía con sus largas declaraciones filosóficas y sus extraños períodos de preguntas y respuestas en la colina boscosa situada detrás de Ardis. Había mucha energía y alegría en aquellas sesiones.

Harman recordó la voz ronca y cínica de Savi, y su risa aún más ronca. Recordó perfectamente sus vítores y gritos cuando Savi los rescató a Daeman y a él de Jerusalén en el reptador, con miles de voynix pisándoles los talones. Y vio el rostro de su amigo Daeman como a través de dos lentes: el grueso y engreído niño-hombre de cuando Harman lo había conocido y la versión esbelta y seria: un hombre a quien podía confiarse la propia vida, a quien había visto por última vez el día en que salió de Ardis con el sonie.

Y, mientras el sol entraba en la Brecha tan perfectamente que su círculo apenas tocó las paredes (Harman sonrió al pensar en el sonido del vapor siseando y hasta le pareció oírlo), pensó en Ada.

Pensó en sus ojos y su sonrisa y su suave voz. Recordó su risa y sus caricias y la última vez que habían estado juntos en la cama. Harman se permitió recordar cómo, cuando se separaban uno del otro cuando llegaba el sueño, pronto se enroscaban el uno en el otro para buscarse calor, Ada contra su espalda, el brazo derecho a su alrededor, él mismo más tarde en la noche contra la espalda de Ada como un respaldo perfecto, un poco de excitación lo sacudía incluso cuando se quedaba dormido, el brazo izquierdo a su alrededor, la mano izquierda acariciando su pecho.

Harman advirtió que sus párpados estaban tan cubiertos de sangre seca que no podía parpadear, no podía cerrar los ojos. El sol poniente, cuyo fondo estaba ya bajo el horizonte de la Brecha, ardía en ecos rojos y anaranjados en su retina. No importaba. Sabía que después de aquel ocaso nunca volvería a necesitar sus ojos. Así que se concentró en mantener en su mente y su corazón a su amada Ada y en contemplar la última mitad del disco del sol desaparecer directamente por el oeste.

Algo se movió y bloqueó el final de la puesta de sol.

Durante varios segundos, la moribunda mente de Harman no pudo procesar esta información. Algo se había interpuesto en su campo de visión y

había bloqueado el último atardecer.

Todavía apoyado en el codo derecho, usó el dorso de la mano izquierda para quitarse un poco de sangre seca de los ojos.

Algo se alzaba en la Brecha, a escasos veinte pasos de él. Debía de haber atravesado la pared de agua por el lado norte. Tenía el tamaño de un niño de ocho o nueve años y más o menos su forma, pero llevaba un extraño traje de metal y plástico. Harman vio un visor negro en el lugar donde tendrían que haber estado los ojos.

Al borde de la muerte, mientras el cerebro se desconecta por la falta de oxígeno, informó una molécula de memoria proteínica sin que la consultara, las alucinaciones no son extrañas. De ahí proceden las frecuentes historias de víctimas resucitadas de un «largo túnel» que termina en una «luz brillante» y...

«A la mierda», pensó Harman. Estaba contemplando un largo túnel y una luz brillante, aunque sólo el borde superior del sol subsistía y ambas paredes de la Brecha estaban llenas de luz: superficies plateadas, brillantes, espejadas con millones de facetas de luz danzante.

Pero el niño del traje rojo y negro de plástico y metal era real.

Y mientras Harman miraba, algo más grande y más extraño surgió de la pared norte de la Brecha.

«El campo de fuerza es semipermeable sólo para los seres humanos y lo que visten», pensó Harman.

Pero la segunda aparición no parecía humana. Era dos veces más grande que un droshky, pero parecía más bien un cangrejo gigantesco y robótico, monstruoso, con sus grandes pinzas y muchas patas de metal y su enorme caparazón cascado del que chorreaba agua a raudales.

«Nadie me dijo que los últimos minutos antes de la muerte serían tan visualmente divertidos», pensó Harman.

La figura del niño pequeño avanzó un paso. Habló en inglés, con voz suave e infantil, quizá cómo un día lo haría el futuro hijo de Harman.

—Señor —dijo—, ¿podemos servirle de ayuda?

Acababa de amanecer y cincuenta mil voynix atacaban desde todas direcciones. Ada se detuvo a mirar hacia el Pozo donde todavía se hallaba el cadáver destrozado del engendro de Setebos.

Daeman le tocó el brazo.

—No te sientas mal. Teníamos que matarlo tarde o temprano.

Ella negó con la cabeza.

—No lo lamento en lo más mínimo —dijo. Se volvió hacia Greogi y Hannah y gritó—: ¡A la balsa aérea!

Demasiado tarde. Más de la mitad de los supervivientes se habían dejado llevar por el pánico ante el rugido del ataque voynix. Todavía eran invisibles en el bosque pero el radio de tres kilómetros debía de haberse reducido ahora a la mitad. Estarían en Ardis al cabo de menos de un minuto.

—¡No! ¡No! —gritó Ada cuando treinta personas, llevadas por el pánico, intentaban subir a bordo de la lenta balsa aérea. Hannah estaba a los controles, intentando mantenerla firme mientras gravitaba, pero la mayoría de la gente trataba de encaramarse a bordo.

—¡Despega! —gritó Daeman—. ¡Hannah! ¡Llévatela ya!

Demasiado tarde. La pesada máquina dejó escapar un gemido mecánico, se escoró a la derecha y chocó contra el suelo, haciendo volar a la gente.

Ada y Daeman corrieron hacia la máquina caída. Hannah los miró con el rostro demudado.

—No volverá a arrancar. Algo se ha roto.

—No importa —dijo Ada con calma—. No hubiese completado ni un solo viaje a la isla. —Apretó el hombro de Hannah y alzó la voz—. ¡Todo el mundo a las murallas! ¡Ahora! Traed todas las armas del complejo.

Nuestra única oportunidad es romper su primer ataque.

Se dio media vuelta y corrió hacia la muralla oeste y, un segundo después, los demás empezaron a hacer lo mismo, escogiendo puestos vacíos en la empalizada circular. Todos siguieron el ejemplo de Ada de llevar al menos dos rifles de flechitas y una ballesta con una pesada bolsa de lona llena de dardos y cargadores.

Ada ocupó su puesto y descubrió que Daeman estaba todavía a su lado.

—Bien —dijo él.

Ella asintió, aunque no tenía ni idea de qué estaban diciendo.

Trabajando con mucho cuidado, sin prisa, Ada colocó un nuevo cargador, quitó el seguro y apuntó con el rifle los árboles que estaban a menos de doscientos metros de distancia.

El ruido reptante, siseante, chasqueante se hizo ensordecedor y Ada descubrió que tenía que resistir las ganas de soltar el rifle y cubrirse los oídos con las manos. El corazón le latía con fuerza y se sentía levemente mareada, quizás por las náuseas matutinas, pero no tenía miedo. Todavía no.

—Todos esos años de drama turín —dijo, sin advertir que hablaba en voz alta.

—¿Qué? —preguntó Daeman, inclinándose hacia ella para oír mejor.

Ada sacudió la cabeza.

—Estaba pensando en el drama turín. Según Harman, Odiseo dijo que él y Savi lo iniciaron: quiero decir que distribuyeron los paños turín hace diez años. Tal vez la intención era enseñarnos a morir con valor.

—Preferiría que nos hubieran dado algo que nos enseñara a ganar una batalla contra cincuenta mil puñeteros voynix —dijo Daeman. Descorrió el cerrojo de activación de su rifle.

Ada se echó a reír.

El ruidito quedó ahogado por el rugido de los voynix que salieron del bosque, saltando unos de las ramas de los árboles mientras otros correteaban por debajo, una muralla gris de caparzones y garras que corrían hacia ellos a setenta u ochenta kilómetros por hora. Había tantos esta vez que Ada tuvo problemas para distinguir los cuerpos de los voynix de la masa que se alzaba y caía. Miró una vez por encima del hombro y vio la misma escena que venía hacia ellos por todos lados mientras las decenas de miles de voynix sin cabeza estrechaban el radio a toda velocidad.

Nadie gritó «¡fuego!» pero de repente todos dispararon. Ada sonrió con una especie de mueca de feroz terror cuando el rifle vació su primer car-

gador con una serie de duros golpes entrecortados contra su hombro. Dejó que el cargador se soltara e introdujo uno nuevo.

Las flechitas golpeaban a millares, las facetas de cristal brillaban al sol naciente, pero los impactos no parecían hacer mella alguna. Los voynix debían estar cayendo, pero había tantos miles aún saltando, correteando, brincando, corriendo, amontonándose, que Ada ni siquiera podía ver caer a los muertos y heridos. La pared gris plateada de muerte había cubierto la mitad de la distancia desde los bosques en dos segundos y aquellas cosas rebasarían las bajas murallas de la empalizada al cabo de otros dos o tres segundos.

Daeman tal vez fue el primero que saltó de la muralla: Ada no hubiese podido jurarlo, ya que pareció ser una decisión casi simultánea. Tras agarrar una de las armas y gritar, saltó del parapeto, por encima de los troncos, aterrizó, rodó y empezó a correr hacia los voynix.

Ada rió y lloró. De repente lo más importante del mundo fue unirse a ese ataque, la cosa más importante del mundo morir atacando a aquel enemigo sin mente, cruel, estúpido, programado por la historia, en vez de esperar tras los viejos maderos a ser asesinada mientras se escondía.

Tomando absurdas precauciones, porque estaba, después de todo, embarazada de cinco meses, Ada saltó, rodó, se puso en pie y corrió detrás de Daeman, disparando al mismo tiempo. Oyó una voz familiar gritando a su izquierda y se volvió lo suficiente para ver a Hannah y Edide corriendo no muy por detrás, deteniéndose para disparar y volviendo a correr.

Ya veía las jorobas de los cuerpos de caparazón gris de los voynix. Cubrían seis u ocho metros a cada salto, con las hojas asesinas extendidas. Ada corrió y disparó. Ya no sabía por qué gritaba ni qué palabras podía estar gritando. Brevemente, muy brevemente, evocó una imagen de Harman y trató de dirigirle un mensaje: «Lo siento, querido, siento lo del bebé.» Luego sólo prestó atención a correr y disparar y las formas grises estuvieron sobre ellos, quebrándose como un tsunami plateado.

Las explosiones arrojaron a Ada tres metros de espaldas y le quemaron las cejas.

Hombres y mujeres yacían a su alrededor, caídos como ella, demasiado aturdidos para hablar o levantarse. Algunos intentaban apagar las llamas de su ropa. Otros estaban inconscientes.

El complejo de Ardis estaba rodeado por una muralla de fuego que se alzaba quince, veinte, treinta metros en el aire.

Una segunda oleada de voynix apareció, corriendo y saltando a través

de las llamas. Más explosiones estallaron a lo largo de la línea de figuras plateadas. Ada parpadeó mientras veía cómo caparazones y garras, patas y jorobas volaban en todas direcciones.

Luego Daeman la ayudó a ponerse en pie. Estaba jadeando y tenía la cara magullada por las quemaduras.

—Ada... tenemos que volver... volver a...

Ada se zafó el brazo y miró al cielo. Había cinco máquinas voladoras en el aire sobre el claro de Ardis y ninguna de ellas era un sonie: cuatro aparatos pequeños, con alas de murciélago, lanzaban contenedores hacia la línea de los árboles donde una máquina alada mucho más grande descendía hacia el centro del complejo de la empalizada. Las murallas de la empalizada se combaban hacia adentro debido a las múltiples explosiones.

De repente cayeron cables de las máquinas aladas y negras formas humanoides, pero no humanas, se descolgaron por ellos, alcanzaron el suelo más rápido de lo que podría hacerlo un humano y corrieron para establecer un perímetro. Unas cuantas de aquellas altas formas negras pasaron ante Ada y ella vio que no eran humanas (ni siquiera humanas con armadura de combate de algún tipo) sino más altas, de articulaciones extrañas cubiertas de pinchos, picos y con armadura quitinosa de ébano.

Más voynix atravesaron las llamas.

Las negras figuras situadas entre ella y los voynix pusieron una rodilla en tierra y alzaron unas armas que parecían demasiado pesadas para que pudieran cargarlas los humanos. Se pusieron a disparar, *chuga-chink-ghuga-chuga-ghink*. Sonaban como una vieja máquina cortadora y pulsos de pura energía azul se cebaron en las filas de voynix al ataque. Cada vez que un pulso azul golpeaba, un voynix estallaba.

Daeman la arrastró de vuelta hacia el complejo.

—¿Qué? —gritó ella por encima del estrépito—. ¿Qué?

Él sacudió la cabeza. O no podía oírla o no la entendía.

Otra ronda de explosiones volvió a derribar a los humanos en retirada. Esta vez los hongos de llamas se alzaron treinta o cuarenta metros en el frío aire de la mañana. Todos los árboles al este y el oeste de Ardis estaban ardiendo.

Los voynix saltaban a través de las llamas. Los negros soldados quitinosos los abatían por docenas, por centenares.

Entonces uno de los negros seres se alzó sobre Ada. Tendió un largo brazo lleno de pinchos y una mano que parecía más bien una garra negra.

—¿Ada *Uhr*? —dijo con voz tranquila y grave—. Soy el centurión lí-

der Mep Ahoo. Su marido la necesita. Mi escuadrón y yo la acompañaremos de vuelta al complejo.

La nave grande había aterrizado junto al Pozo. Demasiado grande para la empalizada, había derribado la mayor parte de lo que quedaba de la muralla de madera. Se alzaba sobre altas patas metálicas de múltiples articulaciones y una especie de puertas se habían abierto en su vientre.

Harman estaba en una camilla en el suelo con varias criaturas diferentes a su alrededor. Ada ignoró a las criaturas y corrió hacia él.

La cabeza de su amado reposaba en una almohada y su cuerpo estaba cubierto por una manta, pero Ada tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar. Su cuerpo estaba demacrado, las mejillas hundidas, las encías desdentadas. Los ojos le sangraban. Los labios se le habían resquebrajado de tal modo que parecía que alguien se los hubiese mordido hasta reducirlos a pedazos. Sus antebrazos desnudos estaban encima de la manta y Ada vio los moratones... la piel que se despellejaba como si hubiera recibido la peor insolación del mundo.

Daeman, Hannah, Greogi y los demás se congregaron junto a ella. Ada tomó la mano de Harman, sintió una levísima presión como respuesta a su suave apretón. El moribundo de la camilla trató de enfocar los ojos ciegos de cataratas, intentó hablar. No pudo hacerlo y tosió sangre.

Una pequeña figura humanoide de metal o plástico rojo y negro se dirigió a ella.

—¿Usted es Ada?

—Sí —no se volvió a mirar al niño-máquina. Sólo tenía ojos para Harman.

—Consiguió decirnos su nombre y nos dio las coordenadas de este lugar. Lamentamos no haberlo encontrado antes.

—¿Qué...? —empezó a decir ella, pero no supo qué preguntar. Uno de los seres mecánicos era enorme. Sostenía con delicadeza un frasco intravenoso que suministraba algo al demacrado brazo de Harman.

—Recibió una dosis letal de radiación—dijo la figura de tamaño infantil con su voz suave—. Casi con toda certeza de un submarino que encontramos en la Brecha Atlántica.

«Submarino», pensó Ada. La palabra no significaba nada para ella.

—Lo sentimos, pero carecemos de instalaciones médicas para seres humanos en este estado —dijo la pequeña persona-máquina—. Hemos lla-

mado a los moscardones de la *Reina Mab* en cuanto nos hemos dado cuenta del problema que tenían aquí y han traído analgésicos, más suero intravenoso, pero no podemos hacer nada contra los daños causados por la radiación.

Ada no comprendía nada de lo que decía la pequeña persona. Sostuvo la mano de Harman entre las suyas y lo sintió morir.

Harman tosió, no pudo emitir ningún sonido, tosió otra vez y trató de soltar la mano. Ada la sostuvo pero el moribundo insistió, tiró...

Ella advirtió que la presión de sus manos debía de estar haciéndole daño. Las apartó.

—Lo siento, querido.

Tras ellos, más explosiones, más lejanas ahora. Las máquinas voladoras de alas de murciélago disparaban hacia los bosques con aquel constante sonido de sierra. Los altos soldados quitinosos corrían de un lado a otro por el campo, algunos socorrían a los humanos levemente heridos, casi todos con quemaduras.

Harman no apartó la mano, pero la alzó hacia el rostro de Ada.

Ella intentó volver a agarrársela, pero él la apartó con la izquierda. Ada se estuvo quieta y le dejó acariciarle el cuello, la mejilla. Él colocó la palma de la mano contra su frente, luego usó todas sus fuerzas para moldear sus manos en su cráneo, agarrándose a ella casi con desesperación.

Antes de que Ada pudiera empezar siquiera a apartarse, empezó.

Nada, ni siquiera la explosión que la arrojó tres metros por los aires, la había golpeado de esa forma.

Primero, la voz clara de Harman: «No pasa nada, mi amor, querida. Relájate. No pasa nada. Debo darte este regalo mientras pueda.»

Y entonces todo alrededor de Ada desapareció a excepción de la presión de la mano magullada de su amado y sus dientes ensangrentados vertiendo imágenes en ella... no sólo en su mente, sino vertiendo palabras, recuerdos, imágenes, fotos, datos, más recuerdos, funciones, citas, libros, volúmenes enteros, más libros, más recuerdos, su amor por ella, sus pensamientos acerca de ella y su hijo, su amor, más información, más voces y nombres y fechas y pensamientos y datos e ideas y...

—¿Ada? ¿Ada?

Tom estaba arrodillado junto a ella, le echaba agua en la cara y le dio un suave bofetón. Hannah, Daeman y otros cuantos estaban arrodillados cerca. Harman había apartado el brazo. La pequeña persona de metal y plástico todavía lo atendía, pero su amado parecía muerto.

Ada se puso en pie.

—¡Daeman! ¡Hannah! Venid aquí. Acercaos.

—¿Qué? —preguntó Hannah.

Ada negó con la cabeza. No había tiempo para explicaciones. No había tiempo para hacer nada sino compartir.

—Confiad en mí —dijo.

Extendió ambas manos, agarró la frente de Daeman con la izquierda, la de Harman con la derecha y activó la función compartidora.

No tardó más de treinta segundos, no más tiempo que el que había hecho falta para que Harman compartiera con ella las funciones y los datos esenciales, los datos que había pasado horas compartimentando durante su trayecto por la Brecha, preparándose para transmitirlos. Pero los treinta segundos le habían parecido treinta eternidades a Ada. Si hubiese podido hacer lo siguiente a solas, no se habría molestado, no le habría dedicado tiempo (ni siquiera aunque el futuro de la especie humana hubiese dependido de ello). Pero no podía hacer lo siguiente sola. Necesitaba una persona para continuar compartiendo y a otra para ayudarla a intentar salvar a Harman.

Terminaron.

Los tres (Ada, Daeman, Hannah) cayeron de rodillas con los ojos cerrados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Siris.

Alguien llegó al complejo, corriendo y gritando. Era uno de los voluntarios del pabellón, situado a dos kilómetros de distancia. ¡El faxnódulo funcionaba! Justo cuando los voynix los cercaban allí también, el faxnódulo se había reactivado.

«No hay tiempo para el faxpabellón», pensó Ada. Y ningún sitio al que ir tampoco entre los faxnódulos numerados. Por todas partes los humanos estaban en retirada o sufrían ataques directos. No había ningún otro sitio o un nódulo conocido donde pudiera salvar a su amado.

La gran criatura que parecía una especie de gigantesco cangrejo metálico tronaba en inglés:

—Hay tanques rejuvenecedores humanos en órbita —decía—. Pero los únicos tanques cuya existencia conocemos con seguridad están en el asteroide orbital de Sycórax, y acaba de dejar atrás la Luna a toda velocidad. Lamentamos no conocer ningún otro...

—No importa —dijo Ada, arrodillándose de nuevo junto a Harman. Le tocó la frente. No hubo ninguna reacción, pero pudo sentir las últimas as-

cuas de vida en él: sus biomonitores les hablaban a sus nuevas funciones biométricas. Ella buscaba desesperadamente todos los miles de nódulos de faxeo libre, el procedimiento para librefaxear.

Estaban los depósitos de almacenamiento posthumanos en la Cuenca Mediterránea (había en ellos medicinas incluso para la muerte por radiación), pero los depósitos estaban sellados en estasis y Ada vio por los monitores de todonet que las Manos de Hércules habían desaparecido lentamente, rellenando el Mediterráneo. Necesitaría máquinas (sumergibles) para llegar a aquellos depósitos. Demasiado tiempo. Había otras zonas de almacenamiento... en las montañas de China, cerca del Valle Seco de la Antártida... pero tardarían demasiado tiempo en llegar y los procedimientos médicos eran demasiado complicados. Harman no viviría lo suficiente para...

Ada agarró a Daeman por el brazo, tiró de él. El hombre parecía deslumbrado, transfigurado.

—Todas las nuevas funciones... —dijo.

Ada lo sacudió.

—¡Dime otra vez lo que dijo el fantasma de Moira!

—¿Qué? —incluso su mirada estaba desenfocada.

—Daeman, dime otra vez lo que te dijo el fantasma de Moira el día en que votamos para permitir que Nadie se marchara. Era... «Recuerda...» ¡Dímelo!

—Ah... ella dijo... «Recuerda: el ataúd de Nadie no era el ataúd de Nadie.» ¿Cómo puede eso...?

—No —exclamó Ada—. El segundo nadie no era un nombre propio. «El ataúd de Nadie no era el ataúd de nadie.» De ningún hombre. Hannah, tú esperaste mientras el sarcófago de la Puerta Dorada de Machu Picchu curaba a Odiseo. Has estado en el Puente con más frecuencia que ninguno de nosotros. ¿Vendrás conmigo? ¿Lo intentarás?

Hannah tardó sólo un segundo en comprender lo que su amiga le estaba pidiendo.

—Sí —dijo.

—Daeman —dijo Ada, corriendo no sólo contra el tiempo, sino contra la muerte, que ya estaba entre ellos, que ya sostenía a Harman en sus oscuras garras—, tienes que compartir con todos. Ahora mismo.

—Sí —dijo Daeman, y se incorporó rápidamente y llamó a los demás.

Los soldados moravec (Ada ya los conocía a todos por su forma si no por su nombre), todavía disparaban en todo el perímetro, matando a los úl-

timos voynix. Ningún voynix había conseguido pasar.

—Hannah —dijo Ada—, necesitaremos la camilla, pero si no librefaxea, échate la manta de Harman al hombro. La usaremos si es preciso.

—Eh —exclamó el pequeño moravec europeo cuando Hannah arrancó sin miramientos la manta del moribundo paciente humano—. ¡La necesita! Estaba temblando...

Ada tocó el brazo del pequeño moravec, sintió la humanidad y la carne incluso a través del metal y el plástico.

—No pasa nada —dijo por fin. Encontró su nombre en su memoria cibernética—. Amigo Manhmut, no pasa nada. Sabemos lo que estamos haciendo. Al cabo de todo este tiempo, sabemos lo que estamos haciendo.

Indicó a los otros que se apartaran.

Hannah se arrodilló a un lado de la camilla, una de sus manos sobre el hombro de Harman, la otra sobre el metal de la camilla. Ada hizo lo mismo al otro.

—Creo que debemos visualizar la habitación principal donde encontramos a Odiseo y que las coordenadas vendrán a nosotras —dijo Ada—. Es importante que las dos estemos allí.

—Sí —respondió Ada.

—¿A la cuenta de tres?

—Bien.

—Una, dos... tres.

Ambas mujeres, la camilla y Harman desaparecieron de la existencia.

Aunque el moribundo Harman parecía no pesar nada, las dos mujeres necesitaron de todas sus fuerzas para llevarlo en camilla desde la zona del museo del Puente de la Puerta Dorada de Machu Picchu hasta la burbuja verde de la zona del sarcófago, dejar atrás el viejo sarcófago de Savi y bajar el último tramo de escaleras de caracol hasta el ataúd de Odiseo-Nadie.

La palma de Ada sólo captó un levísimo aleteo de respuesta cuando puso la mano contra el pecho hundido de su amado, pero no perdió más tiempo comprobando si estaba con vida.

—A la cuenta de tres otra vez —jadeó.

Hannah asintió.

—Una, dos... tres.

Sacaron con cuidado al desnudo Harman de la camilla y colocaron su cuerpo dentro del ataúd de Nadie. Hannah bajó la tapa y la cerró.

—¿Cómo se...? —preguntó Ada con pánico. Podía preguntárselo a las diversas máquinas que había, sus nuevas funciones se lo dijeron, pero tardaría demasiado tiempo...

—Así —respondió Hannah—. Nadie me lo enseñó después de revivir —Sus dedos de escultora pulsaron una serie de brillantes botones virtuales.

El ataúd suspiró, luego empezó a zumbar. Una bruma entró en la cámara a través de conductos invisibles y ocultó casi todo el cuerpo de Harman. Cristales de hielo se formaron en la cubierta transparente. Varias nuevas luces se encendieron. Una parpadeó en rojo.

—¡Oh! —dijo Hannah, con un hilo de voz.

—No —dijo Ada. Su tono era calmado pero firme—. No. No. No.

Puso la mano en el nexo de control de plástico del ataúd, como si estuviera razonando con la máquina.

La luz roja parpadeó, cambió a ámbar, volvió a ponerse en rojo.

—No —dijo Ada con firmeza.

La luz roja titiló, se apagó, pasó a ámbar. Permaneció en ámbar.

Los dedos de Hannah y Ada se encontraron brevemente sobre el ataúd y entonces Ada dirigió la mano al bulto de plástico del nexo de la IA.

La luz ámbar permaneció encendida.

Varias horas después, cuando las nubes del atardecer se disponían a oscurecer primero las ruinas de Machu Picchu y luego la carretera del puente colgante situado a ciento ochenta metros más abajo, Ada dijo:

—Hannah, librefaxea de vuelta a Ardis. Come algo. Descansa.

Hannah negó con la cabeza.

Ada sonrió.

—Entonces al menos ve a los comedores y tráenos fruta o algo. Agua.

La luz ámbar estuvo encendida toda la tarde. Justo después de la puesta de sol, cuando los valles de los Andes estaban teñidos de luz rojiza, Dae-man, Tom y Siris librefaxearon, pero sólo se quedaron unos instantes.

—Ya hemos contactado con otras treinta comunidades —le dijo Dae-man a Ada. Ella asintió, pero no apartó la mirada de la luz ámbar.

Los otros acabaron por marcharse con la promesa de regresar por la mañana. Hannah se cubrió con la manta y se quedó dormida en el suelo, junto al ataúd.

Ada se quedó despierta, a veces arrodillada, a veces sentada, pero siempre pensando y siempre con la palma en el nexo de control del ataúd, siempre enviando el mensaje de su presencia y sus oraciones a través de

los circuitos que la separaban de Harman, y siempre con los ojos en la luz ámbar del monitor.

Poco después de las tres de la madrugada hora local, la luz ámbar se puso verde.

CUARTA PARTE

Una semana después de la Caída de Ilión.

Aquiles y Penteseilea aparecieron en la cordillera vacía que se alzaba entre la llanura del Escamandro y la del Simois. Como había prometido Hefesto, había dos caballos esperando: un poderoso garañón negro para el aqueo y una yegua más baja pero aún más musculosa para la amazona. Los dos montaron para inspeccionar lo que quedaba.

Y no quedaba mucho.

—¿Cómo puede desaparecer una ciudad entera como Ilión? —dijo Penteseilea, la voz tan contenida como siempre.

—Todas las ciudades desaparecen —contestó Aquiles—. Es su destino.

La amazona bufó. Aquiles ya había advertido que el bufido de la rubia hembra humana era similar al de su yegua blanca.

—Se supone que no pueden desaparecer en un día... una hora. —El comentario sonó como una queja, un lamento. Sólo dos días después de que Penteseilea resucitara en los tanques del Curador Aquiles ya se estaba hartando de aquel constante tono de queja.

Durante media hora permitieron que sus caballos eligieran el camino entre el macizo de rocas que se extendía durante dos kilómetros por el risco que una vez contuvo a la poderosa Troya. No quedaba ni un solo cimiento. La magia divina que se había llevado Troya se había hundido casi un palmo bajo las piedras más antiguas de la ciudad. No había quedado ni una lanza caída ni un cadáver putrefacto.

—Zeus es realmente poderoso —dijo Penteseilea.

Aquiles suspiró y sacudió la cabeza. El día era caluroso. Se acercaba la primavera.

—Ya te lo he dicho, amazona. Zeus no ha hecho esto. Zeus murió por mi propia mano. Esto es obra de Hefesto.

La mujer bufó.

—Nunca creeré que ese pequeño haragán lisiado y sucio pueda haber hecho algo así. Ni siquiera creo que sea un dios de verdad.

—Hizo esto —dijo Aquiles. «Con la ayuda de Nyx», añadió mentalmente.

—Eso dices tú, hijo de Peleo.

—Te he dicho que no me llamas así. Ya no soy hijo de Peleo. Fui hijo de Zeus, algo que no nos ennoblece ni a él ni a mí.

—Eso dices tú —dijo Penthesilea—. Lo cual te convierte en asesino de tu padre si tus alardes son ciertos.

—Sí —respondió Aquiles—. Y yo nunca alardeo.

La amazona y su yegua blanca bufaron al unísono.

Aquiles espoleó su corcel negro y empezó a bajar la pendiente de la carretera meridional a partir de las puertas Esceas (el gran roble que siempre había estado allí, desde la creación de la ciudad, permanecía en el mismo lugar, pero las grandes puertas habían desaparecido) y luego a la derecha, de nuevo hacia la llanura del Escamandro que separaba la ciudad de la playa.

—Si ese triste Hefesto es ahora rey de los dioses —dijo Penthesilea, la voz tan fuerte e irritante como uñas en una piedra de pizarra plana—, ¿por qué se escondió en su cueva todo el tiempo que estuvimos en el Olimpo?

—Ya te lo he dicho: está esperando a que la guerra entre los dioses y los Titanes se termine.

—Si es sucesor de Zeus, ¿por qué en nombre del Hades no la acaba él mismo domeñando el relámpago y el trueno?

Aquiles no dijo nada. Había descubierto que, a veces, si él no decía nada, ella se callaba.

En la llanura del Escamandro, lisa después de once años siendo campo de batalla, aún había huellas de miles de sandalias y sangre seca en las rocas. Pero todos los seres humanos, los caballos, los carros, las armas, los cadáveres y otros artefactos habían desaparecido tal como Hefesto había descrito a Aquiles. Incluso las tiendas de los aqueos y las quillas quemadas de sus negros barcos habían desaparecido.

Aquiles permitió que sus caballos descansaran en la playa unos minutos y el hombre y la amazona contemplaron las tranquilas aguas del Egeo rodar hasta la playa vacía. Aquiles no estaba dispuesto a decírselo nunca a

aquella perra-loba que lo acompañaba, pero le dolía el corazón al pensar que nunca vería de nuevo a sus camaradas, al astuto Odiseo, al enorme Ajax, al sonriente arquero Teucro, a sus fieles mirmidones, incluso al estúpido y pelirrojo Menelao y su manipulador hermano Agamenón, su némesis. «Es extraño —pensó Aquiles— cómo incluso tus propios enemigos cobran importancia cuando los has perdido.»

Con eso, pensó en Héctor y las cosas que Hefesto le había contado de la *Ilíada* (el otro futuro de Aquiles) y esto hizo que la desesperación se alzara en su interior como la bilis. Volvió la cabeza de su caballo hacia el sur y bebió del odre de vino que llevaba atado al pomo de la silla.

—Y no me creo que ese dios cojo tuviera de verdad la capacidad para casarnos —se quejó Penthesilea tras él—. Eso no han sido más que un montón de bostas de caballo.

—Es rey de todos los dioses —dijo Aquiles, cansado—. ¿Quién mejor para santificar nuestros votos?

—Puede santificarme el culo —respondió Penthesilea—. ¿Nos vamos? ¿Por qué hacia el sureste? ¿Por qué en esa dirección? ¿Por qué dejamos el campo de batalla?

Aquiles no dijo nada hasta que tiró de las riendas de su caballo quince minutos más tarde.

—¿Ves este río, mujer?

—Claro que lo veo. ¿Crees que soy ciega? No es más que el piojoso Escamandro... demasiado denso para beber, demasiado pequeño para sembrar... hermano del río Simois al que se une unos pocos kilómetros corriente arriba.

—Aquí, en este río que nosotros llamamos Escamandro y los dioses llaman el santo Xantes —dijo Aquiles—, aquí, según Hefesto, que cita a mi biógrafo Homero, yo hubiese tenido mi mayor *aristeia*, el combate que me habría hecho inmortal incluso antes de matar a Héctor. Aquí, mujer, hubiese combatido al ejército troyano entero con las manos desnudas, ¡y al hinchado dios del río mismo!, y clamado a los cielos: «¡Morid, troyanos, morid! ¡Hasta que me abra paso matando hasta la sagrada Troya!..» Aquí mismo hubiese matado en un frenesí a Tersíloco, Midón, Astípilo, Menón, Trasio, Enio y Ofelestes. Y entonces los peonios hubiesen caído sobre mí por la retaguardia y yo los hubiese matado también. Y allí, al otro lado del río, en el bando troyano, hubiese matado al ambidextro Asteropeo, armado yo con una lanza y él con dos. Ambos hubiésemos fallado, pero yo hubiese abatido al héroe con mi espada mientras intentaba recoger mi gran

lanza de la orilla para volver a lanzarla...

Aquiles se detuvo. Penthesilea había desmontado y orinaba detrás de un matorral. El burdo sonido de la mujer haciendo aguas le dio ganas de matar a la amazona allí mismo y dejar su cuerpo para los cuervos carroñeros que estaban posados en las ramas de los arbustos, cerca del río. La ración diaria de carne de los buitres había desaparecido y Aquiles odiaba decepcionarlos.

Pero no podía lastimar a la amazona. El hechizo de amor de Afrodita todavía lo poseía, haciendo que su amor por esa zorra se enroscara en sus entrañas, tan nauseabundo como la punta de una lanza de bronce que le atravesara las tripas. «Tu única esperanza es que las feromonas se consuman con el tiempo», le había dicho Hefesto la última noche de borrachera en la cueva, cuando habían brindado el uno por el otro y por todos los que conocían, alzando sus copas y confiando el uno en el otro de la manera en que sólo lo hacen los hermanos y los borrachos.

Cuando la amazona volvió a montar, Aquiles los guió hasta el Escamandro y lo cruzaron. Los caballos pisaron con cuidado. El agua no llegaba más arriba de las rodillas en el punto más profundo. Se volvió al sur.

—¿Adónde vamos? —exigió saber Penthesilea—. ¿Por qué dejamos este lugar? ¿Qué tienes en mente? ¿Tengo voto en esto o siempre será el poderoso Aquiles quien lo decida todo? No creas que te seguiré a ciegas, hijo de Peleo. Puede que no te siga en absoluto.

—Vamos a buscar a Patroclo —dijo Aquiles, sin volverse en la silla.

—¿Qué?

—Vamos a buscar a Patroclo.

—¿Tu amigo? ¿Ese niño lindo amigo tuyo? Patroclo está muerto. Atenea lo mató. Tú lo viste y eso has dicho. Empezaste una guerra contra los dioses por esa causa.

—Hefesto dice que Patroclo está vivo —dijo Aquiles. Tenía la mano en el pomo de la espada, los nudillos blancos, pero no la desenvainó—. Hefesto dice que no incluyó a Patroclo en el rayo azul cuando reunió a todos los demás de la tierra, ni cuando trasladó Ilión para siempre. Patroclo está vivo en algún lugar más allá del mar y lo encontraremos. Ésa será mi misión.

—Oh, bueno, Hefesto dice —se burló la amazona—. Todo lo que Hefesto dice tiene que ser la verdad ahora, ¿no? Ese cojo de mierda jorobado no podría estar mintiéndote, ¿verdad?

Aquiles no dijo nada. Seguía la vieja carretera hacia el sur a lo largo de

la costa, una carretera que había sido pisada por muchísimos caballos criados en Troya a lo largo de los siglos y camino del norte más recientemente por tantos aliados de los troyanos que él había ayudado a matar.

—Y Patroclo está vivo en algún lugar al otro lado del mar —parodió Penthesilea—. ¿Cómo en nombre del Hades vamos a cruzar el mar, hijo de Peleo? ¿Y qué mar, por cierto?

—Encontraremos un barco —dijo Aquiles, sin volverse a mirarla—. O construiremos uno.

Alguien bufó, la amazona o su yegua. Ella obviamente lo había estado siguiendo (Aquiles sólo oía las pisadas de su caballo sobre la piedra) y alzó la voz para que pudiera escucharla.

—¿Qué somos ahora, constructores de barcos? ¿Sabes tú construir un barco, oh, Aquiles el de los pies ligeros? Lo dudo. Eres bueno matando hombres (y amazonas que son dos veces mejores que tú), no construyendo nada. Apuesto a que nunca has construido nada en tu inútil vida... ¿verdad? ¿Verdad? Esos callos que veo son de sujetar lanzas y copas de vino, no de... ¡hijo de Peleo! ¿Me estás escuchando?

Aquiles había avanzado quince metros. No miró atrás. La gran yegua blanca de Penthesilea permaneció quieta, golpeando el suelo confundida con el casco, deseando unirse al garañón.

—¡Aquiles, maldito seas! ¡No te creas que voy a seguirte! Ni siquiera sabes dónde vas, ¿verdad? ¡Admítelo!

Aquiles continuó cabalgando, los ojos fijos en la brumosa línea de montañas en el horizonte cerca del mar, muy muy lejos al sur. Le estaba entrando un terrible dolor de cabeza.

—No te vayas a creer que... ¡los dioses te maldigan! —gritó Penthesilea mientras Aquiles y su corcel seguían alejándose lentamente. Ya estaban a cien metros. El hijo bastardo de Zeus no miró atrás.

Uno de los buitres de los arbustos levantó el vuelo, trazó un círculo sobre el campo de batalla vacío, advirtiendo con su aguda mirada que no quedaban ni siquiera las cenizas de los fuegos funerarios, un sitio donde normalmente siempre se podía encontrar un bocado.

El buitre aleteó hacia el sur. Sobrevoló a mil metros de altura los dos caballos y los seres humanos (los únicos seres vivos que podía ver) y, siempre esperanzado, decidió seguirlos.

Muy por debajo, el caballo blanco y su carga humana permanecieron inmóviles, mientras el caballo negro y su hombre trotaban hacia el sur. El buitre observó, oyendo pero ignorando las desagradables voces de la hu-

mana rezagada, hasta que de repente el caballo blanco echó a correr y galopó para alcanzar al otro.

Juntos, con el caballo blanco siguiéndole los talones, los dos caballos y los dos humanos se dirigieron al sur siguiendo la curva del Egeo. Flotando tranquilo sobre las fuertes corrientes de la cálida tarde, el buitre los siguió, esperanzado.

Nueve días después de la Caída de Ilión:

El general Beh bin Adee dirigió personalmente el ataque a Cráter París, usando la nave de contacto como centro de mando mientras más de tres mil de sus mejores soldados del Cinturón desembarcaban en la ciudad-colmena de hielo azul con seis cazas moscardones.

El general Beh bin Adee no estaba a favor de unirse a esa lucha en la Tierra (su consejo había sido no elegir ningún bando) pero los Integrantes Primeros habían decidido y su decisión era irrevocable. Su trabajo era encontrar y destruir a la criatura llamada Setebos. El consejo del general bin Adee había sido lanzar desde la órbita una bomba nuclear sobre la catedral de hielo azul de Cráter París (era la única manera segura de eliminar al ser Setebos, explicó), pero los Integrantes Primeros habían rechazado su propuesta.

El centurión líder Mep Ahoo dirigió el primer equipo de asalto. Después de que los primeros diez equipos hubieron descendido y arrasado la parte exterior de la ciudad de hielo azul, estableciendo un perímetro y confirmando por el comunicador táctico (la cosa ya no podía escapar), Mep Ahoo y sus veinticinco escogidos saltaron del moscardón principal que flotaba a tres mil metros de altura, activaron sus repulsores en el último segundo, usaron cargas para abrir un agujero en el techo de la cúpula de hielo azul y se descolgaron anclando sus cuerdas en pitones clavados en el hielo.

—Está vacío —radió Mep Ahoo—. No hay ningún Setebos.

El general Bin Adee pudo verse en las imágenes enviadas desde los nanotransmisores y cámaras incorporadas en cada uno de los veintiséis soldados.

—Peinen y rastreen —ordenó por la banda táctica principal.

Llegaban informes de todos los equipos del perímetro. El hielo azul estaba podrido: un puño podía hundir toda una pared. Los túneles y corredores habían empezado ya a desplomarse.

El equipo de Mep Ahoo volvió a volar con sus repulsores y realizó una batida en la cavernosa parte central, sobre el antiguo cráter del agujero negro. Empezaron asegurándose de que nada se ocultaba en uno de los balcones de hielo azul o en las zanjias, pero pronto descendieron sobre las fumarolas y nidos secundarios abandonados.

—El nido principal se ha desplomado —informó Mep Ahoo por el canal táctico común—. Ha caído al cráter del antiguo agujero negro. Envío imágenes.

—Las vemos —respondió el general Beh bin Adee—. ¿Hay alguna posibilidad de que la criatura Setebos pudiera estar en el hueco del agujero negro mismo?

—Negativo, señor. Estamos escrutando el cráter con radar profundo y llega hasta el magma. No hay cavernas ni túneles laterales. Creo que se ha ido, señor.

La voz de Cho Li sonó por la banda común.

—Confirma nuestra teoría de que el evento cuántico de hace cuatro días era la apertura de un último Agujero Brana en la catedral de hielo azul.

—Asegurémonos —dijo el general Beh bin Adee. Por el tensorrayo de mando táctico, envió a Mep Ahoo: *Compruebe todos los nidos.*

Afirmativo.

Seis rocavets de la principal fuerza de asalto de Mep Ahoo comprobaron las ruinas desplomadas del nido central de Setebos, luego se desplegaron, revoloteando sobre el suelo de la catedral para registrar cada deteriorada fumarola y cada nido colapsado.

De repente llegó un grito de uno de los equipos que acababa de penetrar en la cúpula central.

—Aquí hay algo escrito, señor.

Media docena de soldados, incluido el centurión líder Mep Ahoo, convergieron sobre el punto situado en las alturas de la pared sur de la cúpula. Allí donde el corredor más grande entraba en la cúpula había una terraza y en la pared de la cúpula donde el corredor se ensanchaba alguien o algo había escrito en el hielo azul, usando lo que parecían ser uñas o garra: «Pienso, el Silente viene. Su dama dice que el Silente hizo todas las cosas que Setebos sólo veja, pero Él no. Quien las hizo débiles, quiso debilidad que Él

podiera vejar. Pero pienso, ¿por qué entonces es Setebos obligado a huir? Piensa, ¿puede la Fuerza alguna vez ser obligada a Huir por la Debilidad? Piensa, ¿es Él el Único después de todo? El Silente viene.»

—Calibán —dijo el Integrante Primero Asteague/Che desde la *Reina Mab* en su nueva órbita geosincrónica.

—Señor, todos los túneles y cavernas registrados y vacíos —informó un centurión por el canal táctico común.

—Muy bien —dijo el general Beh bin Adee—. Prepárense para utilizar las cargas térmicas y fundir el complejo de hielo azul hasta las ruinas originales del Cráter París. Asegúrense de que ninguna de las estructuras originales resulte dañada. Luego las registraremos.

«Aquí hay algo», dijo Mep Ahoo por el tensorsrayo táctico. Las imágenes que llegaban a los monitores de la nave de contacto mostraban las luces de los pechos de los soldados cayendo sobre el nido derruido de una fumarola. Todos los huevos de aquel nido se habían reventado o se habían hundido hacia dentro... todos excepto uno. El centurión líder bajó, se agachó junto al huevo, colocó sus negras manos sobre la cosa y luego la cabeza, para escuchar.

Creo que aquí dentro hay algo vivo, señor, informó Mep Ahoo. *¿Órdenes?*

Espere, ladró el general Beh bin Adee. Por tensorsrayo a la *Reina Mab* preguntó: *¿Órdenes?*

—Esperen —dijo el oficial del puente, hablando en nombre de los Integrantes Primeros.

Finalmente, el Integrante Primero Asteague/Che se puso en línea.

—¿Cuál es su consejo, general?

—Quemarlo. Quemar todo lo que hay ahí... dos veces.

—Gracias, general. Un segundo, por favor.

Hubo un silencio roto sólo por la leve estática. Bin Adee oía la respiración de sus trescientos diez soldados por los micrófonos de sus uniformes.

—Nos gustaría que el huevo fuera recogido —dijo por fin el Integrante Primero Asteague/Che—. Use uno de los cubos de estasis si es posible. El Moscardón Nueve podría enviarlo. Que el líder Mep Ahoo se quede con el huevo en el Moscardón Nueve. Usaremos la *Reina Mab* como laboratorio de cuarentena. La *Mab* ya no contiene armas ni material de fisión... los cruceros de ataque invisibles controlarán nuestro estudio del huevo.

El general Beh bin Adee guardó silencio unos segundos.

—Muy bien —dijo por fin. Tensorrayó las órdenes al centurión líder Mep Ahoo. El equipo de la catedral de hielo azul ya tenía preparado un cubo de estasis.

¿Está seguro, señor?, preguntó Mep Ahoo. Sabemos por Ada y los supervivientes de Ardis de lo que era capaz su bebé Setebos. Incluso el huevo sin eclosionar tenía poder. Dudo que Setebos dejara un huevo viable sólo por accidente.

—Cumpla las órdenes —dijo el general Beh bin Adee por la banda común. Entonces tensorrayó en privado a Mep Ahoo: *Y buena suerte, hijo.*

Seis meses después de la Caída de Ilión, el nueve de Av:

Daeman estaba a cargo de la incursión en Jerusalén. Había sido cuidadosamente planeada.

Cien humanos antiguos con plenas funciones librefaxearon en el mismo segundo, llegando tres minutos antes que cuatro moscardones moravecs que transportaban a un centenar más de voluntarios de Ardis y otras comunidades supervivientes. Los soldados moravec habían ofrecido sus servicios para la incursión meses antes, pero Daeman había jurado hacía un año que liberaría a los humanos antiguos encerrados en el rayo azul de Jerusalén (todos los viejos amigos y parientes judíos de Savi), y seguía considerando que era una responsabilidad humana hacerlo. Sin embargo, habían aceptado un préstamo a largo plazo de trajes de combate, mochilas impulsoras, armaduras de impacto y armas energéticas. Los cien hombres y mujeres de los moscardones (pilotados por moravecs que por lo demás no se implicarían) llevaban las armas que eran demasiado pesadas de transportar durante el librefaxeo.

Daeman y su equipo, humanos y moravecs por igual, habían tardado más de tres semanas en comprobar y asegurar hasta el último milímetro las coordenadas GPS específicas de las calles, avenidas, plazas y cruces de la antigua ciudad para planificar las cien llegadas por librefaxeo y los sitios donde los moscardones habrían de aterrizar.

Esperaron hasta agosto, hasta la fiesta judía del nueve de Av. Daeman y sus voluntarios librefaxearon diez minutos después de la puesta de sol, cuando el rayo azul estaba en su momento más brillante.

Por lo que sabían de los datos de reconocimiento técnico y aéreo de la *Reina Mab*, Jerusalén era un lugar único en la Tierra, pues estaba habitado

por voynix y calibani. En la Ciudad Vieja, que era su objetivo esa noche, los voynix ocupaban las calles al norte y noroeste del Monte del Templo, en zonas equivalentes a los antiguos barrios musulmán y cristiano, mientras que los calibani llenaban las estrechas calles y los edificios situados al suroeste de la Cúpula de la Roca y la mezquita Al-Aksa en zonas antaño consideradas el barrio judío y el barrio armenio.

Por las imágenes espía, también de radar profundo, calcularon que había unos veinte mil voynix y calibani en Jerusalén.

—Probabilidades de cien a uno —dijo Greogi, encogiéndose de hombros—. Las hemos tenido peores.

Faxearon casi en silencio, un mero disturbio en el aire. Daeman y su equipo aparecieron en la estrecha plaza situada delante del Kotel... la Muralla Occidental. Todavía había luz suficiente para ver, pero Daeman usó sus imágenes termales y su radar profundo además de los ojos para encontrar blancos. Calculó que alrededor había unos quinientos calibani acechando, durmiendo y caminando por la zona, las murallas y los tejados del oeste de la plaza. En cuestión de segundos, los diez comandantes de su escuadrón informaron de su posición por los intercomunicadores de sus trajes de combate.

—Fuego a discreción.

Las armas de energía habían sido programas para destruir sólo tejido vivo (de calibani o de voynix), pero no para destruir propiedades. Mientras apuntaba y disparaba, al ver cómo los calibani saltaban y corrían y caían o estallaban en millares de pedazos de carne, Daeman se alegró. No querían destruir el lugar para salvarlo.

La Ciudad Vieja de Jerusalén se convirtió en una confusión de destellos de energía azul, chillidos de calibani, llamadas por radio a gritos y carne explotando.

Daeman y su escuadrón habían eliminado a todos los objetivos cuando el cronómetro de su visor le informó de que era hora de que llegaran los moscardones. Pulsó su mochila impulsora y se alzó hasta el nivel del Monte del Templo (Daeman estaba solo, no era momento de llenar el aire de gente) y vio cómo el primero de los dos moscardones llegaba, aterrizaba, soltaba su gente y su carga y luego volvía a despegar. Treinta segundos más tarde, los dos últimos moscardones habían llegado y los hombres y mujeres ataviados con trajes de combate se repartían por las piedras del Monte, llevando sus pesadas armas con trípodes y bloques impulsores. Los dos moscardones se marcharon.

—Monte del Templo asegurado —radió Daeman a todos los líderes de escuadrón—. Podéis venir cuando estéis listos. Permaneced apartados de las líneas de fuego del Monte.

—¿Daeman? —envió Elian desde su puesto en Bab al-Nazir, en el antiguo barrio musulmán—. Puedo ver masas de voynix subiendo por la Vía Dolorosa y montones de calibani dirigiéndose hacia vosotros por la calle del Rey David.

—Gracias, Elian. Encárgate de ellos cuando lleguen. Los cañones más grandes pueden disparar cuando...

El fuego de las armas en el Monte que tenía a sus pies ensordeció a Daeman. Los humanos repartidos por las murallas y tejados disparaban en todas direcciones hacia las figuras verdes y grises que avanzaban. Entre el rayo azul vertical y los miles de destellos azules del fuego de las armas de energía, toda la Jerusalén Vieja quedaba bañada en un resplandor azulado de soldador. Los filtros de las lentes del traje de combate de Daeman se nublaron un poco.

—Todos los escuadrones, fuego a discreción, informad de cualquier penetración en vuestros sectores —dijo Daeman. Se inclinó sobre los impulsores de la mochila y se deslizó por el aire al noreste, donde el edificio más alto y moderno del rayo azul se alzaba detrás de la Cúpula de Roca. Le interesó descubrir que su corazón latía tan salvajemente que tenía que concentrarse para no hiperventilar. Habían practicado aquello quinientas veces durante los dos meses previos, librefaxeando a la Jerusalén falsa que los moravecs les habían ayudado a construir no lejos de Ardis. Pero nada podría haber preparado a Harman para una lucha de esa magnitud, con esas armas, en esa ciudad de ciudades.

Hannah y los diez miembros de su escuadrón le estaban esperando cuando llegó a la puerta sellada del edificio del rayo. Daeman aterrizó, saludó a Laman, Kaman y Greogi, que acompañaban a Hannah.

—Hagámoslo —dijo.

Laman, trabajando rápidamente con su mano izquierda ilesa, colocó la carga de explosivo plástico. Los doce humanos se situaron a un costado del edificio de aleación de metal mientras la explosión arrancaba la puerta entera.

El interior no era mucho mayor que el pequeño dormitorio que Daeman tenía en Ardis y los controles eran (gracias al Dios que hubiese ahí fuera) casi tal como habían recopilado revisando todos los datos compartidos disponibles en el armario de cristal del Taj Moira.

Hannah se encargó del trabajo, haciendo volar sus diestros dedos por el teclado virtual, con el que marcó los códigos de siete dígitos cada vez que la primitiva IA del edificio se los pedía.

De repente un zumbido, principalmente subsónico, les hizo castañetear los dientes y les sacudió los huesos. Todas las pantallas en la pared de la IA destellaron en verde y luego murieron.

—Todo el mundo fuera —dijo Daeman. Fue el último en salir de la antesala del edificio del rayo azul, y justo a tiempo: la antesala, la pared metálica y todo ese lado del edificio se plegaron dos veces sobre sí mismos y desaparecieron, convirtiéndose en un rectángulo negro.

Daeman, Hannah y los demás retrocedieron hasta las piedras del Monte del Templo y vieron cómo el rayo azul bajaba del cielo. El zumbido se hacía más grave mientras caía, y dolorosamente. Daeman cerró los ojos y los puños, sintiendo los moribundos rumores subsónicos en las tripas y los testículos además de en los huesos y los dientes. Luego el ruido cesó.

Daeman se quitó la capucha de su traje de combate, dejándose puestos los auriculares y el micrófono, y le dijo a Hannah:

—Perímetro defensivo, aquí. En cuanto salga la primera persona, llama a los moscardones.

Ella asintió y se unió a los otros que disparaban desde el alto Monte del Templo.

En algún momento durante los preparativos para la noche, alguien (tal vez fuera Ada) había bromeado diciendo que sería un detalle que Daeman y los demás miembros de su equipo memorizaran los rostros y nombres de los 9113 hombres y mujeres capturados en aquel rayo azul mil cuatrocientos años antes. Todos se habían echado reír, pero Daeman sabía que hubiese sido técnicamente posible; el armario de cristal del Taj Moira le había dado a Harman muchos de esos datos.

Así que a lo largo de los cinco meses transcurridos desde que decidieron cómo y cuándo llevar a cabo esta misión, Daeman había consultado aquellos nombres e imágenes almacenados. No había memorizado los 9113 (él, como todos los supervivientes, había estado demasiado ocupado), pero no le sorprendió cuando reconoció al primer hombre y la primera mujer que salieron dando tumbos del negro rectángulo que era la puerta del remontador de rayos neutrino-taquiónicos.

—Petra —dijo Daeman—. Pinchas. Bienvenidos.

Agarró al hombre y la mujer antes de que pudieran caerse. Todos fueron saliendo por la negra puerta, de dos en dos, como los animales del ar-

ca de Noé, más aturdidos que conscientes.

La mujer morena llamada Petra (Daeman sabía que era amiga de Savi), miró alrededor como si estuviera drogada y dijo:

—¿Cuánto tiempo?

—Demasiado —contestó Daeman—. Por aquí. Hacia esa nave, por favor.

El primer moscardón había aterrizado con otros treinta humanos antiguos cuyo trabajo era acompañar y ayudar a subir a las largas filas de seres humanos recuperados. Daeman vio cómo Stefe se acercaba y ayudaba a Petra y Pinchas a cruzar el viejo pavimento en dirección a la rampa del moscardón.

Daeman saludó a todos los que iban saliendo del edificio. Reconocía a muchos de vista: el tercero se llamaba Graf, su compañera que también se llamaba Hannah, un amigo de Savi llamado Stephen, Abe, Kile, Sarah, Caleb, William... Daeman los saludó a todos por su nombre y los ayudó a cruzar los pocos pasos que los separaban de los demás que esperaban para que subieran a los moscardones.

Voynix y calibani seguían atacando. Los humanos continuaban matándolos. En los ensayos, habían tardado más de cuarenta y cinco minutos, en una buena tarde, para cargar nueve mil ciento trece personas en los moscardones, concediendo sólo segundos entre la carga de un moscardón y su despegue y el siguiente aterrizaje. Pero esa tarde, mientras eran atacados, lo hicieron en treinta y tres minutos.

—Muy bien —dijo Daeman por todos los canales—. Todo el mundo fuera del Monte del Templo.

Los grupos de armas pesadas cargaron su equipo en los dos últimos moscardones cuando se acercaron flotando al borde oriental del Monte. Entonces esos moscardones se marcharon tras las otras docenas de vehículos hacia el oeste, y sólo quedaron en tierra Daeman y sus escuadrones originales.

—Tres o cuatro mil voynix vienen desde la Iglesia del Sepulcro —informó Elian.

Daeman se colocó la capucha y se mordió los labios. Sería más difícil matar a aquellos bichos sin las armas pesadas.

—Muy bien —dijo por el canal de mano—. Habla Daeman. Faxead... ahora. Líderes de escuadrón, informad cuando vuestros grupos hayan faxeado.

Greogi informó de que su escuadrón había salido y se faxeó.

Eddie informó y se faxeó desde su posición en la calle Bab al-Hadid.
Boman informó de que su escuadrón había salido de su posición en Bab al-Ghawanima y se marchó también.

Loes informó desde cerca de la Puerta de los Leones y se fue.

Elle informó desde la Puerta del Jardín e hizo lo mismo.

Kaman informó de que su escuadrón había faxeado con éxito (a Kaman parecían gustarle demasiado las maniobras militares, pensó Daeman) y luego pidió de manera redundante permiso para faxear de vuelta a casa.

—Saca el culo de aquí —radió Daeman.

Oko informó de que su escuadrón se había marchado y lo siguió.

Caul informó desde la mezquita de Al-Aksa y se marchó.

Elian informó, «escuadrón librefaxeado a casa», y se faxeó también.

Daeman reunió a su escuadrón, Hannah incluida, y vio cómo desaparecían, uno a uno, de las crecientes sombras de la plaza de la Muralla Oeste.

Sabía que todos se habían ido, que el edificio del rayo estaba vacío, pero tenía que comprobarlo.

Pulsando con el dedo medio los controles de la mochilla impulsora que llevaba en la palma, Daeman echó a volar, trazó un círculo sobre el edificio, contempló el hueco de la puerta, sobrevoló la vacía Cúpula de la Roca y la plaza vacía, y luego voló más bajo, en círculos más amplios, comprobando todos los puntos de los cuatro barrios de la Ciudad Vieja donde sus escuadrones habían protegido el perímetro sin perder ni un solo humano en los ataques de voynix y calibani.

Sabía que tenía que irse: voynix y calibani corrían por las calles estrechas y antiguas como agua en un barco agujereado, pero también sabía por qué se quedaba.

La piedra casi le arrancó la cabeza. El radar del traje de combate lo salvó al detectar el objeto lanzado, invisible en la penumbra del crepúsculo, y anular los controles de la mochila. Daeman dio una voltereta y se enderezó unos metros por encima de la acera del Monte del Templo.

Aterrizó, activando su armadura de impacto mientras alzaba su rifle energético. Uno de los sensores de su traje y todos sus sentidos humanos le dijeron que la forma grande y no del todo humana que había en el negro portal de la Cúpula de la Roca no era un mero calibani.

—Daemannnnnn —gimió la cosa.

Daeman se acercó, el rifle alzado, ignorando la imperativa de los sistemas de blanco del traje para disparar, e intentando controlar la respira-

ción y sus pensamientos.

—Daemannnn —suspiró la enorme forma anfibia del portal—. Pienso, aún así, tú harías que Él juzga, suponiendo que este Calibán se esfuerza y no enferma más, ¿lo lastimarías?

—Lo mataría —gritó Daeman. Su cuerpo temblaba de antigua cólera. Podía oír el roce de miles de voynix y calibani correteando bajo el Monte—. Sal y lucha, Calibán.

La sombra se rió.

—Pienso, los humanos esperan que el mal a veces debe enmendarse como las verrugas se frotan y se curan las llagas con barro, ¿ssssí?

—Sal y lucha conmigo, Calibán.

—Concibe, ¿bajará su rifle y se enfrentará al acólito de Él en lucha justa, mano y garra a mano y garra?

Daeman vaciló. Sabía que no habría ninguna lucha justa. Un millar de voynix y calibani estarían allí arriba en cuestión de segundos. Podía oír ya sus movimientos en la Plaza de la Muralla Oeste y en las escalinatas. Alzó el rifle, lo puso en modo de búsqueda automática de objetivo y oyó en sus auriculares el tono de blanco confirmado.

—Pienso, Daemannnnnn no disparará, nooo —gimió Calibán en las sombras de la Cúpula de las Rocas—. Él ama demasiado a Calibán y su señor Setebos como enemigos para echar, jo, jo, un telón sobre su mundo de una vez, ¿ssssí? ¿Nooo? Daeman debe esperar otro día para que el viento limpie el polvo acumulado, para reunirse en la casa de la muerte en marcha y...

Daeman disparó. Disparó otra vez.

Los voynix saltaron a las murallas del Monte del Templo ante él, los calibani subieron las escalinatas por detrás. Había oscurecido ya en Jerusalén, e incluso el brillo azul del rayo (constante durante mil cuatrocientos veintiún años) se había apagado. Los monstruos eran dueños de la ciudad una vez más.

Daeman no tuvo que mirar por los indicadores termales del rifle para saber que había fallado, que Calibán se había teletransportado cuánticamente. Tendría que enfrentarse a él cualquier otro día o cualquier otra noche, en una situación mucho menos ventajosa para él.

Extraña, secretamente, en el fondo de su corazón, Daeman se alegró.

Voynix y calibani saltaron hacia él, cruzando las antiguas piedras del Monte del Templo.

Un segundo antes de que sus garras lo alcanzaran, Daeman librefaxeó

de regreso a Ardis.

Siete meses y medio después de la Caída de Ilión:

Alys y Ulises (sus amigos lo llamaban Sam) les contaron a sus padres que iban a ir al autocine Lakeshore a ver una sesión doble: *Matar a un ruiseñor* y *007 contra el Doctor No*. Era octubre y el Lakeshore era el único autocine que todavía estaba abierto porque tenía calefactores portátiles además de altavoces para los coches, y normalmente, o al menos en los cuatro meses que hacía que Sam tenía su permiso de conducir, la película del autocine había sido suficiente para su pasión, pero esa noche, esa noche especial, se internaron en los campos de trigo ya dispuestos para la cosecha hasta un lugar privado al final de un largo carril.

—¿Y si mis padres me preguntan por el argumento de las películas? —inquirió Alys. Llevaba la blusa blanca de costumbre, el jersey marrón suelto sobre los hombros, la falda oscura y zapatos más bien formales para una cita. Tenía el pelo recogido en una cola de caballo.

—Ya conoces el libro *Matar a un ruiseñor*. Diles que Gregory Peck hace muy bien de Atticus Finch.

—¿Él es Atticus Finch?

—¿Quién más podría ser? —dijo Sam—. ¿El negro?

—¿Y la otra película?

—Es una peli de espías de un tipo inglés... James Bond creo que se llama. Al presidente le gusta el libro en el que se basa la peli. Dile a tu padre que era emocionante, llena de tiros y esas cosas.

Sam aparcó el Chevy Bel Air de 1957 de su padre al final del carril, más allá de las ruinas y a la vista del lago. Habían dejado atrás el autocine Lakeshore y la gran laguna que le daba nombre. Al otro lado del agua, Sam veía el pequeño rectángulo de la pantalla del autocine y, más allá, el brillo

de las luces de su pueblo contra el cielo de octubre, y mucho más allá, el brillo más fuerte de la ciudad en la que sus padres trabajaban cada día. Probablemente durante la Depresión había habido una granja al final de aquel carril, pero la casa había desaparecido y sólo quedaban los cimientos y los árboles que flanqueaban el camino de acceso. Los árboles estaban perdiendo sus hojas. Empezaba a hacer frío, se acercaba Halloween.

—¿Puedes dejar el motor en marcha? —preguntó Alys.

—Claro —Sam volvió a arrancar.

Empezaron a besarse casi inmediatamente. Sam atrajo a la chica hacia sí, le puso la mano izquierda en el pecho derecho y, en cuestión de segundos, sus bocas estaban cálidas y abiertas y húmedas, las lenguas ocupadas. Habían descubierto el placer ese mismo verano.

Él tuvo problemas con los botones de la blusa de ella. Eran demasiado pequeños y encajaban al revés. Ella dejó caer el jersey y lo ayudó con el botón más problemático, el que estaba bajo sus suaves y curvos omóplatos.

—¿Has visto el discurso del presidente esta noche en la tele?

Sam no quería hablar del presidente. Dejando sin desabrochar el botón más bajo de la blusa, respirando entrecortadamente, deslizó la mano por dentro de la tela suelta y acarició los pechos por dentro del duro sujetador.

—¿Lo has visto? —preguntó Alys.

—Sí. Lo hemos visto todo.

—¿Crees que va a haber guerra?

—No —dijo Sam. La volvió a besar, tratando de recuperar la pasión, pero su lengua se había escondido.

Cuando se separaron lo suficiente para que ella se sacara la blusa de la falda y la dejara caer detrás (su cuerpo y el sujetador pálidos a la tenue luz reflejada del cielo y el brillo amarillo de la radio y los diales del salpicadero), ella dijo:

—Mi padre dice que eso podría significar la guerra.

—Es sólo un puñetero bloqueo —dijo Sam, rodeándola con ambos brazos, mientras sus dedos se enfrentaban a los todavía extraños ganchos del sujetador—. No es que vayamos a invadir Cuba ni nada de eso —añadió. No podía soltar la maldita cosa.

Alys sonrió a la suave luz, se llevó las manos a la espalda y el sujetador milagrosamente se liberó.

Sam empezó a mordisquear y besar sus pechos. Eran pechos muy jóvenes, más grandes y más firmes que los pequeños senos de una chica ado-

lescente, pero todavía sin formar del todo. Las areolas estaban tan hinchadas como los pezones; Sam lo advirtió a la luz de la radio, y entonces bajó el rostro enrojecido para mordisquear y chupar de nuevo.

—¡Tranquilo, tranquilo! —dijo Alys—. No tan brusco. Siempre eres muy brusco.

—Lo siento —se excusó Sam. Volvió a besarla de nuevo. Esta vez sus labios fueron cálidos, la lengua estuvo presente... y ocupada. Él notó que se excitaba más mientras la apretujaba hacia la puerta de pasajeros del Bel Air. El sillón delantero era más ancho y más profundo y más suave que el sofá del salón de casa. Tuvo que rebullirse para escapar de debajo del gigantesco volante y tener cuidado: allí, al fondo de Miller's Lane, no quería tocar por accidente el claxon.

Medio encima de ella, la erección presionando contra su pierna izquierda, las manos ocupadas en sus pechos y su lengua entretenida buscando la lengua de ella, Sam se excitó tanto que casi eyaculó en el momento en que ella colocó sus largos dedos sobre su muslo cubierto de pana.

—¿Pero y si los rusos atacan? —susurró Alys cuando él alzó la cara un momento para respirar. Hacía demasiado calor en el coche. Apagó el contacto con la mano izquierda.

—Déjalo ya —dijo. Sabía lo que ella estaba haciendo. Había elegido la pista y la línea. Quería que pensara qué podría ser. Él sólo quería apreciar lo que el muchacho-Sam estaba pensando y sintiendo.

—Ouch —dijo Alys. Él le había apretado la espalda de modo que sus hombros chocaron con la gran manivela de la puerta. Bajaba su rostro hacia ella para seguir besándola cuando ella susurró: ¿Quieres pasar al asiento trasero?

Sam apenas podía respirar. Esa frase había sido su señal las últimas semanas para cosas más serias, no llegar sólo a la tercera base, lo que ya había conseguido varias veces con Alys, sino llegar hasta el final, cosa a la que se habían acercado un par de veces pero no habían conseguido del todo.

Alys salió y dio la vuelta (poniéndose primorosa la blusa, pero sin abotonarla otra vez, advirtió él), y Sam lo hizo por el lado del conductor. La luz del techo se encendió hasta que los dos echaron el seguro a ambas puertas traseras. Sam bajó un poquito su ventanilla para poder respirar un poco (todavía parecía tener problemas para respirar con normalidad) y también para oír cualquier coche que se acercara por Miller's Lane en caso de que a Barner le diera por bajar con su viejo coche patrulla de antes de la

guerra.

Los dos tuvieron que empezar de nuevo, pero en unos instantes él se abrió la camisa para sentir los senos de ella contra su pecho y Alys se tendió en el ancho asiento, con él medio encima, las piernas parcialmente levantadas y las de él extrañamente dobladas porque los dos eran más altos que la anchura del asiento trasero.

Él subió la mano derecha por la pierna de ella, sintiendo su cálida respiración acelerar en su mejilla cuando se detuvo a besarla. Ella llevaba medias. Sam nunca había tocado nada tan suave. Palpó el broche donde las medias de nylon se unían al...

—Oh, venga ya —dijo Ulises, riendo y hablando a través del chico a su pesar—. Esto tiene que ser un anacronismo.

Alys le sonrió y él vio a la mujer real a través de las pupilas dilatadas de la chica.

—No lo es —susurró, dándole ahora toda la fuerza de su lengua y deslizando la mano hacia abajo para acariciar su erección a través de la pana levemente humedecida—. De veras —dijo, todavía acariciándolo—. Se llama ligüero y es lo que ella lleva. Los pantis no se han inventado todavía.

—Calla —dijo Sam, cerrando los ojos mientras la besaba y presionaba la parte inferior de su cuerpo contra su mano juguetona—. Calla, por favor.

No pudo sacar la anilla de metal del broche redondo que ella explicó más tarde que era el «ligüero»: no quería moverse. Sam siguió moviendo la mano entre sus piernas, donde el tejido estaba húmedo, seguro de que podía sentirla calentarse a través del tejido... y de vuelta al maldito ligüero hijo de puta.

Alys se echó a reír.

—Puedo quitármelo —susurró.

Mientras lo hacía, Sam advirtió que necesitaban más espacio. Abrió la puerta de su lado, la luz los cegó..

—¡Sam!

Él extendió la mano y apagó la luz del techo. Durante un minuto ninguno de los dos se movió, dos ciervos cegados por los faros, pero cuando él pudo oír el viento sacudir la hojas de otoño más fuerte que los latidos de su corazón, se inclinó de nuevo sobre ella.

La distracción le había impedido correrse demasiado pronto. Saboreó sus labios, bajó el rostro hasta sus pechos y lamió suavemente. Ella atrajo más su cabeza. Bajó la mano, deshizo experta su cinturón, abrió el botón

superior y bajó demasiado rápidamente la cremallera para su paz espiritual.

Él emergió erguido y latiendo.

—¿Sam? —preguntó ella mientras él se colocaba encima. Las medias y las bragas eran un bulto bajo su rodilla. Sam casi jadeó cuando le subió más la falda.

—¿Qué?

—¿Has traído... ya sabes... una goma?

—Oh, a la mierda con eso —replicó él a través de la voz del muchacho, sin fingir siquiera estar dentro del personaje.

Ella rió pero él detuvo ese sonido con un beso en la boca abierta. Su corazón amenazó con abrirse paso a través de sus costillas cuando cambió su peso y ella abrió las piernas. Vio un atisbo de su falda oscura alzada hasta casi sus pechos desnudos, sus muslos pálidos, la maraña de oscuridad vertical más que triangular que había entre sus muslos...

—Con calma —susurró Alys mientras extendía la mano y lo encontraba. Acarició con destreza su escroto, pasó los dedos por todo su pene, capturó el glande con la yema de los dedos—. Con calma, Odiseo —ronroneó.

—Yo soy... Nadie —susurró él entre jadeos. Ella lo estaba colocando. El líquido preseminal en la punta de su pene mojó su muslo cuando ella lo situó en el mejor ángulo. Pudo sentir el calor que emanaba de ella.

Ella lo apretó, lo suficiente para hacerlo jadear pero no lo suficiente para que el chico de dieciséis años se corriera.

—¿Cómo puedes decir que no eres nadie —le susurró en la boca—, cuando esto demuestra lo contrario?

Alys colocó la hinchada cabeza de su pene contra sus labios húmedos y tensos, luego le acarició la mejilla. Sam notó el olor de su excitación en sus propios dedos y eso hubiese bastado para que se corriera. Vaciló ese segundo perfecto antes de continuar.

El destello se produjo directamente delante del coche, más allá de la pantalla del cine, y no fue más brillante que un millar de soles, fue más brillante que diez mil soles. Convirtió todo lo que había en la oscuridad en un negativo fotográfico: todo negros-negros y puros blancos. No hubo ningún ruido, todavía no.

—Tienes que estar bromeando —dijo él, colocado encima de Alys como si estuviera haciendo flexiones, con sólo la punta de su erección tocándola ahora mismo.

—La ciudad está a setenta kilómetros de distancia —susurró Alys, agarrándolo, tratando de atraerlo—. Tenemos tiempo de sobra hasta que la onda de choque llegue aquí. Tiempo de sobra —le ofreció la boca y colocó las manos sólidamente en su espalda y su culo, atrayéndolo más.

Él pensó en resistirse. Pero ¿para qué? El muchacho Sam estaba tan excitado que dos o tres empujones en el perfecto coño virginal de su amada serían probablemente todo lo que podría durar antes de explotar. La onda de choque incineradora y sus juveniles orgasmos probablemente llegarían en el mismo instante. Cosa que, advirtió, era casi con toda certeza lo que su amante eterna había planeado.

La luz remitió un poco, todavía lo suficientemente brillante para iluminar la leve sombra de ojos púrpura de la adolescente Alys, y ver eso hizo que él bajara el rostro hacia ella para darle un último beso apasionado mientras empezaba a penetrarla con más fuerza.

Un año después de la Caída de Ilión:

Justo antes del amanecer, Helena de Troya despertó soñando con el sonido de las alarmas antiaéreas. Palpó los cojines de su cama pero su amante del momento, Hockenberry, se había marchado: hacía ya más de un mes que se había ido, y sólo el recuerdo de su calor le hacía buscarlo cada mañana. Tenía que buscarse otro amante, aunque la mitad de los troyanos y argivos que quedaban en Nueva Ilión la deseaban.

Hizo que sus esclavas, Hipsipila incluida, la bañaran y perfumaran. Helena se tomó su tiempo. Esos apartamentos en la sección reconstruida cerca de la Casa de las Columnas, junto a las caídas puertas Esceas, no podían compararse con su antiguo palacio, pero las amenidades de la vida empezaban a regresar. Usó el resto de su jabón oloroso racionado en el baño. Era un día especial. El consejo conjunto decidiría sobre la expedición a Delfos. Hizo que las esclavas la vistieran con su mejor túnica de seda verde y sus collares de oro para la reunión de la mañana.

Todavía era extraño ver a argivos, aqueos, mirmidones y otros invasores en la casa de consejos troyana. El templo de Atenea y el templo de Apolo se habían desmoronado el día de la Caída, pero los albañiles griegos y troyanos habían levantado un palacio nuevo sobre las ruinas del templo de Atenea, al norte de la avenida principal, no muy lejos del lugar donde se hallaba el palacio de Príamo con sus orgullosos porches y columnas antes de que los dioses lo bombardearan.

El nuevo palacio (no tenían otro nombre para su edificio civil central) todavía olía a madera fresca, fría piedra y pintura, pero era luminoso y so-

leado aquel día de principios de primavera. Helena entró y ocupó su lugar junto a la familia real, cerca de Andrómaca, quien le dirigió una breve sonrisa y luego volvió su atención a su marido.

Héctor empezaba a tener algunas canas en el pelo rizado y la barba castaña. Todos lo habían advertido. La mayoría de las mujeres, Helena lo sabía, pensaban que eso le hacía parecer aún más distinguido si cabía. A Héctor le tocaba abrir la reunión y así lo hizo, dando la bienvenida a todos los dignatarios troyanos y a los invitados aqueos por su nombre.

Agamenón estaba todavía extraño, dirigiendo ocasionalmente a todos aquella larga mirada desenfocada que había sido la suya durante tantos meses después de la Caída, pero ya lo bastante lúcido para que se le oyera en las discusiones del Consejo Conjunto. Y sus tiendas seguían llenas de tesoros.

Néstor estaba también, aunque habían tenido que traerlo a la ciudad (desde el campamento de los aqueos, sin defender ahora en la playa) en una silla de mano que cargaban cuatro esclavos. El viejo y sabio Néstor nunca había recuperado el uso de las piernas después de aquel último día de terrible batalla en la playa. También presentes del campamento aqueo (todavía vivían sesenta mil guerreros griegos, suficientes para exigir un voto) estaban *Ayax el Menor*, Idomeneo, Polixino, Teucro y el líder reconocido, aunque no públicamente aclamado de los griegos, el guapo Trasimedes, hijo de Néstor. Con los griegos había varios hombres a quienes Helena no reconoció, incluido un joven alto y flacucho con barba y pelo rizado.

Tras ser presentado y bienvenido por Héctor, Trasimedes miró a Helena y Helena bajó los ojos con modestia mientras se permitía ruborizarse levemente. Algunas costumbres eran difíciles de olvidar, incluso allí, en un mundo distinto y una época distinta.

Finalmente Héctor presentó al emisario de Ardis: no Hockenberry, que aún no había regresado de su viaje al oeste, sino un hombre alto, delgado y callado llamado Boman. No había ningún moravec presente esa mañana.

Tras haber terminado las bienvenidas, las presentaciones innecesarias y las palabras rituales de la asamblea, Héctor declaró los motivos para celebrar aquella reunión y lo que había que decidir antes de retirarse.

—Así que hoy debemos decidir si iniciamos la expedición a Delfos —concluyó el noble Héctor—, y, si así lo hacemos, quién irá y quién se quedará. También tenemos que decidir qué hacer si es posible manipular el rayo azul y traer de vuelta a muchos de los parientes argivos. Trasimedes, tu pueblo estaba a cargo de la construcción de las largas naves. ¿Quieres con-

tar al Consejo qué progresos se han hecho?

Trasimedes hizo una reverencia, la rodilla apoyada en un escalón y el casco dorado sobre la pierna.

—Como sabes, nuestro mejor constructor de barcos superviviente, Harmónides, ha estado a cargo del astillero. Dejaré que él informe.

Harmónides, el joven de la barba rizada a quien Helena había divisado un minuto antes, avanzó ahora unos cuantos pasos y se miró tímidamente los pies como si deseara no haberse hecho notar tanto. Tartamudeó levemente al hablar.

—Las... treinta largas naves están... preparadas. Cada una puede... llevar... a cincuenta hombres, sus armaduras y provisiones suficientes para... llegar a Delfos. Estamos a punto de terminar... de terminar... las otras veinte naves... como ordenó el Consejo. Estas naves son... más anchas de manga... que las naves largas, perfectas para... para transportar posesiones y personas que encontremos... posesiones y personas.

Harmónides dio rápidamente un paso atrás y regresó al grupo de argivos.

—Muy bien, noble Harmónides —dijo Héctor—. Te damos las gracias. He inspeccionado las naves y son hermosas... tensas, firmes, hechas con precisión.

—Y yo deseo dar las gracias a los troyanos por saber dónde encontrar la mejor madera en las pendientes del monte Ida —dijo el sonrojado Harmónides, pero con orgullo esta vez, y sin tartamudear.

—Así que ahora tenemos las naves para emprender el viaje —dijo Héctor—. Ya que las familias perdidas de tierra adentro son aqueas y argivas, no troyanas, Trasimedes se ha presentado voluntario para liderar la expedición a Delfos. Cuéntanos, Trasimedes, tus planes para ese viaje.

El alto Trasimedes bajó la pierna, sujetando su pesado casco con facilidad en una palma, según advirtió Helena.

—Nos proponemos zarpar la semana que viene, cuando los vientos de la primavera bendigan nuestro viaje —dijo Trasimedes, su voz grave y fuerte llegaba hasta el fondo de la gran cámara del Consejo—. Las treinta naves y los mil quinientos hombres escogidos... Los aventureros troyanos siguen invitados si quieren ver mundo.

Hubo risas y el buen humor imperó en la sala.

—Navegaremos hacia el sur siguiendo la costa y dejaremos atrás la vacía Colonos —continuó Trasimedes—, y luego iremos a Lesbos y surcaremos las aguas oscuras hasta Chios, donde cazaremos y nadaremos en

aguas frescas. Luego al oeste-suroeste cruzando el profundo mar, dejaremos atrás Andros y, en el estrecho Genestio, entre la península de Catsilo y la isla de Ceos, cinco de nuestras naves se separarán y navegarán río arriba hasta Atenas, desde donde los hombres cubrirán a pie el último tramo. Buscarán vida humana allí, y si no encuentran ninguna, marcharán a Delfos a pie, mientras sus naves regresan y cruzan el golfo detrás de nosotros.

»Las veinticinco naves restantes navegarán conmigo al suroeste dejando atrás Lacedemonia, circunnavegarán todo el Peloponeso, sortearán los estrechos entre Citerea y la tierra firme si el tiempo lo permite. Cuando divisemos Zacintos a proa, nos acercaremos de nuevo a tierra firme, y luego nos dirigiremos este-noroeste y de nuevo al este hasta el golfo de Corinto. Dejaremos atrás la Lócride y, antes de llegar a Beocia, entraremos en la bahía, vararemos las naves y llegaremos a Delfo donde los moravecs y nuestros amigos de Ardis nos aseguran que el templo del rayo azul contiene los restos vivos de nuestra raza.

La persona llamada Boman avanzó hasta situarse en el centro. Habla griego con un acento horrible, mucho peor que el del viejo Hockenberry, pensó Helena, y parecía tan bárbaro como su modo de vestir indicaba, pero se hizo entender a pesar de unos errores sintácticos que habrían echo enrojecer al mentor de un niño de tres años.

—Es un buen momento del año para hacerlo —dijo Boman, el alto ardisiano—. El problema es: si seguís nuestras instrucciones para recuperar a la gente atrapada en el rayo azul, ¿qué haréis con ella? Es posible que toda la población de Tierra-Ilión fuera codificada allí, unos seis millones de personas, incluyendo chinos, africanos, indios americanos, preaztecas...

—Discúlpame —interrumpió Trasimedes—. No entendemos esas palabras, Boman, hijo de Ardis.

El hombre alto se rascó la mejilla.

—¿Entendéis la idea de seis millones?

Nadie lo hacía. Helena se preguntó si el ardisiano estaba en sus cabales.

—Imaginad treinta Iliones, cuando su población estaba en su apogeo —dijo Boman—. Ésa es la cantidad de gente que puede salir del Templo del Rayo Azul.

La mayoría de los miembros del consejo se echaron a reír. Helena advirtió que ni Héctor ni Trasimedes lo hacían.

—Por eso estamos aquí para ayudarlos —dijo Boman—. Creemos que podéis repatriar a vuestra propia gente, los griegos, sin mayores problemas.

Naturalmente, las casas y ciudades, templos y animales han desaparecido, pero hay muchos animales que cazar y podréis criar animales domésticos de nuevo en poco tiempo...

Boman se detuvo porque la mayoría se estaba riendo o burlando de nuevo. Héctor le indicó al ardisiano que continuara, sin explicar su error. El hombre había usado la palabra «follar» refiriéndose a criar animales domésticos. A Helena también le hizo gracia.

—Sea como sea, nosotros estaremos allí y los moravecs proporcionarán transporte a casa para esos... extranjeros —usó la palabra adecuada, «bárbaros», pero obviamente quería usar otra.

—Gracias —dijo Héctor—. Trasimedes, si vuestros muchos pueblos están allí, del Peloponeso, de las muchas islas como la Ítaca de Odiseo, de Ática y Beocia y Molosi y Obesta y Chaldi y Botia y Tracia, de todas las zonas que los griegos llamáis vuestra patria, ¿qué haréis entonces? Tendréis a toda esa gente en un lugar, pero sin ciudades, bueyes, casas ni refugios.

Trasimedes asintió.

—Noble Héctor, nuestro plan será enviar inmediatamente cinco naves a Nueva Ilión para informarte de nuestro éxito. Los demás se quedarán con aquellos que sean liberados del rayo azul en Delfos, organizando viajes seguros para las familias de vuelta a sus hogares, encontrando un modo de alimentar y dar refugio a todos hasta que se instaure el orden.

—Eso podría llevar años —dijo Deífobo. El hermano de Héctor nunca se había mostrado muy conforme con la expedición a Delfos.

—Puede que en efecto lleve años —reconoció Trasimedes—. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer sino intentar liberar a nuestras esposas, madres, abuelos, hijos, esclavos y criados? Es nuestro deber.

—Los ardisianos podrían faxear allí en un minuto y liberarlos en dos —dijo una voz resentida desde el lugar donde estaba sentado su dueño. Agamenón.

Boman volvió a dar un paso al frente.

—Noble Héctor, rey Agamenón, nobles y caballeros de este Consejo, nosotros podríamos hacer lo que Agamenón dice. Y algún día vosotros también faxearéis... no librefaxear como hacemos nosotros, los ardisianos, pero sí faxear usando los lugares que llamamos faxnódulos. No estáis cerca de ninguno, pero descubriréis uno o más en Grecia. Pero me estoy andando por las ramas... podríamos faxear a Delfos y liberar a los griegos en horas y días, si no en minutos, pero entenderéis por qué no es adecuado que

lo hagamos. Son vuestro pueblo. Su futuro es vuestra preocupación. Hace algunos meses, liberamos a nueve mil y pico de los nuestros de otro rayo azul, y aunque agradecemos la población extra, nos resultó difícil cuidar a esos pocos sin demasiada planificación previa. En el mundo hay demasiados voynix y calibani sueltos, por no mencionar a los dinosaurios, las aves terroríficas y otras rarezas que descubriréis cuando dejéis la seguridad de Nueva Ilión.

»Nosotros y nuestros moravecs os ayudaremos a dispersar a la población no-griega, si la hay en ese rayo azul, pero el futuro de los pueblos griegoparlantes debe permanecer en vuestras manos.

Este breve discurso, aunque bárbaro en gramática y sintaxis, fue lo bastante elocuente para valerle al alto ardisiano una salva de aplausos. Helena aplaudió también. Quería conocer a aquel hombre.

Héctor avanzó hasta el centro de la zona libre y dio una vuelta completa sobre sus talones, mirando a todos y cada uno a los ojos.

—Ahora, votemos. Mayoría simple. Los que estén de acuerdo con que Trasimedes y su expedición de voluntarios zarpen para Delfos con los próximos buenos vientos y marea, elevad el puño. Los que estéis en contra de la expedición, bajad la mano.

Había poco más de cien personas en la reunión. Helena contó setenta y tres puños alzados, incluido el suyo, y sólo doce manos bajas, incluida la de Deífobo y, por algún motivo, la de Andrómaca.

Hubo muchas celebraciones en el interior y cuando los heraldos anunciaron el resultado a las decenas de miles de personas congregadas en la plaza central y el mercado los vítores resonaron en las nuevas murallas bajas de Nueva Ilión.

Héctor se acercó a Helena en la terraza. Después de unas palabras de saludo y algún comentario sobre el vino helado, dijo:

—Quiero ir con todas mis fuerzas, Helena. No puedo soportar la idea de que esta expedición parta sin mí.

«Ah, pensó Helena, ése es el motivo por el que Andrómaca votó en contra.»

—No puedes ir, noble Héctor —dijo en voz alta—. La ciudad te necesita.

—Bah —respondió Héctor, apurando el vino y depositando de golpe la copa en una piedra que aún no había sido colocada en su sitio—. La ciudad no está amenazada. No hemos visto a nadie más en doce meses. Hemos pasado todo este tiempo reconstruyendo nuestras murallas, y ahí las tie-

nes, pero no deberíamos habernos tomado la molestia. No hay otra gente ahí fuera. No en esta región de la ancha Tierra, al menos.

—Tanto más motivo para que te quedes y cuides de nuestro pueblo —dijo Helena, sonriendo levemente—. Para protegernos de esos dinosaurios y aves terroríficas de las que habla nuestro alto ardisiano.

Héctor captó la burla en sus ojos y le devolvió la sonrisa. Helena sabía que Héctor y ella siempre habían tenido esta extraña conexión, parte burla, parte flirteo, parte algo más profundo que la conexión entre un marido y su esposa.

—¿No crees que tu futuro esposo sea adecuado para proteger nuestra ciudad de toda amenaza, noble Helena? —preguntó él.

Ella volvió a sonreír.

—Estimo a tu hermano Deífobo por encima de todos los demás hombres, mi querido Héctor, pero no he accedido a su propuesta de matrimonio.

—Príamo lo hubiese querido. A Paris le habría complacido la idea.

«Paris habría vomitado al enterarse», pensó Helena.

—Sí, a tu hermano Paris le habría gustado que me casara con Deífobo... o con cualquier noble hermano del linaje de Príamo —le sonrió de nuevo a Héctor y le llenó de satisfacción ver su incomodidad.

—¿Guardarás un secreto si te lo cuento? —preguntó él, acercándose a ella y hablando casi en susurros.

—Por supuesto —respondió Helena, pensando «si me conviene hacerlo».

—Pienso ir con Trasimedes y su expedición cuando zarpe —dijo Héctor en voz baja—. ¿Quién sabe si alguno de nosotros regresará? Te echaré de menos, Helena. —Le tocó torpemente el hombro.

Helena de Troya colocó su suave mano sobre la áspera mano de él, apretándola entre su suave hombro y su suave palma. Lo miró profundamente a los ojos grises.

—Si vas en esa expedición, noble Héctor, yo te echaré de menos casi tanto como tu amada Andrómaca.

«Pero no tanto como lo hará Andrómaca —pensó Helena—, puesto que seré una polizona en este viaje aunque me cueste hasta el último diamante y la última perla de mi cuantiosa fortuna.»

Todavía tocándose las manos, Héctor y ella se acercaron a la barandilla del largo porche de piedra del palacio del Consejo. Las multitudes de la plaza del mercado estaban locas de felicidad.

En el centro de la plaza, exactamente donde la vieja fuente se había alzado durante siglos, la muchedumbre de griegos y troyanos borrachos, unidos como hermanos y hermanas, había traído un gran caballo de madera. El artefacto era tan grande que no hubiese cabido por las puertas Esceas, si las puertas Esceas hubiesen estado todavía en pie. La puerta actual, más baja, más ancha, sin remate, levantada a toda prisa cerca del lugar donde se hallaba el viejo roble, no tuvo problemas para abrirse y dar paso a la efigie.

Algún gracioso en la multitud había decidido que el caballo iba a ser el símbolo de la Caída de Ilión y ese día, en el aniversario de la Caída, planeaban quemar la estatua. Los ánimos estaban altos.

Héctor y Helena contemplaron, las manos todavía tocándose levemente, pero no sin significado mutuo, cómo la multitud aplicaba antorchas al gigantesco caballo y, la estatua, hecha principalmente de madera seca, ardía en segundos, haciendo retroceder a la muchedumbre, atrayendo a los alguaciles con sus escudos y sus lanzas, y haciendo que los nobles del largo porche y los balcones murmuraran con desaprobación.

Héctor y Helena se rieron con ganas.

Siete años y cinco meses después de la Caída de Ilión:

Moira se teletransportó cuánticamente al prado despejado. Era un hermoso día de verano. Las mariposas revoloteaban a la sombra del bosque y las abejas zumbaban sobre las flores.

Un soldado moravec del Cinturón se acercó a ella con cautela, le habló amablemente y la guió colina arriba hasta una tienda pequeña y descubierta (más bien un pintoresco pabellón de lona con cuatro palos, en realidad) que se agitaba suavemente con la brisa del sur. Había mesas a la sombra de la lona y media docena de moravecs y hombres estudiaban o despejaban los docenas de añicos y fragmentos que había sobre ellas.

La figura más pequeña de la mesa (tenía su propio taburete elevado) se volvió, la vio, saltó y se acercó a saludarla.

—Moira, qué placer —dijo Mahnmut—. Por favor, ven a la sombra y tómate un refresco.

Ella se acercó al pequeño moravec.

—Vuestro sargento ha dicho que me estabais esperando.

—Desde nuestra conversación de hace dos años —dijo Mahnmut. Se acercó a la mesa de los refrescos y volvió con un vaso de limonada fresca. Los otros hombres y moravecs la miraron con curiosidad, pero Mahnmut no se la presentó. Todavía no.

Moira bebió agradecida la limonada, advirtió que debían TCear o fa-xear el hielo desde Ardis o cualquier otra comunidad cada día, y contempló el prado, que se extendía más o menos durante un kilómetro hasta el río, entre el bosque al norte y la áspera tierra al sur.

—¿Necesitáis a los soldados moravecs para mantener a raya a los palurdos? —preguntó ella—. ¿A muchedumbres curiosas?

—Más bien para detener a algún ave terrorífica o joven T-Rex ocasional —contestó Mahnmut—. Como le gusta decir a Orphu, ¿en qué demonios estaban pensando los posthumanos?

—¿Todavía ves mucho a Orphu?

—Todos los días. Lo veré esta noche en Ardis para la obra. ¿Vas a venir?

—Es posible —dijo Moira—. ¿Cómo sabes que he sido invitada?

—No eres la única que habla con Ariel de vez en cuando, querida. ¿Más limonada?

—No, gracias.

Moira contempló de nuevo el prado. Más de la mitad del terreno había sido removido en varias capas, no al azar con una pala mecánica, sino con cuidado, amorosa, obsesivamente: la tierra amontonada, cables y palos pequeños marcando cada incisión, pequeños signos y números en todas partes, zanjás cuya anchura oscilaba entre unos pocos centímetros y varios metros.

—¿Crees haberlo encontrado por fin, amigo Mahnmut?

El pequeño moravec se encogió de hombros.

—Es sorprendente lo difícil que es encontrar en los archivos coordenadas precisas para este pueblecito. Es casi como si algún... poder... hubiera eliminado todas las referencias, coordenadas GPS, señales de carretera, historias. Es como si alguna... fuerza... no quisiera que encontrásemos Stratford-on-Avon.

Moira lo miró con sus claros ojos azul grisáceos.

—¿Y querría algún poder, o alguna fuerza que tú no encontraras lo que estás buscando, Mahnmut?

Él volvió a encogerse de hombros.

—Sólo sería una suposición, pero yo diría que a este poder o esta fuerza hipotética no le importaría que los seres humanos anden sueltos y felices y multiplicándose de nuevo por el planeta, pero se lo piensan mejor a la hora de que algunos genios vuelvan.

Moira no dijo nada.

—Ven —dijo Mahnmut, llevándola hasta una mesa cercana con el entusiasmo de un niño—, mira esto. Uno de los voluntarios lo encontró ayer en el sitio tres-cero-nueve.

Alzó una losa rota de piedra. Había extrañas marcas en su superficie.

—No puedo distinguirlo —dijo Moira.

—Nosotros tampoco pudimos, al principio —respondió Mahnmut—.

El doctor Hockenberry tuvo que ayudarnos para saber qué estábamos mirando. ¿Ves cómo esto forma IUM y aquí debajo se ve US y AER y aquí ET?

—Si tú lo dices...

—Eso pone. Ahora lo sabemos. Es parte de una inscripción de un busto, un busto de *él*. Según nuestros datos, una vez decía: «*JUDICO PYLIUM, GENIO SCORATUM, ARTE MANOREM: TERRA TEGIT, POPULUS MAERET, OLYMPUS HABET.*»

—Me temo que tengo mi latín un poco oxidado —dijo Moira.

—Igual que muchos de nosotros —contestó Mahnmut—. Dice. «*LA TIERRA CUBRE A UNO QUE ES NÉSTOR EN JUICIO; EL PUEBLO LLORA A UN SÓCRATES EN GENIO; EL OLIMPO TIENE A UN VIRGILIO EN ARTE.*»

—Olimpo —repitió Moira, como si hablara sola.

—Era parte de una inscripción que había bajo un busto que la gente del pueblo hizo, y lo grabaron en piedra en la cancillería de la Trinity Church después de que lo enterraran allí. El resto de la inscripción está en inglés. ¿Quieres oírla, Moira?

—Por supuesto.

—«*QUÉDATE, VIAJERO, ¿POR QUÉ VAS TAN RÁPIDO?
LEE SI PUEDES, A QUIEN LA ENVIDIOSA MUERTE HA ROBADO,
EN ESTE MONUMENTO A SHAKESPEARE, CON QUIEN
VELOZ LA NATURALEZA HIZO: CUYO NOMBRE MARCA SU TUMBA,
MUCHO MÁS CUESTA: DE TODO HA ESCRITO,
DEJA ARTE VIVO Y PÁGINAS, PARA SERVIR A SU INGENIO.*»

—Muy bonito —dijo Moira—. Y muy a mano para tu búsqueda, imaginando.

Mahnmut ignoró el sarcasmo.

—Está fechado el día en que murió, el veintitrés de abril de 1616.

—Pero aún no habéis encontrado la tumba.

—Todavía no —admitió Mahnmut.

—¿No había también una lápida o una inscripción? —preguntó ella, inocentemente.

Mahnmut estudió su rostro durante un instante.

—Sí —dijo por fin—. Algo referente a sus huesos.

—¿No decía algo así como... oh... «Apartaos, moravecs. Marchaos a casa»?

—No precisamente —dijo Mahnmut—. Se supone que en la losa está

escrito: «BUEN AMIGO, POR JESÚS, ABSTENTE DE CAVAR EL POLVO AQUÍ ENCE-
RRADO. BENDITO EL HOMBRE QUE RESPETE ESTAS PIEDRAS Y MALDITO EL QUE
REMUEVA MIS HUESOS.»

—¿No te preocupa un poco esa maldición? —preguntó Moira.

—No. Me confundes con Orphu de Io. Él es el que vio todos esas pe-
lículas planas de terror de la Universal del siglo XX... ya sabes, *La maldi-
ción de la momia* y cosas así.

—De todas formas...

—¿Vas a impedirnos encontrarlo, Moira? —preguntó Mahnmut.

—Mi querido Mahnmut, debes saber ya que no queremos inmiscuir-
nos en vuestros asuntos, ni en los de los antiguos, ni en los de nuestros
nuevos invitados de Grecia y Asia... en los de ninguno de vosotros. ¿Lo he-
mos hecho hasta ahora?

Mahnmut no dijo nada.

Moira le toca el hombro.

—Pero con este... proyecto. ¿No sientes a veces como si estuvieras ju-
gando a Dios? ¿Un poquito?

—¿Has visto al doctor Hockenberry? —preguntó Mahnmut.

—Por supuesto. Hablé con él la semana pasada misma.

—Qué extraño, no lo mencionó. Thomas viene como voluntario a ca-
var al menos un día o dos por semana. No, pero lo que quería decir era que
los posthumanos y los dioses del Olimpo desde luego «jugaron a ser Dios»
cuando recrearon el cuerpo y la personalidad y los recuerdos del doctor
Hockenberry a partir de pedazos de hueso, viejos archivos de datos y ADN.
Pero salió bien. Es una buena persona.

—Eso parece —dijo Moira—. Y tengo entendido que está escribiendo
un libro.

—Sí —respondió Mahnmut. El moravec parecía haber perdido el hi-
lo.

—Bueno, pues buena suerte de nuevo —dijo Moira, tendiéndole la ma-
no—. Y dale mis saludos al Integrante Primero Asteague/che cuando lo ve-
as. Dile que disfruté del té que tomamos en el Taj. —Estrechó la mano del
pequeño moravec y se encaminó hacia la línea de árboles del norte.

—Moira —llamó Mahnmut.

Ella se detuvo y se volvió.

—¿Has dicho que asistirás a la obra esta noche?

—Sí, creo que lo haré.

—¿Te veremos allí?

—No estoy segura —dijo la joven—. Pero yo sí que os veré allí.
Continuó caminando hacia el bosque.

Siete años y cinco meses después de la Caída de Ilión:

Me llamo Thomas Hockenberry, catedrático, Hockenbush para mis amigos. No tengo amigos vivos que me llamen así. O más bien, los amigos que una vez pudieron llamarme así (Hockenbush, un apodo de mis días de estudiante en el Wabash College) hace tiempo que se han convertido en polvo en este mundo donde tantas cosas se han convertido en polvo.

Viví cincuenta y tantos años en esa primera y buena Tierra, y me han concedido algo más de doce ricos años en esta segunda vida: en Ilión, en el Olimpo, en un lugar llamado Marte aunque no supe que era Marte hasta mis últimos días allí, y ahora otra vez aquí. En casa. En la dulce Tierra de nuevo.

Tengo mucho que contar. Lo malo es que he perdido todas las grabaciones que hice durante los últimos doce años como escólico y como erudito: las piedras de voz que entregué a mi Musa con las observaciones diarias de la guerra de Troya, mis propias notas, incluso el grabador moravec que usé para describir los últimos días de Zeus y el Olimpo. Lo he perdido todo.

No importa. Lo recuerdo todo. Cada rostro. Cada hombre y mujer. Cada nombre.

Los entendidos dicen que una de las cosas maravillosas de la *Iliada* de Homero es que ningún hombre muere en ella sin ser nombrado en la narración. Todos cayeron pesadamente, esos héroes, esos héroes brutales, y cuando cayeron lo hicieron, como dijo otro estudioso (estoy parafraseando), cayeron pesadamente, con el estrépito de todas sus armas y sus armaduras y sus posesiones y su ganado y sus esposas y sus esclavos que cayeron con ellos. Y sus nombres. Ningún hombre murió sin nombre o sin

peso en la *Iliada* de Homero.

Si intentara contar mi historia, intentaría hacer lo mismo.

Pero ¿por donde empezar?

Si he de ser el corifeo de esta historia (voluntario o no) entonces puedo empezar por donde quiera. Decido empezar aquí, contando dónde vivo.

Disfruté de los meses con Helena en Nueva Ilión mientras se reconstruía la ciudad. Los griegos colaboraron en la reconstrucción después del acuerdo con Héctor de que los troyanos a cambio, los ayudarían a construir sus largas naves, cuando las murallas de la ciudad estuvieran levantadas de nuevo. Cuando la ciudad volviera a vivir.

Nunca murió. Verán, Ilión (Troya) era su gente: Héctor, Helena, Andrómaca, Príamo, Casandra, Deífobo, Paris... demonios, incluso esa bruja de Hipsipila. Algunas de esas personas murieron, otras sobrevivieron. La ciudad vivió mientras ellos lo hicieron. Virgilio lo comprendió.

Así que no puedo ser Homero para ustedes y no puedo ser Virgilio contando el relato desde el momento de la caída de Troya... no ha pasado suficiente tiempo para que esa parte sea una gran historia, aunque he oído decir que podría estar cambiando. Estaré observando y escuchando mientras viva.

Pero ahora vivo aquí. En Ciudad Ardis.

No Ardis. Una gran casa ha vuelto a construirse en el amplio prado, colina arriba, a dos kilómetros del viejo faxpabellón, una casa grande muy cerca de donde antaño se alzara Ardis Hall, y Ada vive allí aún con su familia, pero este lugar es Ciudad Ardis, ya no es Ardis.

Hay poco más de veintiocho mil personas aquí, ahora, según el último censo realizado hace cinco meses. Hay una comunidad en la colina, repartida alrededor del nuevo hogar de Ada en Ardis, pero la mayor parte de la ciudad está aquí abajo, a ambos lados de la nueva carretera que llega desde el faxpabellón siguiendo el río. Aquí están los molinos, el mercado y los olorosos edificios de los curtidores, y la imprenta y la fábrica de papel, y demasiados bares y casas de putas, y dos sinagogas, y una iglesia que podría ser descrita como la Primera Iglesia del Caos, y algunos buenos restaurantes, y los establos (que huelen tan mal como la curtiduría) y una biblioteca (ayudé a construirla) y una escuela, aunque la mayoría de los niños siguen viviendo en Ardis House o cerca de ella. La mayoría de nuestros estudiantes en Ciudad Ardis son adultos que aprenden a leer y escribir.

La mitad de nuestros residentes son griegos y la mitad son judíos. Tienen a llevarse bien. La mayoría de los días.

Los judíos tienen la ventaja de ser plenamente funcionales; es decir, pueden librefaxear donde demonios quieran ir cada vez que les salga de las narices hacerlo (yo también puedo hacerlo: no faxear, yo TCeo. Está en mis células y ADN, ¿saben?, escrito allí por quienquiera o Quienquiera que me diseñara. Pero ya no me TCeo mucho. Me gustan formas de transporte más lentas).

Ayudo a Mahnmut con su proyecto de Encontrar a Will al menos una vez por semana si puedo. Ya han oído hablar de eso. No creo que encuentre jamás a Will, y sospecho que él cree lo mismo. Se ha convertido en una especie de hobby para él y Orphu de Io y yo lo ayudamos con el mismo espíritu de «qué demonios». Ninguno de nosotros —ni siquiera Mahnmut, me parece—, cree que Próspero, Moira, Ariel, cualquiera de los Poderes Que Son... incluso ese Silente del que tanto oímos hablar, vayan a permitir a nuestro pequeño moravec encontrar y recombinar los huesos y el ADN de William Shakespeare. No le reprocho a los Poderes Que Son que se sientan amenazados.

Oh, la obra va a representarse en Ardis esta noche. Ya se han enterado ustedes también de eso. Muchos de nosotros en Ciudad Ardis vamos a subir a verla, aunque confieso que la colina es empinada, la carretera y las escaleras están llenas de polvo y puede que pague cinco centavos por subir en uno de los carruajes de vapor que dirige la compañía de Hannah. Ojalá las malditas máquinas no fueran tan ruidosas.

Hablando de encontrar y no encontrar a alguien, creo que no les he contado cómo encontré a mi viejo amigo Keith Nightenhelser.

La última vez que vi a mi amigo estaba con una tribu de indios prehistóricos en los bosques de lo que un día sería Indiana... digamos dentro de tres mil años más. Era un lugar infernal para él y me sentí culpable porque yo lo había llevado allí. La idea era mantenerlo a salvo durante la guerra entre héroes y dioses, pero cuando regresé a buscarlo los indios habían desaparecido y él también.

Y Patroclo (un Patroclo muy cabreado) andaba por alguna parte por allí también, y sospeché que Nightenhelser no había sobrevivido.

Pero librefraxé a Delfos hace tres meses y medio cuando Trasimedes, Héctor y su puñado de aventureros interfirieron el rayo azul de Delfos y zas, a las ocho horas de ver gente salir aturdida de aquel pequeño edificio (me recordó el viejo número circense en el que llega un cochecito muy pe-

queño y salen de él cincuenta payasos), allí que aparece mi amigo Nightenhelser (siempre nos llamamos el uno al otro por el apellido).

Nightenhelser y yo compramos este sitio donde estoy ahora sentado escribiendo. Somos colegas (por favor, adviertan: somos colegas de negocios, y buenos amigos, pero no colegas tal como se usó extrañamente esa palabra en el siglo XXI para referirse a dos hombres. Quiero decir, no pasé de Helena de Troya a Nightenhelser de Ciudad Ardis. Tengo problemas, pero no en esa zona concreta).

Me pregunto qué pensaría Helena de nuestra taberna. Se llama Dombey & Sons (el nombre fue sugerencia de Nightenhelser, demasiado tonto para mi gusto) y tiene bastante éxito. Está limpia en comparación con los otros locales que hay repartidos por la orilla del río como trozos de uralita colgando de un techo viejo. Nuestras camareras son camareras y no putas (al menos no aquí o no cuando estamos nosotros o en nuestra taberna). La cerveza es la mejor que podemos comprar: Hannah, que según me han dicho es la primera millonaria de Ardis de la nueva era, posee otra compañía que fabrica la cerveza. Evidentemente la fermentación fue algo que aprendió cuando estudiaba escultura y vertido de metales. No me pregunten por qué.

¿Ven por qué vacilo al contar esta historia épica? No puedo contar las cosas sin desviarme. Tiendo a la digresión.

Tal vez traiga aquí a Helena algún día y le pregunte qué le parece el lugar.

Pero corre el rumor de que Helena se ha cortado el pelo, se ha vestido de chico, y ha zarpado a la aventura de Delfos con Héctor y Trasimedes; ambos la siguen como cachorrillos detrás de un hueso (éste es otro motivo por el que vacilo a la hora de contar esta historia épica: nunca fui gran cosa con metáforas y símiles. Como dijo una vez Nightenhelser, me lastran los tropos. No importa).

Rumores, demonios. Sé que Helena está con la expedición de Delfos. La vi allí. Está guapa con el pelo corto y bronceada. No es mi Helena, pero está sana y muy hermosa.

Podría contarles más cosas sobre mi taberna y sobre Ciudad Ardis: cómo es la política en su infancia (tan inútil y apestosa como un bebé, en efecto), o cómo es la gente, griegos y judíos, con funciones o sin ellas, creyentes, cínicos... pero eso no forma parte de esta historia.

Además, como descubriré más tarde esta noche, no soy el verdadero narrador. No soy el Bardo elegido. Sé que no tiene sentido para ustedes

ahora, pero esperen a que lleguemos y verán qué quiero decir.

Estos últimos dieciocho años no han sido fáciles para mí, sobre todo los once primeros. Me siento tan magullado y dolorido psicológica y emocionalmente como el caparazón del viejo Orphu de Io lo está físicamente (Orphu vive casi siempre en la colina, en Ardis. Lo verán un poco más tarde también. Va a ir a ver la obra de esta noche, pero tiene una cita con los chicos cada tarde. Eso es lo que me dio la pista de que de todos mis años como estudioso y escólico no me convierten en el elegido para contar esta historia concreta cuando llegue el momento de contarla).

Sí, estos últimos dieciocho años, sobre todo los once primeros, han sido duros, pero supongo que me siento más rico. Espero que ustedes se sientan también más ricos cuando oigan la historia. Si no, no es culpa mía: renunció a la narración, aunque mis recuerdos están disponibles para todo aquel que quiera tomarlos.

Pido disculpas. Tengo que irme. Empiezan a llegar los clientes de la tarde: el turno de los curtidores acaba de terminar, ¿pueden olerlos? Una de mis camareras está enferma y la otra acaba de fugarse con uno de los jóvenes atenienses que decidió venirse aquí después de Delfos y... bueno, ando escaso de personal. El camarero vendrá para el turno de noche dentro de cuarenta y cinco minutos, pero hasta entonces, será mejor que escancie cervezas y vaya cortando yo mismo el *roast beef* para los sandwiches.

Me llamo Thomas Hockenberry, pero creo que tendría que haberme llamado Gambrinus.

Lo siento. El humor no fue nunca mi punto fuerte, excepto para alguna referencia literaria y algún chiste retorcido.

Los veré en la narración de esta tarde, antes de la obra.

Siete años y nueve meses después de la Caída de Ilión:

El día de la obra, Harman tuvo cosas que hacer en el Valle Seco. Después de almorzar, se vistió con el traje de combate y la termopiel, tomó un arma de energía de la armería de Ardis House y librefaxeó hasta allí.

La excavación de la cúpula de estasis de los posthumanos iba bien. Mientras caminaba entre las enormes máquinas excavadoras, evitando el tronar de un moscardón de transporte que llevaba las cosas al norte, a Harman le costaba trabajo creer que ocho meses y medio antes hubiese ido a ese mismo Valle Seco con la joven Ada, la increíblemente joven Hannah y el regordete niño-hombre Daeman en busca de pistas sobre la Judía Errante... la misteriosa mujer cuyo nombre era Savi.

Parte de la cúpula de estasis azul había sido construida justo bajo el montículo donde Savi había ido dejando sus pistas en forma de marcas que los condujeron a su hogar en el monte Erberus. Incluso entonces, Savi sabía que Harman era el único humano antiguo en la Tierra que podía leer aquellas marcas.

Los dos supervisores de la excavación eran Raman y Alcínoo. Estaban haciendo un buen trabajo. Harman repasó con ellos la lista para asegurarse de que sabían qué cosas iban destinadas a cada comunidad: el grueso de las armas de energía estaba destinado a Hughes Town y Chom; las termopieles iban a ir a Bellinbad; los reptadores los habían prometido a Ulanbat y Loman Estate; Nueva Ilión había hecho una buena oferta por los anticuados rifles de flechitas.

A Harman eso le daba gracia. Diez años más y los troyanos y los griegos estarían utilizando la misma tecnología que los humanos antiguos, incluso usarían los nódulos para faxear a todas partes. Algunos del grupo de

Delfos habían descubierto ya el nódulo cerca de Olimpia, la antigua ciudad donde se celebraban los Juegos.

Bueno, la única solución era llevarles la delantera... en tecnología y en todo lo demás.

Era hora de irse a casa. Pero antes Harman tenía hacer una parada más. Les estrechó la mano a Alcínoo y Raman y librefaxeó.

Harman volvió a la Puerta Dorada de Machu Picchu, el lugar donde había recuperado la vida siete años y medio antes. Librefaxeó no al Puente en sí, sino a una montaña situada al otro lado del valle y las altas ruinas de la terraza de Machu Picchu. Nunca se cansaba de contemplar la antigua estructura, los glóbulos verdes de los habitáculos apenas visibles desde esa distancia, pero no había vuelto sólo por sentimentalismo.

Tenía que ver a alguien.

Harman contempló las nubes de la tarde cubrir el valle, llegadas desde la cascada. Durante un rato, la luz del sol doró las brumas, oscureciendo las ruinas de Machu Picchu, haciendo que parecieran peldaños entrevistos más allá del antiguo puente. Allá donde mirara Harman, la vida ganaba su batalla antientrópica contra el caos y la entropía: la hierba en la falda de las colinas, el dosel de árboles en el valle cubierto por las brumas, los cóndores revoloteando lentamente en el cielo, los parches de moho brillante en los cables de suspensión del Puente mismo, incluso el liquen de color de óxido en las rocas, cerca de Harman.

Como para distraerlo de estos pensamientos sobre la vida y el vivir, una nave espacial muy artificial cruzó el cielo de sur a norte, su larga estela disolviéndose lentamente por encima de los Andes. Antes de que Harman pudiera determinar el modelo de nave, la brillante mota desapareció sobre el horizonte, más allá de las ruinas, seguida de tres estallidos sónicos. Era demasiado grande y demasiado rápida para tratarse de uno de los moscardones que transportaban material desde el Valle Seco. Harman se preguntó si tal vez era Daeman, que regresaba de una de sus expediciones conjuntas con los moravecs, durante las cuales cartografiaban y registraban las perturbaciones cuánticas cada vez menores entre el sistema-Tierra y Marte.

«Ahora tenemos nuestra propia nave espacial», pensó Harman. Sonrió: era por orgullo vanidoso que pensaba esas cosas. Pero la idea seguía calentando su interior. Entonces se recordó: «Tenemos nuestra propia nave espacial, pero todavía no sabemos construir una.»

Harman esperaba vivir lo suficiente para verlo. Esto le llevó a pensar en buscar las tinas rejuvenecedoras en los anillos polar y ecuatorial.

—Buenas tardes —dijo tras él una voz familiar.

Harman alzó el arma de energía por costumbre y entrenamiento, pero la bajó incluso antes de terminar de darse la vuelta.

—Buenas tardes, Próspero.

El viejo magus salió de un hueco en las rocas.

—Llevas un traje de combate completo, mi joven amigo. ¿Esperabas encontrarme armado?

Harman sonrió.

—Nunca te encontraré sin armas.

—Si cuentas el ingenio como arma —dijo Próspero.

—O el engaño —dijo Harman.

El magus abrió las viejas manos venosas como en gesto de derrota.

—Ariel dijo que deseabas verme. ¿Es por la situación en China?

—No —contestó Harman—, nos ocuparemos de eso más tarde. He venido a recordarte la obra.

—Ah —dijo Próspero—, la obra.

—¿Lo has olvidado? ¿O has decidido no venir? Todo el mundo se sentirá decepcionado excepto tu sustituto, si lo tienes.

Próspero sonrió.

—Demasiadas frases que memorizar, mi joven Prometeo.

—No tantas como tú nos diste —dijo Harman.

Próspero volvió a abrir las manos.

—¿Le digo al sustituto que tiene que continuar él? —preguntó Harman—. Le encantará hacerlo.

—Tal vez me guste asistir, después de todo —dijo el magus—. ¿Pero tiene que ser como actor, no como invitado?

—Para esta obra, tiene que ser como actor —dijo Harman—. Cuando hagamos *Mucho ruido y pocas nueces* podrás ser nuestro honorable invitado.

—Lo cierto es que siempre quise representar a sir John Falstaff. La risa de Harman resonó en los riscos y la cara del acantilado.

—¿Entonces puedo decirle a Ada que estarás allí y te quedarás a tomar un refrigerio y conversar después?

—Me encantaría la conversación —dijo el holograma sólido—, si no fuera por el miedo escénico.

—Bueno... mucha mierda —contestó Harman. Asintió y se marchó librefaxeando.

En Ardis House, Harman entregó sus armas y el traje de combate, se puso unos vaqueros y una túnica, se calzó zapatos ligeros y se dirigió al prado donde se hacían los últimos preparativos en el escenario. Los hombres preparaban las luces de colores que colgarían de filas de asientos de madera recién cortada y sobre las barras al aire libre y de los enrejados. Hannah estaba ocupada comprobando el sistema de sonido. Algunos de los voluntarios daban frenéticos una última capa de pintura a los forillos y alguien corría y descorría el telón.

Ada lo vio y trató de acercarse andando con su hija de dos años, Sarah, pero estaba cansada, así que la tomó en brazos y la llevó hasta su padre. Harman las besó a ambas y luego volvió a besar a Ada.

Ella se volvió a mirar el escenario y las filas de asientos, se apartó un largo mechón de pelo negro del rostro y dijo:

—¿*La Tempestad*? ¿De verdad crees que estamos preparados para esto?

Harman se encogió de hombros, luego la rodeó con un brazo.

—Era lo siguiente.

—¿Va a venir de veras nuestra estrella? —preguntó ella, apoyándose en él. Sarah giró y cambió un poco de postura para que su mejilla tocara los hombros de sus padres.

—Dice que sí —contestó Harman, no demasiado convencido.

—Habría estado bien que hubiera ensayado con los demás.

—Bueno... no podemos pedirlo todo.

—¿No? —dijo Ada, dirigiéndole la mirada que Harman calificaba del tipo peligroso desde hacía ocho años.

Un sonie revoloteó sobre los árboles y las casas camino del río y la ciudad.

—Espero que fuera uno de los estúpidos varones adultos y no uno de los chicos —dijo Ada.

—Hablando de chicos —dijo Harman—. ¿Dónde está el nuestro? No lo he visto esta mañana y quiero saludarlo.

—Está en el porche, preparándose para la hora de la historia —dijo Ada.

—Ah, la hora de la historia.

Harman se volvió para dirigirse a la cañada del prado sur donde normalmente tenían lugar las historias, pero Ada lo agarró por el brazo.

—Harman...

Él la miró.

—Mahnmut llegó hace un rato. Dice que Moira tal vez asista esta noche a la obra.

Él le tomó la mano.

—Bueno, eso está bien... ¿no?

Ada asintió.

—Pero si Próspero está aquí, con Moira, y dices que invitaste a Ariel, aunque no quiso representar el papel... ¿y si viene Calibán?

—No está invitado —dijo Harman.

Ella le apretó la mano para demostrar que hablaba en serio.

Harman señaló los asientos alrededor del escenario, las barras adornadas y la caseta donde los guardias estarían apostados con sus rifles energéticos.

—Pero los niños estarán viendo la obra —dijo Ada—. La gente de la ciudad...

Harman sintió, todavía sujetándole la mano.

—Calibán puede TCearse cuando se le antoje, mi amor. Todavía no lo ha hecho.

Ella asintió ligeramente pero tampoco le soltó la mano.

Harman la besó.

—Elian dice que ha estado estudiando los movimientos y las líneas de Calibán desde hace cinco semanas —dijo—. «No temáis. Esta isla está llena de ruidos,/ sonidos y dulces aires que causan deleite y no dañan.»

—Ojalá fuera siempre así.

—Yo también lo deseo, mi amor. Pero los dos sabemos, tú mejor que yo, que no es el caso. ¿Vamos a ver cómo John disfruta de la hora de la historia?

Orphu de Io estaba todavía ciego, pero los padres nunca temían que chocara con algo o golpear a alguien, ni siquiera con ocho o nueve de los niños más traviesos de Ardis encaramados a su enorme caparazón, donde escalaban desnudos para encontrar un hueco. La tradición era que los niños montaban en Orphu hasta la cañada para la hora de la historia. John, uno de los mayores, de poco más de siete años, estaba sentado en el punto más alto del caparazón.

El gran moravec avanzó despacio con sus silenciosos impulsores, moviéndose de manera casi solemne de no haber sido por la explosión de ri-

sas de los niños que lo montaban y los gritos de los otros niños que corrían detrás, desde el porche hasta el viejo olmo y la cañada entre los matorrales y las nuevas casas.

En la pequeña depresión, mágicamente fuera de la vista de las casas y de los otros adultos, a excepción de los padres de algunos de los presentes, los niños desmontaban y se tendían en la hierba. John se sentó más cerca que nadie de Orphu, como hacía siempre. Miró hacia atrás, vio a su padre y lo saludó, pero no se acercó a decirle hola. La historia era lo primero.

Harman, todavía de pie con Ada, mientras Sarah roncaba en sus brazos, pues a Ada casi se le habían quedado dormidos los suyos, vio a Mahnmur cerca de los matorrales. Harman lo saludó pero la atención del pequeño moravec estaba fija en su viejo amigo y los niños.

—Cuenta otra vez la historia de Gilgamesh —gritó uno de los niños de seis años.

El enorme monstruo-cangrejo movió lentamente su caparazón de un lado a otro, como si sacudiera la cabeza para decir que no.

—Esa historia ha terminado por ahora —bramó Orphu—. Hoy empezamos una nueva.

Los niños aplaudieron.

—Tardaremos mucho tiempo en contarla —dijo Orphu, y su voz troncante le pareció tranquilizadora y atrayente incluso a Harman.

Los niños volvieron a aplaudir. Dos de ellos se dejaron caer juntos por la pequeña hondonada.

—Escuchad con atención —dijo Orphu. Uno de sus largos manipuladores articulados había separado con cuidado a los niños y los colocó suavemente en la pendiente, a unos palmos de distancia. La atención de los niños se centró inmediatamente en la voz hipnótica y vibrante del gran moravec.

Cólera... Canta, ¡oh, diosa!, canta la cólera Aquiles, hijo de Peleo: cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó a la oscura casa del Hades a muchas almas valerosas de héroes a quienes hizo presa de perros y pasto de aves, cumpliendo la voluntad de Zeus. Comienza, musa, desde que se separaron disputando el rey griego Agamenón, señor de hombres, y el divino y brillante Aquiles...

Agradecimientos

Quiero agradecer a Jean-Daniel Breque por permitirme usar los detalles de uno de sus paseos favoritos por la avenida Daumesnil y por el resto de esa *Promenade Plantée*. Una descripción completa de ese delicioso paseo puede hallarse en el ensayo de Jean-Daniel «Green Tracks» en *Time Out Book of Paris Walk*, publicado por Penguin.

También deseo agradecer al profesor Keith Nightenhelser por su sugerencia sobre la cita sobre Renoir-como-creador de *El mundo de Guermantes*.

Finalmente, quiero agradecer a Jane Kathryn Simmons por permitirme reproducir su poema «Still Born» tal como aparece en la página 326.

Dan Simmons ha sido profesor y director de programas de enseñanza para jóvenes superdotados. En 1982 ganó el primer concurso Rod Sterling Story Contest para relatos cortos y la popular revista Twilight Zone le consideró el mejor escritor novel del año. Como confirmación, su primera novela, LA CANCIÓN DE KALI (1985 - Ediciones B, Éxito Internacional), obtuvo el premio mundial de fantasía: el World Fantasy Award.

En 1989 publicó tres nuevas novelas de diversas temáticas y géneros, todas ellas con gran éxito de crítica y también gran apreciación popular. FASES DE GRAVEDAD (1989 - NOVA Éxito, número 3) es una novela contemporánea que narra la vida y los problemas psicológicos de un astronauta tras haber estado en la Luna. LOS VAMPIROS DE LA MENTE (1989 - Ediciones B, Éxito Internacional) aborda la temática de la novela de terror y fue finalista del World Fantasy Award para obtener finalmente el Bram Stoker Award y el premio Locus.

La tercera novela de Dan Simmons publicada en 1989 fue HYPERION (1989 - NOVA ciencia ficción, número 41). Con ella se reconstruye la estructura de los Cuentos de Canterbury de Chaucer en clave de ciencia ficción en una brillante novela, claro homenaje al poeta inglés John Keats y a toda la literatura. La novela sorprendió gratamente y ha sido muy alabada por crítica y público. Obtuvo el premio Hugo de 1990 y también el premio Locus de ese mismo año, y se considera un hito indiscutible en la ciencia ficción de las últimas décadas.

La compleja trama de HYPERION concluye de forma provisional y brillante en LA CAÍDA DE HYPERION (1990 - NOVA ciencia ficción, número 42), que tras obtener el premio Locus de 1991, fue también finalista de los premios Hugo y Nebula.

Tras el gran éxito de esta saga de ciencia ficción titulada genéricamente Los cantos de Hyperion, Simmons volvió durante unos años a sus novelas de terror con una exploración sobre los secretos y los silencios de la infancia en UN VERANO TENEBROSO (1991 - Ediciones B, Éxito Internacional), y su continuación CHILDREN OF NIGHT (1992). LOS FUEGOS DEL EDÉN (1994 - Ediciones B, VIB) obtuvo el premio Locus de 1995 como mejor novela de terror. Otra obra todavía inédita en castellano es THE HOLLOW MAN (1992), prevista en NOVA para el año 2007. LOVEDEATH (1993) es la recopilación de cinco novelas breves, y PRAYERS TO BROKEN STONES (1991) es una antología de relatos. También ha abordado la novela de suspense y espionaje con THE CROOK FACTORY (1999) y EL BIS-TURÍ DE DARWIN (2000).

Tras unos años, Simmons volvió al inigualable universo de HYPERION con dos novelas que cierran definitivamente este interesantísimo ciclo: ENDYMION (1996 - NOVA ciencia ficción, número 98) y EL ASCENSO DE ENDYMION (1997, NOVA número 120), que obtuvo el premio Locus en 1998 y fue finalista del popular premio Hugo.

Han sido necesaria media docena de años para que Simmons volviera a la ciencia ficción con la gran fuerza de una obra hoy ya clásica e indiscutible como HYPERION. El nuevo y dilatado relato, centrado básicamente en torno a una sorprendente reconstrucción de la Iliada de Homero en clave de ciencia ficción (aunque incluye muchas más cosas, como suele ser habitual en este autor), se estructura en dos grandes libros: ILIÓN (2003 - NOVA números 167 y 176) y OLYMPO (2005 - NOVA números 194 y 195).

Su última novela es THE TERROR, un thriller sobre la desgraciada expedición de Sir John Franklin al ártico en 1845, cuya primera edición aparecerá en enero de 2007.

